Marcel

# Proust

## En busca del tiempo perdido

## 7. El tiempo recobrado

Llegamos al final de nuestra magna edición de Proust.

En este último volumen se entretejen todos los hilos dispuestos a lo largo de la gran novela y Marcel se reencuentra con todos sus amigos, esta vez decrépitos y envejecidos. Destruida la belleza. Cercana la muerte. Este es el volumen más otoñal y melancólico de la serie.

Marcel Proust

# El tiempo recobrado

## En busca del tiempo perdido - 7

**ePub r1.1**
**Pepotem2** 12.09.14

Título original: *Le temps retrouvé*
Marcel Proust, 1927
Traducción: Consuelo Berges

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.1

# CAPÍTULO I

## Tansonville

Por otra parte, no tendría por qué extenderme sobre aquella estancia mía cerca de Combray, y que quizá fue el momento de mi vida en que menos pensé en Combray, a no ser porque, precisamente por esto, encontré allí una comprobación, siquiera provisional, de ciertas ideas que antes tuve sobre Guermantes, y también de otras ideas que tuve sobre Méséglise. Todas las noches reanudaba, en otro sentido, nuestros antiguos paseos a Combray, cuando íbamos todas las tardes por el camino de Méséglise. Ahora comíamos en Tansonville a una hora en que antes, en Combray, llevábamos ya mucho tiempo durmiendo. Y como era la estación estival y, además, porque, después del almuerzo, Gilberta se ponía a pintar en la capilla del castillo, no salíamos de paseo hasta unas dos horas antes de la comida. El deleite de antaño, ver, al regreso, cómo el cielo de púrpura encuadraba el Calvario o se bañaba en el Vivonne, lo sustituía ahora el de salir de noche, cuando ya no encontrábamos en el pueblo más que el triángulo azulado, irregular y movedizo de las ovejas que volvían. En una mitad de los campos se ponía el sol; en la otra alumbraba ya la luna, que no tardaba en bañarlos por entero. Ocurría que Gilberta me dejaba caminar sin ella, y yo me adelantaba, dejando atrás mi sombra, como un barco que sigue navegando a través de las superficies encantadas; generalmente me acompañaba. Estos paseos solían ser mis paseos de niño: ¿cómo no iba a sentir más vivamente aún que antaño camino de Guermantes el sentimiento que nunca sabría

escribir, al que se sumaba otro, el de que mi imaginación y mi sensibilidad se habían debilitado, cuando vi la poca curiosidad que me inspiraba Combray? ¡Qué pena comprobar lo poco que revivía mis años de otro tiempo! ¡Qué estrecho y qué feo me parecía el Vivonne junto al camino de sirga! No es que yo notase grandes diferencias materiales en lo que recordaba. Mas, separado de los lugares que atravesaba por toda una vida diferente, no había entre ellos y yo ninguna contigüidad en la que nace, incluso antes de darnos cuenta, la inmediata, deliciosa y total deflagración del recuerdo. Seguramente, sin comprender bien cuál era su naturaleza, me entristecía pensar que mi facultad de sentir y de imaginar debía de haber disminuido, puesto que aquellos paseos ya no me deleitaban. La misma Gilberta, que me comprendía menos aún de lo que me comprendía yo mismo, aumentaba mi tristeza al compartir mi asombro. «Pero ¿no le hace sentir nada —me decía— tomar ese repecho que subía en otro tiempo?». Y ella misma había cambiado tanto que ya no me parecía bella, que no lo era ya en absoluto. Mientras caminábamos, veía cambiar el paisaje, había que subir cuestas, bajar otras. Gilberta y yo hablábamos, muy agradablemente para mí. Pero no sin dificultad. Hay en tantos seres varias capas diferentes: el carácter del padre, el carácter de la madre; atravesamos una, luego la otra. Pero al día siguiente ha cambiado el orden de superposición. Y al final no se sabe quién distribuirá las partes, de quién podemos fiarnos para la sentencia. Gilberta era como esos países con los que otros países no se atreven a aliarse porque cambian demasiado a menudo de gobierno. Pero en el fondo es un error. La memoria del ser más sucesivo establece en él una especie de identidad y le hace no querer faltar a unas promesas que recuerda, aun en el caso de no haberlas firmado. En cuanto a la inteligencia, la de Gilberta, con algunos absurdos de su madre, era muy viva. Pero, y esto no afecta a su valor propio, recuerdo que, en aquellas conversaciones que teníamos en el paseo, varias veces me causó gran extrañeza. Una de ellas, la primera, diciéndome: «Si no tuviera usted mucha hambre y si no fuera tan tarde, tomando ese camino de la izquierda y girando luego a la derecha, en menos de un cuarto de hora estaríamos en Guermantes». Es como si me hubiera dicho: «Tome a la izquierda, después a la derecha, y

tocará lo intangible, llegará a las inaccesibles lejanías de las que, en la tierra, no se conoce nunca más que la dirección, que el “hacia”» —lo que yo creí antaño que podría conocer solamente de Guermantes, y quizá, en cierto sentido, no me engañaba—. Otra de mis sorpresas fue ver las «fuentes del Vivonne», que yo me figuraba como algo tan extraterrestre como la Entrada a los Infiernos, y que no era más que una especie de lavadero cuadrado del que salían burbujas. Y la tercera fue cuando Gilberta me dijo: «Si quiere, podremos de todos modos salir un día después de almorzar y podemos ir a Guermantes, yendo por Méséglise, que es el camino más bonito», frase que, trastrocando todas las ideas de mi infancia, me enseñó que uno y otro camino no eran tan inconciliables como yo creía. Pero lo que más me chocó fue lo poco que, en aquella temporada, reviví mis años de otro tiempo, lo poco que deseaba volver a ver Combray, lo estrecho y feo que me pareció el Vivonne. Mas cuando Gilberta comprobó para mí algunas figuraciones mías del camino de Méséglise, fue en uno de aquellos paseos, nocturnos al fin aunque fuesen antes de la comida —¡pero ella comía tan tarde!—. Al bajar al misterio de un valle perfecto y profundo tapizado por la luz de la luna, nos detuvimos un instante, como dos insectos que van a clavarse en el corazón de un cáliz azulado. Gilberta, quizá simplemente por una fina atención de ama de casa que lamenta nuestra próxima partida y que hubiera querido hacernos mejor los honores de esa región que parecemos apreciar, tuvo entonces una de esas palabras con las que su habilidad de mujer de mundo sabe sacar partido del silencio, de la sencillez, de la sobriedad en la expresión del sentimiento, haciéndonos creer que ocupamos en su vida un lugar que ninguna otra persona podría ocupar. Derramando bruscamente hacia ella la ternura que me embargaba por el aire delicioso, por la brisa que se respiraba, le dije:

—El otro día hablaba usted del repecho. ¡Cómo la amaba entonces!

Me contestó:

—¿Por qué no me lo decía? Yo no me lo figuraba. Yo le amaba. Y hasta por dos veces me insinué a usted.

—¿Cuándo?

—La primera vez en Tansonville. Iba usted de paseo con su familia, yo volvía; nunca había visto un mocito tan guapo. Tenía la costumbre —añadió en un tono vago y púdico— de ir a jugar con unos amiguitos en las ruinas de la torre de Roussainville. Y dirá usted que yo estaba muy mal educada, pues había allí chicas y chicos de todo género que se aprovechaban de la oscuridad. El monaguillo de la iglesia de Combray, Teodoro, que hay que reconocer que era muy simpático (¡qué bien estaba!), y que se ha vuelto muy feo (ahora está de farmacéutico en Méséglise), se divertía con todas las aldeanitas de las cercanías. Como me dejaban salir sola, en cuanto podía me escapaba corriendo. Cuánto me hubiera gustado verle llegar a usted; recuerdo muy bien que, como no disponía más que de un minuto para hacerle comprender lo que deseaba, exponiéndome a que me vieran sus padres y los míos, se lo indiqué de una manera tan cruda que ahora me da vergüenza. Pero usted me miró de tan mala manera que comprendí que no quería.

De pronto pensé que la verdadera Gilberta, la verdadera Albertina, eran quizá las que se entregaron en el primer momento en su mirada, una delante del seto de espinos rosa, la otra en la playa. Y fui yo el que, sin comprenderlo, sin haberlo revivido hasta más tarde en mi memoria, después de un intervalo en el que, por mis conversaciones, toda una distanciación de sentimiento les hizo temer ser tan francas como en el primer momento, lo estropeé todo con mi torpeza. Las «fallé» más completamente —aunque, en realidad, el relativo fracaso con ellas fuera menos absurdo— por las mismas razones que Saint-Loup a Raquel.

—Y la segunda vez —prosiguió Gilberta— fue, muchos años después, cuando le encontré en su puerta, el día que le volví a ver en casa de mi tía Oriana; no le reconocí en el primer momento, o más bien le reconocía sin saberlo, porque tenía la misma gana que en Tansonville.

—Pero en el intervalo hubo los Champs-Elysées.

—Sí, pero entonces me quería usted demasiado, yo sentía una inquisición en todo lo que hacía.

No pensé en preguntarle quién era aquel muchacho con el que bajaba por la avenida de los Champs-Elysées el día en que fui por volverla a ver, el

día en que me habría reconciliado con ella cuando todavía era tiempo, aquel día que habría podido cambiar toda mi vida si no me hubiera encontrado con las dos sombras que caminaban juntas en el crepúsculo. Si se lo hubiera preguntado, quizá me habría dicho la verdad, como Albertina si hubiera resucitado. Y, en efecto, cuando, pasados los años, encontramos a las mujeres a las que ya no amamos, ¿no está la muerte entre ellas y nosotros, lo mismo que si ya no fueran de este mundo porque el hecho de que nuestro amor no exista ya convierte en muertos a las que eran entonces o al que éramos nosotros? También podía ocurrir que no se acordara o que mintiera. En todo caso, saberlo ya no me interesaba, porque mi corazón había cambiado más aún que la cara de Gilberta. Esta cara ya no me gustaba mucho, pero, sobre todo, ya no me haría sufrir, ya no podría concebir, si hubiera vuelto a pensar en ello, que hubiera podido hacerme sufrir tanto encontrar a Gilberta caminando despacio junto a un muchacho, pensando: «Se acabó, renuncio para siempre a verla». Del estado de mi alma, que, aquel lejano año, no había sido para mí más que una larga tortura, no quedaba nada. Pues en este mundo donde todo se gasta, donde todo perece, hay una cosa que cae en ruinas, que se destruye más completamente todavía, dejando aún menos vestigios que la Belleza: es el Dolor.

Pero, si bien no me sorprende no haberle preguntado entonces con quién bajaba por los Champs-Elysées, pues había visto ya demasiados ejemplos de esta misma falta de curiosidad que el Tiempo trae, en cambio me sorprende un poco no haber contado a Gilberta que, antes de encontrarla aquel día, había vendido un jarrón chino antiguo para comprarle flores[1]. Pues en aquellos tiempos tan tristes que siguieron a aquel encuentro, mi único consuelo fue pensar que algún día podría contarle sin peligro aquella intención tan tierna. Pasado más de un año, si veía que un coche iba a chocar con el mío, mi única preocupación era morir sin contar aquello a Gilberta. Me consolaba pensando: «No hay prisa, tengo por delante toda la vida para ello». Y por esto deseaba no perder la vida. Ahora esto me habría parecido poco agradable de decir, casi ridículo, y «comprometedor».

—Además —continuó Gilberta—, incluso el día que le encontré en su puerta, ¡seguía tan igual que en Combray, si supiera usted qué poco había

cambiado!

Volví a ver a Gilberta en mi memoria. Hubiera podido dibujar el cuadrilátero de luz que el sol trazaba bajo los majuelos, la laya que la muchachita llevaba en la mano, la larga mirada que posó en mí. Sólo que yo creí, por el gesto grosero que la acompañó, que era una mirada de desprecio, porque lo que yo deseaba me parecía una cosa que las muchachitas no conocían y no hacían más que en mi imaginación, durante mis horas de deseo solitario. Menos aún habría creído que, tan fácilmente, tan rápidamente, casi ante los ojos de mi abuelo, una de ellas tuviera la audacia de hacer aquel gesto.

No le pregunté con quién iba de paseo por la avenida de los Champs-Elysées el día en que vendí los jarrones chinos. Lo que hubiera de real bajo la apariencia de entonces había llegado a serme por completo indiferente. Y, sin embargo, ¡cuántos días y cuántas noches sufrí preguntándome quién sería, cuántas veces tuve que reprimir el palpitar del corazón quizá más aún que cuando no volví a dar las buenas noches a mamá en aquel mismo Combray! Dicen, y esto explica la progresiva atenuación de ciertas afecciones nerviosas, que nuestro sistema nervioso envejece. Esto no es sólo cierto en cuanto a nuestro yo permanente, que se prolonga tanto como dura nuestra vida, sino en cuanto a todos nuestros yos sucesivos, que, en suma, le componen en parte.

Por eso, a tantos años de distancia, tuve que retocar una imagen que recordaba tan bien, operación que me hizo bastante feliz demostrándome que el infranqueable abismo que entonces creía existir entre mí y cierta clase de muchachitas de dorada cabellera era tan imaginario como el abismo de Paspal, y que me pareció poético por los muchos años en el fondo de los cuales había que realizarlo. Tuve un sobresalto de deseo y de añoranza pensando en los subterráneos de Roussainville. Pero me alegraba pensar que aquella felicidad hacia la que tendían entonces todas mis fuerzas, y que ya nada podía devolverme, hubiera existido fuera de mi pensamiento, en realidad tan cerca de mí, en aquel Roussainville del que yo hablaba tan a menudo, que veía desde el gabinete que olía a lirios. ¡Y yo no sabía nada! En suma, resumía todo lo que deseé en mis paseos hasta no

poder decidirme a volver a casa, pareciéndome ver que los árboles se entreabrían, se animaban. Lo que entonces deseaba tan febrilmente, ella estuvo a punto de hacérmelo gustar en mi adolescencia, a poco que yo hubiera sabido comprenderlo y conquistarlo. En aquel tiempo Gilberta estaba verdaderamente de la parte de Méséglise más aún de lo que yo creyera.

E incluso aquel día en que la encontré bajo una puerta, aunque no fuera *mademoiselle* de l'Orgeville, la que Roberto había conocido en las casas de citas (¡y qué casualidad que fuese precisamente su futuro marido a quien yo le pidiera que me lo explicara!), no me había equivocado por completo sobre el significado de su mirada, ni sobre la clase de mujer que era y que ahora me confesaba haber sido. «Todo eso queda muy lejos —me dijo— desde que me prometí con Roberto, ya no he pensado nunca en nadie más que en él. Y le diré que ni siquiera son esos caprichos de niña lo que más me reprocho».

En aquella morada un poco demasiado campestre, que parecía sólo un lugar de siesta entre dos paseos o un refugio contra un chaparrón, una de esas moradas en las que cada salón parece un gabinete de verdor y donde en el empapelado de las habitaciones, las rosas del jardín en una, los pájaros de los árboles en otra, nos han seguido y nos acompañan, aislados del mundo —pues eran viejos papeles en los; que cada rosa estaba lo bastante separada como para cogerla, si estuviera viva, cada pájaro para enjaularlo y domesticarlo, sin nada de esas grandes decoraciones de las estancias de hoy donde todos los manzanos de Normandía se perfilan, sobre un fondo de plata, en estilo japonés para alucinar las horas que pasamos en la cama—, yo pasaba todo el día en mi cuarto, que daba a los bellos follajes del parque y a las lilas de la entrada, a las hojas verdes de los grandes árboles a la orilla del agua, resplandecientes de sol, y al bosque de Méséglise. En realidad, si yo miraba todo aquello con deleite, era porque me decía: «Es bonito tener tanto verde en la ventana de mi cuarto», hasta el momento en que, en el gran cuadro verdeante, reconocí el campanario de la iglesia de Combray, pintado este de azul oscuro, simplemente porque estaba más lejos. No una figuración de este campanario, del campanario mismo, que, poniendo así

ante mis ojos la distancia de las leguas y de los años, había venido, en medio del luminoso verdor y de un tono muy diferente, tan oscuro que parecía solamente dibujado, a inscribirse en el cristal de mi ventana. Y si salía un momento de mi cuarto, al final del pasillo veía, porque estaba orientado de otro modo, como una banda de escarlata, la tapicería de un pequeño salón que era una simple muselina, pero roja, y dispuesta a incendiarse si le daba un rayo de sol.

En aquellos paseos, Gilberta me hablaba de Roberto como apartándose de ella, mas para irse con otras mujeres. Y es verdad que había muchas en su vida, y, como ciertas camaraderías masculinas en los hombres mujeriegos, con ese carácter de defensa inútil y de lugar vanamente usurpado que tienen en la mayor parte de las casas los objetos que no pueden servir para nada.

Roberto fue varias veces a Tansonville mientras yo estaba allí. Era muy diferente de como yo le había conocido. Su vida no le había engordado, no le había hecho lento como a *monsieur* de Charlus, al contrario: operando en él un cambio inverso, le dio el aspecto desenvuelto de un oficial de caballería —aunque presentó la dimisión cuando se casó— hasta un punto que nunca había tenido. A medida que *monsieur* de Charlus fue engordando, Roberto (claro que era mucho más joven, pero se notaba que, con la edad, se iría acercando más a este ideal), como ciertas mujeres que sacrifican resueltamente su cara a su tipo y, a partir de cierto momento, no salen de Marienbad (pensando que, ya que no pueden conservar a la vez varias juventudes, es la del tipo la que podrá representar mejor a las otras), se había vuelto más esbelto, más rápido, efecto contrario de un mismo vicio. Por otra parte, esta velocidad tenía diversas razones psicológicas: el temor de que le vieran, el deseo de que no se le notara este temor, la febrilidad que produce el descontento de sí mismo y el aburrimiento. Tenía la costumbre de ir a ciertos lugares de mala nota donde, como quería que no le vieran entrar ni salir, se colaba para ofrecer a las miradas malintencionadas de los transeúntes hipotéticos la menor superficie posible, como quien se lanza al asalto. Y le había quedado este movimiento de vendaval. Quizá también esquematizaba así la intrepidez aparente de quien

quiere demostrar que no tiene miedo y no quiere tomarse tiempo para pensar.

Para ser completo, habría que tener en cuenta el deseo, cuanto más envejecía, de parecer joven, y hasta la impaciencia de esos hombres siempre aburridos, siempre hastiados, que son las personas demasiado inteligentes para la vida relativamente ociosa que llevan y en la que no se realizan sus facultades. Desde luego, la ociosidad misma de estos hombres se puede traducir en indolencia. Pero, sobre todo, desde el favor de que gozan los ejercicios físicos, la ociosidad ha tomado una forma deportiva, aun fuera de las horas de deporte, y que se traduce ya no en indolencia, sino en una vivacidad febril que cree no dar tiempo ni lugar al aburrimiento para desarrollarse[2].

Como cada día se iba haciendo mucho más seco —al menos en esta fase desagradable—, ya trataba a sus amigos, por ejemplo a mí, casi sin la menor sensibilidad. Y, en cambio, afectaba con Gilberta unas sensiblerías llevadas hasta la comedia y que resultaban enojosas. En realidad, no es que Gilberta le fuera indiferente. No, Roberto la amaba. Pero le mentía continuamente, y continuamente se descubría su espíritu de duplicidad, si no el fondo mismo de sus mentiras; y entonces creía que sólo podía salir del paso exagerando en proporciones ridículas la tristeza, verdadera, que le causaba apenar a Gilberta. Llegaba a Tansonville y, según decía, tenía que volver a la mañana siguiente por un asunto con cierto señor de la región que le esperaba en París; precisamente aquella noche se encontraba al tal señor cerca de Combray e involuntariamente descubría la mentira, porque Roberto no se había cuidado de advertirle, diciendo que había venido al país a descansar un mes, durante el cual no pensaba volver a París. Roberto se sonrojaba, veía la sonrisa melancólica y sutil de Gilberta, se desahogaba insultando al que le había puesto en evidencia, volvía a casa antes que su mujer, le mandaba unas letras desesperadas diciéndole que había dicho aquella mentira por no disgustarla, para que, al verle marcharse por una causa que no podía decirle, no creyera que no la amaba (y todo esto, aunque lo escribiera como una mentira, era en el fondo verdad), después mandaba a preguntarle si podía entrar en su cuarto y allí, en parte por verdadera

tristeza, en parte por desgaste nervioso de aquella vida, en parte por simulación más audaz cada día, sollozaba, se mojaba la cara con agua fría, hablaba de su muerte próxima, a veces se derrumbaba sobre el suelo como si se desmayara. Gilberta no sabía hasta qué punto debía creerle, pensaba que mentía en cada caso particular, pero que, en general, la amaba, y la preocupaba aquel presentimiento de una muerte próxima, pensando que quizá tenía una enfermedad que ella ignoraba, y no se atrevía a contrariarle y a pedirle que renunciara a sus viajes. Yo, por mi parte, tampoco comprendía por qué Roberto hacía que recibieran a Morel como hijo de la casa con Bergotte dondequiera que estuviesen los Saint-Loup, en París, en Tansonville.

Francisca, que había visto ya todo lo que *monsieur* de Charlus hiciera por Jupien y todo lo que Roberto de Saint-Loup hacía por Morel, no sacaba la conclusión de que era un rasgo que reaparecía en ciertas generaciones de los Guermantes, sino que más bien —como Legrandin ayudaba mucho a Teodoro— acabó por creer —ella, una persona tan moral y tan llena de prejuicios— que era una costumbre ya respetable por su universalidad. Decía siempre de un joven, fuese Morel o Teodoro: «Ha encontrado un señor que se ha tomado mucho interés por él y le ha ayudado mucho». Y como en estos casos los protectores son los que aman, los que sufren, los que perdonan, Francisca, entre ellos y los menores a los que corrompían, no vacilaba en asignar a los primeros el papel noble, en encontrarlos «de muy buen corazón». Censuraba rotundamente a Teodoro, que le había hecho muchas jugarretas a Legrandin, y esto sin abrigar, al parecer, casi ninguna duda sobre la clase de sus relaciones, pues añadía: «Bueno, el chiquillo ha comprendido que tenía que poner algo de su parte y ha dicho: Ande, lléveme con usted, le querré mucho, le mimaré», y, claro, ese señor tiene tan buen corazón que Teodoro está seguro de encontrar a su lado quizá mucho más de lo que merece, pues es un loco, pero ese señor es tan bueno que yo le he dicho muchas veces a Juanita —la novia de Teodoro—: «Mira, hija, si alguna vez te ves en un apuro, ve a ver a ese señor. Sería capaz de dormir en el suelo para dejarte su cama. Ha querido demasiado al chiquito —Teodoro — para echarle a la calle. Seguro que no le abandonará nunca.»[3].

De la misma manera, estimaba más a Saint-Loup que a Morel y pensaba que, a pesar de todas las malas pasadas que había hecho el chiquito —Morel—, el marqués no le dejaría nunca en apuros, pues es un hombre de muchísimo corazón, a no ser que él mismo sufriera grandes reveses.

Saint-Loup insistía para que yo me quedase en Tansonville, y una vez se le escapó decir, aunque se veía que ya no trataba de halagarme, que mi llegada le había dado a su mujer tanta alegría que se pasó loca de contenta toda una noche, precisamente una noche en que estaba tan triste que yo, al llegar de improviso, la salvé milagrosamente de la desesperación, «quizá de algo peor», añadió. Me pidió que intentara convencerla de que él la quería, diciéndome que a la mujer a la que también amaba la amaba menos que a ella y que rompería pronto aquellas relaciones. «Y, sin embargo —añadía con tal fatuidad y tal necesidad de confidencia que a veces creía yo que iba a "salir" el nombre de Charlie, sin quererlo Roberto, como el número de una lotería—, es para estar orgulloso. Esa mujer que me ha dado tantas pruebas de cariño y que voy a sacrificar a Gilberta, no había hecho nunca caso a ningún hombre y hasta se creía incapaz de enamorarse, yo soy el primero. Y sabía que había rechazado de tal modo a todo el mundo que, cuando recibí la adorable carta diciéndome que para ella no podía haber felicidad si no era conmigo, yo no volvía de mi asombro. Naturalmente, era como para echarlo todo a rodar si no fuera porque me resulta intolerable ver llorar a esa pobre Gilberta. ¿No te parece que tiene algo de Raquel?», me decía. Y, en efecto, me había llamado la atención cierto vago parecido que, en rigor, se les podía encontrar ahora. Quizá se debía a una verdadera similitud de algunos rasgos (debidos, por ejemplo, al origen hebraico, aunque tan poco marcado estuviera en Gilberta) por la cual Roberto, cuando su familia quiso que se casara, en igualdad de fortuna, se sintió más atraído por Gilberta. También se explicaba porque Gilberta, que había encontrado fotografías de Raquel, de la que ignoraba hasta el nombre, para gustar a Roberto se pusiera a imitar ciertos hábitos de la actriz, como el de llevar siempre lazos rojos en el pelo, una cinta de terciopelo negro en el brazo, y el de teñirse el pelo para parecer morena. Después, notando que sus cuitas le daban mala cara, intentaba remediarlo. A veces lo hacía sin medida. Un

día en que Roberto iba a llegar por veinticuatro horas a Tansonville, me quedé estupefacto cuando Gilberta se sentó a la mesa tan extrañamente diferente, no sólo de lo que era en otro tiempo, sino hasta de como era los días habituales, que me quedé tan pasmado como si me encontrara ante una actriz, ante una especie de Teodora. Me daba cuenta de que, en mi curiosidad por saber qué cambio se había operado en ella, la miraba, sin querer, demasiado fijamente. Curiosidad que, por lo demás, quedó en seguida satisfecha cuando se sonó la nariz, y a pesar de las precauciones que en ello puso. Por todos los colores que quedaron en el pañuelo, formando una rica paleta, vi que estaba completamente pintada. Así tenía aquella boca sangrante y que ella se esforzaba por hacer reidora, creyendo que aquello le iba bien, mientras se acercaba la hora del tren, sin que Gilberta supiera si su marido llegaría en realidad o si enviaría uno de aquellos telegramas cuyo modelo había establecido con tanta gracia *monsieur* de Guermantes: «Imposible ir, sigue mentira»; así le palidecían las mejillas bajo el sudor violeta de la pintura y se le marcaban las ojeras.

«Pero ya ves —me decía Roberto con un gesto deliberadamente tierno que contrastaba con su ternura espontánea de otro tiempo, y con una voz alcohólica y modulaciones de actor—, no hay nada que yo no sea capaz de hacer por ver feliz a Gilberta. ¡Ha hecho tanto por mí! No puedes imaginarlo». Y lo más desagradable de todo esto era el amor propio, pues le halagaba que le amara Gilberta y, sin atreverse a decir que a quien él quería era Charlie, daba sobre el amor que al parecer le tenía al violinista unos detalles que Saint-Loup sabía muy exagerados, si no inventados de principio al fin, cuando Charlie le pedía cada día más dinero. Y se iba a París dejando a Gilberta a mi cuidado. Tuve ocasión (anticipándome un poco, pues estoy todavía en Tansonville) de verle una vez de lejos en una fiesta de sociedad, donde su palabra, a pesar de todo vivaz y seductora, me permitía recobrar el pasado; me impresionó lo mucho que cambiaba. Se parecía cada vez más a su madre; el tipo de esbeltez altiva que había heredado de ella, en quien era perfecta, en él, debido a la educación más esmerada, se exageraba, se petrificaba; por la penetración de la mirada propia de los Guermantes, parecía que estaba inspeccionando todos los

lugares por los que pasaba, pero de una manera casi inconsciente, por una especie de hábito y de particularidad animal. Aun inmóvil, su color, más suyo que de todos los Guermantes, como el dorado de un día de sol que se tornara sólido, le daba como un plumaje tan extraño, hacía de él una especie tan rara, tan preciosa, que daban ganas de poseerlo para una colección ornitológica; pero cuando, además, esta luz tornada en pájaro se ponía en movimiento, en acción, cuando, por ejemplo, yo veía a Roberto de Saint-Loup entrar en una fiesta en la que estaba yo, irguiendo a veces la cabeza tan sedosa y orgullosamente encopetada bajo el airón de oro de sus cabellos un poco desplumados con movimientos de cuello mucho más suaves, más orgullosos y coquetos que los de los humanos, que, ante la curiosidad y la admiración medio mundana, medio zoológica que inspiraba, se preguntaba uno si estaba en el Faubourg Saint-Germain o en el Jardin des Plantes, y si estaba mirando atravesar un salón o pasear en su jaula un gran señor o un pájaro. A poca imaginación que se pusiera, el canto se prestaba a esta interpretación no menos que el plumaje. Saint-Loup empezaba a decir frases que creía muy gran siglo y así imitaba las maneras de Guermantes. Mas, por un pequeño matiz indefinible, resultaban las maneras de *monsieur* de Charlus.

«Te voy a dejar un momento —me dijo en aquella fiesta en la que *madame* de Marsantes estaba un poco más lejos—. Voy a atender un poco a mi madre». En cuanto a aquel amor de que me hablaba continuamente no era sólo el de Charlie, aunque era el único que contaba para él. Cualquiera que sea la clase de amores de un hombre, nos equivocamos siempre en cuanto al número de personas con quienes tiene relaciones, porque equivocadamente interpretamos amistades como enredos, lo que es un error por adición, pero también porque creemos que un enredo probado excluye otro, lo que es otro tipo de error. Dos personas pueden decir: «A la amante de *X* la conozco yo», pronunciar dos nombres diferentes y no equivocarse ni la una ni la otra. En cuanto a la clase de amores que Saint-Loup había heredado de *monsieur* de Charlus, un marido inclinado a ellos suele hacer la felicidad de su mujer. Es esta una regla general en la que los Guermantes encontraban la manera de ser una excepción, porque los que tenían estos

gustos querían hacer creer que, por el contrario, les gustaban las mujeres. Se exhibían con una o con otra y desesperaban a la suya. Los Courvoisier se comportaban con mayor prudencia. El joven vizconde de Courvoisier se creía el único en el mundo, y desde el origen del mismo, al que atrajera uno de su sexo. Suponiendo que esta inclinación era cosa del diablo, luchó contra ella, se casó con una mujer preciosa y le hizo hijos. Después, un primo suyo le enseñó que esa inclinación es bastante frecuente, y llegó su bondad hasta el extremo de llevarle a los lugares donde podía satisfacerla. *Monsieur* de Courvoisier amó más aún a su mujer, intensificó su celo prolífico y ella y él eran citados como el mejor matrimonio de París. No se decía lo mismo del de Saint-Loup, porque Roberto, en vez de contentarse con la inversión, mataba a su mujer de celos sosteniendo a queridas, con las que no sentía placer. Es posible que Morel, como era tan moreno, le fuera necesario a Saint-Loup como se lo es la sombra al rayo de sol. En esta familia tan antigua se imagina muy bien a un gran señor rubio dorado, inteligente, con todos los prestigios y manteniendo secreta una afición ignorada por todos.

Por otra parte, Roberto no dejaba nunca aludir en la conversación a esa clase de amores que era la suya. Si yo decía una palabra sobre el asunto: «¡Ah!, no sé —contestaba con un desinterés tan profundo que dejaba caer el monóculo—, yo no tengo ni idea de esas cosas. Si tú deseas datos sobre eso, querido, te aconsejo que te dirijas a otro. Yo soy un soldado, y no hay más que hablar. Mi indiferencia por esas cosas es tan grande como mi interés apasionado por la guerra de los Balcanes. En otro tiempo te interesaba a ti la etimología de las batallas. Entonces te decía yo que volveríamos a ver, hasta en las condiciones más diferentes, las batallas típicas, por ejemplo el gran ensayo de cerco por el flanco, la batalla de Ulm. Bueno, pues por especiales que sean estas guerras balcánicas, Loullé-Bourgas sigue siendo Ulm, envolver por el flanco. Estas son las cosas de las que puedes hablarme. Pero de eso a que aludes sé tanto como de sánscrito».

Estos temas que Roberto desdeñaba así, Gilberta, en cambio, los abordaba de buen grado hablando conmigo cuando él se marchaba. Claro que no en relación con su marido, Pues de él lo ignoraba o fingía ignorarlo

todo. Pero le gustaba hablar de esto cuando se trataba de otro, ya porque viera en ello una especie de disculpa indirecta para Roberto, ya porque este, compartido como su tío entre un silencio severo sobre estos temas y una necesidad de expansionarse y de hablar mal de la gente, le hubiera contado cosas sobre muchos. Entre todos ellos, no excluía a *monsieur* de Charlus; y es seguramente porque Roberto, sin hablar de Charlie a Gilberta, no podía menos de repetirle, en una o en otra forma, lo que el violinista le había contado, y el violinista perseguía con su odio a su antiguo bienhechor. Estas conversaciones que le gustaban a Gilberta me permitieron preguntarle si, en un género paralelo, tenía esas aficiones Albertina, cuyo nombre le oí a ella por primera vez cuando eran amigas de colegio. Gilberta no pudo informarme. Por lo demás, hacía ya tiempo que esto había perdido interés para mí. Pero seguía inquiriendo maquinalmente, como un viejo que ha perdido la memoria pide de cuando en cuando noticias del hijo muerto.

Es curioso un hecho sobre el que no puedo extenderme: hasta qué punto, por aquella época, todas las personas a las que Albertina quería, todas las que hubieran podido conseguir que hiciera lo que ellas quisieran, solicitaron, imploraron, me atreveré a decir que mendigaron, a falta de mi amistad, alguna relación conmigo. Ya no habría necesitado ofrecer dinero a *madame* Bontemps para que me mandara a Albertina. Como este cambio de la vida se producía cuando ya no me servía para nada, me entristecía profundamente, no por Albertina, a la que habría recibido sin alegría si me la hubieran devuelto, no ya de Turena, sino del otro mundo: por una mujer a la que amaba y a la que no podía llegar a ver. Pensaba que, si ella muriera, o si yo dejara de amarla, todos los que hubieran podido acercarme a ella caerían a mis pies. Mientras tanto, yo intentaba en vano actuar sobre ellos, pues no me había curado la experiencia, una experiencia que hubiera debido enseñarme —suponiendo que alguna vez enseñe algo— que amar es una mala suerte como la de los cuentos, contra la que nada se puede hasta que cesa el encantamiento.

—Precisamente el libro que tengo ahí habla de esas cosas —me dijo—. Es un viejo Balzac en el que me esfuerzo por ponerme a la altura de mis tíos, *La fille aux yeux d’or*. Pero es absurdo, inverosímil, una hermosa

pesadilla. Además, una mujer puede ser vigilada de esa manera por otra mujer, nunca por un hombre.

—Se equivoca usted, yo conocí a una mujer a la que logró verdaderamente secuestrar un hombre que la amaba; no podía ver nunca a nadie y sólo podía salir con servidores fieles.

—Bueno, pero eso le debía horrorizar a usted, que es tan bueno. Precisamente estábamos diciendo Roberto y yo que debía usted casarse. Su mujer le curaría y usted la haría feliz.

—No, porque tengo muy mal carácter.

—¡Qué ocurrencia!

—Se lo aseguro. Por otra parte, he estado comprometido, pero no he podido…

Cuando subí a mi cuarto estaba triste de pensar que nunca había vuelto a ver la iglesia de Combray, que parecía esperarme en medio del follaje en una ventana violácea. Y pensaba: «Bueno, ya iré otro año, si no me muero antes», sin ver más obstáculo que mi muerte y sin imaginar la de la iglesia, pues me parecía que tenía que durar mucho tiempo después de mi muerte, como mucho tiempo había durado antes de mi nacimiento.

Pero un día le hablé de Albertina a Gilberta y le pregunté si a Albertina le gustaban las mujeres.

—¡Oh, nada de eso!

—Pero una vez dijo usted que Albertina era de esas.

—¿Yo he dicho eso? Debe de estar equivocado. En todo caso, si lo he dicho, pero creo que se equivoca, me refería a lo contrario, a amoríos con muchachos. De todos modos, a aquella edad, la cosa no iría probablemente muy lejos.

¿Decía esto Gilberta por ocultarme que a ella misma, según me dijo Albertina, le gustaban las mujeres y le había hecho a ella proposiciones? ¿O es que sabía (pues los demás suelen saber de nuestra vida más de lo que creemos) que yo había amado a Albertina, que tenía celos de ella y se imaginaba que todavía duraba aquello (pues los demás pueden saber más sobre nosotros de lo que creemos, pero pueden también llevarlo demasiado lejos y equivocarse por suposiciones excesivas, cuando nosotros los

creíamos equivocados por falta de toda suposición), y, por bondad, me ponía sobre los ojos la venda que siempre se tiene a mano para los celosos? En todo caso, las palabras de Gilberta, desde «las malas costumbres» de otro tiempo hasta el certificado de buena vida y costumbres de hoy, seguían una marcha inversa de las afirmaciones de Albertina, que casi acabó por confesar unas medio relaciones con Gilberta. Albertina me sorprendió en esto, como en lo que me dijo Andrea, pues si, antes de conocer a toda aquella pandilla, creí al principio en su perversión, después me di cuenta de que mis suposiciones eran falsas, como tan a menudo ocurre cuando encontramos una muchacha honrada, y casi ignorante de las realidades del amor, en el medio que, sin razón, creíamos más depravado. Después volví a hacer el camino en sentido contrario, tomando como verdaderas mis suposiciones del principio. Pero quizá Albertina quiso decirme aquello para dárselas de más experimentada de lo que era y para deslumbrarme en París con el prestigio de su perversidad, como la primera vez en Balbec con el de su virtud; y, simplemente, cuando le hablé de las mujeres aficionadas a las mujeres, porque no pareciera que no sabía de qué se trataba, como quien en una conversación adopta un gesto como de estar en el secreto cuando se habla de Fourier o de Tobolsk, aunque no sepa de qué se habla. Quizá viviera cerca de la amiga de *mademoiselle* Vinteuil y de Andrea, pero separada de ellas, que creían que «no era del gremio», por un mamparo estanco, y después se informara —como procura cultivarse una mujer que se casa con un hombre de letras— sólo por complacerme capacitándose para contestar a mis preguntas, hasta que comprendió que estaban inspiradas por los celos y dio marcha atrás. A no ser que fuera Gilberta quien me mintiera. Hasta se me ocurrió la idea de que Roberto se casó con ella por haberse enterado, en el transcurso de un galanteo conducido por él en el sentido que le interesaba, de que no les hacía ascos alas mujeres, esperando encontrar así ciertos placeres que no había debido de gozar en casa, puesto que los buscaba fuera. Ninguna de estas hipótesis era absurda, pues en mujeres como la hija de Odette o las muchachas de la pandilla hay tal diversidad, tal cúmulo de gustos alternados, si no son incluso simultáneos, que esas mujeres pasan fácilmente de unas relaciones con una

mujer a un gran amor por un hombre, hasta el punto de que resulta difícil definir la inclinación real y predominante[4].

No quise pedirle a Gilberta su *Fille aux yeux d'or* porque la estaba leyendo. Pero aquella última noche que pasé en su casa me prestó para leer antes de dormirme un libro que me produjo una impresión bastante viva y compleja, impresión que, por lo demás, no iba a durar mucho. Era un volumen del diario inédito de los Goncourt.

Y cuando, antes de apagar la vela, leí el pasaje que transcribo a continuación, mi falta de disposición para las letras, presentida en otro tiempo en el camino de Guermantes, confirmada durante la estancia que terminaba esta noche —esa noche de las vísperas de partida en las que, al cesar el entumecimiento de los hábitos, intentamos juzgarnos—, me pareció cosa menos lamentable, como si la literatura no revelara una verdad profunda; y al mismo tiempo me daba pena que la literatura no fuera lo que yo había creído. Por otra parte, el estado enfermizo que iba a confinarme en un sanatorio me parecía menos lamentable si las bellas cosas de que hablan los libros no fueran más bellas de lo que yo había visto. Pero, por una extraña contradicción, ahora que este libro hablaba de ellas, tenía ganas de verlas. He aquí las páginas que leí hasta que el cansancio me cerró los ojos:

«Antes de ayer cayó por aquí, para llevarme a comer a su casa, Verdurin, el antiguo crítico de *La Revue*, autor de ese libro sobre Whistler en el que verdaderamente la factura, la iluminación artista del original americano, lo da a menudo con gran delicadeza ese enamorado de todos los refinamientos, de todas las *bonituras* de la cosa pintada que es Verdurin. Y mientras me visto para acompañarle, me brinda todo un relato que a veces parece el deletreo contrito de una confesión sobre el renunciamiento a escribir inmediatamente después de su himeneo con la "Magdalena" de Fromentin, renunciamiento que parece debido al hábito de la morfina y que, a creer a Verdurin, produjo el efecto de que la mayor parte de los asiduos del salón de su mujer no sabían siquiera que el marido hubiera escrito nunca nada, y le hablaban de Charles Blanc, de Saint-Victor, de Sainte-Beuve, de Burty, como de unos individuos a los que le creen muy inferior». «Vamos, Goncourt, usted sabe muy bien, y Gautier también lo sabía, que mis *Salones*

eran algo más que esos lamentables *Maitres d'autrefois* que en la familia de mi mujer creen una obra maestra». Después, en un crepúsculo que, cerca de las torres del Trocadero, emite como el último rayo de un resplandor que las convierte en las torres untadas de jalea de grosella de los antiguos pasteleros, la charla continúa en el coche que nos lleva al Quai Conti donde está su hotel, que su posesor pretende ser el antiguo hotel de los embajadores de Venecia y donde parece ser que hay un fumadero del que Verdurin me habla como de una sala trasladada tal como estaba, a la manera de *Las mil y una noches*, de un célebre *palazzo* cuyo nombre no recuerdo, un *palazzo* con un pozo cuyo brocal representa una coronación de la Virgen que, al decir de Verdurin, es sin duda alguna del más bello Sansovino y que serviría para que sus invitados echaran la ceniza de los cigarros. Y la verdad es que, cuando llegamos, a la luz glauca y difusa de un claro de luna verdaderamente parejo a los que alumbran Venecia en la pintura clásica, y en el que la cúpula siluetada del Instituto hace pensar en la Salute en los cuadros de Guardi, tengo un poco la ilusión de estar a orillas del Gran Canal. Y la ilusión se mantenía por la construcción del hotel en el que, desde el primer piso, no se ve el muelle y por el decir evocador del dueño de la casa afirmando que el nombre de la Rue du Bac —nunca se me había ocurrido pensar tal cosa— venía de la barca en que las monjas de otro tiempo, las Miramiones, iban a los oficios de Notre-Dame. Todo un barrio por el que deambuló mi infancia cuando vivía en él mi tía De Courmont, y que ahora me pongo a reamar al encontrar, casi contigua al hotel de los Verdurin, la enseña del «Petit Dunkerque», una de las raras tiendas supervivientes fuera de los viñetados en los dibujos de Gabriel de Saint-Aubin, allí donde el siglo XVIII curioso venía a sentar sus momentos de ocio para el regateo de las francesas y extranjeras y «todo lo más nuevo que produce en las artes», como dice una factura de ese Petit Dunkerque, factura de la que, según creo, sólo Verdurin y yo poseemos una prueba y que es sin duda una de las volantes obras maestras de papel ornamentado en el que el reinado de Luis XV hacía sus cuentas, con su membrete representando un mar tempestuoso, lleno de barcos, un mar con unas olas como de una ilustración de la edición de los Recaudadores de Impuestos de

*L’hui tre et les plaideurs*. La dueña de la casa, que me va a sentar a su lado, me dice amablemente que ha adornado la mesa sólo con crisantemos japoneses, pero unos crisantemos colocados en jarrones que serían obras de arte rarísimas, uno de ellos de bronce sobre el que unos pétalos de cobre rojizo parecían las auténticas hojas desprendidas de la flor. Están los Cottard —el doctor y su mujer—, el escultor polaco Viradobetski, el coleccionista Swann, una gran dama rusa, una princesa con un nombre terminado en «of» que no recuerdo, y Cottard me dice al oído que es ella la que disparó a quemarropa contra el archiduque Rodolfo y según la cual parece ser que tengo yo en Galitzia y en todo el norte de Polonia una fama absolutamente excepcional, tanto que una muchacha no concederá jamás su mano sin saber si el pretendiente es un admirador de *La Faustin*. «Ustedes los occidentales —concluye la princesa, que por cierto me parece una inteligencia muy superior— no pueden comprender esa penetración de un escritor en la intimidad de una mujer». Un hombre sin barba ni bigote, con patillas de mayordomo de hotel, va soltando en un tono de condescendencia unas bromas de profesor de segunda que fraterniza con los primeros de su clase por Saint-Charlemagne; es Brichot, el universitario. Verdurin pronuncia mi nombre y Brichot no tiene una palabra indicando que conoce nuestros libros, y se despierta en mí un desaliento irritado por esa conspiración que organiza contra nosotros la Sorbona, trayendo hasta el amable hogar donde se me festeja la oposición, la hostilidad, de un silencio deliberado. Pasamos a la mesa y es entonces un extraordinario desfile de platos que son sencillamente obras maestras del arte de la porcelana, y durante una comida delicada, la atención incitada de un aficionado escucha con la mayor complacencia aquel charloteo artista —desde los platos de los Yung-Ching hasta el color capuchina de sus bordes, el azulado, a los pétalos túrgidos de sus lirios acuáticos, a la travesía, verdaderamente decorativa, por la alborada de un vuelo de martines pescadores y de grullas, alborada que tiene todos los tonos matutinales que cotidianamente entremira, bulevar Montmorency, mi despertar—; platos de Sajonia más empalagosos en la gracia de su factura, en el adormilamiento, en la anemia de sus rosas, tirando a violeta, en la desmembración vinosa de un tulipán, en el rococó de

un clavel o de un miosotis, platos de Sevres enrejados con el fino grabado de sus blancas estrías, verticiladas de oro o anudadas, sobre el plano cremoso de la pasta, por el galante relieve de una cinta de oro, en fin, toda una argéntea vajilla por la que corren esos mirtos de Luciennes que la Dubarry reconocería. Y algo quizá no menos raro: la calidad notabilísima de las cosas que en tales recipientes son servidas, un manjar delicadamente, morosamente cocinado, todo un guisar como los parisienses, hay que decirlo muy alto, jamás encontrarán en los más cimeros ágapes y que me recuerda ciertos *cordons bleus* de Jean d'Heurs. Ni siquiera el *foie gras* tiene el menor parentesco con la insulsa espuma que habitualmente sirven con ese nombre; y no conozco muchos lugares donde la simple ensalada de patatas esté hecha con unas patatas que tienen consistencia de botones de marfil japoneses, la pátina de esas cucharitas de marfil con que las chinas echan agua sobre los peces que acaban de pescar. El cristal de Venecia que tengo ante mí lo enjoya suntuosamente de rojos, un extraordinario Léoville comprado en la subasta de *monsieur* Montalivet, y se recrea la imaginación de la vista y también, no temo decirlo, la imaginación de lo que antaño se llamaba el gaznate, al ver llegar a la mesa una barbuda que no tiene nada que ver con esas barbudas no muy frescas que se sirven en las mesas más lujosas y a las que, en el lapso prolongado del viaje, se les han marcado las espinas en el lomo; una barbuda que nos sirven, no con ese engrudo a los que tantos primeros cocineros de casa grande llaman salsa blanca, sino con verdadera salsa blanca, hecha con mantequilla de cinco francos la libra; al ver llegar esa barbuda en una maravillosa fuente Ching-Hon surcada por las purpúreas rayas de una puesta de sol sobre un mar por el que pasa la navegación jocunda de una banda de langostas, de un punteado grumoso tan extraordinariamente conseguido que parecen moldeadas en caparazones vivos, una fuente con un filete hecho de pececillos pescados con caña por un chinito y que tienen el indecible encanto del nacáreo color en la azulada plata de su vientre. Como yo le dijera a Verdurin el delicado goce que para él ha de ser ese refinado yantar en colección tal que ningún príncipe posee hoy tras sus vitrinas: «Ya se ve que usted no le conoce» me dispara melancoliosamente la anfitriona. Y me habla de su marido como de un

original maniático, indiferente a todas esas bonituras, «un maniático, sí —repite—, exactamente un maniático que preferiría trasegar una botella de sidra en el fresco un poco encanallado de una casa de labranza normanda». Y la encantadora mujer, con palabra verdaderamente enamorada del colorido de una comarca, nos habla con desbordante entusiasmo de aquella Normandía que ellos vivieron, una Normandía que fuera un inmenso parque inglés, con la fragancia de sus altos bosques estilo Lawrence, con el terciopelo *criptomeria* en la aporcelanada orla de hortensias rosa de sus cuadros de césped natural, en el revoltijo de rosas color de azufre que, al caer sobre una puerta campesina donde la incrustación de dos perales enlazados simula una enseña enteramente ornamental, hace pensar en la libre caída de una rama florida en el bronce de un aplique de Gouthiere, una Normandía que sería absolutamente insospechada para los veraneantes parisienses y que está protegida por la barrera de cada una de sus portillas, barreras que los Verdurin me confiesan no haberse recatado de levantarlas todas. Al caer la tarde, en una extinción soñolienta de todos los colores ya sin más luz que la que da una mar casi cuajada con el color azulado del suero de la leche («No, no, nada de ese mar que usted conoce —protesta frenéticamente mi vecina, replicando a mi comentario de que Flaubert nos llevó a mi hermano y a mí a Trouvillenada, absolutamente nada de eso, tendrá que venir conmigo, sin lo cual nunca se dará idea»), tornaban a través de verdaderos bosques florecidos de tul rosa formados por los rododendros, completamente mareados por el olor de las sardinerías que daban al marido unos terribles accesos de asma —«sí, insistía la dama, eso mismo, verdaderos accesos de asma»—. Y al verano siguiente volvían, alojando a toda una colonia de artistas en una admirable mansión medieval habilitada en un antiguo claustro que ellos alquilaban por nada. Y la verdad es que, oyendo a esta mujer que, después de pasar por tantos lugares, verdaderamente ilustres, conserva sin embargo en su palabra un poco del verdor de la palabra de una mujer de pueblo, una palabra que nos muestra las cosas con el color que en ellas ve nuestra imaginación, se me hace la boca agua con la vida que ella me dice haber llevado allí, trabajando cada uno en su celda, y donde todos se reunían en el salón, tan espacioso que

tenía dos chimeneas, a comer y a enhebrar unas charlas de tono elevadísimo, alternando con pequeños juegos, haciéndome pensar esta mansión en la que evoca esa obra maestra de Diderot, *Lettres a Mademoiselle Volland*. Y después del almuerzo todo el mundo salía, hasta con chaparrones, y cuando salía el sol, el resplandor de un aguacero, de un aguacero que rayaba con su filtrado luminoso las nudosidades de un magnífico desfile de hayas centenarias que ponían delante de la verja la belleza vegetal tan cara al siglo XVIII, y los arbustos que, a modo de botones florecidos, en las colgaduras de sus ramas, lucían gotas de lluvia. Deteníanse los paseantes a escuchar el delicado barboteo, enamorado de frescor, de un pardillo bañándose en la monísima y minúscula bañera de Ninfemburgo que es la corola de una rosa blanca. Y como yo le hablara a *madame* Verdurin de los paisajes y de las flores de allí delicadamente pastelizadas por Elstir, lánzame ella en iracundo alzar de la cabeza: «Es que soy yo quien le hice conocer todo aquello, todo, ¿sabe usted?, todo, los rincones curiosos, todos los motivos se los tiré a la cara cuando nos dejó, ¿verdad, Augusto? Todos, todos los motivos que pintó. Los objetos los conoció siempre, hay que ser justo, hay que reconocerlo. Pero flores, lo que se dice flores, no las había visto nunca, no sabía distinguir una altea de una malvarrosa. No me creerá usted, pero le enseñé yo a distinguir el jazmín». Y fuerza es reconocer que resulta curioso pensar que el pintor de flores que los aficionados al arte nos citan hoy como el primero, incluso como superior a Fantin-Latour, quizá sin la mujer que aquí tenemos nunca supiera pintar un jazmín. «Sí, palabra de honor que el jazmín y todas las rosas que pintó las pintó en mi casa o se las llevé yo. En casa le llamábamos siempre *monsieur* Tiche; pregúntele a Cottard, a Brichot, a todos los demás, si le tratábamos aquí como a un gran hombre. Él mismo se habría reído. Yo le enseñaba a colocar sus flores, al principio no acertaba a hacerlo. Jamás supo formar un ramo. No tenía gusto natural para elegir, tenía que decirle yo: “No, no pinte eso, eso no vale la pena, pinte esto”. ¡Ah, si nos hubiera escuchado tan bien para arreglar su vida como para arreglar las flores, y si no hubiera hecho aquella asquerosa boda!». Y, súbitamente, enfebrecidos los ojos por la absorción de un ensueño mirando hacia el pasado, con el

tamborileo nervioso, en el maniático prolongar sus falanges allende el sedoso bullón de la blusa, en el escorzo de su actitud doliente, es como un maravilloso cuadro nunca pintado a lo que creo, y en el que se leyera toda la rebeldía contenida, todas las susceptibilidades iracundas de una amiga ultrajada en las delicadezas, el pudor de la mujer. Después nos habla del admirable retrato que Elstir hizo para ella, el retrato de la familia Cottard, que ella donó al Luxembourg cuando rompió con el pintor, declarando que fue ella quien dio al pintor la idea de pintar al hombre vestido de frac para lograr todo ese bello abullonamiento de la pechera y quien eligió el vestido de terciopelo de la mujer, un vestido que rima con todo ese esplendor de matices claros de los tapices, de las flores, de las frutas, de las gasas que envuelven a las niñas, parejas a las faldillas de las bailarinas. Y parece ser que a ella también se debe la idea de ese peinado, idea que, en suma, consistía en pintar a la mujer no en representación, sino sorprendida en lo íntimo de su vida cotidiana. «Yo le decía: pero en la mujer que se está peinando, que está secándose la cara, que está calentándose los pies, cuando cree que no la ven hay un venero de movimientos interesantes, de gestos de una gracia enteramente *leonardesca*:». Mas a una señal de Verdurin indicando que el despertar de aquellas indignaciones era nocivo para la gran nerviosa que parece ser, en el fondo, su mujer, Swann me hace admirar el collar de perlas negras que lleva la anfitriona y que ella compró completamente blancas en la subasta de un descendiente de *madame* de La Fayette, a quien se las regalara Enriqueta de Inglaterra, y que se tornaron negras en un incendio que destruyó una parte de la casa donde vivieron los Verdurin, en no recuerdo qué calle, y después del cual se encontró el cofrecillo donde estaban las perlas, mas que se habían tornado completamente negras. «Y yo conozco su retrato, el retrato de esas perlas, en los hombros mismos de *madame* de La Fayette, sí, exactamente, su retrato —insiste Swann ante las exclamaciones de los invitados un tanto maravillados—, su retrato auténtico, en la colección del duque de Guermantes». Una colección sin igual en el mundo, proclama Swann, y que yo debería ir a ver, una colección heredada por el célebre duque, que era su sobrino predilecto, de *madame* de Beausergent, su tía, después *madame*

d’Hazfeld, hermana de la marquesa de Villeparisis y de la princesa de Hanovre, donde tanto nos gustara en otro tiempo a mi hermano y a mí bajo los rasgos del encantador *bambino* llamado Basin, que es, en realidad, el nombre del duque. Y en esto el doctor Cottard, con una sutileza que revela en él un hombre distinguido en extremo, recoge la historia de las perlas y nos explica que análogas catástrofes producen en el cerebro de las personas ciertas alteraciones muy semejantes a las que se observan en la materia inanimada, y cita, de una manera verdaderamente más *filosófica* de lo que lo harían muchos médicos, al propio criado de *madame* Verdurin, que, en el espanto de aquel incendio en el que estuvo a punto de perecer, tornóse otro hombre, con una letra tan cambiada que, a la primera carta suya recibida por sus amos, a la sazón en Normandía, dándoles cuenta de lo ocurrido, creyeron que era invención de un bromista. Y no sólo cambió de letra: según Cottard, el hombre antes sobrio se tornó tan intolerablemente borracho que *madame* Verdurin no tuvo más remedio que despedirle. Y, a una seña de la anfitriona, la sugestiva disertación pasa del comedor al fumadero veneciano en el que nos dice Cottard que asistió a verdaderos desdoblamientos de la personalidad, citándonos el caso de un enfermo suyo, que él se ofrece amablemente a llevar a mi casa y que, según dice Cottard, basta que él le toque en las sienes para que despierte a una segunda vida durante la cual no recuerda nada de la primera, tanto que, muy honrado en esta, ha estado detenido varias veces por robos cometidos en la otra, donde sería ni más ni menos que un perfecto sinvergüenza. A lo cual *madame* Verdurin observa agudamente que la medicina podría ofrecer temas más verdaderos a un teatro en el que la comicidad del embrollo se basaría en confusiones patológicas, lo que, de una cosa a otra, lleva a *madame* Cottard a contar que un tema muy parecido ha sido desarrollado por un narrador que es el favorito de las veladas de sus hijos, el escocés Stevenson, un nombre que pone en boca de Swann esta perentoria afirmación: «Pero Stevenson es un gran escritor, se lo aseguro, *monsieur* de Goncourt, un magnífico escritor, uno de los más grandes escritores». Y como, maravillado yo de la sala donde estábamos fumando, de sus artesones blasonados, procedentes del antiguo palazzo Barberini, dejara traslucir mi pesar por el progresivo

ennegrecimiento de cierto recipiente por la ceniza de nuestros «londres», cuenta Swann que parecidas manchas atestiguan en los libros que pertenecieron a Napoleón I —unos libros que ahora posee el duque de Guermantes, pese a sus opiniones antibonapartistas—, que el emperador mascaba tabaco. Cottard, que se nos revela como un curioso verdaderamente penetrante en todas las cosas, declara que esas manchas no proceden en absoluto de nada de eso —«en absoluto», repite con autoridad —, sino de la costumbre que Napoleón tenía de llevar siempre en la mano, hasta en los campos de batalla, pastillas de regaliz para calmar sus dolores de hígado. «Pues padecía del hígado, y de eso murió», concluye el doctor.

Lo dejé aquí, pues me iba al día siguiente; y además era la hora en que me reclamaba el otro maestro a cuyo servicio estamos cada día la mitad de nuestro tiempo. La tarea que nos impone la realizamos con los ojos cerrados. Todas las mañanas nos entrega de nuevo a nuestro otro dueño, sabiendo que, sin esto, nos entregaríamos mal a la suya. Curioso por saber, cuando nuestro espíritu abre de nuevo los ojos, lo que hemos podido hacer bajo el dueño que tiende a sus esclavos antes de ponerlos a una tarea precipitada, los más ladinos, apenas terminada esta, intentan mirar subrepticiamente. Pero el sueño les gana por la mano para hacer desaparecer las huellas de lo que quisieran ver. Y al cabo de tantos siglos no sabemos gran cosa sobre el particular.

Cerré, pues, el diario de los Goncourt. ¡Prestigio de la literatura! Yo habría querido volver a ver a los Cottard, preguntarles muchos detalles sobre Elstir, ir a ver la tienda del Petit Dunkerque si aún existía, pedir permiso para visitar aquel hotel de los Verdurin donde yo había comido. Pero sentía una vaga turbación. Desde luego, nunca me había disimulado que no sabía escuchar ni, cuando ya no estaba solo, mirar. Una señora anciana no mostraba ante mis ojos ninguna clase de collar de perlas y lo que se decía no me entraba en los oídos. Sin embargo, eran seres a los que había conocido en la vida cotidiana, había comido muchas veces con ellos, eran los Verdurin, era el duque de Guermantes, eran los Cottard, y cada uno de ellos me había parecido tan corriente como a mi abuela aquel Basin que ella no sospechaba que era el sobrino querido, el joven héroe delicioso, de

*madame* de Beausergent. Todos me habían parecido insípidos; recordaba las innúmeras vulgaridades de que cada uno de ellos estaba compuesto…

*Et que tout cela fasse un astre dans la nuit!*[5]

Decidí prescindir provisionalmente de las objeciones que habían podido sugerirme contra la literatura las páginas de Goncourt leídas la víspera de salir de Tansonville. Aun prescindiendo del índice individual de ingenuidad que llama la atención en este memorialista, podía por otra parte tranquilizarme en diversos puntos de vista. En primer lugar, en lo que personalmente me concernía, mi incapacidad de mirar y de escuchar, que el citado diario tan penosamente había puesto de relieve para mí, no era, sin embargo, total. Había en mí un personaje que, más o menos, sabía mirar bien, pero era un personaje intermitente, que sólo tomaba vida cuando se manifestaba alguna esencia general, común a varias cosas, que constituía su alimento y su deleite. Entonces el personaje miraba y escuchaba, Pero sólo en cierta profundidad, de suerte que la observación no ganaba nada. Como un geómetra que, prescindiendo de las cualidades sensibles de las cosas, ve solamente su substrato lineal, yo no captaba lo que contaban las personas, pues lo que me interesaba no era lo que querían decir, sino la manera de decirlo, en cuanto revelaba su carácter o sus notas ridículas; o más bien era un objeto que fue siempre la finalidad principal de mi búsqueda porque me daba un goce específico, el punto común a uno y a otro ser. Sólo cuando mi mente lo percibía —somnolienta hasta entonces, incluso tras la aparente actividad de mi conversación, cuya animación enmascaraba para los demás un completo entumecimiento mental— se lanzaba de pronto, gozosamente, a la caza, pero lo que entonces perseguía —por ejemplo, la identidad del salón Verdurin en diversos lugares y tiempos— estaba situado a una profundidad media, más allá de la apariencia misma, en una zona un poco más retirada. Y el encanto aparente, copiable, de los seres escapaba a mi percepción porque yo no tenía la facultad de detenerme en él, como un cirujano que, bajo la tersura de un vientre de mujer, viera el mal interno que lo roe. Cuando comía invitado, no veía a los demás invitados, porque,

creyendo mirarlos, los radiografiaba. Y al reunir todas las observaciones que había podido hacer sobre los invitados en una comida, el dibujo de las líneas por mí trazadas era como un conjunto de leyes psicológicas donde apenas tenía cabida el interés propio que el invitado hubiera podido tener en sus palabras. Pero ¿acaso esto quitaba todo mérito a mis retratos, si para mí no eran retratos? Si, en el campo de la pintura, alguien pone de relieve ciertas verdades relativas al volumen, a la luz, al movimiento, el cuadro no será necesariamente inferior a un retrato de la misma persona, que no se parece nada al primero y en el que se relatan minuciosamente mil detalles omitidos en este, y del segundo retrato se podrá deducir que el modelo era seductor, cuando en el primero se hubiera creído feo, lo que puede tener una importancia documental y hasta histórica, pero no es necesariamente una verdad de arte. Después, en cuanto no estaba solo, mi frivolidad me daba el deseo de agradar, más de divertir hablando que de instruirme escuchando, a no ser que fuera a una reunión para enterarme sobre algún punto de arte o sobre alguna sospecha celosa que me había preocupado antes. Pero era incapaz de ver nada cuyo deseo no me hubiera sido sugerido previamente por alguna lectura, nada de lo que yo no hubiera dibujado de antemano un croquis que quisiera comparar con la realidad. ¡Cuántas veces —lo sabía muy bien, sin necesidad de aprenderlo en aquella página de Goncourt— fui incapaz de prestar atención a cosas o a personas que más tarde, después de que un artista me presentara su imagen en la soledad, hubiera caminado leguas, arriesgado la vida por volver a encontrarlas! Entonces mi imaginación se había puesto en marcha, había comenzado a pintar. Y aquello ante lo cual bostezara el año anterior, ahora me decía con angustia contemplándolo de antemano, deseándolo: «¿Será verdaderamente imposible verlo? ¡Cuánto daría por conseguirlo!». Cuando leemos artículos sobre ciertas personas aunque sólo se trate de personas del gran mundo, de esas de quienes se dice que son «los últimos representantes de una sociedad de la que ya no existe ningún testigo», seguramente podemos exclamar: «¡Pensar que ese de quién se habla con tanto elogio es un ser insignificante! ¡Pensar que, si yo me guiara solamente por los periódicos y las revistas sin haber visto al hombre lamentaría no haberle conocido!». Pero, al leer

páginas tales en los periódicos, me sentía más bien tentado a pensar: «¡Lástima que —cuando sólo me preocupaba de encontrar a Gilberta o a Albertina— no presté ninguna atención a ese señor!, yo le tomaba por uno de esos pelmas del gran mundo, por un comparsa, y era una Figura». Las páginas de Goncourt que leí me hicieron lamentar esta disposición. Pues quizá podía deducir de ellas que la vida aprende a rebajar el valor de la lectura, y nos demuestra que lo que el escritor nos alaba no valía gran cosa; mas con la misma razón podía deducir lo contrario: que la lectura nos enseña a apreciar más el valor de la vida, valor que no hemos sabido estimar y del que sólo por el libro nos damos cuenta de lo grande que era. En rigor, podemos consolarnos de haber gozado poco en la compañía de un Vinteuil, de un Bergotte. El burguesismo pudibundo del uno, los defectos insoportables del otro, hasta la pretenciosa vulgaridad de un Elstir en sus principios[6] no pueden nada contra ellos, porque su genio se manifiesta en sus obras. Para ellos, sean las Memorias o seamos nosotros quien se equivoque atribuyendo encanto a su compañía que nos ha desagradado, el problema importa poco, porque, aun suponiendo que el equivocado sea el autor de las Memorias, ello no demostraría nada contra el valor de la vida que produce tales genios.

En el extremo opuesto de la experiencia, cuando yo veía que las anécdotas más curiosas, las que hacen del Diario de Goncourt materia inagotable, diversión de las noches solitarias para el lector, se las habían contado esos invitados que, a través de sus páginas, desearíamos conocer, y que a mí no me dejaron huella de un recuerdo interesante, no era todavía cosa muy inexplicable. A pesar de la ingenuidad de Goncourt, que del interés de aquellas anécdotas deducía la distinción probable del hombre que las contaba, muy bien podía ocurrir que unos hombres mediocres vieran en su vida u oyeran contar cosas curiosas y las contasen a su vez. Goncourt sabía escuchar, como sabía ver; yo no sabía. Por otra parte, habría que juzgar uno por uno todos esos hechos. La verdad es que *monsieur* de Guermantes no me había dado la impresión de aquel adorable modelo de gracias juveniles que a mi abuela tanto le hubiera gustado conocer y que me proponía como modelo inimitable por las Memorias de *madame* de

Beausergent. Pero hay que pensar que Basin tenía entonces siete años, que el escritor era su tía y que hasta los maridos que se van a divorciar a los pocos meses nos hacen un gran elogio de su mujer. Una de las poesías más bonitas de Sainte-Beuve está dedicada a la aparición, ante una fuente, de una joven adornada de todos los dones y de todas las gracias, la joven *mademoiselle* de Champlatreux, que no debía de tener entonces diez años. Pese a toda la tierna veneración que ese poeta genial que es la condesa de Noailles tenía a su suegra, la duquesa de Noailles, Champlatreux por su familia, es, posible que, si hubiera tenido que hacer su retrato, contrastara bastante con el que Sainte-Beuve trazó cincuenta años antes.

Quizá es aún más desconcertante lo intermedio, esas gentes de las que lo que se dice implica en ellos más que la memoria que ha sabido retener una anécdota curiosa, pero sin tener el recurso, como con los Vinteuil, con los Bergotte, de juzgarlos por su obra, pues no han creado ninguna: sólo la han inspirado —con gran asombro nuestro, pues nos parecían tan mediocres —. Pase aún que el salón que dará en los museos la mayor impresión de elegancia desde las grandes pinturas del Renacimiento sea el de la pequeña burguesía ridícula a la que ante el cuadro, y de no haberla conocido, tanto habría deseado yo acercarme en la realidad, esperando aprender de ella los más preciosos secretos del arte del pintor, que su cuadro no me daba, y cuya pomposa cola de terciopelo y de encajes es un trozo de pintura comparable a los más bellos de Tiziano. Si yo había comprendido en otro tiempo que no es el más inteligente, el más culto, el mejor relacionado de los hombres, sino el que sabe hacerse espejo y puede reflejar así su vida, aunque fuera mediocre, el que llega a ser un Bergotte (aunque los contemporáneos le tuvieran por menos inteligente que Swann y menos sabio que Bréauté), lo mismo se podía decir, y con mayor razón, de los modelos del artista. En el surgir de la belleza, en el artista que puede pintarlo todo, el modelo se lo proporcionarán personas un poco más ricas que él, en cuya casa encontrará lo que no suele tener en su taller de hombre de talento desconocido que vende sus cuadros a cincuenta francos: un salón con muebles tapizados de seda antigua, muchas lámparas, bellas flores, hermosas frutas, preciosos vestidos —gente modesta relativamente, o que lo parecería a personas

brillantes (que ni siquiera conocen su existencia), pero que, por eso mismo, están más cerca de conocer al artista oscuro, de apreciarle, de invitarle, de comprarle sus cuadros, que las personas de la aristocracia que encargan sus retratos, como el papa y los jefes de estado, a los pintores académicos—. La poesía de una casa elegante y de bellas *toilettes* de nuestro tiempo ¿no estará para la posteridad en el salón del editor Charpentier por Renoir más bien que en el retrato de la princesa de Sagan o de la condesa de La Rochefoucauld pintado por Cotte o por Chaplin? Los artistas que nos han dado las más grandes visiones de elegancia han tomado los elementos de la misma en las gentes que pocas veces eran los grandes elegantes de su época, los cuales rara vez encargan un retrato al desconocido portador de una belleza que ellos no pueden distinguir en sus pinturas, disimulada como está por la interposición de un tópico de gracia consabida y ya pasada que flota en el ojo del público como esas visiones subjetivas que el enfermo cree que están efectivamente ante él. Pero que esos modelos mediocres que yo conocí hubiesen además inspirado, aconsejado ciertas modificaciones que me encantaron; que la presencia de alguno de ellos en el cuadro fuese más que la presencia de un modelo, es decir, la de un amigo que el pintor quiere poner en sus cuadros, era como para preguntarse si no me hubieran parecido insignificantes todas las personas que lamentamos no haber conocido porque Balzac las pintaba en sus libros o les dedicaba un homenaje de admiración, sobre las que Sainte-Beuve o Baudelaire hicieron sus más hermosos versos, si no me lo hubieran parecido, con mayor razón, todas las Récamier, todas las Pompadour, bien por un defecto de mi naturaleza, lo que entonces me hacía enfurecerme por estar enfermo y no poder volver a ver a todas las personas que había conocido mal, bien porque sólo debiesen su prestigio a una magia ilusoria de la literatura, lo que obligaba a cambiar de diccionario para leer, y me consolaba de tener que romper de un día a otro, por los progresos que hacía mi estado enfermizo, con la sociedad, renunciar a un viaje, a los museos, para ir a reponerme en un sanatorio.

Estas ideas, que tendían, unas a disminuir, otras a aumentar mi pesar por no tener dones para la literatura, no se presentaron nunca en mi

pensamiento durante los largos años en los que, por lo demás, había renunciado por completo al proyecto de escribir y que pasé lejos de París, en un sanatorio, hasta que este sanatorio no pudo ya encontrar personal médico, a principios de 1916. Entonces volví a un París muy diferente de aquel al que ya había vuelto una vez, como se verá en seguida, en agosto de 1914, para una consulta médica, después de lo cual retorné a mi sanatorio.

# CAPÍTULO II

M. de Charlus durante la guerra, sus opiniones, sus placeres

Una de las primeras noches de mi nuevo regreso, en 1916, queriendo oír hablar de lo único que entonces me interesaba, la guerra, salí después de comer para ir a ver a *madame* Verdurin, pues era, con *madame* Bontemps, una de las reinas de aquel París de la guerra que hacía pensar en el Directorio. Como por la siembra de una pequeña cantidad de levadura, en apariencia de generación espontánea, unas mujeres jóvenes iban todo el día con unos altos turbantes cilíndricos, como una contemporánea de *madame* Tallien, llevando por civismo unas túnicas egipcias rectas, oscuras, muy «guerra», sobre unas faldas muy cortas; llevaban unas correas que recordaban el coturno según Talma, o unas altas polainas que recordaban las de nuestros queridos combatientes; era, decían ellas, porque no olvidaban que debían alegrar los ojos de aquellos combatientes, por lo que todavía se arreglaban, no sólo con vestidos «vaporosos», sino también con alhajas que evocaban los ejércitos con su tema decorativo, aunque la materia no viniera de los ejércitos, ni hubiera sido trabajada en los ejércitos; en lugar de los ornamentos egipcios que recordaban la campaña de Egipto, eran sortijas o pulseras hechas con fragmentos de obuses o cinturones de 75, encendedores formados por dos peniques ingleses a los que un militar había logrado dar en su trinchera una pátina tan bella que el perfil de la reina Victoria parecía trazado por Pisanello; era también porque pensaban constantemente en

ellos, decían ellas, que, cuando caía uno de los suyos, apenas le guardaban luto, con el pretexto de que era «un luto en el que entraba el orgullo» lo que permitía un gorro de crespón inglés blanco (del más gracioso efecto y que «autorizaba todas las esperanzas», en la invencible seguridad del triunfo definitivo), sustituir al casimir de antaño por el raso y la muselina de seda, y hasta conservar las perlas, «sin dejar por eso de observar el tacto y la corrección que es inútil recordar a buenas francesas».

Estaban cerrados el Louvre y todos los museos, y cuando se leía en el título de un artículo de periódico: «Una exposición sensacional», se podía estar seguro de que se trataba de una exposición no de cuadros, sino de vestidos, de vestidos destinados por lo demás a «esos delicados goces de arte de los que las parisienses llevaban tanto tiempo privadas». Así renacieron la elegancia y el placer; la elegancia, a falta del arte, quería disculparse como en 1793, año en que los artistas que expusieron en el Salón revolucionario proclamaban que, equivocadamente, parecería «impropio de austeros republicanos que nos ocupemos del arte cuando la Europa coligada asedia el territorio de la libertad». Lo mismo hacían en 1916 los modistos, que, además, por una orgullosa conciencia de artistas, confesaban que «buscar la novedad, huir de la vulgaridad, afirmar una personalidad, preparar la victoria, encontrar para las generaciones de después de la guerra una nueva fórmula de belleza tal era la ambición que los atormentaba, la quimera que perseguían, como se podía comprobar yendo a visitar sus salones deliciosamente instalados en la Rue de la…, donde parece imponerse la consigna de disipar con una nota luminosa y alegre las abrumadoras tristezas de la hora, pero con la discreción que las circunstancias imponen. Las tristezas de la hora —verdad es— podrían acabar con las energías femeninas si no tuviéramos tantos ejemplos de valor y de resistencia que nos hacen meditar. Por eso, pensando en nuestros combatientes, que en el fondo de su trinchera sueñan con más comodidad y más coquetería para la querida ausente que se quedó en el hogar, no dejarán de traernos siempre más primor en la creación de vestidos que respondan a las necesidades del momento. Lo que está en boga —y se comprende— es, sobre todo, las casas inglesas, aliadas por tanto, y este año entusiasma el

vestido tonel, cuyo gracioso desgaire nos da a todas un simpático toquecito de rara distinción. Y aun será esta una de las más felices consecuencias de esta triste guerra —añadía el encantador cronista—, y aun será esta (era de esperar: la recuperación de las provincias perdidas, el despertar del sentimiento nacional) una de las más felices consecuencias de esta guerra: haber logrado bonitos resultados en cuestión de *toilettes*, sin lujo exagerado y de mal gusto, haber creado con tan poca cosa, con naderías, la coquetería. Al vestido de gran modisto editado en varios ejemplares se prefiere en este momento los vestidos hechos en casa porque afirman el espíritu, el gusto y las tendencias de cada cual». En cuanto a la caridad, pensando en todas las miserias nacidas de la invasión, en tantos mutilados, era muy natural que se viera obligada a hacerse «más ingeniosa aún», lo que obligaba a las damas de alto turbante a pasar el final de la tarde en los tés alrededor de una mesa de *bridge* comentando las noticias del «frente», mientras las esperaban a la puerta sus automóviles con un apuesto militar que charlaba con el botones. Pero no sólo eran nuevos los tocados que remataban las caras con su extraño cilindro. Lo eran también las caras.

Aquellas damas del nuevo sombrero eran mujeres jóvenes llegadas de no se sabía bien dónde y que eran la flor de la elegancia, unas desde hacía seis meses, otras desde hacía dos años, otras desde hacía cuatro. Y estas diferencias tenían para ellas tanta importancia como tenían en el tiempo en que yo debuté en el mundo entre dos familias como los Guermantes y los La Rochefoucauld tres o cuatro siglos de antigüedad probada. La dama que conocía a los Guermantes desde 1914 miraba como a una advenediza a la que presentaban en aquella casa en 1916, le dirigía un saludo de reina madre, la enfocaba con sus impertinentes y declaraba con una mueca que ni siquiera se sabía con seguridad si aquella mujer estaba o no casada. «Todo esto es bastante nauseabundo», concluía la dama de 1914, que hubiera querido que el ciclo de las nuevas admisiones se hubiera cerrado con ella. Aquellas personas nuevas, que a los jóvenes les parecían muy antiguas, y a las que, por otra parte, algunos viejos que no habían vivido sólo en el gran mundo creían reconocer como no tan nuevas, no sólo ofrecían a la sociedad el entretenimiento de la conversación política y la música en la intimidad

que le convenía; además, tenían que ser ellas quienes los ofreciesen, pues para que las cosas parezcan nuevas siendo antiguas, y aun siendo nuevas, en arte, en medicina, en mundanidad, se necesitan nombres nuevos. (Por lo demás, eran nuevos en ciertas cosas. Así, por ejemplo, *madame* Verdurin fue a Venecia durante la guerra, pero, como esas personas que quieren evitar hablar de cosas tristes y de sentimiento, cuando decía que aquello era maravilloso, lo que admiraba no era ni Venecia, ni San Marcos, ni los palacios, todo lo que tanto me gustó a mí y de lo que ella no hacía caso, sino el efecto de los reflectores en el cielo, sobre los cuales daba detalles apoyados con cifras. Así renace, de edad en edad, cierto realismo como reacción contra el arte admirado hasta entonces). El salón Sainte-Euverte era una etiqueta desteñida bajo la cual a nadie hubiera atraído la presencia de los más grandes artistas, de los ministros más influyentes. En cambio todo el mundo corría por escuchar una palabra pronunciada por el secretario de los unos o por el subjefe de gabinete de los otros en casa de las nuevas damas de turbante cuya invasión alada y cacareante llenaba París. Las damas del primer Directorio tenían una reina que eran joven y bella y se llamaba *madame* Tallien. Las del segundo tenían dos que eran viejas y feas y se llamaban *madame* Verdurin y *madame* Bontemps. ¿Quién le hubiera echado en cara a *madame* Bontemps que su marido desempeñó un papel duramente criticado por *L'Echo de Paris* en el asunto Dreyfus? Como, en cierto momento, toda la Cámara se había hecho revisionista, fue forzosamente entre antiguos revisionistas, como entre antiguos socialistas, donde hubo que reclutar el partido del orden social, de la tolerancia religiosa, de la preparación militar. En otro tiempo habrían odiado a *monsieur* Bontemps, porque los antipatriotas tenían entonces el nombre de dreyfusistas. Pero este nombre no tardó en ser olvidado y sustituido por el del adversario de la ley de tres años. Y *monsieur* Bontemps era uno de los autores de esta ley, luego era un patriota. En el mundo (y este fenómeno social no es más que una aplicación de una ley psicológica mucho más general), las novedades, culpables o no, sólo espantan a la gente hasta que son asimiladas y rodeadas de elementos tranquilizadores. Ocurría con el dreyfusismo como con la boda de Saint-Loup con la hija de Odette, boda

que al principio escandalizó. Ahora que en casa de los Saint-Loup se veía a todas las personas «conocidas», así hubiera tenido Gilberta las costumbres de la misma Odette, habrían ido a su casa y habrían aplaudido a la dueña por censurar como una ilustre abuela unas novedades morales no asimiladas. El dreyfusismo se había incorporado ya a una serie de cosas respetables y habituales. En cuanto a preguntarse lo que valía en sí mismo, nadie pensaba ahora en tal cosa para admitirlo, como antes no se pensó para condenarlo. Ya no era *shocking*, y esto bastaba. Apenas se recordaba que lo había sido, lo mismo que, al cabo de algún tiempo, ya no se sabe si el padre de una muchacha era un ladrón o no. Llegado el caso, se puede decir: «No, ese de que usted habla es un cuñado, o un homónimo. Pero contra el padre no se ha dicho nunca nada». Además, había habido dreyfusismo y dreyfusismo, y el que iba a casa de la duquesa de Montmorency y hacía pasar la ley de tres años no podía ser malo. En todo caso, no hay pecado sin remisión. Este olvido que se concedía al dreyfusismo se concedía *a fortiori* a los dreyfusistas. De todos modos, en la política ya no los había, puesto que todos lo habían sido en algún momento si querían ser del gobierno, hasta los que representaban lo contrario de lo que el dreyfusismo, en su chocante novedad, había encarnado (en la época en que Saint-Loup iba por mal camino): el antipatriotismo, la irreligiosidad, la anarquía, etc. En consecuencia, el dreyfusismo de *monsieur* Bontemps, invisible y constitutivo como el de todos los hombres políticos, se veía tan poco como los huesos bajo la piel. Nadie se hubiera acordado de que había sido dreyfusista, pues las personas del gran mundo son distraídas y olvidadizas, también porque había pasado mucho tiempo y ellos hacían como que había pasado más: una de las ideas más de moda era decir que la época de antes de la guerra estaba separada de la guerra por algo tan profundo, de tan larga duración al parecer, como un período geológico, y el propio Brichot, ese nacionalista, cuando aludía al asunto Dreyfus, decía: «En aquellos tiempos prehistóricos». (A decir verdad, este profundo cambio operado por la guerra estaba en razón inversa del valor de los cerebros en que se registraba, al menos a partir de cierto grado. En el plano más inferior, los tontos del todo, las personas de puro placer, no pensaban en que había habido guerra. Pero

en la cima, los que se han hecho una vida interior ambiente se preocupan poco de la importancia de los acontecimientos. Para ellos, lo que modifica profundamente el orden de las ideas es sobre todo, con gran diferencia, algo que parece no tener en sí mismo ninguna importancia y que les altera el orden del tiempo retrotrayéndolos a otra época de su vida. Esto se observa prácticamente en la belleza de las páginas que inspira: el canto de un pájaro en el parque de Montboissier, o una brisa impregnada del olor de la reseda son evidentemente hechos de menor cuantía que las fechas más importantes de la Revolución y del Imperio. Sin embargo, inspiraron a Chateaubriand, en las *Mémoires d'Outre-Tombe*, páginas de un valor infinitamente más grande). Las palabras dreyfusista y antidreyfusista ya no tenían sentido, decían ahora los mismos que se quedarían estupefactos e indignados si les dijeran que, probablemente, dentro de unos siglos, y quizá menos, la palabra *boche* no tendría más valor que el significado de curiosidad de las palabras *sans-culotte* o *chouan bleu*.

*Monsieur* Bontemps no quería oír hablar de paz mientras Alemania no quedara reducida a la misma fragmentación que en la Edad Media, mientras no se decretara el destronamiento de la casa de Hohenzollern, mientras Guillermo no recibiera doce balas en el cuerpo. En una palabra, era lo que Brichot llamaba un «hasta el fin», el mejor título de civismo que se le podía dar. Desde luego, *madame* Bontemps había estado los tres primeros días un poco fuera de lugar entre personas que habían dicho a *madame* Verdurin que deseaban conocerla, y *madame* Verdurin contestó en un tonillo ligeramente agrio: «El conde, querida», a *madame* Bontemps, que le decía: «Ese señor que acaba usted de presentarme es el duque de Haussonville», fuera por absoluta ignorancia y ausencia de toda asociación entre el nombre Haussonville y un título cualquiera, o bien, al contrario, por excesivo conocimiento y asociación de ideas con el «Partido de los duques», al que se le había dicho que pertenecía *monsieur* d'Haussonville, en la Academia. Al cuarto día ya comenzó a estar sólidamente instalada en el Faubourg Saint-Germain. A veces se veían aún en torno suyo los desconocidos fragmentos de un mundo que no se conocía y a los que estaban enterados del huevo de que *madame* Bontemps había salido les causaban tan poca

extrañeza como los trozos del cascarón alrededor del polluelo. Pero a los quince días ya se los había sacudido, y no había pasado un mes cuando decía: «Voy a casa de los Lévy», comprendiendo todo el mundo, sin más precisión, que se trataba de los Lévis-Mirepoix, y ninguna duquesa se iría a la cama sin enterarse por *madame* Bontemps o por *madame* Verdurin, al menos a través del teléfono, de lo que decía el comunicado de la noche, de lo que omitía, cómo iban las cosas con Grecia, qué ofensiva se estaba preparando: en una palabra, todo lo que el público no sabría hasta el día siguiente o hasta más tarde, y de lo que ella tendría, por este medio, una especie de ensayo general. En la conversación, *madame* Verdurin, para comunicar las noticias, decía «nosotros» refiriéndose a Francia. «Pues verá: nosotros exigimos al rey de Grecia que retire del Peloponeso, etc.; nosotros le enviamos, etc». Y en todo lo que hablaba salía a relucir constantemente el G. Q. G.[7] («he telefoneado al G. Q. G..»), abreviatura que pronunciaba con el mismo regodeo con que, en otro tiempo, las mujeres que no conocían al príncipe de Agrigente preguntaban sonriendo, cuando hablaban de él y para demostrar que estaban al corriente: «¿Grigri?», un regodeo que en las épocas tranquilas sólo conocen las mujeres mundanas, pero que en las grandes crisis conoce hasta el pueblo. Nuestro mayordomo, por ejemplo, si se hablaba del rey de Grecia, era capaz, gracias a los periódicos, de decir como Guillermo II: «¿Tino?», mientras que hasta entonces su familiaridad con los reyes había sido más vulgar, inventada por él, como cuando, en otro tiempo, hablando del rey de España, decía: «Fonfonse». También se pudo observar que, a medida que aumentó el número de personas brillantes que comenzaron a tratar a *madame* Verdurin, fue disminuyendo el número de los que ella llamaba «aburridos». Por una especie de transformación mágica, cualquier «aburrido» que fuera a hacerle una visita y solicitara una invitación pasaba súbitamente a ser una persona agradable, inteligente. Y al cabo de un año el número de los aburridos había quedado reducido en tal proporción que «el miedo y la imposibilidad de aburrirse», que tanto sitio ocuparan en la conversación y tan gran papel desempeñaran en la vida de *madame* Verdurin, habían desaparecido por completo. Dijérase que, a la vejez, aquella imposibilidad de aburrirse (que, por lo demás, antes

aseguraba no haberla experimentado en su primera juventud) la hacía sufrir menos, como ocurre con ciertas jaquecas, con ciertas asmas nerviosas que pierden fuerza al envejecer. Y seguramente aquel miedo de aburrirse habría abandonado por completo a *madame* Verdurin, por falta de personas aburridas, si no hubiera sustituido, en pequeña medida, a las que ya no lo eran por otras, reclutadas ahora entre los antiguos fieles.

Por otra parte, y terminaremos con las duquesas que ahora trataban a *madame* Verdurin, iban a buscar en su casa, sin sospecharlo, exactamente lo mismo que en otro tiempo buscaban los dreyfusistas, es decir, un placer mundano compuesto de tal manera que su degustación satisficiera las curiosidades políticas y la necesidad de comentar entre ellos los incidentes leídos en los periódicos. *Madame* Verdurin decía: «Vengan a las cinco a hablar de la guerra», como antes «a hablar del *Affaire*»[8], y en el intervalo: «Vengan a oír a Morel».

Pero Morel no tendría que estar allí, porque no estaba en absoluto libre de servicio. Simplemente no se había incorporado y era desertor, pero nadie lo sabía.

Una de las estrellas del salón era *Dans les choux*, que, a pesar de sus aficiones deportivas, había conseguido que le declararan inútil. Hasta tal punto había llegado a ser para mí el autor de una obra admirable en la que yo pensaba constantemente, que sólo por casualidad, estableciendo una corriente transversal entre dos series de recuerdos, pensaba que era el mismo que dio lugar a que Albertina se fuera de mi casa. Y aun esta corriente transversal llegaba, en cuanto a aquellas reliquias de recuerdos de Albertina, a una vía que se cortaba en pleno erial a varios años de distancia, pues ya no pensaba nunca en ella. Era una vía de recuerdos, una línea que ya no seguía nunca. Mientras que las obras de *Dans les choux* eran recientes y mi mente frecuentaba y utilizaba siempre esta línea de recuerdos.

Debo decir que conocer al marido de Andrea no era ni muy fácil ni muy agradable y que la amistad que se le consagraba estaba condenada a muchas decepciones. Porque ya entonces estaba muy enfermo y rehuía las fatigas que no le ofrecieran un posible placer. Y entre estas sólo incluía los encuentros con personas que aún no conocía y que, en su ardiente

imaginación, se figuraba que podían ser diferentes de los demás. Los que ya conocía sabía de sobra cómo eran, cómo serían, y le parecía que no valían la pena de una fatiga peligrosa, quizá mortal, para él. Era, en suma, muy mal amigo. Y acaso en su afición a las personas nuevas reaparecía algo de la audacia frenética que antaño, en Balbec, ponía en los deportes, en el juego, en todos los excesos de la mesa.

En cuanto a *madame* Verdurin, a cada paso quería presentarme a Andrea, sin poder admitir que yo la conocía. Por otra parte, Andrea no solía ir con su marido. Era para mí una amiga admirable y sincera, y, fiel a la estética de su marido, que estaba en reacción de los bailes rusos, decía del marqués de Polignac: «Tiene la casa decorada por Bakst; ¡no sé cómo se puede dormir en ella! Yo preferiría Dubuffe». Además, los Verdurin, por el fatal progreso del esteticismo que acaba por morderse la cola, decían que no podían soportar el *modern style* (además, era muniqués) ni las habitaciones blancas, y sólo les gustaban los antiguos muebles franceses en una decoración oscura[9].

En aquella época, cuando *madame* Verdurin podía recibir en su casa a quien quisiera, nos extrañaba mucho que se dirigiera indirectamente a una persona a la que había perdido de vista por completo: Odette. Pensábamos que nada podría añadir al brillante medio que había llegado a ser el pequeño grupo. Pero a veces una separación prolongada, a la vez que amortigua los rencores, despierta la amistad. Y, además, el fenómeno en virtud del cual los moribundos pronuncian nombres familiares de tiempos remotos y los ancianos se complacen en sus recuerdos de infancia, ese fenómeno tiene su equivalente social. Para triunfar en el propósito de hacer volver a Odette a su casa, *madame* Verdurin no se valió, naturalmente, de los «ultras», sino de los amigos menos fieles que habían seguido con un pie en un salón y otro en el otro. Les decía: «No sé por qué ya no la vemos por aquí. Acaso está enfadada, yo no; después de todo, ¿qué le he hecho? Fue en mi casa donde conoció a sus dos maridos. Si quiere volver, sepa que encontrará las puertas abiertas». Estas palabras, que al orgullo de la Patrona le hubiera costado pronunciar si no se las dictara la imaginación, fueron repetidas, pero sin resultado. *Madame* Verdurin esperó a Odette, y Odette no llegó hasta que

ciertos acontecimientos que veremos más adelante determinaron, por muy distintas razones, lo que no pudo lograr la embajada, celosa, sin embargo, de los amigos infieles. Tan raros son los triunfos fáciles y los fracasos definitivos.

Hasta tal punto eran iguales las cosas que reaparecían con la mayor espontaneidad las palabras de antaño: «*bien pensants*, *malpensants*». Y como parecían diferentes, como los antiguos comuneros habían sido antirrevisionistas, los más acérrimos dreyfusistas querían que se fusilara a todo el mundo y contaban con el apoyo de los generales, como estos, en los tiempos del *Affaire*, estuvieron contra Galliffet. A estas reuniones *madame* Verdurin invitaba a algunas damas un poco recientes, conocidas por las obras de caridad, y que las primeras veces asistían con galas esplendorosas, con grandes collares de perlas que Odette, dueña de uno no menos bello y de cuya exhibición había abusado también ella, miraba con severidad, ahora que, imitando a las damas del Faubourg, iba en «traje de guerra». Pero las mujeres saben adaptarse. Después de tres o cuatro veces se daban cuenta de que las *toilettes* que ellas habían creído elegantes estaban precisamente proscritas por las personas que lo eran, guardaban sus vestidos de oro y se resignaban a la sencillez.

*Madame* Verdurin decía: «Esto es desolador, voy a telefonear a Bontemps que haga lo necesario para mañana; otra vez han tachado todo el final del artículo de Norpois y simplemente porque daba a entender que habían echado a Percin». Pues, por la estupidez corriente, todo el mundo presumía de emplear expresiones corrientes y creía demostrar así que estaba a la moda como cuando una burguesa dice refiriéndose a los señores de Bréauté, de Agrigente o de Charlus: «¿Quién? ¿Babal de Bréauté, Grigri, Mémé de Charlus?». Por lo demás, las duquesas hacen lo mismo y se complacían de la misma manera en decir *largar*, pues, en las duquesas, lo que distingue es el nombre —para los plebeyos un poco poetas—, pero se expresan según la categoría de inteligencia a la que pertenecen y en la que hay también muchísimos burgueses. Las clases de la inteligencia no tienen en cuenta el linaje.

Por otra parte, todos aquellos telefonazos de *madame* Verdurin no dejaban de tener inconvenientes. Aunque hayamos olvidado decirlo, el «salón». Verdurin, aunque era el mismo en inteligencia y en verdad, se había trasladado momentáneamente a uno de los más grandes hoteles de París, pues la falta de carbón y de luz dificultaba las recepciones de los Verdurin en la antigua mansión, muy húmeda, de los embajadores de Venecia. De todos modos, el nuevo salón no carecía de atractivo. De la misma manera que en Venecia, el espacio, limitado por el agua, determina la forma de los palacios, y que un pedacito de jardín en París es más seductor que un parque en provincias, el estrecho comedor que *madame* Verdurin tenía en el hotel hacía de una especie de rombo con paredes deslumbradoramente blancas una especie de pantalla sobre la que se destacaban todos los miércoles, y casi todos los días, todas las personas más interesantes, las más diversas, las mujeres más elegantes de París, encantadas de gozar del lujo de los Verdurin, que iba creciendo con su fortuna en una época en la que los más ricos se reducían por no cobrar sus rentas. La forma de las recepciones cambiaba, sin dejar por ello de encantar a Brichot, quien, a medida que se iban ampliando las relaciones de los Verdurin, iba encontrando en tales recepciones goces nuevos y acumulados en un pequeño espacio como sorpresas en un zapato de Reyes Magos. Algunos días, los comensales eran tan numerosos que el comedor del apartamento privado resultaba demasiado pequeño, y daban la comida en el inmenso comedor de la planta baja, donde los fieles, aunque fingían hipócritamente que echaban de menos la intimidad de arriba, en el fondo estaban encantados —al mismo tiempo que formaban camarilla independiente, como antaño en el trencillo— de ser objeto de espectáculo y de envidia para las mesas vecinas. Claro que, en los tiempos habituales de la paz, una crónica de sociedad subrepticiamente enviada a *Le Figaro* o a *Le Gaulois* hubiera hecho saber a mucha más gente de la que podía contener el salón del Majestic que Brichot había comido con la duquesa de Duras. Pero como, desde la guerra, los cronistas de sociedad habían suprimido esta clase de informaciones (aunque se desquitaban con los entierros, las reuniones y los banquetes francoamericanos), la publicidad ya sólo podía existir por este

medio infantil y restringido, propio de las edades primitivas y anterior al descubrimiento de Gutenberg: ser visto en la mesa de *madame* Verdurin. Después de la comida subían a los salones de la Patrona y comenzaban las llamadas telefónicas. Pero en aquella época muchos grandes hoteles estaban llenos de espías que anotaban las noticias telefoneadas por Bontemps con una indiscreción sólo corregida, afortunadamente, por la falta de seguridad de sus informaciones, siempre desmentidas por los hechos.

Antes de la hora en que terminaban los tés de la tarde, a la caída del día, claro todavía el cielo, se veían de lejos unas manchitas oscuras que, en la noche azulada, hubieran podido parecer moscardones o pájaros, de la misma manera que cuando se ve de lejos una montaña se puede confundir con una nube, pero nos emociona porque sabemos que esa nube es inmensa, en estado sólido y resistente. Así me emocionaba a mí que la mancha oscura en el cielo estival no fuera ni un moscardón ni un pájaro, sino un aeroplano tripulado por unos hombres que vigilaban sobre París. (El recuerdo de los aeroplanos que viera con Albertina en nuestro último paseo, cerca de Versalles, no entraba para nada en esta emoción, pues el recuerdo de aquel paseo me era ya indiferente).

A la hora de la comida, los restaurantes estaban llenos; y si yo, al pasar por la calle, veía a un pobre soldado de permiso, y que, libre por seis días del peligro permanente de muerte y dispuesto a volver a las trincheras, dirige un instante los ojos a las lunas iluminadas, yo sufría como en el hotel de Balbec cuando unos pescadores nos miraban comer, pero sufría más porque sabía que la miseria del soldado es más grande que la del pobre, pues las reúne todas, y más conmovedora todavía por más resignada, más noble, y aquel soldado, a punto de volverse a la guerra, viendo cómo se tropezaban los emboscados para observar sus mesas, decía encogiéndose de hombros filosóficamente, sin odio: «Nadie diría aquí que hay guerra». Después, a las nueve y media, cuando todavía nadie había tenido tiempo de acabar de comer, se apagaban bruscamente las luces obedeciendo las órdenes de la policía, y a las nueve y treinta y cinco se repetía la aglomeración de los emboscados arrancando los abrigos de manos de los botones del restaurante donde yo había comido con Saint-Loup una noche

de permiso, y la escena se desarrollaba en una misteriosa penumbra de proyección de linterna mágica, de uno de aquellos cines a los que se precipitaban los comensales.

Mas, pasada esta hora, para los que, como yo, se habían quedado la noche de que hablo a cenar en su casa y salían para ir a ver a unos amigos, París estaba, al menos en ciertos barrios, aún más oscuro que el Combray de mi infancia; las visitas que se hacían tomaban cierto carácter de visitas entre vecinos del campo. ¡Ah, si Albertina viviera, qué bueno habría sido para mí, las noches en que cenaba fuera de casa, citarla en la calle, bajo los soportales! Al principio no vería nada, sentiría la emoción de creer que faltaba a la cita, y, de pronto vería destacarse de la negra pared uno de sus queridos trajes grises, sus ojos sonrientes al verme, y podríamos pasear abrazados sin que nadie nos viera, sin que nadie nos molestara, y volver luego a casa. Pero ¡ay!, estaba solo y me hacía el efecto de ir a visitar a un vecino en el campo, como una de aquellas visitas que Swann nos hacía después de comer, sin encontrar ya transeúntes en la oscuridad de Tansonville, por el caminito de sirga, hasta la Rue du Saint-Esprit, como yo no los encontraba ahora en las calles convertidas en sinuosos caminos rústicos, desde Sainte-Clotilde hasta la Rue Bonaparte. Por otra parte, como esos fragmentos de paisaje que el tiempo cambiante hace viajar no eran ya contrarrestados por un marco ahora invisible, las noches en que el viento impulsaba una lluvia glacial me creía mucho más a la orilla del mar furioso con el que tanto soñara en otro tiempo, mucho más de lo que me sintiera en Balbec; y hasta otros elementos de la naturaleza que hasta entonces no habían existido en París hacían creer que, apeándonos del tren, acabábamos de llegar de veraneo a pleno campo: por ejemplo, el contraste de luz y de sombra que teníamos tan cerca, en el suelo, las noches de luna. Esta luz de la luna producía esos efectos que las ciudades no conocen, y aun en pleno invierno; sus rayos se extendían sobre la nieve que ningún trabajador quitaba ya, en el Boulevard Haussmann, como se extenderían sobre un glaciar de los Alpes. Las siluetas de los árboles se reflejaban rotundas y puras en aquella nieve de oro azulado, con esa delicadeza que tienen en algunas pinturas japonesas o en algunos fondos de Rafael; se alargaban en

el suelo al pie del árbol mismo, como solemos verlas en la naturaleza cuando se pone el sol, cuando este inunda y torna espejeantes las praderas en que los árboles se elevan a intervalos regulares. Mas, por un refinamiento de una delicadeza deliciosa, el prado sobre el cual se extendían esas sombras de árboles, ligeras como almas, era un prado paradisíaco, no verde, sino de un blanco tan deslumbrador por la luna que irradiaba en la nieve de jade, dijérase que era un prado tejido solamente con pétalos de perales en flor. Y en las plazas, las divinidades de las fuentes públicas enarbolando en la mano un surtidor de hielo parecían estatuas de una materia doble en cuya ejecución hubiera querido el artista enmaridar exclusivamente el bronce con el cristal. En aquellos días excepcionales todas las casas eran negras. Pero, en cambio, en la primavera, de cuando en cuando, desafiando los reglamentos de la policía, un hotel particular, o solamente un piso de un hotel, o incluso únicamente una habitación de un piso, no había cerrado los postigos y parecía sostenerse él solo sobre impalpables tinieblas, como una proyección puramente luminosa, como una aparición sin consistencia. Y la mujer que levantando muy alto los ojos, se distinguía en aquella penumbra dorada, tomaba en aquella noche donde estábamos perdidos y donde ella misma parecía reclusa, el encanto misterioso y velado de una visión de Oriente. Después pasábamos y ya nada interrumpía el higiénico y monótono paseo rústico en la oscuridad.

Pensaba yo que desde hacía mucho tiempo no había visto a ninguna de las personas de quienes se ha hablado en esta obra. Sólo en 1914, durante los dos meses que pasé en París, había vislumbrado a *monsieur* de Charlus y había visto a Bloch y a Saint-Loup, a este solamente dos veces. En la segunda se mostró, desde luego, más él mismo; borró todas las impresiones, poco agradables, de insinceridad que me había producido durante la temporada de Tansonville que acabo de contar, y reconocí en él todas las buenas cualidades de los antiguos tiempos. La primera vez que le vi después de la declaración de guerra, es decir, a principios de la semana siguiente, mientras que Bloch hacía gala de los sentimientos más patrioteros, Saint-Loup, cuando Bloch nos dejó, hablaba de sí mismo con la mayor ironía, por no haberse incorporado al servicio, y casi me chocó la

violencia de su tono[10]. «Nada —exclamó con fuerza y jovialmente—, todos los que no se baten, digan lo que digan, es que no tienen ganas de que los maten, es por miedo. —Y con el mismo gesto de seguridad más enérgico aún que el que había subrayado el miedo de los demás, añadió—: Y yo, si no me reincorporo al servicio es simplemente por miedo, ¡ni más ni menos!». Ya había observado yo en diferentes personas que el alarde de sentimientos loables no es el único disimulo de los malos, que hay otro más nuevo: la exhibición de los malos, para que, al menos, no parezca que se quiere ocultarlos. Además, en Saint-Loup esta tendencia era más acusada por su costumbre, cuando había cometido una indiscreción, cuando había dado un mal paso que pudieran reprocharle, de proclamarlo diciendo que lo había hecho adrede. Costumbre que debía de haber tomado, a lo que creo, de algún profesor de la Escuela de Guerra en cuya intimidad había vivido y por el que sentía gran admiración. Así que no vacilé en interpretar aquella salida como una ratificación verbal de un sentimiento que Saint-Loup prefería proclamar ya que había determinado su conducta y su abstención en la guerra que comenzaba. «¿Has oído decir —me preguntó antes de despedirnos— que mi tía Oriana se va a divorciar? Yo no sé absolutamente nada. Se dice eso de cuando en cuando y lo he oído decir tantas veces que esperaré a verlo para creerlo. Te diré que sería muy comprensible. Mi tío es un hombre encantador, no solamente en sociedad, sino con sus amigos, con sus parientes. Y hasta, en cierto modo, tiene mucho más corazón que mi tía, que es una santa, pero que lo hace notar horriblemente. Sólo que es un marido terrible, que no ha dejado nunca de engañar a su mujer, de insultarla, de tratarla mal, de privarla de dinero. Sería tan natural que le deje que esto es una razón para que sea verdad, pero también para que no lo sea, porque al mismo tiempo es una razón para que la gente lo piense y lo diga. Y, además, ¡después de soportarle tanto tiempo! Pero bueno, ya sé que hay muchas cosas que se dicen sin ton ni son, que luego se desmienten y que más tarde resultan ciertas». Esto me hizo pensar en preguntarle si alguna vez se había tratado de casarse él con *mademoiselle* de Guermantes. Como escandalizado, me aseguró que no, que no era más que uno de esos rumores que surgen de cuando en cuando sin saber por qué, que se apagan de la

misma manera y cuya falsedad no hace más prudentes a quienes los creyeron cuando surge un nuevo rumor de boda, de divorcio, o un rumor político, para darle crédito y difundirlo.

No habían pasado cuarenta y ocho horas cuando ciertos hechos me demostraron que estaba absolutamente equivocado en la interpretación de las palabras de Roberto: «Todos los que no están en el frente es porque tienen miedo». Saint-Loup había dicho esto por brillar en la conversación, por hacer originalidad psicológica, mientras no estuviera seguro de que aceptaban su reincorporación. Pero, mientras tanto, hacía cuanto estaba en su mano para que la aceptaran, y en esto era menos original, en el sentido que él creía que había que dar a esta palabra, pero más profundamente francés de Saint-André-des-Champs, más de acuerdo con todo lo mejor que había en aquel momento entre los franceses de Saint-André-des-Champs, señores, burgueses y siervos respetuosos de los señores o insurrectos contra los señores, dos divisiones igualmente francesas de la misma familia, en la rama Francisca y en la rama Morel, de donde salían dos flechas para converger de nuevo en una misma dirección, que era la frontera. A Bloch le había encantado oír la confesión de cobardía de un nacionalista (que, por lo demás, lo era tan poco), y, como Saint-Loup le preguntara si él iba a ir al frente, había adoptado un gesto de gran sacerdote para contestar: «Miope». Pero Bloch cambió completamente de opinión sobre la guerra a los pocos días, cuando vino a verme muy apurado. Aunque «miope», le habían declarado útil para el servicio. Le llevaba yo a su casa cuando encontramos a Saint-Loup, que tenía una cita con un antiguo oficial en el ministerio de la Guerra para que le presentara a un coronel, «*monsieur* de Cambremer», me dijo. «¡Ah, si te hablo de un antiguo conocido! Tú conoces tan bien como yo a Cancan». Le contesté que sí que le conocía, y también a su mujer, pero que no los estimaba mucho. Mas estaba tan acostumbrado, desde la primera vez que los vi, a considerar a la mujer como una persona notable a pesar de todo, una mujer que conocía a fondo a Schopenhauer y que al fin y al cabo tenía acceso a un medio intelectual que estaba cerrado a su vulgar esposo, que me extrañó de pronto oír a Saint-Loup contestarme: «Su mujer es idiota, te la regalo. Pero él es un hombre excelente que tenía buenas

cualidades y que sigue siendo muy agradable». Con aquello de «idiota», Saint-Loup aludía seguramente al desorbitado deseo de la mujer de Cambremer de entrar en el gran mundo, cosa que el gran mundo juzga muy severamente; en cuanto a las cualidades del marido, sin duda se refería a alguna de las que le reconocía su sobrina cuando decía que era lo mejor de la familia. Al menos a él no le importaban las duquesas, pero, en realidad, es esta una «inteligencia» que difiere de la que caracteriza a los pensadores tanto como la «inteligencia» que el público reconoce a un hombre rico «que ha sabido labrarse su fortuna». Pero las palabras de Saint-Loup no me desagradaban por cuanto recordaban que la pretensión anda cerca de la necedad y que la sencillez tiene un gusto un poco escondido pero agradable. La verdad es que yo no había tenido ocasión de saborear la de *monsieur* de Cambremer. Pero esta es precisamente la causa de que un ser sea tantos seres diferentes según las personas que le juzgan, incluso aparte de las diferencias de juicio. De *monsieur* de Cambremer yo no había conocido más que la corteza. Y su sabor, que me fue testificado por otros, me era desconocido. Bloch nos dejó delante de su puerta, rebosando amargura contra Saint-Loup, diciéndole que otros, «hijos de papá», con charreteras, contoneándose en los estados mayores, no arriesgaban nada, mientras que él, simple soldado de segunda clase, no tenía ningunas ganas de que «le agujerearan el pellejo por Guillermo».

—Parece ser que está gravemente enfermo, el emperador Guillermo —contestó Saint-Loup. Bloch, que, como todos los que tienen estrechos contactos con la Bolsa, acogía con especial facilidad las noticias sensacionales, añadió:

—Y hasta se dice mucho que ha muerto. —En la Bolsa, todo soberano enfermo, ya sea Eduardo VII o Guillermo II, ha muerto, toda ciudad a punto de ser sitiada es ciudad tomada—. Sólo lo ocultan —añadió Bloch— por no desanimar a la opinión entre los boches. Pero murió anoche. Mi padre lo sabe de buenísima tinta.

Las fuentes de muy buena tinta eran las únicas de las que hacía caso *monsieur* Bloch padre, quizá porque, por la posibilidad que él tenía, gracias a sus «altas relaciones», de estar en comunicación con ellas, recibiera la

noticia aún secreta de que las de Exterior iban a subir o la de que las de Beers iban a bajar. Además, si en aquel momento preciso se registraba un alza en las de Beers u «ofertas» en las de Exterior, si el mercado de las de Beers estaba «firme» y «activo», el de las de Exterior «dudoso», «flojo», y que se estaba «a la expectativa», la fuente de muy buena tinta no dejaba de ser una fuente de muy buena tinta. Por eso Bloch nos anunció la muerte del káiser con un aire misterioso e importante, pero también rabioso. Le irritaba muchísimo oír decir a Roberto «el emperador Guillermo». Creo que ni bajo la cuchilla de la guillotina habrían podido Saint-Loup y *monsieur* de Guermantes decirlo de otro modo. Dos hombres de la alta sociedad que fueran los únicos seres vivos en una isla desierta, donde no tendrían que ostentar ante nadie sus buenas maneras, se reconocerían en estos detalles de educación, como dos latinistas citarían correctamente una frase de Virgilio. Ni torturado por los alemanes dejaría Saint-Loup de decir «el emperador Guillermo». Y estas buenas maneras son, a pesar de todo, indicio de grandes trabas para la inteligencia. El que no puede desprenderse de ellas sigue siendo un hombre del gran mundo. Por lo demás, esta elegante mediocridad es deliciosa —sobre todo con lo que lleva en sí de generosidad oculta y de heroísmo inexpresado— junto a la vulgaridad de Bloch, a la vez cobarde y fanfarrón, que le gritaba a Saint-Loup: «¿Es que no puedes decir Guillermo a secas? Claro, tienes miedo, ya te ves de rodillas delante de él. ¡Ah! Buenos soldados tendremos en la frontera, les lamerán las botas a los boches. Vosotros sois unos engalonados que sabéis exhibiros en un carrusel, y nada más».

«Ese pobre Bloch se empeña en que yo no haga más que exhibirme», me dijo Saint-Loup sonriendo cuando nos separamos de nuestro compañero. Y me di muy bien cuenta de que exhibirse no era en modo alguno lo que Roberto deseaba, aunque entonces no penetrara en sus intenciones tan exactamente como lo hice después cuando, permaneciendo inactiva la caballería, consiguió servir como oficial de infantería, luego de cazadores a pie y, por último, cuando ocurrió lo que se leerá más adelante. Pero Bloch no se daba cuenta del patriotismo de Roberto sencillamente porque Roberto no lo expresaba en absoluto. Aunque Bloch nos hizo

profesiones de fe malévolamente antimilitaristas cuando le dieron por útil, antes, cuando se creía libre por miopía, había hecho las declaraciones más patrioteras. Unas declaraciones que Saint-Loup hubiera sido incapaz de hacer; en primer lugar, por una especie de delicadeza moral que impide manifestar los sentimientos más profundos y que para el que los siente son completamente naturales. En otro tiempo, mi madre no sólo no hubiera vacilado un segundo en morir por mi abuela, sino que habría sufrido horriblemente si le hubieran impedido hacerlo. Pero me es imposible imaginar retrospectivamente en su boca una frase como: «Daría mi vida por mi madre». Tan tácito era Roberto en su amor a Francia que, en aquel momento, yo le encontraba mucho más Saint-Loup (hasta donde yo podía imaginarme a su padre) que Guermantes. También le hubiera preservado de expresar aquellos sentimientos la calidad en cierto modo moral de su inteligencia. Hay en los trabajadores inteligentes y verdaderamente serios cierta aversión por los que ponen en literatura lo que hacen, por los que lo ponderan. Claro que nuestra predilección no iba por instinto a los Cottard o a los Brichot, pero al fin y al cabo teníamos cierta consideración a las personas que sabían a fondo el griego o la medicina y no por eso se creían autorizadas a hacer el charlatán. Ya dije que, aunque todas las acciones de mamá se fundaban en el sentimiento de que hubiera dado su vida por su madre, jamás se formuló este sentimiento a sí misma, y en todo caso le habría parecido no sólo inútil y ridículo, sino chocante y vergonzoso expresarlo a otros; de la misma manera, me es imposible imaginar a Saint-Loup hablándome de su equipo, de las gestiones que tenía que hacer, de nuestras probabilidades de victoria, del escaso valor del ejército ruso, de lo que haría Inglaterra, me es imposible imaginar en su boca ni aun la frase más elocuente dicha por el ministro más simpático ante los diputados en pie y entusiastas. Pero no puedo decir que en este lado negativo que le impedía expresar sus bellos sentimientos no hubiera un efecto del «espíritu de los Guermantes», como tantos ejemplos hemos visto en Swann. Pues aunque yo le encontraba sobre todo Saint-Loup, seguía siendo también Guermantes, y por esto, entre los numerosos móviles que suscitaban su valor, los había que no eran los mismos que los de sus amigos de Doncieres, aquellos

jóvenes enamorados de su oficio con los que yo cenaba todas las noches y tantos de los cuales cayeron en la batalla del Marne o en otro sitio al frente de sus hombres.

Los jóvenes socialistas que podía haber en Doncieres cuando yo estaba allí, pero a los que no conocía porque no frecuentaban el medio de Saint-Loup, pudieron darse cuenta de que los oficiales de este medio no eran en modo alguno «aristos» en la acepción altamente orgullosa y bajamente burlona que el «pópulo», los oficiales salidos de las filas, los masones, daban al apodo de «aristo». Y, paralelamente, este mismo patriotismo lo encontraron plenamente los oficiales en los socialistas, a quienes yo les había oído acusar, cuando estaba en Doncieres, en pleno asunto Dreyfus, de ser unos «sin patria». El patriotismo de los militares, tan sincero, tan profundo, tomó una forma definida que ellos creían intangible, indignándose de que la juzgaran con «oprobio», mientras que los patriotas en cierto modo inconscientes, independientes, sin religión patriótica definida, que eran los radicales-socialistas, no supieron comprender la profunda realidad que existía en lo que ellos creían fórmulas vanas y rencorosas.

Seguramente Saint-Loup se había habituado como ellos a desarrollar en sí mismo, como su parte más verdadera, la búsqueda y la concepción de las mejores maniobras para los mayores éxitos estratégicos y tácticos, de modo que, para él como para ellos, la vida de su cuerpo era algo relativamente poco importante que se podía sacrificar fácilmente a aquella parte interior, verdadero núcleo vital en ellos, en torno al que la existencia personal no tenía más valor que el de una epidermis protectora. En el valor de Saint-Loup había elementos más característicos, en los que se podía reconocer fácilmente la generosidad que había sido al principio el encanto de nuestra amistad, y también el vicio hereditario que más tarde se despertó en él, y que, junto a cierto nivel intelectual que no había rebasado, le hacía no sólo admirar el valor, sino llevar la repugnancia por el afeminamiento hasta una cierta embriaguez en el contacto con la virilidad. Vivir al raso con senegaleses que hacían a cada momento el sacrificio de su vida le producía, sin duda castamente, una voluptuosidad cerebral en la que entraba buena

parte de desprecio por los «caballeritos almizclados» y que, por opuesta que pueda parecer, no era tan diferente de la que le daba aquella cocaína de la que tanto había abusado en Tansonville, y cuyo heroísmo —como un remedio que sustituye a otro— le curaría. En su valor había, en primer lugar, aquel doble hábito de cortesía que, por una parte, le hacía alabar a los demás y contentarse, en cuanto a sí mismo, con obrar bien sin decir nada, al contrario de un Bloch, que le dijo cuando nos encontramos: «Usted se rajará, naturalmente», y que no hacía nada; y, por otra parte, le impulsaba a no estimar en nada lo que era suyo, su fortuna, su estirpe, su vida misma, a darlo. En una palabra, la verdadera nobleza de su ser.

—¿Tendremos para mucho tiempo? —le dije a Saint-Loup.

—No, creo que será una guerra muy corta —me contestó. Pero en esto, como siempre, sus argumentos eran librescos—. Sin dejar de tener en cuenta las profecías de Moltke, relee —me dijo, como si ya lo hubiera leído — el decreto del 28 de octubre de 1913 sobre la conducción de las grandes unidades; verás que el reemplazo de las reservas del tiempo de paz no está organizado, ni siquiera previsto, lo que no habría dejado de hacerse si la guerra fuera a ser larga.

A mí me parecía que el tal decreto se podía interpretar no como una prueba de que la guerra sería corta, sino como la imprevisión de que lo sería y de lo que sería, por parte de los que lo habían redactado y que no sospechaban ni lo que sería en una guerra estabilizada el tremendo consumo del material de todas clases ni la solidaridad de diversos teatros de operaciones.

Fuera del mundo de la homosexualidad, en las personas más opuestas por naturaleza a la homosexualidad, existe cierto ideal convencional de virilidad, que, si el homosexual no es un ser superior, se encuentra a su disposición para desnaturalizarlo, por lo demás. Este ideal —de ciertos militares, de ciertos diplomáticos— es particularmente exasperante. En su forma más baja es simplemente la rudeza del corazón de oro que no quiere parecer emocionado y que, al separarse de un amigo que acaso va a morir, siente en el fondo unas ganas de llorar que nadie sospecha, porque las disimula bajo una cólera creciente que termina en esta explosión en el

momento de separarse: «Vamos, rediós, pedazo de idiota, dame un beso y toma esta bolsa que me está estorbando, so imbécil». El diplomático, el oficial, el hombre que siente que sólo cuenta una gran obra nacional, pero que le tiene afecto al «pequeño» que estaba en la embajada o en el batallón y que ha muerto de unas fiebres o de una bala, presenta la misma inclinación a la virilidad bajo una forma más hábil, más sabia, pero en el fondo igualmente odiosa. No quiere llorar al «pequeño», sabe que muy pronto no se pensará en él más de lo que piensa el cirujano de buen corazón, que, sin embargo, la noche en que muere una enfermita contagiosa, siente una pena que no expresa. A poco escritor que sea el diplomático y cuente esa muerte, no dirá que sintió pena; no; en primer lugar, por «pudor viril», y, además, por habilidad artística que suscita la emoción disimulándola. Un colega y él velarán al moribundo. Ni por un momento dirán que están apenados. Hablarán de los asuntos de la embajada o del batallón, y hasta hablarán de todo eso con más precisión que de costumbre.

B. me dijo: «No olvide que mañana hay revista del general; procure que los hombres estén bien arreglados». Él, tan dulce de costumbre, tenía un tono más seco, observé que evitaba mirarme, yo también estaba nervioso. Y el lector comprende que este tono seco es la pena en las personas que no quieren que se les note la pena, lo que sería simplemente ridículo, pero que es también bastante desesperante y feo, porque es la manera de sentir pena de las personas que creen que la pena no cuenta, que la vida es más seria que las separaciones, etcétera, de modo que dan en las muertes esa impresión de mentira, de vacío, que da un día cada año el señor que nos trae una caja de *marrons glacés*, y nos dice: «Le deseo muchas felicidades», y lo dice en tono de broma, pero lo dice de todas maneras.

Para acabar el relato del oficial o del diplomático que vela al compañero moribundo, con la cabeza cubierta porque han traído al herido al aire libre, en un momento dado se acabó. «Yo pensaba: hay que volver a preparar las cosas para el zafarrancho, pero no sé por qué, cuando el doctor soltó el pulso, B. y yo, sin ponernos de acuerdo —el sol pegaba fuerte, quizá teníamos calor—, de pie delante de la cama, nos quitamos el *kepis*». Y el

lector se da perfecta cuenta de que no fue por el calor, por el sol, sino por la emoción ante la majestad de la muerte por lo que los dos hombres viriles, que nunca tuvieron en la boca la palabra ternura o la palabra pena, se descubrieron.

El ideal de virilidad de los homosexuales tipo Saint-Loup no es el mismo, pero es igualmente convencional e igualmente falso. En ellos la mentira reside en el hecho de no querer darse cuenta de que en la base de los sentimientos a los que atribuyen otro origen se encuentra el deseo físico. *Monsieur* de Charlus odiaba el afeminamiento. Saint-Loup admiraba el valor de los jóvenes, la embriaguez de las cargas de caballería, la nobleza intelectual y moral de las amistades de hombre a hombre, enteramente puras, en las que sacrifican la vida el uno por el otro. La guerra que deja las capitales sólo con mujeres, para desesperación de los homosexuales, es por el contrario la novela apasionada de los homosexuales, si son lo bastante inteligentes para forjarse quimeras y no lo suficiente para saber descubrirlas, reconocer su origen, juzgarse. De suerte que cuando ciertos jóvenes se enrolaron simplemente por espíritu de imitación deportiva, lo mismo que un año todo el mundo juega al «diábolo», para Saint-Loup fue más el ideal mismo que él se imaginaba seguir en sus deseos mucho más concretos pero embarullados de ideología, un ideal servido en común con los seres que prefería, en una orden de caballería puramente masculina, lejos de las mujeres, en una orden donde podría exponer la vida por salvar a su ordenanza y morir inspirando a sus hombres un amor fanático. Y así, aunque en su valor hubiera otros muchos ingredientes, se encontraba el hecho de que era un gran señor, y se encontraba también, bajo una forma incognoscible e idealizada, la idea de *monsieur* de Charlus de que era esencial en un hombre no tener nada de afeminado. Por otra parte, así como en filosofía y en arte, dos ideas análogas sólo valen por la manera como están desarrolladas, y pueden diferir mucho expuestas por Jenofonte o por Platón, así yo, sin dejar de reconocer lo mucho que tienen uno de otro al hacer eso, admiro a Saint-Loup solicitando que le destinen al punto más peligroso, infinitamente más que a *monsieur* de Charlus evitando llevar corbatas claras.

Le hablé a Saint-Loup de mi amigo el director del Gran Hotel de Balbec, que, según parece, había dicho que al principio de la guerra se produjeron en ciertos regimientos franceses algunas defecciones —que él llamaba «defectuosidades»— y había acusado de haberlas provocado a lo que él llamaba el «militarista prusiano»; incluso llegó a creer, en cierto momento, en un desembarco simultáneo de los japoneses, de los alemanes y de los cosacos en Rivebelle, amenazando a Balbec, y añadió que no había más que «*décrépir*»[11] (por *deguerpir*, echar a correr). Este germanófobo decía riendo a propósito de su hermano: «¡Está en las trincheras a veinticinco metros de los boches!», hasta que se supo que él mismo lo era y le metieron en un campo de concentración. «A propósito de Balbec, ¿te acuerdas del antiguo *liftier* del hotel? —me dijo Saint-Loup, al marcharse, en el tono de quien no supiera mucho quién era y esperaba que yo se lo aclarase—. Se va a enrolar y me ha escrito para que le haga entrar en aviación. —Seguramente el *lift* estaba harto de subir en la caja cautiva del ascensor y ya no le bastaban las alturas de la escalera del Gran Hotel. Iba a "ponerse los galones", y no como conserje, pues nuestro destino no siempre es lo que habíamos creído—. Seguramente le recomendaré —añadió Saint-Loup—. Esta mañana, sin ir más lejos, se lo decía yo a Gilberta: nunca tendremos bastantes aviones. Con los aviones veremos lo que prepara el adversario. Con los aviones le quitaremos la mayor ventaja de un ataque, la de la sorpresa; el mejor ejército será quizá el que tenga mejores ojos. Bueno, y la pobre Francisca ¿ha conseguido que declaren inútil a su sobrino?». Pero Francisca, que llevaba mucho tiempo haciendo lo imposible porque declararan inútil a su sobrino, cuando le propusieron una recomendación, a través de los Guermantes, para el general De Saint-Joseph, contestó en un tono desesperado: «¡Oh, no!, eso no serviría para nada, con ese viejo no hay nada que hacer, es de lo peor, es un patriótico», pues Francisca, tratándose de guerra, y por mucho que le doliera, pensaba que no se debía abandonar a los «pobres rusos», puesto que eran «afianzados». El mayordomo, convencido, por otra parte, de que la guerra no duraría más que diez días y acabaría en una victoria aplastante de Francia, no se habría atrevido, por miedo a que le desmintieran los

acontecimientos, y ni siquiera habría tenido bastante imaginación para ello, a predecir una guerra larga e indecisa. Pero, de aquella su victoria completa e inmediata, procuraba por lo menos sacar de antemano todo lo que podía hacer sufrir a Francisca. «A lo mejor las cosas van mal, porque parece ser que muchos no quieren ir, mocitos de dieciséis años que lloran». Y, para molestarla, decía cosas desagradables, lo que él llamaba «tirarle una pedrada, lanzarle un apóstrofe». «¡De dieciséis años, Virgen María!» —decía Francisca, y desconfiando un momento—: Pues decían que no los llevarían más que desde los veinte, son todavía unos niños. Naturalmente, los periódicos tienen orden de no decirlo. De todos modos toda la juventud tendrá que ir para allá, y no volverán muchos. Por un lado, será bueno, una buena sangría conviene de cuando en cuando, eso hará prosperar el comercio. ¡Diablo, si hay niños de esos demasiado tiernos que vacilan, se les fusila inmediatamente, doce balas en el pellejo, y a otra cosa! Por un lado, hace falta eso y, además, a los oficiales, ¿qué les importa? Ellos cobran sus pesetas y no piden más. Francisca palidecía de tal modo en estas conversaciones que teníamos miedo de que el mayordomo la hiciera morirse del corazón.

No por eso perdía sus defectos. Cuando venía a verme una muchacha, por mucho que le dolieran las piernas a la vieja criada, si se me ocurría salir un momento de mi cuarto, la veía en lo alto de la escalera, en el ropero, buscando, decía ella, un abrigo mío para ver si no tenía polillas, pero, en realidad, para escuchar. A pesar de todas mis críticas, conservaba su insidiosa manera de preguntar indirectamente, para la cual utilizaba desde hacía algún tiempo un cierto giro: «porque seguramente». No atreviéndose a decirme: «¿Tiene esa señora un hotel?», me decía, alzando tímidamente los ojos como un perro bueno: «Porque seguramente esa señora tiene un hotel particular…», evitando la interrogación franca, más que por finura, por no parecer curiosa. En fin, como los domésticos que más queremos —y sobre todo cuando ya casi no nos hacen los servicios ni nos tienen los respetos de su empleo— siguen, ¡ay!, siendo domésticos y marcan más claramente los límites de su casta (unos límites que nosotros quisiéramos suprimir) a medida que creen penetrar más en la nuestra, Francisca tenía

conmigo («para pincharme», diría el mayordomo) esas palabras extrañas que una persona del gran mundo no diría: con una alegría disimulada pero tan profunda como si me aquejara una enfermedad grave, si yo tenía calor y el sudor perlaba mi frente —de lo que yo no hacía caso—: «Pero está usted nadando en sudor», me decía, con el asombro de quien contempla un fenómeno extraño, sonriendo un poco con el desprecio que causa una cosa indecente («va usted a salir y ha olvidado la corbata»), y, sin embargo, con esa voz preocupada de quien se encarga de alarmar a alguien sobre su estado. Cualquiera diría que nadie más que yo en el mundo estuvo nunca nadando en sudor. Además, ya no hablaba bien como antes. Pues, en su humildad, en su tierna admiración por personas que le eran infinitamente inferiores, adoptaba sus feos giros de lenguaje. Como su hija se me quejara de ella diciéndome (no sé de dónde lo había sacado): «Siempre tiene algo que decir, que cierro mal las puertas, y patatatín y patatatán», Francisca creyó seguramente que sólo su incompleta educación la había privado hasta entonces de esta ilustrada manera de hablar. Y varias veces al día oí en sus labios, donde antaño viera florecer el más puro francés: «Y patatatín y patatatán». Por otra parte, es curioso lo poco que varían en una misma persona no sólo las expresiones, sino los pensamientos. Como el mayordomo tomara la costumbre de decir que *monsieur* Poincaré tenía malas intenciones, no por el dinero, sino porque quiso a todo trance la guerra, lo decía siete u ocho veces al día ante el mismo auditorio habitual y siempre igual de interesado. No cambiaba ni una palabra, ni un gesto, ni una entonación. Aunque no durara más que dos minutos, era invariable, como una comedia. Sus faltas de francés corrompían el lenguaje de Francisca tanto como las faltas de su hija. Creía que lo que tanto molestó un día a *monsieur* de Rambuteau oír llamar al duque de Guermantes «los edículos Rambuteau» se llamaba *pistiéres*. Seguramente en su infancia no había oído la «o» y esto le había quedado. Pronunciaba, pues, esta palabra incorrectamente, pero perpetuamente. A Francisca le chocaba al principio, pero acabó por decirlo también, para quejarse de que no hubiera esas cosas para las mujeres como para los hombres. Pero su humildad y su admiración

hacia el mayordomo le impedían decir nunca *pissotiéres*[12], sino —con una ligera concesión a la costumbre— *pissetiéres*.

Francisca ya no dormía, ya no comía, pedía que le leyeran los comunicados, de los que no entendía nada; se lo pedía al mayordomo, que apenas entendía más que ella y cuyo deseo de atormentar a Francisca quedaba a veces dominado por una alegría patriótica; decía con una risa de simpatía refiriéndose a los alemanes: «La cosa está que arde; nuestro viejo Joffre está empeñado en *leur tirer des plans a la cométe*»[13]. Francisca no comprendía muy bien de qué cometa se trataba, pero por eso mismo se daba mejor cuenta de que esta frase formaba parte de las simpáticas y originales extravagancias a las que una persona bien educada debe responder con buen humor, por urbanidad y encogiéndose alegremente de hombros como diciendo: «Siempre es el mismo», y atemperaba sus lágrimas con una sonrisa. Por lo menos estaba contenta de que su nuevo dependiente de carnicería, que a pesar de su oficio era bastante miedoso (aunque había empezado en los mataderos), no estuviera en edad de ir a la guerra. De estarlo, Francisca habría sido capaz de ir a ver al ministro de la Guerra para pedirle que le declararan inútil.

El mayordomo no podía imaginar que los comunicados no eran excelentes y que no nos acercábamos a Berlín, pues leía: «Hemos rechazado, con grandes pérdidas para el enemigo, etc.», acciones que él celebraba como nuevas victorias. En cambio, a mí me asustaba la rapidez con que el teatro de estas victorias se acercaba a París, y hasta me asombró que el mayordomo, viendo en un comunicado que había tenido lugar una acción cerca de Lens, no se preocupara al ver en el periódico del día siguiente que la situación había cambiado a favor nuestro en Jouy-le-Vicomte, cuyos accesos dominábamos firmemente. Sin embargo, el mayordomo conocía bien el nombre de Jouy-le-Vicomte, que no estaba tan lejos de Combray. Pero los periódicos se leen como se ama, con una venda en los ojos. No se intenta entender los hechos. Se escuchan las dulces palabras del redactor jefe como se escuchan las palabras de la amante. El vencido está contento porque no se cree vencido, sino vencedor.

En todo caso, yo no me quedé mucho tiempo en París, sino que volví pronto a mi sanatorio. Aunque, en principio, el doctor tratara a los enfermos por el método del aislamiento, me entregaron en dos ocasiones diferentes una carta de Gilberta y otra de Roberto. Gilberta me escribía (era aproximadamente en septiembre de 1914) que, a pesar de su gran deseo de quedarse en París para tener más fácilmente noticias de Roberto, las continuas incursiones de *taubes* sobre París le habían causado tal espanto, sobre todo por su niña pequeña, que huyó de París en el último tren que aún salía para Combray, que este tren ni siquiera había llegado a Combray y que pudo llegar a Tansonville gracias al carro de un campesino en el que hizo diez horas de un trayecto atroz. «Y figúrese lo que esperaba allí a su vieja amiga —me escribía Gilberta para terminar—. Me había marchado de París huyendo de los aviones alemanes, creyendo que en Tansonville estaría al abrigo de todo. No llevaba allí dos días cuando no se imagina usted lo que ocurría; los alemanes, que invadían la región después de derrotar a nuestras tropas cerca de La Fere, y un estado mayor alemán seguido de un regimiento que se presenta a la puerta de Tansonville y yo me veo obligada a alojarlo, y sin manera de escapar, ni un tren, nada». O el estado mayor se había conducido bien en realidad, o había que ver en la carta de Gilberta un efecto por contagio del espíritu de los Guermantes, que eran de estirpe bávara, emparentados con la más alta aristocracia de Alemania, pero el caso es que Gilberta contaba y no acababa sobre la perfecta educación del estado mayor, y hasta de los soldados, que sólo le habían pedido permiso para coger uno de los «no me olvides» que crecían junto al estanque, buena educación que comparaba con la violencia desordenada de los fugitivos franceses, que antes de que llegaran los generales alemanes habían atravesado la finca destrozándolo todo. El caso es que, si la carta de Gilberta estaba en ciertos aspectos impregnada del espíritu de los Guermantes —otros dirían del internacionalismo judío, lo que probablemente no sería justo, como se verá—, la carta de Roberto que recibí bastantes meses más tarde era mucho más Saint-Loup que Guermantes, reflejando, además, toda la cultura liberal que Roberto había adquirido y, en suma, enteramente simpática. Desgraciadamente, no me

hablaba de estrategia como en sus conversaciones de Doncieres y no me decía en qué medida estimaba que la guerra confirmaba o contradecía los principios que entonces me expusiera. A lo sumo, me dijo que desde 1914 se habían sucedido en realidad varias guerras, influyendo las enseñanzas de cada una en la manera de conducir la siguiente. Y, por ejemplo, la teoría de la «penetración» fue completada por la tesis de que, antes de penetrar, había que machacar completamente con la artillería el terreno ocupado por el adversario. Pero después se comprobó que aquello imposibilitaba el avance de la infantería y de la artillería en unos terrenos donde los miles de hoyos de los obuses han producido otros tantos obstáculos. «La guerra —me decía — no escapa a las leyes de nuestro viejo Hegel. Está en perpetuo devenir». Esto era poco para lo que yo hubiera querido saber. Pero lo que más me contrariaba era que no tenía derecho a citarme nombres de generales. Y, además, por lo poco que me decía el periódico, no eran aquellos de los que tanto me preocupaba en Doncieres saber cuáles se comportarían con más valor en una guerra quienes conducían esta. Geslin de Bourgogne, Galliffet, Négrier habían muerto. Pan había dejado el servicio activo casi al principio de la guerra. De Joffre, de Foch, de Castelnau, de Pétain, no habíamos hablado nunca. «Amigo mío —me escribía Roberto—, reconozco que esas consignas, como “no pasarán” o “venceremos”, no son agradables; durante mucho tiempo me han dado tanto dolor de muelas como *poilu* y lo demás, y desde luego es fastidioso levantar una epopeya sobre unas palabras que son peor que una falta gramatical o una falta de buen gusto, son esa cosa contradictoria y atroz, una afectación, una de esas presunciones vulgares que tanto detestamos, como, por ejemplo, esa gente que cree muy ingenioso decir “la *coco*” en vez de “la cocaína”. Pero si tú vieras a toda esta gente, sobre todo a la gente del pueblo, a los obreros, a los pequeños comerciantes, que no sospechaban el heroísmo que llevaban dentro y habrían muerto en la cama sin haberlo sospechado, si los vieras correr bajo las balas para socorrer a un compañero, para transportar a un jefe herido, y, heridos ellos mismos, sonreír en el momento que van a morir porque el médico jefe les dice que se ha tomado la trinchera a los alemanes, te aseguro, hijito, que esto da una hermosa idea de los franceses y que hace entender las épocas

históricas que en las clases nos parecían un poco extraordinarias. La epopeya es tan magnífica que tú pensarías como yo que las palabras ya no son nada. Rodin o Maillol podrían hacer una obra maestra con una materia horrible que ya no se reconocería. En contacto con tal grandeza, *poilu* es para mí una cosa de la que ya ni siquiera sé si, al principio, pudo contener una alusión o una burla, como, por ejemplo, cuando leemos "*chouans*". Pero ya veo *poilu* presto para grandes poetas, como las palabras "diluvio", o "Cristo", o "bárbaros", que estaban ya penetradas de grandeza antes de que las usaran Hugo, Vigny o los demás. Te digo que el pueblo, los obreros, es lo mejor que hay, pero todo el mundo está bien. El pobre pequeño Vaugoubert, el hijo del embajador, fue herido siete veces antes de que le mataran, y cada vez que volvía de una expedición sin haber atrapado una bala, parecía que se disculpaba y que decía que no era culpa suya. Era una criatura encantadora. Nos hicimos muy amigos; a los pobres padres les autorizaron a venir al entierro con la condición de no vestir de luto y de no quedarse más de cinco minutos por causa de los bombardeos. La madre, un caballote que quizá conoces, quizá tenía mucha pena, pero no se le notaba nada, pero el pobre padre se encontraba en tal estado que te aseguro que yo, que me he vuelto completamente insensible a fuerza de ver la cabeza del compañero que me está hablando súbitamente destrozada por un torpedo y hasta separada del tronco, no me podía contener al ver el derrumbamiento del pobre Vaugoubert, que no era más que una especie de guiñapo. Por más que el general le dijera que era por Francia, que su hijo se había portado como un héroe, todo esto no servía más que para aumentar los sollozos del pobre hombre, que no podía apartarse del cadáver de su hijo. En fin, por eso hay que habituarse al "no pasarán"; toda esa gente, como mi pobre asistente, como Vaugoubert, han impedido a los alemanes pasar. Quizá a ti te parece que no avanzamos mucho, pero no hay que razonar; un ejército se siente victorioso por una impresión íntima, como un moribundo se siente perdido. Pero sabemos que conseguiremos la victoria y la queremos para dictar una paz justa, no quiero decir solamente justa para nosotros, verdaderamente justa, justa para los franceses, justa para los alemanes».

Claro que el «azote» no había elevado la inteligencia de Saint-Loup por encima de sí misma. De análoga manera que el héroe de una inteligencia mediocre y trivial que escribe poemas durante su convalecencia se sitúa para describir la guerra no al nivel de los acontecimientos, que no son nada en sí mismos, sino de la vulgar estética cuyas reglas siguieron hasta entonces, hablando como hablarían diez años antes de la «sangrienta aurora», del «vuelo estremecido de la victoria», etc., Saint-Loup, por su parte, mucho más inteligente y artista, seguía siendo inteligente y artista, y apuntaba con buen gusto para mí algunos paisajes, mientras estaba inmovilizado al borde de un bosque pantanoso, pero como si estuviera allí cazando patos. Para hacerme comprender ciertos contrastes de sombra y de luz que habían sido «el encanto de su madrugada», me citaba ciertos cuadros que a los dos nos gustaban y no dudaba en aludir a una página de Romain Rolland, hasta de Nietzsche, por esa independencia de las personas del frente que no temían, como los de la retaguardia, pronunciar un nombre alemán, y hasta con esa punta de coquetería en citar a un enemigo que ponía, por ejemplo, el coronel Du Paty de Clam, en la sala de testigos del asunto Zola, en recitar al paso ante Pierre Quillard, poeta dreyfusista de la mayor violencia y al que, por lo demás, no conocía, unos versos de su drama simbolista *La flle aux mains coupées*. Si Saint-Loup me hablaba de una melodía de Schumann, daba el título en alemán y no andaba con circunlocuciones para decirme que cuando, al amanecer, oyó un primer gorgeo en la orilla de aquel bosque, sintió el mismo arrobo que si le hubiera hablado el pájaro de aquel «sublime *Siegfried*» que esperaba oír después de la guerra.

Y ahora, a mi segunda vuelta a París, recibí, al día siguiente de llegar, otra carta de Gilberta, que seguramente había olvidado la que he transcrito, o al menos su sentido, pues de su salida de París a finales de 1914 hablaba retrospectivamente de manera bastante distinta. «Quizá no sabe usted, querido amigo —me decía—, que llevo ya dos años en Tansonville. Llegué al mismo tiempo que los alemanes; todo el mundo quería impedirme que me marchara. Me llamaban loca. Pero —me decían— está usted segura en París y se va a esas zonas invadidas, precisamente en el momento en que

todo el mundo procura salir de ellas». Yo no ignoraba todo lo que este razonamiento tenía de justo. Pero qué quiere usted, yo no tengo más que una cualidad, que no soy cobarde o, si lo prefiere, que soy fiel, y cuando supe que mi querido Tansonville estaba amenazado, no quise que nuestro viejo administrador estuviera solo para defenderlo, me parecía que mi sitio estaba a su lado. Y gracias a esta resolución he podido salvar más o menos el castillo —cuando todos los de las inmediaciones, abandonados por sus propietarios enloquecidos, han quedado destruidos casi por completo—, y no sólo salvar el castillo, sino las preciosas colecciones que tanto quería mi querido papá. En una palabra, Gilberta estaba ahora convencida de que no había ido a Tansonville, como me escribió en 1914, huyendo de los alemanes y para ponerse a salvo, sino al contrario, para salirles al encuentro y defender contra ellos su castillo. De todos modos, no se quedaron en Tansonville, pero Gilberta no dejó de tener en su casa un vaivén constante de militares que rebasaba con mucho al que le hacía derramar lágrimas a Francisca en la calle de Combray, de llevar, como ella decía, esta vez con toda verdad, la vida del frente. Y los periódicos hablaban con los mayores elogios de su admirable conducta y se trataba de condecorarla. El final de su carta era absolutamente exacto. «No tiene usted idea, querido amigo, de lo que es esta guerra y de la importancia que en ella adquiere una carretera, un puente, una loma. Cuántas veces he pensado en usted, en los paseos, deliciosos gracias a usted, que dábamos juntos por toda esta región hoy asolada, mientras se libran inmensos combates por la posesión de un camino, de un cerro que a usted le gustaba, adonde tantas veces fuimos juntos. Probablemente, usted como yo no se imaginaba que el oscuro Roussainville y el aburrido Méséglise, de donde nos traían las cartas y a donde íbamos a buscar al doctor cuando usted estuvo malo, llegarían a ser lugares famosos. Bueno, querido amigo, han entrado para siempre en la gloria con la misma razón que Austerlitz o Valmy. La batalla de Méséglise ha durado más de ocho meses, los alemanes perdieron en ella más de seiscientos mil hombres, destruyeron Méséglise, pero no lo tomaron. El caminito que tanto le gustaba a usted, que llamábamos la Cuesta de los Majuelos y donde usted decía que se había enamorado de mí cuando era

pequeño, cuando le aseguro de verdad que era yo quien estaba enamorada de usted, no puedo decirle la importancia que ha tomado. El inmenso campo de trigo al que va a parar es la famosa cota 307, cuyo nombre ha debido de ver muchas veces en los comunicados. Los franceses volaron el puentecito sobre el Vivonne, que, decía usted, no le recordaba su infancia tanto como usted quisiera, y los alemanes tendieron otros; durante un año, ellos tuvieron medio Combray y nosotros otro medio».

Al día siguiente de recibir esta carta, es decir, la antevíspera del día en que, caminando en la oscuridad, oía el ruido de mis pasos, mientras yo rumiaba todos aquellos recuerdos, Saint-Loup, que había venido del frente y se disponía a volver a él, me hizo una visita de sólo unos segundos, cuyo anuncio me emocionó violentamente. Francisca quiso precipitarse sobre él, esperando que podría conseguir que declararan inútil al tímido dependiente de la carnicería, cuya quinta iba a ser movilizada al año siguiente. Pero ella misma se detuvo por la inutilidad de tal gestión, pues el tímido matarife de animales había cambiado de carnicería desde hacía mucho tiempo. Y bien fuera porque la nuestra temiera perdernos como clientes, bien de buena fe, le dijo a Francisca que no sabía dónde estaba empleado aquel mozo, quien, por lo demás, no sería nunca un buen carnicero. Francisca buscó por todas partes. Mas París es grande, numerosas las carnicerías y, por más que entró en muchas, no pudo encontrar al mozo tímido y ensangrentado.

Cuando Saint-Loup entró en mi cuarto, me acerqué a él con ese sentimiento de timidez, con esa impresión de cosa sobrenatural que producían en el fondo todos los militares de permiso y que sentimos cuando entramos en casa de una persona herida de una enfermedad mortal y que, sin embargo, se levanta, se viste y pasea todavía. Parecía (sobre todo había parecido al principio, pues para quien no había vivido como yo lejos de París llegó la costumbre que quita a las cosas que hemos visto varias veces la raíz de impresión profunda y de pensamiento que les da su sentido real), parecía casi que hubiera algo de cruel en aquellos permisos dados a los combatientes. Las primeras veces nos decíamos: «No querrán volver a marcharse, desertarán». Y en realidad no sólo venían de lugares que nos parecían irreales porque no habíamos oído hablar de ellos más que por los

periódicos y no podíamos figurarnos que hubieran podido tomar parte en aquellos combates titánicos y volver con sólo una contusión en el hombro; era de las riberas de la muerte, a las que iban a volver, de donde venían a pasar un momento entre nosotros, incomprensibles para nosotros, llenándonos de ternura y de espanto y de un sentimiento de misterio, como esos muertos que evocamos, que se nos aparecen un segundo, a los que no nos atrevemos a interrogar y que, por lo demás, podrían a lo sumo contestarnos: «No podrías imaginarlo».

Pues es extraordinario hasta qué punto, entre esos salvados del fuego que son los militares de permiso, entre los vivos o los muertos que un médium hipnotiza o evoca, el único efecto del contacto con el misterio consiste en acentuar, si ello es posible, la insignificancia de las palabras. Así abordé yo a Roberto, que tenía aún en la frente una cicatriz, más augusta y más misteriosa para mí que la huella dejada en el suelo por el pie de un gigante. Y no me atreví a preguntarle y no me dijo más que palabras sencillas. Y palabras muy poco diferentes de lo que hubieran sido antes de la guerra, como si, a pesar de ella, la gente siguiera siendo como era; el tono de las conversaciones era el mismo, sólo cambiaba el tema, y no mucho.

Creí entender que Roberto había encontrado en el ejército recursos que le hicieron olvidar poco a poco que Morel se había portado con él tan mal como con su tío. Sin embargo, le seguía teniendo una gran amistad y, de pronto, sentía grandes deseos de verle, pero lo iba aplazando continuamente. A mí me pareció más delicado con Gilberta no indicar a Roberto que, para ver a Morel, no tenía más que ir a casa de *madame* Verdurin.

Le dije con humildad lo poco que se notaba la guerra en París. Me dijo que hasta en París la cosa resultaba a veces «bastante inusitada». Aludía a una incursión de zepelines registrada la víspera y me preguntó si lo había visto bien, pero como me hubiera hablado en otro tiempo de algún espectáculo de gran belleza estética. Todavía en el frente se comprende que haya una especie de coquetería en decir: «¡Qué maravilla de rosa! ¡Y ese verde pálido!», en el momento en que puede llegar la muerte a cada instante; pero este no era el caso de Saint-Loup, en París, hablando de una

incursión insignificante, pero que desde nuestro balcón, en aquel silencio de una noche en que hubo de pronto una fiesta verdadera con cohetes útiles y protectores, toques de clarines que no eran más que teatralidad, etc.[14] Le hablé de la belleza de los aviones que ascendían en la noche.

—Y quizá más aún de los que descienden —me dijo—. Reconozco que es muy hermoso el momento en que suben, en que van *a formar constelación*, y obedecen en esto a leyes tan precisas como las que rigen las constelaciones, pues lo que te parece un espectáculo es la formación de las escuadrillas, las órdenes que les dan, su salida en servicio de caza, etc. Pero ¿no te gusta más el momento en que, definitivamente asimilados a las estrellas, se destacan para salir en misión de caza o entrar después del toque de fajina, el momento en que *hacen apocalipsis*, y ni las estrellas conservan ya su sitio? Y esas sirenas, todo tan wagneriano, lo que, por lo demás, era muy natural para saludar la llegada de los alemanes, muy himno nacional, con el Kronprinz y las princesas en el palco imperial, *Wacht am Rhein*; como para preguntarse si eran en verdad aviadores o más bien valquirias que ascendían. —Parecía complacerse en esta asimilación de los aviadores y de las valquirias, explicándola, por lo demás, con razones puramente musicales—: ¡Claro, es que la música de las sirenas se parecía tanto a la *Cabalgata*! Decididamente hace falta que lleguen los alemanes para que se pueda oír a Wagner en París.

Desde ciertos puntos de vista la comparación no era falsa[15]. ciudad parecía un negro, y que de pronto pasaba, de las profundidades y de la noche, a la luz y al cielo, donde los aviadores se lanzaban uno por uno a la llamada desgarradora de las sirenas, mientras un movimiento más lento pero más insidioso, más alarmante, pues aquella mirada parecía pensar en el objeto invisible todavía y quizá ya próximo que buscaba, los reflectores se paseaban sin cesar, olfateando al enemigo, sitiándolo con sus luces hasta el momento en que los aviones, orientados, irrumpirían a la caza para cogerlo. Y, escuadrilla tras escuadrilla, cada aviador se lanzaba así desde la ciudad transportada ahora al cielo como una valquiria. Sin embargo, algunos rincones de la tierra a ras de las casas se alumbraban, y le dije a Saint-Loup que, si hubiera estado en casa la víspera, habría podido, a la vez que

contemplaba el apocalipsis en el cielo, ver en la tierra (como en el *Entierro del conde de Orgaz*, del Greco, donde esos diferentes planos son paralelos) un verdadero *vaudeville* representado por personajes en camisón, que por sus nombres célebres merecerían ser enviados a algún sucesor de aquel Ferrari cuyas crónicas de sociedad tantas veces nos divirtieron, a Saint-Loup y a mí, que nos entreteníamos en inventarlas para nosotros mismos. Y eso mismo hicimos aquel día, como si no hubiera guerra, aunque con un tema *muy de guerra*, el miedo a los zepelines:

—Reconocido: la duquesa de Guermantes soberbia en su camisón, el duque de Guermantes inenarrable en pijama rosa y albornoz, etc., etc.

—Estoy seguro —me dijo— de que en todos los grandes hoteles han debido de ver a las judías americanas en camisa, apretando sobre sus senos marchitos el collar de perlas que les permitirá casarse con un duque tronado. Esas noches, el Hotel Ritz debe de parecer el hotel del libre cambio.

—¿Te acuerdas —le dije— de nuestras conversaciones de Doncieres?

—¡Ah!, eran los buenos tiempos. ¡Qué abismo nos separa de ellos! ¿Renacerán siquiera alguna vez?

*d'un gouffre interdit à nos sondes,*
*comme montent au ciel les soleils rajeunis*
*aprés s'être lavés au fond des mers profondes?*[16]

—No pensemos en aquellas conversaciones sino para evocar lo gratas que eran —le dije—. Yo trataba de encontrar en ellas cierta clase de verdad. La guerra actual, que lo ha trastornado todo, y sobre todo, según dices tú, la idea de la guerra, ¿invalida lo que entonces me decías sobre aquellas batallas, por ejemplo las batallas de Napoleón que se imitaran en las guerras futuras?

—¡De ninguna manera! —me dijo—; la batalla napoleónica existe siempre, y más aún en esta guerra, en la que Hindenburg está imbuido del espíritu napoleónico. Esos movimientos rápidos de las tropas, sus amagos,

ya sea cuando deja sólo una tenue cortina ante uno de sus adversarios para caer con todas sus fuerzas reunidas sobre el otro (Napoleón 1814), ya sea cuando lleva a fondo una diversión que obliga al adversario a mantener sus fuerzas en un frente que no es el principal (como la finta de Hindenburg ante Varsovia mediante la cual los rusos, engañados, concentraron allí su resistencia y fueron batidos en los lagos de Masuria), sus repliegues análogos a aquellos con que comenzaron Austerlitz, Arcola, Eckmühl, todo en él es napoleónico, y aún no ha terminado. Añadiré que si, lejos de mí, intentas interpretar, a medida que se vayan produciendo, los hechos de esta guerra, no debes fiarte demasiado exclusivamente de esa manera especial de Hindenburg para encontrar en ella el sentido de lo que hace, la clave de lo que va a hacer. Un general es como un escritor que quiere hacer cierta obra de teatro, cierto libro, y el libro mismo, con los recursos inesperados que revela aquí, el callejón sin salida que presenta allá, le hace desviarse muchísimo del plan preconcebido. Como una diversión, por ejemplo, sólo se debe hacer en un punto que tiene por sí mismo bastante importancia, supón que la diversión saliera mejor de cuanto se podía esperar, mientras que la operación principal resulta un fracaso; entonces la diversión puede pasar a ser la operación principal. Yo espero a Hindenburg en uno de esos tipos de la batalla napoleónica, la que consiste en separar dos adversarios, los ingleses y nosotros.

Hay que decir, sin embargo, que si la guerra no había aumentado la inteligencia de Saint-Loup, esta inteligencia, conducida por una evolución en la que entraba la herencia en gran parte, había adquirido una brillantez que yo no le había visto nunca. ¡Qué distancia entre aquel joven rubito en otro tiempo cortejado por las mujeres elegantes o que aspiraban a serlo, y el discursivo, el doctrinario que no cesaba de jugar con las palabras! En otra generación, en otra estirpe, como un actor que hace el papel representado en otro tiempo por Bressant o por Delaunay, era como un sucesor —rosa, rubio y dorado, mientras que el otro era mitad muy negro y mitad muy blanco— de *monsieur* de Charlus. Aunque no se entendiera con su tío sobre la guerra, pues se había situado en aquella fracción de la aristocracia que ponía a Francia por encima de todo, mientras que *monsieur* de Charlus era en el

fondo derrotista, podía demostrar a quien no hubiera visto al «creador del papel» hasta dónde se podía llegar en el menester de razonador.

—Parece que Hindenburg es una revelación —le dije.

—Una revelación vieja —me contestó como un rayo— o una futura revolución. En vez de tratar con cuidado al enemigo, habríamos debido dejar hacer a Mangin, derrotar a Austria y a Alemania y europeizar a Turquía en lugar de montenegrizar a Francia.

—Pero tendremos la ayuda de los Estados Unidos —le dije.

—Mientras tanto, yo no veo aquí más que el espectáculo de los Estados Desunidos. ¿Por qué no hacer concesiones más amplias a Italia por miedo de descristianizar a Francia?

—¡Si te oyera tu tío Charlus! —le dije—. A ti, en el fondo, no te disgustaría que se ofendiera todavía un poco más al Papa, mientras que él piensa con desesperación en el daño que se puede hacer al trono de Francisco José. Y en esto dice que está dentro de la tradición de Talleyrand y del Congreso de Viena.

—La era del Congreso de Viena ya prescribió —me contestó—; a la diplomacia secreta hay que oponer ahora la diplomacia concreta. En el fondo, mi tío es un monárquico impenitente al que harían tragar carpas como *madame* Molé o escarpas como Arturo Meyer, con tal que carpas y escarpas fuesen estilo Chambord. Por odio a la bandera tricolor, creo que se afiliaría más bien bajo el trapo *del Bonnet rouge*, que tomaría de buena fe por la bandera blanca.

Caro que todo esto no eran más que palabras, y Saint-Loup estaba lejos de tener la originalidad, a veces profunda, de su tío. Pero era tan afable y encantador de carácter como el otro desconfiado y celoso. Y seguía siendo encantador y rosa como en Balbec, bajo toda su cabellera de oro. Lo único en que su tío no le superaría era aquella mentalidad del Faubourg Saint-Germain tan arraigada en los mismos que creen haberse desprendido totalmente de ella y que les vale a la vez ese respeto de los hombres inteligentes no aristócratas (que sólo en la nobleza florece verdaderamente y que hace tan injustas las revoluciones), unido a una tonta satisfacción de sí mismo. Pero en esta mezcla de humildad y de orgullo, de curiosidades

intelectuales adquiridas y de autoridad innata, *monsieur* de Charlus y Saint-Loup, por caminos diferentes y con opiniones opuestas, habían llegado a ser, con el intervalo de una generación, intelectuales a los que interesa toda idea nueva y conversadores a los que ningún interruptor puede reducir al silencio. De suerte que una persona un poco mediocre podría encontrarlos a ambos deslumbradores y aburridos, según la disposición en que se encontraba.

Mientras recordaba así la visita de Saint-Loup, había caminado haciendo un rodeo demasiado largo; estaba cerca del puente de los Inválidos. Las luces, bastante poco numerosas (por causa de los *gothas*), se encendían, un poco demasiado pronto, pues se había adelantado demasiado la hora, cuando la noche llegaba todavía bastante de prisa, pero el cambio era para toda la buena estación (como se encienden y se apagan los caloríferos a partir de cierta fecha), y, sobre la ciudad nocturnamente alumbrada, en una parte del cielo —del cielo que ignoraba la hora de verano y la hora de invierno y no se dignaba saber que las ocho y media eran ahora las nueve y media—, en toda una parte del cielo azulenco seguía habiendo un poco de día. En toda la parte de la ciudad que dominan las torres del Trocadero, el cielo parecía un mar inmenso matizado de turquesa y que se retira, dejando ya emerger toda una ligera línea de rocas negras, acaso hasta de simples redes de pescadores alineadas unas junto a otras, y que eran nubes pequeñas. Mar en este momento color turquesa y que lleva con él, sin que lo noten, a los hombres arrastrados en la inmensa revolución de la tierra, de esa tierra en la cual son lo bastante locos para continuar sus propias revoluciones y sus vanas guerras, como la que en este momento ensangrentaba a Francia. Por otra parte, a fuerza de mirar el cielo perezoso y demasiado bello, que no encontraba digno de él cambiar su horario y, perezosamente, prolongaba sobre la ciudad iluminada, en aquellos tonos azulados, su jornada, que se iba retrasando, daba vértigo: ya no era un mar extenso, sino una gradación vertical de glaciares azules. Y las torres del Trocadero, que parecían tan cerca de las gradaciones de turquesa, debían de estar lejísimos, como esas dos torres de ciertas ciudades de Suiza que, desde lejos, parecen tocar la ladera de las cumbres.

Volví sobre mis pasos, pero una vez lejos del puente de los Inválidos ya no era de día en el cielo, y ni siquiera había apenas luz en la ciudad, y tropezando acá y allá contra los cubos de basura, tomando un camino en vez de otro, me encontré, sin pensarlo, siguiendo maquinalmente un dédalo de calles oscuras, en los bulevares. Allí se repitió la impresión de Oriente que acababa de tener, y por otra parte la evocación del París del Directorio sucedió a la del París de 1815. Como en 1815, era el desfile más heterogéneo de los uniformes de las tropas aliadas; y entre ellas, los africanos con falda pantalón de color rojo, los hindúes con turbantes blancos, bastaban para que aquel París por el que paseaba resultase para mí una imaginaria ciudad exótica, en un Oriente a la vez minuciosamente exacto en cuanto a los trajes y al color de los rostros, arbitrariamente quimérico en cuanto al decorado, de la misma manera que Carpaccio convirtió la ciudad en que vivía en una Jerusalén o en una Constantinopla, congregando en ella una multitud cuyo maravilloso abigarramiento no era más polícromo que este. Caminando detrás de dos zuavos que no parecían ocuparse apenas de él, divisé un hombre alto y grueso, con un sombrero blando, una larga hopalanda y en cuya cara malva dudé si debía poner el nombre de un actor o el de un pintor igualmente conocidos por innumerables escándalos sodomitas. En todo caso, estaba seguro de que no conocía al paseante; me quedé, pues, muy sorprendido, cuando sus miradas se encontraron con las mías, de verle azorado y de que, como a propósito, se detuviera y viniera hacia mí como un hombre que quiere demostrar que no le sorprendemos, ni muchos menos, entregándose a una ocupación que él preferiría que se mantuviera en secreto. Por un segundo me pregunté quién me saludaba: era *monsieur* de Charlus. Puede decirse que la evolución de su mal o la revolución de su vicio estaba en ese punto extremo en que la pequeña personalidad primitiva del individuo, sus cualidades atávicas, son por completo interceptadas por el paso frente a ellas del defecto o del mal genérico que las acompañan. *Monsieur* de Charlus había llegado lo más lejos posible de sí mismo, o más bien estaba él mismo tan perfectamente enmascarado por lo que había llegado a ser y que no pertenecía a él solo, sino a otros muchos invertidos, que en el primer momento le tomé por otro

de ellos, detrás de aquellos zuavos, en pleno bulevar, por otro de ellos que no era *monsieur* de Charlus, que no era un gran señor, que no era un hombre de imaginación y de talento y que no tenía con el barón otro parecido que ese aire común a todos, un aire que ahora en él, al menos antes de mirarle muy bien, lo cubría todo.

Resulta, pues, que queriendo ir a casa de *madame* Verdurin, me encontré con *monsieur* de Charlus. Y, desde luego, no le hubiera encontrado en aquella casa como antaño; su enfado no había hecho sino agravarse y *madame* Verdurin aprovechaba hasta los acontecimientos presentes para desacreditarle más. Había dicho hacía ya mucho tiempo que le encontraba gastado, acabado, más pasado de moda en sus pretendidas audacias que los más *pompiers*[17], y ahora resumía esta condenación y le alejaba de todas las imaginaciones diciendo que era «de antes de la guerra». Para el pequeño clan, la guerra había hecho, entre él y el presente, un corte que le relegaba al pasado más muerto. Por otra parte —y esto se dirigía más bien al mundo político que estaba menos enterado—, le presentaba como tan ridículo, tan fuera de la circulación como posición mundana que como valor intelectual. «No ve a nadie, no le recibe nadie», le decía a *monsieur* Bontemps, al que convencía fácilmente. Desde luego, había algo de verdad en estas palabras. La posición de *monsieur* de Charlus había cambiado. Cada vez menos interesado por el gran mundo, indisponiéndose siempre con todos por su carácter quisquilloso y, por conciencia de su valor social, desdeñoso de reconciliarse con la mayor parte de las personas que eran la flor y nata de la sociedad, vivía en un relativo aislamiento que no se debía, como la soledad en que murió *madame* de Villeparisis, al ostracismo impuesto por la aristocracia, pero que para el público resultaba peor por dos razones. La mala fama de *monsieur* de Charlus, ahora conocida, hacía creer a las personas poco enteradas que era por esto por lo que no le trataban las gentes a quienes él, por su propia voluntad, renunciaba a tratar. Y así, lo que era efecto de su humor atrabiliario, parecía desprecio de las personas sobre las que tal humor recaía. Por otra parte, *madame* de Villeparisis se valió de un gran escudo: la familia. Pero *monsieur* de Charlus provocó numerosos enfados entre ella y él. Y eso que no le había parecido carente de interés —

sobre todo en el aspecto viejo Faubourg, en el aspecto Courvoisier—. Y apenas sospechaba, él, que había hecho incursiones tan atrevidas hacia el arte, por oposición a los Courvoisier, que lo que en él hubiera interesado más a un Bergotte, por ejemplo, era su parentesco con todo aquel viejo Faubourg, hubiera sido poder describirle la vida casi provinciana de sus primas, de la Rue de la Chaise a la plaza del Palais-Bourbon y a la Rue Garantiere.

Además, *madame* Verdurin, situándose en otro punto de vista menos trascendental y más práctico, simulaba creer que *monsieur* de Charlus no era francés. «¿Cuál es su verdadera nacionalidad? ¿No es austríaco?» —preguntaba inocentemente *monsieur* Verdurin—. «Claro que no, en absoluto» —contestaba la condesa Molé, cuyo primer impulso obedecía al buen sentido más que al rencor—. «Claro que no, es prusiano —decía la Patrona—. Se lo digo yo que lo sé; no nos ha repetido pocas veces que era miembro hereditario de la Cámara de Señores de Prusia y Durchlaucht…». «Pero la reina de Nápoles me dijo…». «Sepa usted que esa es una horrible espía —exclamaba *madame* Verdurin, que no había olvidado la actitud que la soberana destronada tomó una noche en casa de los Verdurin—. Lo sé sin lugar a dudas; vivía de eso. Si tuviéramos un gobierno más enérgico, toda esa gente debería estar en un campo de concentración. Y mire, haría usted muy bien en no recibir a esa gentecilla, porque yo sé que el ministro del interior los tiene vigilados, y vigilarán el hotel de usted. Nadie me quitará la idea de que Charlus estuvo de espía dos años en mi casa». Y pensando probablemente que se podía abrigar alguna duda sobre el interés que podían tener para el gobierno alemán los informes más circunstanciados sobre la organización del pequeño clan, *madame* Verdurin, con gesto dulce y perspicaz, como persona que sabe que el valor de lo que dice parecerá mayor si ella no engola la voz para decirlo: «Debo decirles que desde el primer día advertí a mi marido: no me gusta la manera como ese hombre se ha introducido en mi casa. Tiene algo de turbio. Teníamos una propiedad al fondo de una bahía, en un punto muy elevado. Seguramente los alemanes le encargaron preparar allí una base para sus submarinos. Había cosas que me extrañaban y que ahora comprendo. Por ejemplo, al principio, no quería ir

en el tren con los otros visitantes asiduos. Yo le había ofrecido muy amablemente una habitación en el castillo. Bueno, pues no: prefirió vivir en Doncieres, donde hay muchísima tropa. Todo eso olía a espionaje a cien leguas».

En cuanto a la primera de las acusaciones contra el barón de Charlus, la de estar pasado de moda, la gente del gran mundo le daba la razón de muy buen grado a *madame* Verdurin. En realidad, eran ingratos, pues *monsieur* de Charlus era, en cierto modo, su poeta, el que supo sacar de la mundanidad ambiente una especie de poesía en la que entraba la historia, la belleza, lo pintoresco, lo cómico, la frívola elegancia. Pero la gente del gran mundo, incapaz de comprender esta poesía, no veía ninguna en su vida, la buscaba en otro sitio y ponía a mil pies por encima de *monsieur* de Charlus a unos hombres que le eran infinitamente inferiores, pero que presumían de despreciar al gran mundo y, en cambio, profesaban teorías de sociología y de economía política. A *monsieur* de Charlus le encantaba contar chistes involuntariamente típicos y describir las *toilettes* estudiadamente graciosas de la duquesa de Montmorency, a la que llamaba mujer sublime, por lo cual le consideraban una especie de imbécil algunas mujeres del gran mundo que tenían a la duquesa de Montmorency por una tonta sin interés, que pensaban que los vestidos se hacen para llevarlos, pero sin prestarles, al parecer, ninguna atención, y que ellas, más inteligentes, iban a la Sorbona o a la Cámara de Diputados cuando hablaba Deschanel.

En fin, la gente del gran mundo se había desinflado de *monsieur* de Charlus, no por haber penetrado demasiado en su raro valor intelectual, sino por no haber penetrado nunca en él. Le encontraban «*avant-guerre*», pasado de moda, pues los más incapaces de juzgar los méritos son los mismos que más adoptan, para clasificarlos, las órdenes de la moda; no han agotado, ni siquiera rozado, a los hombres de mérito que había en una generación, y ahora tienen que condenarlos en bloque, pues se impone la etiqueta de una generación nueva, a la que tampoco entenderán.

En cuanto a la segunda acusación, la de germanismo, el espíritu *juste-milieu* de las personas del gran mundo hacía que la rechazaran, pero encontró un intérprete infatigable y especialmente cruel en Morel, que,

habiendo sabido conservar en los periódicos y hasta en sociedad el lugar que *monsieur* de Charlus, con tanto esfuerzo en ambos casos, consiguió para él, sin conseguir después que se lo retiraran, perseguía al barón con un odio más culpable aún porque, cualesquiera que fuesen sus relaciones exactas con el barón, Morel llegó a conocer lo que Charlus ocultaba a tanta gente: su profunda bondad. Había sido tan generoso con el violinista, tan delicado, había tenido con él tales escrúpulos de no faltar a su palabra, que Charlie, al dejarle, se llevó de él no la idea de un hombre vicioso (a lo sumo consideraba el vicio del barón como una enfermedad), sino del hombre con más ideas elevadas que jamás conoció, un hombre de una sensibilidad extraordinaria, una especie de santo. Tan poco lo negaba que, aun enfadado con él, decía sinceramente a unos parientes: «Se le puede confiar a un hijo, pues ejercerá sobre él la mejor influencia». Y cuando, en sus artículos, intentaba hacerle sufrir, de lo que en su pensamiento se burlaba no era del vicio, sino de la virtud del barón. Un poco antes de la guerra, unas croniquillas, transparentes para los que se llamaban iniciados, comenzaron a infligir un gran daño a *monsieur* de Charlus. De una crónica titulada «Desventuras de una ilustre abuela con nosotros, los viejos tiempos de la baronesa», *madame* Verdurin compró cincuenta ejemplares para poder prestárselos a sus conocidos, y *monsieur* Verdurin, afirmando que ni el mismo Voltaire escribía mejor, lo leía en voz alta. Desde la guerra cambió el tono. Ya no se denunciaba únicamente la inversión de *monsieur* de Charlus, sino también su supuesta nacionalidad germánica: «*Frau* Bosch», «*Frau* van den Bosch» eran los sobrenombres habituales de *monsieur* de Charlus. Una croniquilla de carácter poético llevaba un título tomado de ciertos aires de baile en Beethoven: «Una alemana». Por último, dos noticias: «Tío de América y Tía de Francfort» y «Mozo de retaguardia», que se leyeron en pruebas en el pequeño clan, fueron el regocijo del propio Brichot, que exclamó: «¡Con tal de que la muy alta y muy poderosa señora Anastasia no nos censure!»[18]

A Morel, que estaba en las oficinas de prensa, le parecía, por otra parte —pues la sangre francesa le hervía en las venas como el jugo de uvas de Combray—, que era poca cosa estar en una oficina durante la guerra y

acabó por enrolarse, aunque *madame* Verdurin hizo todo lo posible por convencerle de que se quedara en París. Estaba indignada de que *monsieur* de Cambremer, a su edad, estuviera en un estado mayor, pues *madame* Verdurin decía de cualquier hombre que no fuera a su casa: «¿Dónde se las ha arreglado también ese para emboscarse?», y si le decían que ese estaba en primera línea desde el primer día, replicaba sin escrúpulo de mentir o quizá por costumbre de equivocarse: «Nada de eso, no se ha movido de París; está haciendo algo tan peligroso, más o menos, como pasear a un ministro, se lo digo yo, se lo aseguro, lo sé por una persona que le ha visto»; pero tratándose de los fieles ya no era lo mismo, no quería dejarlos ir al frente, consideraba la guerra como una gran «importuna» que los hacía abandonar el campo, el de ella. Por eso daba todos los pasos imaginables para que se quedasen, lo que le proporcionaría el doble placer de tenerlos a comer y, cuando no habían llegado todavía o ya se habían marchado, criticarlos por su inacción. Pero era necesario que el fiel se prestara a ser un emboscado, y estaba disgustadísima de que Morel se mostrara en esto irreductible, sin que sirviera para nada lo que le dijo durante mucho tiempo: «Le digo que sí, que sirve usted en esa oficina, y más que en el frente. Lo que hace falta es ser útil, formar verdaderamente parte de la guerra, estar en ella. Hay los que están en ella y los emboscados. Usted es de los que están en ella, y no se preocupe, que todo el mundo lo sabe, nadie le va a tirar la piedra». Así, en circunstancias diferentes, aun cuando los hombres no eran tan escasos y *madame* Verdurin no estaba obligada como ahora a tener sólo mujeres en sus reuniones, si uno de ellos perdía a su madre, no vacilaba en convencerle de que no había ningún inconveniente en que siguiera asistiendo a sus recepciones. «El dolor se lleva en el corazón. Si usted quisiera ir al baile [ella no daba bailes], yo sería la primera en disuadirle, pero aquí, en mis pequeños miércoles o en un palco, a nadie le extrañará. Todo el mundo sabe que usted está apenado…». Ahora los hombres eran más escasos, los lutos más frecuentes, innecesarios, además, para impedir la vida mundana, pues ya lo hacía la guerra. *Madame* Verdurin se aferraba a los que quedaban. Se empeñaba en convencerlos de que eran más útiles a Francia quedándose en París, de la misma manera que antes les habría

asegurado que el difunto estaría más contento viéndoles distraerse. A pesar de todo, tenía pocos hombres; quizá le pesaba a veces haber consumado con *monsieur* de Charlus una ruptura que ya no tenía arreglo.

*Monsieur* de Charlus y *madame* Verdurin ya no se trataban, pero *madame* Verdurin seguía recibiendo y *monsieur* de Charlus yendo a sus placeres como si nada hubiera cambiado con algunas pequeñas diferencias sin gran importancia: por ejemplo, Cottard asistía ahora a las recepciones de *madame* Verdurin con un uniforme de coronel de *L'ile du reve*, bastante parecido al de un almirante haitiano y en el que una ancha cinta azul cielo recordaba la de las «hijas de María»; *monsieur* de Charlus, ahora en una ciudad donde los hombres ya hechos, que eran los que hasta entonces le gustaban, habían desaparecido, hacía lo que ciertos franceses que, mujeriegos en Francia, vivían en las colonias: primero por necesidad y luego por gusto, se aficionó a los niños.

Y el primero de estos rasgos característicos desapareció bastante pronto, pues Cottard no tardó en morir «frente al enemigo», dijeron los periódicos, aunque no había salido de París, pero murió, en realidad, de exceso de trabajo para su edad, seguido al poco tiempo de *monsieur* Verdurin, cuya muerte apenó a una sola persona, que fue, quién lo diría, Elstir. Yo había podido estudiar su obra en un aspecto absoluto en cierto modo. Pero, sobre todo a medida que iba envejeciendo, él la relacionaba supersticiosamente con la sociedad que le había proporcionado los modelos y, transformada así en él, por la alquimia de las impresiones, en obra de arte, le dio su público, sus espectadores. Cada vez más inclinado a creer, materialistamente, que una buena parte de la belleza reside en las cosas, Elstir, así como al principio, adoró en su mujer el tipo de belleza un poco llena que había perseguido, acariciado en sus pinturas, en sus tapices, con *monsieur* Verdurin veía desaparecer uno de los últimos vestigios del cuadro social, del cuadro perecedero —que pasaba tan pronto como las mismas modas vestimentarias que forman parte de él— que sostiene un arte, que certifica su autenticidad, como la Revolución, al destruir las elegancias del siglo XVIII, hubiera podido desolar a un pintor de fiestas galantes o como hubiera podido afligir a Renoir la desaparición de Montmartre o del Moulin

de la Galette; pero, sobre todo, en *monsieur* Verdurin veía desaparecer los ojos, el cerebro que había tenido la visión más justa de su pintura, los ojos, el cerebro donde, en cierto modo, residía, en estado de recuerdo amado, esta pintura. Claro que habían surgido jóvenes aficionados también a la pintura, pero a otra pintura, y que no habían recibido, como Swann, como *monsieur* Verdurin, lecciones de gusto de Whistler, lecciones de verdad de Monet, que les permitieran juzgar a Elstir con justicia. Por eso Elstir se sentía más solo al morir Verdurin, aunque llevara tantos años enemistado con él, y fue como si se eclipsara un poco de la belleza de su obra con un poco de lo que había de conciencia de esta belleza.

En cuanto al cambio que había afectado a los placeres de *monsieur* de Charlus, la verdad es que fue intermitente: como sostenía una copiosa correspondencia con el «frente», no le faltaban militares de permiso bastante maduros.

En la época en que yo creía lo que se decía, al oír a Alemania, después a Bulgaria, luego a Grecia hacer profesión de sus intenciones pacíficas, me hubiera inclinado a darles crédito. Pero desde que la vida con Albertina y con Francisca me acostumbró a sospechar en ellas pensamientos y proyectos que no expresaban, ninguna palabra, justa en apariencia, de Guillermo II, de Fernando de Bulgaria, de Constantino de Grecia, engañaba a mi instinto, que adivinaba lo que tramaba cada uno de ellos. Claro es que mis querellas con Francisca o con Albertina no fueron sino disputas particulares que sólo interesaban a esa pequeña célula espiritual que es un ser. Pero así como hay cuerpos de animales, cuerpos humanos, es decir, conjuntos de células cada uno de los cuales es, con relación a una sola de estas, tan grande como el Mont Blanc, así también existen enormes aglomeraciones organizadas de individuos que se llaman naciones; su vida no hace más que repetir, amplificándolas, la vida de las células integrantes; y quien no sea capaz de comprender el misterio, las reacciones, las leyes de la vida, no pronunciará más que palabras vacías cuando hable de las luchas entre naciones. Pero si conoce la psicología de los individuos, entonces esas masas colosales de individuos conglomerados que se enfrentan unos con otros adquirirán a sus ojos una belleza más fuerte que la lucha que nace

solamente del conflicto de dos caracteres. Y los verá a la escala en que verían el cuerpo de un hombre de elevada estatura unos infusorios, de los que harían falta más de diez mil para llenar un cubo de un milímetro de lado. De igual manera, la gran figura Francia, llena hasta su perímetro, desde hace algún tiempo, de millones de pequeños polígonos de diversas formas, y la figura Alemania, llena de más polígonos aún, tenían entre ellas esas disputas. Y así, desde este punto de vista, el cuerpo Alemania y el cuerpo Francia, y los cuerpos aliados y enemigos, se comportaban, en cierta medida, como individuos. Pero los golpes que se daban estaban reglamentados por ese boxeo innumerable cuyos principios me expuso Saint-Loup; y como, aun considerándolos como individuos, eran conjuntos gigantescos, la disputa tomaba formas inmensas y magníficas, como si se levantara un océano de millones de olas tratando de romper una línea secular de costas, como si unos glaciares gigantescos intentaran, en sus oscilaciones lentas y destructoras, romper el marco de montañas en que están circunscritos. A pesar de esto, la vida seguía casi igual para muchas personas que han figurado en este relato y especialmente para *monsieur* de Charlus y para los Verdurin, como si los alemanes no estuvieran tan cerca de ellos, porque la permanencia amenazadora, aunque ahora detenida, de un peligro nos deja por completo indiferentes cuando no nos lo representamos. Las gentes van generalmente a sus diversiones sin pensar nunca que, si cesaran las influencias debilitantes y moderadoras, la proliferación de los infusorios llegaría al máximo, es decir, daría en unos días un salto de varios millones de leguas, pasaría de un milímetro cúbico a una masa un millón de veces más grande que el sol, destruyendo al mismo tiempo todo el oxígeno, todas las sustancias de que vivimos, y ya no habría ni humanidad, ni animales, ni tierra, o sin pensar que una irremediable y verosímil catástrofe podrá producirse en el éter por la actividad incesante y frenética que oculta la aparente inmutabilidad del sol; se ocupan de sus asuntos sin pensar en esos dos mundos, el uno demasiado pequeño, el otro demasiado grande para que perciban las amenazas cósmicas que se ciernen en torno a nosotros.

De esta suerte los Verdurin daban comidas (pronto *madame* Verdurin sola, pues *monsieur* Verdurin murió al poco tiempo) y *monsieur* de Charlus

iba a sus placeres, sin pensar que los alemanes estaban a una hora de automóvil de París —verdad es que inmovilizados por una sangrante barrera siempre renovada—. Se dirá que los Verdurin sí pensaban en ello, puesto que tenían un salón político donde se discutía cada noche la situación, no sólo de los ejércitos, sino de las flotas. Pensaban, en efecto, en aquellas hecatombes de regimientos aniquilados, de pasajeros tragados por la tierra; pero una operación inversa multiplica hasta tal punto lo que se refiere a nuestro bienestar y divide por una cifra tan formidable lo que no le concierne, que la muerte de millones de desconocidos nos afecta apenas y casi menos desagradablemente que una corriente de aire. *Madame* Verdurin, lamentándose por sus jaquecas de no tener *croissants* que mojar en su café con leche, acabó por conseguir que Cottard le diera una receta para que se los hicieran en cierto restaurante del que hemos hablado. Esto fue casi tan difícil de conseguir de los poderes públicos como el nombramiento de un general. Volvió a tomar su primer *croissant* la mañana en que los periódicos publicaron el naufragio del *Lusitania*. Sin dejar de mojar el *croissant en* el café con leche y de dar papirotazos a su periódico para que se mantuviera abierto sin que ella tuviera necesidad de sujetarlo con la mano de mojar el *croissant*, decía: «¡Qué horror! Esto es más horrible que las más horribles tragedias». Pero la muerte de todos aquellos ahogados debía de verla ella reducida a un milésimo, pues mientras, con la boca llena, hacía estas desoladas reflexiones, el aire que sobrenadaba en su cara, traído a ella probablemente por el sabor del *croissant*, tan eficaz contra la jaqueca, era más bien un aire de plácida satisfacción.

En cuanto a *monsieur* de Charlus, su caso era un poco diferente, pero peor aún, pues iba más allá de no desear apasionadamente la victoria de Francia: más bien deseaba, sin confesárselo a sí mismo, si no que Alemania triunfara, al menos que no fuera aplastada como todo el mundo deseaba. La causa de esto era que, en esas querellas, las grandes aglomeraciones de individuos llamadas naciones se comportan ellas mismas, en cierta medida, como individuos. La lógica que las conduce es absolutamente interior y está perpetuamente refundida por la pasión, como las personas enfrentadas en una disputa amorosa o doméstica, como la riña de un padre con su hijo, de

una cocinera con su patrona, de una mujer con su marido. El que no tiene razón cree tenerla —como era el caso de Alemania—, y el que la tiene da a veces argumentos que le parecen irrefutables sólo porque responden a su pasión. En estas disputas de individuos, para estar convencido del derecho de cualquiera de las partes, lo más seguro es ser esa parte, pues un espectador no lo aprobará jamás tan completamente. Ahora bien, en las naciones, el individuo, aunque forme verdaderamente parte de la nación, no es más que una célula del individuo-nación. La propaganda es una palabra vacía de sentido. Si les hubieran dicho a los franceses que iban a ser derrotados, ningún francés sentiría mayor desesperación que si le dijeran que le iban a matar los *bertas*. La verdadera propaganda nos la hacemos a nosotros mismos con la esperanza, que es una figura del instinto de conservación de una nación, cuando se es verdaderamente un miembro vivo de esa nación. Para seguir ciego sobre lo que tiene de injusto la causa del individuo Alemania, para reconocer en todo momento lo que tiene de justo la causa del individuo Francia, lo más seguro no era para un alemán no tener juicio, para un francés tenerlo: lo más seguro para uno o para otro era tener patriotismo. *Monsieur* de Charlus, que tenía raras cualidades morales, que era asequible a la compasión, generoso, capaz de afecto, de fidelidad, en cambio, por diversas razones —entre las cuales podía figurar la de haber tenido una madre duquesa de Baviera—, no tenía patriotismo. Pertenecía, por consiguiente, al cuerpo Francia y al cuerpo Alemania. Si yo careciera de patriotismo, en vez de sentirme una célula del cuerpo Francia, creo que mi manera de juzgar la querella no habría sido la misma que hubiera podido ser en otro tiempo. En mi adolescencia, cuando creía exactamente lo que me decían, seguramente, al oír al gobernador alemán proclamar su buena fe, me habría inclinado a no ponerla en duda; pero sabía desde hacía mucho tiempo que nuestros pensamientos no siempre están de acuerdo con nuestras palabras; no sólo había descubierto un día, desde la ventana de la escalera, un Charlus que no sospechaba, sino que, sobre todo, había visto en Francisca y después, ¡ay!, en Albertina, cómo se formaban juicios y proyectos tan contrarios a sus palabras, que yo, aunque simple espectador, no hubiera dejado que ninguna de las palabras, justas en apariencia del

emperador de Alemania, del rey de Bulgaria, engañara a mi instinto, el cual adivinaría, como en cuanto a Albertina, lo que tramaban en secreto. Pero, en fin, no puedo más que suponer lo que habría hecho si no fuera actor, si no fuera una parte del actor Francia, como, en mis disputas con Albertina, mi mirada triste o mi garganta oprimida eran una parte de mi individuo apasionadamente interesado por mi causa: no podía llegar a desentenderme. *Monsieur* de Charlus se desentendía por completo. Y, desde el momento en que no era más que un espectador, todo debía inclinarle a ser germanófilo, puesto que, no siendo verdaderamente francés, vivía en Francia. Era muy inteligente, y, en todos los países los más numerosos son los tontos; no cabe duda de que, viviendo en Alemania, los tontos alemanes, defendiendo tontamente y con pasión una causa injusta, le habrían irritado; pero, viviendo en Francia y defendiendo los franceses tontamente y con pasión una causa justa, no le irritarían menos. La lógica de la pasión, aunque esté al servicio del mejor derecho, no es nunca irrefutable para el que no está apasionado. *Monsieur* de Charlus denunciaba con inteligencia cada razonamiento falso de los patriotas. La satisfacción que causa a un imbécil su derecho y la certidumbre del éxito nos irritan profundamente. A *monsieur* de Charlus le irritaba el optimismo triunfante de los que no conocían como él a Alemania y su fuerza, de los que creían cada mes que iba a quedar aplastada al mes siguiente y, pasado un año, estaban igualmente seguros en un nuevo pronóstico, como si no hubieran hecho con la misma seguridad otros no menos falsos, pero los habían olvidado, diciendo, si se lo recordaban, que no era lo mismo.

En fin, como *monsieur* de Charlus era compasivo, la idea de un vencido le hacía daño, estaba siempre a favor del débil, no leía las crónicas judiciales por no tener que sufrir en su carne las angustias del condenado y por la imposibilidad de asesinar al juez, al verdugo y a la multitud encantada de ver que «la justicia se había cumplido». En todo caso, estaba seguro de que Francia no podía ya ser vencida, y en cambio sabía que los alemanes pasaban hambre, que, un día u otro, tendrían que rendirse sin condiciones. También esta idea le resultaba más desagradable por el hecho de vivir en Francia. Después de todo, sus recuerdos de Alemania eran

lejanos, mientras que los franceses que hablaban del aplastamiento de Alemania con una alegría que le desagradaba eran personas cuyos defectos conocía, de cara antipática. En estos casos compadecemos más a los que no conocemos, a los que imaginamos, que a los que están muy cerca de nosotros en la vulgaridad de la vida cotidiana, a menos que seamos completamente ellos, a menos que formemos una sola carne con ellos; el patriotismo hace ese milagro, estamos por nuestro país como estamos por nosotros mismos en una querella amorosa. Por eso la guerra era para *monsieur* de Charlus un cultivo extraordinariamente fecundo de sus odios, que en él nacían en un instante y duraban muy poco tiempo, pero en este poco tiempo sería capaz de entregarse a todas las violencias. Al leer los periódicos, el tono triunfal de los cronistas que presentaban cada día a Alemania en el suelo, «la bestia en la agonía, reducida a la impotencia», cuando era demasiado cierto lo contrario, le enfurecía por su estupidez alegre y feroz. En aquel momento los diarios los hacían en parte personas conocidas que encontraban en esto una manera de «incorporarse al servicio»: los Brichot, los Norpois, el mismo Morel y Legrandin. Y *monsieur* de Charlus estaba deseando encontrárselos, abrumarlos con sus amargos sarcasmos. Siempre muy enterado de las taras sexuales, las conocía en algunos que, pensando que eran ignoradas en ellos, se complacían en denunciarlas en los soberanos de los «Imperios de presa», en Wagner, etc. Estaba deseando encontrarse frente a frente con ellos, refregarles la nariz en su propio vicio delante de todo el mundo y dejar deshonrados y jadeantes a aquellos que se ensañaban con un vencido.

*Monsieur* de Charlus tenía, demás, otras razones especiales para ser germanófilo. Una de ellas era que, hombre del gran mundo, había vivido mucho entre la gente del gran mundo, entre la gente honorable, entre los hombres de honor, gente que nunca estrechará la mano a un sinvergüenza: conocía su delicadeza y su dureza, los sabía insensibles a las lágrimas de un hombre al que hacen expulsar de un círculo o con el que se niegan a batirse, aunque su acto de «limpieza moral» causara la muerte de la madre del apestado. A pesar suyo, por mucha admiración que tuviera por Inglaterra, por la admirable manera como entró en la guerra, aquella Inglaterra

impecable, incapaz de mentira, impidiendo que entraran en Alemania el trigo y la leche, era un poco esta nación de hombre de honor, de testigo patentado, de árbitro en asuntos de honor; mientras que sabía que personas taradas, canallas como algunos personajes de Dostoyevski, pueden ser mejores, y nunca he comprendido por qué identificaba con ellos a los alemanes, pues la mentira y la trampa no bastan para suponer un buen corazón, un buen corazón que los alemanes no parecen haber demostrado.

Un último rasgo completará la germanofilia de *monsieur* de Charlus: se debía, y por una reacción muy curiosa, a su «charlismo». Los alemanes le parecían muy feos, quizá porque eran un poco demasiado de su sangre; le entusiasmaban los marroquíes, pero, sobre todo, los anglosajones, en quienes veía como estatuas vivas de Fidias. Ahora bien, en él el placer no era completo sin cierta idea cruel, cuya fuerza yo no conocía entonces en toda su intensidad; al hombre que él amaba lo veía como a un delicioso verdugo. Al tomar partido contra los alemanes le hubiera parecido que obraba como en las horas de voluptuosidad, es decir, en sentido contrario a su naturaleza compasiva, o sea, inflamado por el mal seductor y aplastando la fealdad virtuosa. Así ocurrió también cuando mataron a Rasputin, muerte que, por otra parte, sorprendió por el fuerte sello de color ruso, en una cena a lo Dostoyevski (impresión que habría sido todavía más fuerte si el público no hubiera ignorado de todo aquello lo que *monsieur* de Charlus sabía perfectamente), porque la vida nos decepciona de tal modo que acabamos por creer que la literatura no tiene ninguna relación con ella y nos asombra ver que las preciosas ideas que hemos visto en los libros se manifiestan, sin miedo de estropearse, gratuitamente, naturalmente, en plena vida cotidiana, y, por ejemplo, que una cena, un asesinato, acontecimientos rusos, tienen algo de ruso.

La guerra se prolongaba indefinidamente y los que habían anunciado de buena fuente, hacía ya unos años, que habían comenzado las negociaciones de paz, especificando las cláusulas del tratado, no se tomaban el trabajo, cuando hablaban con nosotros, de disculparse por sus falsas noticias. Las habían olvidado y estaban dispuestos a propagar sinceramente otras que olvidarían con la misma rapidez. Era la época en que había continuamente

incursiones de los *gothas*; el aire chisporroteaba continuamente en una vibración vigilante y sonora de aeroplanos franceses. Pero a veces resonaba la sirena como una desgarradora llamada de *Walkyrie* —única música alemana que se oyera desde la guerra— hasta que los bomberos anunciaban que había terminado la alarma, mientras, a su lado, la fajina, como un chicuelo invisible, comentaba a intervalos regulares la buena nueva y lanzaba al aire su grito de júbilo.

*Monsieur* de Charlus estaba asombrado de ver que incluso personas como Brichot, que antes de la guerra eran militaristas y reprochaban sobre todo a Francia no serlo bastante, no se contentaban con reprochar a Alemania los excesos de su militarismo, sino hasta su admiración por el ejército. Cierto es que cambiaban de opinión desde el momento en que se trataba de amortiguar la guerra contra Alemania y denunciaban con razón a los pacifistas. Pero, por ejemplo, Brichot, que, a pesar de su afección de la vista, aceptó dar cuenta en conferencias de ciertas obras aparecidas en los países neutrales, hizo un gran elogio de la novela de un suizo en la que se hace burla, como simiente de militarismo, de dos niños que caen en una admiración simbólica ante un dragón. Esta burla tenía que desagradar, por otras razones, a *monsieur* de Charlus, quien pensaba que un dragón puede ser algo muy bello. Pero, sobre todo, no comprendía la admiración de Brichot, si no por el libro que el barón no había leído, al menos por su espíritu tan diferente del que animaba a Brichot antes de la guerra. Entonces, todo lo que hacía un militar estaba bien para él, así fuese las irregularidades del general De Boisdeffre, las tergiversaciones y maquinaciones del coronel Du Paty de Clam, las falsificaciones del coronel Henry. Por alguna mutación extraordinaria (y que no era en realidad sino otra cara de la misma pasión muy noble, la pasión patriótica, obligada, de militarista que era cuando luchaba contra el dreyfusismo, cuya tendencia era antimilitarista, a hacerse casi antimilitarista porque ahora luchaba contra la Germania supramilitarista), Bichot exclamaba: «¡Oh, qué espectáculo tan mirífico y digno de atraer a la juventud de un siglo todo brutalidad, que no conoce más que el culto a la fuerza: un dragón! ¿Se puede imaginar lo que será la vil soldadesca de una generación formada en el culto a esas

manifestaciones de fuerza brutal?». Por eso Spitteler, queriendo oponerlo a este odioso concepto del sable por encima de todo, ha desterrado simbólicamente a lo profundo de los bosques, ridiculizado, calumniado, solitario, al personaje soñador llamado por él el Estudiante Loco, en quien el autor encarna deliciosamente la dulzura, desgraciadamente pasada de moda, pronto olvidada se podrá decir, si no se acaba con el atroz reinado de su viejo dios, la dulzura adorable de las épocas de paz.

«Vamos —me dijo *monsieur* de Charlus—, usted conoce a Cottard y a Cambremer. Cada vez que los veo me hablan de la extraordinaria falta de psicología de Alemania. Entre nosotros, ¿cree usted que han tenido hasta ahora gran preocupación por la psicología, y que ni siquiera ahora la tengan? Le aseguro que no exagero. Así se trate del alemán más grande, de Nietzsche, de Goethe, oirá a Cottard hablar de la habitual falta de psicología que caracteriza a la raza teutona. Claro que hay en la guerra cosas que me dan más penas, pero confiese usted que es enervante. Norpois es más sagaz, lo reconozco, aunque desde el principio no ha hecho más que equivocarse. Pero ¿qué quieren decir esos artículos que provocan el entusiasmo universal? Querido señor mío, usted sabe tan bien como yo lo que vale Brichot, al que quiero mucho, incluso después del cisma que me separó de su pequeña iglesia y por el cual le veo mucho menos. Pero, en fin, tengo cierta consideración por ese regente de colegio, buen orador y muy culto, y reconozco que es muy meritorio que, a su edad y capitidisminuido como está, pues lo está muy sensiblemente desde hace años, haya vuelto, como él dice, “al servicio”. Pero una cosa es la buena intención y otra el talento, y Brichot no lo ha tenido nunca. Confieso que comparto su admiración por ciertas grandezas de la guerra actual. En todo caso, es extraño que un partidario ciego de la antigüedad como Brichot, que no encontraba bastantes sarcasmos para Zola porque veía más poesía en un matrimonio de obreros, en la mina, que en los palacios históricos, o para Goncourt, que pone a Diderot por encima de Homero y a Watteau por encima de Rafael, no cese de repetirnos que las Termópilas, que Austerlitz mismo, no son nada al lado de Vauquois. Por lo demás, esta vez el público, que se resistió a los modernistas de la literatura y del arte, sigue a los de la guerra, porque es

moda pensar así y, además, a los pequeños espíritus les pasma no la belleza, sino la enormidad de la acción. Sólo se escribe ya *kolossal* con una sola *k*, pero en el fondo eso ante lo cual se arrodilla la gente es colosal. A propósito de Brichot, ¿ha visto usted a Morel? Me dicen que desea volver a verme. No tiene más que dar los primeros pasos, yo soy el más viejo, no me toca a mí comenzar».

Por desgracia, anticipémonos a decirlo, *monsieur* de Charlus se encontró al día siguiente en la calle frente a frente con Morel, el cual, para darle celos, le cogió por el brazo, le contó historias más o menos ciertas, y cuando *monsieur* de Charlus, trastornado, sintió la necesidad de que Morel se quedara aquella noche con él, de que no fuera a otro sitio, Morel vio a un compañero y dijo adiós a *monsieur* de Charlus, el cual, con la esperanza de que esta amenaza, que desde luego no iba a cumplir jamás, obligara a Morel a quedarse, le dijo: «Ten cuidado, me vengaré», y Morel, riéndose, le dejó plantado palmoteando en el cuello y cogiendo por la cintura a su asombrado compañero.

Las palabras que me decía *monsieur* de Charlus sobre Morel demostraban sin duda hasta qué punto el amor —y muy persistente tenía que ser el del barón— hace al enamorado más crédulo y menos orgulloso (al mismo tiempo que más imaginativo y más susceptible). Pero cuando *monsieur* de Charlus añadía: «Es un muchacho que se vuelve loco por las mujeres y no piensa más que en eso», decía más verdad de lo que él creía. Lo decía por amor propio, por amor, porque los demás pudieran creer que a las relaciones de Morel con él no habían seguido otras del mismo género. Claro que yo no le creía, pues había visto a Morel dar por cincuenta francos una de sus noches al príncipe de Guermantes, cosa que *monsieur* de Charlus ignoró siempre. Y si Morel, al ver pasar a *monsieur* de Charlus, sentado él en una terraza de café con sus compañeros, lanzaba con ellos unos gritos especiales, señalaba al barón con el dedo y producía esos cloqueos con los que la gente se burla de un viejo invertido (excepto los días en que, por necesidad de confesión, procuraba tropezarse con él para tener ocasión de decirle tristemente: «¡Oh, perdón!, reconozco que he obrado con usted de una manera indecente»), yo estaba convencido de que lo hacía por esconder

su juego; de que cada uno de sus denunciadores públicos, solo frente a él, hubiera hecho todo lo que él le pidiera. Me engañaba. Si un impulso singular condujo a la inversión a hombres como Saint-Loup, que tan lejos estaban de ella —y esto en todas las clases—, un impulso en sentido inverso apartó a otros de estas prácticas en las que eran muy habituales. En algunos el cambio se operó por tardíos escrúpulos religiosos, por la emoción sentida cuando se produjeron ciertos escándalos, o por el temor de enfermedades inexistentes en las que les habían hecho creer, con toda sinceridad, unos parientes que solían ser porteros o criados, sin sinceridad unos amantes celosos que creyeran conservar así para ellos solos a un joven al que, por el contrario, hicieron separarse de ellos mismos igual que de los demás. Así, por ejemplo, el antiguo *liftier* de Balbec no hubiera aceptado por ningún precio unas proposiciones que ahora le parecían tan graves como las del enemigo. En cuanto a Morel, si rechazaba a todo el mundo, sin excepción —en lo que *monsieur* de Charlus había dicho sin saberlo una verdad que justificaba a la vez sus ilusiones y destruía sus esperanzas—, era porque, dos años después de dejar a *monsieur* de Charlus, se enamoró de una mujer con la que vivía y que, con más voluntad que él, supo imponerle una fidelidad absoluta. Y Morel, que en los tiempos en que *monsieur* de Charlus le daba tanto dinero había dado por cincuenta francos una noche al príncipe de Guermantes, no habría aceptado ahora de este ni de ningún otro ningún dinero, así le ofrecieran cincuenta mil francos. A falta de honor y de desinterés, «su mujer» le inculcó cierto respeto humano, que llegaba hasta la bravata y la ostentación de que todo el dinero del mundo le importaba un comino cuando se lo ofrecían con ciertas condiciones. Es decir, que el juego de las diferentes leyes psicológicas se las arregla para compensar en la floración de la especie humana todo lo que, en uno o en otro sentido, por la plétora o por la rarefacción, determinaría su aniquilamiento. Así ocurre con las flores, donde una misma sabiduría, descubierta por Darwin, regula los modos de fecundación oponiéndolos sucesivamente unos a otros.

«Y ocurre una cosa rara» —añadió *monsieur* de Charlus con aquella vocecita chillona que tomaba a veces—. «A algunas personas que parecen muy felices todo el día, que toman excelentes cócteles, las oigo decir que no

llegarán al final de la guerra, que el corazón no lo resistirá, que no pueden pensar en otra cosa, que se morirán de repente. Y lo más extraordinario es que así ocurre en efecto. ¡Es curioso! ¿Es cosa de alimentación, porque no ingieren más que cosas mal preparadas, o porque, por demostrar su abnegación, se entregan a unas tareas inútiles pero que destruyen el régimen que las conservaba? El caso es que observo un número sorprendente de esas extrañas muertes prematuras, prematuras al menos para el gusto del difunto. Ya no recuerdo de qué le estaba hablando. Sí, de que Norpois admiraba esta guerra. Pero ¡qué manera más rara de hablar de ella! En primer lugar, ¿se ha fijado usted en esa pululación de expresiones nuevas que, cuando acaban por gastarse a fuerza de emplearlas todos los días —pues verdaderamente Norpois es infatigable, creo que la muerte de mi tía Villeparisis le dio una segunda juventud—, son inmediatamente reemplazadas por otros lugares comunes? Recuerdo que antes se entretenía usted en apuntar esos modos de lenguaje que aparecían, se mantenían y luego desaparecían: “El que siembra vientos recoge tempestades”; “ladran, luego cabalgamos”; “dadme buena política y os daré buenas finanzas”, decía el barón Louis; hay síntomas que sería exagerado tomar por lo trágico pero que conviene tomar en serio; trabajar para el rey de Prusia (por cierto que esta ha resucitado, lo que era inevitable). Bueno, pues ¡cuántas he visto morir desde entonces! Hemos tenido “el trapo de papel”, “los imperios de presa”, “la famosa Kultur que consiste en asesinar mujeres y niños indefensos”, “la victoria pertenece, como dicen los japoneses, al que sabe sufrir un cuarto de hora más que el otro”, “los germano-tureneses”, “la barbarie científica”, si queremos ganar la guerra, según la fuerte expresión de Lloyd George, en fin, incontables, y “la acometividad de las tropas, y el arrojo de las tropas”. Hasta a la sintaxis del excelente Norpois le ha infligido la guerra una alteración tan profunda como a la fabricación del pan o a la rapidez de los transportes. ¿Ha observado usted que ese excelente hombre, empeñado en proclamar sus deseos como una verdad a punto de realizarse, no se atreve, sin embargo, a emplear el futuro puro y simple, que correría el peligro de ser desmentido por los acontecimientos, y ha adoptado como signo de este tiempo el verbo

saber?». Le confesé a *monsieur* de Charlus que no entendía bien qué quería decir.

Debo consignar aquí que el duque de Guermantes no compartía en modo alguno el pesimismo de su hermano. Era, además, tan anglófilo como anglófobo era su hermano. Por último, tenía a *monsieur* Caillaux por un traidor que merecía mil veces el fusilamiento. Cuando su hermano le pedía pruebas de esta traición, *monsieur* de Guermantes contestaba que si no hubiera que condenar más que a los que firman un papel donde declaran «he traicionado», jamás se castigaría el delito de traición. Mas para el caso de no tener ocasión de volver sobre el asunto, diré también que, pasados dos años, el duque de Guermantes, animado por el más puro *anticaillautismo*, se encontró con un agregado militar inglés y su mujer, un matrimonio notablemente letrado con el que hizo amistad, como en tiempos del asunto Dreyfus con las tres damas encantadoras; que, desde el primer día, tuvo el estupor, hablando de Caillaux, cuya condena creía segura y el delito patente, de oír decir al matrimonio encantador: «Pero probablemente le absolverán, no hay nada contra él». *Monsieur* de Guermantes intentó alegar que *monsieur* de Norpois, en su declaración, dijo mirando a Caillaux aterrado: «Es usted el Giolitti de Francia, sí, señor Caillaux, es usted el Giolitti de Francia». Pero el matrimonio letrado y encantador sonrió, ridiculizó a *monsieur* de Norpois, citó pruebas de su chaladura y concluyó diciendo que había dicho aquello «ante *monsieur* Caillaux aterrado», decía *Le Figaro*, pero, en realidad, probablemente ante *monsieur* Caillaux burlón. Las opiniones del duque de Guermantes no tardaron en cambiar. Atribuir este cambio a la influencia de una inglesa no es tan extraordinario como podría parecer si se hubiera profetizado incluso en 1919, cuando los ingleses llamaban siempre a los alemanes los hunos y reclamaban una condena feroz contra los culpables. La opinión de aquel matrimonio también había cambiado y aprobaban cualquier decisión que pudiera contristar a Francia y ayudar a Alemania.

Volviendo a *monsieur* de Charlus: «Pues sí —replicó cuando le dije que no le entendía—, pues sí: en los artículos de Norpois “saber”[19] es el signo del futuro, es decir, el signo de los deseos de Norpois y, por lo demás, de los

deseos de todos nosotros —añadió quizá sin una completa sinceridad—. Ya comprenderá usted que si “saber” no fuera simple signo del futuro, se entendería en rigor que el sujeto de ese verbo pudiera ser un país. Por ejemplo, cada vez que Norpois dice: “América no sabría permanecer indiferente ante estas repetidas violaciones del derecho”, “la monarquía bicéfala no sabría dejar de arrepentirse”, es claro que tales frases expresan los deseos de Norpois (como los míos, como los de usted), pero, en fin, aquí el verbo puede conservar, a pesar de todo, su antiguo sentido, pues un París puede “saber”, América puede “saber”, la monarquía “bicéfala” puede “saber” (a pesar de la eterna “falta de psicología”). Pero la duda ya no es posible cuando Norpois escribe: “Esas devastaciones sistemáticas no sabrían persuadir a los neutrales”, “la región de los Lagos no sabría dejar de caer en muy breve plazo en manos de los Aliados”, “los resultados de estas elecciones neutrales no sabrían reflejar la opinión de la gran mayoría del país”. Y es claro que esas devastaciones, esas regiones y esos resultados de votos son cosas inanimadas que no pueden “saber”. Con esta fórmula, Norpois dirige simplemente a los neutrales la conminación de que salgan de la neutralidad (una conminación a la que lamento comprobar que no parecen obedecer) o a las regiones de los Lagos de que no pertenezcan a los *boches —monsieur* de Charlus ponía en pronunciar la palabra *boche* la misma clase de intrepidez que pusiera antaño en el trenecillo de Balbec en hablar de los hombres a quienes no les gustan las mujeres—. Además, ¿ha observado usted con qué ardides comienza siempre Norpois desde 1914 sus artículos dirigidos a los neutrales? Empieza por declarar que, naturalmente, Francia no tiene por qué inmiscuirse en la política de Italia (o de Rumania o de Bulgaria, etcétera). Que a esas potencias, y sólo a ellas, les conviene decidir, con toda independencia y sin consultar más que a su interés nacional, si deben o no deben salir de la neutralidad. Pero, aunque estas primeras declaraciones del artículo (lo que en otro tiempo se llamaría el exordio) son tan desinteresadas, la continuación suele serlo mucho menos». «Sin embargo —dice en sustancia Norpois a continuación—, está muy claro que sólo las naciones que se hayan puesto al lado del Derecho y de la justicia sacarán un beneficio material de la lucha. No se puede esperar que

los Aliados recompensen, adjudicándoles territorios en los que se levanta desde siglos la queja de sus hermanos oprimidos, a los pueblos que, siguiendo la política del menor esfuerzo, no hayan puesto su espada al servicio de los Aliados». Dado este primer paso hacia un consejo de intervención, nada detiene ya a *monsieur* Norpois, y no es sólo el principio, sino la época de la intervención sobre lo que da consejos cada vez menos disimulados. «Desde luego —dice haciéndose lo que él mismo llamaría "el buen apóstol"—, sólo a Italia y a Rumania incumbe decidir el momento oportuno y la forma en que les convendrá intervenir. Pero no pueden ignorar que tergiversando demasiado se exponen a dejar pasar el momento. Ya los cascos de la caballería rusa hacen estremecerse de indecible espanto a la Germania acorralada. Es de toda evidencia que los pueblos que no hayan hecho más que volar tras el carro de la victoria, cuya resplandeciente aurora se divisa ya, no tendrán en modo alguno derecho a la misma recompensa que pueden todavía, si se apresuran, etc». Es como se dice en el teatro: «Quedan poquísimas entradas. ¡Aviso a los rezagados!». Razonamiento tanto más estúpido cuanto que Norpois lo rehace cada seis meses, y dice periódicamente a Rumania: «Ha llegado la hora de que Rumania sepa si quiere o no realizar sus aspiraciones nacionales. A poco que espere, se expone a que sea demasiado tarde». Y en los tres años que lleva diciéndolo no sólo no ha llegado todavía el «demasiado tarde», sino que cada vez se van aumentando más las ofertas que se hacen a Rumania. De la misma manera invita a Francia, etc., a intervenir en Grecia como potencia protectora porque el tratado que unía a Grecia y Serbia no se ha cumplido. Y, de buena fe, si Francia no estuviera en guerra y no deseara la colaboración o la neutralidad benévola de Grecia, ¿se le ocurriría la idea de intervenir como potencia protectora, y el sentimiento moral que la impulsa a protestar porque Grecia no ha cumplido sus compromisos con Serbia no se calla también desde el momento en que se trata de la violación igualmente flagrante de Rumania y de Italia que, creo que con razón, como también Grecia, no han cumplido sus deberes, menos imperativos y menos amplios de lo que se dice, de aliados de Alemania? La verdad es que la gente lo ve todo a través de su periódico, ¿y cómo podría ser de otro modo

si no conocen personalmente a las gentes ni los hechos de que se trata? En tiempos del *Affaire*, que tan curiosamente le apasionaba a usted, en una época de la que se ha convenido decir que nos separan siglos, pues los filósofos de la guerra han acreditado que se ha roto todo vínculo con el pasado, a mí me chocaba ver cómo personas de mi familia concedían toda su estimación a anticlericales antiguos comuneros que su periódico les había presentado como antidreyfusistas, y abominaban de un general de abolengo y católico, pero revisionista. No me extraña menos ver ahora a todos los franceses execrar al emperador Francisco José, al que veneraban, y con razón, se lo digo yo, que le he conocido mucho y que se digna tratarme como primo. ¡Ah!, no le he escrito desde la guerra —añadió como confesando valientemente una falta que sabía muy bien que nadie le iba a reprochar—. Sí, el primer año, y una sola vez. Pero qué quiere usted, eso no varía en nada mi respeto por él, tengo aquí muchos jóvenes parientes que se baten en nuestras líneas y a quienes les parecería muy mal, estoy seguro, que yo sostuviera una correspondencia seguida con el jefe de una nación en guerra con nosotros. Qué quiere usted, que me critique el que quiera —añadió como exponiéndose bravamente a mis reproches—; no he querido que llegara a Viena en este momento una carta con la firma de Charlus. La crítica más grave que yo dirigiría al viejo soberano es que un señor de su rango, jefe de una de las casas más antiguas y más ilustres de Europa, se haya dejado manejar por ese hidalgüelo, por lo demás muy inteligente, pero al fin y al cabo un simple advenedizo, que es Guillermo de Hohenzollern. No es esta una de las anomalías menos chocantes de esta guerra. Y como, en cuanto se volvía a poner en el punto de vista nobiliario, que para él en el fondo lo dominaba todo, *monsieur* de Charlus llegaba a unos infantilismos inauditos, me dijo, con el mismo tono con que me hubiera hablado del Marne o de Verdun, que había cosas capitales y muy curiosas que no debería omitir el que escriba la historia de esta guerra. «Por ejemplo —me explicó—, todo el mundo es tan ignorante que nadie ha reparado en esta cosa tan importante: el gran maestre de la orden de Malta, que es un puro *boche*, sigue viviendo en Roma, donde, en su calidad de gran maestre de nuestra orden, goza del privilegio de extraterritorialidad. Es interesante —

añadió como diciéndome: ya ve usted que no ha perdido el tiempo al encontrarme. Le di las gracias y adoptó el aire modesto de quien no exige remuneración—. ¿Qué es lo que le estaba diciendo? ¡Ah, sí!, que la gente odia ahora a Francisco José guiándose por su periódico. En cuanto al rey Constantino de Grecia y al zar de Bulgaria, el público ha oscilado, en diversas ocasiones, entre la aversión y la simpatía, porque se decía sucesivamente que se pondrían al lado de la Entente o de lo que Brichot llama los Imperios centrales. Es como cuando Brichot nos repite a cada momento que "va a llegar la hora de Venizelos". Yo no dudo que Venizelos sea un hombre de Estado de gran capacidad, pero ¿quién nos dice que los griegos desean tanto a Rumania? Nos dicen que este quería que Grecia cumpliera sus compromisos con Serbia. Había que saber qué compromisos eran esos y si iban más allá que los que Italia y Rumania se han creído en el derecho de violar. En cuanto ala manera como Grecia cumple sus tratados y respeta su Constitución, le damos una importancia que seguramente no le daríamos si no fuera nuestro interés. Si no fuera por la guerra, ¿cree usted que las potencias "garantizadoras" se preocuparían ni siquiera por la disolución de las cámaras? Lo único que yo veo es que se va retirando el apoyo al rey de Grecia para poder echarle o encerrarle el día en que ya no tenga ejército para defenderle. Le digo que el público juzga al rey de Grecia y al rey de los búlgaros únicamente por los periódicos. ¿Y cómo podrían pensar sobre ellos sino por los periódicos, puesto que no los conocen? Yo los he visto muchísimas veces, los he conocido mucho, cuando Constantino de Grecia, que era una pura maravilla, era diádoco. Siempre pensé que el emperador Nicolás le tenía un enorme afecto. En el buen sentido, naturalmente. La princesa Christian hablaba de esto abiertamente, pero es una mala pécora. En cuanto al zar de los búlgaros, es un granuja, una figura decorativa, pero muy inteligente, un hombre notable. Me quiere mucho».

*Monsieur* de Charlus, que podía ser tan agradable, resultaba odioso cuando abordaba estos temas. Ponía en ellos la satisfacción que nos molesta ya en un enfermo que nos habla siempre de su buena salud. Siempre pensé que, en el trenecillo de Balbec, los asiduos que tanto deseaban las confesiones ante las cuales él se escabullía, no hubieran podido soportar

esta especie de ostentación de una manía e, incómodos, respirando mal como en un cuarto de enfermo o ante un morfinómano que sacara su jeringuilla delante de nosotros, habrían sido ellos quienes cortaran las confidencias que creían desear. Además, la gente estaba harta de oír acusar a todo el mundo, y probablemente muchas veces sin ninguna prueba, y oírselo a alguien que se excluía él mismo de la categoría especial a la que, sin embargo, era sabido que pertenecía y en la que tanto le gustaba colocar a los demás. Por último, *monsieur* de Charlus, tan inteligente, se había hecho a este respecto una pequeña filosofía estrecha (en la que había quizá un poquito de las curiosidades que Swann encontraba en «la vida») que lo explicaba todo por esas causas especiales y donde, como siempre que se va a parar al propio defecto, el barón estaba siempre no sólo por debajo de sí mismo, sino excepcionalmente satisfecho de sí mismo. Y él, tan grave, tan noble, dijo, con la sonrisa más tonta, la siguiente frase: «Como existen fuertes presunciones sobre el emperador Guillermo del mismo género que sobre Fernando de Cobourg, quizá es esa la causa de que el zar Fernando se pusiera al lado de los "Imperios de presa". Y en el fondo es muy comprensible, con una hermana se es siempre indulgente, no se le niega nada. Creo que sería esta una bonita explicación de la alianza de Bulgaria con Alemania». Y *monsieur* de Charlus rio mucho tiempo esta estúpida explicación, como si le pareciera muy ingeniosa, cuando la verdad es que, aun cuando se basara en hechos ciertos, sería tan pueril como las reflexiones que el barón hacía sobre la guerra cuando la juzgaba como señor feudal o como caballero de San Juan de Jerusalén. Terminó con una observación más justa: «Lo raro es —dijo— que ese público que sólo juzga así de los hombres y de las cosas de la guerra por los periódicos está convencido de que juzga por sí mismo».

En esto tenía razón *monsieur* de Charlus. Me contaron que había que ver los momentos de silencio y de duda que tenía *madame* de Forcheville, semejantes a los que requiere no ya el simple enunciado, sino la formación de una opinión personal, antes de decir, en el tono de un sentimiento íntimo: «No, no creo que tomen Varsovia»; «tengo la impresión de que no podrá pasar otro invierno»; «lo que yo no quisiera es una paz coja»; «si quiere que

le diga la verdad, yo a quien temo es a la Cámara»; «sí, a pesar de todo creo que podremos romper el frente». Y Odette tomaba un airecillo en extremo amanerado para decir: «Yo no digo que las tropas alemanas no se batan bien, pero les falta lo que se llama temple». Para pronunciar esta palabra hacía con la mano el gesto de amasar y con los ojos ese guiño de los pintorcillos cuando emplean un término de taller. Y, sin embargo, su lenguaje era, más aún que antes, el poso de su admiración por los ingleses, a los que ya no tenía necesidad de contentarse con llamarles como antes «nuestros vecinos del otro lado de la Mancha» o a lo sumo «nuestros amigos los ingleses»; ahora les llamaba «nuestros leales aliados». Huelga decir que no dejaba de citar, viniera o no a cuento, la expresión de *fairplay*, para indicar que los ingleses consideraban a los alemanes jugadores incorrectos, y «lo que hace falta es ganar la guerra, como dicen nuestros magníficos aliados». A lo sumo asociaba bastante torpemente el nombre de su yerno con todo lo que se refería a los soldados ingleses y al gusto que él sentía viviendo en la intimidad de los australianos, lo mismo que de los escoceses, de los neozelandeses y de los canadienses. «Mi yerno Saint-Loup conoce ahora el argot de todos los valientes *tommies*, sabe hacerse entender por los de los más lejanos *dominions* y lo mismo fraterniza con el general que manda la base que con el más humilde *private*».

Creo que este paréntesis sobre *madame* de Forcheville, mientras bajo por los bulevares junto a *monsieur* de Charlus, me autoriza a otro más largo aún, pero útil para describir esta época, sobre las relaciones de *madame* Verdurin con Brichot. Pues si al pobre Brichot le trataba *monsieur* de Charlus con tan poca indulgencia (porque el barón era a la vez muy perspicaz y más o menos inconscientemente germanófilo), peor aún le trataban los Verdurin. Estos eran, sin duda, patrioteros, por lo que les debían de gustar los artículos de Brichot, que, por otra parte, no eran inferiores a otros muchos con los que se deleitaba *madame* Verdurin. Mas, en primer lugar, acaso se recordará que, ya en la Raspeliere, Brichot, que tan gran hombre pareciera en otro tiempo a los Verdurin, había pasado a ser, si no una cabeza de turco como Saniette, al menos el objeto de sus burlas apenas disimuladas. Por otra parte, seguía siendo en aquel momento un fiel entre

los fieles, lo que le aseguraba una parte de las ventajas tácitamente asignadas por los estatutos a todos los miembros fundadores o asociados del pequeño grupo. Pero a medida que —acaso a favor de la guerra, o bien por la rápida cristalización de una elegancia tanto tiempo retardada pero todos cuyos elementos necesarios y que permanecieran invisibles saturaban desde hacía tiempo el salón de los Verdurin— se abría este salón a un mundo nuevo, mientras que a los fieles que antes sirvieran de cebo a este mundo nuevo se les invitaba cada vez menos, un fenómeno paralelo se producía con Brichot. A pesar de la Sorbona, a pesar del Instituto, su notoriedad no había rebasado, hasta la guerra, los límites del salón Verdurin. Pero cuando se puso a escribir casi diariamente aquellos artículos ornados de aquella falsa brillantez que tantas veces le vimos derrochar para los fieles, ricos, por otra parte, de una erudición muy real y que, como verdadero *sorboniano*, no intentaba disimular, aunque la rodeara de formas más o menos humorísticas, el «gran mundo» se quedó literalmente deslumbrado. Además, por una vez, otorgaba sus favores a alguien que estaba lejos de ser una nulidad y que podía llamar la atención por la fertilidad de su inteligencia y los recursos de su memoria. Y mientras tres duquesas iban a pasar la velada a casa de *madame* Verdurin, otras tres se disputaban el honor de tener a comer en su casa al gran hombre, el cual aceptaba la invitación de una de ellas, sintiéndose más libre porque *madame* Verdurin, exasperada por el éxito que los artículos de Brichot tenían en el Faubourg Saint-Germain se cuidaba de no invitar nunca a Brichot cuando iba a su casa alguna persona brillante que él no conocía aún y que se apresuraría a atraérsele. Y así fue como el periodismo (al que Brichot se limitaba, en suma, a dar tardíamente, con honor y a cambio de unos emolumentos soberbios, lo que había derrochado toda su vida gratis y de incógnito en el salón de los Verdurin, pues sus artículos no le costaban más trabajo que sus charlas, tan diserto y sabio era) habría conducido a Brichot, y aun pareció que le condujo, en cierto momento, a una gloria indiscutible… si no hubiera existido *madame* Verdurin. Desde luego, los artículos de Brichot estaban lejos de ser tan notables como creían las gentes del gran mundo. Bajo la pedantería del letrado asomaba en todo momento la vulgaridad del hombre.

Y junto a unas imágenes que no querían decir absolutamente nada («los alemanes ya no podrán mirar de frente a la estatua de Beethoven; Schiller ha debido de estremecerse en su tumba; la tinta que rubricó la neutralidad de Bélgica estaba apenas seca; Lenin habla, pero el viento de la estepa se lleva sus palabras»), aparecían trivialidades como: «Veinte mil prisioneros es una cifra; nuestro mando sabrá abrir el ojo, el bueno; queremos vencer, ni más ni menos». Pero, mezclado con todo esto, ¡cuánto saber, cuánta inteligencia, cuántos razonamientos exactos! Pero *madame* Verdurin no empezaba nunca a leer un artículo de Brichot sin la previa satisfacción de pensar que iba a encontrar en él cosas ridículas, y lo leía con la atención más sostenida para estar segura de que no se le escaparan. Desgraciadamente, era cierto que había algunas. Y ni siquiera esperaba a encontrarlas. La cita más afortunada de un autor verdaderamente poco conocido, al menos en la obra a que Brichot se refería, se enarbolaba como prueba de la pedantería más indefendible, y *madame* Verdurin esperaba con impaciencia la hora de la comida para provocar las carcajadas de sus invitados. «Bueno, ¿qué dicen ustedes del Brichot de esta noche? Me he acordado de ustedes leyendo la cita de Cuvier. De veras creo que se está volviendo loco».

—Yo no lo he leído todavía —decía Cottard.

—¿De veras no lo ha leído todavía? Pues no sabe las delicias que se pierde. Le aseguro que es para morirse de risa. Y, contenta en el fondo de que alguien no hubiera leído todavía el artículo de Brichot para tener ocasión de destacar ella misma los detalles ridículos, *madame* Verdurin le decía al mayordomo que trajera *Le Temps*, y leía en voz alta poniendo mucho énfasis en las frases más sencillas. Después de comer, durante toda la velada, seguía esta campaña antibrichotista, pero con falsas reservas. «No lo digo muy alto por miedo de que allí —decía señalando a la condesa Molé — se admire eso. La gente del gran mundo es más ingenua de lo que se cree». *Madame* Molé, a quien querían hacerle notar, hablando fuerte, que hablaban de ella, al mismo tiempo que se esforzaban en indicarle, bajando la voz, que no querían que las entendiera, renegaba cobardemente de Brichot, al que, en realidad, comparaba con Michelet. Le daba la razón a

*madame* Verdurin, y, para terminar, sin embargo, con algo que le parecía indiscutible, decía: «Lo que no se le puede negar es que está bien escrito».

—¿Le parece a usted bien escrito? —decía *madame* Verdurin—. A mí me parece escrito por un cerdo, audacia que hacía reír a la gente del gran mundo, más aún porque *madame* Verdurin, como asustada ella misma por la palabra cerdo, la había pronunciado muy bajito, tapándose la boca con la mano. Su rabia contra Brichot iba en aumento porque este ostentaba ingenuamente la satisfacción de su éxito, a pesar de los accesos de mal humor que le producía la censura, cada vez que, como él decía con su costumbre de emplear las palabras nuevas para demostrar que no era demasiado universitario, censuraba una parte de su artículo. Delante de él *madame* Verdurin no dejaba ver demasiado, salvo una cierta seriedad que un hombre más perspicaz no hubiera dejado de advertir, el poco caso que hacía de lo que escribía. Sólo una vez le reprochó que escribiera tan a menudo «yo». Y, en efecto Brichot tenía la costumbre de escribirlo continuamente; en primer lugar, porque, por costumbre de profesor, empleaba continuamente expresiones como «yo concedo que», y hasta por decir «reconozco que», «afirmo que»: «Yo afirmo que el enorme desarrollo de los frentes exige, etc.». Pero, sobre todo, porque, antiguo antidreyfusista militante que olía la preparación germánica mucho antes de la guerra, escribía muy a menudo: «Yo denuncié desde 1897»; «yo señalé en 1901»; «yo advertí en mi folletito hoy rarísimo (*habent sua fata libelli*)», y conservó la costumbre. Se sonrojó fuertemente con la observación de *madame* Verdurin, observación que le hizo en un tono agrio. «Tiene usted razón, señora. Alguien que no quería a los jesuitas más que los quería *monsieur* Combes, aunque no ha tenido prefacio de nuestro dulce maestro en escepticismo delicioso, Anatole France, que, si no me equivoco, fue adversario mío… antes del diluvio, dijo que el *yo* es siempre odioso». A partir de este momento Brichot sustituyó el *yo* por el *se*, pero el *se* no impedía al lector ver que el autor hablaba de sí mismo y permitió al autor no dejar de hablar de sí mismo, de comentar la menor de sus frases, de hacer un artículo sobre una sola negación, siempre al abrigo de *se*. Por ejemplo, si Brichot decía, aunque fuera en otro artículo, que los alemanes

habían perdido valor, comenzaba así: «No *se* disimula aquí la verdad. *Se* ha dicho que los ejércitos alemanes habían perdido valor. No *se* ha dicho que ya no tenían gran valor. Menos aún *se* escribirá que ya no tienen ningún valor. Tampoco *se* dirá que el terreno ganado, si no es, etc.». En fin, con sólo enunciar todo lo que él no diría, con recordar todo lo que había dicho años atrás, y lo que Clausewitz, Jomini, Ovidio, Apolonio de Tiana, etc., dijeron hace más o menos siglos, Brichot habría podido formar fácilmente la materia de un grueso volumen. Es de lamentar que no lo publicara, pues estos artículos tan nutridos son hoy difíciles de encontrar. El Faubourg Saint-Germain, advertido por *madame* Verdurin, comenzó por reírse de Brichot en su casa, pero, una vez fuera del pequeño clan, siguió admirando a Brichot. Después se puso de moda burlarse de él como estuvo de moda admirarle, y las mismas que seguían interesándose en secreto por él cuando leían sus artículos, se reían de ellos cuando ya no estaban solas, por no parecer menos listas que las otras. Jamás se habló tanto de Brichot como en esta época en el pequeño clan, pero por burla. Tomaban como criterio de la inteligencia de cualquier recién llegado lo que pensaba de los artículos de Brichot; si contestaba mal la primera vez, no se recataban de enseñarle en qué se conocía que las personas son inteligentes.

—En fin, pobre amigo mío, todo eso es espantoso y tenemos que lamentar algo más que artículos aburridos. Se habla de vandalismo, de estatuas destruidas. Pero ¿acaso la destrucción de tantos maravillosos jóvenes, que eran incomparables estatuas polícromas, no es también vandalismo? ¿Acaso una ciudad que no tendrá ya hombres hermosos no será como una ciudad en la que hubieran destruido toda su estatuaria? ¿Qué gusto puedo tener yo en ir a comer al restaurante si me sirven unos viejos bufones apolillados que se parecen al padre Didon, o unas mujeres con toca qué me hacen creer que he entrado en el Bouillon Duval[20]? Claro, querido, y creo que tengo derecho a hablar así porque, después de todo, la Belleza es la Belleza en una materia viva. ¡Gran placer ser servido por unos seres raquíticos, con lentes, que se les lee en la cara el caso de exención! Al contrario de lo que ocurría siempre antes, si en un restaurante se quiere posar la vista en alguien que esté bien, no hay que mirar a los camareros

que sirven, sino a los clientes que consumen. Pero se podía volver a ver un sirviente, aunque cambiasen a menudo, ahora que vaya usted a saber quién es, cuándo volverá ese teniente inglés que viene quizá por primera vez y que quizá le matarán mañana. Cuando Augusto de Polonia, como cuenta el encantador Morand, el delicioso autor de *Clarisse*, cambió uno de sus regimientos por una colección de cerámica china, hizo a mi parecer un mal negocio. Piense usted que todos aquellos lacayos que medían dos metros de estatura y que ornamentaban las escaleras monumentales de nuestras más bellas amigas han sido muertos, voluntarios en su mayoría porque les repetían que la guerra iba a durar dos meses. ¡Ah!, no conocían como yo la fuerza de Alemania, la virtud de la raza prusiana —dijo dejándose llevar de su inclinación. Después, dándose cuenta de que había dejado traslucir demasiado su punto de vista—: Más que Alemania, lo que yo temo para Francia es la guerra misma. La gente de la retaguardia se imagina que la guerra es solamente un gigantesco *match* de boxeo, al que asisten de lejos por los periódicos. Pero esto no tiene ninguna relación. Es una enfermedad que, cuando parece conjurada en un punto, reaparece en otro. Hoy quedará liberado Noyon, mañana no tendremos ni pan ni chocolate, pasado mañana el que se creía muy tranquilo y aceptaría, llegado el caso, una bala que no imagina enloquecerá al leer en los periódicos que llaman a su quinta. En cuanto a los monumentos, una obra maestra única como Reims no es su desaparición lo que más me espanta, es, sobre todo, la destrucción de tal cantidad de conjuntos vivos que hacían instructivo y encantador el último pueblo de Francia.

Pensé en seguida en Combray, pero en otro tiempo creí rebajarme a los ojos de *madame* de Guermantes confesando la modesta posición que mi familia ocupaba en Combray. Me pregunté si no se la revelarían a los Guermantes *monsieur* de Charlus, o Legrandin, o Swann, o Saint-Loup, o Morel. Pero esta misma preterición era menos penosa para mí que unas explicaciones retrospectivas. Lo único que deseaba era que *monsieur* de Charlus no hablara de Combray.

—No quiero decir nada malo de los americanos —continuó—; parece ser que son inagotablemente generosos, y como en esta guerra no ha habido

director de orquesta, como cada cual ha entrado en la danza mucho tiempo después del otro y los americanos empezaron cuando estábamos casi liquidados, pueden tener un ardor que cuatro años de guerra han apagado en nosotros. Incluso antes de la guerra amaban a nuestro país, nuestro arte, pagaban muy caras nuestras obras maestras. Muchas están hoy en su país. Pero precisamente este arte desarraigado, como diría *monsieur* Barres, es todo lo contrario de lo que constituía el delicioso atractivo de Francia. El castillo explicaba la iglesia, que a su vez, porque la iglesia había sido un lugar de peregrinación, explicaba la canción de gesta. No tengo por qué hablar ahora de mis orígenes y de mis alianzas, y por lo demás no se trata de esto. Pero recientemente, por una cuestión de intereses, y a pesar de cierta frialdad que hay entre el matrimonio y yo, tuve que ir a hacer una visita a mi sobrina Saint-Loup, que vive en Combray. Combray no era más que una pequeña ciudad como hay tantas. Pero nuestros antepasados estaban representados como donantes en ciertas vidrieras, y en otras estaban inscritas nuestras armas. Teníamos allí nuestra capilla, nuestras tumbas. Esa iglesia fue destruida por los franceses y por los ingleses porque servía de observatorio a los alemanes. Toda esa mezcla de historia superviviente y de arte que era Francia se destruye, y la cosa no ha terminado todavía. Claro que no voy a cometer la ridiculez de comparar, por razones de familia, la destrucción de la iglesia de Combray con la de la catedral de Reims, que era como el milagro de una catedral gótica que recreara naturalmente la pureza de la estatuaria antigua, o con la de Amiens. No sé si a estas horas habrán roto el brazo levantado de San Fermín. En ese caso ha desaparecido de este mundo la más alta afirmación de la fe y de la energía.

—Su símbolo, señor —le contesté—. Y yo adoro tanto como usted ciertos símbolos. Pero sería absurdo sacrificar al símbolo la realidad que simboliza. Las catedrales deben ser adoradas hasta el día en que, para preservarlas, haya que renegar de las verdades que enseñan. El brazo levantado de San Fermín en un gesto de mando casi militar decía: Seamos destruidos si el honor lo exige. No sacrifiquéis hombres a unas piedras cuya belleza procede precisamente de haber fijado un día verdades humanas.

—Comprendo lo que quiere decirme —me replicó *monsieur* de Charlus —, y *monsieur* Barres, que nos ha hecho hacer, desgraciadamente, tantas peregrinaciones a la estatua de Estrasburgo y a la tumba de *monsieur* Déroulede, ha estado emocionante y gracioso cuando escribió que la misma catedral de Reims era menos importante que la vida de nuestros infantes. Aserto este que hace bastante ridícula la ira de nuestros periódicos contra el general alemán que mandaba allí y que decía que la catedral de Reims valía menos para él que la vida de uno de sus soldados. Por lo demás, lo que es exasperante y desolador es que cada país dice lo mismo. Las razones en las que se fundan las asociaciones industriales de Alemania para declarar la posesión de Belfort indispensable para preservar su nación contra nuestras ideas de desquite son las mismas que las de Barres al exigir Maguncia para protegernos contra las veleidades de invasión de los *boches*. ¿Por qué la restitución de Alsacia-Lorena le pareció a Francia un motivo insuficiente para hacer la guerra, un motivo suficiente para continuarla, para declararla de nuevo cada año? Usted parece creer que la victoria está ya segura para Francia; yo lo deseo de todo corazón, no lo dude. Pero, en fin, desde que los aliados, con razón o sin ella, se creen seguros de vencer (naturalmente, yo estaría encantado de esta solución, pero veo, sobre todo, muchas victorias en el papel, victorias pírricas, con un costo que no nos dicen) y los *boches* no se creen ya seguros de vencer, vemos a los alemanes tratando de acelerar la paz, a Francia prolongando la guerra, esa Francia que es la Francia justa y tiene razón para hacer oír palabras de justicia, pero que es también la dulce Francia y debería hacer oír palabras de piedad, aunque sólo fuera por sus propios hijos y porque las flores que renazcan cada primavera iluminen otra cosa que no sean tumbas. Sea franco, querido amigo, usted mismo me hizo una teoría sobre las cosas que sólo existen gracias a una creación perpetuamente recomenzada. La creación del mundo no se hizo de una vez para siempre, me decía usted; se hace necesariamente cada día. Pues bien, si usted es de buena fe, no puede exceptuar de esta teoría la guerra. Por más que nuestro excelente Norpois escriba (sacando uno de esos accesorios de retórica que tan caros le son, «el alba de la victoria» y «el General Invierno»): «Ahora que Alemania ha querido la guerra, la suerte está

echada», la verdad es que cada mañana se declara de nuevo la guerra. Luego el que quiere continuarla es tan culpable como el que la empezó, quizá más, pues el primero quizá no preveía todos sus horrores. Y nada nos dice que una guerra tan prolongada, aunque su resultado sea victorioso, carezca de peligro. Es difícil hablar de cosas que no tienen precedente y de las repercusiones sobre el organismo de una operación que se intenta por primera vez. Cierto que, generalmente, las novedades que nos alarman se pasan muy bien. Los republicanos más prudentes pensaban que era una locura la separación de la Iglesia. Ha pasado sin dificultad. Dreyfus, rehabilitado; Picquart, ministro de la Guerra, sin que nadie se llame a escándalo. Pero ¡qué no puede temerse de una fatiga como la de una guerra ininterrumpida durante varios años! ¿Qué harán los hombres a la vuelta? ¿No les habrá enloquecido o destrozado la fatiga? Todo eso podría resultar mal, si no para Francia, al menos para el gobierno, puede que hasta para la forma de gobierno. Usted me dio a leer en otro tiempo el admirable libro *Aimée de Coigny*, de Maurras. Me extrañaría mucho que alguna Aimée de Coigny no esperara del desarrollo de la guerra que hace la República lo que en 1812 esperó Aimée de Coigny de la guerra que hacía el Imperio. Si existe la Aimée actual, ¿se realizarán sus esperanzas? Yo no lo deseo. Volviendo a la guerra misma, el primero que la empezó ¿es el emperador Guillermo? Lo dudo mucho. Y silo es, qué otra cosa ha hecho que Napoleón, por ejemplo, cosa que a mí me parece abominable, pero que me asombra que inspire tanto horror a los turiferarios de Napoleón, a los que el día de la declaración de guerra exclamaron como el general Pau: «Esperaba este día desde hace cuarenta años. Es el más hermoso de mi vida». Dios sabe que nadie protestó con más energía que yo cuando se dio en la sociedad un lugar desproporcionado a los nacionalistas, a los militares, cuando todo amigo de las artes era acusado de ocuparse de cosas funestas ala patria, cuando toda civilización no belicosa era deletérea. Un hombre del auténtico gran mundo apenas contaba al lado de un general. Una loca estuvo a punto de presentarme a *monsieur* Syveton. Me dirá usted que lo que yo me esforzaba por mantener no eran más que las reglas mundanas. Pero estas reglas, a pesar de su aparente frivolidad, quizá hubieran

impedido muchos excesos. Yo he honrado siempre a los que defienden la gramática o la lógica. Pasados cincuenta años, la gente se da cuenta de que ha conjurado grandes peligros. Nuestros nacionalistas son los más germanófobos, los más intransigentes de los hombres. Pero al cabo de quince años su filosofía ha cambiado por completo. En realidad, propugnan la continuación de la guerra. Pero no es más que por exterminar una raza belicosa y por amor a la paz. Pues una civilización guerrera, que hace quince años les parecía tan hermosa, ahora les horroriza; no sólo reprochan a Prusia haber hecho predominar en ella el elemento militar, sino que en todo tiempo piensan quedas civilizaciones militares fueron destructoras de todo lo que ahora les parece tan valioso, no sólo las artes, sino hasta la galantería. Basta que uno de sus críticos se convierta al nacionalismo para que resulte, sin más, un amigo de la paz. Está convencido de que en todas las civilizaciones guerreras la mujer tenía un papel humillado y bajo. No se atreven a contestarle que las «damas» de los caballeros de la Edad Media y la Beatriz de Dante estaban quizá en un trono tan elevado como las heroínas de *monsieur* Becque. Yo espero encontrarme un día de estos sentado a la mesa después de un revolucionario ruso o simplemente después de uno de nuestros generales que hacen la guerra por odio a la guerra y para castigar a un pueblo por cultivar un ideal que, hace quince años, ellos mismos consideraban el único tonificante. Hace unos meses todavía se honraba al infortunado zar porque reunió la conferencia de La Haya. Pero ahora que se saluda a la Rusia libre se olvida el título que permitía glorificarle. Así gira la rueda del mundo. Y, sin embargo, Alemania emplea las mismas expresiones que Francia hasta tal punto que parece que la cita; no se cansa de decir que «lucha por la existencia». Cuando leo: «Luchamos contra un enemigo implacable y cruel hasta obtener una paz que nos garantice en el futuro contra toda agresión y para que la sangre de nuestros bravos soldados no haya corrido en vano», o bien: «Quien no está con nosotros está contra nosotros», no sé si esta frase es del emperador Guillermo o de *monsieur* Poincaré, pues, con algunas variantes, uno y otro la han pronunciado veinte veces, si bien debo confesar que, en este caso, ha sido el emperador quien ha imitado al presidente de la República. Si Francia no hubiera seguido

siendo débil, quizá no habría tenido tanto empeño en prolongar la guerra, pero, sobre todo, Alemania no habría tenido acaso tanta prisa por terminarla si no hubiera dejado de ser fuerte. De ser tan fuerte, pues fuerte ya verá usted que lo es todavía.

*Monsieur* de Charlus había tomado la costumbre de hablar muy alto, por nerviosismo, por buscar salidas para unas impresiones de las que —no habiendo cultivado ningún arte— tenía que desprenderse, como un aviador de sus bombas, aunque fuera en pleno campo, allí donde sus palabras no llegaban a nadie, y sobre todo en el mundo donde caían también al azar y donde le escuchaban por *snobismo*, porque creían en él, y, hasta tal punto tiranizaba al auditorio, puede decirse que por fuerza y hasta por miedo. En los bulevares esta arenga era, además, una prueba de desprecio por los transeúntes, que no le hacían bajar la voz, como no le hacían desviar su camino. Pero llamaba la atención, sorprendía, y sobre todo hacía inteligibles a unas personas que volvían la cabeza aquellas palabras que podían hacernos detener por derrotistas. Se lo dije a *monsieur* de Charlus sin otro resultado que el de provocar su hilaridad.

—Reconocerá usted que sería gracioso —dijo—. Después de todo —añadió—, quién sabe, cualquiera de nosotros está expuesto cada noche a salir en los sucesos del día siguiente. En fin, ¿por qué no me van a fusilar a mí en los fosos de Vincennes? Lo mismo le ocurrió a mi tío abuelo el duque de Enghien. La sed de sangre noble enloquece a cierto populacho, que en esto se muestra más refinado que los leones. Ya sabe usted que a estos animales les bastaría, para echarse sobre ella, que *madame* Verdurin tuviera un arañazo en las narices. En lo que, en mi juventud, llamaríamos sus napias.

Y se echó a reír a carcajadas como si estuviéramos solos en un salón.

A veces, viendo a unos individuos bastante sospechosos que al paso de *monsieur* de Charlus salían de la sombra y se concentraban a cierta distancia de él, pensaba yo si le sería más agradable dejándole solo o no dejándole, como ocurre cuando encontramos a un viejo propenso a frecuentes ataques epileptiformes y, al ver por la incoherencia del paso la inminencia probable de un ataque, nos preguntamos si nuestra compañía es

deseada como un apoyo o más bien temida como un testigo al que se quisiera ocultar la crisis y cuya sola presencia bastará quizá para apresurarla, mientras que quizá la calma absoluta lograra conjurarla. Pero la posibilidad del acontecimiento del que no sabemos si debemos apartarnos o no, se revela en el enfermo por las vueltas que da como un hombre borracho, mientras que, en *monsieur* de Charlus, estas diversas posiciones divergentes, señal de un posible incidente en el que no estaba bien seguro si el barón deseaba o temía que mi presencia le impidiera producirse, las ocupaba, como por un ingenioso truco de teatro, no el barón mismo, que seguía hacia delante muy derecho, sino todo un círculo de comparsas. De todos modos, creo que prefería evitar el encuentro, pues me llevó a una calle transversal, más oscura que el bulevar, y en la que, sin embargo, no dejaba este de verter, a menos que afluyeran hacia él, soldados de todas las armas y de todas las naciones, aflujo juvenil, compensador y consolador para *monsieur* de Charlus, de aquel reflujo de todos los hombres en la frontera que, neumáticamente, hizo el vacío en París en los primeros tiempos de la movilización. *Monsieur* de Charlus no cesaba de admirar los brillantes uniformes que pasaban ante nosotros y que hacían de París una ciudad tan cosmopolita como un puerto, tan irreal como un decorado de pintor que sólo ha levantado unas arquitecturas como un pretexto para agrupar los trajes más variados y más esplendorosos. Conservaba todo su respeto y todo su afecto a ciertas grandes damas acusadas de derrotismo, como en otro tiempo a las que fueron acusadas de dreyfusismo. Sólo lamentaba que, al rebajarse a hacer política, hubieran dado lugar «a las polémicas de los periodistas». Para él nada había cambiado en relación con ellas. Pues su frivolidad era tan sistemática que el linaje, unido a la belleza y a otros prestigios, era lo duradero, mientras que la guerra, como el asunto Dreyfus, eran modas vulgares y pasajeras. Así fusilaran a la duquesa de Guermantes por intento de paz separada con Austria, él la consideraría siempre tan noble y no más degradada que como vemos hoy a María Antonieta por haber sido condenada a la guillotina. En aquel momento, *monsieur* de Charlus, noble como una especie de Saint-Vallier o de Saint-Mégrin, iba erguido, rígido, solemne, hablaba gravemente, no se le notaba,

por un momento, ninguna de esas maneras que denuncian a los de su gremio. Y, sin embargo, ¿por qué no puede haber ninguno que tenga alguna vez una voz absolutamente normal? Hasta cuando se aproximaba al tono más grave, la suya era desafinada, necesitada de un afinador. Por otra parte, *monsieur* de Charlus no sabía literalmente qué hacer, y levantaba a menudo la cabeza con el pesar de no tener unos prismáticos, que por lo demás no le hubieran servido de mucho, pues, por causa de los zepelines de la víspera, que habían alertado la vigilancia de los poderes públicos, había militares en mayor número que de costumbre, los había hasta en el cielo. Los aeroplanos que, unas horas antes, viera yo poner en el cielo azul unas manchas oscuras como insectos, pasaban ahora como luminosos brulotes en la noche, más profunda aún por la extinción parcial de los reverberos. La mayor impresión de belleza que nos hacían sentir aquellas estrellas humanas y fugaces era quizá sobre todo hacer mirar al cielo, hacia el cual levantamos poco los ojos habitualmente. En aquel París cuya belleza había visto yo, en 1914, amenazada y casi sin defensa, por el enemigo que se acercaba, había ciertamente, ahora como entonces, el mismo esplendor antiguo de una luna cruelmente, misteriosamente serena, que derramaba en los monumentos todavía intactos la inútil belleza de su luz; pero como en 1914, y más que en 1914, había también otra cosa, luces diferentes, resplandores intermitentes que, fueran de los aeroplanos, fueran de los reflectores de la torre Eiffel, sabíamos dirigidos por una voluntad inteligente, por una vigilancia amiga que producía aquella misma clase de emoción, que inspiraba aquella misma especie de gratitud y de calma que yo había experimentado en el cuarto de Saint-Loup, en la celda de aquel claustro militar donde tantos corazones fervientes y disciplinados ejercitaban antes de que se consumase un día, sin la menor vacilación, en plena juventud, su sacrificio.

Después de la incursión de la antevíspera, en la que el cielo estuvo más agitado que la tierra, se calmó como el mar después de una tempestad. Mas, como el mar después de una tempestad, no había recobrado aún su calma absoluta. Todavía ascendían aeroplanos como cohetes a reunirse con las estrellas, y los reflectores paseaban lentamente, en el cielo parcelado como un pálido polvo de astros, de errantes vías lácteas. Pero los aeroplanos iban

a insertarse en medio de las constelaciones, y al ver aquellas «estrellas nuevas» hubiéramos podido creernos efectivamente en otro hemisferio. *Monsieur* de Charlus me dijo su admiración por aquellos aviadores, y como no podía menos de dar libre curso a su germanofilia lo mismo que a sus otras inclinaciones, a la vez que las negaba, explicaba:

—De todos modos, debo añadir que admiro lo mismo a los alemanes que suben en sus *gothas*. Y en los zepelines, ¡qué valor hace falta! Son unos héroes, simplemente unos héroes. ¿Qué importa que tiren sobre civiles, puesto que las baterías tiran contra ellos? ¿Le dan a usted miedo los *gothas* y el cañón?

Le dije que no, y quizá me equivocaba. Como la pereza me había acostumbrado a ir aplazando mi trabajo para el día siguiente, me figuraba que podía ocurrir lo mismo con la muerte. ¿Cómo se va a tener miedo de un cañón cuando se está convencido de que ese día no nos alcanzará? Por otra parte, vistas aisladamente aquellas ideas de bombas lanzadas, de muerte posible, no añadían para mí nada trágico a la imagen que yo me formaba del paso de las aeronaves alemanas, hasta que una de ellas, sacudida, segmentada a mis ojos por las oleadas de bruma de un cielo agitado, de un aeroplano que, aunque le sabía mortífero, lo imaginaba sólo estelar y celeste, viera una noche el gesto de la bomba lanzada hacia nosotros. Pues la realidad originaria de un peligro se percibe únicamente en esa cosa nueva, irreductible a lo que ya sabemos, que se llama una impresión y que muchas veces, como en este caso, se resume en una línea, una línea que describía una intención, una línea en la que había el poder latente de una realización que la deformaba, mientras que en el puente de la Concordia, en torno al aeroplano amenazador y acorralado, y como si se reflejaran en las nubes las fuentes de los Champs-Elysées, de la plaza de la Concordia y de las Tullerías, los surtidores luminosos de los proyectores se doblaban en el cielo, líneas plenas de intenciones también, de intenciones previsoras y protectoras, de hombres poderosos y sabios a los que, como una noche en el cuartel de Doncieres, estaba yo agradecido de que su fuerza se dignara tomarse el trabajo, con aquella precisión tan bella, de velar por nosotros.

La noche era tan hermosa como en 1914, y París estaba tan amenazado como entonces. La luna parecía como un suave magnesio continuo que permitía tomar, por última vez, unas imágenes nocturnas de aquellos bellos conjuntos como la plaza Vendóme, la plaza de la Concordia, a los que el miedo que yo tenía de los obuses que acaso iban a destruirlos daba por contraste, en su belleza todavía intacta, una especie de plenitud, y como si se tendieran hacia adelante, ofreciendo a los golpes sus arquitecturas indefensas.

—¿No tiene usted miedo? —repitió *monsieur* de Charlus—. Los parisienses no se dan cuenta. Me dicen que *madame* Verdurin da reuniones todos los días. Sólo lo sé porque lo dicen, yo no sé absolutamente nada de ellos, he roto por completo —añadió bajando no solamente los ojos como si pasara un telegrafista, sino también la cabeza, los hombros, y levantando el brazo con el gesto que significa, si no «yo me lavo las manos», al menos «no puedo decirle nada» (aunque yo nada le preguntaba)—. Ya sé que Morel sigue yendo mucho a esa casa —me dijo, y fue la primera vez que volvió a hablarme de él—. Dicen que añora mucho el pasado, que desea reconciliarse conmigo —añadió, demostrando a la vez la misma credulidad del hombre del Faubourg que dice: «Se habla mucho de que Francia está tratando más que nunca con Alemania y hasta de que se han iniciado ya las negociaciones» y del enamorado que no se da por vencido ni por los mayores sofiones—. En todo caso, si lo desea, no tiene más que decirlo, yo soy más viejo que él, no me toca a mí dar el primer paso.

Y, desde luego, no necesitaba decirlo, tan evidente era. Pero, además, ni siquiera era sincero, y por eso se sentía uno tan violento por *monsieur* de Charlus, pues se notaba que al decir que no le tocaba a él dar el primer paso, lo que hacía era darlo, esperando que yo me ofreciese a encargarme de la reconciliación.

Yo conocía, por supuesto, esta credulidad, inocente o fingida, de las personas enamoradas de alguien o que, simplemente, no son recibidas en casa de alguien, y atribuyen a ese alguien un deseo que, sin embargo, no ha manifestado, a pesar de fastidiosas solicitaciones. Mas por el acento súbitamente trémulo con que *monsieur* de Charlus tartamudeó estas

palabras, por la mirada turbia que vacilaba en el fondo de sus ojos, tuve la impresión de que allí había otra cosa que una simple insistencia. No me equivocaba, y contaré en seguida los dos hechos que me lo demostraron retrospectivamente (me anticipo en muchos años al segundo de estos hechos, posterior a la muerte de *monsieur* de Charlus, muerte que no se produjo hasta mucho después, y tendremos ocasión de volver a verle varias veces muy diferente de como le hemos conocido, y sobre todo la última vez, en una época en que había olvidado por completo a Morel). En cuanto al primero de estos hechos, se produjo sólo dos o tres años después de la noche en que yo bajé por los bulevares con *monsieur* de Charlus. En fin, a los dos años de aquella noche encontré a Morel. Pensé en seguida en *monsieur* de Charlus, en la alegría que le daría volver a ver al violinista, e insistí para que fuera a verle, aunque sólo fuese una vez.

—Ha sido bueno con usted —le dije—, ya es viejo, puede morir, hay que olvidar las viejas querellas y borrar las huellas de la riña. —Morel pareció enteramente de mi opinión en cuanto a que la reconciliación era deseable, pero se negó categóricamente a hacer ni una sola visita a *monsieur* de Charlus—. Hace usted mal —le dije—. ¿Es por testarudez, por pereza, por maldad, por amor propio mal entendido, por virtud (tenga la seguridad de que no será atacada), por coquetería?

Entonces el violinista, contrayendo la cara para una confesión que seguramente le costaba mucho, me contestó temblando:

—No, no es nada de todo eso; la virtud me tiene sin cuidado; ¿por maldad?, al contrario, empiezo a tenerle lástima; tampoco por coquetería, sería inútil; ni por pereza, me paso días enteros sin nada que hacer. No, no es por nada de eso; es, no se lo diga nunca a nadie y soy un loco por decírselo: es, es… es… ¡por miedo! —y se echó a temblar con todos sus miembros. Le dije que no le entendía—. No, no me pregunte, no hablemos más, usted no le conoce como yo, puedo decir que no le conoce en absoluto.

—Pero ¿qué daño puede hacerle? Y menos cuando ya no habrá rencor entre ustedes. Y, además, usted sabe que en el fondo es muy bueno.

—¡Diablo, ya lo creo que lo sé! Y la delicadeza y la rectitud misma. Pero déjeme, no me hable más de eso, se lo ruego, da vergüenza decirlo:

¡tengo miedo!

El segundo hecho ocurrió después de la muerte de *monsieur* de Charlus. Me trajeron unos recuerdos que me dejó y una carta con triple sobre, escrita lo menos diez años antes de su muerte. Pero había estado gravemente enfermo, había tomado sus disposiciones, luego se restableció antes de caer más tarde en el estado en que le veremos el día de una fiesta en casa de la princesa de Guermantes. Y la carta, que estaba en una caja fuerte con los objetos que legaba a algunos amigos, había permanecido allí siete años, siete años durante los cuales olvidó enteramente a Morel. La carta, escrita con una letra fina y firme, decía así:

> *Mi querido amigo: Los caminos de la providencia son desconocidos. A veces se vale del defecto de un ser mediocre para impedir que caiga la supereminencia de un justo. Usted conoce a Morel, de dónde salió, a qué cima quise yo elevarle, es decir, a mi nivel. Usted sabe que él prefirió volver no al polvo y a la ceniza de donde cualquier hombre, es decir, el verdadero fénix puede renacer, sino al fango donde se arrastra la víbora. Se dejó caer, lo que me preservó a mí de descender. Usted sabe que en mis armas figura la misma divisa de nuestro Señor: Inculcabis super leonem et aspidem, con un hombre que tiene bajo sus pies, como soporte heráldico, un león y una sierpe. Ahora bien, si yo pude pisotear así al propio león que soy yo, fue gracias a la serpiente y a su prudencia, a la que hace un momento llamé, ligeramente, un defecto, pues la profunda sabiduría del Evangelio hace de ella una virtud, al menos una virtud para los demás. Nuestra serpiente de los silbidos en otro tiempo armoniosamente modulados, cuando había un encantador —muy encantado por lo demás—, no era sólo musical y reptilesca: llegaba hasta la cobardía esa virtud que hoy tengo por divina, la Prudencia. Fue esa divina prudencia la que le hizo resistir a las invitaciones que le envié para que volviera a verme, y no tendré yo paz en este mundo ni esperanza de perdón en el otro si no se lo confieso a usted. En esto fue él el instrumento de la Sabiduría*

*divina, pues yo estaba decidido, no saldría vivo de mi casa. Uno de los dos tenía que desaparecer. Estaba resuelto a matarle. Dios le aconsejó la prudencia para librarme de un crimen. Estoy seguro de que la intercesión del Arcángel Miguel, mi santo patrono, desempeñó en esto un gran papel y le suplicó que me perdone por haberle abandonado tanto durante muchos años y haber respondido tan mal a las innúmeras bondades que me ha demostrado, muy especialmente en mi lucha contra el mal. Debo a este Siervo de Dios, lo digo en la plenitud de mi fe y de mi inteligencia, que el Padre celestial inspirara a Morel que no viniera. Y ahora soy yo el que me muero.*

*Su devoto amigo, Semper idem,*

P. G. Charlus

Entonces comprendí el miedo de Morel; cierto que en esta carta había mucho de orgullo y de literatura. Pero la confesión era verdadera. Y Morel sabía mejor que yo que el «ribete casi de loco» que *madame* de Guermantes encontraba en su cuñado no se limitaba, como yo había creído hasta entonces, a aquellas momentáneas exteriorizaciones de rabia superficial e inoperante.

Pero hay que volver atrás. Bajo por los bulevares con *monsieur* de Charlus, que acaba de tomarme como una especie de intermediario para negociaciones de paz entre él y Morel. Al ver que no contesto: «Además, no sé por qué no toca; con el pretexto de la guerra, ya no se hace música, pero se baila, se come fuera de casa. Las fiestas cumplen lo que, si los alemanes siguen avanzando, será quizá los últimos días de nuestra Pompeya. Y esto será lo que le salve de la frivolidad. A poco que la lava de algún Vesubio alemán (sus cañones de marina no son menos terribles que un volcán) venga a sorprenderlas en su *toilette* y eternice su gesto interrumpiéndolo, los niños se instruirán pasado el tiempo mirando en los libros de clase ilustrados a *madame* Molé disponiéndose a ponerse una última capa de pintura antes de ir a comer a casa de una cuñada, o a Sosthènes de

Guermantes acabando de pintarse sus cejas falsas; será tema de clase para los futuros Brichot; pasados diez siglos sobre la frivolidad de una época, llega a ser materia de la más grave erudición, sobre todo si la ha conservado intacta una erupción volcánica o unas materias análogas a la lava proyectadas por bombardeo. ¡Qué documentos para la historia futura cuando unos gases asfixiantes análogos a los que emitía el Vesubio y unos derrumbamientos como los que enterraron Pompeya conserven intactas todas las últimas[21] imprudentes que todavía no han mandado para Bayonne sus cuadros y sus estatuas! Por otra parte, ¿no es ya, desde hace un año, cada noche, una Pompeya en fragmentos esas gentes que se refugian en los sótanos, y no para llevarse de ellos alguna vieja botella de *Mouton Rothschild o* de *Saint-Emilion,* sino para esconder con ellos lo más valioso que poseen, como los sacerdotes de Herculano sorprendidos por la muerte en el momento en que llevaban los vasos sagrados? Es siempre el apego al objeto lo que determina la muerte del poseedor. París no fue fundado, como Herculano, por Hércules. Pero ¡cuántas semejanzas resaltan! Y esta lucidez que nos es dada no es sólo de nuestra época, todas la han tenido. Así como yo pienso que podemos sufrir mañana la suerte de las ciudades del Vesubio, estas pensaban que las amenazaba la suerte de las ciudades malditas de la Biblia. En una casa de Pompeya se encontró esta reveladora inscripción: *Sodoma, Gomorra*».

No sé si fue este nombre de Sodoma y las ideas que despertó en él, o si fue la palabra «bombardeo», lo que hizo que *monsieur* de Charlus levantara un momento los ojos al cielo, pero en seguida los bajó de nuevo.

—Yo admiro a todos los héroes de esta guerra —dijo—. Mire, querido amigo, los soldados ingleses, a los que al principio de la guerra consideraba yo, con cierta ligereza, unos simples jugadores de fútbol lo bastante presuntuosos como para medirse con los profesionales —¡y qué profesionales!—, ya ve usted, nada más que estéticamente son ni más ni menos que unos atletas de Grecia, tal como se lo digo, de Grecia, querido amigo, son los mancebos de Platón, o más bien espartanos. Tengo un amigo que estuvo en Ruán, donde tienen su campamento, y ha visto maravillas, verdaderas maravillas de las que no tenemos ni idea. Ya no es Ruán, es otra

ciudad. Claro es que existe también el antiguo Ruán con los santos demacrados de la catedral. También esto es bello, desde luego, pero es otra cosa. ¡Y nuestros poilus[22]! No sé decirle el sabor que yo encuentro a nuestros *poilus*, a los pequeños *parigots*[23], mire, como ese que pasa, con su aire tan despabilado y tan gracioso. A veces los paro, entablo una pizca de conversación con ellos, ¡qué gracia, qué buen sentido! Y los provincianos, ¡qué divertidos, qué simpáticos, con su «r» arrastrada y su jerga de pueblo! Yo he vivido siempre mucho en el campo, he dormido en las casas de labranza, sé hablarles, pero nuestra admiración por los franceses no debe hacernos menospreciar a nuestros enemigos, sería rebajarnos nosotros mismos. Y no sabe usted qué soldado es el soldado alemán, no le ha visto como yo desfilar a paso de revista, al paso de la oca, *unter den Linden*. —Y volviendo al ideal de virilidad que me esbozara en Balbec y que con el tiempo había tomado en él una forma más filosófica, empleando, por otra parte, razonamientos absurdos, que a veces, hasta cuando acababa de mostrar su superioridad, dejaba ver la trama demasiado endeble del simple hombre del gran mundo, aunque hombre del gran mundo inteligente, añadió—: Mire, ese soberbio mocetón que es el soldado boche es un ser fuerte, sano, que no piensa más que en la grandeza de su país: *Deutschland über alles*, lo que no está tan mal, mientras que nosotros, mientras ellos se preparaban virilmente, nos hemos hundido en el diletantismo. —Esta palabra significaba probablemente para *monsieur* de Charlus algo así como literatura, pues en seguida, sin duda recordando que yo era aficionado a las letras y tuve en cierto momento la intención de dedicarme a ellas, me dio un golpecito en el hombro (aprovechando el ademán para apoyarse en mí, hasta hacerme tanto daño como en otro tiempo, cuando yo estaba haciendo el servicio militar, el retroceso del «76» contra el omóplato), me dijo para suavizar el reproche—: Sí, nos hemos hundido en el diletantismo, todos, usted también, recuérdelo, usted también puede decir como yo su mea culpa, hemos sido demasiado diletantes. —Por sorpresa ante el reproche, por falta de rapidez para la respuesta, por deferencia hacia mi interlocutor, por reacción afectuosa ante su amistosa bondad, le contesté como si, en efecto, yo también tuviera que darme golpes

de pecho, siguiendo su invitación, lo que era perfectamente estúpido, pues yo no tenía ni sombra de diletantismo que reprocharme—. Bueno —me dijo —, le dejo —el grupo al que había escoltado de lejos había acabado por abandonarnos—, me voy a la cama como un señor muy viejo, teniendo en cuenta, además, que la guerra ha cambiado, por lo visto, todas nuestras costumbres, uno de esos aforismos idiotas que tanto le gustan a Norpois.

Yo sabía que *monsieur* de Charlus, al volver a casa, no dejaba por eso de estar en medio de soldados, pues había transformado su hotel en hospital militar, cediendo, por otra parte, así lo creo, mucho más que a las necesidades de su imaginación, alas de su buen corazón.

Hacía una noche transparente, sin un soplo de brisa; yo me figuraba que el Sena, corriendo entre sus puentes circulares, formados por su estructura y por su reflejo, debía de parecer el Bósforo. Y la luna, símbolo quizá de aquella invasión que predecía el derrotismo de *monsieur* de Charlus, o bien de la cooperación de nuestros hermanos musulmanes con el Ejército de Francia, aquella luna delgada y curva como un cequí, parecía poner el cielo parisiense bajo el signo oriental de la media luna.

Sin embargo, por un momento aún, *monsieur* de Charlus, al despedirse, me apretó la mano hasta aplastármela, lo que es una particularidad alemana en las personas que sienten como el barón, y siguió unos instantes amasándomela, diría Cottard, como si *monsieur* de Charlus quisiera dar a mis articulaciones una agilidad que no habían perdido. En ciertos ciegos el tacto suple, hasta cierto punto, a la vista. En este caso, no sé muy bien qué sentido sustituía. Quizá pensaba que no hacía más que estrecharme la mano, como seguramente creía que no hacía más que ver a un senegalés que pasaba en la sombra y no se dignó darse cuenta de que era admirado. Pero en ambos casos el barón se equivocaba, pecaba por exceso de contacto y de mirada.

—¿No está ahí todo el Oriente de Decamps, de Fromentin, de Ingres, de Delacroix? —me dijo, inmovilizado todavía por el paso del senegalés—. Sabrá usted que a mí las cosas y las personas no me interesan nunca más que como pintor, como filósofo. Además, soy muy viejo. Pero ¡qué lástima que, para completar el cuadro, no sea uno de nosotros dos una odalisca!

Cuando el barón me dejó, lo que se me quedó en la imaginación no fue el Oriente de Decamps ni siquiera de Delacroix, sino el viejo Oriente de *Las mil Y una noches* que tanto me habían gustado, y, perdiéndome poco a poco en el laberinto de aquellas calles negras, pensaba en el califa Harun Al Rashid en busca de aventuras por los barrios perdidos de Bagdad. Por otra parte, el calor del tiempo y de la marcha me dio sed, pero desde hacía tiempo todos los bares estaba cerrados, y, por la penuria de gasolina, los pocos taxis que encontraba, conducidos por levantinos o por negros, ni siquiera se tomaban el trabajo de contestar a mis señas. El único sitio donde hubiera podido hacer que me sirvieran una bebida y recuperar fuerzas para volver a casa habría sido un hotel. Pero en la calle a que había llegado, bastante lejos del centro, todos los hoteles estaban cerrados desde que los *gothas* lanzaban sus bombas sobre París. Lo mismo ocurría en casi todas las tiendas, cuyos dueños, por falta de empleados o por miedo, habían huido al campo dejando en la puerta un aviso habitual escrito a mano y anunciando la reapertura para una época lejana y, por lo demás, problemática. Los otros establecimientos que habían podido sobrevivir anunciaban de la misma manera que no abrían más que dos veces por semana. Se notaba que la miseria, el abandono, el miedo habitaban todo aquel barrio. Por eso me sorprendió más ver que entre aquellas casas abandonadas había una donde la vida parecía haber vencido al miedo, a la quiebra, manteniendo la actividad y la riqueza. Detrás de los postigos cerrados de cada ventana, la luz, tamizada, obedeciendo las órdenes de la policía, revelaba, sin embargo, una completa despreocupación de la economía. Y a cada momento se abría la puerta para dejar entrar o salir a algún visitante. Era un hotel que (por el dinero que sus propietarios debían de ganar) provocaría, sin duda, la envidia de todos los comerciantes vecinos; también provocó mi curiosidad cuando, a unos quince metros de mí, es decir, demasiado lejos para que pudiera distinguirle en la profunda oscuridad, vi salir rápidamente a un militar.

Una cosa me impresionó, y no fue su cara, que yo no veía, ni su uniforme, disimulado en una gran hopalanda, sino la extraordinaria desproporción entre el número de puntos diferentes por donde pasó su cuerpo y los pocos segundos en que se realizó aquella salida, que parecía la

de un sitiado que intentara escapar. De modo que pensé, aunque no lo reconocí formalmente, no diré ni siquiera en el tipo, en la esbeltez, en el modo de andar ni en la rapidez de Saint-Loup, sino en la especie de ubicuidad que le era tan característica. El militar capaz de ocupar en el espacio tantas posiciones diferentes en tan poco tiempo desapareció, sin verme, en una calle transversal, y yo me quedé preguntándome si debía entrar o no en aquel hotel cuya modesta apariencia me hizo dudar mucho que fuera Saint-Loup el que había salido. Recordé involuntariamente que Saint-Loup había sido acusado injustamente de un asunto de espionaje porque se encontró su nombre en las cartas que llevaba encima un oficial alemán. La autoridad militar le hizo plena justicia. Pero yo, a mi pesar, relacioné aquel recuerdo con lo que estaba viendo. ¿Sería aquel hotel un lugar de citas para espías?

Ya hacía un momento que había desaparecido el oficial cuando vi entrar a simples soldados de varias armas, lo que reforzó mi suposición. Por otra parte, tenía muchísima sed. Era probable que allí me dieran de beber, y de paso, a pesar de mis temores, aproveché para intentar satisfacer mi curiosidad. Pero no pienso que fue la curiosidad de aquel encuentro lo que me decidió a subir la pequeña escalera de unos cuantos peldaños al final de la cual estaba abierta, seguramente por causa del calor, la puerta de una especie de vestíbulo. Al principio creí que no iba a poder satisfacer mi curiosidad, porque, desde la escalera donde yo estaba en la sombra, vi llegar a varias personas pidiendo una habitación, a las que contestaban que no había ninguna. Y era evidente que aquellas personas no tenían contra ellas nada más que no formar parte del nido de espionaje, pues en seguida llegó un marino y se apresuraron a darle el número 28. Pude ver sin que me vieran a algunos militares y a dos obreros charlando tranquilamente en una habitacioncita ahogada, pretenciosamente decorada con retratos femeninos en colores, recortados de revistas ilustradas.

Aquella gente charlaba tranquilamente, exponiendo ideas patrióticas:

—Qué quieres, haremos lo que los compañeros —decía uno.

—¡Ah! Claro que yo pienso que no me van a matar —contestaba, a unas palabras que yo no había oído, otro que, según pude comprender, se

incorporaba al día siguiente a un puesto peligroso—. No tendría ninguna gracia, a los veintidós años, y con sólo seis meses de servicio —exclamaba en un tono que expresaba, más aún que el deseo de vivir mucho tiempo, la conciencia de razonar exactamente, y como si el hecho de no tener más que veintidós años debiera darle más probabilidades de que no le mataran y fuera imposible que le mataran.

—En París es estupendo —decía otro—; nadie diría que hay guerra. Y tú, Julito, ¿sigues con la idea de enrolarte?

—Claro que me enrolo, tengo ganas de ir a pegarles un poco a todos esos cochinos *boches*.

—Pero Joffre es un hombre que se acuesta con las mujeres de los ministros, no es un hombre que ha hecho algo.

—Es triste oír estas cosas —dijo un aviador un poco mayor, y, dirigiéndose al obrero que acababa de contar aquello—: Le aconsejo que no hable así en primera línea, los *poilus* le despacharían rápido.

La trivialidad de las conversaciones no me animaba mucho a seguir escuchando, y me disponía a entrar o a volver a bajar cuando me sacaron de mi indiferencia estas palabras que me hicieron estremecerme:

—¡Estupendo! El patrón no vuelve. Claro, no sé dónde iba a encontrar cadenas a estas horas.

—Pues el otro ya está atado.

—Está atado, desde luego, lo está y no lo está; si yo estuviera atado así podría desatarme.

—Pero el candado está cerrado.

—Claro que está cerrado, pero en realidad se puede abrir. Lo que pasa es que las cadenas no son bastante largas. No me vas a explicar a mí lo que es eso; le he atizado ayer toda la noche; la sangre me corría por las manos.

—¿También te toca a ti esta noche?

—No, a mí no. Le toca a Mauricio. Pero me tocará el domingo; me lo ha prometido el patrón.

Ahora comprendí por qué se necesitaban brazos fuertes de marino. Si habían rechazado a unos tranquilos burgueses, aquel hotel no era sólo un nido de espías. Allí se iba a cometer un crimen atroz si no se llegaba a

tiempo para descubrirlo y hacer detener a los culpables. Sin embargo, todo aquello conservaba, en aquella noche tranquila y amenazada, una apariencia de sueño, de cuento, y con un orgullo de justiciero y una voluptuosidad de poeta entré deliberadamente en el hotel.

Me llevé ligeramente la mano al sombrero y las personas presentes, sin moverse, contestaron con más o menos cortesía a mi saludo.

—¿Podrían decirme a quién debo dirigirme? Quisiera que me dieran una habitación y me subieran algo de beber.

—Espere un momento, el patrón ha salido.

—Pero arriba está el encargado —insinuó uno de los conversadores.

—Pero ya sabes que no se le puede molestar.

—¿Cree usted que me darán una habitación?

—Creo que sí.

—El 43 debe de estar libre —dijo el joven que estaba seguro de que no le iban a matar porque tenía veintidós años. Y se corrió un poco en el sofá para hacerme sitio.

—Si abriéramos un poco la ventana, ¡hay un humo aquí! —dijo el aviador, y, en efecto, todos tenían su pipa o su cigarrillo.

—Sí, pero entonces hay que cerrar primero los postigos, ya sabe usted que está prohibida la luz por causa de los zepelines.

—Ya no vendrán zepelines. Los periódicos han dicho que los han echado todos abajo.

—¡Ya no vendrán, ya no vendrán!, ¿qué sabes tú? Cuando tengas como yo quince meses de frente y hayas echado abajo tu quinto avión *boche*, podrás hablar. Los periódicos no dicen más que mentiras. Ayer volaron sobre Compiègne y mataron a una madre de familia con sus dos hijos.

—¡A una madre de familia con sus dos hijos! —exclamó con ojos ardientes y un gesto de profunda compasión el mozo que creía que no le iban a matar y que, por lo demás, tenía una cara enérgica, franca y muy simpática.

—No hay noticias de Julito. Su madrina no ha recibido carta desde hace ocho días, y es la primera vez que pasa tanto tiempo sin escribir.

—¿Quién es su madrina?

—Es la señora que tiene el retrete público un poco más abajo del Olimpia.

—¿Se acuestan juntos?

—¡Qué cosas dices! Es una mujer casada, de lo más seria. Le manda dinero todas las semanas porque tiene buen corazón. ¡Es una mujer magnífica!

—¿Le conoces tú, a Julito?

—¡Que si le conozco! —contestó con calor el mozo de veintidós años —. Es uno de mis mejores amigos. A pocos estimo como a él, y buen compañero, siempre dispuesto a hacer un favor. ¡Buena desgracia sería si le hubiera ocurrido algo!

Alguien propuso una partida de dados, y por la prisa febril con que el joven de veintidós años movía los dados y gritaba los resultados, con los ojos fuera de las órbitas, se veía fácilmente que tenía temperamento de jugador. No sé muy bien lo que luego le dijo uno, pero exclamó en un tono de profunda piedad:

—¡Julito un chulo! Bueno, él dice que es un chulo. No. ¡Es incapaz de serlo! Yo le he visto pagar a su mujer, sí, pagarla. Bueno, yo no digo que Juana la argelina no le diera algo, pero no le daba más de cinco francos, una mujer que estaba en una casa, que ganaba más de cincuenta francos diarios. ¡Coger cinco francos! Bien tonto tiene que ser un hombre, y ahora que él está en el frente, ella tiene mucho trabajo, lo reconozco, pero gana lo que quiere, y no le manda un céntimo. ¡Julito un chulo! Por esa cuenta hay muchos que se pueden llamar chulos. No sólo no es un chulo, sino que para mí es hasta un imbécil.

El mayor de la pandilla, y al que el patrón había encargado al parecer, por su edad, de mantener ciertas formas, había ido un momento al retrete y no oyó más que el final de la conversación. Pero me miró, visiblemente contrariado por el efecto que había debido de producirme. Sin dirigirse especialmente al joven de veintidós años, que era el que acababa de exponer aquella teoría del amor venal, dijo generalizando:

—Habláis demasiado y demasiado alto; la ventana está abierta y a esta hora hay personas que están durmiendo. Sabéis muy bien que si el patrón

entrara y os oyera hablar así, no le gustaría nada.

Precisamente en este momento se oyó abrir la puerta y todos se callaron creyendo que era el patrón, pero no era más que un chófer extranjero al que todo el mundo hizo una gran acogida. Pero el mozo de veintidós años, al ver una soberbia cadena de reloj que el chófer exhibía sobre su chaqueta, le lanzó una mirada interrogadora y maliciosa, frunciendo luego el entrecejo y dirigiéndome a mí un guiño severo. Comprendí que la primera mirada quería decir: «¿Qué es eso, la has robado? Te felicito». Y la segunda: «No digas nada, porque a ese tipo no le conocemos». De pronto entró el patrón sudando, cargado con varios metros de gruesas cadenas de hierro con las que se podía atar a varios forzados, y dijo:

—¡Menudo peso llevo! Si no fuerais tan holgazanes, no tendría que ir yo mismo.

Le dije que deseaba una habitación.

—Sólo por unas horas. No he encontrado coche y estoy un poco malo. Pero quisiera que me subieran algo de beber.

—Perico, vete a la bodega a buscar grosella y di que preparen el número 43. ¡Otra vez llama el 7! Dicen que están malos. ¡Malos, malos!, son gente que toma *coco*[24]; parecen medio locos; hay que echarlos a la calle. ¿Han puesto sábanas en la 22? ¡Bueno, otra vez el 7; vete a ver qué pasa! Vamos, Mauricio, ¿qué haces ahí? Sabes que te están esperando; sube al 14 bis. ¡Ligero!

Y Mauricio salió rápidamente, siguiendo al patrón, que, un poco fastidiado de que yo hubiera visto las cadenas, desapareció llevándoselas.

—¿Cómo vienes tan tarde? —preguntó el joven de veintidós años al chófer.

—Cómo tan tarde; si llego con una hora de anticipación. Pero da mucho calor andar. No tengo cita hasta las doce.

—¿Por quién vienes?

—Por Pamela la fascinadora —dijo el chófer oriental, que, al reírse, descubrió unos dientes muy bonitos y muy blancos.

—¡Ah! —exclamó el mozo de veintidós años.

No tardaron en hacerme subir a la habitación 43, pero la atmósfera era tan desagradable y mi curiosidad tan grande que, después de beber el refresco de grosella, bajé de nuevo la escalera y luego, cambiando de idea, la volví a subir y, rebasando el piso de la 43, llegué hasta arriba. De pronto, de una habitación que estaba aislada al final de un pasillo, me pareció que salían unos gemidos abogados. Me dirigí rápidamente en aquella dirección y apliqué el oído a la puerta.

—¡Te lo suplico, perdón, perdón, piedad, desátame, no me pegues tan fuerte! —decía una voz—. Te beso los pies, me humillo, no lo volveré a hacer. Ten compasión.

—¡No, sinvergüenza —replicó otra voz—, y como chillas y te arrastras de rodillas, te vamos a amarrar sobre la cama, nada de compasión! —y oí el ruido de unas disciplinas, probablemente con clavos, pues siguieron unos gritos de dolor. Entonces me di cuenta de que en aquella habitación había un tragaluz en el que habían olvidado correr la cortina; caminando callandito en la sombra llegué hasta el tragaluz, y, encadenado sobre un lecho como Prometeo sobre su roca, recibiendo los golpes de unas disciplinas (con clavos, en efecto) que le infligía Mauricio, vi, ante mí, ensangrentado y cubierto de equimosis, demostrativas de que no era la primera vez de este suplicio, a *monsieur* de Charlus.

De pronto se abrió la puerta y entró alguien que, afortunadamente, no me vio: era Jupien. Se acercó al barón con gesto respetuoso y una sonrisa de inteligencia.

—Bueno, ¿no me necesita?

El barón pidió a Jupien que hiciera salir un momento a Mauricio. Jupien le echó con la mayor desenvoltura.

—¿No pueden oírnos? —dijo el barón a Jupien, que le contestó que no. El barón sabía que Jupien, inteligente como un hombre de letras, no tenía en absoluto espíritu práctico, hablaba siempre ante los interesados con medias palabras que no engañaban a nadie y con apodos que todo el mundo conocía.

—Un momento —interrumpió Jupien, que había oído sonar una campanilla en la habitación número 3.

Era un diputado de Acción Liberal que salía. Jupien no tenía necesidad de ver el cuadro, pues conocía su campanillazo; el diputado iba allí todos los días después de almorzar. Aquella vez había tenido que cambiar la hora, pues al mediodía había casado a su hija en Saint-Pierre-de-Chaillot. Por eso fue por la noche, pero tenía que marcharse temprano por, su mujer, que se preocupaba cuando volvía tarde, sobre todo en aquel tiempo de bombardeos. Jupien quería acompañarle a la salida por deferencia a la calidad de honorable, pero sin ningún interés personal. Pues aunque aquel diputado, que repudiaba las exageraciones de *L'Action Française* (de todos modos era incapaz de entender una línea de Charles Maurras o de Léon Daudet), estaba bien con los ministros, halagados porque les invitaba a sus cacerías, Jupien no se habría atrevido a pedirle el menor apoyo en sus problemas con la policía. Sabía que, si se arriesgara a hablar de esto al legislador afortunado y cobarde, no evitaría con ello la más inofensiva inspección policíaca y, en cambio, perdería instantáneamente al más generoso de sus clientes. Después de acompañar hasta la puerta al diputado, que se había bajado el sombrero hasta los ojos y alzado el cuello, y que, deslizándose rápidamente como lo hacía en sus programas electorales, creía esconder la cara, Jupien volvió a subir a donde estaba *monsieur* de Charlus y le dijo: «Era *monsieur* Eugenio». En la casa de Jupien, como en las casas de salud, llamaban a las personas sólo por el nombre de pila, aunque al cliente asiduo, fuera por satisfacer su curiosidad o por aumentar el prestigio de la casa, le dijeran al oído el apellido verdadero. Sin embargo, Jupien ignoraba a veces la verdadera personalidad de sus clientes, se imaginaba y decía que tal era bolsista, tal noble, tal artista, errores pasajeros y encantadores para los erróneamente nombrados, y acababa por resignarse a ignorar siempre quién era *monsieur* Víctor. Y Jupien, por dar gusto al barón, tenía la costumbre de hacer lo contrario de lo que habitualmente se hace en ciertas reuniones. «Le voy a presentar a *monsieur* Lebrun» (al oído: «Él da ese nombre de *monsieur* Lebrun, pero en realidad es el gran duque de Rusia»). A la inversa, Jupien se daba cuenta de que para *monsieur* de Charlus no era aún bastante presentarle un mozo de lechería. Y murmuraba guiñando el ojo: «Es mozo de lechería, pero en el fondo es, sobre todo, uno

de los apaches más peligrosos de Belleville». (Había que ver el tono picaresco con que Jupien decía «apache»). Y como si no bastaran estas referencias, procuraba añadir algunos «méritos»: «Ha sido condenado varias veces por robo y atraco de casas de campo, ha estado en Fresnes por haberse peleado —el mismo tono picaresco— con transeúntes a los que ha dejado medio muertos y ha estado en el *bat d'Af*[24a]. Mató a su sargento».

Al barón le molestaba un poco Jupien, pues sabía que en aquella casa que su factótum había comprado por encargo suyo para que la dirigiera un subordinado, todo el mundo, por las torpezas del tío de *mademoiselle* d'Oloron, conocía más o menos su personalidad y su nombre (sólo que muchos creían que era un sobrenombre y, pronunciándolo mal, lo habían deformado, de suerte que la salvaguarda del barón fue la propia estupidez de aquellos y no la discreción de Jupien). Pero a *monsieur* de Charlus le parecía más sencillo dejarse tranquilizar por las seguridades de Jupien, y, creyendo que no podían oírlos, le dijo:

—No quería hablar delante de ese chiquito, que es muy simpático y hace lo que puede, pero no le encuentro bastante brutal. Su cara me gusta, pero me llama sinvergüenza como si fuera una lección aprendida.

—¡Oh, no!, nadie le ha dicho nada —contestó Jupien sin darse cuenta de la inverosimilitud de esta afirmación—. Además, estuvo comprometido en la muerte de una portera de la Villette.

—¡Ah!, eso es bastante interesante —dijo sonriendo el barón.

—Pero precisamente tengo aquí al matarife, al hombre de los mataderos que se le parece; ha venido por casualidad. ¿Quiere probarle?

—¡Ah, sí!, ya lo creo.

Vi entrar al hombre de los mataderos, que, en efecto, se parecía un poco a «Mauricio», pero lo más curioso es que los dos tenían algo de un tipo que yo no había definido nunca, pero que me di perfecta cuenta de que existía en la cara de Morel; tenían cierto parecido, si no con Morel tal como yo le había visto, al menos con cierto rostro que unos ojos que vieran a Morel de manera distinta a como le viera yo podían componer con sus rasgos. Y cuando yo formé interiormente, con rasgos tomados de mis recuerdos de Morel, aquella maqueta de lo que podía representar para otro, me di cuenta

de que aquellos dos jóvenes, uno de los cuales era un dependiente de joyería y otro un empleado de hotel, eran vagos sucedáneos de Morel. ¿Había que deducir de esto que *monsieur* de Charlus, al menos en cierta forma de sus amores, seguía siendo fiel a un mismo tipo y que el deseo que le hizo elegir uno tras otro a aquellos dos jóvenes era el mismo que le hiciera parar a Morel en el andén de la estación de Doncieres; que los tres se parecían un poco al efebo cuya forma, tallada en el zafiro que eran los ojos de *monsieur* de Charlus, daba a su mirada ese algo tan particular que me asustó el primer día en Balbec? ¿O que su amor por Morel modificó el tipo que buscaba y, para consolarse de su ausencia, buscaba ahora hombres que se le pareciesen? Hice otra suposición: que acaso entre Morel y *monsieur* de Charlus no habían existido, a pesar de las apariencias, sino relaciones de amistad y el barón hacía ir a casa de Jupien a unos jóvenes que se pareciesen a Morel lo suficiente para que pudieran darle la ilusión de que gozaba con él. Verdad es que, pensando en todo lo que *monsieur* de Charlus hizo por Morel, esta suposición parecería poco probable si no supiéramos que el amor nos lleva no sólo a los mayores sacrificios por el ser amado, sino a veces hasta el sacrificio de nuestro deseo mismo, que por otra parte se satisface tanto menos fácilmente cuando el ser amado se da cuenta de que amamos más. Lo que quita también a esta suposición la inverosimilitud de que, a primera vista, parece adolecer (y aunque sin duda no corresponde a la realidad) radica en el temperamento nervioso, en el carácter profundamente apasionado de *monsieur* de Charlus, semejante en esto al de Saint-Loup, y que, al principio de sus relaciones con Morel, debió de desempeñar el mismo papel, en más decente, y negativo, que en los comienzos de las relaciones de su sobrino con Raquel. Las relaciones con una mujer amada (y esto puede extenderse al amor por un joven) pueden ser platónicas por una razón ajena a la virtud de la mujer o a la naturaleza poco sensual del amor que esta inspira. Esta razón puede ser que el enamorado, demasiado impaciente, no sepa, por el exceso mismo de su amor, esperar con una simulación suficiente de indiferencia el momento en que logrará lo que desee. Vuelve continuamente a la carga, no cesa de escribir a la mujer amada, intenta a cada momento verla, ella le rechaza, él se desespera.

Entonces ella comprende que si le concede su compañía, su amistad, estos bienes parecerán ya tan considerables al que los creyó inasequibles, que la mujer puede evitarse el dar más, y aprovechar un momento en que el hombre no pueda pasar sin verla, en que quiera, cueste lo que cueste, terminar la guerra, imponiéndole una paz cuya primera condición será el platonismo de las relaciones. Por otra parte, durante todo el tiempo que ha precedido a este pacto, el enamorado, siempre ansioso, siempre a la espera afanosa de una carta, de una mirada, ha dejado de pensar en la posesión física cuyo deseo le atormentó primero, pero que se gastó en la espera y ha cedido el sitio a unas necesidades de otro orden, por otra parte más doloroso si no se satisfacen. Entonces el placer que el primer día se esperaba de las caricias, se recibe más tarde, muy desnaturalizado, en forma de palabras amistosas, de promesas de presencia que después de los efectos de la incertidumbre, a veces simplemente después de una mirada cernida por todas las nieblas de la frialdad y que rechaza tan lejos a la persona que se cree no volver a ver nunca, determinan deliciosos alivios. Las mujeres adivinan todo esto y saben que pueden permitirse el lujo de no darse jamás a aquellos en quienes notan, si han estado demasiado nerviosos para ocultárselo los primeros días, el incurable deseo que de ellas sienten. La mujer que, sin dar nada, recibe mucho más de lo habitual cuando se da, es muy afortunada. Los grandes nerviosos creen así en la virtud de su ídolo. Y la aureola de que la rodean es, por tanto, un producto de su excesivo amor, pero, como se ve, un producto muy indirecto. Entonces existe en la mujer lo que existe en estado inconsciente en los medicamentos disfrazados sin saberlo, como son los soporíferos, la morfina. No son aquellos a quienes procuran el placer del sueño o un verdadero bienestar los que los necesitan; no son estos los que los comprarían a precio de oro, a cambio de todo lo que el enfermo posee: son otros enfermos (por lo demás acaso los mismos, pero que, pasados unos años, ya son otros) a quienes el medicamento no hace dormir, a quienes no causa ninguna voluptuosidad, pero que, mientras no lo tienen, son presa de una agitación que quieren suprimir a todo trance, así fuera a costa de la vida.

En cuanto a *monsieur* de Charlus, cuyo caso entra al fin y al cabo, con la ligera diferenciación debida a la similitud del sexo, en las leyes generales del amor, por más que perteneciera a una familia más antigua que los Capetos, por más que fuera rico, por más que le buscara en vano una sociedad elegante, y que Morel no fuera nada, por más que le dijera a este, como me dijo a mí mismo: «Yo soy príncipe, quiero su bien», a pesar de todo esto era Morel el que mandaba si no quería rendirse. Y para que no quisiera rendirse, quizá bastaba que se sintiera amado. La repulsión que los grandes sienten por los *snobs* que quieren a todo trance tratarse con ellos la siente el hombre viril por el invertido, la mujer por cualquier hombre demasiado enamorado. *Monsieur* de Charlus no sólo tenía todas las ventajas, sino que se las hubiera propuesto inmensas a Morel. Pero es posible que todo esto se estrellara contra una voluntad. En este caso de *monsieur* de Charlus ocurriría como con esos alemanes, a los que pertenecía por lo demás por sus orígenes, que, en la guerra de aquel momento, eran sin duda vencedores en todos los frentes, como el barón repetía un poco excesivamente de buen grado. Mas ¿de qué les servía su victoria, puesto que, después de cada una, encontraban a los Aliados resueltos a negarles lo único que ellos, los alemanes, desearían obtener: la paz y la reconciliación? Así entraba Napoleón en Rusia pidiendo magnánimamente a las autoridades que se acercaran a él. Pero nadie se presentaba.

Bajé y volví a entrar en la pequeña antesala donde Mauricio, sin saber si volverían a llamarle y a quien había mandado Jupien que esperara por si acaso, estaba jugando una partida de cartas con un compañero. Los asistentes estaban muy preocupados por una cruz de guerra que se había encontrado en el suelo y no se sabía quién la había perdido, a quién devolverla para evitar al titular un castigo. Después hablaron de la bondad de un oficial que se había dejado matar por salvar a su ordenanza. «Después de todo hay gente buena entre los ricos. Yo me dejaría matar con gusto por un tipo como ese», dijo Mauricio, que, evidentemente, no ejecutaba sus terribles flagelaciones contra el barón más que por un hábito mecánico, por los efectos de una educación descuidada, por la necesidad de dinero y por cierta inclinación a ganarlo de una manera que pasaba por ser menos

costosa que el trabajo y lo era quizá más. Pero, como temía *monsieur* de Charlus, acaso era un buen corazón y, al parecer, un mozo de una admirable valentía. Casi tenía lágrimas en los ojos al hablar de la muerte de aquel oficial, y el joven de veintidós años no estaba menos emocionado.

—¡Ah, sí!, son unos tipos muy majos. Unos infelices como nosotros no tenemos gran cosa que perder, pero un señor que tiene montones de criados, que puede ir a tomar su piscolabis todos los días a las seis, eso sí que es bueno. Ya podemos pitorrearnos, pero cuando se ve morir a un tipo así, se siente un no sé qué. Dios no debía permitir que se mueran ricos como esos; además, son muy útiles para el obrero.

Aunque sólo sea por una muerte como esa, habrá que matar a todos los *boches* hasta que no quede uno. ¡Y lo que han hecho en Lovaina, y cortarles las manos a unas criaturitas! No, yo no sé, yo no soy mejor que otro cualquiera, pero primero me dejo meter una bala en la chola que obedecer a unos bárbaros como esos; porque esos no son hombres, son unos verdaderos salvajes, no me vas a decir lo contrario.

Después de todo, aquellos mozos eran unos patriotas. Sólo uno, ligeramente herido en el brazo, no estuvo a la altura de los demás, pues, como tenía que volver a incorporarse pronto, dijo:

—¡Diablo, esta no ha sido una herida de las buenas! —la que sirve para que declaren inútil a un soldado, como *madame* Swann decía en otro tiempo: «Me las he arreglado para pescar la dichosa *influenza*».

Se abrió la puerta y entró el chófer que había salido un momento a tomar el aire.

—¿Es que ya se acabó? Pues no ha durado mucho —dijo al ver a Mauricio, al que creía zumbando aún a aquel señor que, por alusión a un periódico que se publicaba en aquella época, apodaban «el hombre encadenado».

—No ha durado mucho para ti, que te has ido a tomar el aire —contestó Mauricio, molesto porque notaran que no había complacido arriba—. Pero si tú tuvieras que sacudir a brazo suelto como yo con este calor… Si no fuera por los cincuenta francos que me da…

—Y, además, es un hombre que habla bien; se ve que sabe mucho. ¿Dice que esto acabará pronto?

—Dice que no se podrá con ellos, que la cosa acabará sin que gane nadie.

—¡Recristo, pero entonces es un *boche*!

—Ya os he dicho que hablabais demasiado alto —dijo el más viejo a los otros al verme—. ¿Ha terminado usted con la habitación?

—¡A ver si te callas; tú no eres aquí el amo!

—Sí, ya he terminado; venía a pagar.

—Es mejor que le pague al patrón. Mauricio, vete a buscarle.

—Pero yo no quiero molestarle a usted.

—No es molestia.

Mauricio subió y volvió diciéndome:

—Ahora baja el patrón. —Le di dos francos por la molestia. Enrojeció de alegría—. ¡Ah, muchas gracias! Se los mandaré a mi hermano que está prisionero. No, no lo pasa muy mal. Depende mucho de los campos.

Mientras tanto, dos clientes muy elegantes, de frac y corbata blanca debajo de los abrigos —por el acento, muy ligero, me parecieron rusos—, estaban parados en el umbral deliberando si debían entrar. Se veía que era la primera vez que acudían allí, seguramente les indicaron el lugar, y parecían vacilar entre el deseo, la tentación y un miedo tremendo. Uno de ellos —un joven muy guapo— repetía al otro cada dos minutos con una sonrisa medio interrogadora, medio destinada a convencer: «¡Bueno, y qué! Después de todo, ¿qué nos importa?». Pero aunque quisiera decir que después de todo no les importaban las consecuencias, es probable que sí les importaran, pues aquellas palabras no eran seguidas de ningún movimiento para entrar, sino de una nueva mirada al otro, de la misma sonrisa y del mismo *después de todo qué nos importa*. Este *después de todo qué nos importa* era un ejemplo entre mil de aquel magnífico lenguaje, tan diferente del que habitualmente hablamos y en el que la emoción desvía lo que queríamos decir y pone en su lugar una frase muy diferente, emergida de un lago desconocido en el que viven esas expresiones sin relación con el pensamiento y que por eso mismo le revelan. Recuerdo que una vez Albertina, como Francisca entrara

sin que la hubiéramos oído, en un momento en que mi amiga estaba pegada a mí toda desnuda, dijo sin pensar queriendo avisarme: «Mira, aquí tenemos a la guapa Francisca». Francisca, que ya no veía muy bien y atravesaba la habitación bastante lejos de nosotros, seguramente no se hubiera dado cuenta de nada. Pero aquellas palabras tan anormales de «la guapa Francisca», que Albertina no había pronunciado jamás, demostraron por sí mismas su origen; Francisca las notó elegidas al azar por la emoción, no necesitó mirar nada para verlo todo y se fue murmurando en su dialecto la palabra «*poutana*». Otra vez, pasado mucho tiempo, cuando Bloch era ya padre de familia y con una hija casada con un católico, un señor mal educado le dijo a esta que le parecía haber oído decir que era hija de un judío y le preguntó el nombre. La mujer, que había sido *mademoiselle* Bloch desde su nacimiento, contestó, pronunciando a la alemana como lo hubiera hecho el duque de Guermantes, que se llamaba «Bloch» (pronunciando la *ch* no como una *c* o una *k*, sino como la *ch* germánica).

Volviendo a la escena del hotel (en el que los dos rusos se habían decidido a entrar: «después de todo, qué nos importa»), no había regresado aún el patrón cuando volvió Jupien a quejarse de que se hablaba demasiado alto y los vecinos protestarían. Pero se quedó pasmado al verme.

—Salid todos.

Todos se levantaban ya cuando le dije:

—Será mejor que estos jóvenes se queden aquí y que yo me vaya con usted un momento fuera.

Me siguió muy azorado. Le expliqué por qué había entrado allí. Había clientes que preguntaban al patrón si no podía proporcionarles un criado, un monaguillo, un chófer negro. A aquellos viejos locos les interesaban todas las profesiones, en la tropa todas las armas, y los aliados de todas las naciones. Algunos reclamaban sobre todo canadienses, quizá bajo el encanto, a su pesar, de un acento tan ligero que no se sabe si es de la vieja Francia o de Inglaterra. Los escoceses eran muy buscados, por su faldita y porque a tales deseos se suelen asociar ciertos sueños lacustres. Y como en toda locura ponen las circunstancias ciertos rasgos particulares, eso si no la agravan, un viejo que seguramente había satisfecho ya todas sus

curiosidades preguntaba con insistencia si no le podrían poner en comunicación con un mutilado. Se oyeron en la escalera unos pasos lentos. Por una indiscreción muy propia de su índole, Jupien no pudo menos de decirme que era el barón que bajaba, que había que evitar a todo trance que me viera, pero que si yo quería entrar en la habitación contigua al vestíbulo donde estaban los jóvenes, él abriría el montante, truco que había inventado para que el barón pudiera ver y oír sin ser visto, y que, decía, ahora se aplicaría a favor mío y en contra de él. «Pero no se mueva». Y después de meterme en la oscuridad, me dejó. De todos modos no tenía otra habitación que darme, pues, a pesar de la guerra, su hotel estaba lleno. La que yo acababa de dejar la había tomado el vizconde de Courvoisier, que había podido dejar la Cruz Roja de XXX por dos días y había hecho una escapada para expansionarse una hora en París antes de ir a reunirse en el castillo de Courvoisier con la vizcondesa, a la que diría que no había podido tomar el tren correspondiente. No sospechaba que *monsieur* de Charlus estaba a unos metros de él, y tampoco lo sospechaba este, pues nunca había encontrado a su primo en casa de Jupien, el cual ignoraba la personalidad del vizconde, cuidadosamente disimulada.

Y, en efecto, en seguida entró el barón, andando con bastante dificultad por causa de las heridas, aunque seguramente estaba acostumbrado a ellas. Aunque su sesión de placer había terminado ya y sólo entraba para dar a Mauricio el dinero que le debía, dirigía a todos aquellos jóvenes reunidos una mirada circular tierna y curiosa y se proponía gozar con cada uno el placer de una despedida perfectamente platónica pero amorosamente prolongada. Volví a ver en él, en toda la vivaz frivolidad bien demostrada ante aquel harén que parecía casi intimidarle, aquellos movimientos de cintura y de cabeza y aquellas miraditas que me impresionaron la noche de su primera entrada en la Raspeliere, unas gracias heredadas de alguna abuela que yo no había conocido, y que, en su vida ordinaria, disimulaba bajo expresiones más viriles, pero que, en ciertas circunstancias en que quería agradar a un medio inferior, hacían asomar coquetonamente a su cara y a sus gestos el deseo de parecer una gran dama.

Jupien los había recomendado a la benevolencia del barón jurándole que todos ellos eran *barbeaux*[25] de Belleville y que, por un luis, funcionarían con su propia hermana.

Jupien mentía y a la vez decía la verdad. Mejores, más sensibles de lo que él decía al barón, aquellos hombres no pertenecían a una raza salvaje. Pero los que así lo creían les hablaban, sin embargo, con la mayor buena fe, como si aquellos tipos hubiesen de tener la misma. Ya puede un sádico creerse con un asesino, que su alma pura, su alma de sádico, no cambia por eso, y se queda estupefacto ante la mentira de esas gentes, que no tienen nada de asesinos, pero que desean ganar fácilmente unos cuartos, y cuyo padre, cuya madre o cuya hermana resucitan y vuelven a morirse alternativamente, porque se cortan en la conversación que tienen con el cliente al que quieren dar gusto. El cliente, en su ingenuidad, se queda pasmado, pues, con su arbitrario concepto del chulo, y entusiasmado con los numerosos asesinatos de que le cree capaz, se desconcierta ante una contradicción y una mentira que sorprende en sus palabras.

Todos parecían conocerle, y *monsieur* de Charlus se detenía mucho tiempo con cada uno, hablándoles en lo que él creía su lenguaje, a la vez por una pretenciosa afectación de color local y por un placer sádico de mezclarse en una vida crapulosa.

—Oye, tú, es un asco, te he visto delante del Olimpia con dos cajas de cartón. Eso es para que te den el dinero. De esa manera me engañas.

Afortunadamente para el mozo a quien se dirigía esta frase, no tuvo tiempo de declarar que nunca aceptaría dinero de una mujer, lo que habría amortiguado la excitación de *monsieur* de Charlus, y reservó su protesta para el final de la frase diciendo: «No, yo no le engaño».

Estas palabras causaron a *monsieur* de Charlus un vivo placer, y como, sin él quererlo, el tipo de inteligencia que le caracterizaba por naturaleza brotaba a través del que él simulaba, se volvió hacia Jupien:

—Es simpático que me diga eso. ¡Y qué bien lo dice! Lo dice como si fuera verdad. Después de todo, ¿qué más da que sea verdad o no si consigue hacérmelo creer? ¡Qué ojitos más bonitos tiene! Mira, te voy a dar dos

buenos besos por la molestia, chiquito. Pensarás en mí en las trincheras. ¿No es demasiado duro?

—¡Caray, hay días, cuando le pasa a uno al lado una granada!… —Y el mozo se puso a imitar el ruido de la granada, de los aviones, etc.—. Pero no hay más remedio que hacer como los demás, y puede estar usted seguro de que llegaremos hasta el final.

—¡Hasta el final! ¡Cualquiera sabe hasta qué final! —dijo melancólicamente el barón, que era «pesimista».

—Ya ve que Sarah Bernhardt lo ha dicho en los periódicos: Francia irá hasta el final. Los franceses se harán matar hasta el último.

—Yo no dudo ni por un momento que los franceses se hagan matar valientemente hasta el último —dijo *monsieur* de Charlus como si fuera la cosa más sencilla del mundo, y aunque él, por su parte, no tuviera intención de hacer nada, pero pensando corregir con aquello la impresión de pacifismo que daba cuando se dejaba llevar—. Yo no lo dudo, pero sí me pregunto hasta qué punto puede *madame* Sarah Bernhardt hablar en nombre de Francia… ¡Ah!, me parece que no conozco a ese delicioso joven —añadió reparando en otro mozo al que no había reconocido o al que quizá no había visto nunca. Le saludó como hubiera saludado a un príncipe en Versalles, y, aprovechando la ocasión de tener un placer suplementario y gratuito (como cuando yo era pequeño y mi madre iba a hacer un pedido a la casa Boissier o a la casa Gouache, cogía un caramelo, ofrecido por una de las señoras del mostrador, de uno de los recipientes de vidrio entre los que reinaban), cogió la mano del encantador mozo y apretándosela mucho tiempo, a la prusiana, clavándole los ojos sonriendo durante el tiempo interminable que ponían antaño los fotógrafos para retratarnos cuando la luz era mala—: *Monsieur*, estoy encantado de conocerle. Tiene un pelo muy bonito —dijo dirigiéndose a Jupien. Luego se acercó a Mauricio para entregarle sus cincuenta francos, pero, abrazándole previamente por la cintura, le dijo—: No me habías dicho nunca que habías apuñalado a una portera de Belleville.

Y *monsieur* de Charlus jadeaba extasiado acercando su cara a la de Mauricio.

—¡Oh, señor barón! —exclamó el chulo, al que habían olvidado advertir—, ¿cómo puede usted creer semejante cosa? —Bien porque el hecho fuera en efecto falso, o porque, siendo cierto, a su autor le pareciera sin embargo abominable y de los que convenía negar, insistió—: ¿Tocar yo a un semejante? A un *boche*, sí, porque estamos en guerra, ¡pero a una mujer, y encima una mujer vieja!

Esta declaración de principios virtuosos le hizo al barón el efecto de una ducha fría; se alejó secamente de Mauricio, entregándole, desde luego, su dinero, pero en la actitud de despecho de quien ha sido engañado, que no quiere crear problemas y paga, pero no está contento. La mala impresión del barón fue aún mayor por la manera con que el beneficiario le dio las gracias, pues le dijo:

—Voy a mandar esto a mis viejos y guardaré también un poco para mi hermano, que está en el frente.

Estos sentimientos tiernos decepcionaron a *monsieur* de Charlus casi tanto como le molestó la manera de expresarlos, de un aldeanismo un poco convencional. Jupien les advertía a veces que tenían que ser más perversos. Entonces uno de ellos, como quien confiesa una cosa satánica, aventuraba: «Mire, barón, no me creerá, pero cuando yo era un crío miraba por el ojo de la cerradura cómo se besaban mis padres. ¿Verdad que es vicioso? Usted creerá que es un cuento, pero no, le juro que es tal como se lo digo». Y *monsieur* de Charlus estaba a la vez desesperado y exasperado por aquel esfuerzo ficticio de perversidad que no revelaba más que tontería e inocencia. Y ni siquiera el ladrón, el asesino más decidido le hubiera contentado, pues estos no hablan de su crimen; y, además, en el sádico, por bueno que pueda ser, más aún, cuanto mejor sea, hay una sed de maldad que los perversos que actúan con otros fines no pueden satisfacer.

Ya no sirvió para nada que el joven, comprendiendo demasiado tarde su error, dijera que no podía tragar a los «guindillas» y llevara la audacia hasta decir al barón: «Arréglame una cita», pues el encanto se había disipado. Aquello olía a falso, como en los libros de los autores que se esfuerzan por hablar argot. En vano detalló el mozo todas las «cochinadas» que hacía con su mujer; a *monsieur* de Charlus sólo le impresionó lo poquita cosa que

eran tales cochinadas. Y no sólo por falta de sinceridad. Nada más limitado que el placer y el vicio. En realidad, se puede decir en este sentido, cambiando el de la expresión, que no se hace más que girar en el mismo círculo vicioso.

En aquella casa, si bien creían príncipe a *monsieur* de Charlus, en cambio lamentaban mucho la muerte de alguien del que los chulos decían: «No sé cómo se llama, parece ser que es un barón» y que no era otro que el príncipe de Foix (el padre del amigo de Saint-Loup). Su mujer creía que pasaba mucho tiempo en el círculo, pero en realidad pasaba horas en la casa de Jupien charlando, contando historias del gran mundo delante de los golfos. Era un gran mozo como su hijo. Es raro que *monsieur* de Charlus ignorase, seguramente porque le había conocido siempre en el gran mundo, que compartía sus aficiones. Hasta se decía que en otro tiempo las practicó con su propio hijo (el amigo de Saint-Loup), todavía un colegial, lo que probablemente era falso. Al contrario, muy enterado de unas costumbres que muchos ignoran, se preocupaba mucho de qué gente trataba su hijo. Un día que un hombre, además de baja extracción, siguió al joven príncipe de Foix hasta el hotel de su padre, donde echó una carta por la ventana, el padre la recogió. Pero aquel hombre, que, aristocráticamente, no pertenecía al mismo mundo que *monsieur* de Foix, sí pertenecía en otro aspecto. No le fue difícil encontrar entre cómplices comunes un intermediario que hizo callar a *monsieur* de Foix demostrándole que era el hijo de este quien había provocado aquel atrevimiento de un hombre de edad. Y era posible. Pues el príncipe de Foix había podido preservar a su hijo de las malas compañías, pero no de la herencia. De todos modos, el joven príncipe de Foix, como su padre, permaneció ignorado en este aspecto por la gente del gran mundo, aunque fuera más lejos que nadie con los de otro.

«¡Qué sencillo es! Nadie diría que es barón», dijeron algunos asiduos de la casa cuando salió *monsieur* de Charlus, a quien Jupien acompañó hasta la calle, recibiendo las quejas del barón sobre la virtud del joven. Por el gesto descontento de Jupien, que debió haber aleccionado al mozo de antemano, se echaba de ver que aquel le iba a dar un buen recorrido al falso asesino.

—Es todo lo contrario de lo que me dijiste —le advirtió *monsieur* de Charlus a Jupien con el fin de que Jupien aprovechara la lección para otra vez—. Parece un buen muchacho; los sentimientos que expresa son sentimientos de respeto por su familia.

—Pues no está bien con su padre —objetó Jupien—. Viven juntos, pero cada uno sirve en un bar diferente. —La verdad es que esto, como crimen, era poca cosa después de lo del asesinato, pero a Jupien le cogió desprevenido. El barón no dijo nada más, pues, aunque le gustaba que le prepararan los placeres, quería darse a sí mismo la ilusión de que no eran preparados—. Es un verdadero bandido; le ha dicho eso para engañarle; usted es demasiado ingenuo —añadió Jupien para disculparse, pero no hacía más que herir el amor propio de *monsieur* de Charlus.

—Dicen que tiene un millón diario para gastarse —dijo el joven de veintidós años, sin que esto le pareciera inverosímil. Pronto se oyó rodar el coche que venía a buscar a *monsieur* de Charlus. En aquel momento vi entrar con un andar lento, junto a un militar que evidentemente salía con ella de una habitación vecina, a una persona que me pareció una señora de bastante edad, con una falda negra. No tardé en ver mi error: era un sacerdote. Se trataba de esa cosa tan rara, y en Francia absolutamente excepcional, que es un mal sacerdote. Evidentemente, el militar se estaba burlando de su compañero por lo poco adecuada que resultaba su conducta a su hábito, pues el cura, con un aire grave y levantando hacia su repulsivo rostro un dedo de doctor en teología, dijo sentenciosamente:

—Qué quiere usted, yo no soy un —yo esperaba que dijera «un santo»—, un ángel.

Por lo demás, ya no le quedaba más que marcharse y se despidió de Jupien, que, después de acompañar al barón, acababa de subir, pero, por distracción, el mal sacerdote se olvidó de pagar la habitación. Jupien, que nunca perdía el control, agitó el cepillo en el que ponía la contribución de cada cliente y lo hizo sonar diciendo:

—¡Para los gastos del culto, señor cura!

El siniestro personaje se disculpó, soltó su moneda y desapareció.

Jupien entró a buscarme en el oscuro antro donde no me atrevía a moverme.

—Mientras yo subo a cerrar la habitación, entre un momento en el vestíbulo donde mis mozos están sentados esperando; como usted es un huésped, la cosa es muy natural.

Estaba allí el patrón y le pagué. En este momento entró un joven vestido de *smoking* y preguntó al patrón con aire autoritario:

—¿Podré disponer de León mañana por la mañana a las once menos cuarto en vez de a las once, porque estoy invitado a comer?

—Depende del tiempo que le tenga el cura —contestó el patrón.

Esta respuesta no pareció satisfacer al joven del *smoking*, que parecía ya dispuesto a echar pestes contra el cura, pero, cuando me vio, su ira pareció cambiar de dirección; dirigiéndose al patrón:

—¿Quién es? ¿Qué significa esto? —murmuró en voz baja pero enfurruñada. El patrón, muy contrariado, explicó que mi presencia no tenía ninguna importancia, que yo era un huésped. Al joven vestido de *smoking* no pareció en modo alguno satisfacerle esta explicación. No cesaba de repetir:

—Es muy desagradable, son cosas que no debieran ocurrir; ya sabe usted que eso me molesta muchísimo, y llegará a conseguir que no vuelva a poner aquí los pies.

Sin embargo, el cumplimiento de esta amenaza no pareció inminente, pues el joven se marchó furioso, pero recomendando que León procurara estar libre a las once menos cuarto, o a las diez y media si era posible. Jupien volvió a buscarme y bajó conmigo hasta la calle.

—No quisiera que me juzgara mal —me dijo—; esta casa no me produce tanto dinero como usted cree; me veo obligado a admitir huéspedes decentes; verdad es que con estos solos no haría más que comerme el dinero. Aquí ocurre lo contrario de los Carmelitas: gracias al vicio vive la virtud. No, si he tomado esta casa, o más bien si se la hice tomar al gerente que usted ha visto, ha sido únicamente por hacer un favor al barón y por distraerle en sus últimos años.

Jupien no quería hablar sólo de las escenas de sadismo como las que yo había visto y del ejercicio mismo del vicio del barón. Este, hasta para la conversación, para acompañarle, para jugar a las cartas, sólo estaba a gusto con personas del pueblo que le explotaban. Desde luego, el *snobismo* de la canalla se puede comprender tan bien como el otro. Por otra parte, habían estado unidos mucho tiempo, alternando, en casa de *monsieur* de Charlus, que no encontraba a nadie lo bastante elegante para sus relaciones mundanas ni lo bastante del género apache para las otras. «Detesto el tipo medio —decía—; la comedia burguesa es afectada; yo necesito o las princesas de la tragedia clásica o la sal gorda. Nada de términos medios, o Fedra o Los saltimbanquis». Pero al final se rompió el equilibrio entre estos dos *snobismos*. Fuera por cansancio de viejo o por extensión de la sensualidad a las relaciones más triviales, el barón ya no vivía más que con «inferiores», adoptando así, sin querer, la sucesión de alguno de sus grandes antepasados: el duque de La Rochefoucauld, el príncipe de Harcourt, el duque de Berry, a quienes Saint-Simon nos muestra pasándose la vida con sus lacayos, que les sacaban cantidades enormes, compartiendo sus juegos, hasta el punto de que cuando alguien tenía que ir a verlos se sentía violento por aquellos grandes señores al encontrarlos familiarmente sentados jugando a las cartas o bebiendo con su servidumbre.

—Es, sobre todo —añadió Jupien—, por evitarle disgustos, porque el barón, sabe usted, es un niño grande. Incluso ahora que tiene aquí todo lo que puede desear, todavía va a la ventura a hacer el travieso. Y con lo generoso que es, la cosa podría traer consecuencias en estos tiempos que corremos. Pues ¿no se murió de miedo el otro día un botones de hotel por todo el dinero que el barón le ofrecía por ir a su casa? (¡A su casa, qué imprudencia!). Ese muchacho, que además le gustan sólo las mujeres, se tranquilizó cuando se dio cuenta de lo que querían de él. Ante aquellas promesas de tanto dinero creyó que el barón era un espía. Y se quedó muy descansado cuando vio que no le pedían entregar a su patria, sino su cuerpo, lo que quizá no es más moral, pero es menos peligroso y sobre todo más fácil.

Escuchando a Jupien pensaba yo: «¡Qué lástima que *monsieur* de Charlus no sea novelista o poeta! No para describir lo que viera, sino el punto en que se encuentra un Charlus con relación al deseo que provoca en torno suyo los escándalos, que le fuerza a tomar la vida en serio, a poner emociones en el placer, que le impide pararse, inmovilizarse en una visión irónica y exterior de las cosas, que abre continuamente en él una nueva corriente dolorosa. Casi cada vez que se declara recibe una humillación, eso si no se expone incluso a la cárcel». No es la educación de los niños, es la de los poetas la que se hace a bofetadas. Si *monsieur* de Charlus hubiera sido un novelista, la casa que le procuró Jupien, al reducir los riesgos en tales proporciones, al menos (pues siempre era de temer una incursión de la policía) los riesgos frente a un individuo de cuyas disposiciones, en la calle, no estaba seguro el barón, habría sido para él una desgracia. Pero *monsieur* de Charlus no era en arte nada más que un *dilettante*, que no pensaba en escribir y no tenía aptitudes para ello.

—Además, ¿tendré que confesarle —prosiguió Jupien— que no tengo grandes escrúpulos en esa clase de ganancias? Ya no puedo ocultarle que lo que aquí se hace me gusta, que es la afición de mi vida. Y ¿está mal recibir un salario por cosas que no nos parecen culpables? Usted sabe más que yo, y seguramente me dirá que Sócrates creía que no podía recibir dinero por sus lecciones. Pero en nuestro tiempo los profesores de filosofía no piensan lo mismo, ni los médicos, ni los pintores, ni los dramaturgos, ni los directores de teatro. No vaya usted a creer que en este oficio no se conoce más que canallas. Desde luego, el director de un establecimiento como este no recibe más que a hombres, como una gran *cocotte*, pero recibe a hombres sobresalientes en todos los géneros y que, en igualdad de posición, son generalmente de los más finos, de los más sensibles, de los más atractivos de su profesión. Le aseguro que esta casa se podría transformar en seguida en una oficina de inteligencia, en una agencia de noticias.

Pero yo seguía bajo la impresión de los golpes que había visto recibir a *monsieur* de Charlus.

Y, en realidad, conociendo bien a *monsieur* de Charlus, su orgullo, su saciedad de los placeres mundanos, sus caprichos, que pasaban fácilmente a

pasiones por hombres del último orden y de la peor especie, se puede comprender muy bien que la misma gran fortuna que, en manos de un advenedizo, le habría encantado porque le permitía casar a su hija con un duque e invitar a altezas a sus cacerías, a *monsieur* de Charlus le placía poseerla porque le permitía mandar en uno o quizá en varios establecimientos donde estaban permanentemente unos jóvenes con los que se recreaba. Quizá ni siquiera hiciera falta su vicio para esto; era el heredero de tantos grandes señores, príncipes de la sangre o duques, de los que Saint-Simon nos cuenta que no trataban a nadie «que se pudiera nombrar» y pasaban el tiempo con los criados, a los que daban cantidades enormes.

—Por lo pronto —le dije a Jupien—, esta casa es cosa muy distinta, más que una casa de locos, puesto que la locura de los alienados que en ella viven es una locura puesta en escena, reconstituida, visible, es un verdadero pandemónium. Como el califa de *Las mil y una noches*, *yo* creí que llegaba a punto de socorrer a un hombre al que estaban azotando, y lo que vi realizado ante mí es otro cuento de *Las mil y una noches*, aquel en que una mujer transformada en perra se hace azotar voluntariamente para recuperar su primitiva forma.

Jupien parecía muy turbado por mis palabras, pues comprendía que había visto flagelar al barón. Se quedó silencioso un momento mientras yo paraba un *fiacre* que pasaba; después, de pronto, con el ingenio que tantas veces me sorprendiera en un hombre que se había hecho a sí mismo, cuando con tan graciosas palabras nos recibía a Francisca o a mí en el patio de nuestra casa:

—Habla usted de muchos cuentos de *Las mil y una noches* —me dijo —; pero yo conozco uno que no deja de tener relación con un libro que creo haber visto en casa del barón —aludía a una traducción de *Sésamo y los lirios*, de Ruskin, que yo le mandé a *monsieur* de Charlus—. Si algún día siente usted la curiosidad de ver no digo cuarenta, sino una docena de ladrones, no tiene más que venir aquí; para saber si yo estoy, no tiene más que mirar a la ventana de arriba, pues dejo mi ventana abierta y alumbrada para indicar que estoy en casa, que se puede entrar; es mi Sésamo. Digo

solamente Sésamo. Pues los lirios, si es eso lo que quiere, le aconsejo que vaya a buscarlos a otro sitio.

Y saludándome con cierta impertinencia, pues una clientela aristocrática y una camarilla de jóvenes que él dirigía como un pirata le habían dado cierta familiaridad, iba a separarse de mí cuando el ruido de una detonación, una bomba que las sirenas no habían anunciado, le hizo aconsejarme que me quedara un momento más con él. En seguida empezaron los disparos de cortina, tan violentos que se notaba que el avión alemán estaba muy cerca, justamente encima de nosotros.

Instantáneamente, las calles se quedaron enteramente oscuras. Sólo de cuando en cuando un avión enemigo que volaba bastante bajo iluminaba el punto donde quería lanzar una bomba. Yo no encontraba ya mi camino. Pensé en aquel día en que, yendo a la Raspeliere, encontré un avión, como un dios que hiciera encabritarse a mi caballo. Pensaba que ahora el encuentro sería diferente y que el dios del mal me mataría. Apresuraba el paso para huir de él como un viajero perseguido por el macareo giraba en círculo en las plazas tenebrosas, de donde no podía salir. Hasta que me alumbraron las llamas de un incendio y pude encontrar mi camino mientras crepitaban sin parar los cañonazos. Pero mi pensamiento se había desviado hacia otro objeto. Pensaba en la casa de Jupien, quizá reducida ahora a cenizas, pues había caído una bomba muy cerca de mí cuando yo acababa de salir de aquella casa sobre la que *monsieur* de Charlus hubiera podido escribir proféticamente la palabra «Sodoma», como lo hiciera, con no menos presciencia o quizá al iniciarse la erupción volcánica ya comenzada la catástrofe, el desconocido habitante de Pompeya. Pero ¿qué importaban sirena y *gothas* a los que habían ido allí en busca del placer? El marco social, el marco de la naturaleza que rodea nuestros amores, ya casi no pensamos en él. La tempestad reina en el mar, el barco da bandazos a uno y otro lado, del cielo caen torrentes desviados por el viento, y nosotros concedemos cuando más un segundo de atención, por hacer frente a la molestia que nos causa, a esa inmensa decoración en la que somos tan poca cosa, nosotros y el cuerpo al que intentamos acercarnos. La sirena anunciadora de las bombas ya no perturbaba a los asiduos de Jupien más de

lo que les hubiera perturbado un iceberg. Y hasta el peligro físico amenazante los liberaba del miedo enfermizo que los perseguía desde hacía tiempo. Ahora bien, es un error creer que la escala de los miedos corresponde a la de los peligros que los inspiran. Se puede tener miedo de no dormir y no sentir ninguno de un duelo serio, de una rata y no de un león. Durante unas horas los guardias no se ocuparían más que de la vida de los habitantes, cosa tan poco importante, y no se arriesgarían a deshonrarlos. Varios, más que por recobrar su libertad moral, se sintieron tentados por la oscuridad producida de pronto en las calles, y aun algunos de aquellos pompeyanos sobre los que caía ya el fuego del cielo descendieron a los andenes del metro, negros como catacumbas. Sabían que allí no estarían solos. Pero la oscuridad que lo envuelve todo como un nuevo elemento produce el efecto, irresistiblemente tentador para ciertas personas, de suprimir la primera fase del placer y de hacernos entrar directamente en un dominio de caricias al que, por lo general, sólo se llega al cabo de algún tiempo. Sea una mujer o un hombre el objeto codiciado, aun suponiendo que la entrada en contacto sea fácil e inútiles los escarceos que en un salón se eternizan (al menos en pleno día), por la noche (aun en una calle por poco alumbrada que esté) hay por lo menos un preámbulo en que sólo los ojos se anticipan al goce, en que el miedo a los transeúntes y hasta a la misma persona que se busca impiden hacer otra cosa que mirar, que hablar. En la oscuridad, todo ese viejo juego queda abolido, y las manos, los labios, el cuerpo pueden entrar en acción desde el primer momento si se es mal recibido. Siempre queda la disculpa de la oscuridad misma, y de los errores a que esta da lugar. En el caso contrario, esta respuesta inmediata del cuerpo que no se retira, que se aproxima, nos da de la mujer (o del hombre) a quien nos dirigimos en silencio una idea de que está libre de prejuicios, llena de vicio, idea que aumenta el goce de haber podido morder el fruto al pie mismo del árbol sin codiciarlo con los ojos y sin pedir permiso. Sin embargo, la oscuridad persiste; inmersos en este elemento nuevo, los visitantes de Jupien, creyendo haber viajado, haber venido a asistir a un fenómeno natural como un macareo o como un eclipse, y a gozar, en lugar de un placer preparado y sedentario, el de un encuentro

fortuito en lo desconocido, celebraban, con los estampidos volcánicos de las bombas, al pie de un mal lugar pompeyano, unos ritos secretos en las tinieblas de las catacumbas.

Se habían reunido en una misma sala muchos hombres que no quisieron huir. No se conocían entre ellos, pero se veía que eran, sin embargo, aproximadamente del mismo mundo, rico y aristocrático. El aspecto de cada uno tenía algo de repugnante que debía de ser la no resistencia a placeres degradantes. Uno de ellos, enorme, tenía la cara llena de manchas rojas como un borracho. Me enteré de que al principio no lo era y en cambio gozaba haciendo beber a chicos jóvenes. Mas, por miedo a ser movilizado (aunque parecía pasar ya de la cincuentena), y siendo ya muy grueso, se puso a beber continuamente para ver de rebasar el peso de cien kilos, por encima del cual se daba a un hombre por inútil. Y ahora, convertido en pasión lo que antes fuera cálculo, dondequiera que le dejaran y por mucho que le vigilaran, iba siempre a parar a una taberna. Pero en cuanto se puso a hablar me di cuenta de que, aunque de mediana inteligencia, era hombre de mucho saber, de educación y de cultura. Entró también otro, este del gran mundo, muy joven y de gran distinción física. A decir verdad, no se le notaba todavía ningún estigma exterior de un vicio, pero sí, lo que es más turbador, signos interiores. Muy alto, muy guapo, su elocución revelaba una inteligencia muy diferente de la de su vecino el alcohólico y, sin exagerar, verdaderamente notable. Pero todo lo que decía iba acompañado de una expresión que hubiera convenido a una frase diferente. Como si, aun poseyendo el tesoro completo de las expresiones del rostro humano, viviera en otro mundo, manifestaba estas expresiones en un orden inadecuado, parecía ir marcando al azar sonrisas y miradas sin relación con las palabras que oía. Si todavía vive, y seguramente vive, espero por él que fuera víctima, no de una enfermedad duradera, sino de una intoxicación transitoria. Es probable que si hubiéramos pedido a todos aquellos hombres su tarjeta de visita nos encontráramos con la sorpresa de que pertenecían a una alta clase social. Pero algún vicio, y el más grande de todos la falta de voluntad que impide resistir a ninguno, los reunía allí, verdad es que en habitaciones separadas, pero todas las noches, me dicen,

de suerte que si las mujeres del gran mundo conocían sus nombres, habían perdido poco a poco de vista sus caras, y ya no tenían nunca ocasión de recibir sus visitas. Aquellos hombres recibían todavía invitaciones, pero la costumbre los llevaba al lugar nefando y heterogéneo. Por lo demás, se recataban poco, al contrario de los pequeños ordenanzas de hotel, obreros, etc., que les servían en su placer. Y aparte de otras muchas razones fáciles de adivinar, se comprende por esta: para un empleado de comercio, para un criado, ir allí era como para una mujer a la que creen honesta ir a una casa de citas; algunos que confesaban haber ido a aquel lugar aseguraban que nunca más habían vuelto, y el mismo Jupien, interviniendo para proteger su reputación o evitar competencias, afirmaba: «¡Oh, no, no viene a mi casa, no querría venir aquí!». Para hombres del gran mundo es menos grave, sobre todo porque las otras personas del gran mundo no concurren a esos lugares, no saben lo que es y no se ocupan de la vida del que va. Mientras que en una casa de aviación, si han ido allí ciertos ajustadores, sus compañeros, que los espían, no irían por nada del mundo de miedo a que se supiera.

Mientras me iba acercando a mi casa, pensaba en lo pronto que la conciencia deja de colaborar en nuestras costumbres, a las que deja desarrollarse sin ocuparse de ellas, y en lo mucho que nos sorprenderían, mirados simplemente desde fuera y suponiendo que alcancen a todo el individuo, los actos de unos hombres cuyo valor moral o intelectual puede desarrollarse independientemente en un sentido muy distinto. Esto era, desde luego, un vicio de educación, o una carencia de toda educación, unido a una tendencia a ganar dinero de una manera, si no la menos penosa (pues muchos trabajos debían de ser, a fin de cuentas, más llevaderos, pero ¿no se teje el enfermo, por ejemplo, con manías, con privaciones y con remedios, una existencia mucho más penosa que la que le produciría la enfermedad misma, a menudo ligera, contra la cual cree luchar así?), en todo caso la menos laboriosa posible, lo que llevó a aquellos «jóvenes» a hacer con toda inocencia, digámoslo así, y por un módico salario, cosas que no les causaban ningún placer y que al principio debieron de producirles gran repugnancia[26]. Esto induciría a creerlos esencialmente malos, pero no sólo

fueron en la guerra unos soldados maravillosos, unos incomparables «valientes», sino que, en muchos casos, fueron en la vida civil buenos corazones, si no unas excelentes personas. Hacía mucho tiempo que ya no se daban cuenta de lo que podía tener de moral o de inmoral la vida que llevaban, porque era la vida de su medio. Así, cuando estudiamos ciertos períodos de la historia antigua, nos sorprende ver seres individualmente buenos participando sin escrúpulo en asesinatos en masa, en sacrificios humanos, que probablemente les parecían cosas naturales. Seguramente al que lea dentro de dos mil años la historia de nuestra época le extrañará encontrar igualmente ciertas conciencias tiernas y puras bañadas en un medio vital que le parecerá monstruosamente pernicioso y al cual se acomodaban. Por otra parte, yo conocía pocos hombres, y aun puedo decir que no conocía hombre ninguno tan dotado como Jupien en cuanto a inteligencia y sensibilidad; pues aquel delicioso «saber» que constituía la trama espiritual de sus palabras no le venía de nada de lo que se aprende en el colegio, de ninguna de esas culturas de universidad que hubieran podido hacer de él un hombre tan notable, cuando tantos jóvenes del gran mundo no sacan de ellas ningún provecho. Era su simple sentido innato, su gusto natural, lo que, con raras lecturas al azar, sin guía, en momentos perdidos, le hizo componer aquel hablar tan preciso en el que se manifestaban y mostraban su belleza todas las simetrías del lenguaje. Pero el oficio que desempeñaba se podía, con razón, considerar, aparte de uno de los más lucrativos, el último de todos. En cuanto a *monsieur* de Charlus, por mucho que su orgullo aristocrático desdeñara el «qué dirán», ¿cómo es posible que ciertos sentimientos de dignidad personal y de respeto a sí mismo no le obligaran a negar a su sensualidad ciertas satisfacciones en las que, al parecer, no podría haber más excusa que la demencia completa? Mas en él, como en Jupien, la costumbre de separar la moral de toda una clase de acciones (lo que, por lo demás, debe de ocurrir también en muchas funciones, a veces en la de juez, a veces en la de hombre de Estado, y en otras más) debía de ser tan vieja que el hábito (sin pedir ya nunca su opinión al sentido moral) había ido agravándose de día en día, hasta aquel

en que este Prometeo consentidor se hizo atar por la Fuerza a la roca de la pura Materia.

Yo me daba cuenta, desde luego, de que esta era una nueva fase de la enfermedad de *monsieur* de Charlus, enfermedad que, desde que yo la percibiera, y a juzgar por las diversas etapas que yo había visto, siguió su evolución con una rapidez progresiva. El pobre barón no debía de estar ahora muy lejos del final, de la muerte, suponiendo que esta no fuera precedida, según las predicciones y los votos de *madame* Verdurin, por un encarcelamiento que, a su edad, no podría sino apresurar la muerte. Pero quizá he dicho inexactamente «roca de la pura Materia». En esta pura Materia es posible que sobrenadara todavía un poco de Espíritu. Aquel loco sabía bien, a pesar de todo, que era presa de una locura, y, sin embargo, jugaba en aquellos momentos, porque sabía bien que el que le flagelaba no era más malo que el niño que en los juegos de batallas es designado por la suerte para hacer el prusiano, y sobre el que todo el mundo cae con un ardor de patriotismo verdadero y de odio fingido. Presa de una locura en la que, de todos modos, entraba un poco de la personalidad de *monsieur* de Charlus. Incluso en estas aberraciones, la naturaleza humana (como en nuestros amores, en nuestros viajes) revela también la necesidad de creencia con exigencias de verdad. Cuando yo le hablaba a Francisca de una iglesia de Milán —ciudad a la que probablemente no iría ella nunca— o de la catedral de Reims —¡aunque fuera de la de Arras!—, que ella no podría ver porque estaban más o menos destruidas, envidiaba a los ricos que podían permitirse el espectáculo de semejantes tesoros, y exclamaba con un pesar nostálgico: «¡Ah, qué hermoso debe de ser eso!», ella que, llevando tantos años en París, no había sentido nunca la curiosidad de ir a ver Notre-Dame. Y es que Notre-Dame formaba precisamente parte de París, de la ciudad donde transcurría la vida cotidiana de Francisca y donde, en consecuencia, le habría sido difícil a nuestra vieja criada situar los objetos de sus sueños —como difícil me habría sido a mí si el estudio de la arquitectura no me hubiera corregido, en ciertos puntos, de los instintos de Combray—. En las personas a las que amamos hay, inmanente en ellas, cierto sueño que no siempre sabemos discernir pero que perseguimos. Tal era mi creencia en

Bergotte, en Swann, que me hizo amar a Gilberta, mi creencia en Gilberto el Malo, que me hizo amar a *madame* de Guermantes. ¡Y qué gran extensión de mar fue reservada en mí mismo amor más doloroso, más individual al parecer, por Albertina! Por lo demás, debido precisamente a ese algo individual al que nos agarramos encarnizadamente, los amores a las personas son ya un poco aberraciones. (Y las mismas enfermedades del cuerpo, al menos las que dependen un poco del sistema nervioso, ¿no son una especie de gustos particulares o de miedos particulares contraídos por nuestros órganos, por nuestras articulaciones, que así han tomado a ciertos climas un horror tan inexplicable y tan obstinado como la inclinación de ciertos hombres hacia las mujeres que, por ejemplo, llevan unos impertinentes, o por las caballistas de circo? Ese deseo que despierta cada vez la presencia de una caballista de circo, ¿quién podría decir a qué sueño duradero e inconsciente va unido, inconsciente y tan misterioso como lo es, por ejemplo, para quien sufriera toda su vida accesos de asma, la influencia de cierta ciudad, semejante en apariencia a las demás, y en la que por primera vez respira libremente?).

Ahora bien, las aberraciones son como amores donde la tara enfermiza lo ha cubierto todo, lo ha ganado todo. Hasta en la más insensata, se sigue reconociendo el amor. En la petición de *monsieur* de Charlus de que le sujetaran los pies y las manos con argollas bien fuertes, de que le consiguieran la barra de justicia y, según me dijo Jupien, unos feroces accesorios que era difícilísimo encontrar, aun dirigiéndose a marineros —pues servían para infligir suplicios cuyo uso ha quedado abolido incluso allí donde la disciplina es más rigurosa, a bordo de los barcos—, en el fondo de todo esto había en *monsieur* de Charlus todo su sueño de virilidad, demostrado, llegado el caso, por actos brutales, y toda la iluminación interior, invisible para nosotros, pero de la que el barón proyectaba así algunos reflejos, de cruces de justicia, de torturas feudales, que su imaginación medieval decoraba. En este mismo sentimiento decía a Jupien cada vez que llegaba: «Por lo menos, esta noche no habrá alarma, pues me veo desde aquí calcinado por ese fuego del cielo como un habitante de Sodoma». Y simulaba miedo a los *gothas*, aunque no sentía ni sombra de

miedo, pero lo hacía para tener un pretexto, cuando sonasen las sirenas, para precipitarse a los refugios del metro, donde esperaba algún placer de roces en la noche, con vagos sueños de subterráneos medievales y de *in pace*. En el fondo, su deseo de ser encadenado, de ser flagelado, revelaba, en su fealdad, un sueño tan poético como, en otros, el deseo de ir a Venecia o de tener amantes bailarinas. Y a *monsieur* de Charlus le interesaba tanto la ilusión de realidad que aquel sueño le daba que Jupien tuvo que vender la cama de madera que estaba en la habitación 43 y sustituirla por una cama de hierro que iba mejor con las cadenas.

Por fin, tocaron fajina cuando yo llegué a casa. Un chicuelo comentaba el ruido de los bomberos. Encontré a Francisca subiendo de la bodega con el mayordomo. Me creía muerto. Me dijo que había estado Saint-Loup, disculpándose, a ver si, en la visita que me hizo por la mañana, se le había caído la cruz de guerra. Pues se acababa de dar cuenta de que la había perdido y como tenía que incorporarse a su unidad a la mañana siguiente, se le ocurrió ir a ver si, por casualidad, estaba en mi casa. Buscó por todas partes con Francisca y no encontró nada. Francisca creía que había debido de perderla antes de ir a verme, pues, decía ella, le parecía —habría podido jurarlo— que no la llevaba cuando estuvo por la mañana. Se equivocaba. ¡Así es el valor de los testimonios y de los recuerdos! De todos modos, la cosa no tenía gran importancia. A Saint-Loup le estimaban tanto sus oficiales como le querían sus hombres, y la cosa se arreglaría fácilmente. Por otra parte, me di cuenta en seguida, por la manera poco entusiasta con que hablaron de él, de que a Francisca y al mayordomo les había producido Saint-Loup una impresión mediana. Desde luego, todos los esfuerzos que el hijo del mayordomo y el sobrino de Francisca hicieron por emboscarse los hizo Saint-Loup en sentido inverso, y con éxito, por estar en la línea de mayor peligro. Pero Francisca y el mayordomo, juzgando por sí mismos, no podían creerlo. Estaban convencidos de que los ricos están siempre al abrigo. Además, aunque hubieran sabido la verdad sobre el valor heroico de Roberto, no les habría impresionado. Roberto no decía «boches», les había elogiado la bravura de los alemanes, no atribuía a la traición el hecho de que no hubiéramos vencido desde el primer momento. Y esto era lo que

ellos hubieran querido oír, lo que les habría parecido prueba de valor. Aunque seguían buscando la cruz de guerra, los encontré fríos respecto a Saint-Loup. Yo, que sospechaba dónde quedó olvidada aquella cruz de guerra[27], aconsejé a Francisca y al mayordomo que se fueran a la cama. Pero el mayordomo nunca tenía prisa por dejar a Francisca desde que, gracias a la guerra, encontró un medio, más eficaz aún que la expulsión de las hermanas y el asunto Dreyfus, para torturarla. Aquella noche, y cada vez que yo los vi durante los días que quedaron de mi estancia en París antes de salir para otro sanatorio, oí al mayordomo decir a Francisca, espantada:

—No tienen prisa, claro, esperan a que la pera esté madura, pero el día que lo esté tomarán París, y ese día no habrá piedad.

—¡Señor, Virgen María! —exclamaba Francisca—, no tienen bastante con haber invadido a la pobre Bélgica. Bastante que ha sufrido ella cuando la conquistaron.

—¡Sí, sí, Bélgica! Pero lo que han hecho en Bélgica no será nada en comparación, Francisca. —Y como la guerra lanzó al mercado de la conversación de la gente del pueblo una cantidad de términos que sólo habían conocido por los ojos, por la lectura de los periódicos y cuya pronunciación ignoraban, el mayordomo añadía—: No comprendo cómo puede estar tan loco el mundo… Ya verá, Francisca, ya verá cómo preparan otro ataque de más *vergadura* que todos los demás.

Ya que no en nombre de la piedad por Francisca y del buen sentido estratégico, me rebelé al menos por la gramática, declarando que se debía pronunciar envergadura, pero no conseguí más que hacer repetir a Francisca la terrible frase cada vez que yo entraba en la cocina, pues el mayordomo se complacía, tanto como en asustar a su compañera, en demostrar a su amo que, aunque antiguo jardinero de Combray y simple mayordomo, era un buen francés según la regla de Saint-André-des-Champs, que la Declaración de los derechos del hombre le daba el de pronunciar *vergadura* con toda independencia y de no dejarse mandar en un punto que no formaba parte de su servicio, y sobre el que, por consiguiente, desde la Revolución, nadie tenía nada que decirle, puesto que era igual a mí.

Tuve, pues, la contrariedad de oírle hablar a Francisca de una operación de gran *vergadara* con una insistencia destinada a demostrarme que esta pronunciación no era efecto de la ignorancia, sino de una decisión bien deliberada. Confundía el gobierno y los periódicos en un mismo «se» lleno de desconfianza, diciendo: «*Se* habla de las pérdidas de los *boches*, no *se* habla de las nuestras, que parece que son diez veces mayores. *Se* nos dice que ya no pueden más, que ya no tienen qué comer, y yo creo que tienen cien veces más que nosotros. Que no nos vengan con monsergas. Si no tuvieran qué comer no se batirían como el otro día, que nos mataron cien mil muchachos de menos de veinte años». El hombre exageraba así continuamente los triunfos de los alemanes, como antes exagerara los de los radicales; contaba al mismo tiempo sus atrocidades para que aquellos triunfos le dolieran aún más a Francisca, quien ya no paraba de decir: «¡Ay, Santa Madre de los Ángeles! ¡Ay, María Madre de Dios!», y a veces, para fastidiarla de otra manera, el mayordomo decía: «De todos modos, allá nos andamos; lo que nosotros hacemos en Grecia no es más bonito de lo que ellos han hecho en Bélgica. Ya verá usted cómo vamos a poner a todo el mundo contra nosotros y a tener que luchar con todas las naciones», cuando era exactamente lo contrario. Los días en que las noticias eran buenas, se desquitaba asegurando a Francisca que la guerra duraría treinta y cinco años, y, en previsión de una posible paz, aseguraba que esta paz duraría sólo unos meses y en seguida habría unas batallas en comparación de las cuales las de ahora no serían más que un juego de niños, tanto que después de ellas no quedaría nada de Francia.

La victoria de los aliados parecía, si no próxima, al menos casi segura, y desgraciadamente hay que confesar que esto no le gustaba nada al mayordomo. Pues como había reducido la guerra «mundial», como todo lo demás, a la que él sostenía sordamente contra Francisca (aunque, a pesar de esto, la quería, como podemos querer a la persona a quien nos complacemos en hacer rabiar todos los días ganándole en el dominó), la Victoria se realizaba para él en el aspecto de la primera conversación en que tendría el berrinche de oír a Francisca decirle: «Por fin se acabó, y tendrán que darnos más de lo que nosotros les dimos el 70». Por lo demás, el

mayordomo creía siempre que ese día fatal llegaría, pues un patriotismo inconsciente le hacía creer, como a todos los franceses víctimas del mismo espejismo que yo desde que estaba enfermo, que la victoria —como mi curación— llegaría al día siguiente. Se anticipaba anunciando a Francisca que esta victoria llegaría quizá, pero que el corazón le dolía de pensarlo, pues detrás de la victoria vendría la revolución y después la invasión. «¡Ah, esta maldita guerra! Los únicos que se repondrán pronto de ella serán los *boches*, Francisca, ya les ha hecho ganar cientos de miles de millones. Pero que nos suelten a nosotros un centavo, vaya negocio. Quizá lo pondrán en los periódicos —añadía por prudencia y por lo que pudiera ocurrir— para calmar al pueblo, como dicen desde hace tres años que la guerra va a terminar mañana».

Estas palabras perturbaban mucho a Francisca, porque, en efecto, después de haber creído a los optimistas más que al mayordomo, veía que la guerra, aquella guerra que iba a terminar en quince días a pesar de «la *invaisión* de la pobre Bélgica», continuaba, que no se avanzaba, fenómeno de estabilización de los frentes cuyo sentido no comprendía ella bien, y que, además, uno de los innumerables «ahijados» a quienes daba todo lo que ganaba en nuestra casa le contaba que le habían ocultado esto o lo otro. «Todo esto caerá sobre el obrero —concluía el mayordomo—. Le quitarán su finquita, Francisca». «¡Ay, Señor Dios!». Pero a estas desgracias remotas el mayordomo prefería otras más próximas y devoraba los periódicos con la esperanza de anunciar a Francisca una derrota. Esperaba las malas noticias como huevos de Pascua, pensando que la cosa iría lo bastante mal para asustar a Francisca, pero no tanto como para hacerle sufrir a él. Así, una incursión de zepelines le encantaría para ver a Francisca esconderse en las bodegas y porque estaba convencido de que en una ciudad tan grande como París no iban a caer las bombas precisamente en nuestra casa.

Por otra parte, Francisca volvía a ratos a su pacifismo de Combray. Casi dudaba de las «atrocidades alemanas». «Al principio de la guerra nos decían que esos alemanes eran unos asesinos, unos bandoleros, unos criminales, unos *bbboches…*». *(Si* ponía varias *bes* a los *boches* es porque la acusación de que los alemanes eran unos asesinos le parecía, después de

todo, plausible, mientras que el ser unos *boches* resultaba para ella casi inverosímil por su enormidad. Sólo que era bastante difícil entender qué sentido misteriosamente espantoso daba Francisca a la palabra *boche*, pues se trataba del principio de la guerra, y también por el gesto de duda con que pronunciaba esta palabra. Pues la duda de que los alemanes fuesen unos criminales podía ser, en realidad, infundada, pero, desde un punto de vista lógico, no implicaba contradicción. Mas ¿cómo dudar de que fuesen *boches*, si esta palabra, en el lenguaje popular, significa precisamente alemán? Quizá no hacía sino repetir en estilo indirecto las violentas palabras que había oído entonces, y en las cuales la palabra *boche* se acentuaba con especial energía). «Yo me creía todo eso —decía—, pero ahora me pregunto si no somos nosotros tan canallas como ellos». Este pensamiento blasfemo había sido taimadamente elaborado en Francisca por el mayordomo, el cual, al ver que su compañera sentía cierta inclinación por el rey Constantino de Grecia, se había cuidado de hacerle creer que nosotros le matábamos de hambre hasta el día que cediera. Por eso la abdicación del soberano conmovió mucho a Francisca, que llegaba a decir: «No somos nosotros mejores que ellos. Si nosotros estuviéramos en Alemania, haríamos lo mismo».

Por lo demás, yo la vi poco en aquellos días, pues Francisca iba mucho a casa de aquellos primos de los que mamá me dijo un día: «Pues sabrás que son más ricos que tú». Y se vio esa cosa tan bella que fue tan frecuente en aquella época en todo el país y que, si hubiera un historiador para perpetuar tal recuerdo, demostraría la grandeza de Francia, su grandeza de alma, su grandeza según Saint-André-des-Champs, una grandeza que revelaron tantos civiles supervivientes en la retaguardia no menos que los soldados caídos en el Marne. En Berry-au-Bac cayó un sobrino de Francisca que lo era también de aquellos sus primos millonarios, antiguos grandes taberneros retirados mucho tiempo atrás después de hacerse ricos. Este sobrino, pequeño tabernero sin fortuna, movilizado a los veinticinco años, dejó a su mujer sola frente al pequeño bar creyendo volver a los pocos meses. Le mataron, y entonces se vio esto. Los primos millonarios de Francisca, que no eran nada de la mujer del sobrino muerto, dejaron el

campo donde llevaban diez años retirados y volvieron a ser taberneros, sin querer cobrar un céntimo; todas las mañanas, a las seis, la mujer millonaria, una verdadera señora, se vestía como «la señorita», dispuestas ambas a ayudar a su sobrina y prima política. Y llevaban tres años limpiando vasos y sirviendo consumiciones desde la mañana hasta las nueve y media de la noche, sin un día de descanso. En este libro donde no hay ni un solo hecho que no sea ficticio, donde no hay un solo personaje «con clave», donde todo ha sido inventado por mí según las necesidades de mi demostración, debo decir en elogio de mi país que únicamente los parientes millonarios de Francisca que dejaron su retiro para ayudar a la sobrina desamparada son personas reales, personas que existen. Y convencido de que su modestia no se ofenderá, por la sencilla razón de que nunca leerán este libro, transcribo aquí su nombre verdadero con infantil placer y profunda emoción, ya que no puedo citar los nombres de tantos otros que debieron de actuar de la misma manera y por los cuales ha sobrevivido Francia: se llaman con un nombre muy francés, Lariviere. Si hubo algunos míseros emboscados como el imperioso joven de *smoking* que vi en casa de Jupien y cuya única preocupación era saber si podría disponer de Léon a las diez y media «porque estaba invitado a comer», los redimen por la innumerable multitud de todos los franceses de SaintAndré-des-Champs, todos los sublimes soldados a los que yo equiparo los Lariviere.

El mayordomo, para atizar las inquietudes de Francisca, le enseñaba viejas *Lectures pour tous* que había encontrado y en la cubierta de las cuales (eran números de antes de la guerra) figuraba la «familia imperial de Alemania». «Aquí está nuestro señor de mañana», decía el mayordomo a Francisca señalándole a «Guillermo». Francisca entornaba los ojos y luego pasaba al personaje femenino situado al lado de él y decía: «¡Esta es la Guillerma!».

Mi marcha de París se retrasó por una noticia que, por la dolorosa impresión que me causó, me incapacitó por algún tiempo para ponerme en camino. Me enteré de la muerte de Saint-Loup, caído a los dos días de volver al frente, cuando protegía la retirada de sus hombres. No hubo hombre con menos odio que él a un pueblo (y en cuanto al emperador, por

razones particulares, y quizá falsas, pensaba que Guillermo II había procurado impedir la guerra más bien que desencadenarla). Tampoco odiaba el germanismo: las últimas palabras que oí salir de su boca, seis días antes, eran las que comienzan un *lied* de Schumann y que me tarareaba en mi escalera, en alemán, tanto que, por los vecinos, le hice callar. Habituado por una buena educación suprema a limpiar su conducta de toda apología, de toda invectiva, de toda frase, evitó ante el enemigo, como en el momento de la movilización, lo que hubiera podido asegurar su vida con aquella inhibición de sí mismo ante los demás que simbolizaban todas sus maneras, hasta su manera de cerrar la portezuela de mi coche cuando me acompañaba, descubierto, cada vez que yo salía de su casa. Permanecí varios días encerrado en mi cuarto pensando en él. Recordaba su llegada a Balbec la primera vez, cuando, vestido con prendas de lana blancuzca, con sus ojos verdosos y movedizos como el mar, atravesó el *hall* que daba acceso al gran comedor cuyos ventanales miraban al mar. Recordé aquel ser especial que me pareció entonces, aquel ser del que tanto deseé ser amigo. Este deseo se cumplió más allá de lo que nunca pude creer, sin producirme, sin embargo, entonces casi ningún gozo, y después me di cuenta de todos los grandes méritos y también de otra cosa que aquella apariencia elegante ocultaba. Todo esto, lo bueno y lo malo, lo dio sin tasa, todos los días, y el último yendo a tomar una trinchera, por generosidad, por poner al servicio de los demás todo lo que poseía, lo mismo que una noche se corrió en los canapés del restaurante para no molestarme. Y, en suma, haberle visto tan poco, en sitios tan variados, en circunstancias tan diversas y separadas por tantos intervalos, en aquel *hall* de Balbec, en el café de Rivebelle, en el cuartel de caballería y en las comidas militares de Doncieres, en el teatro donde abofeteó a un periodista, en casa de la princesa de Guermantes, no hacía sino darme de su vida unos cuadros más rotundos, más claros, de su muerte una pena más lúcida, de lo que nos suelen dar personas más amadas, pero a las que vemos tan continuamente que la imagen que conservamos de ellas no es ya más que una indecisa media entre una infinidad de imágenes insensiblemente diferentes, y también porque en nuestro cariño colmado no hay, como cuando se trata de los que sólo hemos visto en momentos

limitados, en encuentros inacabados a pesar de ellos y a pesar de nosotros, la ilusión de la posibilidad de un afecto mayor del que sólo las circunstancias nos han privado[28]. A los pocos días de aquel en que le vi corriendo detrás de su monóculo, e imaginándole entonces tan orgulloso, en aquel hall de Balbec, había otra forma viva que vi por primera vez en la playa de Balbec y que ya tampoco existía más que en estado de recuerdo: era Albertina, pisando la arena aquella primera tarde, indiferente a todos y marina, como una gaviota. Me enamoré de ella tan pronto que, para poder salir juntos todos los días, no fui nunca a ver a Saint-Loup desde Balbec. Y, sin embargo, la historia de mis relaciones con él llevaba también el testimonio de que, en un tiempo, dejé de amar a Albertina, puesto que si fui a vivir una temporada cerca de Roberto, en Doncieres, fue por la pena de ver que *madame* de Guermantes no correspondía al sentimiento que me inspiraba. Su vida y la de Albertina, que tan tarde conocí, las dos en Balbec, y que tan pronto terminaron, se cruzaron apenas; fue a él, me decía yo, viendo cómo el ágil ir y venir de los años va tejiendo hilos entre recuerdos nuestros que al principio parecen más independientes, fue a él a quien mandé a ver a *madame* Bontemps cuando Albertina me dejó.

Y, además, resultaba que sus dos vidas tenían cada una un secreto paralelo y que yo no había sospechado. Ahora el de Saint-Loup me causaba quizá más tristeza que el de Albertina, cuya vida había llegado a serme tan extraña. Pero no podía consolarme de que la suya, como la de Saint-Loup, hubieran sido tan cortas. Ella y él solían decirme, cuidándose de mí: «Tú, que estás enfermo». Y fueron ellos quienes se murieron, ellos de quienes, separadas por un intervalo al fin tan breve, comparaba yo la imagen última, frente a la trinchera, en el río, con la imagen primera que, incluso la de Albertina, sólo contaba para mí por su asociación con la del sol poniente sobre el mar.

Francisca recibió la noticia de la muerte de Saint-Loup con más compasión que la de Albertina. Asumió inmediatamente su papel de plañidera y comentó la memoria del muerto con lamentaciones, con trenos desesperados. Hacía ostentación de su pena y sólo ponía una cara seca, volviendo la cabeza, cuando yo, sin querer, dejaba ver la mía, que ella

aparentaba no haber visto. Pues, como a muchas personas nerviosas, el nerviosismo de los demás, sin duda muy parecido al suyo, le horripilaba. Ahora le gustaba hacer notar sus menores tortícolis, un ligero desvanecimiento, un golpe que se había dado. Pero si yo hablaba de uno de mis males, ella, estoica y grave, hacía como que no había oído. «¡Pobre marqués! —decía, aunque no podía menos de pensar que había hecho lo imposible para no ir al frente y, una vez movilizado, para huir del peligro—. ¡Pobre señora! —añadía pensando en *madame* de Marsantes—, ¡cuánto habrá llorado al enterarse de la muerte de su hijo! Si siquiera hubiera podido verle, pero acaso es mejor que no haya podido, porque tenía la nariz partida por la mitad, estaba todo descabalado». Y los ojos de Francisca se llenaban de lágrimas, pero a través de ellas se percibía la curiosidad cruel de la campesina. Sin duda, Francisca compadecía de todo corazón el dolor de *madame* de Marsantes, pero lamentaba no conocer la forma que este dolor había tomado y no poder disfrutar del espectáculo y de la aflicción de tal dolor. Y como le hubiera gustado mucho llorar y que yo la viese llorar, dijo para entrenarse: «¡Me da una pena!». También espiaba en mí las señales de la pena con una avidez que me hizo simular cierta sequedad al hablar de Roberto. Y, seguramente más por espíritu de imitación y porque había oído decir eso, pues en las cocinas hay clichés tanto como en los cenáculos, repetía, no sin poner en ello la satisfacción de un pobre: «Todas sus riquezas no le han impedido morir como otro cualquiera, y ya no le servirán para nada». El mayordomo aprovechó la ocasión para decir a Francisca que desde luego era triste, pero que aquello no tenía ninguna importancia comparado con los millones de hombres que caían todos los días a pesar de todos los esfuerzos que hacía el gobierno por ocultarlo. Pero esta vez el mayordomo no consiguió aumentar el dolor de Francisca como creyera, pues Francisca le contestó: «Es verdad que mueren también por Francia, pero son desconocidos; siempre es más interesante cuando conocemos al muerto». Y Francisca, que gozaba llorando, añadió: «No dejen de avisarme si hablan de la muerte del marqués en el periódico».

Mucho antes de la guerra, Roberto me decía a menudo con tristeza: «¡Oh!, de mi vida no hablemos, soy hombre condenado de antemano».

¿Aludía al vicio que hasta entonces consiguiera ocultar a todo el mundo, pero que él conocía y cuya gravedad se exageraba acaso de la misma manera que los niños que practican el amor por primera vez, o que hasta, antes de esto, buscan el placer solos, se imaginan que son como la planta que no puede diseminar su polen sin morir inmediatamente? ¿Acaso esta exageración, en Saint-Loup como en los niños, se debía, como a la idea del pecado con la que no se está aún familiarizado, a que una sensación completamente nueva tiene una fuerza casi terrible que luego se irá atenuando, o es que tenía el presentimiento de su fin prematuro, justificándolo quizá con la muerte de su padre, desaparecido bastante joven? Desde luego, ese presentimiento parece imposible. Pero la muerte parece sujeta a ciertas leyes. Por ejemplo, muchas veces se diría que los seres nacidos de padres que mueren muy viejos o muy jóvenes tienen casi por fuerza que desaparecer a la misma edad, arrastrando los padres hasta los cien años penas y enfermedades incurables, pereciendo los hijos, a pesar de una vida feliz e higiénica, en la fecha inevitable y prematura, llevados por un mal tan oportuno y tan accidental (por muy profundas raíces que pueda tener en el temperamento) que parece ser sólo la formalidad necesaria para la realización de la muerte. Y ¿no sería posible que aun la misma muerte accidental —como la de Saint-Loup, por lo demás relacionada con su carácter quizá de más formas de las que he creído que debía decir— estuviera, también ella, escrita de antemano, que fuera conocida únicamente por los dioses, invisible para los hombres, pero revelada por una tristeza medio inconsciente, medio consciente (e incluso, en esta última medida, expresada a los demás con esa completa sinceridad que ponemos en anunciar desgracias a las que, en nuestro fuero interno, creemos escapar y que, sin embargo, llegarán), propia del que la lleva y la percibe constantemente en sí mismo, como una divisa, como una fecha fatal?

Debió de estar hermoso en aquellas últimas horas. Él, que siempre en esta vida, hasta sentado, hasta andando en el salón, parecía estar conteniendo el empuje de una carga, disimulando con una sonrisa la voluntad indomable que había en su cabeza triangular, por fin se había lanzado a la carga. La torre feudal, ya sin sus libros, había vuelto a ser torre

militar. Y este Guermantes había muerto más él mismo, o más bien más de su raza en la que se fundía, en la que ya no era más que un Guermantes, como resultó simbólicamente visible en su entierro en la iglesia de San Hilario, de Combray, toda cubierta de tapices negros sobre los que se destacaba en rojo, bajo la corona cerrada, sin iniciales de nombres de pila ni de títulos, la G del Guermantes que, por la muerte, había tornado a ser.

Aun antes de ir a este entierro, que no tuvo lugar en seguida, escribí a Gilberta. Acaso debí escribir a la duquesa de Guermantes, pero pensaba que recibiría la muerte de Roberto con la misma indiferencia que le vi manifestar ante la de tantos otros que parecían haber estado tan unidos a su vida, y que quizá, con su espíritu Guermantes, hasta procuraría demostrar que no tenía la superstición de los lazos de la sangre. Yo estaba demasiado enfermo para escribir a todo el mundo. En otro tiempo creí que Roberto y ella se querían bien, en el sentido en que se dice esto en el gran mundo, es decir, que, cuando estaban juntos, se decían cosas tiernas que sentían en aquel momento. Pero Roberto, lejos de ella, no vacilaba en calificarla de idiota, y ella, aunque sentía a veces al verle un placer egoísta, era incapaz de tomarse la más ligera molestia, de poner en juego su crédito, ni en la menor medida, por hacerle un favor, ni siquiera por evitarle un daño. La maldad que demostró respecto a él, negándose a recomendarle al general Saint-Joseph cuando Roberto iba a partir de nuevo para Marruecos, probaba que el afecto que le había mostrado con ocasión de su boda no era más que una especie de compensación que no le costaba nada. Por eso me extrañó mucho enterarme de que, enferma ella cuando murió Roberto, se creyeran obligados a ocultarle durante varios días, con el más falaz de los pretextos, los periódicos que daban noticia de aquella muerte, con el fin de evitarle el choque que le produciría. Pero mayor fue mi sorpresa al enterarme de que, cuando al fin se vieron obligados a decirle la verdad, la duquesa lloró todo un día, cayó enferma y tardó mucho tiempo —más de una semana, lo que era mucho para ella— en consolarse. Cuando supe esta pena, me conmovió. Aquello hizo que todo el mundo pudiera decir, y que yo pueda asegurar, que existía entre ellos una gran amistad. Pero recordando cuántas pequeñas

maledicencias, cuánta mala voluntad para hacerse un favor había encerrado aquella amistad, pienso lo poco que es en el mundo una gran amistad.

Por otra parte, al poco tiempo, en una circunstancia más importante históricamente, aunque afectara menos a mi corazón, *madame* de Guermantes se mostró a mi parecer con un perfil más favorable. Ella, que, de soltera, dio pruebas de tanta impertinente audacia, como acaso se recuerda, con la familia imperial de Rusia, y que, casada, les habló siempre con una libertad que daba lugar a veces a que la motejaran de falta de tacto, fue quizá la única, después de la Revolución rusa, que dio pruebas de una atención sin límites a las grandes duquesas y a los grandes duques. El mismo año que precedió a la guerra molestó considerablemente a la gran duquesa Wladimiro llamando siempre a la condesa de Hohenfelsen, esposa morganática del gran duque Pablo, «la Gran Duquesa Pablo». Lo cual no impidió que, apenas iniciada la Revolución rusa, a nuestro embajador en Petersburgo, *monsieur* Paléologue («Paléo» para el mundo diplomático, que tiene, como el otro, sus abreviaturas supuestamente ingeniosas), le acribillara con telegramas la duquesa de Guermantes, que quería tener noticias de la gran duquesa María Pavlovna. Durante mucho tiempo las únicas pruebas de simpatía y de respeto que recibió constantemente esta princesa le llegaron exclusivamente de *madame* de Guermantes.

Saint-Loup, si no por su muerte, al menos por lo que había hecho en las semanas que la precedieron, causó penas más grandes que la de la duquesa. En efecto, al día siguiente de la noche en que yo le vi, y dos días después de que el barón dijo a Morel: «Me vengaré», los pasos que dio Saint-Loup por encontrar a Morel tuvieron éxito, es decir, dieron por resultado que el general a cuyas órdenes debía estar Morel se dio cuenta de que este era desertor, mandó buscarlo y detenerlo y para disculparse con Saint-Loup por el castigo que iba a sufrir una persona por quien este se interesaba, le escribió advirtiéndoselo. Morel no dudó que su arresto fue provocado por el rencor de *monsieur* de Charlus. Recordó las palabras: «Me vengaré», pensó que la venganza era aquello y solicitó hacer ciertas revelaciones. «Desde luego, he desertado —declaró—. Pero ¿tengo yo toda la culpa de haber sido llevado por mal camino?». Contó sobre *monsieur* de Charlus y sobre

*monsieur* d’Argencourt, con el que también estaba enfadado, unas historias que, en realidad, no le concernían a él directamente, pero que estos señores, en la doble expansión de amantes y de invertidos, le habían contado, lo que hizo detener a la vez a *monsieur* de Charlus y a *monsieur* d’Argencourt. Esta detención causó quizá menos dolor a ambos que enterarse de lo que ignoraban: que eran rivales, y la instrucción reveló que tenían muchos más, oscuros, cotidianos, reclutados en la calle. De todos modos, los soltaron en seguida. También soltaron a Morel, porque la carta que el general escribió a Saint-Loup le fue devuelta con esta indicación: «Fallecido, muerto por la patria». El general, queriendo hacer algo por el difunto, se limitó a mandar a Morel al frente; Morel se portó con valentía, se salvó de todos los peligros y, acabada la guerra, volvió con la cruz que *monsieur* de Charlus solicitara inútilmente para él en otro tiempo y que, indirectamente, obtuvo ahora por la muerte de Saint-Loup. Después, recordando aquella cruz de guerra perdida en casa de Jupien, muchas veces he pensado que si Saint-Loup hubiera sobrevivido le habría sido fácil salir diputado en las elecciones que siguieron a la guerra, pues la espuma de bobería y el relumbrón de gloria que dejó tras sí, y en la que, si un dedo de menos abolía siglos de prejuicios, permitiendo entrar mediante una boda brillante en una familia aristocrática, la cruz de guerra, aunque fuera ganada en las oficinas, bastaba para entrar, mediante una elección triunfal, en la cámara de diputados, casi en la Academia francesa. La elección de Saint-Loup, por causa de su «sagrada» familia, hubiera hecho verter a *monsieur* Arthur Meyer torrentes de lágrimas y de tinta. Pero quizá amaba al pueblo demasiado sinceramente para llegar a conquistar los sufragios del pueblo, aunque seguramente este, en obsequio a sus blasones, le habría perdonado sus ideas democráticas. Desde luego, Saint-Loup las habría expuesto con éxito ante una cámara de aviadores. Seguro que estos héroes le habrían comprendido, y también algunos rarísimos espíritus selectos. Pero, gracias a la estúpida confianza del Bloque nacional, habían sobrenadado los antiguos canallas de la política, que siempre son reelegidos. Los que no pudieron entrar en una cámara de aviadores postularon, al menos, para entrar en la Academia francesa, los sufragios de los mariscales, de un presidente de la República,

de un presidente de la Cámara, etc. No habrían sido favorables a Saint-Loup, pero lo eran a otro cliente de Jupien, el diputado de Acción Liberal, que fue reelegido sin competidor. No se quitaba el uniforme de oficial de reserva, aunque la guerra había terminado hacía ya tiempo. Su elección fue saludada con alegría por todos los periódicos que habían hecho la «unión» sobre su nombre, por las damas nobles y ricas que, por un sentimiento de conveniencias y por miedo a los impuestos, no llevaban más que guiñapos, mientras que los hombres de la Bolsa compraban continuamente diamantes, no para sus mujeres, sino porque, perdida toda confianza en el crédito de ningún país, se refugiaban en esta riqueza palpable, y, así, hacían subir las de Beers en mil francos. Tanta estupidez irritaba un poco, pero la irritación contra el Bloque nacional disminuyó cuando, de pronto, se vio a las víctimas del bolchevismo, a las grandes duquesas en harapos cuyos maridos fueron asesinados en una carretilla, apedreados los hijos después de haberlas dejado sin comer, de haberlos hecho trabajar en medio de los abucheos, arrojados a los pozos porque creían que tenían la peste y podían contagiarla. Los que lograron huir reaparecieron de pronto…[28a]

# CAPÍTULO III

Reunión en casa de la princesa de Guermantes

El nuevo sanatorio al que yo me retiré no me curó más que el primero; y pasaron muchos años antes de dejarle. Durante el trayecto que hice en tren para volver por fin a París, la idea de mi falta de dotes literarias que antaño creí descubrir en el camino de Guermantes, que reconocí con más tristeza aún en uno de mis paseos cotidianos con Gilberta antes de volver a comer, muy entrada la noche, a Tansonville, y que la víspera de marcharme de aquella casa identifiqué más o menos, leyendo unas páginas del diario de los Goncourt, con la vanidad, con la mentira de la literatura, aquella idea, quizá menos dolorosa, más triste aún si yo la ponía, no en mi propia incapacidad, sino en la inexistencia del ideal en que había creído, aquella idea, que desde hacía tiempo no me había vuelto a la mente, me asaltó de nuevo con una fuerza más lamentable que nunca. Recuerdo que fue en una parada del tren en pleno campo. El sol iluminaba casi hasta la mitad del tronco una fila de árboles que seguían la vía del ferrocarril. «Árboles —pensé—, ya no tenéis nada que decirme, ya mi corazón, enfriado, no os oye. Sin embargo, estoy aquí en plena naturaleza, y mis ojos ven con frialdad, con indiferencia, la línea que separa vuestra frente luminosa de vuestro tronco en sombra. Si alguna vez pude creerme poeta, ahora sé que no lo soy. Acaso en la nueva parte de mi vida, tan árida, que ahora empieza, los hombres podrán inspirarme lo que ya la naturaleza no me dice. Mas los años en que quizá hubiera sido capaz de cantarla no volverán ya». Pero, al

ofrecerme este consuelo de una posible observación humana que viniera a ocupar el lugar de una inspiración imposible, sabía que no hacía más que eso, ofrecerme un consuelo, un consuelo que yo mismo sabía sin valor. Si tuviera de verdad un alma de artista, ¿qué placer no sentiría ante aquella cortina de árboles iluminada por el sol poniente, ante aquellas florecillas del talud que ascienden casi hasta el estribo del vagón, aquellas florecillas cuyos pétalos podría yo contar y cuyo color me libraré muy bien de describir como lo harían tantos buenos literatos, pues cómo se puede transmitir al lector un goce que no se ha sentido? Poco después vi con la misma indiferencia los puntitos oro y naranja con que el sol acribillaba las ventanas de una casa, y, por último, ya avanzada la hora, vi otra casa que parecía construida con una sustancia de un rosa bastante extraño. Pero hice estas diversas observaciones con la misma absoluta indiferencia que si, paseando en un jardín con una dama, viera una lámina de vidrio y un poco más lejos una materia parecida al alabastro cuyo color no acostumbrado no me hubiera sacado del más lánguido aburrimiento, pero como si, por cortesía hacia la dama, por decir algo y también por demostrar que había notado el color, señalara al pasar el cristal polícromo y el trozo de estuco. De la misma manera, por cumplir, sin convicción, me señalé a mí mismo como a alguien que me acompañara y que fuera capaz de disfrutar de la cosa más que yo, los reflejos de fuego en los cristales y la transparencia rosada de la casa. Pero el compañero a quien hice observar aquellos efectos curiosos era sin duda de una naturaleza menos entusiasta que muchas personas bien dispuestas a quienes tal visión entusiasmara, pues reparó en aquellos colores sin ninguna clase de entusiasmo.

Mi larga ausencia de París no había impedido que antiguos amigos siguieran enviándome fielmente invitaciones, porque mi nombre seguía en sus listas, y cuando, al volver a casa, encontré, junto con una para una merienda dada por la Berma en honor de su hija y de su yerno, otra para una fiesta que se iba a celebrar al día siguiente en casa del príncipe de Guermantes, las tristes reflexiones que había hecho en el tren fueron uno de los motivos, y no de los menores, que me aconsejaron asistir a una y a otra reunión. No vale la pena privarme de hacer la vida de hombre de mundo —

pensé—, puesto que no sirvo, o no sirvo ya, para el famoso «trabajo» al que desde hace tanto tiempo me propongo dedicarme al día siguiente, un trabajo que, por lo demás, quizá no corresponde siquiera a ninguna realidad. La verdad es que esta razón era enteramente negativa y quitaba simplemente valor a las que hubieran podido apartarme de aquel concierto mundano. Pero la que me hizo ir fue aquel nombre de Guermantes, fuera de mi espíritu desde hacía el suficiente tiempo para que, leído en la tarjeta de invitación, recobrara para mí el encanto y el significado que le encontraba en Combray cuando, al pasar por la Rue de l'Oiseau para volver a casa, veía desde fuera como un lago oscuro la vidriera de Gilberto el Malo, señor de Guermantes. Por un momento los Guermantes me parecieron de nuevo enteramente distintos de las personas del gran mundo, incomparables con ellas, con cualquier ser viviente, así fuera un soberano; seres nacidos de la fecundación de ese aire agrio y ventoso de aquella ciudad de Combray donde transcurrió mi infancia y del pasado que se percibía en la callejuela, a la altura de la vidriera. Sentí el deseo de ir a casa de los Guermantes como si esto hubiera de acercarme a mi infancia y a unas profundidades de mi memoria donde la percibía. Y seguí releyendo la invitación hasta el momento en que, sublevadas las letras que componían aquel nombre tan familiar y tan misterioso como el del mismo Combray, recobraron su independencia y dibujaron ante mis ojos fatigados como un nombre que yo no conocía[29].

Cogí un coche para ir a casa del príncipe de Guermantes, que ya no vivía en su antiguo hotel, sino en uno magnífico que había construido en la avenida del Bois. Uno de los errores de la gente del gran mundo es no comprender que, si quieren que creamos en ellos, tendrían que empezar por creer ellos mismos, o al menos que respetar los elementos esenciales de nuestra creencia. En la época en que yo creía, aunque supiese lo contrario, que los Guermantes vivían en tal palacio por un derecho hereditario, penetrar en el palacio del hechicero o del hada, hacer que se abrieran ante mí las puertas que no ceden mientras no se pronuncie la fórmula mágica, me parecía tan difícil como conseguir que me recibieran el hechicero o el hada en persona. Nada más fácil que hacerme creer a mí mismo que el viejo

criado tomado la víspera o proporcionado por Potel y Chabot era hijo, nieto, descendiente de los que servían a la familia mucho antes de la Revolución, y yo tenía una infinita buena voluntad para llamar retrato de antepasado al que había sido comprado el mes anterior en casa de Bernheim el joven. Pero un encantamiento no se transvasa, los recuerdos no se pueden dividir, y del príncipe de Guermantes, ahora que él mismo había desvelado las ilusiones de mi creencia yendo a vivir a la avenida del Bois, ya no quedaba nada. Los techos que creyera ver derrumbarse al anunciarse mi nombre, y bajo los cuales flotaría aún para mí gran parte del encanto y de los miedos de otro tiempo, cubrían las fiestas de una americana sin interés para mí. Naturalmente, las cosas no tienen poder en sí mismas y, como somos nosotros quienes se lo conferimos, algún joven colegial burgués debía de tener en aquel momento ante el hotel de la Avenue du Bois los mismos sentimientos que yo tuve en otro tiempo ante el antiguo hotel del príncipe de Guermantes. Es que él estaba todavía en la edad de las creencias, pero ahora yo la había rebasado ya y había perdido aquel privilegio, como se pierde después de la primera juventud el poder que tienen los niños de disociar en fracciones digestibles la leche que ingieren, lo que obliga a los adultos a tomar la leche, por prudencia, en pequeñas cantidades, mientras que los niños pueden mamarla indefinidamente sin tomar aliento. Al menos el cambio de residencia del príncipe de Guermantes tenía para mí la novedad de que el coche que vino a buscarme para llevarme y en el que hacía yo estas reflexiones tuvo que atravesar las calles que van hacia los Champs-Elysées. Estaban muy mal pavimentadas en aquel momento, pero, nada más entrar en ellas, me liberó de mis pensamientos esa sensación de suma dulzura que se experimenta cuando, de pronto, el coche empieza a rodar más fácilmente, más suavemente, sin ruido, como cuando, al abrirse las verjas de un parque, nos deslizamos por unas avenidas cubiertas de una arena fina o de hojas muertas; materialmente no ocurría nada de esto, pero sentí de pronto la supresión de los obstáculos exteriores porque ya no había para mí el esfuerzo de adaptación o de atención que hacemos, incluso sin darnos cuenta, ante las cosas nuevas: las calles por las que pasaba en aquel momento eran las calles, olvidadas desde hacía tanto tiempo, que antaño

seguía yo con Francisca para ir a los Champs-Elysées. El suelo sabía por sí mismo a dónde tenía que ir; su resistencia estaba vencida y, como un aviador que, rodando penosamente en tierra, despega bruscamente, me iba elevando despacio hacia las silenciosas alturas del recuerdo. En París, esas calles se destacarán siempre para mí en una materia distinta de las demás. Cuando llegué a la esquina de la Rue Royale, donde estaba en otro tiempo el vendedor de aquellas fotos que tanto le gustaban a Francisca, me pareció que el coche, arrastrado por centenares de antiguas vueltas, no podría hacer otra cosa que girar por sí mismo. No atravesaba yo las mismas calles que los transeúntes que pasaban aquel día, sino un pasado deslizante, triste y dulce. Por otra parte, se componía de tantos pasados diferentes que me era difícil reconocer la causa de mi melancolía, si se debía a aquellas marchas al encuentro de Gilberta y con el temor de que no llegara, o a la proximidad de cierta casa a la que me habían dicho que había ido Albertina con Andrea, o al significado de vanidad filosófica que parece tomar un camino mil veces seguido con una pasión que ya no existe y que no ha dado fruto, como aquel en que, después de almorzar, recorría yo tan presuroso, tan febril, para ir a mirar, fresco aún el engrudo, el cartel de *Fedra* y el de *El dominó negro*. Al llegar a los Champs-Elysées, como no estaba muy deseoso de oír todo el concierto que daban en casa de los Guermantes, mandé parar el coche y me disponía a apearme para caminar un poco a pie cuando me sorprendió el espectáculo de un coche que iba a parar también. Un hombre, fijos los ojos, encorvado el cuerpo, estaba posado, más que sentado, en el fondo del carruaje y hacía por mantenerse erguido los esfuerzos que habría hecho un niño a quien recomendaran que fuera bueno. Pero su sombrero de paja dejaba ver una selva indomable de pelo enteramente blanco; una barba blanca, como la que pone la nieve en las estatuas de los ríos en los jardines públicos, corría de su barbilla. Era, junto a Jupien, que se desvivía por él, *monsieur* de Charlus, convaleciente de un ataque de apoplejía que yo había ignorado (sólo me habían dicho que había perdido la vista, pero se trataba únicamente de trastornos pasajeros, pues veía de nuevo muy claro) y que, a menos que hasta entonces se hubiera teñido y que ahora le prohibieran seguir fatigándose, había más bien hecho visible y brillante, como una

especie de precipitado químico, todo el metal que lanzaban y de que estaban saturados, como géiseres, los mechones, ahora de pura plata, de su cabellera y de su barba, que había impuesto al viejo príncipe destronado la majestad shakespeariana de un rey Lear. No quedaban los ojos excluidos de aquella convulsión total, de aquella alteración metalúrgica de la cabeza, mas, por un fenómeno inverso, habían perdido todo su resplandor. Pero lo más conmovedor era que se notaba que aquel resplandor perdido era el orgullo moral y que, en consecuencia, la vida física y hasta intelectual de *monsieur* de Charlus sobrevivía al orgullo aristocrático que, por un momento, se pudo creer que era consustancial con ellas. Así, en aquel momento, yendo sin duda también a casa del príncipe de Guermantes, pasó en victoria *madame* de Sainte-Euverte, a la que el barón no encontraba bastante elegante para él. Jupien, que le cuidaba como a un niño, le susurró al oído que era una persona conocida suya, *madame* de Sainte-Euverte. E inmediatamente *monsieur* de Charlus, con un esfuerzo enorme, pero con todo el empeño de un enfermo que quiere mostrarse capaz de todos los movimientos todavía difíciles para él, se descubrió, se inclinó y saludó a *madame* de Sainte-Euverte con el mismo respeto que si fuera la reina de Francia. Acaso en la dificultad misma que tenía *monsieur* de Charlus para tal saludo había una razón para él de hacerlo, sabiendo que impresionaría más con un acto que, doloroso para un enfermo, resultaba doblemente meritorio por parte de quien lo hacía y halagüeño para la persona a quien se dirigía, pues los enfermos, como los reyes, exageran la cortesía. Acaso también había, además, en los movimientos del barón esa falta de coordinación subsiguiente a los trastornos de la médula y del cerebro, y los gestos rebasaban la intención. Por mi parte vi en aquello más bien una especie de dulzura casi física, de desprendimiento de las realidades de la vida, tan visibles en aquellos a quienes la muerte ha hecho ya entrar en su sombra. El hecho de descubrir los yacimientos argentados de la cabellera revelaba un cambio menos profundo que aquella inconsciente humildad mundana que trastrocaba todas las relaciones sociales, que humillaba ante *madame* de Sainte-Euverte, que hubiera humillado ante la última de las americanas (quien hubiera podido al fin recibir la cortés atención de *monsieur* de

Charlus, hasta entonces inasequible para ella) el *snobismo* que parecía más altivo. El barón seguía viviendo, seguía pensando; la enfermedad no le había llegado a la inteligencia. Y el saludo atento y humilde del barón a *madame* de Sainte-Euverte proclamaba, más que lo hubiera proclamado un coro de Sófocles sobre el orgullo humillado de Edipo, más que la muerte misma y toda oración fúnebre sobre la muerte, lo que tiene de frágil y de perecedero el amor a las grandezas de la tierra y todo el orgullo humano. *Monsieur* de Charlus, que hasta entonces no hubiera consentido en comer con *madame* de Sainte-Euverte, la saludaba ahora hasta el suelo[30]. Para ella, recibir el homenaje de *monsieur* de Charlus era todo el *snobismo*, como negárselo había sido todo el *snobismo* del barón. Y aquella naturaleza inaccesible y preciosa que había hecho creer a una *madame* de Sainte-Euverte que era consustancial con él, *monsieur* de Charlus la destruyó de golpe con la timidez atenta, el celo temeroso con que se quitó el sombrero de donde surgieron los torrentes de su cabellera de plata, todo el tiempo que dejó, por deferencia, la cabeza descubierta, con la elocuencia de un Bossuet. Cuando Jupien hubo ayudado al barón a apearse y yo saludé a este, me habló muy de prisa, con una voz tan imperceptible que no supe distinguir lo que me decía, y esto le arrancó, cuando le hice repetir por tercera vez, un gesto de impaciencia que me sorprendió por la impasibilidad de su cara hasta entonces, debida, sin duda, a un resto de parálisis. Pero cuando por fin me acostumbré a aquel *pianissimo* de las palabras susurradas, me di cuenta de que el enfermo conservaba su inteligencia perfectamente intacta. Había dos *monsieur* de Charlus sin contar otros. De los dos, el intelectual pasaba el tiempo quejándose de que estaba al borde de la afasia, de que constantemente pronunciaba una palabra, una letra por otra. Pero cuando esto le ocurría en efecto, el otro *monsieur* de Charlus, el subconsciente, tan inclinado a causar envidia como el otro a causar piedad y que tenía coqueterías que el primero desdeñaba, cortaba inmediatamente la frase comenzada, como un director de una orquesta cuyos músicos se atascan, y con gran habilidad enlazaba lo que luego venía con la palabra dicha en realidad por otra, pero que parecía haber elegido él. También su memoria estaba intacta, y en ello ponía el barón una coquetería que no dejaba de

costarle la fatiga de un esfuerzo muy arduo por alumbrar un recuerdo antiguo, poco importante, relacionado conmigo y que me demostraba que él había conservado o recuperado toda la lucidez de su mente. Sin mover la cabeza ni los ojos, sin variar su decir con una sola inflexión, me dijo, por ejemplo: «En ese poste hay un cartel parecido al que yo estaba mirando la primera vez que le vi a usted en Avranches… no, me equivoco, en Balbec». Y era, en efecto, un anuncio del mismo producto.

Al principio, yo apenas entendía lo que decía el barón, de la misma manera que no vemos ni gota al entrar en una habitación con todas las cortinas echadas. Pero en seguida mis oídos se habituaron a aquel *pianissimo* como los ojos a la penumbra. Creo también que el *pianissimo* se fue reforzando gradualmente mientras el barón hablaba, bien porque la debilidad de su voz proviniera en parte de una aprensión nerviosa que se disipaba cuando, distraído por un tercero, ya no pensaba en ella, bien porque la debilidad correspondiera, por el contrario, a su verdadero estado y la fuerza momentánea con que hablaba en la conversación fuera provocada por una excitación ficticia, pasajera y más bien funesta, que hacía decir a los extraños: «Ya está mejor, lo que hace falta es que no piense en su mal», pero, por el contrario, aumentaba este mal, que no tardaba en manifestarse nuevamente. Como quiera que sea, el barón (y aun teniendo en cuenta mi adaptación) lanzaba sus palabras con más fuerza, como lanza la marea, los días de mal tiempo, sus pequeñas olas tortuosas.

Y lo que le quedaba de su reciente ataque hacía oír en el fondo de sus palabras como un ruido de cantos rodados. Por lo demás, seguía hablándome del pasado, seguramente por demostrarme bien que no había perdido la memoria, y lo evocaba de una manera fúnebre, pero sin tristeza. Enumeraba continuamente a todas las personas de su familia o de su mundo que ya no existían, al parecer más con la satisfacción de sobrevivirlas que con la tristeza de que ya no vivieran. Recordando a aquellos muertos parecía darse mejor cuenta de su propio retorno a la salud. Repetía con una dureza casi triunfal, en un tono uniforme, ligeramente tartamudeante y con sordas resonancias sepulcrales: «¡Aníbal de Bréauté, muerto! ¡Antonio de Mouchy, muerto! ¡Carlos Swann, muerto! ¡Adalberto de Montmorency,

muerto! ¡Boson de Talleyrand, muerto! ¡Sosthènes de Doudeauville, muerto!». Y cada vez esta palabra «muerto» parecía caer sobre aquellos difuntos como una paletada de tierra más pesada, lanzada por un sepulturero empeñado en hundirlos más profundamente en la tierra.

En aquel momento pasó a pie junto a nosotros la duquesa de Létourville, que no iba a la fiesta de la princesa de Guermantes porque acababa de estar mucho tiempo enferma, y al ver al barón, cuyo reciente ataque ignoraba, se detuvo a saludarle. Pero la enfermedad que acababa de sufrir no produjo el efecto de comprender mejor, sino de soportar más impacientemente, con un mal humor nervioso en el que quizá entraba mucha compasión, la enfermedad de los demás. Al oír al barón pronunciar difícilmente y desafinando ciertas palabras, al verle mover torpemente el brazo, nos miró sucesivamente a Jupien y a mí como pidiéndonos la explicación de un fenómeno tan chocante. Como no le dijimos nada dirigió al propio *monsieur* de Charlus una larga mirada llena de tristeza, pero también de reproches. Parecía acusarle de comportarse con ella en la calle en un actitud tan poco usual como si hubiera salido sin corbata o sin zapatos. Ante una nueva falta de pronunciación de *monsieur* de Charlus, aumentaron a la par el dolor y la indignación de la duquesa, y dijo al barón: «¡Palamede!», en el tono interrogativo y exasperado de las personas demasiado nerviosas que no pueden soportar esperar un minuto y, si les hacen entrar en seguida disculpándose de estar acabando de arreglarse, dicen amargamente, y no a modo de excusa, sino de acusación: «¡De modo que le molesto!», como si fuera un delito por parte de aquel a quien se molesta. Y acabó por dejarnos con un gesto cada vez más desolado diciendo al barón: «Haría usted mejor envolverse a casa».

El barón pidió sentarse en un sillón para descansar mientras Jupien y yo andábamos unos pasos y sacó penosamente del bolsillo un libro que me pareció un libro de oraciones. Me complació enterarme por Jupien de muchos detalles sobre el estado de salud del barón.

—Me alegro mucho de hablar con usted —me dijo Jupien—, pero no pasaremos del Rond-Point. A Dios gracias, ahora el barón está bien, pero no me atrevo a dejarle mucho tiempo solo, es el mismo de siempre, tiene

demasiado buen corazón, daría a los demás todo lo que tiene; pero no es esto sólo, sigue siendo tan perdulario como un mozo, y tengo que abrir mucho los ojos.

—Sobre todo, porque él ha vuelto a abrir los suyos —contesté—; me dio mucha pena enterarme de que había perdido la vista.

—Pues sí, la parálisis le afectó a esa parte; no veía absolutamente nada. Piense que, durante la cura, que, por otra parte, le ha hecho tanto bien, estuvo varios meses sin ver más de lo que ve un ciego de nacimiento.

—Por lo menos, eso le evitaría a usted toda una parte de su vigilancia.

—Nada de eso: apenas llegaba a un hotel me preguntaba cómo era esta o la otra persona del servicio. Yo le aseguraba que no había más que mamarrachos. Pero él se daba cuenta de que no podía ser así, tan general, de que algunas veces debía de mentirle. ¡Mírele, el muy granuja! Y, además, tenía una especie de olfato, puede que por la voz, yo qué sé.

Entonces se las arreglaba para mandarme a algún recado urgente. Un día —perdone que le diga esto, pero usted estuvo una vez por casualidad en el Templo del Impudor, y no tengo nada que ocultarle (además, Jupien tenía siempre una satisfacción bastante poco simpática en exhibir secretos que él detentaba)—; un día, al volver de uno de aquellos recados supuestamente urgentes, y volvía más de prisa porque me figuraba que el recado era un amaño, y al acercarme al cuarto del barón, oí una voz que decía: «¿Qué?». «Pero —replicó el barón— ¿es que era la primera vez?». Entré sin llamar y cuál no sería mi susto. El barón, engañado por la voz, más fuerte de lo que suele ser a esa edad (en aquella época el barón estaba completamente ciego), estaba, él, al que antes le gustaban las personas maduras, con un niño que no tenía diez años.

Me han contado que en aquella época sufría casi diariamente crisis de depresión mental, caracterizada no positivamente por la divagación, sino por la confesión en voz alta, ante personas cuya presencia o cuya severidad olvidaba, de opiniones que acostumbraba a ocultar: por ejemplo, su germanofilia. Si mucho tiempo después de la guerra se lamentaba de la derrota de los alemanes, entre los que se incluía, y decía orgullosamente: «No es posible que no nos tomemos nuestro desquite, pues hemos

demostrado que éramos nosotros los más capaces de mayor resistencia y que tenemos la mejor organización». O bien sus confidencias tomaban otro tono y exclamaba con rabia: «Que no vengan lord X o el príncipe de… a decirnos de nuevo lo que decían ayer, pues he tenido que contenerme mucho para no contestarles: Bien saben ustedes que lo son por lo menos tanto como yo». Inútil añadir que cuando *monsieur* de Charlus hacía confesiones germanófilas o de otro tipo, en los momentos en que, como suele decirse, no estaba muy «presente», las personas que le rodeaban, ya fuesen Jupien o la duquesa de Guermantes, tenían la costumbre de interrumpir las palabras imprudentes y de dar para terceros menos íntimos y más indiscretos una interpretación forzada pero honorable.

—¡Santo Dios! —exclamó Jupien—, razón tenía yo en no querer que nos alejáramos: ya se las arregló para entrar en conversación con un jardinero. Adiós, señor, es mejor que me despida y que no deje solo ni un momento a mi enfermo, que ya no es más que un niño grande.

Volví a apearme del coche un poco antes de llegar a casa de la princesa de Guermantes, y de nuevo me puse a pensar en aquella lasitud y en aquel hastío con que, la víspera, intentara notar la línea que, en uno de los campos reputados como los más famosos de Francia, separaba en los árboles la sombra de la luz. Desde luego, las conclusiones intelectuales que sacaba no afectaban hoy tan cruelmente a mi sensibilidad. Seguían siendo las mismas, pero, como siempre que me encontraba fuera de mis costumbres, salir a otra hora, a un lugar nuevo, me producía un vivo placer. Este placer me parecía hoy puramente frívolo, el de ir a una fiesta en casa de *madame* de Guermantes. Pero puesto que ahora sabía que ya no podía esperar más que placeres frívolos, ¿por qué privarme de ellos? Volvía a pensar que, al intentar aquella descripción, no sentí nada de ese entusiasmo que no es la única señal, pero sí la primera del talento. Ahora intentaba sacar de mi memoria otras «instantáneas», especialmente instantáneas que había tomado en Venecia, pero nada más que esta palabra me la hacía aburrida como una exposición de fotografías, y ya no me sentía con gusto ni con talento para describir lo que vi en otro tiempo, como tampoco la víspera para describir lo que observaba con ojos minuciosos y graves en el

momento mismo. Dentro de un instante, muchos amigos a los que no había visto desde hacía mucho tiempo iban seguramente a pedirme que no me aislara así, que les dedicara mis días. No tenía ninguna razón para negárselo, puesto que ahora tenía la prueba de que ya no servía para nada, de que la literatura no podía ya darme ningún gozo, fuera por culpa mía, por mis escasas dotes, fuera por la suya, si es que había en ella menos realidad de lo que yo había creído.

Cuando pensaba en lo que Bergotte me dijo: «Está usted enfermo, pero no hay que compadecerle: tiene los goces de la inteligencia», ¡cómo se equivocaba sobre mí! ¡Qué escasa satisfacción había en aquella lucidez estéril! Y aun añado que si alguna vez tenía yo quizá satisfacciones (no de la inteligencia), las gastaba siempre por una mujer diferente; de suerte que, aunque el Destino me hubiera concedido cien años más de vida, y sin enfermedades, no haría más que añadir prolongaciones sucesivas a una existencia simplemente longitudinal sin que se viese siquiera el interés de que se prolongara más, y con mayor razón durante mucho tiempo. En cuanto a los «goces de la inteligencia», ¿podía yo llamar así a aquellas frías observaciones que mis ojos clarividentes o mi razonamiento exacto destacaban sin ningún placer y que permanecían infecundas?

Pero a veces, en el momento en que todo nos parece perdido, llega la señal que puede salvarnos; hemos llamado a todas las puertas que no dan a ningún sitio, y la única por la que podemos entrar y que habríamos buscado en vano durante cien años, tropezamos con ella sin saberlo y se nos abre. Rumiando los tristes pensamientos que decía hace un momento, entré en el patio del hotel de Guermantes, y en mi distracción no pude ver un coche que avanzaba; el grito del *wattman* sólo me dio tiempo para apartarme bruscamente, y retrocedí lo bastante para chocar sin querer contra el pavimento bastante desigual tras el cual estaba la cochera. Pero en el momento en que, rehaciéndome, puse el pie en una losa un poco menos alta que la anterior, todo mi desaliento se esfumó ante la misma felicidad que, en diversas épocas de mi vida, me dio la vista de los árboles que creí reconocer en un paseo en coche alrededor de Balbec, la vista de los campanarios de Martinville, el sabor de una magdalena mojada en una

infusión, tantas otras sensaciones de las que he hablado y que las últimas obras de Vinteuil me parecieron sintetizar. Igual que en el momento en que saboreaba la magdalena, desaparecieron toda inquietud sobre el porvenir, toda duda intelectual. Las que me asaltaran un momento antes sobre la realidad de mis dotes literarias y hasta sobre la realidad de la literatura se disiparon como por encanto. Sin haber hecho ningún razonamiento nuevo, sin haber encontrado ningún argumento decisivo, las dificultades, insolubles un momento antes, perdieron toda importancia. Pero esta vez estaba completamente decidido a no resignarme a ignorar por qué, como lo hice el día que saboreé una magdalena mojada en una infusión. La felicidad que acababa de sentir era, en efecto, la misma que la que sintiera comiendo la magdalena y cuyas causas profundas dejé de buscar entonces. La diferencia, puramente material, radicaba en las imágenes evocadas; un azur profundo me embriagaba los ojos, unas impresiones de frescor, de luz deslumbradora, giraban junto a mí y, en mi deseo de apresarlas, sin atreverme a moverme, como cuando saboreaba la magdalena intentando captar de nuevo lo que me recordaba, seguía titubeando, a riesgo de hacer reír a la innumerable multitud de los *wattmen*, como hacía un momento, un pie sobre la losa más alta, otro sobre la losa más baja. Cada vez que daba sólo materialmente este mismo paso, resultaba inútil; pero si, olvidando la fiesta de Guermantes, lograba revivir lo que había sentido al posar así los pies, de nuevo me rozaba la visión deslumbrante e indistinta, como diciéndome: «Cógeme al paso si eres capaz de ello y procura resolver el enigma de felicidad que te propongo». Y casi inmediatamente la reconocí: era Venecia, de la que nada me habían dicho nunca mis esfuerzos por describirla y las supuestas instantáneas tomadas por mi memoria, y ahora me la devolvía la sensación experimentada tiempo atrás en dos losas desiguales del bautisterio de San Marcos, con todas las demás sensaciones unidas aquel día a esta sensación y que habían permanecido en la espera, en su lugar, en la serie de los días olvidados, de donde las hizo salir imperiosamente un brusco azar. De la misma manera el sabor de la pequeña magdalena me recordó Combray. Mas ¿por qué, en uno y en otro momento, las imágenes de Combray y de

Venecia me dieron un goce parecido a una certidumbre y suficiente, sin más pruebas, para que la muerte no me importara?

Mientras me lo preguntaba, resuelto hoy a encontrar la respuesta, entré en el hotel de Guermantes, porque a la tarea interior que tenemos que desempeñar anteponemos siempre el papel aparente que desempeñamos y que, aquel día, era el de un invitado. Mas al llegar al primer piso, un mayordomo me pidió que entrara un momento en un saloncito-biblioteca contiguo al *buffet*, hasta que terminara la pieza que estaban tocando, pues la princesa había prohibido que abrieran las puertas mientras durara. Y en aquel mismo momento una segunda advertencia vino a reforzar la que me habían hecho las dos losas desiguales y a exhortarme a perseverar en mi tarea. Un criado, en su infructuoso esfuerzo por no hacer ruido, acababa de hacer chocar una cuchara contra un plato. Me invadió la misma clase de felicidad que me habían dado las losas desiguales; las sensaciones eran todavía muy calurosas, pero muy diferentes: mezcla de un olor a humo, neutralizado por el fresco olor de un marco forestal, y reconocí que lo que me parecía tan agradable era la misma fila de árboles que tan aburrida me pareció de observar y de describir, y ante la cual, destapando la botella de cerveza que tenía en el vagón, acababa de creer por un momento, en una especie de mareo, que me encontraba: hasta tal punto el ruido idéntico de la cuchara contra el plato me dio, antes de volver en mí, la ilusión del ruido del martillo de un empleado que estaba arreglando algo en una rueda del tren mientras estábamos detenidos ante aquel bosquecillo. Y dijérase que los signos que aquel día iban a sacarme de mi desánimo y a devolverme la fe en las letras se empeñaban en multiplicarse, pues un mayordomo que llevaba mucho tiempo al servicio del príncipe de Guermantes me reconoció y me llevó a la biblioteca donde estaba, y para que no tuviera que ir al *buffet*, un surtido de pastas, un vaso de naranjada, y me limpié la boca con la servilleta que me dio, pero en seguida, como el personaje de Las *mil y una noches* que, sin saberlo, realizaba precisamente el rito que hacía aparecer, visible para él solo, un dócil genio dispuesto a transportarle lejos, pasó ante mis ojos una nueva visión de azur; pero era un azur puro y salino, y se infló en unos senos azulencos; la impresión fue tan fuerte que el

momento que vivía me pareció el momento actual; más alelado que el día en que me preguntaba si de verdad me iba a recibir la princesa de Guermantes o si se iba a hundir todo, creía que el criado acababa de abrir la ventana a la playa y que todo me invitaba a bajar a pasearme por el malecón en la marea alta; la servilleta que había cogido para limpiarme la boca tenía precisamente esa tiesura almidonada de aquella con que tanto me costó secarme delante de la ventana el primer día de mi llegada a Balbec, y ahora, ante esta biblioteca del hotel de Guermantes, desplegaba, repartido en sus bordes y en sus dobleces, el plumaje de un océano verde y azul como la cola de un pavo real. Y yo gozaba no sólo de aquellos colores, sino de todo un instante de mi vida que los revelaba, que había sido sin duda aspiración hacia ellos, de los que quizá algún sentimiento de fatiga o de tristeza me impidió gozar en Balbec, y que ahora, libre de lo que hay de imperfecto, puro e inmaterial en la percepción exterior, me llenaba de alegría.

Lo que estaban tocando podía terminar de un momento a otro y yo podía verme obligado a entrar en el salón. Por eso me esforcé por ver lo más claro posible en la naturaleza de los goces idénticos que por tres veces en unos minutos acababa de sentir, y luego por dilucidar la enseñanza que de aquello debía sacar. No me paré a pensar en la gran diferencia que existe entre la verdadera impresión que hemos tenido de una cosa y la impresión ficticia que nos damos cuando intentamos voluntariamente representárnosla. Recordando demasiado la relativa indiferencia con que Swann podía hablar en otro tiempo de los días en que había sido amado, porque bajo estas palabras veía otra cosa que no eran ellos, y el súbito dolor que le causó la pequeña frase de Vinteuil evocándole aquellos mismos días tales como antaño los sintiera, me daba demasiada cuenta de que lo que la sensación de las losas desiguales, la rigidez de la servilleta, el sabor de la magdalena despertaron en mí no tenía ninguna relación con lo que yo procuraba muchas veces recordar de Venecia, de Balbec, de Combray, con ayuda de una memoria uniforme; y comprendía que la vida pudiera parecer mediocre, aunque en ciertos momentos pareciera tan bella, porque en el primer caso se la juzga y se la desprecia por otra cosa distinta de ella misma, en imágenes que no conservan nada de ella. A lo sumo notaba

accesoriamente que la diferencia que existe entre cada una de las impresiones reales —diferencias que explican que una pintura uniforme de la vida no pueda ser parecida— depende probablemente de que la menor palabra que hemos dicho en una época de nuestra vida, el gesto más insignificante que hemos hecho iba acompañado, llevaba en él el reflejo de cosas que, lógicamente, no eran suyas, que fueron separadas de él por la inteligencia que no tenía nada que hacer con ellas para las necesidades del razonamiento, pero en medio de las cuales —aquí reflejo rosa de la tarde sobre la pared florida de un restaurante campestre, sensación de hambre, deseo de mujeres, placer de lujo; allí volutas azules del mar mañanero envolviendo unas frases musicales que emergen parcialmente de él como los hombros de las ondinas— el gesto, el acto más sencillo permanece clausurado como en mil vasos cerrados cada uno de los cuales estuviera lleno de cosas de un calor, de un olor, de una temperatura absolutamente diferentes; sin contar que estos vasos, dispuestos en toda la altura de nuestros años en los que no hemos dejado de cambiar, aunque sólo sea de sueño y de pensamiento, están situados en alturas muy diversas y nos dan la sensación de atmósferas muy variadas. Verdad es que estos cambios los hemos realizado insensiblemente; pero entre el recuerdo que nos vuelve bruscamente y nuestro estado actual, lo mismo que entre dos recuerdos de años, de lugares, de horas distintas, la distancia es tan grande que bastaría, aun prescindiendo de una originalidad específica, para hacerlos incomparables unos con otros. Sí, si el recuerdo, gracias al olvido, no ha podido contraer ningún lazo, echar ningún eslabón entre él y el minuto presente; si ha permanecido en su lugar, en su fecha; si ha guardado las distancias, el aislamiento en el seno de un valle o en la punta de un monte, nos hace respirar de pronto un aire nuevo, precisamente porque es un aire que respiramos en otro tiempo, ese aire más puro que los poetas han intentado en vano hacer reinar en el paraíso y que sólo podría dar esa sensación profunda de renovación si lo hubiéramos respirado ya, pues los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido.

Y de paso observaba que en esto, en la obra de arte que ya me sentía dispuesto a emprender, sin haberme decidido conscientemente a ello, habría

grandes dificultades. Pues tendría que realizar sus partes sucesivas en una materia muy diferente de la que convendría a los recuerdos de mañanas a la orilla del mar o de tardes en Venecia, si quería pintar aquellas tardes de Rivebelle, donde, en el comedor que daba al jardín, el calor empezaba a descomponerse, a caer, a remitir, donde un último resplandor iluminaba todavía las rosas sobre las paredes del restaurante mientras aún se veían en el cielo las últimas acuarelas del día en una materia distinta, nueva, de una transparencia, de una sonoridad especiales, compacta, refrescante y rosada.

Pasaba yo con rapidez sobre todo esto, más imperiosamente atraído por buscar la causa de aquella felicidad, del carácter de certidumbre con que se imponía, búsqueda aplazada en otro tiempo. Y esta causa la adivinaba comparando aquellas diversas impresiones dichosas y que tenían de común entre ellas el que yo las sentía a la vez en el momento actual y en un momento lejano, hasta casi confundir el pasado con el presente, hasta hacerme dudar en cuál de los dos me encontraba; en realidad, el ser que entonces gustaba en mí aquella impresión la gustaba en lo que tenía de común en un día antiguo y ahora, en lo que tenía de extratemporal, un ser que sólo aparecía cuando, por una de esas identidades entre el presente y el pasado, podía encontrarse en el único medio donde pudiera vivir, gozar de la esencia de las cosas, es decir, fuera del tiempo. Esto explicaba que mis inquietudes sobre mi muerte hubieran cesado en el momento en que reconocí inconscientemente el sabor de la pequeña magdalena, porque en aquel momento el ser que yo había sido era un ser extratemporal, despreocupado por lo tanto de las vicisitudes del futuro. Aquel ser no había venido nunca a mí, no se había manifestado jamás sino fuera de la acción, del goce inmediato, cada vez que el milagro de una analogía me había hecho evadirme del presente. Sólo él tenía el poder de hacerme recobrar los días antiguos, el tiempo perdido, ante lo cual los esfuerzos de mi memoria y de mi inteligencia fracasaban siempre.

Y si un momento antes me parecía que Bergotte había mentido al hablar de los goces de la vida espiritual era porque, en aquel momento, yo llamaba «vida espiritual» a unos razonamientos lógicos que no tenían relación con ella, con lo que existía en mí en aquel momento, exactamente como habían

podido parecerme aburridos el mundo y la vida porque los juzgaba por recuerdos sin verdad, mientras que ahora tenía tal apetito de vivir que acababa de hacer renacer en mí, por tres veces, un verdadero momento del pasado.

¿Nada más que un momento del pasado? Acaso mucho más; algo que, común a la vez al pasado y al presente, es mucho más esencial que los dos. En el transcurso de mi vida, la realidad me decepcionó muchas veces porque, en el momento de percibirla, mi imaginación, que era mi único órgano para gozar de la belleza, no podía aplicarse a ella, en virtud de la ley inevitable que dispone que sólo se pueda imaginar lo que está ausente. Y he aquí que, de pronto, el efecto de esta dura ley quedaba neutralizado, suspendido, por un expediente maravilloso de la naturaleza, que hizo espejear una sensación —ruido del tenedor y del martillo, igual titulo de libro, etc.— a la vez en el pasado, lo que permitía a mi imaginación saborearla, y en el presente, donde la sacudida efectiva de mi sentido por el ruido, el contacto de la servilleta, etc., añadió a los sueños de la imaginación aquello de que habitualmente carecen: la idea de existencia, y, en virtud de este subterfugio, permitió a mi ser lograr, aislar, inmovilizar —el instante de un relámpago— lo que no apresa jamás: un poco de tiempo en estado puro. El ser que renació en mí cuando, con tal estremecimiento de felicidad, percibí el ruido común a la vez a la cuchara que choca con el plato y al martillo que golpea la rueda, a la desigualdad de las losas del patio de Guermantes y del bautisterio de San Marcos, etcétera, ese ser se nutre sólo de la esencia de las cosas, sólo en ella encuentra su subsistencia, sus delicias, languidece en la observación del presente donde los sentidos no pueden llevarla, en la consideración de un pasado que la inteligencia le deseca, en la espera de un futuro que la voluntad construye con fragmentos del presente y del pasado a los que quita además parte de su realidad no conservando de ellos más que lo que conviene al fin utilitario, estrechamente humano, que les asigna. Pero si un ruido, un olor, ya oído o respirado antes, se oye o se respira de nuevo, a la vez en el presente y en el pasado reales sin ser actuales, ideales sin ser abstractos, en seguida se encuentra liberada la esencia permanente y habitualmente oculta de las

cosas, y nuestro verdadero yo, que, a veces desde mucho tiempo atrás, parecía muerto pero no lo estaba del todo, se despierta, se anima al recibir el celestial alimento que le aportan. Un minuto liberado del orden del tiempo ha recreado en nosotros, para sentirlo, al hombre, liberado del orden del tiempo. Y se comprende que este hombre sea confiado en su alegría, aunque el simple sabor de una magdalena no parezca contener lógicamente las razones de esa alegría; se comprende que la palabra «muerte» no tenga sentido para él; situado fuera del tiempo, ¿qué podría temer del futuro?

Pero este falso efecto que me acercaba un momento del pasado incompatible con el presente, este falso efecto no duraba. Por supuesto, se pueden prolongar los espectáculos de la memoria voluntaria que no nos exige más fuerzas que la de hojear un libro de estampas. Así, en otro tiempo, por ejemplo el día en que tenía que ir por primera vez a casa de la princesa de Guermantes, desde el patio soleado de nuestra casa de París miraba yo perezosamente, a elección mía, ya la plaza de la iglesia de Combray, o ya la playa de Balbec, como hubiera yo ilustrado el día que hacía hojeando un cuaderno de acuarelas tomadas en los diversos lugares donde había estado; y, con un egoísta placer de coleccionista, me dije catalogando así las ilustraciones de mi memoria: «La verdad es que he visto cosas bellas en mi vida». Entonces mi memoria afirmaba seguramente la diferencia de las sensaciones; pero no hacía más que combinar entre ellas unos elementos homogéneos. No ocurrió lo mismo en los tres recuerdos que acababa de tener y en los que, en vez de hacerme una idea más halagüeña de mi yo, casi, por el contrario, dudé de la realidad actual de este yo. De la misma manera que el día que mojé la magdalena en la infusión caliente, en el lugar donde me encontraba, fuera, como aquel día, mi cuarto de París, o, como hoy, en este momento, la biblioteca del príncipe de Guermantes, un poco antes el patio de su hotel, había en mí, irradiando a una pequeña zona en torno mío, una sensación (sabor de la magdalena mojada, ruido metálico, sensación del paso) que era común al lugar donde me encontraba y también a otro lugar (habitación de mi tía Octavia, vagón del tren, bautisterio de San Marcos). Y en el momento en que razonaba así, el ruido estridente de una cañería, muy parecido a esos largos alaridos que a veces, en el verano,

emiten los barcos de recreo por la noche en la costa de Balbec, me hizo experimentar (como una vez en París, en un gran restaurante, la vista de un lujoso comedor medio vacío, estival y caluroso) mucho más que una sensación simplemente análoga a la que recibí al final de la tarde en Balbec, cuando, ya cubiertas las mesas con el mantel y los cubiertos, abiertos de par en par los amplios ventanales que daban al malecón, sin un solo intervalo, un solo «macizo» de vidrio o de piedra, mientras el sol descendía lentamente sobre el mar, donde comenzaban a pitar los navíos para reunirme con Albertina y sus amigas que paseaban por el malecón no tenía más que saltar el marco de madera, apenas más alto que mi tobillo, sobre cuya bisagra, para la ventilación del hotel, habían corrido hasta superponerlos todos los cristales que se hallaban a continuación uno de otro. Pero en esta sensación no entraba el recuerdo doloroso de haber amado a Albertina. Sólo de los muertos se tiene un recuerdo doloroso. Ahora bien, los muertos se destruyen rápidamente, y en torno a sus tumbas sólo queda la belleza de la naturaleza, el silencio, la pureza del aire. Por otra parte, el ruido de la cañería del agua no me hizo experimentar únicamente un eco, un doble de una sensación pasada, sino la sensación misma. En este caso, como en todos los anteriores, la sensación común procura recrear en torno a ella el lugar antiguo, mientras que el lugar actual que ocupaba su sitio se oponía con toda la resistencia de su masa a aquella inmigración en un hotel de París de una playa normanda o de un talud de una vía de ferrocarril. El comedor marino de Balbec, con su mantelería adamascada preparada como manteles de altar para recibir la puesta del sol, procuró alterar la solidez del hotel de Guermantes, forzar sus puertas, e hizo vacilar por un momento los canapés en torno mío, como en otro tiempo hizo vacilar las mesas del restaurante de París. En estas resurrecciones, el lugar lejano engendrado en torno a la sensación común se acopló siempre por un momento, como un luchador, al lugar actual. Y siempre el lugar actual quedó vencedor; siempre el vencido me pareció el más bello; tan bello que me quedaba en éxtasis sobre la losa desigual como ante la taza de té, procurando retener en los momentos en que aparecía, hacer que reapareciera cuando se me escapaba, aquel Combray, aquella Venecia, aquel

Balbec invasores y rechazados que se elevaban para abandonarme en seguida en el seno de los lugares nuevos, pero permeables para el pasado. Y si el lugar actual no venciera en seguida, creo que perdería el conocimiento; pues esas resurrecciones del pasado, en el segundo que duran, son tan totales que no sólo obligan a nuestros ojos a dejar de ver la estancia que tienen cerca para mirar la vía bordeada de árboles o la marea ascendente: obligan a nuestras narices a respirar el aire de lugares sin embargo lejanos, a nuestra voluntad a elegir entre los diversos proyectos que nos proponen, a toda nuestra persona a creerse rodeada por ellos, o al menos a tropezar entre ellos y los lugares presentes, en el aturdimiento de una incertidumbre parecida a la que a veces experimentamos ante una visión inefable en el momento de dormirnos.

De suerte que lo que el ser tres o cuatro veces resucitado en mí acababa de gustar era quizá fragmentos de existencia sustraídos al tiempo, pero esta contemplación, aunque de eternidad, era fugitiva. Y, sin embargo, sentía que el goce que, con raros intervalos, me había producido en mi vida, era el único fecundo y verdadero. ¿Acaso la señal de la irrealidad de los demás no es bastante visible, sea por su imposibilidad para satisfacernos, como, por ejemplo, los placeres mundanos que causan a lo sumo el malestar provocado por la ingestión de un alimento abyecto, o la amistad, que es una simulación porque el artista que renuncia a una hora de trabajo por una hora de charla con un amigo sabe que, cualesquiera que sean las razones morales porque lo hace, sacrifica una realidad por una cosa que no existe (pues los amigos sólo son amigos en esa dulce locura que tenemos en el transcurso de la vida, a la que nos prestamos, pero que, en el fondo de nuestra inteligencia, sabemos que es el error de un loco que creyera que los muebles viven y hablara con ellos), sea por la tristeza que sigue a su satisfacción, como la que sentí, el día en que me presentaron a Albertina, por haber hecho un esfuerzo, aunque bien pequeño, para lograr una cosa —conocer a aquella muchacha— que me pareció pequeña sólo porque la había logrado? Incluso un placer más profundo, como el que hubiera podido sentir cuando amaba a Albertina, no lo percibía en realidad sino por inversión, por la angustia que sentía cuando ella no estaba allí, pues cuando

tenía la seguridad de que iba a llegar, como el día en que volvió del Trocadero, no creía sentir más que un vago fastidio, mientras que me iba exaltando cada vez más a medida que profundizaba, con una alegría creciente para mí, el ruido del cuchillo o el gusto de la infusión que hizo entrar en mi habitación la habitación de mi tía Leoncia, y detrás todo Combray, y sus dos lados. Por eso ahora estaba decidido a entregarme a esa contemplación de la esencia de las cosas, a fijarla, pero ¿cómo?, ¿por qué medio? Seguramente, cuando la rigidez de la servilleta me devolvió Balbec, acarició por un momento mi imaginación no sólo con la vista del mar tal como estaba aquella mañana, sino con el olor de la habitación, la velocidad del viento, con el deseo de almorzar, la incertidumbre entre los diversos paseos, todo ello unido a la sensación de la servilleta como las mil alas de los ángeles —seguramente, en el momento en que la desigualdad de las dos losas prolongó las imágenes secas y entecas que tenía de Venecia y de San Marcos, en todos los sentidos y en todas las dimensiones, con todas las sensaciones que había sentido, recordando la plaza de la iglesia, el embarcadero en la plaza, el canal en el embarcadero, y, en todo lo que los ojos ven, el mundo de deseo que sólo el espíritu ve—, estuve tentado, si no, por causa de la estación, a ir a pasear por las aguas para mí sobre todo primaverales de Venecia, al menos a volver a Balbec. Pero no me detuve ni un momento en esta idea. No sólo sabía que los países no eran como su nombre me los pintaba, y sólo apenas, en mis sueños, durmiendo, se extendía ante mí un lugar hecho de pura materia enteramente distinta de las cosas corrientes que vemos, que tocamos, y que había sido su materia cuando yo me los representaba; sino que, también en lo referente a estas imágenes de otro género, las del recuerdo, sabía yo que la belleza de Balbec no la había encontrado cuando estaba allí y que la misma belleza que me había dejado no era ya la que encontré en mi segunda estancia. Había experimentado demasiado la imposibilidad de encontrar en la realidad lo que estaba en el fondo de mí mismo, que el tiempo perdido no lo volvería a encontrar en la plaza de San Marcos, como no lo encontré en mi segundo viaje a Balbec o en mi retorno a Tansonville para ver a Gilberta, y que el viaje, que no hacía sino ofrecerme una vez más la ilusión de que aquellas

impresiones antiguas existían fuera de mí mismo, en la esquina de cierta plaza, no podía ser el medio que yo buscaba. Y no quería dejarme engañar una vez más, pues se trataba para mí de saber por fin si era verdaderamente posible lograr lo que, siempre desilusionado como lo estuve en presencia de los lugares y de los seres, había creído irrealizable (por más que una vez la pieza para concierto de Vinteuil pareciera decirme lo contrario). No iba a intentar una experiencia más en la vía que, desde hacía tiempo, sabía yo que no iba a ninguna parte. Impresiones como las que yo intentaba fijar tenían forzosamente que desvanecerse en contacto con un goce directo que ha sido impotente para hacerlas nacer. La única manera de gustarlas más era procurar conocerlas mejor, allí donde se encontraran, es decir, en mí mismo, esclarecerlas hasta en sus profundidades. No pude conocer el placer de Balbec, como no pude conocer el de vivir con Albertina, que sólo *a posteriori* me fue perceptible. Y la recapitulación que hacía de las decepciones de mi vida, de mi vida vivida, y que me hacían creer que su realidad debía de residir fuera de la acción, no se relacionaba de una manera puramente fortuita y según las circunstancias de mi existencia con otras decepciones diferentes. Bien advertía yo que la decepción del viaje, la decepción del amor, no eran decepciones disparejas, sino el aspecto variado que adopta, según el hecho a que se aplica, nuestra impotencia para realizarnos en el goce material, en la acción efectiva. Y volviendo a pensar en aquella alegría extratemporal causada, bien por el sonido de la cuchara, bien por el sabor de la magdalena, me decía: «¿Era aquello, aquella felicidad suscitada por la pequeña frase de la sonata a Swann que se engañó asimilándolo al goce del amor y no supo encontrarlo en la creación artística, aquella felicidad que me hizo presentir como más supraterrestre aún que lo hizo la pequeña frase de la sonata la llamada roja y misteriosa de aquel *septuor* que Swann no pudo conocer, porque murió, como tantos otros, antes de que fuera revelada la verdad hecha para ellos? Por otra parte, no habría podido servirle, pues esta frase podía muy bien simbolizar una llamada, mas no crear unas fuerzas y hacer de Swann el escritor que Swann no era».

Sin embargo, al cabo de un momento, después de pensar en esas resurrecciones de la memoria, me di cuenta de que, de una u otra manera, y ya en Combray, en el camino de Guermantes, ciertas impresiones oscuras solicitaron a veces mi pensamiento a la manera de esas reminiscencias, pero que ocultaban no una sensación de otro tiempo, sino una verdad nueva, una imagen preciosa que yo intentaba descubrir con esfuerzos del mismo género que los que se hacen para recordar algo, como si nuestras más bellas ideas fueran así como aires de música que nos volvieran sin haberlos oído nunca y nos esforzáramos por escucharlos, por transcribirlos. Recordé con gusto, porque esto me demostraba que yo era ya el mismo entonces y que aquello cubría un rasgo fundamental de mi naturaleza, con tristeza también pensando que desde entonces no había progresado nada, que ya en Combray fijaba con atención en mi mente alguna imagen que me había obligado a mirarla, una nube, un triángulo[31], un campanario, una flor, una piedra, sintiendo que acaso había bajo aquellas señales algo muy diferente que yo debía procurar descubrir, una idea que traducían a la manera de esos caracteres jeroglíficos que creeríamos que representan solamente objetos materiales. Desde luego, era difícil descifrarlo, pero sólo descifrándolo podríamos leer en él alguna verdad. Pues las verdades que la inteligencia capta directamente con toda claridad en el mundo de la luz plena tienen algo de menos profundo, de menos necesario que las que la vida nos ha comunicado sin buscarlo nosotros en una impresión, material porque nos ha entrado por los sentidos, pero en la que podemos encontrar el espíritu. En suma, tanto en un caso como en otro, trátese de impresiones como la que me produjo ver los campanarios de Martinville, o de reminiscencias como la de la desigualdad de las dos losas o el sabor de la magdalena, había que procurar interpretar las sensaciones como los signos de tantas leyes y de tantas ideas, intentar pensar, es decir, hacer salir de la penumbra lo que había sentido, convertirlo en un equivalente espiritual. Ahora bien, este medio que me parecía el único, ¿qué otra cosa es que hacer una obra de arte? Y ya las consecuencias se atropellaban en mi mente; pues tratárase de reminiscencias del género del ruido del tenedor o del gusto de la magdalena, o de aquellas verdades escritas con ayuda de figuras cuyo

sentido intentaba yo buscar en mi cabeza, donde campanarios, malezas, componían un jeroglífico complicado y florido, y su primer carácter era que yo no podía elegirlas a mi antojo, que me eran dadas tales como estaban. Y me daba cuenta de que esto debía de ser la señal de su autenticidad. Yo no había ido a buscar las dos losas desiguales del patio donde tropecé. Pero precisamente la manera fortuita, inevitable, en que había vuelto a encontrar esta sensación, certificaba la verdad del pasado que resucitaba, de las imágenes que desencadenaba, puesto que sentimos su esfuerzo por emerger hacia la luz, sentimos la alegría de la realidad recobrada. Certifica también la verdad de todo el cuadro, hecho de impresiones contemporáneas, que lleva tras sí con esa infalible proporción de luz y de sombra, de relieve y de omisión, de recuerdo y de olvido que la memoria o la observación conscientes ignorarán siempre.

En cuanto al libro interior de signos desconocidos (al parecer de signos en relieve, que mi atención, explorando mi inconsciente, iba a buscar, chocaba con ellos, los contorneaba, como un buzo), para cuya lectura nadie podía ayudarme con regla alguna, esta lectura consistía en un acto de creación en el que nadie puede sustituirnos ni siquiera colaborar con nosotros. Por eso, ¡cuántos renuncian a escribirlo! ¡Cuántas tareas se asumen por renunciar a esa! Cada acontecimiento, fuera el asunto Dreyfus o fuera la guerra, proporcionó a los escritores otras disculpas para no descifrar aquel libro; querían asegurar el triunfo del Derecho, rehacer la unidad moral de la nación, no tenían tiempo de pensar en la literatura. Pero no eran más que disculpas, porque no tenían, o no tenían ya, talento, es decir, instinto. Pues el instinto dicta el deber y la inteligencia proporciona los pretextos para eludirlo.

Pero las excusas no figuran en el arte, pues en el arte no cuentan las intenciones: el artista tiene que escuchar en todo momento a su instinto, por lo que el arte es lo más real que existe, la escuela más austera de la vida y el verdadero juicio Final. Ese libro, el más penoso de todos de descifrar, es también el único dictado por la realidad, el único cuya «impresión» la ha hecho en nosotros la realidad misma. Cualquiera que sea la idea dejada en nosotros por la vida, su figura material, huella de la impresión que nos ha

hecho, es también la prueba de su verdad necesaria. Las ideas formadas por la inteligencia pura no tienen más que una verdad lógica, una verdad posible, su elección es arbitraria. El libro de caracteres figurados, no trazados por nosotros, es nuestro único libro. No porque las ideas que formamos no puedan ser justas lógicamente, sino porque no sabemos si son verdaderas. Solamente la impresión, por mísera que parezca su materia, por inconsistente que sea su huella, es un criterio de verdad, y por eso sólo ella merece ser aprehendida por la mente, pues sólo ella es capaz, si la mente sabe captar esa verdad, de llevarla a una mayor perfección y de darle una pura alegría. La impresión es para el escritor lo que la experimentación para el sabio, con la diferencia de que en el sabio el trabajo de la inteligencia precede y el del escritor viene después. Lo que no hemos tenido que descifrar, que dilucidar con nuestro esfuerzo personal, lo que estaba claro antes de nosotros, no es nuestro. Sólo viene de nosotros mismos lo que nosotros sacamos de la oscuridad que está en nosotros y que los demás no conocen[32].

Yo había llegado, pues, a la conclusión de que no somos en modo alguno libres ante la obra de arte, de que no la hacemos a nuestra guisa, sino que, preexistente en nosotros, tenemos que descubrirla, a la vez porque es necesaria y oculta, y como lo haríamos tratándose de una ley de la naturaleza. Pero este descubrimiento que el arte podía obligarnos a hacer ¿no era, en el fondo, el que más precioso debería sernos, y que generalmente nos es desconocido para siempre, nuestra verdadera vida, la realidad tal como la hemos sentido y que difiere tanto de lo que creemos que tan felices nos sentimos cuando un azar nos trae el recuerdo verdadero? Yo me cercioraba de ello por la falsedad misma del arte supuestamente realista y que no sería tan falso si no hubiéramos tomado en la vida la costumbre de dar a lo que sentimos una expresión que tanto difiere de ello y que, al cabo de poco tiempo, tomamos por la realidad misma. Me daba cuenta de que no tendría que cargar con las diversas teorías literarias que por un momento me perturbaron —concretamente con las que la crítica desarrolló en el momento del asunto Dreyfus y resucitó durante la guerra, teorías que tendían a «hacer salir al artista de su torre de marfil», y a tratar

de temas no frívolos ni sentimentales, sino pintar grandes movimientos obreros y, a falta de multitudes, por lo menos no de insignificantes ociosos («confieso que la pintura de esos inútiles me es bastante indiferente», decía Bloch), sino de nobles intelectuales o de héroes—. Por otra parte, aun antes de discutir su contenido lógico, aquellas teorías me parecían denotar en los que las sostenían una prueba de inferioridad, como un niño verdaderamente bien educado que oye decir a las personas a cuya casa le han mandado a almorzar: «Nosotros lo contamos todo, somos francos», siente que esto denota una cualidad moral inferior a la buena acción pura y simple, que no dice nada. El verdadero arte no tiene nada que hacer en tantas proclamas y se realiza en el silencio. Por otra parte, los que así teorizaban empleaban frases hechas que se parecían singularmente a las de los imbéciles que ellos criticaban. Y acaso es más bien la calidad del lenguaje que el género de estética lo que permite juzgar el grado a que ha llegado el trabajo intelectual y moral. Mas, a la inversa, esta calidad del lenguaje[33] de la que los teóricos creen que pueden prescindir, los que admiran a los teóricos creen fácilmente que no demuestra un gran valor intelectual, valor que ellos, para discernirlo, necesitan ver expresado directamente y que no deducen de la belleza de una imagen. De aquí la grosera tentación para el escritor de escribir obras intelectuales. Gran indelicadeza. Una obra en la que hay teorías es como un objeto en el que se deja la marca del precio. Se razona, es decir, se divaga, cada vez que no se tiene el valor de limitarse a hacer pasar una impresión por todos los estados sucesivos que acabarán en su fijación, en su expresión. La realidad que se trataba de expresar residía, ahora lo comprendo, no en la apariencia del tema, sino en una profundidad en la que esta apariencia importaba poco, como lo simbolizaban aquel ruido de una cuchara contra un plato, aquella rigidez almidonada de la servilleta, que me fueron más valiosos para mi renovación espiritual que tantas conversaciones humanitarias, patrióticas, internacionalistas y metafísicas. «¡Nada de estilo —había oído yo decir entonces—, nada de literatura, vida!». Se puede imaginar cómo reflorecieron desde la guerra hasta las simples teorías de *monsieur* de Norpois contra los «flautistas». Pues todos los que no tienen el sentido artístico, es decir la sumisión a la realidad

interior, pueden estar provistos de la facultad de razonar sobre el arte hasta el infinito. A poco que sean, además, diplomáticos o financieros, a poco metidos que estén en las «realidades» del tiempo presente, creen fácilmente que la literatura es un juego del espíritu destinado a ser eliminado cada vez más en el futuro. Algunos pretendían que la novela fuera una especie de desfile cinematográfico de las cosas. Esto era absurdo. Nada más lejos de lo que hemos percibido en realidad que semejante vista cinematográfica.

Precisamente, como al entrar en aquella biblioteca recordé lo que los Goncourt dicen de las bellas ediciones originales que contiene, me propuse mirarlas mientras permanecía encerrado allí. Y, sin dejar de seguir mi razonamiento, iba sacando uno a uno, por lo demás sin prestarles gran atención, los preciosos volúmenes, cuando, al abrir distraídamente uno de ellos, *François le Champi*, de George Sand, sentí una desagradable impresión por algo que estaba en desacuerdo con mis pensamientos de aquel momento, hasta que, con una emoción que casi me hizo llorar, me di cuenta de hasta qué punto aquella impresión estaba de acuerdo con ellos. Mientras, en la cámara mortuoria, los empleados de pompas fúnebres se preparan a bajar el ataúd y el hijo de un hombre que ha prestado servicios a la patria estrecha la mano a los últimos amigos que desfilan; si, de repente, suena una marcha bajo sus ventanas, se irrita creyendo que una burla ha herido su pena; pero este hijo, que hasta entonces se ha dominado, no puede ya contener las lágrimas, pues acaba de comprender que lo que está oyendo es la música de un regimiento que se asocia a su duelo y rinde honores a los restos de su padre. Asimismo acababa yo de reconocer cómo concordaba con mis pensamientos la dolorosa impresión que sentí al ver aquel título de un libro en la biblioteca del príncipe de Guermantes; título que me dio la idea de que la literatura nos ofrecía verdaderamente ese mundo de misterio que yo no encontraba ya en ella. Sin embargo, no era un libro muy extraordinario, era *François le Champi*. Pero este nombre, como el nombre de los Guermantes, no era para mí como lo que conocí después. El recuerdo de lo que me pareció inexplicable en el tema de *François le Champi* cuando mamá me leía el libro de George Sand, lo despertó aquel título (de la misma manera que el nombre de Guermantes, cuando yo llevaba mucho tiempo sin

ver a los Guermantes, contenía para mí tanto feudalismo —como *François le Champi* la esencia de la novela—), y sustituía por un momento la idea muy común de lo que son las novelas del Berry de George Sand. En una comida, cuando el pensamiento permanece siempre en la superficie, yo habría podido seguramente hablar de *François le Champi* y de los Guermantes sin que ni uno ni otros fueran los de Combray. Pero cuando estaba solo, como ahora, me encontraba sumergido a mayor profundidad. En aquel momento, la idea de que una persona a la que había conocido en sociedad era prima de *madame* de Guermantes, es decir, de un personaje de linterna mágica, me parecía incomprensible, y lo mismo que los bellos libros que había leído fuesen, no digo siquiera superiores —que sí lo eran —, sino iguales a este extraordinario *François le Champi*. Era una impresión muy antigua, a la que se mezclaban tiernamente mis recuerdos de infancia y de familia y que no había reconocido en seguida. En el primer momento me pregunté con rabia quién era el extraño que venía a hacerme daño. Ese extraño era yo mismo, era el niño que yo era entonces, que el libro acababa de suscitar en mí, pues, como no conocía de mí sino aquel niño, a aquel niño evocó en seguida el libro, sin querer ser mirado más que por sus ojos, sin querer ser amado más que por su corazón, sin querer hablar a nadie más que a él. Aquel libro que mi madre me leyera en voz alta en Combray casi hasta la mañana había conservado, pues, para mí todo el encanto de aquella noche. Claro es que la «pluma» de George Sand, para emplear una expresión de Brichot, a quien tanto le gustaba decir que un libro estaba escrito «con una pluma ágil», no me parecía en absoluto, como durante tanto tiempo le pareció a mi madre antes de amoldar sus gustos literarios a los míos, una pluma mágica. Pero era una pluma que, sin quererlo, electricé como suelen entretenerse en hacerlo los colegiales, y mil naderías de Combray que yo había dejado de ver desde hacía tiempo saltaban ahora ligeramente por sí mismas y venían a suspenderse una tras otra de la aguja imantada, en una cadena interminable y trémula de recuerdos.

Ciertos espíritus amigos del misterio quieren creer que los objetos conservan algo de los ojos que los miraron, que los monumentos y los

cuadros los vemos únicamente bajo el velo sensible que les han tejido durante siglos el amor y la contemplación de tantos adoradores. Esta quimera resultaría cierta si la transpusieran al plano de la única realidad de cada uno, al plano de su propia sensibilidad. Si, en este sentido, sólo en este sentido (pero es mucho más grande), una cosa que hemos mirado en otro tiempo, si volvemos a verla, nos devuelve, con la mirada que pusimos en ella, todas las imágenes que entonces la llenaban. Y es que las cosas —un libro bajo su cubierta roja, como los demás—, en cuanto las percibimos pasan a ser en nosotros algo inmaterial, de la misma naturaleza que todas nuestras preocupaciones o nuestras sensaciones de aquel tiempo, y se mezclan indisolublemente con ellas. Un nombre leído antaño en un libro contiene entre sus sílabas el viento rápido y el sol brillante que hacía cuando lo leíamos. De suerte que la literatura que se limita a «describir las cosas», a dar solamente una mísera visión de líneas y de superficies es la que, llamándose realista, está más lejos de la realidad, la que más nos empobrece y nos entristece, pues corta bruscamente toda comunicación de nuestro yo presente con el pasado, cuyas cosas conservaban la esencia, y el futuro, en el que nos incitan a gustarla de nuevo. Es esa esencia lo que el arte digno de este nombre debe expresar, y, si fracasa en el propósito, todavía se puede sacar de su impotencia una enseñanza (mientras que de los éxitos del realismo no se puede sacar ninguna): que esa esencia es en parte subjetiva e incomunicable.

Más aún, una cosa que vimos en cierta época, un libro que leímos, no sólo permanece unido para siempre a lo que había en torno nuestro; queda también fielmente unido a lo que nosotros éramos entonces, y ya no puede ser releído sino por la sensibilidad, por la persona que entonces éramos; si yo vuelvo a coger en la biblioteca, aunque sólo sea con el pensamiento, *François le Champi*, inmediatamente se levanta en mí un niño que ocupa mi lugar, que sólo él tiene derecho a leer ese título: *François le Champi*, y que lo lee como lo leyó entonces, con la misma impresión del tiempo que hacía en el jardín, con los mismos sueños que formaba entonces sobre los países y sobre la vida, con la misma angustia del futuro. Si vuelvo a ver una cosa de otro tiempo, surge un joven. Y mi persona de hoy no es más que una

cantera abandonada, que cree que todo lo que contiene es igual y monótono, pero de donde cada recuerdo saca, como un escultor de Grecia, innumerables estatuas. Yo digo: cada cosa que volvemos a ver; pues los libros se comportan en esto como esas cosas: la manera de abrirse el lomo, la textura del papel puede haber conservado en sí un recuerdo tan vivo de la manera con que yo imaginaba entonces Venecia y del deseo que tenía de ir a ella como las frases mismas de los libros. Hasta más vivo, pues estas frases molestan a veces, como esas fotografías de una persona ante las cuales no la recordamos tan bien como cuando nos limitamos a pensar en ella. Claro que, tratándose de muchos libros de mi infancia, y, desgraciadamente, de ciertos libros del propio Bergotte, cuando, en una noche de cansancio, se me ocurre cogerlos, lo hago como si cogiera un tren con la esperanza de descansar viendo cosas diferentes y respirando la atmósfera de antaño. Pero ocurre que esa evocación buscada resulta al contrario entorpecida por la lectura prolongada del libro. Hay uno de Bergotte (que en la biblioteca del príncipe llevaba una dedicatoria de una adulación y de una vulgaridad lamentables), leído antaño un día de invierno en el que yo no podía ver a Gilberta, en el que hoy no puedo encontrar las frases que tanto me gustaban. Ciertas palabras me harían creer que son aquellas frases, pero es imposible. ¿Dónde estaría, si lo fueran, la belleza que yo les encontraba? Pero en el tomo mismo sigo viendo la nieve que cubría los Champs-Elysées el día en que lo leí.

Y por eso, si se me hubiera ocurrido ser bibliófilo, como lo era el príncipe de Guermantes, lo habría sido solamente de una manera especial, sin por eso desdeñar esa belleza independiente del valor propio de un libro y que a los aficionados les viene de conocer las bibliotecas por las que el libro ha pasado, de saber que fue donado, con ocasión de cierto acontecimiento, por tal soberano o por tal hombre célebre, de haberlo seguido de venta en venta a través de su vida; esta belleza de un libro, histórica en cierto modo, no sería perdida para mí. Pero me inclino más a encontrarla en la historia de mi propia vida, es decir, no como simple curioso; y la pondría, generalmente, no en el ejemplar material, sino en la obra, como en aquel *François le Champi*, contemplado por primera vez en

mi cuartito de Combray, durante la noche, quizá la más dulce y la más triste de mi vida, en que (en un tiempo en que me parecían tan inaccesibles los misteriosos Guermantes) obtuve, ¡ay!, de mis padres una primera abdicación en la que podía fechar el comienzo del descenso de mi salud y de mi voluntad, mi renunciamiento, agravado cada día, a una tarea difícil, y hoy vuelto a encontrar en la biblioteca de los Guermantes precisamente, el día más bello y en el que se alumbraban de pronto no sólo los antiguos tanteos de mi pensamiento, sino hasta la finalidad de mi vida y acaso del arte. En cuanto a los ejemplares mismos de los libros, hubieran podido, por lo demás, interesarme, en una acepción viva. La primera edición de una obra hubiera sido para mí más valiosa que las demás, pero entendiendo por primera edición aquella en que la leí por primera vez. Buscaría las ediciones originales, quiero decir aquellas en que recibí de ese libro una impresión original. Pues las impresiones siguientes no lo son. Coleccionaría de las novelas las encuadernaciones de antaño, las del tiempo en que leí mis primeras novelas y que tantas veces oían a papá decirme: «Tente derecho». Como el vestido con que vimos la primera vez a una mujer, me ayudarían a encontrar de nuevo el amor que tenía entonces, la belleza a la que superpuse tantas imágenes cada vez menos amadas, para poder recobrar la primera, yo que no soy el yo que la vio y que debo ceder el sitio al yo que era entonces si ese yo evoca la cosa que conoció y que mi yo de hoy no conoce.

La biblioteca que formaría así sería, además, de un valor mayor aún; pues los libros que antaño leí en Combray, en Venecia, enriquecidos ahora por mi memoria por grandes iluminaciones representando la iglesia de San Hilario, la góndola amarrada al pie de San Jorge el Mayor en el Gran Canal esmaltado de centelleantes zafiros, resultarían dignos de esos «libros de estampas», de esas biblias ilustradas, de esos libros de horas que el coleccionista no abre nunca para leer el texto, sino para extasiarse una vez más con los colores que le ha puesto algún émulo de Foucquet y que constituyen todo el valor de la obra. Y, sin embargo, incluso no abrir esos libros leídos en otro tiempo más que para mirar las imágenes que entonces no los adornaban, me parecería también tan peligroso que ni siquiera en este sentido, el único que yo puedo comprender, me sentiría inclinado a ser

bibliófilo. Sé demasiado bien cómo esas imágenes dejadas por el espíritu son fácilmente borradas por el espíritu. Las antiguas son sustituidas por otras nuevas que ya no tienen el mismo poder de resurrección. Y si yo tuviera todavía el *François le Champi* que mamá sacó un día del paquete de libros que mi abuela iba a regalarme por mi cumpleaños, no lo miraría nunca: tendría demasiado miedo de ir insertando poco a poco en él mis impresiones de hoy, de que se fuera convirtiendo en una cosa del presente hasta el punto de que, cuando yo le pidiera que suscitase una vez más al niño que descifró su título en el cuartito de Combray, el niño, no reconociendo su acento, no respondiera ya a su llamada y permaneciera para siempre enterrado en el olvido.

La idea de un arte popular, como la idea de un arte patriótico, aun cuando no fuera peligrosa, me parecía ridícula. Si se trataba de hacerlo asequible al pueblo sacrificando los refinamientos de la forma, «buenos para ociosos», yo había tratado a las personas del gran mundo lo bastante para saber que son ellos los verdaderos iletrados y no los obreros electricistas. A este respecto, un arte popular por la forma estaría destinado a los miembros del *Jockey* más bien que a los de la Confederación General del Trabajo; en cuanto a los temas, las novelas populares aburren tanto a la gente del pueblo como a los niños esos libros escritos para ellos. Al leer se intenta salir del propio ambiente, y a los obreros les inspiran tanta curiosidad los príncipes como a los príncipes los obreros. *Monsieur* Barres dijo al principio de la guerra que el artista (Tiziano en aquel caso) debe, ante todo, servir a la gloria de su patria. Pero sólo puede servirla siendo artista, es decir, con la condición de que, en el momento en que estudia esas leyes, en que instituye esas experiencias y hace esos descubrimientos tan delicados como los de la ciencia, no piense en otra cosa —ni siquiera en la patria— que en la verdad que está ante él. No imitemos a los revolucionarios que por «civismo» despreciaban, si no las destruían, las obras de Watteau y de La Tour, pintores que honran más a Francia que todos los de la Revolución. No es quizá la anatomía lo que elegiría un corazón tierno, si se pudiera elegir. No fue la bondad de su corazón virtuoso, bondad que era muy grande, lo que hizo escribir a Choderlos de

Lacios *Les liaisons dangereuses*, ni su inclinación a la burguesía, pequeña o grande, lo que hizo elegir a Flaubert como temas los *de Madame Bovary* y de *L'éducation sentimentale*. Algunos decían que el arte de una época de prisa sería breve, como los que predecían antes de la guerra que esta sería corta. De análoga manera, el ferrocarril mataría la contemplación, era inútil añorar el tiempo de las diligencias, pero el automóvil cumple su función y lleva de nuevo a los turistas hacia las iglesias abandonadas.

Una imagen ofrecida por la vida nos traía en realidad, en ese momento, sensaciones múltiples y diferentes. Por ejemplo, la vista de la cubierta de un libro ya leído ha tejido en los caracteres de su título los rayos de luna de una lejana noche de verano. El gusto del café con leche matinal nos trae esa vaga esperanza de un buen tiempo que tantas veces nos sonriera antaño, en la clara incertidumbre del amanecer, mientras lo tomábamos en un tazón de porcelana blanca, cremosa y plisada que parecía leche endurecida, cuando el día estaba aún intacto y entero. Una hora no es sólo una hora, es un vaso lleno de perfumes, de sonidos, de proyectos y de climas. Lo que llamamos la realidad es cierta relación entre esas sensaciones y esos recuerdos que nos circundan simultáneamente —relación que suprime una simple visión cinematográfica, la cual se aleja así de lo verdadero cuanto más pretende aferrarse a ello—, relación única que el escritor debe encontrar para encadenar para siempre en su frase los dos términos diferentes. Se puede hacer que se sucedan indefinidamente en una descripción los objetos que figuraban en el lugar descrito, pero la verdad sólo empezará en el momento en que el escritor tome dos objetos diferentes, establezca su relación, análoga en el mundo del arte a la que es la relación única de la ley causal en el mundo de la ciencia, y los encierre en los anillos necesarios de un bello estilo; incluso, como la vida, cuando, adscribiendo una calidad común a dos sensaciones, aísle su esencia común reuniendo una y otra, para sustraerlas a las contingencias del tiempo, en una metáfora. ¿No me había puesto la naturaleza misma, en este aspecto, en la vía del arte? ¿No era ella misma comienzo de arte, ella que, muchas veces, sólo me había permitido conocer la belleza de una cosa en otra, el mediodía en Combray en el son de sus campanas, las mañanas de Doncieres sólo en el hipo de nuestro calorífero

de agua? Puede que la relación sea poco interesante, mediocres los objetos, malo el estilo, pero mientras no hay esto no hay nada.

Pero había más. Si la realidad era esa especie de desecho de la experiencia, más o menos idéntico para cada uno, porque cuando decimos: un tiempo malo, una guerra, una estación de carruajes, un restaurante iluminado, un jardín florido, todo el mundo sabe lo que queremos decir; si la realidad fuera esto, seguramente bastaría una especie de film cinematográfico de esas cosas y el «estilo», la «literatura» que se apartaban de sus simples datos serían un *hors-d'oeuvre* artificial. Pero ¿de verdad sería esto la realidad? Si yo intentaba entender lo que ocurre realmente cuando una cosa nos produce cierta impresión —sea como aquel día en que, al pasar por el puente del Vivonne, la sombra de una nube sobre el agua me hizo gritar: «¡Vaya por Dios!», saltando de alegría; sea que al escuchar una frase de Bergotte sólo viera de mi impresión esto, que no le corresponde especialmente: «Es admirable»; sea que Bloch, irritado por un mal proceder, pronunciara estas palabras que no correspondían en absoluto a una aventura tan vulgar: «Después de todo, ese modo de obrar me parece fffantástico»; sea que yo, halagado por ser bien recibido en casa de los Guermantes y, además, un poco ebrio por sus vinos, no pudiera menos de decir a media voz, solo, al dejarlos: «La verdad es que son unas personas exquisitas con las que sería delicioso pasar la vida»—, me daba cuenta de que ese libro esencial, el único libro verdadero, un gran escritor no tiene que inventarlo en el sentido corriente, porque existe ya en cada uno de nosotros, no tiene más que traducirlo. El deber y el trabajo de un escritor son el deber y el trabajo de un traductor.

Ahora bien, así como cuando se trata del lenguaje inexacto del amor propio, por ejemplo, enderezar el oblicuo discurso interior (que se va alejando cada vez más de la impresión primera y central) hasta que se confunde con la recta que debió partir de la impresión, este enderezamiento resulta cosa ardua a la que se resiste nuestra pereza, hay otros casos, por ejemplo cuando se trata del amor, en que ese mismo enderezamiento resulta doloroso. Todas nuestras fingidas indiferencias, toda nuestra indignación contra sus mentiras tan naturales, tan semejantes a las que nosotros mismos

practicamos, en una palabra, todo lo que, cada vez que nos sentimos desgraciados o traicionados, no dejamos no sólo de decir al ser amado, sino incluso, mientras llegamos a verle, de decirnos inacabablemente a nosotros mismos, a veces en alta voz en el silencio de nuestra habitación turbado por algunos: «No, la verdad es que esos procedimientos son intolerables», y: «He querido recibirte por última vez y no negaré que me da pena»; volver, en fin, todo esto a la verdad sentida de la que tanto se había apartado, es abolir todo aquello que más nos interesaba, lo que, a solas con nosotros mismos, en esos proyectos febriles de letras y de gestiones, ha constituido nuestra conversación apasionada con nosotros mismos.

Incluso en los goces artísticos, que se buscan, sin embargo, por la impresión que producen, nos las arreglamos lo más pronto posible para prescindir, por inexpresable, de lo que es precisamente esa impresión misma y para dedicarnos a lo que nos permite sentir el goce sin conocerlo hasta el fondo y creer comunicarlo a otros gustadores con quienes será posible la conversación, porque les hablaremos de una cosa que es la misma para ellos y para nosotros, ya que se ha suprimido la raíz personal de nuestra propia impresión. En los momentos mismos en que somos los espectadores más desinteresados de la naturaleza, de la sociedad, del amor, del arte mismo, como toda impresión es doble, medio envainada en el objeto, prolongada en nosotros mismos por otra mitad que sólo nosotros podríamos conocer, nos apresuramos a prescindir de esta, es decir, de la única a la que debiéramos ser fieles, y sólo tenemos en cuenta la otra mitad, que, no pudiendo profundizar en ella, porque es exterior, no nos producirá ninguna fatiga: el pequeño surco que la vista de un majuelo o de una iglesia abrió en nosotros nos parece demasiado difícil intentar percibirlo. Pero volvemos a tocar la sinfonía, tornamos a ver la iglesia hasta que —en esa huida lejos de nuestra propia vida a la que no tenemos el valor de mirar, y que se llama erudición— las conocemos tan bien, de la misma manera que el sabio entendido en música o en arqueología. ¡Y cuántos se quedan en esto, cuántos que no extraen nada de su impresión envejecen inútiles e insatisfechos, como solterones del Arte! Tienen la insatisfacción que sufren los vírgenes y los perezosos, y que la infecundidad o el trabajo curarían.

Son más exaltados en cuanto alas obras de arte que los verdaderos artistas, pues como su exaltación no es para ellos objeto de una dura labor de profundización, se expande exteriormente, enardece sus conversaciones, enrojece su rostro; creen realizar un acto vociferando hasta quedarse afónicos: «Bravo, bravo», después de la ejecución de una obra que les gusta. Pero estas manifestaciones no les mueven a dilucidar la naturaleza de su amor, no la conocen. Sin embargo, este amor, inutilizado, refluye hasta en sus conversaciones más sosegadas, les hace hacer grandes gestos, muecas, movimientos de cabeza cuando hablan de arte. «He estado en un concierto donde tocaban una.[34] Confesaré que esto no me entusiasmaba. Se empieza el *quatuor*. ¡Ah!, pero ¡caramba!, esto es otra cosa (en este momento la cara del aficionado expresa una inquietud ansiosa, como si pensara: “Pero veo chispas, huele a quemado, hay fuego”). Demonio, lo que estoy oyendo es exasperante, está mal escrito, le deja a uno patidifuso, no lo hace cualquiera». Y, por risibles que sean, no son del todo desdeñables. Son los primeros ensayos de la naturaleza que quiere crear al artista, unos ensayos tan informes, tan poco viables como aquellos primeros animales que precedieron a las especies actuales y que no estaban hechos para durar. Esos aficionados *versátiles* y estériles deben de conmovernos como aquellos primeros aparatos que no pudieron despegar del suelo pero en los que residía, todavía no el medio secreto y que estaba por descubrir, pero sí el deseo del vuelo.

«Y, amiguito —añade el aficionado cogiéndonos por el brazo—, es la octava vez que lo oigo y le juro que no será la última». Y, en efecto, como no asimilan lo que en el arte es verdaderamente nutritivo, adolecidos de una bulimia insaciable, necesitan constantemente goces artísticos. Van, pues, a aplaudir mucho tiempo seguido la misma obra, creyendo además que su presencia cumple un deber, un acto, como otras personas creen que lo cumple la suya en una sesión de consejo de administración, en un entierro. Después vienen otras obras distintas y aun opuestas, sea en literatura, en pintura o en música. Pues la facultad de lanzar ideas, sistemas y, sobre todo, de asimilarlos ha sido siempre mucho más frecuente, aun en los que producen, que el verdadero gusto, pero adquiere una extensión más

considerable desde que se han multiplicado las revistas, los periódicos literarios (y con ellos las falsas vocaciones de escritores y de artistas). Por eso, a la mayor parte de la juventud, a la más inteligente, a la más desinteresada, no le interesa más que las obras que tienen un alto alcance moral y sociológico, hasta religioso. Imaginan que ese es el criterio del valor de una obra, renovando así el error de los David, de los Chenavard, de los Brunetiere, etc. A Bergotte, cuyas más bonitas frases exigían en realidad un repliegue sobre sí mismo mucho más profundo, se preferían otros escritores que parecían más profundos simplemente porque escribían menos bien. La complicación de su escritura era sólo para gente del gran mundo, decían unos demócratas que hacían así a la gente del gran mundo un honor inmerecido. Pero cuando la inteligencia razonadora quiere meterse a juzgar obras de arte, ya no hay nada seguro, nada cierto: se puede demostrar todo lo que se quiera. Cuando la realidad del talento es un bien, una adquisición universal, cuya presencia se debe comprobar ante todo bajo las modas aparentes del pensamiento y del estilo, en estas se fija la crítica para clasificar a los autores. Consagra como profeta por su tono perentorio, por el desprecio que ostenta por la escuela que le ha precedido, a un escritor que no aporta ningún mensaje nuevo. Esta constante aberración de la crítica es tal que un escritor debería casi preferir ser juzgado por el gran público (si este no fuera incapaz de darse cuenta ni siquiera de lo que un artista ha intentado en un orden de investigaciones que le es desconocido). Pues hay más analogía entre la vida instintiva del público y el talento de un gran escritor, que no es más que un instinto religiosamente escuchado en medio del silencio impuesto a todo lo demás, un instinto perfeccionado y comprendido, que con la palabrería superficial y los criterios cambiantes de los jueces oficiales. Su logomaquia se renueva cada diez años (pues el caleidoscopio no lo componen solamente los grupos mundanos, sino las ideas sociales, políticas, religiosas, que toman una amplitud momentánea gracias a su refracción en extensas masas, pero, a pesar de esto, permanecen en la corta vida de las ideas cuya novedad no ha podido seducir más que a unas mentes poco exigentes en cuestión de pruebas). Así se habían sucedido los partidos y las escuelas, adhiriéndose siempre a ellos los mismos

cerebros, hombres de una inteligencia relativa, siempre inclinados a los entusiasmos de los que se abstienen otras mentes más escrupulosas y más difíciles en cuestión de pruebas. Desgraciadamente, y por lo mismo que los otros no son más que semiinteligencias, necesitan completarse en la acción y por eso actúan más que las mentes superiores, atraen a la multitud y crean en torno suyo no sólo las famas desorbitadas y los desdenes injustificados, sino las guerras civiles y las guerras exteriores, que un poco de autocrítica port-royalista debería evitar.

Y en cuanto al goce que a una mente perfectamente justa, a un corazón verdaderamente vivo da el bello pensamiento de un maestro, es sin duda un goce enteramente sano, pero, por valiosos que sean los hombres que lo sienten verdaderamente (¿cuántos hay en veinte años?), los reduce de todos modos a no ser más que la plena conciencia de otro. Si un hombre ha hecho todo lo posible porque le ame una mujer que le hubiera hecho inevitablemente desgraciado, y, a pesar de sus esfuerzos insistentes durante años, no ha logrado obtener una cita de esa mujer, en lugar de procurar expresar sus sufrimientos y el peligro del que se ha librado, relee constantemente, poniendo en él «un millón de palabras» y los recuerdos más emocionantes de su propia vida, este pensamiento de La Bruyere: «Con frecuencia los hombres quieren amar y no lo consiguen, buscan su derrota y no pueden lograrla, y, si se me permite decirlo así, se ven obligados a seguir siendo libres». Sea o no este el sentido que tuvo este pensamiento para quien lo escribió (para que lo tuviera, y sería más bello, debería decir «ser amados» en lugar de «amar»), lo cierto es que en él este literato sensible lo vivifica, lo llena de significado hasta hacerlo estallar, no puede repetirlo sin rebosar alegría: tan verdadero y bello le parece, pero a pesar de todo no le ha añadido nada y sigue siendo solamente el pensamiento de La Bruyere.

¿Qué valor puede tener la literatura de notas, si la realidad está contenida en pequeñas cosas como las que anota (la grandeza en el ruido remoto de un aeroplano, en el perfil del campanario de San Hilario, el pasado en el sabor de una magdalena, etc.) y carecen de significado por sí mismas si no lo deducimos de ellas? Lo que constituía para nosotros nuestro pensamiento, nuestra vida, la realidad, es la cadena de todas esas

expresiones inexactas, conservada por la memoria, donde, poco a poco, no va quedando nada de lo que realmente hemos sentido, y esa mentira no haría más que reproducir un arte que llaman «vivido», simple como la vida, sin belleza, doble empleo tan aburrido y tan vano de lo que nuestros ojos ven y de lo que nuestra inteligencia comprueba que nos preguntamos dónde encuentra el que se entrega a ello la chispa gozosa y motriz, capaz de ponerle en movimiento y de hacerle adelantar en su tarea. En cambio, la grandeza del arte verdadero, del que *monsieur* de Norpois hubiera llamado un juego de *dilettante*, estaba en volver a encontrar, en captar de nuevo, en hacernos conocer esa realidad lejos de la cual vivimos, de la que nos apartamos cada vez más a medida que va tomando más espesor y más impermeabilidad el conocimiento convencional con que sustituimos esa realidad que es muy posible que muramos sin haberla conocido, y que es ni más ni menos que nuestra vida. La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida, por lo tanto, realmente vivida es la literatura; esa vida que, en cierto sentido, habita a cada instante en todos los hombres tanto como en el artista. Pero no la ven, porque no intentan esclarecerla. Y por eso su pasado está lleno de innumerables clichés que permanecen inútiles porque la inteligencia no los ha «desarrollado». Nuestra vida es también la vida de los demás; pues, para el escritor, el estilo es como el color para el pintor, una cuestión no de técnica, sino de visión. Es la revelación, que sería imposible por medios directos y conscientes, de la diferencia cualitativa que hay en la manera como se nos presenta el mundo, diferencia que, si no existiera el arte, sería el secreto eterno de cada uno. Sólo mediante el arte podemos salir de nosotros mismos, saber lo que ve otro de ese universo que no es el mismo que el nuestro, y cuyos paisajes nos serían tan desconocidos como los que pueda haber en la luna. Gracias al arte, en vez de ver un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, y tenemos a nuestra disposición tantos mundos como artistas originales hay, unos mundos más diferentes unos de otros que los que giran en el infinito y, muchos siglos después de haberse apagado la lumbre de que procedía, llamárase Rembrandt o Ver Meer, nos envía aún su rayo especial.

Ese trabajo del artista, ese trabajo de intentar ver bajo la materia, bajo la experiencia, bajo las palabras, algo diferente, es exactamente el trabajo inverso del que cada minuto, cuando vivimos apartados de nosotros mismos, el amor propio, la pasión, la inteligencia y también la costumbre, realizan en nosotros cuando amontonan encima de nuestras impresiones verdaderas, para ocultárnoslas enteramente, las nomenclaturas, los fines prácticos que llamamos falsamente la vida. En suma, ese arte tan complicado es precisamente el único arte vivo. Sólo él expresa para los demás y nos hace ver a nosotros mismos nuestra propia vida, esa vida que no se puede «observar», esa vida cuyas apariencias que se observan requieren ser traducidas y muchas veces leídas al revés y penosamente descifradas. Ese trabajo que hizo nuestro amor propio, nuestra pasión, nuestro espíritu de imitación, nuestra inteligencia abstracta, nuestros hábitos, es el trabajo que el arte deshará, es la marcha que nos hará seguir, en sentido contrario, el retorno a las profundidades donde yace, desconocido por nosotros, lo que realmente ha existido. Y era sin duda una gran tentación recrear la verdadera vida, rejuvenecer las impresiones. Pero hacía falta valor de todo género, hasta sentimental. Pues era, ante todo, renunciar a las más caras ilusiones, dejar de creer en la objetividad de lo que uno mismo ha elaborado, y, en lugar de recrearse por centésima vez en esas palabras: «Era muy simpática», leer al través: «Me gustaba mucho besarla». Cierto que lo que yo sentí en aquellas horas de amor lo sienten también todos los hombres. Se siente, pero lo que se ha sentido es como ciertos clichés en los que, mientras no se les acerca a una lámpara, no se ve más que negro, y que también hay que mirar al revés: no se sabe lo que es mientras no se acerca a la inteligencia. Sólo entonces, cuando la inteligencia la ilumina, cuando la intelectualiza, se distingue, y con cuánto trabajo, la figura de lo que se ha sentido.

Pero también me daba cuenta de que ese sufrimiento de que nuestro amor no corresponda al ser que lo inspira —sufrimiento que yo conocí primero con Gilberta— es saludable, accesoriamente como medio (pues, a poco que haya de durar nuestra vida, sólo mientras sufrimos nuestros pensamientos, en cierto modo agitados por movimientos perpetuos y

cambiantes, hacen subir, como una tempestad, a un nivel desde donde podemos verla, toda esa inmensidad regida por leyes que, asomados a una ventana mal situada, no hemos visto, pues la calma de la felicidad la deja llana y en un nivel demasiado bajo; quizá sólo para los grandes genios existe constantemente ese movimiento sin necesidad, para ellos, de las agitaciones del dolor, y ni siquiera es seguro que, cuando contemplamos el amplio y regular desarrollo de sus obras gozosas, no nos inclinemos demasiado a suponer, por el gozo de la obra, el gozo de la vida, que quizá ha sido, por el contrario, constantemente dolorosa), pero principalmente porque, si nuestro amor no es solamente el amor a una Gilberta (lo que tanto nos hace sufrir), no porque sea también el amor a una Albertina, sino porque es una porción de nuestra alma, más duradera que los diversos *yos* que mueren sucesivamente en nosotros y que, egoístamente, quisieran retenerlo, y que, por mucho mal que nos cause (un mal inútil por lo demás), debe separarse de los seres para restituir su generalidad y dar ese amor, la comprensión de ese amor, a todos, al espíritu universal y no a esta y después a aquella en las que quisieran fundirse este y aquel de los que sucesivamente hemos sido.

Tenía que restituir su sentido a los menores signos que me rodeaban (Guermantes, Albertina, Gilberta, Saint-Loup, Balbec, etc.), el sentido que la costumbre les había hecho perder para mí. Y cuando hayamos llegado a la realidad, para expresarla, para conservarla, apartaremos lo que es diferente de ella y que la velocidad adquirida del hábito no deja de traernos. Yo apartaría más que nada esas palabras que los labios, más que el espíritu, eligen, esas palabras llenas de humor, como se dice en la conversación, y que después de una larga conversación con los demás seguimos dirigiéndonos ficticiamente a nosotros mismos y nos llenan el pensamiento de mentiras, esas palabras sólo físicas que, en el escritor que se rebaja a transcribirlas, van unidas a la sonrisita, a la pequeña mueca que altera a cada momento, por ejemplo, la frase hablada de un Sainte-Beuve, mientras que los verdaderos libros deben ser hijos no de la plena luz y de la charla, sino de la oscuridad y del silencio. Y como el arte reconstruye exactamente la vida, en torno a unas verdades halladas en sí mismo flotará siempre una

atmósfera de poesía, la dulzura de un misterio que no es más que el vestigio de la penumbra que hemos tenido que atravesar, la indicación, marcada exactamente como por un altímetro, de la profundidad de una obra. (Pues esta profundidad no es inherente a ciertos temas, como creen unos novelistas materialistamente espiritualistas porque no pueden descender más allá del mundo de las apariencias y cuyas nobles intenciones, semejantes a esas virtuosas tiradas habituales en ciertas personas incapaces del más pequeño acto de bondad, no deben impedirnos observar que ni siquiera han tenido la fuerza de espíritu de desprenderse de todas las superficialidades de forma adquiridas por imitación).

En cuanto a las verdades que la inteligencia —hasta de los más esclarecidos cerebros— recoge delante de sus narices, en plena luz, su valor puede ser muy grande; pero tienen unos contornos muy secos y son planas, carecen de profundidad porque, para llegar a ellas, no ha habido que franquear profundidades, porque no han sido recreadas. Muchas veces algunos escritores, en el fondo de los cuales no aparecen ya esas verdades misteriosas, a partir de cierta edad no escriben más que con su inteligencia, que ha adquirido cada vez más fuerza; debido a esto, los libros de su edad madura tienen más fuerza que los de su juventud, pero no tienen ya el mismo aterciopelado.

Sin embargo, yo notaba que esas verdades que la inteligencia saca directamente de la realidad no son del todo desdeñables pues podrían encajar en una materia menos pura pero todavía penetrada de espíritu, esas impresiones que nos trae fuera del tiempo la esencia común a las sensaciones del pasado y del presente, pero que, más preciosas, son también demasiado raras para poder componer sólo con días la obra de arte. Yo sentía aglomerarse en mí, capaces de ser utilizadas para esto, multitud de verdades relativas a las pasiones[35], a los caracteres, a las costumbres. Su percepción me causaba alegría, pero me parecía recordar que, más de una, la había descubierto en el dolor, otras en goces muy mediocres. Entonces surgió en mí una nueva luz, menos resplandeciente sin duda que la que me había hecho percibir que la obra de arte era el único medio de recobrar el Tiempo perdido. Y comprendí que todos esos materiales de la obra literaria

eran mi vida pasada; comprendí que vinieron a mí, en los placeres frívolos, en la pereza, en la ternura, en el dolor, almacenados por mí, sin que yo adivinase su destino, ni su supervivencia, como no adivina el grano poniendo en reserva los alimentos que nutrirán a la planta. Lo mismo que el grano, podría yo morir cuando la planta se desarrollara, y resultaba que había vivido para ella sin saberlo, sin que me pareciera que mi vida debía entrar nunca en contacto con los libros que yo hubiera querido escribir y para los cuales, cuando en otro tiempo me sentaba a la mesa, no encontraba tema. De suerte que, hasta aquel día, toda mi vida habría podido y no hubiera podido resumirse en este título: Una vocación. No habría podido resumirse así porque la literatura no había desempeñado papel alguno en mi vida. Habría podido resumirse así porque esta vida, los recuerdos de sus tristezas, de sus goces formaban una reserva semejante a ese albumen que se aloja en el óvulo de las plantas y del que este saca su alimento para transformarse en grano, en ese tiempo en que todavía se ignora que se desarrolla el embrión de una planta, el cual es, sin embargo, lugar de fenómenos químicos y respiratorios secretos pero muy activos. Mi vida estaba así en relación con lo que traería su maduración.

En esta materia, las mismas comparaciones, que son falsas si se parte de ellas, pueden ser verdaderas si se llega a ellas. El literato envidia al pintor, le gustaría tomar croquis, notas, y si lo hace está perdido. Pero cuando escribe, no hay gesto de sus personajes, no hay tic, no hay acento que la memoria no le traiga a la inspiración; no hay nombre de personaje inventado bajo el cual no pueda poner sesenta nombres de personajes vistos, uno de los cuales ha servido de modelo para la mueca, otro para el monóculo, este para la cólera, aquel para el movimiento elegante del brazo, etc. Y entonces el escritor se da cuenta de que si su sueño de ser un pintor no era realizable de manera consciente y voluntaria, resulta, sin embargo, que se ha realizado y que el escritor ha hecho, también él sin saberlo, su cuaderno de croquis. Pues, movido por el instinto que llevaba en sí, el escritor, mucho antes de que creyera llegar a serlo un día, omitía regularmente mirar tantas cosas que los demás observaban, por lo que los demás le acusaban de distracción y él mismo se acusaba de no saber ni

escuchar ni ver, pero durante ese tiempo ordenaba a sus ojos y a sus oídos retener para siempre lo que a los demás les parecía naderías pueriles, el acento con que, hace ya muchos años, fue dicha una frase y la expresión de semblante y el movimiento de hombros que hizo en cierto momento una persona de la que quizá no sabe nada más, y ello porque aquel acento lo había oído ya, o sentía que podría volver a oírlo, que era algo repetible, duradero; es el sentimiento de lo general lo que, en el escritor futuro, elige él mismo lo que es general y podrá entrar en la obra de arte. Pues sólo ha escuchado a los demás cuando, por tontos o por locos que sean, al repetir como loros lo que dicen personas de carácter semejante, se han constituido así en pájaros profetas, en portavoces de una ley psicológica. Sólo recuerda lo general. La vida de los demás estaba representada en él por determinados acentos, por determinados gestos fisonómicos, aunque los hubiera visto en la más lejana infancia, y cuando, pasado el tiempo, se pusiera a escribir, compondría[36] por un movimiento de hombros común a muchos, verdadero como si estuviera dibujado en el cuaderno de un anatomista, pero aquí para expresar una verdad psicológica y acoplando sobre sus hombros un movimiento de cuello hecho por otro habiendo aportado así cada uno su momento de *pose*[36a].

Los seres más torpes, con sus gestos, sus palabras, sus sentimientos involuntariamente expresados, manifiestan leyes que no perciben, pero que el artista sorprende en ellos. Debido a este género de observaciones el vulgo cree perverso al escritor, y se equivoca, pues el artista ve en una cosa ridícula una bella generalidad, y se la atribuye a la persona observada sin mala intención, de la misma manera que el cirujano no la despreciaría por padecer un trastorno bastante frecuente de la circulación. Por eso se burlaría menos que nadie de los aspectos ridículos. Desgraciadamente es más desdichado que perverso: cuando se trata de sus propias pasiones, sin dejar de conocer igualmente bien la generalidad, se desentiende menos fácilmente de los sufrimientos personales que causan. Cuando un insolente nos insulta, seguramente preferiríamos que nos alabara, y sobre todo, cuando una mujer nos traiciona, ¡qué no daríamos porque no fuera así! Mas el resentimiento de la afrenta, los dolores del abandono serían entonces las

tierras que nunca conoceríamos y cuyo descubrimiento, por penoso que le sea al hombre, resulta precioso para el artista. Por eso figuran en su obra, a pesar de él, a pesar de ellos, los malos y los ingratos. El panfletario asocia involuntariamente a su gloria a la canalla que anatematiza. En toda obra de arte se puede reconocer a las personas que más ha odiado el artista y también, ¡ay!, a las que más ha amado. Esas personas no han hecho más que servir de modelos para el escritor en el momento mismo en que, bien a pesar de este, más le hacían sufrir. Cuando yo amaba a Albertina, me daba muy bien cuenta de que ella no me amaba, y me vi obligado a resignarme a que me hiciera solamente conocer lo que es sentir dolor, amor y hasta, al principio, felicidad.

Y cuando intentamos extraer lo general de nuestro dolor, escribir sobre ello, quizá nos consuela un poco otra razón además de todas las que doy aquí, y es que pensar de una manera general, que escribir, es para el escritor una función sana y necesaria cuya realización le hace dichoso, como a los hombres físicos les hace dichosos el ejercicio, el sudor, el baño. A decir verdad, yo me rebelaba un poco contra esto. Por más que creyera que la verdad suprema de la vida está en el arte, por más que, por otra parte, no fuera capaz del esfuerzo de recuerdo que hubiera necesitado, tanto para seguir amando a Albertina como para seguir llorando a mi abuela, me preguntaba si, después de todo, una obra de arte de la que ellas no tuvieran consciencia sería para ellas, para el destino de aquellas pobres muertas, una realización. ¡Mi abuela, a la que, con tanta indiferencia, vi agonizar y morir cerca de mí! ¡Oh, si, en expiación, pudiera yo, terminada mi obra, sufrir largas horas antes de morir, herido sin remedio, abandonado de todos! Por otra parte, sentía una infinita compasión hasta de los seres menos queridos, hasta de los indiferentes, y de tantos destinos cuyo sufrimiento, y hasta, simplemente, cuyos aspectos ridículos, mi pensamiento, al intentar comprenderlos, había, en suma, utilizado. Todos aquellos seres que me habían revelado verdades y que ya no existían me parecía que habían vivido una vida que sólo a mí había beneficiado, me parecía como si hubieran muerto por mí. Me era triste pensar que mi amor, al que tanto me aferré, estaría en mi libro tan desprendido de un ser determinado que diversos

lectores lo aplicarían exactamente a lo que ellos sintieron por otras mujeres. Pero ¿debía escandalizarme por esta infidelidad póstuma y porque este y el otro pudieran poner otras mujeres como objeto de mis sentimientos, cuando esta infidelidad, esta división del amor entre varios seres, había comenzado en vida mía e incluso antes de que yo escribiese? Bien había sufrido yo sucesivamente por Gilberta, por *madame* de Guermantes, por Albertina. Sucesivamente también, las había olvidado, y sólo fue duradero mi amor dedicado a diferentes seres. La profanación de uno de mis recuerdos por lectores desconocidos la había consumado yo mismo antes que ellos. No estaba lejos de causarme horror a mí mismo, como se lo causaría a sí mismo algún partido nacionalista en cuyo nombre se prosiguieran hostilidades y que fuera el único beneficiario de una guerra en la que sufrieran y sucumbieran tantas nobles víctimas sin siquiera saber el resultado de la lucha (lo que, para mi abuela al menos, habría sido tan gran recompensa). Y mi único consuelo de que ella no supiera que al fin me ponía a trabajar era que (tal es el lote de los muertos), si no podía gozar de mi progreso, había dejado desde hacía mucho tiempo de darse cuenta de mi inacción, de mi vida frustrada, que tanto le había hecho sufrir. Y seguramente no era sólo mi abuela, no era sólo Albertina, sino también otros muchos de los que pude asimilar una palabra, una mirada, pero de los que, en tanto que criaturas individuales, ya no me acordaba; un libro es un gran cementerio con una mayoría de tumbas en las que no se pueden ya leer los nombres borrados. En cambio, a veces, recordamos muy bien el nombre, pero sin saber si sobrevive en estas páginas algo de la persona que lo llevó. Aquella muchacha de pupilas profundamente hundidas, de voz despaciosa, ¿está aquí? Y si, en efecto, reposa aquí, ¿en qué parte? Ya no se sabe, y ¿cómo encontrar bajo las flores? Pero puesto que vivimos lejos de los seres individuales, puesto que nuestros sentimientos más fuertes, como lo fue mi amor a mi abuela, a Albertina, pasados unos años ya no los conocemos, porque no son para nosotros más que una palabra incomprendida, porque podemos hablar de esos muertos con las personas de la sociedad donde todavía nos complacemos en estar aunque lo que amamos ha muerto, entonces, si hay un medio para enseñarnos a comprender esas palabras

olvidadas, ¿no debemos emplear ese medio, aunque para ello haya que transcribirlas primero a un lenguaje universal pero que, por lo menos, sea permanente, que haría de los que ya no son, en su esencia más verdadera, una adquisición perpetua para todas las almas? Más aún, si logramos explicar esa ley de la mutabilidad que ha tornado aquellas palabras tan ininteligibles para nosotros, ¿no se transforma nuestra mutilación en una fuerza nueva?

Por otra parte, la obra en la que han colaborado nuestras cuitas puede ser interpretada para nuestro futuro a la vez como un signo nefasto de sufrimiento y como un signo venturoso de consuelo. En efecto, si dicen que los amores, las cuitas del poeta le han servido, le han ayudado a construir su obra, si las desconocidas que menos lo sospechaban, una por una maldad, otra por una burla, aportaron cada una su piedra para edificar el monumento que ellas no verán, no se piensa bastante que la vida del escritor no termina con esta obra, que la misma naturaleza que le ha hecho sufrir tales dolores, dolores que han entrado en su obra, esa naturaleza seguirá viviendo una vez terminada la obra, le hará amar a otras mujeres en condiciones que serían semejantes si no las desviara ligeramente todo lo que el tiempo modifica en las circunstancias, en el sujeto mismo, en su apetito de amor y en su resistencia al dolor. En este primer aspecto, la obra debe ser considerada sólo como un amor desgraciado que presagia fatalmente otros y que hará que la vida se parezca a la obra, que el poeta casi no tenga ya necesidad de escribir: hasta tal punto podrá encontrar en lo que ha escrito la figura anticipada de lo que ocurrirá. Así, mi amor por Albertina, por diferente que fuese, estaba ya escrito en mi amor por Gilberta, en cuyos días felices oí a la tía de Albertina pronunciar por primera vez su nombre y hacer su retrato, sin sospechar que aquel germen insignificante se desarrollaría y se extendería un día a toda mi vida.

Pero, desde otro punto de vista, la obra es signo de felicidad, porque nos enseña que, en todo amor, lo general yace junto a lo particular, y a pasar de lo segundo a lo primero mediante una gimnasia que fortalece contra el dolor haciéndonos desdeñar su causa para profundizar su esencia. En efecto, como luego había de comprobarlo, hasta en el momento en que amamos y

en que sufrimos, si la vocación se ha realizado al fin, en las horas en que trabajamos sentimos tan bien al ser que amamos disolverse en una realidad más grande, que llegamos a olvidarle por unos momentos y ya sólo sufrimos por su amor, mientras trabajamos, como sufriríamos de un mal puramente físico en el que nada tiene que ver al ser amado, como de una especie de enfermedad del corazón. Verdad es que esto es momentáneo y que, si el trabajo viene un poco más tarde, el efecto parece ser el contrario. Pues los seres que, por su maldad, por su nulidad, han llegado a pesar nuestro a destruir nuestras ilusiones, que han quedado reducidos a nada y separados de la quimera amorosa que nos habíamos forjado, si entonces nos ponemos a trabajar, nuestra alma los eleva de nuevo, los identifica, porque así lo exige el análisis de nosotros mismos, con seres que nos habrían amado, y en este caso la literatura recomienza el trabajo destruido de la ilusión amorosa y da una especie de supervivencia a unos sentimientos que ya no existían. Cierto que nos vemos obligados a revivir nuestro sufrimiento particular con el valor del médico que experimenta en sí mismo la peligrosa inyección. Pero, al mismo tiempo, tenemos que pensar en ella en una forma general que, hasta cierto punto, nos libra de su ataque, que hace a todos copartícipes de nuestra pena, y en la que hasta hay cierto goce. Allí donde la vida nos encierra, la inteligencia abre una salida, pues si un amor no compartido no tiene remedio, de la comprobación de un sufrimiento se sale, aunque sólo sea sacando las consecuencias que implica. La inteligencia no conoce esas situaciones cerradas de la vida sin salida.

Tenía, pues que resignarme —ya que nada puede durar si no es haciéndose general y muriendo el espíritu en sí mismo— a la idea de que hasta los seres que fueron más queridos por el escritor no hicieron a fin de cuentas más que *posar* para él como para los pintores.

A veces, cuando un fragmento doloroso se ha quedado en boceto, nos llega un nuevo cariño, un nuevo sufrimiento que nos permite terminarlo, darle cuerpo. En cuanto a estas grandes penas útiles, no podemos quejarnos demasiado, pues no faltan, no nos hacen esperar mucho tiempo[37]. De todos modos, hay que darse prisa a aprovecharlas, porque no duran mucho: o nos consolamos, o, si son demasiado fuertes, si el corazón no es ya muy

resistente, morimos. Pues la felicidad sólo es saludable para el cuerpo, pero es el dolor el que desarrolla las fuerzas del espíritu. Por otra parte, aunque no nos descubriera cada vez una ley, no por eso sería menos indispensable para llevarnos cada vez a la verdad, para obligarnos a tomar las cosas en serio, arrancando cada vez las malas hierbas de la costumbre, del escepticismo, de la ligereza, de la indiferencia. Cierto que esta verdad, que no es compatible con la felicidad, con la salud, no lo es siempre con la vida. La pena acaba por matar. A cada pena más fuerte, sentimos una vena más que se abulta, que desarrolla su sinuosidad mortal a lo largo de nuestra sien, bajo nuestros ojos. Y así se van haciendo poco a poco esas terribles caras descompuestas, esas caras del viejo Rembrandt, del viejo Beethoven, de quienes todo el mundo se burlaba. Y las bolsas de los ojos y las arrugas de la frente no serían nada si no hubiera el sufrimiento del corazón. Pero como las fuerzas pueden transformarse en otras fuerzas, como el ardor que permanece se torna luz y la electricidad del rayo puede fotografiar, como nuestro sordo dolor de corazón puede levantar por encima de ella, a la manera de un pabellón, la permanencia visible de una imagen a cada nueva pena, aceptemos el daño físico que nos causa a cambio del conocimiento espiritual que nos aporta; dejemos que se disgregue nuestro cuerpo, puesto que cada nueva parcela que se desprende de él viene, esta vez luminosa y legible, a completarla a costa de sufrimientos que otros más dotados no necesitan, a hacerla más fuerte a medida que las emociones van desmenuzando nuestra vida, a sumarse a nuestra obra. Las ideas son sucedáneos de los dolores; desde el momento en que estos se transforman en ideas, pierden una parte de su acción nociva sobre nuestro corazón y hasta, en el primer momento, la transformación misma desprende súbitamente alegría. Sucedáneos, por otra parte, sólo en el orden del tiempo, pues, al parecer, el elemento primero es la Idea, y el dolor sólo el modo con que ciertas Ideas entran al principio en nosotros. Pero en el grupo de las Ideas hay varias familias; algunas son, en seguida, goces.

Estas reflexiones me hacían encontrar un sentido más fuerte y más exacto a la verdad que muchas veces he presentido, especialmente cuando *madame* de Cambremer se preguntaba cómo podía yo dejar por Albertina a

un hombre notable como Elstir. Hasta en el aspecto intelectual notaba yo que se equivocaba, pero no sabía qué era lo que ella juzgaba erróneamente: eran las lecciones con que hacemos el aprendizaje de hombre de letras. En esto, el valor objetivo de las artes es poca cosa; lo que se trata de destacar, de sacar a la luz, son nuestros sentimientos, nuestras pasiones, es decir, las pasiones}los sentimientos de todos. Una mujer de la que tenemos necesidad, que nos hace sufrir, saca de nosotros una serie de sentimientos más profundos, más vitales que un hombre superior que nos interesa. Falta saber, según el plano en que vivimos, si una traición con la que nos ha hecho sufrir una mujer es poca cosa comparada con las verdades que esa traición nos ha descubierto y que la mujer satisfecha de haber hecho sufrir apenas podría comprender. En todo caso, esas traiciones no faltan. Un escritor puede ponerse sin miedo a un largo trabajo. Comienza la inteligencia su obra: en el transcurso del camino surgirán muchas penas que se encargarán de terminarla. En cuanto a la felicidad, apenas tiene más que una sola ventaja: hacer posible la desventura. Preciso es que, en la felicidad, nos formemos unos vínculos muy dulces y muy fuertes de confianza y de apego, para que su ruptura nos produzca ese desgarramiento tan precioso que se llama la desgracia. Si no se viviera la felicidad, aunque sólo fuese por la esperanza, las desventuras carecerían de crueldad y, por consiguiente, de fruto.

Y el escritor, más que el pintor, para lograr volumen y consistencia, generalidad, realidad literaria, así como necesita ver muchas iglesias para pintar una sola, necesita también muchos seres para un solo sentimiento. Pues si el arte es largo y la vida es corta, se puede decir, en cambio, que, si la inspiración es corta, los sentimientos que tiene que pintar no son mucho más largos[38]. Cuando la inspiración renace, cuando podemos reanudar el trabajo, la mujer que nos servía de modelo para un sentimiento ya no nos lo hace experimentar. Tenemos que seguir pintándolo de otra y si bien es una traición para la persona, literariamente, gracias a la similitud de nuestros sentimientos, por la cual una obra es a la vez el recuerdo de nuestros amores pasados y la profecía de nuestros amores nuevos, no hay gran inconveniente en esas sustituciones. Esta es una de las causas de la vanidad de los estudios

en los que se intenta adivinar de quién habla un autor. Pues una obra, aunque sea de confesión directa, está por lo menos intercalada entre varios episodios de la vida del autor, los anteriores que la inspiraron, los posteriores que no se le parecen menos, ya que los amores siguientes son un calco de los anteriores. Pues no somos tan fieles como a nosotros mismos a la persona que más hemos amado, y, tarde o temprano, la olvidamos para poder volver a amar —puesto que es uno de los rasgos de nosotros mismos —. A lo sumo, la persona a quien tanto hemos amado ha añadido a este amor una forma particular que nos hará serle fiel hasta en la infidelidad. Con la mujer siguiente necesitaremos los mismos paseos de la mañana o acompañarla lo mismo por la noche, o darle cien veces más dinero de lo preciso. (Una cosa curiosa de esa circulación del dinero que damos a las mujeres, que por causa de esto nos hacen desgraciados, es decir, nos permiten escribir libros: casi se puede decir que las obras, como los pozos artesianos, suben tanto más alto cuanto más ahondó el dolor en el corazón). Estas sustituciones dan a la obra algo de desinteresado, de más general, que es también una lección austera de que no debemos apegarnos a los demás, de que no son los demás los que existen realmente y son, por lo tanto, capaces de expresión, sino las ideas. Y aun hay que darse prisa y no perder tiempo mientras tenemos a nuestra disposición esos modelos; pues los que nos sirven de modelo de la felicidad no suelen tener muchas sesiones que ofrecernos, ni, como pasa también, ¡ay!, tan de prisa, tampoco las que nos sirven de modelo del dolor. Por otra parte, aun cuando no nos ofrece, descubriéndonosla, la materia de nuestra obra nos es útil incitándonos a ella. La imaginación, el pensamiento pueden ser máquinas admirables en sí, pero pueden ser inertes. El sufrimiento las pone entonces en marcha. Y los seres que nos sirven de modelo para el dolor ¡nos conceden sesiones tan frecuentes, en ese taller al que sólo vamos en esos períodos y que está en el interior de nosotros mismos! Estos períodos son como una imagen de nuestra vida con sus diversos dolores. Pues también ellos los contienen diferentes, y en el momento en que creíamos que era tranquilo, uno nuevo. Uno nuevo en todos los sentidos de la palabra: quizá porque esas situaciones imprevistas nos obligan a entrar más profundamente en contacto

con nosotros mismos, esos dilemas dolorosos que el amor nos plantea a cada instante nos instruyen, nos descubren sucesivamente la materia de que estamos hechos. Por eso cuando Francisca, al ver a Albertina entrar como un perro por todas las puertas abiertas en mi casa, desordenarlo todo, arruinarme, causarme tantos disgustos, me decía (pues en aquel momento yo había hecho ya algunos artículos y algunas traducciones): «¡Ah, si el señor, en lugar de esa chica que le hace perder todo el tiempo, tuviera un pequeño secretario bien instruido que arreglara todos los papelotes del señor!», quizá me equivocaba pensando que Francisca hablaba sensatamente. Albertina, haciéndome perder el tiempo, causándome pena, quizá me fue más útil, hasta desde el punto de vista literario, que un secretario que me arreglara los papelotes. Pero, de todos modos, cuando una persona está tan mal conformada (y acaso en la naturaleza esa persona es el hombre) que no puede amar sin sufrir y que tenga que sufrir para aprender verdades, la vida de un ser así acaba por ser muy aburrida. Los años buenos son los años perdidos, se espera un sufrimiento para trabajar. La idea del sufrimiento previo se asocia a la idea del trabajo, cada nueva obra da miedo pensando en los dolores que habrá que soportar para imaginarla. Y como se comprende que el sufrimiento es lo mejor que se puede encontrar en la vida, se piensa en la muerte sin miedo, casi como en una liberación.

Sin embargo, aunque esto me sublevaba un poco, había que tener en cuenta también que, en muchos casos, no hemos jugado con la vida, no hemos aprovechado los seres para los libros, sino todo lo contrario. Desgraciadamente, el caso de Werther, tan noble, no era mi caso. Sin creer ni por un momento en el amor de Albertina, veinte veces quise matarme por ella, por ella me arruiné, destruí mi salud. Cuando se trata de escribir, somos escrupulosos, miramos de muy cerca, rechazamos todo lo que no es verdad. Pero cuando se trata sólo de la vida nos arruinamos, enfermamos, nos matamos por mentiras. Verdad es que sólo de la ganga de esas mentiras podemos extraer (si ha pasado la edad de ser poeta) un poco de verdad. Las penas son servidores oscuros, detestados, contra los que luchamos, bajo cuyo imperio caemos cada vez más, servidores atroces, imposibles de sustituir y que por vías subterráneas, nos llevan a la verdad y a la muerte.

¡Dichosos aquellos que han encontrado la primera antes que la segunda y para los que, por próximas que deban estar una de otra, ha sonado la hora de la verdad antes que la hora de la muerte!

De mi vida pasada comprendí, además, que los menores episodios habían contribuido a darme la lección de idealismo de la que hoy iba a sacar provecho. Mis encuentros con *monsieur* de Charlus, ¿no me permitieron, incluso antes de que su germanofilia me diera la misma lección, mejor aún que mi amor por *madame* de Guermantes o por Albertina, que el amor de Saint-Loup por Raquel, convencerme de hasta qué punto es indiferente la materia y de que el pensamiento puede poner en ella todo, verdad esta que el fenómeno tan mal comprendido, tan inútilmente censurado, de la inversión sexual agranda más aún que él, ya tan instructivo, del amor? Este nos muestra la belleza que abandona a la mujer que ya no amamos y que viene a residir en el rostro que a los demás les parecería feísimo, que a nosotros mismos hubiera podido, podrá un día desagradarnos; pero es más sorprendente aún verla, en pleno goce de los homenajes de un gran señor que abandona en seguida a una bella princesa, emigrar bajo la gorra de un cobrador de ómnibus. Mi sobrecogimiento cada vez que viera en los Champs-Elysées, en la calle, en la playa, el rostro de Gilberta, de *madame* de Guermantes, de Albertina, ¿no demostraba cómo un recuerdo sólo se prolonga en una dirección divergente de la impresión con la que coincidió primero y de la que se aleja cada vez más?

El escritor no debe asustarse de que el invertido dé a sus heroínas un rostro masculino. Sólo esta particularidad un poco aberrante permite al invertido dar luego a lo que lee toda su generalización. Racine se vio obligado, para darle después todo su valor universal, a convertir por un momento a la Fedra antigua en una jansenista. De la misma manera, si *monsieur* de Charlus no hubiera dado a la «infiel» por la que Musset llora en *La nuit d'Octobre* o en *Le souvenir* el rostro de Morel, no habría ni llorado ni comprendido, porque sólo por esta vía, estrecha y desviada, tenía acceso a las verdades del amor. Sólo por una costumbre sacada del lenguaje insincero de los prólogos y de las dedicatorias dice el escritor: «Lector mío». En realidad, cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo.

La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir lo que, sin ese libro, no hubiera podido ver en sí mismo. El reconocimiento en sí mismo, por el lector, de lo que el libro dice es la prueba de la verdad de este, y viceversa, al menos hasta cierto punto, porque la diferencia entre los dos textos se puede atribuir, en muchos casos, no al autor, sino al lector. Además, el libro puede ser demasiado sabio, demasiado oscuro para el lector sencillo y no ofrecerle más que un cristal borroso con el que no podrá leer. Pero otras particularidades (como la inversión) pueden hacer que el lector tenga que leer de cierta manera para leer bien; el autor no tiene por qué ofenderse, sino que, por el contrario, debe dejar la mayor libertad al lector diciéndole: «Mire usted mismo si ve mejor con este cristal, con este otro, con aquel».

Si siempre me interesaron tanto los sueños que tenemos durmiendo, ¿no es porque, compensando la duración con la potencia, nos ayudan a comprender mejor lo que el amor, por ejemplo, tiene de subjetivo por el simple hecho de que realizan —pero con una rapidez prodigiosa— lo que se llamaría vulgarmente meternos una mujer en el pellejo, hasta hacernos amar apasionadamente durante un sueño de unos minutos a una fea, lo que en la vida real habría exigido años de costumbre, de trato, y como si fueran inyecciones intravenosas de amor, inventadas por algún doctor milagroso, como pudieran serlo también de sufrimiento? Con la misma rapidez se disipa la sugestión amorosa que nos han inculcado, y a veces no solamente la enamorada nocturna ha dejado de ser para nosotros como era y se ha tornado en la fea bien conocida, sino que se disipa también algo más precioso, todo un cuadro encantador de sentimientos de ternura, de voluptuosidad, de añoranzas vagamente insinuadas, todo un embarque para Citeres de la pasión de la que querríamos conservar, para el estado de vigilia, los matices de una verdad deliciosa, pero que se borra como un cuadro demasiado empalidecido cuyo color no se puede reconstituir. Y quizá el Sueño me había fascinado también por el formidable juego que hace con el Tiempo. ¿No había visto yo muchas veces en una noche, en un minuto de una noche, tiempos muy lejanos, relegados a esas distancias enormes dónde ya no podemos distinguir nada de los sentimientos que en

ellos sentíamos, precipitarse a toda velocidad sobre nosotros, cegándonos con su claridad, como si fueran aviones gigantescos en lugar de las pálidas —estrellas que creíamos, hacernos ver de nuevo todo lo que habían contenido para nosotros, dándonos la emoción, el choque, la claridad de su vecindad inmediata, que han recobrado, una vez despiertos, la distancia milagrosamente franqueada, hasta hacernos creer, erróneamente por lo demás, que eran una de las maneras de recobrar el Tiempo perdido?

Me había dado cuenta de que sólo la percepción grosera y errónea pone todo en el objeto, cuando todo está en el espíritu; había perdido a mi abuela en realidad muchos meses antes de haberla perdido de hecho, había visto a las personas cambiar de aspecto según la idea que yo u otros nos hacíamos de ellas, había visto a una sola ser varias según las personas que la veían (por ejemplo, los diversos Swann del principio; princesa de Luxembourg para el primer presidente), hasta para una sola en el transcurso de los años (nombre de Guermantes, diversos Swann para mí). Había visto el amor situando en una persona lo que sólo está en la persona que ama. Me había dado cuenta de esto mejor aún porque yo había alargado extremadamente la distancia entre la realidad objetiva y el amor (Raquel para Saint-Loup y para mí, Albertina para mí y Saint-Loup, Morel o el conductor de ómnibus para Charlus u otras personas, y a pesar de esto ternuras de Charlus: versos de Musset, etc.). Por último, en cierto modo, la germanofilia de *monsieur* de Charlus, la mirada de Saint-Loup a la foto de Albertina, me ayudaron a desprenderme por un momento, si no de mi germanofobia, al menos de mi creencia en la pura objetividad de esta, y a hacerme pensar que acaso ocurría con el Odio como con el Amor, y que, en el terrible juicio que en aquel momento mismo pronunciaba Francia con respecto a Alemania, a la que declaraba fuera de la humanidad, había, sobre todo, una objetivación de sentimientos, como los que tan preciosas nos presentaban a Raquel y a Albertina, la una a Saint-Loup, a mí la otra. En efecto, lo que hacía posible que esta perversidad no fuera enteramente intrínseca de Alemania es que, de la misma manera que yo, individualmente, tuve amores sucesivos, y, una vez terminados, quienes los inspiraron me parecían carentes de valor, había visto ya en mi país odios sucesivos que, por ejemplo, habían hecho parecer

traidores —mil veces peores que los alemanes a los que entregaban Francia — a dreyfusistas como Reinach, con el que hoy colaboraban los patriotas contra un país del que cada miembro era forzosamente un impostor, una fiera, un imbécil, excepto los alemanes que habían abrazado la causa francesa, como el rey de Rumania, el rey de los belgas o la emperatriz de Rusia. Verdad es que los antidreyfusistas me contestarían: «No es lo mismo». Y, en efecto, nunca es lo mismo, como nunca es la misma persona: de otro modo, ante el mismo fenómeno, el que se deja engañar por ellas sólo podría acusar a su estado subjetivo y no podría creer que las cualidades y los defectos están en el objeto. Entonces a la inteligencia no le es difícil basar en esta diferencia una teoría (enseñanza contra natura de los congregacionistas según los radicales, imposibilidad de la raza judía para nacionalizarse, odio perpetuo de la raza alemana contra la raza latina, pues la raza amarilla está momentáneamente rehabilitada). Por lo demás, este lazo subjetivo resaltaba en las conversaciones de los neutrales, donde los germanófilos, por ejemplo, tenían la facultad de dejar por un momento de comprender y hasta de escuchar cuando les hablaban de las atrocidades alemanas en Bélgica. (Y, sin embargo, eran reales: lo que yo observaba de subjetivo en el odio y en la vista misma no impedía que el objeto pudiera poseer cualidades o defectos reales y no hacía en modo alguno que se esfumara la realidad en un puro relativismo). Y si, al cabo de tantos años transcurridos y de tanto tiempo perdido, notaba yo esta influencia capital hasta en las relaciones internacionales, ¿no lo sospechaba yo muy al principio de mi vida cuando leía en el jardín de Combray una de aquellas novelas de Bergotte de las que, incluso hoy, si hojeo algunas páginas olvidadas en las que veo las proezas de un malvado, no descanso hasta estar seguro, pasando cien páginas, de que, al final, el infame es debidamente humillado y vive lo bastante para enterarse de que sus tenebrosos proyectos han fracasado? Pues yo ya no recordaba bien lo que había ocurrido a aquellos personajes, lo que, por lo demás, no los diferenciaba de las personas que se encontraban aquella tarde en casa de *madame* de Guermantes y cuya vida pasada, por lo menos la de algunos, era tan vaga para mí como si la hubiera leído en una novela medio olvidada. ¿Había

acabado el príncipe de Agrigente por casarse con *mademoiselle* X…? ¿O era más bien que el hermano de *mademoiselle* X debió de casarse con la hermana del príncipe de Agrigente? ¿O será que me confundo con una antigua lectura o con un sueño reciente?

El sueño era todavía uno de los hechos de mi vida que más me habían impresionado siempre, que más debieron de servir para convencerme del carácter puramente mental de la realidad, *y cuya* ayuda no desdeñaría en la composición de mi obra. Cuando, de una manera un poco menos desinteresada, vivía para un amor, un sueño me acercaba singularmente, haciéndole recorrer grandes distancias de tiempo perdido, a mi abuela, a Albertina, a la que volvía a amar porque, en mi sueño, me daba una versión, atenuada por lo demás, de la historia de la lavandera. Pensé que alguna vez me traerían así ciertas verdades, ciertas impresiones que mi solo esfuerzo, ni siquiera los encuentros de la naturaleza, me presentaban; que despertarían en mí el deseo, la añoranza de ciertas cosas inexistentes, condición necesaria para trabajar, para liberarse del hábito, para apartarse de lo concreto. Yo no desdeñaría esta segunda musa, esta musa nocturna que a veces sustituiría a la otra.

He visto nobles resultar vulgares cuando su espíritu, como el del duque de Guermantes por ejemplo, era vulgar («No se recata usted», como podría decir Cottard). Había visto creer en el asunto Dreyfus, durante la guerra, que la verdad es un determinado hecho que los ministros poseen, un sí o un no que no necesita interpretación, en virtud del cual las personas del poder *sabían* si Dreyfus era culpable, *sabían* (sin necesidad de mandar para esto a Roques a investigar sobre el terreno) si Sarrail tenía o no los medios de avanzar al mismo tiempo que los rusos[39].

Bien pensado, la materia de mi experiencia, que sería la materia de mi libro, procedía de Swann no sólo por todo lo que se refería a él mismo y a Gilberta, sino que fue él quien me dio ya en Combray el deseo de ir a Balbec, a donde, de no ser por esto, no se les habría ocurrido a mis padres la idea de mandarme, y yo no habría conocido a Albertina, ni siquiera a los Guermantes, puesto que mi abuela no habría encontrado a *madame* de I Leparisis, ni yo habría conocido a Saint-Loup y a *monsieur* de Charlus, por

los cuales conocí a la duquesa de Guermantes y por esta a su prima, de suerte que mi presencia misma en este momento en casa del príncipe de Guermantes, donde acababa de ocurrírseme de pronto la idea de mi obra (de donde resultaba que debía a Swann no sólo la materia, sino la decisión), procedía también de Swann. Pedúnculo quizá un poco delgado para soportar la extensión de toda mi vida (es decir, que «el camino de Guermantes» procedía así, en cierto sentido, del «camino de Swann»). Pero en muchos casos ese autor de los aspectos de nuestra vida es alguien muy inferior a Swann, es el ser más mediocre. ¿No me hubiera bastado para ir a Balbec que un compañero cualquiera me indicara alguna muchacha agradable a quien podría poseer (a la que probablemente no habría encontrado)? Así ocurre que encontramos más tarde un compañero desagradable, le estrechamos la mano y, sin embargo, si alguna vez lo pensamos bien, resulta que toda nuestra vida y nuestra obra salieron de una palabra que nos dijo en el aire, de un «Deberías ir a Balbec». No le guardamos ninguna gratitud, sin que esto demuestre que somos desagradecidos. Pues al decir aquellas palabras no pensó ni mucho menos en las enormes consecuencias que iban a tener para nosotros. Fueron nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia las que explotaron las circunstancias, las cuales, una vez recibido el primer impulso, se engendraron unas a otras, sin que el compañero pudiera prever la cohabitación con Albertina, como no podía prever el baile de máscaras en casa de los Guermantes. Seguramente fue necesario su impulso, y en este sentido la forma exterior de nuestra vida, la materia misma de nuestra obra, dependen de él. A no ser por Swann, a mis padres no se les habría ocurrido jamás la idea de mandarme a Balbec. (Por lo demás, Swann no era en absoluto responsable de los sufrimientos que él me había causado indirectamente: se debían a mi debilidad, como la suya le había hecho sufrir a él por Odette). Pero, al determinar así la vida que hemos llevado, excluyó por eso mismo todas las vidas que hubiéramos podido llevar en lugar de aquella. Si Swann no me hubiera hablado de Balbec, yo no habría conocido a Albertina, el comedor del hotel, a los Guermantes. Pero habría ido a otro sitio, habría conocido a otras personas, mi memoria, como mis libros,

estaría llena de cuadros muy diferentes, de cuadros que ni siquiera puedo imaginar y cuya novedad, desconocida por mí, me seduce y me hace lamentar no haber ido más bien hacía ella y que Albertina y la playa de Balbec y Rivebelle y los Guermantes no permanecieran siempre desconocidos para mí.

Los celos son un buen reclutador que, cuando hay un hueco en nuestro cuadro, va a buscarnos a la calle la hermosa muchacha que hacía falta. Ya no era hermosa, ha vuelto a serlo, porque tenemos celos de ella, y llenará ese vacío. Una vez muertos, no nos alegrará que ese cuadro se completara así. Pero esta idea no es nada desalentadora. Pues nos damos cuenta de que la vida es un poco más complicada de lo que se dice, y también las circunstancias. Y hay una apremiante necesidad de mostrar esa complejidad. Los celos, tan útiles, no nacen forzosamente de una mirada, o de un relato, o de una retroflexión. Podemos encontrarlos, dispuestos a herirnos, entre las hojas de un anuario —lo que se llama «Tout-Paris» en cuanto a París, y «Annuaire des Chateaux» en cuanto al campo[40]—. Distraídos, habíamos oído decir a la hermosa muchacha ya indiferente para nosotros que tenía que ir unos días a ver a su hermana en el Paso de Caíais, cerca de Dunkerque; también pensamos distraídamente en otro tiempo que quizá a la hermosa muchacha la había cortejado *monsieur* «E», al que ya nunca veía, pues ya no iba jamás al bar donde le encontraba antes. ¿Qué sería su hermana? ¿Acaso una criada? Por discreción no lo preguntamos. Y después, al abrir por casualidad el «Annuaire des Chateaux», nos encontramos con que *monsieur* «E» tiene un castillo en el Paso de Calais, cerca de Dunkerque. Ya no hay duda: por dar gusto a la hermosa muchacha ha tomado de doncella a su hermana, y si la hermosa muchacha no le ve ya en el bar es que *monsieur* «E» la hace ir a su casa, pues vive en París casi todo el año, pero no puede pasar sin ella ni siquiera cuando está en el Paso de Calais. Los pinceles, ebrios de furor y de amor, pintan, pintan. Pero ¿y si no fuera así? ¿Si verdaderamente *monsieur* «E» no viera ya nunca a la hermosa muchacha y, por hacer un favor, hubiera recomendado a la hermana de esta a un hermano suyo que vive todo el año en el Paso de Calais? De suerte que la muchacha va, puede que hasta por casualidad, a

ver a su hermana cuando *monsieur* «E» no está allí, pues ya no se ocupan el uno del otro. Y a menos, incluso, que la hermana no sea doncella en el castillo ni en ningún sitio, sino que tenga parientes en el Paso de Calais. Ante estas últimas suposiciones, que calman todos los celos, cede nuestro dolor del primer momento. Pero ¿qué importa? Los celos, ocultos en las hojas del «Annuaire des Chateaux», han surgido oportunamente, pues ahora ya está ocupado el hueco que había en el cuadro. Y todo se compone bien, gracias a la presencia suscitada por los celos de la hermosa muchacha por la que ya no sentimos celos y a la que ya no amamos.

En este momento vino el mayordomo del hotel a decirme que había terminado la primera pieza y, por consiguiente, podía dejar la biblioteca y entrar en el salón. Esto me hizo acordarme de dónde estaba. Pero no me perturbó el razonamiento que acababa de comenzar por el hecho de que una reunión mundana, el retorno a la sociedad, me hubieran proporcionado aquel punto de partida hacia una vida nueva que no había sabido encontrar en la soledad. Este hecho no tenía nada de extraordinario, pues una impresión que podía resucitar en mí al hombre eterno no estaba forzosamente más unida a la soledad que a la sociedad (como creí en otro tiempo, como quizá lo estuvo para mí en otro tiempo, como acaso debiera estarlo todavía si yo me hubiera desarrollado armoniosamente, en lugar de aquella larga detención que sólo ahora parecía terminar). Pues encontrando esta impresión de belleza solamente cuando, ofrecida por el azar una sensación actual, por insignificante que fuere, una sensación semejante, renaciendo espontáneamente en mí, venía a extender la primera a varias épocas a la vez y me llenaba el alma, donde las sensaciones particulares dejaban tanto vacío, de una esencia general, no había razón para no recibir sensaciones de este género en el gran mundo lo mismo que en la naturaleza, puesto que las ofrece la casualidad, ayudada sin duda por esa excitación especial en virtud de la cual los días en que nos encontramos fuera del devenir corriente de la vida hasta las cosas más sencillas vuelven a darnos sensaciones que el Hábito ahorra a nuestro sistema nervioso. Yo iba a procurar encontrar la razón objetiva de que fuera precisa y únicamente esta clase de sensaciones lo que debiera conducir a la obra de arte, siguiendo los

pensamientos que no había dejado de eslabonar en la biblioteca, pues notaba que ahora el impulso de la vida espiritual era en mí lo bastante fuerte para poder continuar en el salón, en medio de los invitados, lo mismo que en la biblioteca; me parecía que desde este punto de vista, incluso en medio de aquella concurrencia tan numerosa, sabría reservar mi soledad. Pues por la misma razón de que grandes acontecimientos no influyen desde fuera sobre nuestras potencias espirituales, y de que un escritor mediocre que vive en un período épico seguirá siendo un escritor mediocre, lo peligroso en el mundo eran las disposiciones mundanas que se llevan a él; pero, en sí mismo, no era más capaz de volvernos mediocres que una guerra heroica de volver sublime a un mal poeta. En todo caso, fuera o no fuera útil teóricamente que se hiciera así la obra de arte, y en tanto estudiaba este punto, como pensaba hacerlo, no podía negar que, en cuanto a mí, cuando sentía impresiones verdaderamente estéticas, era siempre después de sensaciones de esta clase. Verdad es que fueron bastante raras en mi vida, pero la dominaban, podía encontrar en el pasado algunas de aquellas cimas que cometí el error de perder de vista (lo que pensaba no volver a hacer en lo sucesivo). Y ya podía decir que si esto era en mí, por la importancia exclusiva que tomaba, un rasgo personal, sin embargo me tranquilizaba al descubrir que tenía relación con otros rasgos menos marcados, pero discernibles, y en el fondo bastante análogos, en otros escritores. No es de una sensación del tipo de la de la magdalena de la que está suspendida la parte más bella de las *Mémoires d'Outre-Tombe*: «Anoche estaba paseando solo…, me sacó de mis reflexiones el canto de un tordo encaramado en la rama más alta de un abedul. Instantáneamente, sus notas mágicas hicieron reaparecer ante mis ojos la finca paterna; olvidé las catástrofes de que acababa de ser testigo y, súbitamente trasladado al pasado, volví a ver aquellos campos donde tantas veces oí el canto del tordo». Y una de las dos o tres más bellas frases de esas *Mémoires* es precisamente esta: «De un pequeño cuadro de habas en flor emanaba un olor sutil y suave a heliotropo; no nos lo traía una brisa de la patria, sino un viento salvaje de Terranova, sin relación con la planta expatriada, sin simpatía de reminiscencia y de voluptuosidad. En aquel perfume de la belleza no respirado, no depurado en

su seno, no expandido sobre sus huellas, en aquel perfume expatriado de aurora, de cultivo y de mundo, había todas las melancolías de las nostalgias, de la ausencia y de la juventud». Una de las obras maestras de la literatura francesa, *Sylvie*, de Gérard de Nerval, tiene, lo mismo que el libro de las *Mémoiresd'Outre-Tombe* relativo a Combourg, una sensación del mismo género que el gusto de la magdalena y «el canto del tordo». También en Baudelaire esas reminiscencias, más numerosas aún, son evidentemente menos fortuitas y, por consiguiente, a mi parecer, decisivas. Es el poeta mismo quien, con más cuidado y más pereza, busca voluntariamente, en el olor de una mujer, por ejemplo, de su pelo y de su seno, las analogías inspiradoras que le evocarán «el azur del cielo inmenso y redondo» y «un puerto lleno de llamas y de mástiles». Yo iba a intentar recordar las composiciones de Baudelaire en cuya base se encuentra una sensación así traspuesta, para acabar de situarme de nuevo en una filiación tan noble y estar seguro de que la obra que ya no dudaba que iba a emprender merecería el esfuerzo que iba a dedicarle, cuando, llegado al pie de la escalera que descendía de la biblioteca, me encontré de pronto en el gran salón y en medio de una fiesta que iba a parecerme muy diferente de aquellas a las que asistí en otro tiempo, e iba a tomar para mí un aspecto especial y un sentido nuevo. En efecto, nada más entrar en el salón, aunque mantuviese firme en mí, en el punto en que yo estaba, el proyecto que acababa de concebir, se produjo un golpe teatral que iba a oponer a mi empresa la más grave de las objeciones. Una objeción que seguramente superaría, pero que, mientras seguía pensando para mí mismo en las condiciones de la obra de arte, por el ejemplo cien veces repetido de la consideración más propia para hacerme vacilar, iba a interrumpir a cada instante mi razonamiento.

En el primer momento no comprendí por qué dudaba en reconocer al dueño de la casa, a los invitados, y por qué cada uno parecía haberse «fabricado una cara» generalmente empolvada y que los cambiaba por completo. El príncipe tenía aún al recibir aquel aire bonachón de un rey de cuento de hadas que le encontré la primera vez, pero esta vez parecía haberse sometido él mismo a la etiqueta que había impuesto a sus invitados:

se había puesto una barba blanca[41] y, arrastrando los pies, que aparentemente le pesaban como si llevara suelas de plomo, parecía haber asumido el papel de una de las «Edades de la Vida». A decir verdad, sólo le reconocí con ayuda de un razonamiento e identificando la persona por el simple parecido de ciertos rasgos. No sé qué había puesto en su cara el pequeño Fezensac, pero mientras que otros sólo habían encanecido, en unos la mitad de la barba, en otros sólo los mostachos, él, sin preocuparse de los tintes, encontró la manera de llenarse la cara de arrugas, y las cejas de pelos erizados; por lo demás, todo esto no le sentaba bien, su cara hacía el efecto de haberse endurecido, bronceado, solemnizado, y esto le envejecía de tal modo que nadie le hubiera creído un joven. Mucho más me extrañó en el mismo momento oír llamar duque de Chatellerault a un viejecillo de bigotes plateados de embajador, en el que sólo una miradita que seguía siendo la misma me permitió reconocer al joven que encontré una vez de visita en casa de *madame* de Villeparisis. A la primera persona que llegué así a identificar, procurando hacer abstracción del disfraz y completar los rasgos naturales en un esfuerzo de memoria, mi primer pensamiento debió de ser, y fue quizá mucho menos de un segundo, felicitarla por haberse maquillado tan maravillosamente que, antes de reconocerla, se vacilaba como ante los grandes actores que, al aparecer en un papel en el que están diferentes de ellos mismos, vacila el público cuando salen a escena, aun advertido por el programa, y permanece por un momento pasmado antes de romper a aplaudir.

Desde este punto de vista, el más extraordinario de todos era mi enemigo personal, *monsieur* d'Argencourt, el verdadero punto fuerte de la fiesta. No sólo se había puesto, en lugar de su barba apenas gris, una extraordinaria barba de una blancura inverosímil, sino que, además (tantos pequeños cambios materiales pueden achicar o ampliar un personaje, y, más aún, cambiar su carácter aparente, su personalidad), era un viejo mendigo que ya no inspiraba ningún respeto lo que ahora parecía aquel hombre cuya solemnidad, cuyo envaramiento estaban aún presentes en mi recuerdo y que daba a su personaje de viejo chocho tal verdad que le temblequeaban los miembros, que los rasgos relajados de su cara, habitualmente altiva, no

cesaban de sonreír con bobalicona beatitud. Llevado a grado tal, el arte del disfraz se convierte en algo más, en una completa transformación de la personalidad. En efecto, por más que algunos detalles nimios me aseguraran que era Argencourt quien daba aquel espectáculo inenarrable y pintoresco, ¡cuántas fases sucesivas de un rostro tenía que atravesar para llegar al del Argencourt que yo había conocido y que era tan diferente de él mismo, y eso sin disponer más que de su propio cuerpo! Era sin duda el último extremo adonde pudo conducirle sin perecer; el semblante más orgulloso, el torso más erguido no era ya más que un pingajo hecho papilla, agitado para acá y para allá. Apenas se podía, recordando ciertas sonrisas de Argencourt que en otro tiempo moderaban a veces por un momento su altivez, encontrar en el presente Argencourt verdadero a aquel que yo vi tan a menudo, apenas se podía comprender que la posibilidad de aquella sonrisa de viejo trapero reblandecido existía en el *gentleman* correcto de antaño. Pero suponiendo que aquello fuera la misma intención de sonrisa que tuvo Argencourt, por la prodigiosa transformación de su rostro, la materia misma del ojo con que la expresaba era tan diferente que la expresión parecía completamente distinta y hasta de un hombre distinto. Me dio una risa loca ver a aquel sublime gagá, tan reblandecido en su benévola caricatura de sí mismo como lo estaba, en la manera trágica, *monsieur* de Charlus fulminado y cortés. *Monsieur* d'Argencourt, en su encarnación de moribundo bufo de un Regnard exagerado por Labiche, era tan fácilmente asequible, tan afable como *monsieur* de Charlus rey Lear que se descubría muy atento ante la persona más insignificante que le saludara. Sin embargo, no se me ocurrió manifestarle mi admiración por el espectáculo extraordinario que ofrecía. No fue mi antipatía antigua lo que me lo impidió, pues precisamente había llegado a ser tan diferente de sí mismo que me daba la ilusión de estar ante otra persona, tan benévola, tan desarmada, tan inofensiva como hosco, hostil y peligroso era el Argencourt habitual. Hasta tal punto otra persona, que al ver a aquel personaje inefablemente gesticulante, cómico y blanco, a aquel pelele de nieve que simulaba un general Durakin en la infancia, me parecía que el ser humano podía sufrir metamorfosis tan completas como las de ciertos insectos. Tenía

la impresión de estar mirando a través del cristal instructivo de un museo de historia natural lo que puede haber llegado a ser el insecto más rápido, el más seguro en sus caracteres, y, ante aquella crisálida blanducha, más bien vibrátil que movediza, no podía volver a experimentar los sentimientos que siempre me había inspirado *monsieur* d'Argencourt. Pero me callé, no felicité a *monsieur* d'Argencourt por ofrecer un espectáculo que parecía hacer retroceder los límites entre los que se pueden mover las transformaciones del cuerpo humano.

En casos así, entre los bastidores del teatro o en un baile de trajes, nos sentimos más bien inclinados por cortesía a exagerar la dificultad, casi a declarar la imposibilidad que tenemos de reconocer a la persona disfrazada. Aquí, por el contrario, un instinto me llevó a disimular lo más posible aquella dificultad, aquella imposibilidad; me daba cuenta de que ya no eran nada halagadoras, porque la transformación no era voluntaria, y pensé, por fin, lo que no se me había ocurrido al entrar en el salón, que toda fiesta, por sencilla que sea, cuando se celebra mucho tiempo después de haber dejado de asistir a las reuniones del gran mundo, y a pocas personas que reúna de las conocidas en otras épocas, nos hace el efecto de una fiesta de disfraces, de la más lograda de todas, de aquella en la que los otros nos «intrigan» más sinceramente, pero donde las caras que, sin querer, se han ido haciendo en mucho tiempo se niegan a dejarse deshacer, una vez terminada la fiesta, con un simple lavado. ¿Intrigado por los otros? También, ¡ay!, los intrigamos nosotros. Pues la misma dificultad que tenía yo para dar a las caras el nombre correspondiente, parecían tenerla todas las personas que, al ver la mía, no le prestaban más atención que si no la hubieran visto nunca, o intentaban sacar del aspecto actual un recuerdo diferente.

Si *monsieur* d'Argencourt acababa de representar aquel extraordinario «número» que era ciertamente la visión más impresionante, por lo burlesca, que yo conservaría de él, era como un actor que sale por última vez a escena antes que el telón caiga por completo en medio de las carcajadas. Si ya no me daba rabia, era porque, en él, que había vuelto a la inocencia de la infancia, ya no quedaba ningún recuerdo de las ideas despreciativas que hubiera podido tener de mí, ningún recuerdo de haber visto a *monsieur* de

Charlus soltarme bruscamente el brazo, fuera porque ya no le quedara nada de aquellos sentimientos, fuera porque, para llegar hasta nosotros, tuvieran que pasar por unos medios refractores físicos tan deformantes que, en el camino, cambiaban absolutamente de sentido y que *monsieur* d'Argencourt pareciera bueno, a falta de medios físicos de expresar aún que era malo y de reprimir su perpetua hilaridad contagiosa. Era excesivo hablar de un actor y, huero como estaba de toda alma consciente, yo le veía como una muñeca trepidante, con su barba postiza de lana blanca, agitado, paseado por aquel salón, como en un guiñol a la vez científico y filosófico en el que, lo mismo que en una oración fúnebre o en una lección en la Sorbona, servía a la vez de recordatorio de la vanidad de todo y de ejemplo de historia natural.

Muñecos, sí, pero muñecos que, para identificarlos con lo que habíamos conocido, había que leer en varios planos a la vez, situados detrás de ellos y que les daban profundidad y obligaban a un trabajo mental ante aquellos viejos fantoches, pues había que mirarlos, al mismo tiempo que con los ojos, con la memoria. Muñecos inmersos en los colores inmateriales de los años, muñecos que exteriorizaban el Tiempo, el Tiempo que habitualmente no es visible y que, para serlo, busca cuerpos y, allí donde los encuentra, los captura para proyectar en ellos su linterna mágica. Tan inmaterial como antaño *Golo* sobre el picaporte de mi cuarto de Combray, así el nuevo y tan irreconocible Argencourt estaba allí como la revelación del Tiempo, haciéndolo parcialmente visible. En los elementos nuevos que componían la figura de *monsieur* d'Argencourt y su personaje, se leía un cierto número de años, se reconocía la figura simbólica de la vida no tal como lavemos, es decir, permanente, sino real, atmósfera tan cambiante que el altivo señor se pinta en ella en caricatura, por la noche, como un ropavejero.

Por lo demás, en otros seres, esos cambios, esas verdaderas alienaciones parecían salir de los dominios de la historia natural, y, al oír un nombre, nos extrañaba que un mismo ser pudiera presentar, no como *monsieur* d'Argencourt, las características de una nueva especie diferente, sino los rasgos exteriores de otro carácter. Como en el caso de *monsieur* d'Argencourt, el tiempo había sacado de esta o de aquella muchacha unas posibilidades insospechadas, pero estas posibilidades, aunque fueran

completamente fisonómicas o corporales, parecían tener algo moral. Si los rasgos del rostro cambian, si parecen distintos, si se combinan habitualmente de una manera más lenta, toman, con un aspecto distinto, un significado diferente. De suerte que en una mujer que habíamos conocido obtusa y seca, un abultamiento de las mejillas ahora irreconocibles, una imprevisible curvatura de la nariz, causaban la misma sorpresa, muchas veces la misma buena sorpresa, que unas palabras sensibles y profundas, que una acción valerosa y noble que nunca hubiéramos esperado de ella. En torno a esa nariz, una nariz nueva, veíamos asomar unos horizontes que no nos hubiéramos atrevido a esperar. Con esas mejillas, la bondad, la ternura, antes imposibles, eran ahora posibles. Ante aquella barbilla se podía decir lo que jamás se nos ocurriera pronunciar ante la anterior. Todos estos rasgos nuevos del rostro implicaban otros rasgos de carácter; la seca y flaca muchacha se había convertido en una voluminosa e indulgente abuela. Podía decirse que era otra persona, y no ya en un sentido zoológico como en el caso de *monsieur* d'Argencourt, sino en un sentido social y moral.

Por todos estos aspectos, una fiesta como aquella en que yo me encontraba era algo mucho más precioso que una imagen del pasado, pues me ofrecía algo así como todas las imágenes sucesivas y que no había visto nunca, que separaban el pasado del presente, más aún, la relación que había entre el presente y el pasado; era como lo que antes se llamaba una «vista óptica», pero una vista óptica de los años, no la vista de un momento, no la vista de una persona situada en la perspectiva deformadora del Tiempo.

En cuanto a la mujer de la que *monsieur* d'Argencourt había sido amante, no había cambiado mucho, *teniendo en cuenta el tiempo transcurrido*, es decir, que su rostro no estaba completamente destruido por el de un ser que va deformándose a lo largo de su trayecto hacia el abismo adonde es lanzado, abismo cuya dirección sólo podemos expresar con comparaciones igualmente vanas, porque sólo las podemos tomar del mundo del espacio, y, lo mismo si las orientamos en el sentido de la elevación, de la longitud o de la profundidad, tienen la única ventaja de hacernos notar que esa dimensión inconcebible y sensible existe. La necesidad de remontar efectivamente el curso de los años para dar un

nombre a las caras me obligaba, por reacción, a restablecer luego, dándoles su sitio real, los años en los que no había pensado. Desde este punto de vista, y para no dejarme engañar por la identidad aparente del espacio, el aspecto completamente nuevo de un ser como *monsieur* d'Argencourt era para mí una revelación patente de esa realidad de los años, que generalmente permanece abstracta para nosotros, como la aparición de ciertos árboles enanos o de baobabs gigantescos nos advierte del cambio de meridiano.

Entonces la vida se nos presenta como un cuento de hadas en el que se ve de un acto a otro cómo el bebé se convierte en adolescente y el hombre maduro se inclina hacia la tumba. Y como son los cambios perpetuos los que nos hacen darnos cuenta de que esos seres vistos a distancias bastante grandes son tan diferentes, advertimos que hemos seguido la misma ley que esas criaturas hasta tal punto transformadas que, sin haber dejado de ser, precisamente porque no han dejado de ser, ya no se parecen a lo que en otro tiempo vimos de ellas.

Una muchacha que yo conocí antaño, ahora blanca y contraída en viejecita maléfica, parecía indicar que es necesario que, en el fin de fiesta de una obra de teatro, los seres se disfrazasen de tal modo que no se les reconociera. Pero su hermano se conservaba tan erguido, tan parecido a sí mismo que sorprendía que, en su cara joven, hubiera puesto blanco su bigote bien enhiesto. Las partes blancas de unas barbas hasta entonces enteramente negras hacían melancólico el paisaje humano de aquella fiesta, como las primeras hojas amarillas de los árboles cuando creíamos poder contar aún con un largo verano y, antes de empezar a disfrutarlo, vemos que es ya el otoño. Y yo, que, desde mi infancia, vivía al día, y había recibido de mí mismo y de los demás una impresión definitiva, me di cuenta por primera vez, por las metamorfosis que se habían producido en todas aquellas personas, del tiempo que había pasado por ellos, lo que me perturbó por la revelación de que aquel tiempo había pasado también para mí. Y su vejez, indiferente por sí misma, me desolaba advirtiéndome la aproximación de la mía. Además, esta aproximación me la proclamaron, sucesivamente, unas palabras que, con unos minutos de intervalo, vinieron a

advertirme como las trompetas del Juicio Final. Las primeras las pronunció la duquesa de Guermantes; acababa de verla, pasando entre una doble fila de curiosos que, sin darse cuenta de los maravillosos artificios de *toilette* y de estética que influían en ellos, impresionados ante aquella cabeza pelirroja, ante aquel cuerpo asalmonado que emergía apenas de sus aletas de encaje negro y estrangulado de joyas, lo miraban en la sinuosidad hereditaria de sus líneas, como hubieran mirado a un viejo pez sagrado, cubierto de piedras preciosas, en el que se encarnara el Genio protector de la familia de Guermantes. «¡Ah, qué alegría verle, usted, mi amigo más antiguo!», me dijo. Y en mi amor propio de joven de Combray que nunca había considerado que pudiera ser uno de sus amigos participando verdaderamente en la verdadera vida misteriosa que se hacía en casa de los Guermantes, uno de sus amigos lo mismo que *monsieur* de Bréauté, que *monsieur* de Forestelle, que Swann, que todos los que habían muerto, habría podido sentirme halagado, y me sentía sobre todo desgraciado. «¡Su amigo más antiguo! —me dije—. Exagera; quizá uno de los más antiguos, pero ¿es que yo…?». En este momento se me acercó un sobrino del príncipe: «Usted es un viejo parisiense», me dijo. Al poco rato me entregaron una esquela. Al llegar había encontrado a un joven llamado Létourville, cuyo parentesco con la duquesa no recordaba ya muy bien, pero que me conocía un poco. Acababa de salir de Saint-Cyr y, pensando que sería para mí un gentil compañero como lo fue Saint-Loup, que podría iniciarme en las cosas del ejército, con los cambios que había sufrido, le dije que le vería luego y que nos citaríamos para comer juntos, lo que me agradeció mucho. Pero yo me quedé mucho tiempo meditando en la biblioteca y la esquelita que dejó para mí era para decirme que no podía esperarme y para dejarme su dirección. La carta de aquel compañero soñado terminaba así: «Con todo el respeto de su amiguito, Létourville». «¡Amiguito!». Así escribía yo antaño a las personas que tenían treinta años más que yo, a Legrandin por ejemplo. ¡De modo que aquel lugarteniente que yo me figuraba un compañero mío como Saint-Loup se decía mi amiguito! Pero entonces no eran sólo los métodos militares lo que había cambiado, y para *monsieur* de Létourville, yo era, no un compañero, sino un anciano; y *monsieur* de Létourville, en

cuya compañía yo me imaginaba como me veía a mí mismo, un buen compañero, ¿estaba separado de mí por la abertura de un invisible compás en el que no había pensado y que me situaba tan lejos del joven lugarteniente que parecía que, para el que se titulaba mi «amiguito», yo era un anciano?

Casi inmediatamente alguien habló de Bloch, y yo pregunté si se trataba del joven o del padre (que yo ignoraba que había muerto durante la guerra, decían que de emoción de ver a Francia invadida). «No sabía que tuviera hijos, ni siquiera sabía que estuviera casado —me dijo el príncipe—. Pero seguramente hablamos del padre, pues no es nada joven —añadió riendo—. Podría tener hijos que ya serían a su vez hombres». Y comprendí que se trataba de mi compañero. De todos modos, entró al cabo de un momento. Y, en efecto, vi superponerse en la cara de Bloch ese aspecto débil y opinante, esos flojos movimientos de cabeza que llegan en seguida al tope, aspecto en el que yo habría reconocido el docto cansancio de los viejos amables, si, por otra parte, no hubiera reconocido ante mí a mi amigo y si mis recuerdos no le animaran con aquella vivacidad juvenil e ininterrumpida de la que ahora parecía desposeído. Para mí, que le había conocido en el umbral de la vida y no había dejado nunca de verle, era mi compañero, un adolescente cuya juventud medía yo por la que, no creyendo haber vivido desde aquel momento, me atribuía inconscientemente a mí mismo. Oí decir que representaba su edad y me extrañó ver en su rostro algunas de esas señales que son más bien características de los hombres viejos. Comprendí que parecía viejo porque lo era en realidad y que es con adolescentes que duran bastantes años con los que la vida hace a los viejos.

Como alguien, al oír decir que yo estaba malo, preguntara si no tenía miedo de coger la gripe que reinaba en aquel momento, otro benevolente me tranquilizó diciéndome: «No, esa gripe le da más bien a las personas todavía jóvenes. Los de su edad no corren ya mucho peligro». Y aseguraron que el personal me había reconocido. Habían cuchicheado mi nombre, y hasta «en su lenguaje», contó una señora, les había oído decir: «Ahí está el padre» (a esta expresión siguió mi nombre) y, como yo no tenía hijos, no podía referirse sino a la edad.

«¿Que si he conocido al mariscal? —me dijo la duquesa—. He conocido a otras personas mucho más importantes: a la duquesa de Galliera, a Paulina de Périgord, a monseñor Dupanloup». Oyéndola, yo lamentaba ingenuamente no haber conocido lo que ella llamaba un resto de antiguo régimen. Hubiera debido pensar que se llama antiguo régimen aquello de lo que sólo se ha podido conocer el final; así, lo que percibimos en el horizonte adquiere una grandeza misteriosa y nos parece cerrarse sobre un mundo que ya no veremos más; mientras tanto avanzamos, y muy pronto somos nosotros los que estamos en el horizonte para las generaciones siguientes; mientras tanto el horizonte retrocede, y el mundo que parecía terminado, vuelve a empezar. «Hasta llegué a ver, cuando yo era muchacha —añadió *madame* de Guermantes— a la duquesa de Dino. Caramba, ya sabe usted que no tengo veinticinco años». Estas últimas palabras me molestaron: «No debía decir eso, eso estaría bien para una mujer vieja». Y en seguida pensé que, en realidad, era una mujer vieja. «Usted sigue igual —continuó—. Sí, usted es asombroso, sigue siempre joven —expresión tan melancólica porque sólo tiene sentido cuando, en realidad, si no en apariencia, nos hemos hecho viejos. Y me asestó el último golpe añadiendo —: Siempre he sentido que no se haya casado. En el fondo quién sabe, quizá sea más feliz. Por su edad tendría hijos en la guerra, y si hubieran muerto, como ese pobre Roberto (todavía pienso a menudo en él), con lo sensible que es usted no los habría sobrevivido». Y pude verme, como en el primer espejo verídico que encontrara, en los ojos de los viejos, que se creían jóvenes como me lo creía yo de mí, y que, cuando, para que me desmintieran, me citaba a mí mismo como ejemplo de viejo, a su mirada, que me veía como no se veían ellos mismos y como los veía yo, no asomaba una sola protesta. Pues no veíamos nuestro propio aspecto, nuestras propias edades, sino que cada uno, como un espejo opuesto, veía la del otro. Y seguramente muchos, al descubrir que han envejecido, se entristecerían menos que yo. Pero, en primer lugar, con la vejez ocurre como con la muerte. Algunos las afrontan con indiferencia, no porque tengan más valor que los otros, sino porque tienen menos imaginación. Además, un hombre que desde la infancia apunta a una misma idea, y para

quien su pereza y hasta su estado de salud, al obligarle a aplazar siempre las realizaciones, anula cada noche el día transcurrido y perdido, tanto que la enfermedad que acelera la vejez de su cuerpo retarda la de su espíritu, se sorprende y sufre más al ver que no ha cesado de vivir en el Tiempo, que el que vive poco en sí mismo se adapta al calendario y no descubre de pronto el total de los años cuya adición ha seguido cotidianamente. Pero una razón más grave explicaba mi angustia; descubría esta acción destructora del tiempo en el momento mismo en que yo pretendía aclarar, intelectualizar en una obra de arte unas realidades extratemporales.

En ciertos seres, la sustitución sucesiva, pero realizada en mi ausencia, de cada célula por otras, había determinado un cambio tan completo, una tan total metamorfosis que yo habría podido comer cien veces enfrente de ellos en un restaurante sin sospechar que los había conocido en otro tiempo, como no habría podido adivinar la realeza de un soberano incógnito o el vicio de un desconocido. Y aun la comparación resulta insuficiente para el caso en que oyera su nombre, pues podemos admitir que un desconocido sentado enfrente de nosotros sea un criminal o un rey, mientras que a ellos yo los había conocido, o más bien había conocido a unas personas que llevaban el mismo nombre, pero tan diferentes que no podía creer que fueran las mismas. Sin embargo, lo mismo que me hubiera ocurrido con la idea de soberanía o de vicio, que no tarda en dar un rostro nuevo al desconocido, con el que tan fácilmente habríamos caído, cuando teníamos aún los ojos vendados, en la pifia de estar insolentes o amables, y en los mismos rasgos de quien ahora vemos algo distinguido o sospechoso, me empeñaba en meter en el rostro de la desconocida, enteramente desconocida, la idea de que era *madame* Sazerat, y acababa por restablecer el sentido antaño conocido de su rostro, pero que si el nombre y la afirmación de la identidad no me hubieran puesto, a pesar de lo arduo del problema, en la pista de la solución, habría permanecido verdaderamente alienado para mí, enteramente el de otra persona que hubiera perdido todos los atributos humanos que yo había conocido, como un hombre convertido en mono. Pero a veces la antigua imagen renació lo bastante precisa para que yo pudiera intentar una comparación; y, como un testigo en presencia

de un acusado al que ha visto, me veía obligado, tan grande era la diferencia, a decir: «No…, no le reconozco».

Gilberta de Saint-Loup me dijo:

—¿Quiere que vayamos a comer los dos solos al restaurante?

Como le contestara: «Si no cree que se compromete yendo a comer sola con un joven —oí que todo el mundo que me rodeaba se reía, y me apresuré a añadir—: O más bien con un viejo», me di cuenta de que la frase que había hecho reír era de las que habría podido decir mi madre hablando de mí; mi madre, para la que yo era siempre un niño. Y notaba que, al juzgarme, me ponía siempre en el mismo punto de vista que ella. Si había acabado por registrar como ella ciertos cambios que se habían producido desde mi primera infancia, ahora eran de todos modos unos cambios muy antiguos. Me había quedado en el que hizo decir una vez, casi adelantándose al hecho: «Ya es casi un mozo». Todavía lo pensaba, pero esta vez con inmenso retraso. No me daba cuenta de hasta qué punto había cambiado. Por cierto que, ellos, que acababan de reírse a carcajadas, ¿qué es lo que veían? Yo no tenía una cana, mi bigote era negro. Me hubiera gustado preguntarles en qué se manifestaba la evidencia de la terrible cosa.

Seguramente[42], el terrible descubrimiento que acababa de hacer me sería útil en cuanto a la materia misma de mi libro. Como había decidido que esta materia no podían constituirla únicamente las impresiones verdaderamente plenas, las que están fuera del tiempo, entre las verdades con que pensaba combinarlas, las que se refieren al tiempo, al tiempo en el que están inmersos y cambian los hombres, las sociedades, las naciones, ocuparían un lugar importante. No sólo me cuidaría de reservar un lugar a esas alteraciones que sufre el aspecto de los seres y de las que tenía a cada momento ejemplos nuevos, pues mientras pensaba en mi obra, ya puesta en marcha lo bastante definitivamente como para no permitir que la interrumpieran distracciones pasajeras, seguía saludando a las personas que conocía y charlando con ellas. Por otra parte, no en todos se notaba el envejecimiento de la misma manera. Vi a uno que preguntaba mi nombre, y me dijeron que era *monsieur* de Cambremer. Y para demostrarme que me había reconocido: «¿Sigue usted con asma?», me preguntó, y ante mi

respuesta afirmativa me dijo, como si yo fuera decididamente centenario: «Pues ya ve que eso no impide la longevidad». Yo le hablaba con los ojos fijos en los dos o tres rasgos que podía meter con el pensamiento en aquella síntesis, por lo demás muy diferente, de mis recuerdos que yo llamaba su persona, pero volvió un momento la cabeza y entonces vi que estaba desconocido porque le habían salido en las mejillas unas enormes bolsas rojas que le impedían abrir completamente la boca y los ojos, tanto que me quedé pasmado, sin atreverme a mirar aquella especie de ántrax, pareciéndome más conveniente que me hablara él primero. Pero, como un enfermo valeroso, no aludía a aquello, reía, y yo tenía miedo de parecer un hombre sin corazón al no preguntarle lo que tenía:

—Pero ¿no le dan los accesos más de tarde en tarde con la edad? —me preguntó, insistiendo en hablarme del asma.

Le dije que no.

—Claro que sí; mi hermana tiene bastantes menos que antes —me dijo en un tono de contradicción, como si tuviera que ocurrirme a mí lo mismo que a su hermana y como si la edad fuera uno de esos remedios que, desde el momento en que le habían sentado bien a *madame* de Gaucourt, no podían menos de ser saludables para mí. Como se acercara *madame* de Cambremer-Legrandin, yo tenía cada vez más miedo de parecer insensible al no deplorar lo que veía en la cara de su marido, y, sin embargo, no me atrevía en hablar de ello el primero.

—¿Está contento de verle? —me dijo.

—¿Se encuentra bien? —repliqué en un tono inseguro.

—Pues ya ve usted que no muy mal.

No se había dado cuenta de aquel mal que a mí me ofuscaba la vista y que no era otra cosa que una de las caretas del Tiempo que este había aplicado a la cara del marqués, pero paulatinamente e hinchándola tan progresivamente que la marquesa no había visto nada. Cuando *monsieur* de Cambremer dio por terminadas sus preguntas sobre mis accesos de asma, me llegó a mí el turno de preguntar a alguien en voz baja si vivía aún la madre del marqués. En realidad, en la apreciación del tiempo transcurrido, sólo el primer paso resulta difícil. Al principio, cuesta mucho trabajo

figurarse que ha pasado tanto tiempo y después que no haya pasado más. No habíamos pensado nunca que el siglo XIII estuviera tan lejos, y después nos cuesta trabajo creer que puedan existir todavía iglesias del siglo XIII que, sin embargo, son innumerables en Francia. En algunos momentos este trabajo había resultado en mí más lento que en los que, después de haberles sido difícil comprender que una persona a la que conocieron joven tenga sesenta años, les es más difícil aún, pasados otros quince años, creer que vive todavía y no tiene más de setenta y cinco años. Le pregunté a *monsieur* de Cambremer cómo estaba su madre. «Sigue admirable», me dijo, empleando un adjetivo que, al contrario que en ciertas tribus donde tratan sin compasión a los padres viejos, se aplica en ciertas familias a los ancianos en los que el uso de las facultades más materiales, como oír, ir a pie a misa y soportar con insensibilidad los duelos, adquiere, a los ojos de sus hijos, una extraordinaria belleza moral[43].

Otros que conservaban la cara intacta sólo parecían entorpecidos cuando tenían que andar; al principio se pensaba que les dolían las piernas, y sólo después se comprendía que la vejez les había atado sus suelas de plomo. A otros los embellecía, como al príncipe de Agrigente. Este hombre alto, delgado, de mirar mortecino, con un pelo que parecía que iba a permanecer siempre rojizo, había sido sustituido, en virtud de una metamorfosis análoga a la de los insectos, por un anciano en el que el pelo rojo, demasiado visto, había sido reemplazado, como un tapete demasiado usado, por un pelo blanco. Su tórax había adquirido una corpulencia desconocida, robusta, casi guerrera, para lo cual había debido de producirse un estallido de la frágil crisálida que yo conocí; le bañaba los ojos una gravedad consciente de sí misma, teñida de una benevolencia nueva que se inclinaba hacia cada uno. Y como, a pesar de todo, subsistía cierto parecido entre el fuerte príncipe actual y el retrato que mi recuerdo conservaba, admiré la fuerza de renovación original del Tiempo que, sin dejar de respetar la unidad del ser y las leyes de la vida, así sabe cambiar la decoración e introducir audaces contrastes en dos aspectos sucesivos de un mismo personaje; pues a muchas de esas personas las identificamos inmediatamente, pero como unos retratos de ellos mismos, bastante malos, reunidos en la exposición en que un artista

inexacto y malintencionado endurece los rasgos de uno, le quita la lozanía de la tez o la esbeltez del talle a otra, ensombrece la mirada. Comparando estas imágenes con las que yo tenía ante los ojos de mi memoria, me gustaban menos las que me presentaban en último lugar. Así como a veces nos parece menos buena y rechazamos una de las fotografías entre las cuales un amigo nos ha pedido que elijamos, yo hubiera querido decir a cada persona y ante la imagen de ella misma que me mostraba: «No, esa no, no está usted muy bien, no es usted», y no me atrevería a añadir: «En vez de su bonita nariz recta, le han puesto la nariz ganchuda de su padre que nunca he visto en usted». Y en realidad era una nariz nueva y familiar. En fin, el artista, el Tiempo, había «representado» todos sus modelos de tal manera que eran reconocibles; pero no eran parecidos, no porque los hubiera favorecido, sino porque los había envejecido. Por otra parte, es un artista que trabaja muy despacio. Así, por ejemplo, aquella réplica de la cara de Odette, cuyo boceto vi, el día en que conocí a Bergotte, apenas esbozado en la cara de Gilberta, el Tiempo lo había llevado al fin al más perfecto parecido, como esos pintores que conservan mucho tiempo una obra y la van completando año tras año.

En algunos, acababa por reconocer no sólo a ellos mismos, sino a ellos mismos tales como eran en otro tiempo, y, por ejemplo, a Ski, no más cambiado que una flor o una fruta secas. Era un ensayo informe, confirmatorio de mis teorías sobre el arte. (Me coge por el brazo: «La he oído ocho veces, etc.»). Otros no eran a absoluto aficionados, eran personas del gran mundo. Pero tampoco a estos los había madurado la vejez y su rostro de pepona, aunque rodeado de un primer círculo de arrugas y de un arco de cabello blanco, conservaba la animación de los dieciocho años. No eran viejos, sino jóvenes de dieciocho años sumamente ajados. Poca cosa hubiera bastado para borrar aquella acción marchitadora de la vida, y a la muerte ya no le habría sido más difícil devolver a aquel rostro su juventud de lo que es limpiar un retrato al que sólo un poco de suciedad impide brillar como antaño. Y pensaba yo en la ilusión que nos engaña cuando, oyendo hablar de un célebre anciano, confiamos de antemano en su bondad, en su justicia, en la dulzura de su alma; pues me daba cuenta de que,

cuarenta años antes, fueron unos terribles jóvenes y que no había ninguna razón para suponer que no conservaban la vanidad, la duplicidad, la altivez y las artimañas.

Y, sin embargo, en completo contraste con estos, tuve la sorpresa de charlar con unos hombres y unas mujeres que antes eran insoportables y que habían ido perdiendo casi todos sus defectos, quizá porque la vida, defraudando o colmando sus deseos, les hubiera quitado presunción o amargura. Una boda opulenta, que hace ya innecesaria la lucha o la ostentación, la influencia misma de la mujer, el conocimiento lentamente adquirido de valores distintos de aquellos en que cree exclusivamente una juventud frívola, les ha permitido apaciguar su carácter y mostrar sus cualidades. Al envejecer, estas cualidades parecían tener una personalidad diferente, como esos árboles en los que el otoño, variando sus colores, parece cambiar su especie: en estas personas, la de la vejez se manifestaba verdaderamente, pero como una cosa moral. En otras era más bien física, y tan nueva que la persona (por ejemplo, *madame* d'Arpajon) me parecía a la vez desconocida y conocida. Desconocida porque me era imposible sospechar que fuera ella, y, al contestar a su saludo, no pude menos de dejar traslucir el trabajo mental que me hacía dudar entre tres o cuatro personas (entre las cuales no estaba *madame* d'Arpajon) para saber a quién devolvía aquel saludo, con un calor, por lo demás, que debió de sorprenderle, pues, en la duda, por miedo de estar demasiado frío si se trataba de una amiga íntima, compensé la inseguridad de la mirada con el calor del apretón de manos y de la sonrisa. Mas, por otra parte, su aspecto nuevo no me era desconocido. Era el aspecto que, a lo largo de mi vida, había visto muchas veces en mujeres de edad y gruesas, pero sin suponer entonces que, muchos años antes, se habían podido parecer a *madame* d'Arpajon; su aspecto de ahora era tan diferente del que le había conocido, que se dijera que era un ser condenado, como un personaje de cuento de hadas, a aparecer primero en forma de doncella, de gruesa matrona después, y que seguramente volvería pronto en forma de una vieja temblequeante y encorvada. Como una pesada nadadora que ya no ve la orilla más que a gran distancia, parecía rechazar trabajosamente las olas del tiempo que la sumergían.

Pero, poco a poco, a fuerza de mirar su figura vacilante, incierta como una memoria infiel que ya no puede retener las formas de otro tiempo, llegué a recobrar algo de ellas entregándome al pequeño juego de eliminar los cuadrados, los hexágonos que la edad había superpuesto a sus mejillas. Por otra parte, lo que el tiempo ponía en aquellas mujeres no siempre era sólo figuras geométricas. En las mejillas que, sin embargo, seguían siendo tan parecidas, de la duquesa de Guermantes y al mismo tiempo heterogéneas como un guirlache, distingí una huella de cardenillo, un pequeño fragmento rosa de concha machacada, un grosor difícil de definir, más pequeño que una bola de muérdago y menos transparente que una perla de vidrio.

Algunos hombres cojeaban: se notaba bien que no era por un accidente de coche, sino por un primer ataque y porque ya tenían, como se dice, un pie en la sepultura. En la puerta entreabierta de la suya, algunas mujeres, medio paralizadas, parecía que ya no podían retirar completamente su vestido que se había quedado enganchado en la piedra de la tumba, y no podían enderezarse, inclinadas como estaban, con la cabeza baja, en una curva que era como la que ocupaban actualmente entre la vida y la muerte, ante la caída postrera. Nada podía luchar contra el movimiento de aquella parábola que se las llevaba y, en cuanto intentaban levantarse, temblaban y sus dedos no podían sujetar nada.

Algunas caras, bajo la cogulla de su pelo blanco, tenían ya la rigidez, los párpados cerrados de los que van a morir, y sus labios, agitados por un movimiento perpetuo, parecían mascullar la oración de los agonizantes. A un rostro linealmente él mismo le bastaba, para parecer otro, el pelo blanco en lugar del pelo negro o rubio. Los figurinistas de teatro saben que basta una peluca empolvada para disfrazar perfectamente a alguien y hacerle irreconocible. El joven conde de[44], al que yo había visto en el palco de *madame* de Cambremer, teniente entonces, el día en que *madame* de Guermantes estaba en la platea de su prima, conservaba sus rasgos tan perfectamente regulares, incluso más, porque la rigidez fisiológica de la arteriosclerosis exageraba además la rectitud impasible de la fisonomía del *dandy* y daba a sus rasgos la intensa rotundidad, casi gesticulante a fuerza

de inmovilidad, que tendrían en un estudio de Mantegna o de Miguel Ángel. Su tez, en otro tiempo muy colorada, era ahora de una palidez solemne; un pelo plateado, un abdomen ligeramente abultado, una nobleza de *dux*, una fatiga que llegaba hasta la gana de dormir, todo concurría en él a dar la impresión nueva y profética de la majestad fatal. El rectángulo de su barba blanca, sustituyendo al rectángulo igual de su barba rubia, le transformaba tan perfectamente que, al observar que aquel subteniente que yo había conocido tenía cinco galones, mi primera idea fue felicitarle, no por haber ascendido a coronel, sino por estar tan bien de coronel, disfraz para el cual parecía haber tomado prestado el uniforme, el aire grave y triste del oficial superior que fue su padre. En otro, la barba blanca que sustituía a la barba rubia, como el rostro seguía siendo vivaz, sonriente y joven, no hacía más que hacerle parecer más rojo y más militante, aumentaba el brillo de los ojos y daba al mundano conservado joven el aire inspirado de un profeta. La transformación que el pelo blanco y otros elementos más habían operado, sobre todo en las mujeres, me habría llamado menos la atención si no fuera más que un cambio de color, lo que puede seducir a los ojos, y no un cambio de personas, lo que resultaba más perturbador para la mente. En efecto, «reconocer» a alguien, y más aún, después de no haber podido reconocerle, identificarle, es pensar en dos cosas contradictorias bajo una misma denominación, es admitir que lo que estaba aquí, el ser que recordamos, ya no está, y que lo que está es un ser que no conocíamos; es tener que pensar un misterio casi tan turbador como el de la muerte, de la que, por otra parte, es como el prefacio y el heraldo. Pues estos cambios yo sabía lo que querían decir, lo que preludiaban. Por eso aquel blanco del pelo impresionaba en las mujeres, junto con otros varios cambios. Me decían un nombre y yo me quedaba pasmado al pensar que se aplicaba a la vez a la rubia valsadora que conocí en otro tiempo y a la gruesa dama de cabello blanco que pasaba torpemente junto a mí. Con cierto rosado de la tez, este nombre era quizá lo único de común entre aquellas dos mujeres, más diferentes (la de mi memoria y la de la fiesta Guermantes) que una ingenua y una reina madre de teatro. Para que la vida hubiera podido dar a la valsadora aquel cuerpo enorme, para que hubiera podido amortiguar como

con un metrónomo sus torpes movimientos, para que, quizá como única parcela común, con las mejillas, más gruesas desde luego, pero rojizas desde la juventud, hubiera podido sustituir a la ligera rubia por aquel viejo mariscal barrigudo, necesitó realizar más devastaciones y reconstrucciones que para poner una cúpula en lugar de una torre, y cuando pensábamos que semejante trabajo se había operado no en la materia inerte, sino en una carne que sólo insensiblemente cambia, el contraste impresionante entre la aparición presente y el ser que yo recordaba empujaba a este a un pasado más que lejano, casi inverosímil. Resultaba difícil reunir los dos aspectos, pensar las dos personas bajo una misma denominación; pues de la misma manera que nos cuesta trabajo pensar que un muerto fue vivo y que el que estaba vivo está hoy muerto, resulta igualmente difícil, y del mismo género de dificultad (pues la aniquilación de la juventud, la destrucción de una persona llena de fuerza y de ligereza es ya una primera nada), concebir que la que fue joven es vieja, cuando el aspecto de esta vieja, yuxtapuesto al de la joven, parece excluirlo de tal modo que, alternativamente, son la vieja, después la joven, luego otra vez la vieja quienes nos parecen un sueño, y no creemos que esto haya podido nunca ser aquello, que la materia de aquello se haya tornado a su vez en esto, sin refugiarse en otro sitio, gracias a las sabias manipulaciones del tiempo; que es la misma materia no separada del mismo cuerpo, si no tuviéramos el indicio del nombre parecido y el testimonio afirmativo de los amigos, al cual sólo la rosa, estrecha antaño entre el oro de las espigas, abierta ahora bajo la nieve, da una apariencia de verosimilitud.

Y como en la nieve, el grado de blancura del cabello parecía, en general, como un signo de la profundidad del tiempo vivido, de la misma manera que esas cumbres montañosas que, aun apareciendo a los ojos en la misma línea que otras, revelan, sin embargo, el nivel de su altitud por el grado de su nevada blancura. Ahora bien, esto no era exacto para todos, sobre todo para las mujeres. Así, los mechones de la princesa de Guermantes, que cuando eran grises y brillantes como la seda parecían plata en torno a su frente abombada, a fuerza de tornarse blancos habían

adquirido un mate de lana y de estopa y parecían grises como una nieve sucia que ha perdido su esplendor.

En cuanto a los viejos cuyos rasgos habían cambiado, procuraban, sin embargo, conservar, fija en ellos en estado permanente, una de esas expresiones fugitivas que se toman para un segundo de *pose* y con las cuales se intenta, bien sacar partido de una ventaja exterior, o bien paliar un defecto; tenían traza de ser ya inmutables instantáneas de sí mismos.

Toda aquella gente había tardado tanto *tiempo* en revestir su disfraz que, generalmente, pasaba inadvertido para los que vivían con ellos. En muchos casos, hasta se les concedía un plazo en el que podían seguir bastante tiempo siendo ellos mismos. Pero entonces el disfraz aplazado se operaba más rápidamente; de todas maneras era inevitable. Yo no había encontrado nunca ninguna semejanza entre *madame* X y su madre, a la que sólo había conocido de vieja, con el aire de un pequeño turco muy chaparro. Y a *madame* X la había conocido siempre encantadora y derecha y durante mucho tiempo había seguido así, durante mucho tiempo, porque, como una persona que, antes de que llegue la noche, tiene que no olvidar revestir su disfraz de turco, se había quedado retrasada, y por eso se había encogido precipitadamente, casi de repente, y, precipitadamente, había reproducido con fidelidad el aspecto de la vieja turca de que se revistió en otro tiempo su madre.

Encontré allí a uno de mis antiguos compañeros al que, durante diez años, había visto casi todos los días. Alguien pidió que nos volvieran a presentar. Me dirigí hacia él y me dijo, con una voz que reconocí muy bien: «Es una gran alegría para mí al cabo de tantos años». Mas, para mí, ¡qué sorpresa! Aquella voz parecía emitida por un fonógrafo perfeccionado, pues si bien era la de mi amigo, salía de un hombre gordo y con el pelo gris al que yo no conocía, y me parecía, pues, que sólo artificialmente, mediante un truco de mecánica, se había alojado la voz de mi compañero bajo un grueso anciano cualquiera. Sin embargo, yo sabía que era él: la persona que nos presentó al cabo de tanto tiempo el uno al otro no tenía nada de un mistificador. El antiguo camarada me dijo que yo no había cambiado, y comprendí que él no se creía cambiado. Entonces le miré mejor. Y, en

realidad, salvo que había engordado tanto, conservaba muchas cosas del tiempo pasado. Sin embargo, yo no podía comprender que fuera él. Entonces procuré recordar. En su juventud tenía los ojos azules, siempre reidores, perpetuamente móviles, en busca, evidentemente, de algo en lo que yo no había pensado, busca que debía de ser muy desinteresada, seguramente la Verdad, perseguida en perpetua incertidumbre, con una especie de travesura, de respeto errante por todos los amigos de su familia. Y, convertido en hombre político influyente, capaz, despótico, aquellos ojos azules que por lo demás no habían encontrado lo que buscaban, se habían inmovilizado, lo que les daba una mirada puntiaguda, como bajo unas cejas fruncidas. Y la expresión de jovialidad, de abandono, de inocencia, se había tornado en una expresión de astucia y de disimulo. Decididamente, me parecía que era otro, cuando de pronto oí, al decir yo una cosa, su risa, su risa loca de antaño, la risa que rimaba con la perpetua movilidad jocunda de la mirada. Algunos melómanos opinan que la música de Z orquestada por X resulta absolutamente distinta. Son matices que el vulgo no capta, pero una risa loca y contenida de un niño bajo un ojo en punta como un lápiz azul bien tallado, aunque un poco torcido, es más que una diferencia de orquestación. La risa cesó; bien me hubiera gustado reconocer a mi amigo, pero de la misma manera que, en *La Odisea*, Ulises se lanza sobre su madre muerta de la misma manera que un espiritista intenta en vano obtener de una aparición una respuesta que la identifique, de la misma manera que el visitante de una exposición de electricidad que no puede creer que la voz que el fonógrafo restituye inalterada sea espontáneamente emitida por una persona, yo dejé de reconocer a mi amigo.

Pero hay que hacer la reserva de que hasta las medidas del tiempo pueden ser, para ciertas personas, aceleradas o retrasadas. Hacía cuatro o cinco años había encontrado, por casualidad, en la calle a la vizcondesa de Saint-Fiacre (nuera de la amiga de los Guermantes). Sus líneas esculturales parecían asegurarle una juventud eterna. Por otra parte, era todavía joven. Pero, a pesar de sus sonrisas y de sus saludos, no pude reconocerla en una señora de unos rasgos tan alterados que la línea de su rostro no era reconstituible. Es que, desde hacía tres años, tomaba cocaína y otras drogas.

Sus ojos, rodeados de negras ojeras, eran casi ojos de loca. Su boca tenía un rictus extraño. Se había levantado, me dijeron, para aquella fiesta, pues se pasaba meses sin abandonar la cama o el canapé. Resulta que el Tiempo tiene trenes expresos y especiales que conducen rápidamente a una vejez prematura. Mas por la vía paralela circulan trenes de retorno, casi igualmente rápidos. Confundí a *monsieur* de Courgivaux con su hijo, pues parecía más joven de lo que era (debía de haber pasado los cincuenta y no aparentaba ni treinta años). Había encontrado un médico inteligente y había suprimido el alcohol y la sal; volvió a la treintena y aquel día hasta parecía no haber llegado a ella. Es que aquella misma mañana se había cortado el pelo.

Cosa curiosa: el fenómeno de la vejez parecía, en sus modalidades, tener en cuenta ciertos hábitos sociales. Algunos grandes señores, pero que siempre habían vestido la más sencilla alpaca y habían llevado viejos sombreros de paja que no hubieran querido ponerse muchos pequeños burgueses, habían envejecido de la misma manera que los jardineros, que los campesinos en medio de los cuales vivieron. Tenían manchas pardas en las mejillas y la cara amarillenta, oscurecida como se oscurece un libro.

Y pensé también en todos los que no estaban allí, porque no podían, aquellos a quienes su secretaria, queriendo dar la ilusión de su supervivencia, disculpaban con uno de aquellos telegramas que de cuando en cuando entregaban a la princesa, en esos enfermos que llevan años muriéndose, que ya no se levantan, que ya no se mueven, e incluso, en medio de la asiduidad frívola de visitantes atraídos por una curiosidad de turistas o una confianza de peregrinos, con los ojos cerrados, pasando su rosario, rechazando a medias la sábana ya mortuoria, parecen figuras yacentes que el mal ha esculpido hasta el esqueleto en una carne rígida y blanca como el mármol, y tendidos sobre su tumba.

Por otra parte, ¿debía yo pensar que estas particularidades morirían? Siempre consideré nuestro individuo, en un momento dado del tiempo, como un pólipo en que el ojo, organismo independiente aunque compuesto, cuando pasa una partícula de polvo, guiña sin que la inteligencia lo ordene, más aún, en que el intestino, parásito escondido, se infecta sin que la

inteligencia se entere; pero también en la duración de la vida, como una serie de *yos* yuxtapuestos pero distintos que morirían uno tras otro o hasta alternarían entre ellos, como los que en Combray tomaban para mí el lugar uno de otro cuando llegaba la noche. Pero también había visto que esas células morales que componen un ser son más duraderas que él. Había visto los vicios, el valor de los Guermantes reaparecer en Saint-Loup, y también reproducirse en él mismo sus defectos extraños y pasajeros de carácter, como el semitismo de Swann. Podía verlo aún en Bloch. Había perdido a su padre hacía unos años y, cuando le escribí en aquel momento, no pudo contestarme en seguida, pues, además de los grandes sentimientos de familia que suelen existir en las familias judías, la idea de que su padre era un hombre tan superior a todos dio a su amor por él la forma de un culto. No pudo soportar perderlo y tuvo que recluirse cerca de un año en un sanatorio. Respondió a mi pésame en un tono a la vez profundamente sentido y casi altanero: hasta tal punto me consideraba envidiable por haber tratado a aquel hombre superior cuyo coche de dos caballos hubiera él dado de buena gana a algún museo histórico. Y ahora, en su mesa de familia, la misma ira que animaba a *monsieur* Bloch contra *monsieur* Nissim Bernard animaba a Bloch contra su suegro. Le hacía en la mesa los mismos desplantes. Lo mismo que al oír hablar a Cottard, a Brichot, a tantos otros, sintiera yo que, por la cultura y la moda, una sola ondulación propaga en toda la extensión del espacio las mismas maneras de decir, de pensar, así, en toda la duración del tiempo, grandes olas de fondo levantan, de las profundidades de los tiempos, las mismas iras, las mismas tristezas, las mismas bravuras, las mismas manías a través de las generaciones superpuestas, pues cada sección tomada en varias de una misma serie ofrece la repetición, como las sombras sobre pantallas sucesivas, de un cuadro tan idéntico, aunque a menudo menos insignificante, como el que enfrentaba de la misma manera a Bloch con su suegro, a *monsieur* Bloch padre con *monsieur* Nissim Bernard, y a otros que yo no conocía.

Había hombres que yo sabía que eran parientes de otros y nunca había pensado que tuvieran un rasgo común; admirando el viejo eremita de cabello blanco en que se había convertido Legrandin, de pronto observé en

la parte plana de sus mejillas, y puedo decir que lo descubrí con una satisfacción de zoólogo, la constitución de las de su joven sobrino Leonor de Cambremer, que sin embargo no parecía tener ninguna semejanza con él; a este primer rasgo común añadí otro que no había observado en Leonor de Cambremer, después otros que no eran ninguno de los que habitualmente me ofrecía la síntesis de su juventud, de suerte que no tardé en tener de él algo así como una caricatura más verídica, más profunda que si hubiera sido literalmente semejante; el tío me parecía ahora solamente el joven Cambremer que, por diversión, hubiera tomado las apariencias del viejo que en realidad llegaría a ser, y así ya no era sólo lo que los jóvenes de antaño habían llegado a ser, sino lo que llegarían a ser los de hoy lo que con tanta fuerza me daba la sensación del Tiempo.

Desaparecidos los rasgos donde se había grabado, ya que no la juventud, sí la belleza de las mujeres, estas habían procurado hacerse otra con la cara que les quedaba, cambiando el centro, si no de gravedad, al menos de perspectiva, de su rostro, componiendo los rasgos en torno a él con arreglo a otro carácter, comenzaban a los cincuenta años una nueva especie de belleza, como quien emprende con retraso un nuevo oficio, o como quien dedica a producir remolacha una tierra que ya no sirve para la vid. En torno a estos rasgos nuevos hacían florecer una nueva juventud. Sólo las mujeres demasiado bellas o las demasiado feas no podían acomodarse a estas transformaciones. Las primeras, talladas como un mármol de líneas definitivas que no admiten ningún cambio, se pulverizaban como una estatua. Las segundas, las que tenían alguna deformidad de la cara, hasta tenían ciertas ventajas sobre las bellas. En primer lugar, eran las únicas a las que se reconocía en seguida. Se sabía que no había en París dos bocas como aquellas y esto me hacía reconocerlas en aquella fiesta donde ya no reconocía a nadie. Y, además, ni siquiera parecían haber envejecido. La vejez es algo humano; ellas eran monstruos y no parecían haber «cambiado», como no cambia una ballena.

Algunos hombres, algunas mujeres no parecían haber envejecido; tenían el tipo igual de esbelto, la cara igual de joven. Pero si, para hablarles, nos acercábamos mucho a la cara lisa de piel y fina de líneas, entonces la

veíamos muy diferente, como ocurre con una superficie vegetal, con una gota de agua o de sangre miradas con microscopio. Entonces distinguía múltiples manchas grasosas sobre la piel que había creído tersa y me la hacían repugnante. Tampoco las líneas resistían a esta lente de aumento. De cerca, se quebraba la de la nariz, se redondeaba, invadida por los mismos círculos aceitosos que el resto de la cara; y, de cerca, los ojos se internaban bajo unas bolsas que destruían el parecido del rostro actual con aquella cara de otro tiempo que habíamos creído encontrar de nuevo. De suerte que, si aquellos invitados eran jóvenes vistos de lejos, su edad aumentaba al engrosar la cara y al observar nosotros sus diferentes planos; dependían del espectador, que tenía que situarse a la debida distancia para ver aquellas caras y dirigirles sólo esas miradas lejanas que disminuyen el objeto como el cristal que elige el óptico para un présbita; en ellas la vejez, como la presencia de los infusorios en una gota de agua, era determinada por el progreso, más que de los años, del grado de la escala en la visión del observador.

Las mujeres procuraban permanecer en contacto con lo que había sido lo más individual de su atractivo, pero muchas veces la materia nueva de su rostro no se prestaba a ello[45]. Daba miedo pensar en los períodos que habían debido transcurrir para que se produjese pareja revolución en la geología de un rostro, ver las erosiones trazadas a lo largo de la nariz, los enormes aluviones que, bordeando las mejillas, rodeaban toda la cara con sus masas opacas y refractarias.

Desde luego algunas mujeres eran todavía muy reconocibles, la cara seguía siendo casi la misma, y no habían hecho más que revestirse, como en obsequio a una armonía adecuada a la estación, la cabellera gris que era su adorno de otoño. Pero en otras, y también en algunos hombres, la transformación era tan completa, la identificación tan imposible —por ejemplo, entre el gran libertino que recordábamos y el viejo monje que teníamos ante los ojos—, que aquellas fabulosas transformaciones hacían pensar, más aún que en el arte del actor, en el de ciertos prodigiosos mimos, cuyo prototipo sigue siendo Fregoli. A la anciana le daban ganas de llorar al darse cuenta de que la indefinible y melancólica sonrisa que antes

constituyera su encanto no podía ya irradiar hasta la superficie de aquella máscara de yeso que la vejez le había aplicado. Luego, desanimada de pronto de la posibilidad de agradar, pareciéndole más inteligente resignarse, se servía de ella como de una máscara de teatro para hacer reír. Pero casi todas las mujeres se esforzaban sin tregua por luchar contra la edad y tendían el espejo de su rostro hacia la belleza que se alejaba como un sol poniente y cuyos últimos rayos querían apasionadamente conservar. Para conseguirlo, algunas procuraban aplanar, estirar la blanca superficie, renunciando a la gracia de unos hoyitos amenazados, a la picardía de una sonrisa condenada y ya medio desarmada; mientras que otras, al ver definitivamente desaparecida la belleza y obligadas a refugiarse en la expresión, como quien compensa con el arte de la dicción la pérdida de la voz, se agarraban a una mueca, a una pata de gallo, a una mirada vaga, a veces a una sonrisa que, por la incoordinación de unos músculos que ya no obedecían, les daba la apariencia de estar llorando.

Además, incluso en hombres que sólo habían sufrido un ligero cambio, el bigote blanco, etc., se notaba que no era un cambio positivamente material. Era como si los viéramos a través de un vapor coloreante, de un cristal pintado que cambiara el aspecto de su rostro, pero que, sobre todo, por la turbiedad que le daba, mostrara que lo que nos permitía ver «de tamaño natural» estaba en realidad muy lejos de nosotros, cierto que en una lejanía diferente de la del espacio, pero al fondo de la cual, como en otra orilla, notábamos que a ellos les era tan difícil reconocernos como a nosotros reconocerlos a ellos. Quizá únicamente *madame* de Forcheville, como si le hubieran inyectado un líquido, una especie de parafina que hincha la piel pero le impide cambiar, parecía una *cocotte* de otro tiempo «disecada» para siempre.

Partimos de la idea de que las personas siguen siendo las mismas y las encontramos viejas. Pero si partimos de la idea de que son viejas, volvemos a encontrarlas, ya no nos parecen tan mal. En cuanto a Odette, no era solamente esto; conociendo su edad y esperando encontrarse con una mujer vieja, su aspecto parecía un desafío a las leyes de la cronología, más milagroso que la conservación del *radium* a las de la naturaleza. Si no la

reconocí en el primer momento no fue porque había cambiado, sino porque no había cambiado. Dándome cuenta desde hacía una hora de lo nuevo que el tiempo añadía a los seres y que había que restar para encontrarlos como yo los había conocido, ahora hacía rápidamente este cálculo y, sumándole a la antigua Odette los años que habían pasado sobre ella, el resultado que encontré fue una persona que me pareció que no podía ser la que tenía ante los ojos, precisamente porque esta era como la de antes. ¿Qué parte correspondía a los afeites, al tinte? Bajo su pelo dorado completamente liso —un poco un moño alborotado como de muñeca mecánica sobre una cara asombrada e inmutable, también de muñeca—, al que se superponía un sombrero de paja también plano, de la Exposición de 1878 (donde, ciertamente, habría sido entonces, y sobre todo si hubiera tenido entonces la edad de hoy, la más fantástica maravilla), parecía una cupletista que viniera a cantar su número en una revista de fin de año, pero de la Exposición de 1878 representada por una mujer todavía joven.

También pasaba junto a nosotros un ministro anterior a la época de Boulanger, y que lo era de nuevo, dirigiendo a las damas una sonrisa temblona y lejana, pero como aprisionada en los mil lazos del pasado, como un pequeño fantasma paseado por una mano invisible, disminuido de estatura, cambiado en su sustancia y como si fuera una reducción de sí mismo en piedra pómez. Este antiguo presidente del Consejo, tan bien recibido en el Faubourg Saint-Germain, había estado envuelto en causa criminal, execrado por el gran mundo y por el pueblo. Pero gracias a la renovación de los individuos que componen uno y otro, y, en los individuos subsistentes, de las pasiones y hasta de los recuerdos, nadie lo sabía *ya* y se le rendían honores. Por eso no hay humillación, por grande que sea, a la que no debamos resignarnos fácilmente, sabiendo que, al cabo de unos años, nuestras enterradas faltas no serán ya más que un polvo invisible sobre el que sonreirá la paz jocunda y florida de la naturaleza. Por el juego de equilibrio del tiempo, el individuo momentáneamente tarado se encontrará entre dos capas sociales nuevas que no tendrán para él más que deferencia y admiración, y sobre las cuales se acomodará fácilmente.

Pero es un trabajo que corresponde sólo al tiempo; y en el momento de sus cuitas nada puede consolar a este individuo de que la joven lechera de enfrente haya oído llamarle *chéquard*[46] a la multitud que le enseñaba el puño cuando entraba en el coche celular, esa joven lechera que no ve las cosas en el plano del tiempo, que ignora que los hombres a quienes inciensa el diario de la mañana fueron en otro tiempo mal vistos y que el hombre que en este momento está al borde de la cárcel y que quizá, pensando en esa joven lechera, no tendrá las palabras humildes que le valdrían su simpatía, será un día celebrado por la prensa y buscado por las duquesas. Y el tiempo aleja de la misma manera las querellas de familia. Y en casa de la princesa de Guermantes se veía un matrimonio en el que el marido y la mujer tenían por tíos, hoy muertos, a dos hombres que no se habían contentado con abofetearse, sino que uno de ellos, para humillar más al otro, le envió como testigos a su portero y a su mayordomo, considerando que unos hombres del gran mundo eran demasiado para él. Pero estas historias dormían en los periódicos de treinta años atrás y nadie las conocía ya. De suerte que el salón de la princesa de Guermantes estaba alumbrado, olvidadizo y florido como un tranquilo cementerio. El tiempo no sólo había destruido en él a antiguas criaturas: había hecho posibles, había creado allí asociaciones nuevas.

Volviendo a aquel hombre político, a pesar de su cambio de sustancia física, tan profundo como las ideas morales que ahora despertaba en el público, en una palabra: a pesar de los años pasados desde que fuera presidente del Consejo, formaba parte del nuevo gabinete, cuyo presidente le dio una cartera, un poco como esos directores de teatro dan un papel a una de sus antiguas compañeras, retiradas desde hace mucho tiempo, pero a la que consideran todavía más capaz que las jóvenes de desempeñar con acierto un papel, sabiendo, además, que se encuentra en difícil situación financiera, y que, con cerca de ochenta años, muestra todavía al público su talento casi intacto con esa continuación de la vida que, después, nos sorprende haber podido comprobar unos días antes de la muerte.

Pero, en cambio, en *madame* de Forcheville resultaba tan milagroso que ni siquiera se podía decir que había rejuvenecido, sino más bien que, con

todos sus carmines, con todos sus tintes, había reflorecido. Más aún que la encarnación de la Exposición Universal de 1878, habría sido en una exposición vegetal de hoy la curiosidad y el punto fuerte. Para mí, por lo demás, no parecía decir: «Soy la Exposición de *1878*», sino más bien: «Soy la Avenida de las Acacias de 1892». Parecía que pudiera serlo aún. Además, precisamente porque no había cambiado, parecía vivir apenas. Semejaba una rosa esterilizada. La saludé, buscó durante un tiempo mi nombre en mi cara, como un alumno busca en la del profesor que le examina una respuesta que le sería más fácil encontrar en su propia cabeza. Le dije mi nombre y en seguida, como si, gracias al encantamiento de este nombre, hubiera perdido yo la apariencia de arbusto o de canguro que seguramente me había dado la edad, me reconoció y se puso a hablarme con aquella voz tan particular que a los que la habían aplaudido en los teatrillos les maravillaba, cuando estaban invitados a almorzar con ella, encontrar de nuevo en cada una de sus palabras, durante toda la charla, todo el tiempo que quisieran. Era la misma voz de antes, inútilmente cálida, cautivadora, con una pizca de acento inglés. Y, sin embargo, así como sus ojos parecían mirarme desde una ribera lejana, su voz era triste, casi suplicante, como la de los muertos en *La Odisea*. Odette hubiera podido actuar todavía en el teatro. Y la felicité por su juventud.

Me dijo: «Es usted muy simpático, *my dear*, gracias», y como le era difícil dar a un sentimiento aunque fuera el más verdadero, una expresión no afectada por la preocupación de lo que ella creía elegante, repitió varias veces: «Muchas gracias, muchas gracias». Pero yo, que tan largos trayectos había hecho para verla en el Bois, que la primera vez que estuve en su casa había oído caer de su boca el sonido de su voz como un tesoro, ahora los minutos pasados junto a ella me parecían interminables, porque no sabía qué decirle, y me alejé pensando que las palabras de Gilberta «me confunde usted con mi madre» no sólo eran verdaderas, sino que, además, favorecían a la hija.

Por otra parte, no sólo en esta habían aparecido rasgos familiares que hasta entonces permanecieran tan invisibles en su cara como esas partes de una simiente replegadas en el interior y cuya futura salida al exterior no se puede sospechar. En esta o en aquella, una enorme curvatura materna venía a transformar hacia la cincuentena una nariz hasta entonces recta y pura. En otra, hija de banquero, la tez, de una lozanía de jardinera, se enrojecía, se tornaba cobriza y adquiría como el reflejo del oro que tanto había manejado el padre. Algunos hasta habían acabado por parecerse a su barrio, llevaban en sí como el reflejo de la Rue de l'Arcade, de la Avenue du Bois, de la Rue de l'Elysée. Pero, sobre todo, reproducían los rasgos de sus padres.

Desgraciadamente, Odette no iba a seguir siempre así. No habían pasado aún tres años cuando volví a verla en una fiesta dada por Gilberta, ya no en infancia, sino un poco reblandecida, e incapaz de ocultar bajo una careta inmóvil lo que pensaba (pensaba es mucho decir), lo que sentía, moviendo la cabeza, apretando los labios, sacudiendo los hombros a cada impresión sentida, como lo haría un borracho, un niño, como ciertos poetas que no se enteran de lo que les rodea e, inspirados, componen en el gran mundo y, mientras llevan del brazo a la mesa a una dama asombrada, fruncen el entrecejo, hacen muecas. Las impresiones de *madame* de Forcheville —excepto una, la que le hizo precisamente asistir a la fiesta, el cariño a su adorada hija, el orgullo de que esta diera una fiesta tan brillante, orgullo no velado en la madre por la melancolía de no ser ya nada—, aquellas impresiones no eran alegres y sólo la movían a una perpetua

defensa contra las afrentas que le hacían, defensa tímida como la de un niño. No se oían más que estas palabras: «No sé si *madame* de Forcheville me reconoce, quizá debiera hacer que me presentaran de nuevo a ella». «¡Qué ocurrencia!, no se moleste», le contestaban a voz en grito, sin pensar que la madre de Gilberta lo oía todo (sin pensarlo o sin que les importara). «Es inútil. ¡Para el lustre que le va a dar! Todo el mundo la deja en su rincón. Además, está un poco gagá». *Madame* de Forcheville lanzaba una mirada furtiva de sus ojos, que seguían siendo tan bellos, a los interlocutores insultantes, pero en seguida se tragaba la mirada por miedo de haber estado grosera, y, sin embargo, perturbada por la ofensa, imponiendo silencio a su débil indignación, se la veía sacudir la cabeza, agitársele la respiración, echar otra mirada a otro concurrente tan poco fino como el primero, y sin extrañarse demasiado, pues, como se sentía muy mal desde hacía unos días, había sugerido a su hija a medias palabras que aplazara la fiesta, pero la hija se había negado. *Madame* de Forcheville no por eso la quería menos; todas las duquesas que entraban, la admiración de todo el mundo por la nueva casa le inundaban de alegría el corazón, y cuando entró la marquesa de Sabran, que era entonces la dama adonde conducía tan difícilmente el último escalón social, *madame* de Forcheville sintió que había sido una madre buena y previsora y que su misión maternal había terminado. Otros invitados burlones le hicieron de nuevo mirar y hablar sola, si hablar es sostener un lenguaje mudo que sólo se traduce en gesticulaciones. Tan bella todavía, se había vuelto extraordinariamente simpática —lo que nunca había sido—, pues a ella, que había engañado a Swann y a todo el mundo, ahora la engañaba el mundo entero; y tan débil se había vuelto que, trocados los papeles, ya ni siquiera se atrevía a defenderse de los hombres. Y pronto no se defendería contra la muerte.

Pero después de esta anticipación, volveremos tres años atrás, es decir, a la fiesta en que estábamos en casa de la princesa de Guermantes.

Me fue difícil reconocer a mi camarada Bloch, quien, por otra parte, había adoptado ahora no sólo el seudónimo, sino el nombre de Jacques du Rozier, bajo el cual se hubiera necesitado el olfato de mi abuelo para reconocer el «dulce valle» del Hebrón y las «cadenas de Israel» que mi

amigo parecía haber roto definitivamente. Una elegancia inglesa había transformado completamente su cara y cepillado todo lo que se podía borrar. El pelo, antes ondulado, ahora, peinado liso con raya al medio, brillaba de cosmético. Su nariz seguía siendo grande y roja, pero parecía más bien tumefacta por una especie de catarro permanente que podía explicar el acento nasal con el que pronunciaba perezosamente sus frases, pues, lo mismo que había encontrado un peinado que iba bien a su tez, había hallado una voz adecuada a su pronunciación, en la que la gangosería de antes adquiría un tono de desdén de articular que se compaginaba con las aletas inflamadas de la nariz. Y gracias al peinado, a la supresión del bigote, a la elegancia del tipo, a la voluntad, la nariz judía desaparecía, como parece casi derecha una jorobada bien arreglada. Pero, sobre todo, cuando Bloch aparecía, un temible monóculo cambiaba el significado de su fisonomía. La parte de maquinismo que este monóculo aportaba a la cara de Bloch la dispensaba de todos esos deberes difíciles a los que está sometido un rostro humano, deber de ser bello, de expresar inteligencia, bondad, esfuerzo. La mera presencia de aquel monóculo en la cara de Bloch nos dispensaba, en primer lugar, de preguntarnos si era bonita o no, como ocurre con esos objetos ingleses de los que un dependiente nos dice en una tienda que «es la última moda», después de lo cual no nos atrevemos a preguntarnos si aquello nos gusta. Por otra parte, Bloch se instalaba detrás de la luna de aquel monóculo en una posición tan altiva, distante y confortable como si hubiera sido la luna de una carroza, y, para adaptar la cara al pelo liso y al monóculo, sus rasgos ya no expresaban nunca nada.

Bloch me pidió que le presentara al príncipe de Guermantes; no opuse a esta demanda ni sombra de las dificultades con que yo tropecé el día en que estuve por primera vez en una fiesta de su casa, y que me parecieron naturales, mientras que ahora me parecía tan natural presentarle a uno de sus invitados, y hasta me habría parecido natural permitir me llevarle y presentarle de improviso a una persona no invitada por él. ¿Sería porque, desde aquella lejana época, yo había llegado a ser un «familiar», aunque desde hacía algún tiempo era un «olvidado», de aquel mundo dónde antaño era tan nuevo? ¿O era, por el contrario, que, por no ser yo un verdadero

hombre de mundo, todo lo que a ellos les resulta difícil, ya no existía para mí una vez desaparecida la timidez? ¿Sería porque los seres habían ido dejando caer ante mí su primer aspecto ficticio (a veces el segundo y el tercero), y, detrás de la altivez desdeñosa del príncipe, notaba yo una gran avidez humana de conocer seres, de conocer incluso a los que simulaba desdeñar? ¿Sería porque también el príncipe había cambiado, como todos esos insolentes de la juventud y de la edad madura a quienes la vejez aporta su dulzura (sobre todo porque los hombres recién llegados y las ideas desconocidas contra las que se rebelaban, los conocían de vista desde hacía tiempo y los sabían recibidos en torno suyo), y sobre todo cuando la vejez tiene como coadyuvante alguna virtud, o algún vicio que extiende las relaciones, o la revolución que determina una conversión política, como la del príncipe al dreyfusismo?

Bloch me interrogaba, como hacía yo en otro tiempo al entrar en el gran mundo, como a veces lo hacía aún, sobre las personas que yo conocí allí entonces y que estaban tan lejos, tan aparte de todo como ciertas personas de Combray que a veces me esforzaba por «situar» exactamente. Pero Combray tenía para mí una forma tan aparte, tan imposible de confundir con lo demás que era un rompecabezas que nunca pude hacer entrar en el mapa de Francia.

—Entonces, ¿el príncipe de Guermantes no puede darme ninguna idea ni de Swann ni de *monsieur* de Charlus? —me preguntó Bloch, cuya manera de hablar imité durante mucho tiempo, mientras que ahora solía él imitar la mía.

—Ninguna.

—Pero ¿en qué consistía la diferencia?

—Sería necesario que hablaras con ellos, pero es imposible: Swann ha muerto y *monsieur* de Charlus no le anda lejos, mas estas diferencias eran enormes.

Y mientras a Bloch le brillaban los ojos pensando en lo que podían ser aquellos personajes maravillosos, yo pensaba que le exageraba el placer que me produjo encontrarme con ellos, pues nunca lo había sentido más que

estando solo y la impresión de las verdaderas diferenciaciones sólo se produce en nuestra imaginación. ¿Lo notó Bloch?

—Quizá me lo pintas demasiado bonito —me dijo—; por ejemplo, la dueña de esta casa, la princesa de Guermantes, ya sé que no es muy joven, pero, después de todo, no hace tanto tiempo que me hablabas de su encanto incomparable, de su maravillosa belleza. Desde luego, reconozco que tiene un gran porte y esos ojos extraordinarios de que me hablabas, pero la verdad es que no la encuentro tan impresionante como tú decías. No cabe duda de que tiene mucha raza, pero en fin… —Me vi obligado a decir a Bloch que no me hablaba de la misma persona. La princesa de Guermantes había muerto, y el príncipe, arruinado por la derrota alemana, se había casado con la *exmadame* Verdurin—. Te equivocas, he buscado en el Gotha de este año —me confesó ingenuamente Bloch— y he encontrado al príncipe de Guermantes viviendo en este hotel donde estamos y casado con lo más grandioso del mundo…; espera un poco que me acuerde: casado con Sidonia, duquesa de Duras, de soltera Des Baux.

En efecto, *madame* Verdurin, poco después de morir su marido, se casó con el viejo duque de Duras, arruinado, que la hizo prima del príncipe de Guermantes y murió a los dos años de matrimonio. Fue para *madame* Verdurin una transición muy útil, y ahora, por un tercer matrimonio, era princesa de Guermantes y tenía en el Faubourg Saint-Germain una gran posición que hubiera causado asombro en Combray, donde las damas de la Rue de l’Oiseau, la hija de *madame* Goupil y la nuera de *madame* Sazerat, durante aquellos últimos años, antes de que *madame* Verdurin fuera princesa de Guermantes, habían dicho burlándose «la duquesa de Duras» como si fuera un papel que *madame* Verdurin desempeñara en el teatro. Y como el principio de las castas exigía que muriera llamándose *madame* Verdurin, aquel título, del que se pensaba que no le confería ningún nuevo poder mundano, hasta llegaba a producir más bien mal efecto. «Dar que hablar», esta expresión que en todas las capas sociales se aplica a una mujer que tiene un amante, en el Faubourg Saint-Germain se podía aplicar a las que publican libros, en la burguesía de Combray a las que hacen bodas «desproporcionadas» en el sentido que sea. Cuando la *exmadame* Verdurin

se casó con el príncipe de Guermantes, debió de decirse que era un falso Guermantes, un estafador. Para mí, en aquella identidad de título, de nombre, en virtud de la cual había aún una princesa de Guermantes sin ninguna relación con la que tanto me había seducido y que ya no existía y que era como una muerta indefensa a quien se lo hubieran robado, había algo tan doloroso como ver gozar a otra de los objetos, del castillo, de todo lo que antes perteneciera a la princesa Hedwige. La herencia de un nombre es triste como todas las herencias, como todas las usurpaciones de propiedad; y siempre, sin interrupción, vendría como una oleada de nuevas princesas de Guermantes, o más bien, milenaria, reemplazada de época en época en su empleo por una mujer diferente, una sola princesa de Guermantes, ignorante de la muerte, indiferente a todo lo que cambia y hiere nuestros corazones, cerrando el nombre sobre las que caen de cuando en cuando su placidez inmemorial siempre pareja.

Cierto que ese cambio exterior en los rostros que yo había conocido no era más que el símbolo de un cambio interior que se había ido operando día tras día. Quizá aquellas gentes habían seguido haciendo las mismas cosas, pero, día tras día, la idea que se formaban de ellas y de los seres que trataban se había desviado un poco y, al cabo de unos años, bajo los mismos nombres, amaban otras cosas, a otras gentes y, transformadas en otras personas, sería extraño que no tuvieran un poco rostros diferentes.

Pero también había personas que yo no podía reconocer por la razón de que no las había conocido, pues en aquel salón el tiempo había ejercido su química sobre la sociedad, lo mismo que sobre los seres[47]. Este medio, en cuya naturaleza específica, definida por ciertas afinidades que le atraían todos los grandes nombres principescos de Europa y la repulsión que alejaba de ella a todo elemento no aristocrático, había encontrado yo como un refugio material para aquel nombre de Guermantes al que prestaba su última realidad, este mismo medio había sufrido, en su constitución íntima y que yo creía estable, una alteración profunda. La presencia de unas personas que yo había visto en medios sociales muy diferentes y que creía que jamás penetrarían en este me extrañó menos aún que la íntima familiaridad con que en él eran recibidas, llamadas por su nombre de pila;

cierto conjunto de prejuicios aristocráticos, de *snobismo*, que en otro tiempo alejaba automáticamente del nombre de Guermantes a todo lo que no armonizaba con él, había dejado de funcionar[48]. Los resortes de la máquina rechazadora, distendidos o rotos, ya no funcionaban, penetraban mil cuerpos extraños, le quitaba toda homogeneidad, toda compostura, todo color. El Faubourg Saint-Germain, como una vieja soberana gagá, ya no hacía más que contestar con sonrisas tímidas a unos criados insolentes que invadían sus salones, bebían su naranjada y le presentaban a sus queridas. Y, sin embargo, la sensación del tiempo transcurrido y de la desaparición de una pequeña parte de mi pasado la registraba menos vivamente por la destrucción de aquel conjunto coherente (que fue el salón de los Guermantes) que por la ausencia misma del conocimiento de las mil razones, de los mil matices, en virtud de la cual alguien que todavía se encontraba allí estaba allí indicado con toda naturalidad y en su sitio, mientras que otro que se codeaba con él representaba una novedad sospechosa. Esta ignorancia no era sólo del gran mundo, sino de la política, de todo. Pues la memoria duraba menos que la vida en los individuos, y, además, algunas personas muy jóvenes, de las que no había en los demás recuerdos abolidos, formaban ahora una parte del gran mundo, y muy legítimamente, aun en el sentido nobiliario, pues, olvidados o ignorados los orígenes, tomaban a las gentes en el punto de elevación o de descenso en que se encontraban, creyendo que siempre había sido así, que *madame* Swann y la princesa de Guermantes y Bloch habían tenido siempre una gran posición, que Clemenceau y Viviani habían sido siempre conservadores. Y como algunos hechos tienen más duración y el execrado recuerdo del asunto Dreyfus persistía vagamente en ellos por lo que les habían dicho sus padres, si les decían que Clemenceau había sido dreyfusista, replicaban: «No es posible, se confunde usted, es precisamente del otro lado». Ministros tarados y antiguas prostitutas eran considerados como dechados de virtud. Como alguien preguntara a un joven de una familia muy encopetada si no había oído decir algo de la madre de Gilberta, el joven distinguido contestaba que, en efecto, en la primera parte de su existencia se había casado con un aventurero llamado Swann, pero que después se casó

con uno de los hombres más ilustres de la sociedad, el conde de Forcheville. Seguramente todavía algunas personas de aquel salón —por ejemplo, la duquesa de Guermantes— habrían sonreído ante tal aserto (que, al negar la elegancia de Swann, me parecía monstruoso, cuando yo mismo en otro tiempo, en Combray, creía, como mi tía abuela, que Swann no podía conocer «princesas»), y también algunas mujeres que pudieran encontrarse allí, pero que ya casi no salían, las duquesas de Montmorency, de Mouchy, de Sagan, que fueron amigas íntimas de Swann y no vieron jamás a aquel Forcheville, no recibido en el gran mundo cuando ellas estaban aún en él. Pero es precisamente que la sociedad de entonces, como los rostros hoy cambiados y las cabelleras rubias sustituidas por cabelleras blancas, ya sólo existía en la memoria de unos seres cada día menos numerosos. Durante la guerra, Bloch había dejado de «salir», de frecuentar sus antiguos medios de otro tiempo, donde hacía una triste figura. En cambio, no había dejado de publicar unas obras cuya absurda sofistica me esforzaba yo ahora en destruir porque no me estorbara, obras sin originalidad, pero que daban a los jóvenes y a muchas mujeres del gran mundo la impresión de una altura intelectual poco común, de una especie de genio. De suerte que Bloch, después de una escisión completa entre su antigua mundanidad y la nueva, hizo una aparición de gran hombre en una fase nueva de su vida, gloriosa, honrada. Naturalmente, los jóvenes ignoraban que, a aquella edad, debutara en el gran mundo, más aún porque los pocos nombres que recordaba de su trato con Saint-Loup le permitían dar a su prestigio actual una especie de antigüedad indefinida. En todo caso, parecía uno de esos hombres de talento que en todo tiempo han florecido en el gran mundo, y no se pensaba que hubiera vivido nunca en otro.

Cuando acabé de hablar con el príncipe de Guermantes, Bloch me secuestró y me presentó a una señora joven que había oído a la duquesa de Guermantes hablar mucho de mí[49] y que era una de las mujeres más elegantes del día. Ahora bien, su nombre me era completamente desconocido, y el de los diferentes Guermantes no debía de serle muy familiar, pues preguntó a una americana por qué razón *madame* de Saint-Loup parecía tener un trato tan íntimo con la sociedad más brillante que allí

se encontraba. Aquella americana estaba casada con el conde de Farcy, pariente oscuro de los Forcheville y para el que estos representaban lo más grande del mundo. Por eso contestó con la mayor naturalidad: «Pues aunque sólo fuera porque es de la familia Forcheville. Lo más grande que hay». Y por lo menos *madame* de Farcy, creyendo ingenuamente el nombre de Forcheville superior al de Saint-Loup, sabía lo que este era. Pero la encantadora amiga de Bloch y de la duquesa de Guermantes lo ignoraba totalmente y, como era bastante atolondrada, contestó de buena fe a una señorita que le preguntaba cómo *madame* de Saint-Loup era pariente del anfitrión, el príncipe de Guermantes: «Por los Forcheville», informe que la señorita comunicó como si lo hubiera sabido de siempre a una de sus amigas, la cual, que tenía mal carácter y estaba nerviosa, se puso colorada como un gallo la primera vez que un señor le dijo que Gilberta no estaba emparentada con los Guermantes, de suerte que el señor creyó que se había equivocado, adoptó el error y no tardó en propagarlo. Las comidas, las fiestas mundanas eran para la americana una especie de Escuela Berlitz. Oía los nombres y los repetía sin conocer previamente su valor, su alcance exacto. A alguien que preguntaba si Tansonville lo heredó Gilberta de su padre, *monsieur* de Forcheville, le explicaron que nada de eso, que era una finca de la familia de su marido, que Tansonville estaba cerca de Guermantes, que pertenecía a *madame* de Marsantes, pero que, como la finca estaba muy hipotecada, la había redimido como dote Gilberta. Por último, como un veterano de aquella época nombrara a Swann como amigo de los Sagan y de los Mouchy, y la americana amiga de Bloch preguntara cómo le había conocido yo, aquel declaró que le conocí en casa de *madame* de Guermantes, sin pensar en el vecino de campo, joven amigo de mi abuelo, que él representaba para mí. Errores como este han sido cometidos por los hombres más famosos y son considerados muy graves en toda sociedad conservadora. Saint-Simon, queriendo demostrar que Luis XIV era de una ignorancia que «le hizo caer a veces, en público, en los absurdos más garrafales», da de esta ignorancia únicamente dos ejemplos: que el rey, no sabiendo que Renel era de la familia de Clermont-Gallerande, ni Saint-Herem de la de Montmorin, los trató como hombres de poco más o menos.

Al menos en cuanto a Saint-Herem tenemos el consuelo de saber que el rey no murió en el error, pues le sacó de él «muy tarde» *monsieur* de La Rochefoucauld. «Y para eso —añade Saint-Simon con un poco de lástima — tuvo que explicar qué casas eran aquellas cuyo nombre no le decía nada».

Este olvido tan vivaz que tan rápidamente cubre el pasado más reciente, esta ignorancia tan invasora, proporciona, en cambio, un pequeño saber más precioso por poco frecuente, un pequeño saber aplicado a la genealogía de las gentes, a sus verdaderas situaciones, a la razón de amor, de dinero u otra por la cual han emparentado con tal familia o han hecho bodas desiguales; un pequeño saber tomado de todas las sociedades donde reina un espíritu conservador, saber que mi abuelo poseía en el más alto grado sobre la burguesía de Combray y de París, saber que Saint-Simon valoraba tanto que cuando celebra la maravillosa inteligencia del príncipe de Conti, aun antes de hablar de las ciencias, o más bien como si fuera la primera de las ciencias, le elogia por haber sido «una magnífica mente, luminosa, justa, exacta, extensa, de grandísima lectura, que no olvidaba nada, que conocía las genealogías, sus quimeras y sus realidades, de una cortesía distinguida según el rango y el mérito, dando todo lo que los príncipes de la sangre deben dar y que ya no dan; hasta explicaba esto, y sus usurpaciones. La historia de los libros y de las conversaciones le proporcionaba la manera de colocar lo más agradable que podía sobre el nacimiento, los empleos, etcétera». Mi abuelo, menos brillante, sabía con no menos exactitud y saboreaba con no menos delectación todo lo referente a la burguesía de Combray y de París. Eran ya raros estos *gourmets*, estos aficionados que sabían que Gilberta no era Forcheville ni *madame* de Cambremer era Méséglise, ni la más joven una Valentinois. Escasos, hasta quizá reclutados en la más alta aristocracia (no son forzosamente los devotos, ni siquiera los católicos, los que más saben de la Leyenda Dorada o de las vidrieras del siglo XIII), muchas veces en una aristocracia secundaria, más golosa de aquella a la que apenas tiene acceso y que, por tratarla menos, tiene más tiempo de estudiarla; pero que se encuentran con gusto, que se presentan los unos a los otros, que dan suculentas comidas de cuerpo como la Sociedad

de Bibliófilos o de Amigos de Reims, unas comidas donde se degustan genealogías. Las mujeres no son admitidas en ellas, pero los maridos les dicen al volver a casa: «He estado en una comida interesante. Había un tal *monsieur* de la Raspeliere que nos ha encantado explicándonos que esa *madame* de Saint-Loup que tiene esa niña tan bonita no es hija de un Forcheville. Toda una novela».

La amiga de Bloch y de la duquesa de Guermantes no sólo era elegante y encantadora, era también inteligente y la conversación con ella era agradable, pero me resultaba difícil porque lo nuevo para mí no es solamente el nombre de mi interlocutora, sino el de muchas personas de que me habló y que constituían en aquel momento el cogollo de la sociedad. Verdad es que, por otra parte, como quería oírme contar historias, muchos de los que le cité no le dijeron absolutamente nada, habían caído todos en el olvido, al menos los que sólo brillaron con el resplandor individual de una persona y no eran el nombre genérico y permanente de alguna célebre familia aristocrática (cuyo título exacto rara vez conocía la señora joven, atribuyendo nacimientos inexactos a un nombre que había oído al revés la víspera en una comida), y la señora, generalmente, no los había oído nunca pronunciar, pues no comenzó a frecuentar el gran mundo (no sólo porque era todavía joven, sino porque llevaba poco tiempo en Francia y no había sido recibida en seguida) hasta unos años después de retirarme yo del mismo. No sé cómo salió de mis labios el nombre de *madame* Leroi, y por casualidad mi interlocutora, gracias a algún viejo amigo de *madame* de Guermantes que galanteaba a la señora joven, había oído hablar de aquella. Pero inexactamente, como pude observar por el tono despectivo con que la señora joven y *snob* me contestó: «Sí, *ya sé* quién es *madame* Leroi, una antigua amiga de Bergotte», un tono que quería decir «una persona que yo nunca hubiera querido en mi casa». Comprendí muy bien que al viejo amigo de *madame* de Guermantes, como perfecto hombre de mundo imbuido del espíritu de los Guermantes, una de cuyas características era no parecer dar importancia a las frecuentaciones aristocráticas, le había parecido demasiado tonto y demasiado anti-Guermantes decir: «*Madame* Leroi, que trataba a todas las altezas, a todas las duquesas», y prefirió decir:

«Es bastante divertida. Un día le contestó esto a Bergotte». Sólo que para las personas que no saben, esos informes de la conversación equivalen a los que da la prensa a la gente del pueblo, que cree alternativamente, según lo que dice su periódico, que *monsieur* Loubet y *monsieur* Reinach son unos ladrones o unos grandes ciudadanos. Para mi interlocutora, *madame* Leroi había sido una especie de *madame* Verdurin primera fase, con menos lucimiento y cuyo pequeño clan se hubiera limitado a Bergotte. Esta señora joven es, por otra parte, una de las últimas que, por pura casualidad, oyera el nombre de *madame* Leroi. Hoy nadie sabe ya quién es, lo que, por lo demás, es perfectamente justo. Su nombre no figura siquiera en el índice de las memorias póstumas de *madame* de Villeparisis, en cuya mente ocupó *madame* Leroi tanto lugar. Por lo demás, si la marquesa no habló de *madame* Leroi fue más que porque esta estuvo poco amable con ella, porque a nadie podía interesarle después de su muerte, y este silencio se debe al tacto literario de la escritora más que al rencor mundano de la mujer. Mi conversación con la elegante amiga de Bloch fue encantadora, pues esta mujer era inteligente, pero la diferencia entre nuestros dos vocabularios la hacía difícil y al mismo tiempo instructiva. Por más que sepamos que los años pasan, que la juventud da paso a la vejez, que las fortunas y los tronos más sólidos se derrumban, que la celebridad es pasajera, nuestro modo de conocer y, por decirlo así, de tomar el cliché de ese universo movedizo, arrastrado por el Tiempo, lo que hace, por el contrario, es inmovilizarlo. De suerte que vemos siempre jóvenes a las personas que conocimos jóvenes, que a los que hemos conocido viejos les atribuimos retrospectivamente en el pasado virtudes de la vejez, que confiamos sin reserva en el crédito de un millonario y en el apoyo de un soberano, sabiendo por razonamiento, pero sin creerlo efectivamente, que mañana podrá ser un fugitivo desprovisto de poder. En un campo más restringido y de pura mundanidad, como en un problema más sencillo que inicia en dificultades más complejas pero del mismo orden, la ininteligibilidad que, en nuestra conversación con la señora joven, resultaba del hecho de haber vivido en cierto mundo a veinticinco años de distancia,

me daba la impresión, y habría podido fortificarlo en mí, del sentido de la Historia.

Por otra parte, no hay más remedio que decir que esa ignorancia de las situaciones reales, que cada diez años hace surgir a los elegidos en su apariencia actual como si no existiera el pasado, que a una americana recién desembarcada le impide ver que *monsieur* de Charlus había ocupado en París la posición más alta en una época en que Bloch no tenía ninguna, y que Swann, que hacía tantos gastos por *monsieur* Bontemps, fue tratado con la mayor amistad, esa ignorancia no existe sólo en los recién llegados, sino en los que han frecuentado siempre sociedades vecinas, y en estos como en los otros esa ignorancia es también un efecto del Tiempo (pero esta vez un efecto que actúa sobre el individuo y no sobre la capa social). Desde luego, por más que cambiemos de medio, de género de vida, nuestra memoria, al retener el hilo de nuestra personalidad idéntica, une a ella, en las épocas sucesivas, el recuerdo de las sociedades en que hemos vivido, aunque sea cuarenta años atrás. Bloch en casa del príncipe de Guermantes sabía perfectamente el humilde medio judío donde había vivido a los dieciocho años, y Swann, cuando ya no amaba a *madame* Swann, sino a una mujer que servía té en aquel mismo Colombin adonde *madame* Swann creyó por algún tiempo que era elegante ir, como al té de la Rue Royale, Swann sabía muy bien su valor mundano, recordaba Twickenham, no tenía ninguna duda sobre las razones por las cuales iba a Colombin más bien que a casa de la duquesa de Broglie, y sabía perfectamente que, aunque él fuera mil veces más distinguido, no le habría valido un átomo más ir a Colombin o al Hotel Ritz, puesto que, pagando, puede ir todo el que quiera. Seguramente los amigos de Bloch o de Swann recordaban también la pequeña sociedad judía o las invitaciones a Twickenham, y así los amigos, como unos yos, un poco menos distintos, de Swann y de Bloch, no separaban en su recuerdo al Bloch elegante de hoy del Bloch sórdido de antaño, al Swann de Colombin de los últimos días del Swann de Buckingham Palace. Pero estos amigos eran en cierto modo en la vida vecinos de Swann; la suya se había desarrollado en una línea bastante próxima para que su memoria pudiera estar llena de él; pero en otros más alejados de Swann, a mayor distancia de

él, no precisamente social, sino de intimidad, distancia por la cual el conocimiento era más vago y los encuentros muy raros, los recuerdos menos numerosos habían hecho las nociones más flotantes. Y los extraños de este tipo, al cabo de treinta años, no recuerdan ya nada preciso que pueda prolongarse hasta el pasado y cambiar de valor al ser que tienen ante los ojos. En los últimos años de la vida de Swann había oído yo decir, y a personas del gran mundo, cuando les hablaban de él, y como si fuera este su título de notoriedad: «¿Se refiere usted al Swann de Colombin?». Ahora oía decir hablando de Bloch, y a personas que debían de saberlo: «¿El Bloch-Guermantes? ¿El que frecuentaba a los Guermantes?». Estos errores que escinden una vida y, aislando el presente, hacen del hombre de que se habla otro hombre, un hombre diferente, una creación de la víspera, un hombre que no es más que la condensación de sus hábitos actuales (cuando lleva en sí mismo la continuidad de su vida que le une al pasado), esos errores dependen también del Tiempo, pero son no un fenómeno social, sino un fenómeno de memoria. Tuve un ejemplo en el momento mismo —verdad que fue un ejemplo bastante diferente, pero tanto más impresionante— de esos olvidos que cambian para nosotros el aspecto de los seres. Un joven sobrino de *madame* de Guermantes, el marqués de Villemandois, se había conducido conmigo en otro tiempo con una insolencia obstinada que, por represalia, me hizo adoptar con él una actitud tan insultante que llegamos a ser tácitamente como dos enemigos. Cuando yo estaba reflexionando sobre el Tiempo en aquella fiesta de la princesa de Guermantes, pidió que le presentaran a mí, diciendo que creía que yo había conocido a sus padres, que había leído artículos míos y deseaba establecer o reanudar conocimiento conmigo. Conviene decir que con la edad había pasado, como muchos, de impertinente a serio, que ya no tenía la misma arrogancia y que, por otra parte, se hablaba de mí en el medio que él frecuentaba, aunque por unos artículos muy poco importantes. Pero estas razones de su cordialidad y de su deseo de aproximación eran sólo accesorias. La principal, o al menos la que permitió a las otras entrar en juego, es que, bien porque su memoria fuera peor que la mía, o bien porque prestara una atención menos constante a las respuestas que en otro tiempo di a sus ataques, porque yo era entonces

para él un personaje más pequeño que él para mí, había olvidado completamente nuestra enemistad. Mi nombre le recordaba a lo sumo que había debido de verme, o que había visto a alguno de los míos, en casa de una tía suya. Y no sabiendo exactamente si nos conocíamos o no, se apresuró a hablarme de su tía, en cuya casa no dudaba que debió de encontrarme, recordando que allí se hablaba a menudo de mí, pero no de nuestras disputas. Muchas veces un nombre es lo único que nos queda de una persona, y ni siquiera cuando ha muerto, sino en vida. Y nuestras ideas sobre él son tan vagas o tan extrañas, y corresponden tan poco a las que él tiene de nosotros, que hemos olvidado por completo que estuvimos a punto de batirnos en duelo con él, pero recordamos que, de niño, iba con polainas amarillas a los Champs-Elysées, donde, en cambio, él no recuerda haber jugado con nosotros por más que se lo aseguremos.

Bloch había entrado saltando como una hiena. Pensé: «Acude a unos salones que no hubiera pisado hace veinte años». Pero también tenía veinte años más. Estaba más cerca de la muerte: ¿qué adelantaba? De cerca, en la traslucidez de un rostro en el que, de más lejos y con mala luz, yo no veía más que la juventud alegre (bien porque la juventud sobreviviera en él, bien porque yo la evocase), era el rostro casi espantable, lleno de ansiedad, de un viejo Shylock que esperaba, ya bien maquillado, entre bastidores, el momento de entrar en escena, recitando el primer verso a media voz. Pasados diez años, en aquellos salones donde su apatía le habría impuesto, entraría con muletas, ya «maestro», considerando que era una lata verse obligado a ir a casa de los La Trémoille. ¿Para qué?

De los cambios producidos en la sociedad podía sacar yo verdades importantes y dignas de cimentar una parte de mi obra, sobre todo porque no eran en modo alguno características de nuestra época, como, en el primer momento, pude creer. En el tiempo en que yo, apenas recién llegado, entré en el mundo de los Guermantes, más nuevo que el propio Bloch ahora, debí de considerar parte integrante de este medio a unos elementos absolutamente diferentes, incorporados desde hacía poco y que parecían extrañamente nuevos a otros más antiguos de los que yo no los diferenciaba y que, a su vez, fueron considerados por los duques de entonces, miembros

de siempre del Faubourg, como advenedizos, ellos, o sus padres, o sus abuelos. De modo que no era la cualidad de hombres del gran mundo lo que hacía tan brillante aquella sociedad, sino el hecho de haber sido asimilados más o menos completamente por aquella sociedad que hacía personas del gran mundo a unas gentes que, pasados cincuenta años, parecerían todos iguales. Incluso en el pasado al que yo retrotraía el nombre de los Guermantes para darle toda su grandeza, y con razón por lo demás, pues en tiempo de Luis XIV los Guermantes, casi regios, eran más importantes que hoy, se producía de la misma manera el fenómeno que yo observaba en este momento. ¿No se aliaron entonces, por ejemplo, con la familia Colbert, que hoy, verdad es, nos parece muy noble, puesto que casarse con una Colbert parece un gran partido para un La Rochefoucauld? Pero no es porque los Colbert, simples burgueses entonces, fueran nobles, por lo que los Guermantes emparentaron con ellos sino que fueron nobles porque los Guermantes emparentaron con ellos. Si el nombre de Haussonville se extingue con el representante actual de esta casa, quizá saque su lustre de descender de *madame* de Staël, mientras que antes de la Revolución *monsieur* d'Haussonville, uno de los primeros señores del reino, se envanecía ante *monsieur* de Broglie de no conocer al padre de *madame* de Staël y de no poder ya presentarlo, como el propio *monsieur* de Broglie tampoco podía, sin sospechar que sus hijos se casarían un día el uno con la hija y el otro con la nieta de la autora de *Corinne*. Por lo que me decía la duquesa de Guermantes, me daba cuenta de que yo hubiera podido hacer en este mundo la figura del hombre elegante, sin título pero al que creen afiliado de siempre a la aristocracia, la figura que hizo Swann en otro tiempo y, antes que él, *monsieur* Lebrun, *monsieur* Ampere, todos aquellos amigos de la duquesa de Broglie, que a su vez fue al principio muy poco del gran mundo. Los primeros días que comí en casa de *madame* de Guermantes, ¡cuánto debí de chocar a unos hombres como *monsieur* de Beauserfeuil, más que por mi presencia, por algunas observaciones demostrativas de que yo ignoraba por completo los recuerdos que constituían su pasado y daban su forma a la imagen que él tenía de la sociedad! Un día, Bloch, cuando, ya muy viejo, tuviera un recuerdo

bastante antiguo del salón de los Guermantes tal como se presentaba en este momento a sus ojos, sentiría el mismo asombro, el mismo mal humor en presencia de ciertos intrusismos y de ciertas ignorancias. Y, por otra parte, seguramente habría contraído y dispensaría en torno suyo esas cualidades de tacto y de discreción que yo había creído privilegio de hombres como *monsieur* de Norpois, formándose de nuevo y encarnándose en unos hombres que nos parecen, entre todos, excluirlas. Por otra parte, el caso que se me presentó a mí de ser admitido en la sociedad de los Guermantes me pareció cosa excepcional. Pero si salía de mí y del medio que me rodeaba inmediatamente, veía que ese fenómeno social no era tan aislado como me pareció al principio y que de la cuenca de Combray, donde yo había nacido, eran en suma bastante numerosos los surtidores de agua que, simétricamente conmigo, surgieron sobre la misma masa líquida que los había alimentado. Seguramente, como las circunstancias tienen siempre algo particular y los caracteres algo individual, de muy distinto modo (por la extraña boda de su sobrino) entró a su vez Legrandin en aquel medio, como emparentó con él la hija de Odette, como, en fin, a él llegamos el propio Swann y yo mismo. Para mí, que había estado encerrado en mi vida y viéndola desde dentro, la de Legrandin parecía no tener ninguna relación y habrá seguido caminos opuestos, de la misma manera que un río, en su valle profundo, no ve otro río divergente que, a pesar de la divergencia de su curso, desemboca en el mismo río. Pero a vuelo de pájaro, como el estadístico que desdeña las razones sentimentales o las imprudencias evitables que han llevado a la muerte a una persona, y se limita a contar el número de personas que mueren cada año, se veía que varias personas salidas del mismo medio, cuya descripción ha ocupado el principio de este relato, habían llegado a otro muy diferente, y es probable que, así como en París se celebra cada año un número medio de bodas, cualquier otro medio burgués cultivado y rico habría dado una proporción aproximadamente igual de personas como Swann, como Legrandin, como yo y como Bloch, a las que se encontraba lanzándose al océano del «gran mundo». Y, por otra parte, se reconocían en él, pues si el joven conde de Cambremer maravillaba a todo el mundo por su distinción, su refinamiento, su sobria

elegancia, yo reconocía en estas cualidades —al mismo tiempo que en sus hermosos ojos y en su ardiente deseo de llegar— lo que ya caracterizaba a su tío Legrandin: es decir, un viejo amigo de mis padres muy burgués, aunque de tipo aristocrático.

La bondad, simple maduración que ha terminado por endulzar a unas naturalezas más primitivamente ácidas queda de Bloch, está tan extendida como ese sentimiento de la justicia por el cual, si nuestra causa es buena, no debemos temer a un juez prevenido más que a un juez amigo. Y los nietos de Bloch serían buenos y discretos casi de nacimiento. Quizá Bloch no había llegado todavía a esto. Pero observé que él, que antes fingía creerse obligado a hacer dos horas de ferrocarril para ir a ver a alguien que casi no se lo había pedido, ahora que recibía tantas invitaciones no sólo a almorzar y a comer, sino a ir a pasar quince días aquí, quince allá, rechazaba muchas y sin decirlo, sin alabarse de haberlas recibido, de haberlas rechazado. La discreción, discreción en los actos, en las palabras, le llegó con la posición social y con la edad, con una especie de edad social, si así puede decirse. Desde luego, Bloch era en otro tiempo tan indiscreto como incapaz de benevolencia y de consejo. Pero ciertos defectos, ciertas cualidades son menos inherentes a este individuo o a ese otro que a este o a aquel momento de la existencia considerado desde el punto de vista social. Son casi ajenas a los individuos, que pasan a su luz como bajo unos solsticios variados, preexistentes, generales, inevitables. Los médicos que procuran darse cuenta de si un determinado medicamento disminuye o aumenta la acidez del estómago, de si activa o frena sus secreciones, obtienen resultados diferentes, no según el estómago de cuyas secreciones toman un poco de jugo gástrico, sino según que lo tomen en un momento más o menos avanzado de la ingestión del remedio.

Así, en todos los momentos de su duración, el nombre de los Guermantes, considerado como un conjunto de todos los nombres que admitía en él, en torno a él, sufría pérdidas, reclutaba elementos nuevos, como esos jardines en los que, en todo momento, unas flores apenas en botón se preparan a sustituir a las que ya se están marchitando, confundiéndose en una masa que parece homogénea, excepto para los que

no siempre han visto las recién llegadas y guardan en su recuerdo la imagen precisa de las que ya no existen.

Más de una de las personas que aquella fiesta reunía o cuyo recuerdo me evocaba, me daba los aspectos que había presentado sucesivamente para mí, por las circunstancias diferentes, opuestas, de donde había surgido ante mí, una tras otra, haciendo resaltar los aspectos diversos de mi vida, las diferencias de perspectiva, como un accidente de terreno, colina o castillo, que tan pronto se ve a la derecha como a la izquierda, que ahora parece dominar un bosque y luego salir de un valle, ofreciendo así al viajero cambios de orientación y diferencias de altitud en el camino que sigue. Subiendo cada vez más alto, acababa por encontrar imágenes de una misma persona separadas por un intervalo de tiempo tan largo, conservadas por yos tan distintos, teniendo ellas mismas significados tan diferentes, que generalmente las omitía cuando creía abarcar el curso pasado de mis relaciones con ellas, que incluso había dejado de pensar que eran las mismas que conocí en otro tiempo, y que necesitaba el azar de un relámpago de atención para unirlas, como con una etimología, con aquel significado primitivo que tuvieron para mí. Desde el otro lado del seto de espinos rosa, *mademoiselle* Swann me echaba una mirada cuyo significado, que era de deseo, tuve, por lo demás, que interpretar retrospectivamente. El amante de *madame* Swann, según la crónica de Combray, me miraba desde el otro lado del mismo seto con un aire duro que tampoco tenía el sentido que yo le diera entonces, y además había cambiado tanto que no le reconocí en Balbec en el señor que miraba un cartel del casino, y del que, una vez cada diez años, me acordaba diciéndome: «¡Pero si era ya *monsieur* de Charlus, qué curioso!». *Madame* de Guermantes en la boda del doctor Percepied, *madame* Swann vestida de rosa en casa de mi tío abuelo, *madame* de Cambremer, hermana de Legrandin, tan elegante que Legrandin temía que le pidiéramos una recomendación para ella, eran, como tantos otros relacionados con Swann, Saint-Loup, etc., otras tantas imágenes que yo me entretenía a veces, cuando las volvía a encontrar, en ponerlas como frontispicio en el dintel de mis relaciones con aquellas diferentes personas, pero que, en realidad, me parecían una sola imagen, y no puesta en mí por

el mismo ser, al que nada la unía ya. No sólo ciertas personas tienen memoria y otras no (sin llegar al olvido permanente en que viven las embajadoras de Turquía y otros, lo que les permite encontrar siempre —ya que la noticia precedente se ha esfumado al cabo de ocho días, o la siguiente tiene el don de exorcizarla—, encontrar siempre sitio para la noticia contraria que les dicen), sino que, aun con igual memoria, dos personas no recuerdan las mismas cosas. Una de ellas presta poca atención a un hecho del que la otra tendrá gran remordimiento, y en cambio cogerá al vuelo como signo simpático y característico una palabra que la otra deja escapar casi sin darse cuenta. El interés de no haberse engañado cuando se ha emitido un pronóstico falso abrevia la duración del recuerdo de ese pronóstico y permite afirmar muy de prisa que no se ha emitido. Por último, un interés más profundo, más desinteresado, diversifica las memorias, hasta el punto de que el poeta que ha olvidado casi todo sobre los hechos que le recuerdan conserva una impresión fugitiva. De todo esto se deriva que a los veinte años de ausencia encontramos, en lugar de rencores presuntos, perdones involuntarios, y en cambio tantos odios cuya razón no podemos explicar (porque hemos olvidado a nuestra vez la mala impresión que produjimos). Hasta en la historia de las personas que más hemos conocido hemos olvidado las fechas. Y *madame* de Guermantes, como hacía lo menos veinte años que había visto a Bloch por primera vez, hubiera jurado que había nacido en su mundo y cuando tenía dos años lo había mecido en sus rodillas la duquesa de Chartres.

¡Y cuántas veces en el transcurso de su vida habían vuelto a mí aquellas personas cuyas diversas circunstancias parecían presentar los mismos seres, pero bajo formas y para fines distintos! Y la diversidad de los puntos de mi vida por los que había pasado el hilo de la de cada uno de aquellos personajes había acabado por mezclar los que parecían más alejados, como si la vida no poseyera más que un número limitado de hilos para ejecutar los dibujos más diferentes. ¿Hay algo más distante, por ejemplo, en mis diversos pasados que mis visitas a mi tío Adolfo, que el sobrino de *madame* de Villeparisis, prima del mariscal, que Legrandin y su hermana, que el antiguo chalequero, amigo de Francisca, en el patio? Y hoy todos esos hilos

diferentes se unieron para formar la trama, aquí del matrimonio Saint-Loup, allí de la joven pareja Cambremer, sin hablar de Morel y de tantos otros, cuya conjunción contribuyó a formar una circunstancia, pareciéndome que la circunstancia era la unidad completa y el personaje sólo una parte componente. Y mi vida era ya lo bastante larga para que a más de uno de los seres que me ofrecía le encontrase en mis recuerdos de las regiones opuestas otro ser para completarle. Incluso a los Elstir que allí veía en un lugar que era un signo de su gloria podía añadirles los más antiguos recuerdos de los Verdurin, de los Cottard, la conversación en el restaurante de Rivebelle, la mañana en que conocí a Albertina, y tantos otros. De la misma manera, un aficionado al arte al que le enseñan el panel de un retablo recuerda en qué iglesia, en qué museo, en qué colección particular están dispersos los otros (así como, siguiendo los catálogos de ventas o frecuentando los anticuarios acaba por encontrar el objeto gemelo del que posee y que forma con él la pareja); puede reconstruir en su cabeza la parte inferior del retablo, el altar entero. Como un cubo que sube por un torno viene a tocar la cuerda varias veces y en lados opuestos, no había personaje, apenas había cosa que hubiera tenido un sitio en mi vida que no desempeñara alternativamente diferentes papeles. Una simple relación mundana, hasta un objeto material, si volvía a encontrarlo al cabo de unos años en mi recuerdo, veía que la vida no había dejado de tejer en torno a él diferentes hilos que acababan por darle ese bello aterciopelado inimitable de los años, semejante al que, en los viejos parques, forra de esmeralda una simple cañería de agua.

No era sólo el aspecto de aquellas personas lo que daba la idea de personas de sueño. Para ellas mismas, la vida, ya soñolienta en la juventud y en el amor, era cada vez más un sueño. Habían olvidado hasta sus rencores, sus odios, y para estar seguras de que era la persona a la que no dirigían la palabra desde hacía diez años, habría sido necesario que consultasen un registro, pero tan vago como un sueño en el que se ha recibido un insulto no se sabe ya de quién. Todos esos sueños formaban las apariencias contrastadas de la vida política, en la que se veían en un mismo ministerio personas que se habían acusado de homicidio o de traición. Y

este sueño se tornaba espeso como la muerte en algunos viejos, a raíz de los días en que hacían el amor. Entonces, ya no se podía pedir nada al presidente de la República, lo olvidaba todo. Después, si le dejaban descansar unos días, le volvía, fortuito como el de un sueño, el recuerdo de los asuntos públicos.

A veces este ser, tan diferente del que conocí más tarde, no aparecía en una sola imagen. Durante años, Bergotte me pareció un dulce anciano divino, durante años me sentí paralizado como por una aparición ante el sombrero gris de Swann, ante el abrigo violeta de su mujer, ante el misterio con que el nombre de su raza rodeaba a la duquesa de Guermantes hasta en un salón: orígenes casi fabulosos, seductora mitología de relaciones más tarde tan baladíes, pero que se prolongaban en el pasado como en pleno cielo, con un resplandor parecido al que proyecta la cola brillante de un cometa. E incluso las que no comenzaron en el misterio, como mis relaciones con *madame* de Souvré, tan secas y tan puramente mundanas hoy, conservaban en sus principios su primera sonrisa, más serena, más dulce y tan suntuosamente trazada en la plenitud de una tarde a la orilla del mar, de un final de jornada de primavera en París, ruidoso de carruajes, lleno de polvo levantado y de sol removido como agua. Y acaso *madame* de Souvré no valiera gran cosa fuera de este marco, como esos monumentos —la Salute, por ejemplo— que, sin gran belleza propia, quedan admirablemente donde están situados, pero formaba parte de un lote de recuerdos que yo estimaba en cierto valor «uno con otro», sin preguntarme por cuánto figuraba en él exactamente la persona de *madame* de Souvré.

Una cosa me impresionó en todos aquellos seres más aún que los cambios físicos, sociales, que habían sufrido: el que se refería a la diferente idea que tenían unos de otros. Legrandin despreciaba a Bloch y no le dirigía nunca la palabra. Estuvo muy amable con él, y no por la mayor posición que Bloch tenía ahora, lo que en este caso no merecería atención, pues los cambios sociales determinan forzosamente cambios respectivos de posición entre quienes los han experimentado. No; era que las personas —las personas, es decir, lo que son para nosotros— no tienen en nuestra memoria la uniformidad de un cuadro. Evolucionan a medida de nuestro olvido. A

veces llegamos a confundirlas con otras: «Bloch es uno que iba a Combray», y al decir Bloch era a mí a quien se refería. En cambio, *madame* Sazerat estaba convencida de que era mía una tesis histórica sobre Felipe II (la cual era de Bloch). Sin llegar a estas inversiones, olvidamos las faenas que nos han hecho, sus defectos, la última vez que nos separamos sin estrecharnos la mano, y en cambio recordamos otra más antigua en la que nos llevábamos bien. Y a esta vez más antigua respondían las maneras de Legrandin en su amabilidad con Bloch, ya porque hubiera perdido el recuerdo de cierto pasado, ya porque lo considerara prescrito, mezcla de perdón, de olvido, de indiferencia, que es también un efecto del Tiempo. Por otra parte, los recuerdos que conservamos unos de otros no son los mismos, ni siquiera en amor. Yo había visto a Albertina recordar admirablemente unas palabras que le había dicho en nuestros primeros encuentros, y que yo había olvidado completamente. En cambio, no tenía ningún recuerdo de otro hecho que quedó clavado para siempre en mi cabeza como una piedra. Nuestra vida paralela era como esas avenidas donde, de trecho en trecho, se colocan jarrones de flores simétricamente, pero no enfrente unos de otros. Con mayor razón es comprensible que, tratándose de personas que conocemos poco, apenas recordemos quiénes son, o recordemos de ellas otra cosa, aunque sea más antigua, distinta de lo que pensábamos antes, una cosa sugerida por las personas entre las que las encontramos ahora, que las conocen sólo desde hace poco, con unas cualidades y una posición que antes no tenían, pero que el olvidadizo acepta sin dudar.

Seguramente la vida, poniendo en varias ocasiones a aquellas personas en mi camino, me las presentó en circunstancias especiales que, rodeándolas por todas partes, limitaron la visión que entonces tuve de ellas y me impidieron conocer su esencia. Hasta aquellos Guermantes, que habían sido para mí objeto de un sueño tan grande cuando me acerqué primero a uno de ellos, se me aparecieron bajo el aspecto, la una de una antigua amiga de mi abuela, el otro de un señor que me miró con un gesto tan desagradable al mediodía en los jardines del casino. (Pues entre nosotros y los seres hay una franja de contingencia, como, en mis lecturas

de Combray, comprendí yo que hay una franja de percepción y que impide el contacto absoluto de la realidad y del espíritu). De suerte que sólo *a posteriori*, relacionándolos con un nombre, su conocimiento llegó a ser para mí el conocimiento de los Guermantes. Pero quizá me hacía la vida más poética esto mismo de pensar que la raza misteriosa de ojos penetrantes, de pico de pájaro, la raza rosa, dorada, inasequible, por efecto de circunstancias ciegas y diferentes, tan a menudo, tan naturalmente, se ofreció a mi contemplación, a mi trato, hasta a mi intimidad, hasta el punto de que, cuando quise conocer a *mademoiselle* de Stermaria o encargarle vestidos a Albertina, me dirigí a algunos Guermantes como a mis amigos más serviciales. Cierto que me aburría ir a su casa, como me aburría ir a las casas de otras gentes del gran mundo que conocí más tarde. Y hasta me ocurría con la duquesa de Guermantes como con ciertas páginas de Bergotte: que su encanto sólo a distancia me resultaba visible, mientras que se esfumaba al lado de ella, pues residía en mi memoria y en mi imaginación. Mas, a pesar de todo, los Guermantes, también como Gilberta, diferían de las demás gentes del gran mundo en que hundían más sus raíces en un pasado de mi vida en el que yo soñaba más y creía más en los individuos. Lo que yo poseía con fastidio, charlando en aquel momento con una y con otra, era al menos aquellas imaginaciones de mi infancia que más bellas me parecieron y que creí más inaccesibles, y me consolaba confundiendo —como un comerciante que se embarulla en sus libros— el valor de su posesión con el precio en que las había tasado mi deseo.

En cambio, el pasado de mis relaciones con otros seres estaba lleno de sueños más ardientes, concebidos sin esperanza, en los que mi vida de entonces, toda dedicada a ellos, se esponjaba tanto que apenas podía comprender cómo su logro resultaba tan flaca, estrecha y oscura cinta de una intimidad indiferente y desdeñada en la que ya nada podía encontrar de lo que constituía su misterio, su fiebre y su dulzura.

—¿Qué es de la marquesa de Arpajon? —preguntó *madame* de Cambremer.

—Pero si ha muerto —contestó Bloch.

—La confunde usted con la condesa de Arpajon, que murió el año pasado.

Intervino en la discusión la princesa de Agrigente; joven viuda de un marido viejo, muy rico y portador de un gran nombre, la pedían muchos en matrimonio y esto le había dado una gran seguridad.

—La marquesa de Arpajon murió también hace aproximadamente un año.

—¡Ah!, le aseguro que un año no hace —replicó *madame* de Cambremer—; hace menos de un año que estuve en su casa en una velada musical.

Bloch, como los *gigolos* del gran mundo, no podía tomar parte con acierto en la discusión, pues todas aquellas muertes de personas ancianas estaban a una distancia de ellos demasiado grande, bien por la enorme diferencia de años, bien por la reciente incorporación (de Bloch, por ejemplo) a una sociedad diferente a la que él llegaba de refilón, en el momento en que aquella sociedad declinaba, en un crepúsculo en que el recuerdo de un pasado que no le era familiar no podía iluminarlo. Y si se trataba de personas de la misma edad y del mismo medio, la muerte había perdido parte de su extraño significado. Por otra parte, todos los días se pedía noticia de tantas personas a punto de morir, algunas de las cuales se habían restablecido mientras que otras habían «sucumbido», que ya no se sabía exactamente si una persona a la que nunca se tenía ocasión de ver había escapado de su fluxión de pecho o había fallecido. En aquellas regiones de avanzada edad la muerte se multiplicaba y resultaba más incierta. En aquel empalme de dos generaciones y de dos sociedades que, en virtud de razones diferentes, mal situadas para distinguir la muerte, casi la confundían con la vida, la primera se había mundanizado, había llegado a ser un incidente que calificaba más o menos a una persona sin que el tono con el que se hablaba pareciera significar que este incidente lo acabara todo para ella. Se decía: «Pero olvida usted que Fulano ha muerto», como se diría: «Le han condecorado», «es de la Academia», o —y era igual, porque aquello impedía también asistir a las fiestas— «se ha ido a pasar el invierno al Midi», «le han recetado la montaña». Por lo menos, cuando se trataba de

hombres conocidos, lo que dejaban al morir ayudaba a recordar que su existencia había terminado, pero tratándose de simples miembros del gran mundo muy viejos, la gente se hacía un lío sobre si habían muerto o no, no sólo porque se conocía mal o se había olvidado su pasado, sino porque no tenían el menor hilo de unión con el futuro. Y la dificultad para cada uno de separar las enfermedades, la ausencia, el retiro al campo, la muerte de los viejos del gran mundo, consagraba, tanto como la indiferencia de los que dudaban, la insignificancia de los difuntos.

—Pero si no ha muerto, ¿por qué no se la ve nunca, ni tampoco a su marido? —preguntó una solterona aficionada a los juegos de ingenio.

—Pues te diré que es porque son viejos: a esa edad ya no se sale —contestó su madre, que, aunque quincuagenaria, no se perdía una fiesta.

Parecía como si hubiera ante el cementerio toda una ciudad de viejos amurallada, con los faroles siempre encendidos en la bruma. *Madame* de Sainte-Euverte cortó el debate diciendo que la condesa de Arpajon había muerto hacía un año de una larga enfermedad, pero que después, en seguida, había muerto también la marquesa de Arpajon «de una manera muy insignificante», muerte que, por lo tanto, era como todas aquellas vidas, y por esto mismo se explicaba que hubiera pasado inadvertida y disculpaba a los que se confundían. Al oír que *madame* d'Arpajon había muerto verdaderamente, la solterona dirigió a su madre una mirada alarmada, pues temía que la noticia de la muerte de una «contemporánea» suya «impresionara a su madre»; creía oír de antemano hablar de la muerte de su propia madre con esta explicación: «La impresionó mucho la muerte de *madame* d'Arpajon». Pero la madre de la solterona, cada vez que «desaparecía» una persona de su edad, se hacía, por el contrario, a sí misma el efecto de haber vencido en un concurso a rivales importantes. La muerte de esos rivales era la única manera que le permitía darse cuenta agradablemente de su propia vida. La solterona notó que su madre, que pareció decir sin contrariedad que *madame* d'Arpajon estaba recluida en una de esas casas de donde ya no suelen salir los viejos cansados, mostró menos contrariedad aún al enterarse de que la marquesa había entrado en la ciudad siguiente, en esa de la que ya no se sale. Esta comprobación de la

indiferencia de su madre incitó el espíritu cáustico de la solterona. Y para hacer reír a sus amigas se puso a hacer un relato muy risible de la manera alegre —decía ella— con que su madre dijo frotándose las manos: «Dios santo, es verdad que esa pobre *madame* d'Arpajon ha muerto». Incluso a los que no necesitaban aquella muerte para alegrarse de estar vivos los hizo dichosos. Pues toda muerte es para los demás una simplificación de existencia, quita el escrúpulo de mostrarse agradecido, la obligación de hacer visitas. No reaccionó así Elstir ante la muerte de *monsieur* Verdurin.

Salió una señora, pues tenía otras fiestas e iba a merendar con dos reinas. Era aquella gran *cocotte* del gran mundo que conocí antaño, la princesa de Nassau. Si no hubiera disminuido de estatura (lo que, por su cabeza situada a una altura mucho menor que antes, le daba el aspecto de estar, como suele decirse, *con un pie en la sepultura*), apenas se podría decir que había envejecido. Seguía siendo una María Antonieta de nariz austríaca, de ojos deliciosos, conservada, embalsamada gracias a mil afeites adorablemente tersos que le daban una cara de lilas. Flotaba sobre ella esa expresión confusa y tierna de estar obligada a marcharse, de prometer tiernamente volver, de esquivarse discretamente, que se debía a las numerosas reuniones selectas donde la esperaban. Nacida casi en las gradas de un trono, casada tres veces, sostenida durante mucho tiempo, y opulentamente, por grandes banqueros, sin contar los mil caprichos que se había permitido, llevaba ligeramente bajo el vestido, malva como sus ojos admirables y redondos y como su cara estucada, los recuerdos un poco embrollados de aquel pasado innumerable. Al pasar junto a mí escapando a la *inglesa*, *la* saludé. Me reconoció, me estrechó la mano y fijó en mí las redondas pupilas color malva como diciendo: «¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto! Ya hablaremos de esto otra vez». Me estrechó la mano con fuerza, sin recordar exactamente si, una tarde que me llevó en coche de casa de la duquesa de Guermantes, hubo o no un escarceo entre nosotros. Por si acaso, pareció aludir a lo que no había sido, cosa que no le era difícil, pues tomaba un gesto de cariño por una tarta de fresas y, si tenía que marcharse antes de que acabara la música, adoptaba el aire desesperado de un abandono que no sería definitivo. Insegura, además, del pasado en relación

a mí, su furtivo apretón de manos no fue largo y la señora no me dijo una palabra. Se limitó a mirarme, como he dicho, de una manera que significaba: «¡Cuánto tiempo hace!», y en la que desfilaban sus maridos, sus amantes, dos guerras, y sus ojos estelares, semejantes a un reloj astronómico tallado en un ópalo, marcaron sucesivamente todas aquellas solemnes horas del pasado tan lejano que volvía a encontrar en todo momento cuando quería dirigir un saludo que era siempre una excusa. Luego me dejó y corrió hacia la puerta, para que nadie se molestara por ella, para demostrarme que si no había charlado conmigo era porque tenía prisa, para recuperar el minuto perdido en estrecharme la mano y llegar puntual a la residencia de la reina de España, que iba a merendar sola con ella. Y hasta, ya cerca de la puerta, creí que iba a tomar el paso de carrera. Y corría, en realidad, hacia su tumba.

En el corto espacio de tiempo durante el cual afluyeron a mi mente los más distintos pensamientos, me saludó una señora gruesa. Vacilé un momento antes de contestarle, temiendo que no reconociera a las personas mejor que yo y me confundiera con otro; pero, después, su seguridad, por miedo de que fuera alguien con quien hubiera tenido estrecha relación, me hizo, por el contrario, exagerar la amabilidad de mi sonrisa, mientras mis ojos seguían buscando en sus rasgos el nombre que no encontraba. Como un estudiante examinándose de reválida, que clava la mirada en la cara del examinador esperando inútilmente encontrar la respuesta que haría mejor en buscar en su propia memoria, así yo, sonriéndole, clavaba la mía en los rasgos de la gruesa dama. Me parecían ser los de *madame* Swann, y mi sonrisa tomó un matiz de respeto, mientras comenzaba a cesar mi indecisión. Pasado un segundo, oí a la señora gruesa decirme:

—Me confunde usted con mamá. Es que empiezo a parecerme mucho a ella.

Y reconocí a Gilberta.

Hablamos mucho de Roberto. Gilberta hablaba de él en un tono deferente, como si fuera un ser superior del que le interesaba demostrarme que le había admirado y comprendido. Nos recordamos mutuamente cómo las ideas que Roberto exponía sobre el arte de la guerra (pues le había

repetido muchas veces en Tansonville las mismas que yo le oyera exponer en Doncieres y más tarde) habían quedado comprobadas a menudo, y en suma en muchos puntos, por la última guerra.

—No sé decirle hasta qué punto la menor de las cosas que me decía en Doncieres me impresiona ahora y también durante la guerra. Las últimas palabras que le oí, cuando nos separamos para no volver a vernos, eran que esperaba a Hindenburg, general napoleónico, en uno de los tipos de la batalla napoleónica, la que tiene por objeto separar dos adversarios, quizá —añadió— los ingleses y nosotros. Y apenas un año después de la muerte de Roberto, un crítico a quien él tenía una profunda admiración y que ejercía visiblemente gran influencia sobre sus ideas militares, Henry Bidou, decía que la ofensiva de Hindenburg en marzo de 1918 era «la batalla de separación de un adversario concentrado contra dos adversarios en línea, maniobra que el emperador realizó con éxito en 1796 en el Apenino y que le fracasó en Bélgica en *1815*». Unos momentos antes Roberto comparaba conmigo las batallas con piezas de teatro en las que no siempre es fácil saber lo que ha querido el autor, en las que él mismo ha cambiado su plan sobre la marcha. Ahora bien, en cuanto a aquella ofensiva alemana de *1918*, seguramente Roberto no estaría de acuerdo con la interpretación de *monsieur* Bidou. Pero otros críticos piensan que el éxito de Hindenburg en dirección a Amiens, después su detención forzada, su éxito en Flandes, luego su otra detención, fue lo que, de una manera realmente accidental, convirtió Amiens, y después Boulogne, en objetivos que no se había asignado previamente. Y como cada cual puede rehacer a su manera una obra de teatro, hay quienes ven en esta ofensiva el anuncio de una marcha fulminante contra París, otros lo juzgan como mazazos desordenados para destruir el ejército inglés. Y aunque las órdenes dadas por el jefe se opongan a tal o a cual concepto, siempre les quedará a los críticos el recurso de decir, como Mounet-Sully a Coquelin, que le aseguraba que *Le misanthrope* no era la obra triste, dramática que él quería representar (pues Moliere, según testimonio de sus contemporáneos, le daba una interpretación cómica que hacía reír): «Bueno, es que Moliére se equivocaba».

—Y sobre los aviones, ¿se acuerda usted de cuando decía (tenía frases tan bonitas): «Es preciso que cada ejército sea un Argos de cien ojos»? ¡Ay, no ha podido ver la comprobación de sus ideas!

—Claro que sí —repliqué—, en la batalla del Somme vio bien que comenzaron por cegar al enemigo sacándole los ojos, destruyendo sus aviones y sus globos cautivos.

—¡Ah, sí, es verdad! —Y como desde que vivía únicamente para la Inteligencia se había vuelto un poco pedante—. Y decía que se volvía a los medios antiguos. ¿Sabe usted que las expediciones de Mesopotamia en esta guerra —debió de leer esto, en su época, en los artículos de Brichot— evocan a cada momento, sin variación, la retirada de Jenofonte? Y, para ir del Tigris al Eufrates, el jefe inglés utilizó *bellones*, una embarcación larga y estrecha, la góndola de aquel país, que ya utilizaban los más antiguos caldeos.

Estas palabras me daban muy bien la sensación de ese estancamiento del pasado que, en ciertos lugares, por una especie de peso específico, se inmoviliza indefinidamente, de tal modo que lo podemos encontrar en el mismo estado. Pero confieso que, por las lecturas que hice en Balbec no lejos de Roberto, me impresionaba más, como en la campaña de Francia volver a encontrar en Oriente la trinchera de *madame* de Sévigné a propósito del sitio de Kout-el-Amara (Kout-l’émir, «como decimos Vaux-le Vicomte y Bailleau-l’Eveque», como diría el cura de Combray si hubiera extendido su sed de etimología a las lenguas orientales), ver reaparecer cerca de Bagdad aquel nombre de Bassorah que tanto sale en *Las mil y una noches* y a donde, en tiempos de los califas, llega cada vez Simbad el Marino, después de dejar Bagdad o antes de volver a ella, para embarcar o para desembarcar, mucho antes del general Townshend y del general Gorringer.

—Hay un aspecto de la guerra que yo creo que él comenzaba a ver —le dije—: Que es humana, se vive como un amor o como un odio, se podría contar como una novela, y, por consiguiente, si este o aquel van repitiendo que la estrategia es una ciencia, esto no le ayuda en nada a comprender la guerra, porque la guerra no es estratégica. El enemigo no conoce nuestros

planes, como no sabemos el fin que persigue la mujer que amamos, y esos planes quizá no los sabemos nosotros mismos. En la ofensiva de marzo de 1918, ¿era tomar Amiens el objetivo de los alemanes? No lo sabemos. Acaso no lo sabían ni ellos mismos, acaso fue el hecho, su avance en el Oeste hacia Amiens, lo que determinó su proyecto. Aun suponiendo que la guerra sea científica, habría que pintarla como Elstir pintaba el mar, por el otro sentido, y partir de las ilusiones, de las creencias que se van rectificando poco a poco, como Dostoyevski contaba una vida. Por otra parte, es muy cierto que la guerra no es estratégica, sino más bien médica, con accidentes imprevistos que el clínico podía esperar evitar, como la Revolución rusa.

En toda esta conversación, Gilberta me habló de Roberto con una deferencia que parecía dirigirse a mi antiguo amigo más que a su esposo difunto. Tenía el aire de decirme: «Yo sé cuánto le admiraba usted. Créame que supe comprender el ser superior que era». Y, sin embargo, el amor que ciertamente ya no sentía por su recuerdo era quizá todavía causa remota de particularidades de su vida actual. Así, por ejemplo, Andrea era ahora la amiga inseparable de Gilberta. Aunque Andrea comenzaba a penetrar, sobre todo por el talento de su marido y por su propia inteligencia, no ciertamente en el medio de los Guermantes, sino en un mundo infinitamente más elegante que el que ella frecuentaba en otro tiempo, resultó extraño que la marquesa de Saint-Loup condescendiera a ser su mejor amiga. Este hecho pareció ser una señal de la inclinación de Gilberta hacia lo que ella creía una existencia artística y hacia un verdadero descenso social. Esta explicación puede ser la verdadera. Sin embargo, fue otra la que surgió en mi mente, siempre penetrada de que las imágenes que vemos juntas en alguna parte son generalmente reflejo, o al menos, de cualquier modo, efecto, de una primera agrupación bastante diferente aunque simétrica de otras imágenes, sumamente lejana de la segunda. Pensaba yo que, si todas las noches se veía juntos a Andrea, a su marido y a Gilberta, era quizá porque, tantos años antes, se había visto al futuro marido de Andrea viviendo con Raquel, dejándola después por Andrea. Es probable que, entonces, Gilberta, en el mundo demasiado distante, demasiado elevado, en

que vivía, no supiera nada. Pero debió de enterarse después, cuando Andrea subió y ella misma descendió lo suficiente para que pudieran verse. Entonces debió de ejercer sobre ella un gran prestigio la mujer por la que Raquel fue abandonada por el hombre al que, aunque seductor, esta había preferido a Roberto[50].

Quizá Andrea recordaba a Gilberta aquella novela de juventud que fue su amor por Roberto, e inspiraba también a Gilberta un gran respeto hacia Andrea, de la que seguía enamorado un hombre a quien tanto amó aquella Raquel que Gilberta notaba que había sido más amada por Saint-Loup que ella misma. Acaso, por el contrario, estos recuerdos no tenían ningún papel en la predilección de Gilberta por aquel matrimonio artista y sólo se trataba de tener, como muchos, los gustos habitualmente inseparables en las mujeres del gran mundo, el gusto de instruirse y el de encanallarse. Quizá Gilberta había olvidado a Roberto tanto como yo a Albertina, y aun cuando supiera que era a Raquel a quien el artista había dejado por Andrea, quizá, cuando los veía, no pensaba nunca en este hecho que no tuvo ninguna intervención en su inclinación por ellos. Sólo con el testimonio de los interesados, único recurso que queda en semejante caso, si pudieran aportar en sus confidencias clarividencia y sinceridad, se podría determinar si mi explicación primera era no sólo posible, sino cierta. Ahora bien, la primera se encuentra en ellos rara vez y la segunda nunca. En todo caso, ver a Raquel, ahora una actriz célebre, no podía serle muy agradable a Gilberta. Me contrarió mucho enterarme de que recitaba versos en aquella fiesta, y, según anunciaron, *Le Souvenir* de Musset y unas fábulas de La Fontaine.

—Pero ¿cómo viene usted a unas fiestas tan concurridas? —me preguntó Gilberta—. Encontrarle en una gran matanza como esta, no es así como yo le esquematizaba. La verdad es que esperaba encontrarle en cualquier sitio menos en uno de los grandes *tralalás* de mi tía, puesto que de tía se trata —añadió con aire pícaro, pues como ella era *madame* de Saint-Loup desde hacía un poco más de tiempo que el que *madame* Verdurin llevaba en la familia, se consideraba como una Guermantes de siempre y a la que había afectado la boda desigual que su tío había hecho casándose con *madame* Verdurin, de la que, por supuesto, había oído mil

veces burlarse en la familia, mientras que de la boda desigual que había hecho Saint-Loup casándose con ella no se había hablado, naturalmente, en su presencia. Por otra parte, aparentaba mayor desdén por aquella tía de origen dudoso porque, por esa especie de perversión que induce a las personas inteligentes a evadirse de la elegancia habitual, también por la necesidad de recuerdos que sienten las personas de edad, por procurar, en fin, dar un pasado a su elegancia nueva, la princesa de Guermantes gustaba de decir hablando de Gilberta: «Le diré que no es para mí una relación nueva, conocí muchísimo a la madre de esa pequeña; era gran amiga de mi prima Marsantes. Fue en mi casa donde conoció al padre de Gilberta. En cuanto al pobre Saint-Loup, yo conocía antes a toda su familia, su propio tío fue íntimo mío en la Raspeliere»—. «Ya ve que los Verdurin no eran en absoluto unos bohemios —me decían las personas que oían hablar así a la princesa de Guermantes—, eran amigos de siempre de la familia de Saint-Loup». Acaso era yo el único que sabía, por mi abuelo, que, en efecto, los Verdurin no eran unos bohemios. Mas no era precisamente porque habían conocido a Odette. Pero es fácil amañar los relatos del pasado que nadie conoce ya, como los de los viajes por países donde nadie ha estado nunca.

—En fin —concluyó Gilberta—, ya que sale alguna vez de su torre de marfil, ¿no le serían más agradables unas pequeñas reuniones íntimas en mi casa, a las que invitaría a personas afines? Estas fiestas tan aparatosas no son a propósito para usted. Le he visto hablar con mi tía Oriana, que tiene todas las cualidades que se quiera, pero que no la ofendemos diciendo que no pertenece a la flor del pensamiento, ¿verdad?

Yo no podía comunicar a Gilberta lo que estaba pensando desde hacía una hora, pero creí que, en un punto de pura distracción, podría servir a mis placeres, los que, en realidad, no me parecía que hubieran de ser hablar de literatura con la duquesa de Guermantes y tampoco con *madame* de Saint-Loup. Cierto que tenía la intención de volver a vivir en la soledad desde el día siguiente, aunque esta vez con un fin. Ni en mi casa permitiría que fueran a verme en los momentos de trabajo, pues el deber de hacer mi obra se imponía al de ser cortés o hasta al de ser bueno. Desde luego insistirían, después de pasar tanto tiempo sin verme, ahora que acababan de

encontrarme de nuevo y me creían curado, ahora que la labor de su jornada o de su vida había terminado o se había interrumpido, y sintiendo la misma necesidad de mí que en otro tiempo sentía yo por Saint-Loup; y porque, como ya observara en Combray cuando mis padres me hacían reproches en el momento en que yo acababa de tomar al margen de ellos las más loables resoluciones, los relojes interiores asignados a los hombres no están puestos a la misma hora: uno da la del descanso cuando el otro la del trabajo, uno la del castigo decretado por el juez cuando en el del culpable ya ha sonado hace tiempo la del arrepentimiento y del perfeccionamiento interior. Pero tendría el valor de contestar a los que vinieran a verme o me llamaran que tenía una cita urgente, capital, conmigo mismo para ciertas cosas esenciales de las que tenía que enterarme inmediatamente. Y, sin embargo, como hay poca relación entre nuestro yo verdadero y el otro, por el homonimato y el cuerpo común a ambos, la abnegación que nos hace sacrificar los deberes más fáciles, incluso los placeres, a los demás les parece egoísmo.

Y, por otra parte, ¿no era para ocuparme de ellos por lo que me alejaba de los que se quejarían de no verme, para ocuparme de ellos más a fondo, para realizarlos? ¿De qué serviría que siguiera perdiendo otros años más unas tardes en deslizar sobre el eco apenas expirado de sus palabras el sonido no menos vano de las mías, por el estéril gusto de un contacto mundano que excluye toda penetración? ¿No valía más que aquellos gestos que hacían, aquellas palabras que decían, su vida, su naturaleza, procurase yo describir su curva y deducir su ley? Desgraciadamente, tendría que luchar contra esa costumbre de ponerse en el lugar de los demás que, si favorece la concepción de una obra, en cambio retrasa su realización. Pues, por una cortesía superior, induce a sacrificar a los demás no sólo el propio placer, sino el propio deber, cuando, poniéndonos en el lugar de los demás, ese deber, cualquiera que sea, incluso quedándonos en la retaguardia si somos útiles en ella y no podemos prestar ningún servicio en el frente, parece nuestro placer, cuando no lo es en realidad.

Y muy lejos de creerme desgraciado por esta vida sin amigos, sin conversación, como han llegado a creer los más grandes, me daba cuenta de que las fuerzas de exaltación que se gastan en la amistad son vanas, se

dirigen a una amistad particular que no lleva a nada y se desvían de una verdad a la que podían conducirnos. Pero en fin, aun cuando me fueran necesarios intervalos de reposo y de compañía, sentía que, más que las conversaciones intelectuales que la gente del gran mundo cree útiles para los escritores, ligeros amoríos con muchachas en flor serían un alimento selecto que yo podría en rigor permitir a mi imaginación, como al caballo famoso alimentado sólo de rosas. Lo que, de pronto, volvía yo a desear era aquello que soñé en Balbec, cuando, sin conocerlas todavía, vi pasar ante el mar a Albertina, a Andrea y a sus amigas. Pero desgraciadamente ya no podía intentar volver a ver a aquellas que precisamente en aquel momento tanto deseaba. La acción de los años, que había transformado a todos los seres a los que vi este día, y a la misma Gilberta, había ciertamente convertido a todas las que sobrevivían, como habría convertido a Albertina si no hubiera muerto, en unas mujeres demasiado diferentes de las que yo recordaba. Sufría por verme obligado a alcanzar por mí mismo a estas, pues el tiempo que cambia los seres no modifica la imagen que conservamos de ellos. Nada más doloroso que esa oposición entre la mutación de los seres y la fijeza del recuerdo, cuando comprendemos que lo que tan fresco se ha conservado en nuestra memoria no puede ya estarlo en la vida, que no podemos encontrar fuera lo que tan bello nos parece dentro de nosotros, lo que excita en nosotros un deseo, tan individual sin embargo, de volver a verlo, si no es buscándolo en una persona de la misma edad, es decir, en otro ser. Y es que, como muchas veces pude sospechar, lo que parece único en una persona deseada no le pertenece. Pero el tiempo transcurrido me daba de esto una prueba más completa, porque, pasados veinte años, yo quería, espontáneamente, buscar, en vez de las muchachas que había conocido, las que ahora poseían aquella juventud que las otras tenían entonces. (Por otra parte, no es sólo el despertar de nuestros deseos carnales lo que no corresponde a ninguna realidad, porque no tiene en cuenta el tiempo perdido. A veces deseaba que, por un milagro, entrasen hasta mí vivientes todavía, contra lo que había creído, mi abuela, Albertina. Creía verlas, mi corazón se lanzaba hacia ellas. Sólo una cosa olvidaba: que si vivieran de verdad, Albertina tendría ahora aproximadamente el aspecto

con que vi en Balbec a *madame* Cottard, y que mi abuela, con más de noventa y cinco años, ya no me mostraría nada del bello rostro sereno y sonriente con el que todavía la imaginaba ahora, tan arbitrariamente como se imagina con barba a Dios Padre o como se representaba en el siglo XVII a los héroes de Homero con traje de hidalgos y sin tener en cuenta su antigüedad).

Miraba a Gilberta y no pensaba: «Quisiera volver a verla», pero le dije que me complacería invitándome con muchachas muy jóvenes, pobres a ser posible, para poder darles una alegría con pequeños regalos, y eso sin pedirles nada más que hacer renacer en mí los sueños, las tristezas de otro tiempo, quizá, algún día improbable, un casto beso. Gilberta sonrió y en seguida pareció buscar seriamente algo en su cabeza.

Así como a Elstir le gustaba ver encarnada ante él, en su mujer, la belleza veneciana que había pintado muchas veces en sus obras, yo me escudaba en la disculpa de que me atraía cierto egoísmo estético hacia las mujeres bellas que podían hacerme sufrir, y tenía cierto sentimiento de idolatría por las futuras Gilbertas, las futuras duquesas de Guermantes, las futuras Albertinas a las que podría conocer y que, pensaba yo, podrían inspirarme, como un escultor que se pasea en medio de bellos mármoles antiguos. Pero debí pensar que era anterior a ellas mi sentimiento del misterio de que las rodeaba; que mejor que pedir a Gilberta que me presentara a muchachas era ir a esos lugares donde nada nos ata a ellas, donde sentimos algo infranqueable entre ellas y nosotros, donde, a dos pasos, en la playa, camino del baño, nos sentimos separados de ellas por lo imposible. Así, mi sentimiento del misterio pudo aplicarse sucesivamente a Gilberta, a la duquesa de Guermantes, a Albertina, a tantas otras. Seguramente lo desconocido, y casi lo incognoscible, era ahora lo conocido, lo familiar, indiferente o doloroso, pero conservando, de lo que había sido, cierto encanto. Y a decir verdad, como esos calendarios que nos trae el cartero para pedirnos los aguinaldos, no había uno de mis años que no tuviera en su frontispicio, o intercalara en sus días, la imagen de una mujer que yo había deseado; imagen tanto más arbitraria porque a veces yo no había visto nunca a tal mujer, cuando era, por ejemplo, la doncella de

*madame* Putbus, *mademoiselle* d'Orgeville o cualquier muchacha cuyo nombre viera en las notas de sociedad de un periódico, entre «el enjambre de encantadoras valsadoras». La adivinaba bonita, me enamoraba de ella y le componía un cuerpo ideal que dominaba con toda su estatura un paisaje de la provincia donde había leído, en el «Annuaire des Chateaux», que se encontraban las propiedades de su familia. En cuanto a las mujeres que yo había conocido, este paisaje era por lo menos doble. Cada una se alzaba, en un punto diferente de mi vida, enhiesta como una divinidad protectora y local, primero en medio de uno de esos paisajes soñados cuya yuxtaposición cuadriculaba mi vida y donde yo me había puesto a imaginarla; después, vista desde el lado del recuerdo, rodeada de parajes donde la había conocido y que me recordaba, unida a ellos, pues si nuestra vida es vagabunda, nuestra memoria es sedentaria, y por más que nos lancemos sin tregua, nuestros recuerdos, pegados a los lugares de los que nosotros nos separamos, siguen combinando en ellos su vida cotidiana, como esos amigos momentáneos que el viajero se había hecho en una ciudad y a los que tiene que abandonar cuando la deja, porque ellos, que no se van, acabarán allí su jornada y su vida como si él estuviera allí todavía, al pie de la iglesia, ante el puerto y bajo los árboles del paseo. De suerte que la sombra de Gilberta se alargaba no sólo ante una iglesia de la Ile-de-France donde yo la imaginara, sino también en la avenida de un parque del camino de Méséglise, la de *madame* de Guermantes en un sendero húmedo donde crecían en copo racimos violetas y rojizos, o sobre el oro matinal de una acera parisiense. Y esta segunda persona, la nacida no del deseo, sino del recuerdo, no era única para cada una de estas mujeres. A cada una la había conocido en diversas ocasiones, en tiempos diferentes en los que era otra para mí, o en los que yo mismo era otro, sumergido en sueños de otro color. Y la ley que gobernó los sueños de cada año mantenía reunidos en torno a ellos los recuerdos de una mujer que en ellos conociera: por ejemplo, todo lo referente a la duquesa de Guermantes en la época de mi infancia se concentraba, por una fuerza atractiva, alrededor de Combray, y todo lo que se refería a la duquesa de Guermantes que iba a invitarme dentro de un momento a almorzar, en torno a un[51] sensitivo muy diferente; había varias

duquesas de Guermantes, como, desde la Dama de rosa, hubo varias *madame* Swann, separadas por el éter incoloro de los años, y no podía saltar de una a otra, como no hubiera podido dejar un planeta para ir a otro del que le separa el éter. No sólo separada, sino diferente, engalanada con los sueños que de ella tuve en tiempos tan diferentes, como de una flora particular que no se encontrará en otro planeta; hasta el extremo de que, después de pensar que no iría a almorzar ni a casa de *madame* de Forcheville ni a casa de *madame* de Guermantes, sólo podía decirme —hasta tal punto me habría trasladado todo aquello a un mundo distinto— que la una no era persona diferente de la duquesa de Guermantes, descendiente de Genoveva de Brabante, y la otra de la Dama de rosa; sólo podía porque en mí un hombre instruido me lo afirmaba con la misma autoridad que un sabio me hubiera afirmado que una vía láctea de nebulosas procedía de la segmentación de una sola y misma estrella. Así, Gilberta, a la que yo pedía, sin embargo, sin darme cuenta, que me permitiera tener amigas como ella había sido en otro tiempo, no era ya para mí más que *madame* de Saint-Loup. Al verla ya no pensaba en el papel que antaño tuvo en mi amor, un papel que ella también había olvidado, mi admiración por Bergotte, por Bergotte, que había vuelto a ser simplemente para mí el autor de sus libros, sin acordarme (sino en recuerdos infrecuentes y enteramente separados) de la emoción de haber sido presentado al hombre, de la decepción, de la sorpresa de su conversación, en el salón de pieles blancas, lleno de violetas, al que tan pronto llevaban, colocándolas en tantas consolas diferentes, tantas lámparas. Todos los recuerdos que componían la primera *mademoiselle* Swann estaban, en efecto, seccionados de la Gilberta actual, retenidos muy lejos por las fuerzas de atracción de otro universo, en torno a una frase de Bergotte con la que formaban cuerpo y envueltos en un perfume de majuelo.

La fragmentaria Gilberta de hoy escuchó sonriendo mi petición. Después, reflexionando, adoptó un aire serio. Y esto me satisfacía, pues le impedía prestar atención a un grupo que ciertamente no le habría agradado ver[52]. En él figuraba la duquesa de Guermantes en gran conversación con una horrible vieja a la que yo miraba sin poder adivinar quién era: no sabía

absolutamente nada de ella. Era Raquel, la actriz, ahora célebre, que iba a recitar en aquella fiesta versos de Víctor Hugo y de La Fontaine, con quien la tía de Gilberta, *madame* de Guermantes, estaba hablando en aquel momento. Pues la duquesa, consciente desde hacía mucho tiempo de ocupar la más destacada posición de París (sin darse cuenta de que tal posición sólo existe en las mentes que creen en ella y que muchas personas nuevas, si no la vieran en ninguna parte, si no leyeran su nombre en la reseña de ninguna fiesta elegante, creerían que no ocupaba en realidad ninguna posición), sólo en visitas lo más raras y espaciadas que podía y en un bostezo veía al Faubourg Saint-Germain, que, decía ella, la aburría mortalmente, y en cambio se permitía el capricho de almorzar con esta o la otra actriz que le parecía deliciosa. En los nuevos medios que frecuentaba, y como seguía siendo ella misma más de lo que creía, continuaba creyendo que aburrirse fácilmente era una superioridad intelectual, pero lo expresaba con una especie de violencia que daba a su voz cierta ronquera. Como yo le hablara de Brichot: «Ya me aburrió bastante durante veinte años», y como *madame* de Cambremer le aconsejara: «Relea lo que Schopenhauer dijo de la música», nos llamó la atención sobre esta frase diciendo con violencia: «¡*Relea* es una obra maestra! ¡Ah, eso sí que no!, que no nos la pegue». El viejo D'Albon sonrió reconociendo una de las formas del ingenio Guermantes. Gilberta, más moderna, permaneció impasible. Aunque hija de Swann, como un pato empollado por una gallina, era mas *lakista*: «A mí me parece emocionante; tiene una sensibilidad encantadora».

Pues si en estos períodos de veinte años los conglomerados de las camarillas se deshacían y se volvían a hacer según la atracción de los astros nuevos, destinados por lo demás a alejarse también ellos, a reaparecer luego, se producían en el alma de los seres cristalizaciones y luego disgregaciones seguidas de cristalizaciones. Si para mí *madame* de Guermantes fue muchas personas, para *madame* de Guermantes, para *madame* Swann, etc., una determinada persona había sido un favorito de una época anterior al asunto Dreyfus, después un fanático o un imbécil a partir del asunto Dreyfus, que había cambiado para ellos el valor de los seres y clasificado de otro modo los partidos, los cuales también, desde

entonces, se habían deshecho y rehecho. Lo que en esto sirve poderosamente y añade su influencia a las puras afinidades intelectuales es el tiempo transcurrido, que nos hace olvidar nuestras antipatías, nuestros desdenes, las razones mismas que explicaban nuestras antipatías y nuestros desdenes. Si se analizara la elegancia de la joven *madame* de Cambremer, se encontraría que era hija del tendero de nuestra casa, Jupien, y que lo que pudo agregarse a esto para hacerla brillante era que su padre proporcionaba hombres a *monsieur* de Charlus. Pero todo esto combinado produjo efectos centelleantes, mientras que las causas ya lejanas no sólo eran desconocidas para muchos nuevos, sino que los que las habían conocido las olvidaron, pensando mucho más en el esplendor actual que en las vergüenzas pasadas, pues un nombre se toma siempre en su acepción actual. Y el interés de estas transformaciones de salones consistía en que eran también un efecto del tiempo perdido y un fenómeno de memoria.

La duquesa seguía dudando, por miedo a una escena de *monsieur* de Guermantes, ante Balthy y Mistinguett, que le parecían adorables, pero su amiga era decididamente Raquel. Las nuevas generaciones sacaban la conclusión de que la duquesa de Guermantes, a pesar de su nombre, debía de ser algún *demi-castor*[51a] que no había sido nunca completamente de la crema. Verdad es que, con algunos soberanos cuya intimidad le disputaban otras dos grandes señoras, *madame* de Guermantes se tomaba todavía la molestia de tenerlos a almorzar. Pero, por una parte, van muy de tarde en tarde, conocen a personas de poco más o menos y la duquesa, por la superstición de los Guermantes por el viejo protocolo (pues al mismo tiempo que le aburrían las personas bien educadas, le gustaba la buena educación), hacía escribir: «Su Majestad ha ordenado a la duquesa de Guermantes, Su Majestad se ha dignado», etc. Y las nuevas hornadas sociales, que ignoraban estas fórmulas, deducían de ellas que la duquesa ocupaba una posición subalterna. En cuanto a *madame* de Guermantes, aquella intimidad con Raquel podía significar que nos habíamos equivocado cuando creíamos a *madame* de Guermantes hipócrita y mentirosa en sus condenaciones de la elegancia, cuando pensábamos que al negarse a ir a casa de *madame* de Sainte-Euverte no lo hacía en nombre de la inteligencia,

sino del *snobismo*, pues consideraba tonta a la marquesa sólo porque dejaba ver que era *snob* sin haber alcanzado todavía su propósito. Pero la intimidad con Raquel podía significar también, en realidad, que la duquesa era poco inteligente, insatisfecha y deseosa a última hora, cuando estaba ya cansada del mundo, de realizaciones, por ignorancia total de las verdaderas realidades intelectuales y un poco por ese espíritu de fantasía que a algunas damas distinguidas que se dicen: «será muy divertido» les hace terminar la velada de una manera aburridísima, haciendo la broma de ir a despertar a una persona a la que, finalmente, no saben qué decir, permaneciendo un momento junto a su cama sin quitarse el abrigo de fiesta, hecho lo cual se dan cuenta de que es muy tarde y acaban por irse a dormir.

Añadiremos que la antipatía que, desde hacía poco, le tenía a Gilberta la versátil duquesa podía hacerle sentir cierto gusto en recibir a Raquel, lo que le permitía, por otra parte, proclamar una de las máximas de los Guermantes: que eran demasiado numerosos para adoptar las querellas de los unos contra los otros (casi para guardar luto por ellas), independencia del «no tengo por qué» que reforzó la política que debieron adoptar con *monsieur* de Charlus, el cual, si la hubieran seguido, los habría indispuesto con todo el mundo.

En cuanto a Raquel, si bien es verdad que se había esforzado mucho por relacionarse con la duquesa de Guermantes (esfuerzo que esta no supo discernir bajo unos desdenes simulados, unas descortesías deliberadas, que la incitaron y le dieron gran idea de una actriz tan poco *snob*), seguramente se debía, en general, a la fascinación que las personas del gran mundo ejercen a partir de cierto momento sobre los bohemios más recalcitrantes, fascinación paralela a la que esos mismos bohemios ejercen sobre las personas del gran mundo, doble reflujo que corresponde a lo que es en el orden político la curiosidad recíproca y el deseo de alianza entre pueblos que se han combatido. Pero el deseo de Raquel podía tener una razón más particular. En casa de *madame* de Guermantes recibió en otro tiempo la más terrible afrenta que sufriera jamás. Poco a poco, Raquel la había no precisamente olvidado ni perdonado, pero el prestigio singular que, a sus ojos, dio aquello a la duquesa no se borraría jamás. Por lo demás, la

conversación, de la que yo quería apartar la atención de Gilberta, quedó interrumpida, pues la anfitriona se dirigió a la actriz, a quien le tocaba en aquel momento recitar, y que en seguida dejó a la duquesa y apareció en el estrado.

Pero mientras tanto tenía lugar en el otro extremo de París un espectáculo muy diferente. Como he dicho, la Berma había invitado a algunas personas a tomar el té para festejar a su hijo y a su nuera. Mas los invitados no se apresuraban a llegar. Enterados de que Raquel recitaba versos en casa de la princesa de Guermantes (lo que escandalizaba mucho ala Berma, gran artista para la cual Raquel seguía siendo una furcia a la que permitían figurar en las obras donde ella misma, la Berma, desempeñaba el primer papel, porque Saint-Loup le pagaba sus trajes para la escena, y este escándalo era mayor porque corrió en París la noticia de que las invitaciones estaban a nombre de la princesa de Guermantes, pero que era Raquel quien, en realidad, recibía en casa de la princesa), la Berma volvió a escribir con insistencia a algunos fieles para que no faltasen a su merienda, pues sabía que eran también amigos de la princesa de Guermantes, a la que habían conocido cuando esta se llamaba Verdurin. Ahora bien, las horas pasaban y nadie llegaba a casa de la Berma. Bloch, al que habían preguntado si quería asistir, respondió ingenuamente: «No, prefiero ir a casa de la princesa de Guermantes». Esto era, ¡ay!, lo que todos, en el fondo de sí mismos, habían decidido. La Berma, con una enfermedad mortal que le impedía frecuentar el mundo, se había agravado cuando, para subvenir a las necesidades de lujo de su hija, necesidades que su yerno, enfermo y perezoso, no podía satisfacer, decidió volver a la escena. Sabía que con ello acortaba sus días, pero quería dar gusto a su hija, aportándole grandes ingresos, y a su yerno, al que detestaba, pero le complacía, pues, conociendo el amor que le tenía su mujer, temía que si ella le contrariaba, le impidiera, por maldad, ver a la hija. Esta, a la que amaba en secreto el médico que asistía al marido, se dejó convencer de que aquellas representaciones de *Fedra* no eran muy peligrosas para la madre. En cierto modo, obligó al médico a decírselo, y sólo esto retuvo de lo que él le contestó, pasando por alto las objeciones; en realidad, el médico dijo que no

veía gran inconveniente en las representaciones de la Berma. Lo dijo porque se dio cuenta de que esto le sería más grato a la mujer a quien amaba, quizá también por ignorancia o porque sabía, además, que la enfermedad era de todos modos incurable, y es fácil resignarse a abreviar el martirio de los enfermos cuando lo que lo abrevia aprovecha a uno mismo; quizá también por la estúpida idea de que aquello agradaba a la Berma y, por lo tanto, debía de serle saludable, idea que le pareció justificada cuando recibió un palco de los hijos de la actriz, dejó por eso a todos sus enfermos y la Berma le pareció en la escena tan extraordinaria de vida como moribunda le pareciera la víspera. Y, en efecto, nuestras costumbres nos permiten, y en gran medida se lo permiten incluso a nuestros órganos, acomodarnos a una existencia que, a primera vista, parecería imposible. ¿Quién no ha visto a un viejo maestro de equitación cardíaco hacer todas las acrobacias que no creíamos que su corazón pudiera resistir un minuto? La Berma era también una antigua habituada a la escena, a la que estaban adaptados sus órganos tan perfectamente que, dándose con una prudencia indiscernible por el público, podía producir la ilusión de una buena salud sólo alterada por un mal puramente nervioso e imaginario. Después de la escena de la declaración a Hipólito, por más que la Berma presintiera la espantosa noche que iba a pasar, sus admiradores la aplaudían con todas sus fuerzas, declarándola más bella que nunca. Volvían los horribles sufrimientos, pero feliz por llevar a su hija los billetes azules, que, por una niñería de cómica vieja, tenía la costumbre de guardar dentro de las medias, de donde los sacaba con orgullo, esperando una sonrisa, un beso. Desgraciadamente, estos billetes no servían más que para que el yerno y la hija siguieran embelleciendo su hotel contiguo al de la madre: de aquí los incesantes martillazos que interrumpían el sueño, tan necesario, de la gran trágica. Innovaban cada habitación con arreglo a las variaciones de la moda y para adaptarse al gusto de *monsieur* de X o de Y, a quienes esperaban recibir. La Berma notaba que había huido el sueño, lo único que podía calmar su sufrimiento, pero se resignaba a no dormir, no sin un secreto desprecio por aquellas elegancias que le anticipaban la muerte, que hacían atroces sus últimos días. Seguramente, el desprecio se debía un poco a esto,

venganza natural contra lo que nos hace daño y no podemos impedir. Pero era también porque, consciente de su genio, conociendo desde muy joven la insignificancia de todos esos decretos de la moda, ella había permanecido fiel a la Tradición, la había respetado siempre, le encantaba, y la Tradición le hacía juzgar las cosas y a las gentes como treinta años antes: por ejemplo, juzgar a Raquel no como la actriz de moda que era hoy, sino como la golfilla que ella había conocido. Por lo demás, la Berma no era mejor que su hija, que, por la herencia y por el contagio del ejemplo que una admiración muy natural hacía más eficaz, había sacado de ella su egoísmo, su implacable burla, su inconsciente crueldad. Sólo que la Berma había inmolado todo esto a su hija y así se había liberado de ello. Por otra parte, aun cuando la hija de la Berma no hubiera tenido siempre obreros en casa, habría cansado de todos modos a su madre, como las fuerzas atractivas, feroces y ligeras de la juventud fatigan a la vejez, a la enfermedad, que se agotan en el empeño de seguirlas. Todos los días era un nuevo almuerzo, y a la Berma le habrían tachado de egoísta si hubiera privado de él a su hija, y hasta si no hubiera asistido al almuerzo donde, para atraer, con gran dificultad, a algunas relaciones recientes y que se hacían rogar, contaban con la prestigiosa presencia de la madre ilustre. Para serles gratos, se la «prometían» a aquellas mismas relaciones para una fiesta. Y la pobre madre, gravemente ocupada en su enfrentamiento con la muerte instalada en ella, tenía que levantarse temprano y salir. Más aún, como, en la misma época, Réjane, en todo el deslumbramiento de su talento, dio en el extranjero unas representaciones que tuvieron un éxito enorme, el yerno dictaminó que la Berma no debía dejarse eclipsar, quiso que la familia recogiera la misma profusión de gloria y obligó a su suegra a unas *tournées* en las que tenían que ponerle morfina, que, por el estado de sus riñones, podía causarle la muerte. Esta misma atracción de la elegancia, del prestigio social, de la vida, hizo de bomba aspirante el día de la fiesta de la princesa de Guermantes, succionando hacia ella, con la fuerza de una máquina neumática, hasta a los más fieles asiduos de la Berma, mientras que en casa de esta no había, en consecuencia, más que vacío absoluto y muerte. Acudió un joven que no estaba seguro de que la fiesta en casa de la Berma no fuese,

también, brillante. Cuando la Berma vio que pasaba la hora y comprendió que todo el mundo la abandonaba, mandó servir la merienda y se sentaron a la mesa, pero como para un ágape funerario. En el rostro de la Berma nada me recordaba ya aquel *cuya* fotografía tanto me impresionara un día de carnaval. La Berma llevaba la muerte en la cara, como suele decirse. Esta vez parecía de verdad un mármol del Erechteion. Sus endurecidas arterias estaban ya medio petrificadas y se le veían a lo largo de las mejillas unas largas cintas esculturales, con una rigidez mineral. Contrastando con esta terrible máscara osificada, los moribundos ojos tenían una vida relativa y brillaban débilmente como una sierpe dormida entre unas piedras. A todo esto, el joven que se había sentado a la mesa por cortesía, miraba constantemente la hora, atraído por la brillante fiesta de casa de los Guermantes. La Berma no tenía una palabra de reproche para los amigos que la habían abandonado y que esperaban ingenuamente que no se enterara de que habían ido a casa de los Guermantes. Se limitó a murmurar: «Una Raquel dando una fiesta en casa de la princesa de Guermantes. Hay que estar en París para ver estas cosas». Y, en silencio, y con una lentitud solemne, como quien cumple un rito funerario, comía pasteles prohibidos. Una cosa acentuaba la tristeza de la merienda y la furia del yerno. Raquel, a la que él y su mujer conocían muy bien, no los había invitado. Y su desasosiego era mayor porque el joven visitante le había dicho que conocía bastante bien a Raquel para que, si se iba en seguida a casa de los Guermantes, pudiera pedirle que invitara también, a última hora, al matrimonio frívolo. Pero la hija de la Berma estaba demasiado enterada del ínfimo nivel en que su madre situaba a Raquel, y sabía que le daría un disgusto mortal solicitando de la antigua ramera una invitación. Por eso dijo al joven y a su marido que era imposible. Pero se vengaba adoptando durante la merienda un gestecillo que expresaba el deseo de divertirse y la contrariedad de no poder hacerlo por aquella pesada de su madre. La Berma aparentaba no ver las muecas de su hija y, con voz moribunda, dirigía de cuando en cuando una palabra amable al joven visitante único. Pero en seguida se impuso la ráfaga de aire que empujaba a todos hacia los Guermantes y que me arrastró a mí mismo, y el joven se levantó y se fue,

dejando a Fedra o a la muerte —no se sabía muy bien cuál de las dos era— acabando de comer, con su hija y su yerno, los pasteles funerarios.

Nos interrumpió la voz de la actriz, que iniciaba su recitación, una recitación inteligente, pues presuponía el poema que la actriz estaba recitando como un todo que existía antes de decirlo y del que sólo oíamos un fragmento, como si la artista, yendo por un camino, se encontrara durante unos momentos al alcance de nuestro oído.

El anuncio de las poesías que casi todo el mundo conocía resultó grato. Pero cuando los concurrentes vieron a la actriz, antes de comenzar, buscando por todas partes con los ojos, extraviado el gesto, levantando las manos con aire suplicante y lanzando como un gemido cada palabra, a todos les perturbó, casi les chocó aquella exhibición de sentimiento. Nadie había pensado que recitar versos pudiera ser una cosa como aquella. Poco a poco la gente se habitúa, es decir, olvida la primera sensación de malestar, toma lo que está bien, compara en su mente diversas maneras de recitar y se dice: esto está mejor, esto otro no está tan bien. Mas la primera vez, lo mismo que, en una causa sencilla, viendo a un abogado avanzar, levantar al aire un brazo del que pende la toga, comenzar con un tono amenazador, no nos atrevemos a mirar a nuestros vecinos. Pues nos figuramos que es grotesco, pero después de todo quizá es magnífico, y esperamos a ver en qué para.

Pero el auditorio se quedó estupefacto viendo que aquella mujer, antes de emitir un solo sonido, dobló las rodillas, extendió los brazos meciendo a un ser invisible, se tornó patizamba y de pronto, para decir unos versos muy conocidos, adoptó un aire suplicante. Todo el mundo se miraba, sin saber bien qué cara poner; algunos jóvenes mal educados estrangularon una carcajada; cada uno echaba a hurtadillas a su vecino esa mirada furtiva que en las comidas elegantes, cuando se tiene al lado un intrumento nuevo, tenedor para langosta, rallador de azúcar, etc., del que el invitado no conoce el uso y la manera, dirige a este otro invitado más distinguido con la esperanza de que lo utilizará antes, ofreciéndole así la posibilidad de imitarle. Así se hace también cuando alguien ata un verso que ignoramos pero que queremos hacer como si lo conociéramos y, como quien cede el

paso ante una puerta, dejamos a uno más enterado, como por deferencia, el gusto de decir de quién es. De la misma manera, al escuchar a la actriz, cada cual esperaba, la cabeza baja y el ojo inquiridor, que otros tomasen la iniciativa de reír o criticar, o de llorar o aplaudir. *Madame* de Forcheville, que había venido expresamente de Guermantes, de donde la duquesa había sido casi expulsada, adoptó un continente atento, tenso, casi abiertamente desagradable, fuera por demostrar que era una enterada y no asistía como mundana, fuera por hostilidad hacia los concurrentes menos versados en literatura que hubieran podido hablarle de otra cosa, fuera por contención de toda su persona con el fin de saber si le gustaba o no le gustaba, o quizá porque, aun encontrando aquello «interesante», no le gustaba, al menos la manera de decir ciertos versos. Parece que esta actitud hubiera debido adoptarla más bien la princesa de Guermantes. Pero como estaba en su casa y ahora era tan avara como rica, y había decidido no dar a Raquel más que cinco rosas, hacia de *claque*. Provocaba entusiasmo y presionaba lanzando a cada momento exclamaciones entusiastas. Sólo en esto volvía a ser Verdurin, pues parecía escuchar los versos por su propio deleite, parecía haber querido que vinieran *a decírselos* a ella sola y que estuvieran allí por casualidad quinientas personas, sus amigos a quienes permitió asistir como a escondidas a su propio placer.

Sin embargo, observé, sin ninguna satisfacción de amor propio, pues era vieja y fea, que la actriz me guiñaba el ojo, aunque con cierta reserva. Durante toda la recitación dejó palpitar en sus ojos una sonrisa reprimida y penetrante que parecía el cebo de una aquiescencia que deseara de mi parte. Sin embargo, algunas señoras viejas, poco habituadas a los recitales poéticos, decían a un vecino: «¿Ha visto?», aludiendo a la mímica solemne, trágica, de la actriz, que no sabían cómo calificar. La duquesa de Guermantes notó la ligera indecisión y decidió la victoria exclamando, en mitad del poema, creyendo quizá que había terminado: «¡Es admirable!». Más de un invitado quiso subrayar esta exclamación con una mirada aprobatoria y con una inclinación de cabeza, para demostrar, más quizá que su comprensión de la recitadora, sus relaciones con la duquesa. Terminado el poema, ya al lado de la actriz oí a esta dar las gracias a *madame* de

Guermantes y, al mismo tiempo, aprovechando que yo estaba junto a la duquesa, se dirigió a mí y me saludó expresivamente. Entonces comprendí que era una persona a la que yo debía de conocer, y que, al contrario de las miradas apasionadas del hijo de *monsieur* de Vaugoubert, que creí ser el saludo de alguien que se equivocaba, lo que yo había tomado en la actriz por una mirada de deseo no era más que una provocación contenida para que la saludara y la reconociera. Respondí a su saludo con un saludo sonriente.

—Estoy segura de que no me reconoce —dijo la recitadora a la duquesa.

—Claro que sí —contesté con seguridad—, la reconozco perfectamente.

—Bueno ¿quién soy?

No lo sabía ni por lo más remoto y mi situación iba resultando delicada. Afortunadamente, si durante los más hermosos versos de La Fontaine aquella mujer que con tanta seguridad los recitaba no había pensado, fuera por bondad, o por estupidez, o por azoramiento, más que en la dificultad de saludarme, Bloch, durante los mismos bellos versos, sólo había pensado en hacer sus preparativos para, nada más terminar la poesía, saltar como un sitiado que intenta una salida, y pasando, ya que no sobre el cuerpo, al menos sobre los pies de sus vecinos, correr a felicitar a la recitadora, bien por un equivocado concepto del deber, bien por afán de ostentación.

—¡Qué gracioso ver aquí a Raquel! —me dijo al oído. Este nombre mágico rompió inmediatamente el encantamiento que había dado a la amante de Saint-Loup la desconocida forma de aquella vieja inmunda. En cuanto supe quién era, la reconocí perfectamente.

—Ha sido magnífico —dijo a Raquel, y después de estas simples palabras, satisfecho su deseo, se alejó y le costó tanto trabajo e hizo tanto ruido para volver a su sitio que Raquel tuvo que esperar más de cinco minutos antes de recitar su segunda poesía. Terminada esta, *Les deuxpigeons*, *madame* de Morienval se acercó a *madame* de Saint-Loup, a la que sabía muy letrada pero sin recordar bastante que tenía el ingenio sutil y sarcástico de su padre:

—Es la fábula de La Fontaine, ¿verdad? —le preguntó, creyendo haberla reconocido, pero sin estar completamente segura, pues conocía muy mal las fábulas de La Fontaine y, además, creía que eran cosas de niños que no se recitan en sociedad. Para tener tal éxito, seguramente la artista debió de imitar las fábulas de La Fontaine, pensaba la buena señora. Y Gilberta la afianzó sin querer en esta idea, pues, como no quería a Raquel, le gustaba decir que, con semejante dicción, no quedaba nada de las fábulas, y lo dijo de esa manera demasiado sutil que era la manera de su padre y que dejaba a las personas ingenuas en la duda sobre lo que quería decir:

—Una cuarta parte es invención de la intérprete, otra cuarta parte es locura, otra cuarta parte no tiene ningún sentido, el resto es de La Fontaine —lo cual permitió a *madame* de Morienval sostener que lo que acababan de oír no era *Les deux pigeons* de La Fontaine, sino un arreglo en el que a lo sumo una cuarta parte era de La Fontaine, lo que no extrañó a nadie, dada la extraordinaria ignorancia de aquel público.

Pero a uno de los amigos de Bloch que llegó con retraso tuvo este la satisfacción de preguntarle si había oído alguna vez a Raquel, de hacerle una descripción extraordinaria de su dicción, exagerando y, a la vez, sintiendo un extraño placer, que no había experimentado al oírla, en exagerar contando, revelando a otro aquella dicción modernista. Después, Bloch, con una emoción también exagerada, felicitó a Raquel en un tono de falsete y presentó a su amigo, el cual declaró que a nadie admiraba tanto como a ella, y Raquel, que ahora conocía a señoras de la alta sociedad y las copiaba sin darse cuenta, contestó:

—¡Oh!, me satisface mucho, me honra su apreciación. —El amigo de Bloch le preguntó qué le parecía la Berma—. La pobre mujer parece que está en la última miseria. No carecía, no diré de talento, pues en el fondo no era verdadero talento, no le gustaban más que cosas horribles, pero, en fin, no cabe duda de que ha sido útil; trabajaba de una manera más viva que las otras, y además era una buena persona, generosa, se arruinó por los demás. Y como lleva tanto tiempo sin ganar un céntimo, porque al público hace ya mucho que no le gusta lo que ella hace… De todos modos —añadió riendo

—, le diré que, por mi edad, no he podido oírla, naturalmente, hasta sus últimos tiempos y cuando yo era demasiado joven para darme cuenta.

—¿No decía muy bien los versos? —aventuró el amigo de Bloch por halagar a Raquel, que contestó:

—¡Oh!, lo que es eso, nunca supo decir uno, era prosa, chino, *volapuk*, cualquier cosa menos un verso.

Pero me daba cuenta de que el tiempo que pasa no determina forzosamente el proceso en las artes. Y así como un autor del siglo XVII que no conoció ni la Revolución francesa, ni los descubrimientos científicos, ni la Guerra, puede ser superior a un escritor de hoy, y acaso hasta Fagon era un médico tan grande como Du Boulbon (compensando aquí la superioridad del genio la inferioridad del saber), así la Berma estaba, como suele decirse, cien codos por encima de Raquel, y el tiempo, dándole categoría de *vedette* al mismo tiempo que a Elstir, había levantado a una mediocridad y consagrado a un genio.

No es de extrañar que la antigua amante de Saint-Loup despellejara a la Berma. Lo habría hecho cuando era joven. Pero aunque no lo hubiera hecho entonces, lo haría ahora.

Si una mujer del gran mundo de la más destacada inteligencia, de la mayor bondad, se hace actriz y despliega grandes talentos en este oficio nuevo para ella y no encuentra en él más que triunfos, si nos encontramos con ella al cabo del tiempo nos extrañará oír no su lenguaje propio, sino el de las comediantes, su especial grosería con los compañeros, lo que treinta años de teatro añaden al ser humano cuando han pasado sobre él. Sobre Raquel habían pasado y no salía del gran mundo.

—Dígase lo que se quiera, es admirable, tiene línea, carácter, es inteligente, nadie ha dicho nunca los versos así —se adelantó a decir la duquesa temiendo que Gilberta se metiera con Raquel. Pero Gilberta se dirigió hacia otro grupo para evitar un conflicto con su tía. *Madame* de Guermantes, en la declinación de su vida, había sentido despertarse en ella curiosidades nuevas. El gran mundo ya no tenía nada que enseñarle. La idea de que ocupaba en él el primer lugar era tan evidente para ella como la altura del cielo azul encima de la tierra. No creía tener que afirmar una

posición que juzgaba inquebrantable. En cambio, leyendo, yendo al teatro, le hubiera gustado tener una prolongación de aquellas lecturas, de aquellos espectáculos; así como antaño todo lo más exquisito del gran mundo acudía familiarmente al jardincillo donde se tomaba naranjada, para que conservara, entre las brisas perfumadas de la noche y las nubes de polen, el gusto del gran mundo, así ahora otro apetito la hacía desear conocer las razones de estas o aquellas polémicas literarias, conocer a los autores, ver a las actrices. Su espíritu fatigado reclamaba una nueva alimentación. Por conocer a unos y a otros, se acercó a mujeres con las que en otro tiempo no hubiera querido intercambiar tarjetas y que hacían valer su intimidad con el director de cierta revista esperando ganarse así a la duquesa. La primera actriz invitada creyó ser la única en un medio extraordinario, un medio que a la segunda le pareció más mediocre cuando vio a la que la había precedido. La duquesa, porque ciertas tardes recibía a soberanos, creía que nada había cambiado en su posición. En realidad, ella, la única de una sangre verdaderamente sin mezcla, ella que, nacida Guermantes, podía firmar Guermantes-Guermantes cuando no firmaba La duquesa de Guermantes, ella que incluso a sus cuñadas les parecía algo de lo más preciado, como un Moisés salvado de las aguas, un Cristo huyendo a Egipto, un Luis XVII escapado del Temple, lo más puro de lo más puro, ahora, sin duda ofreciendo un sacrificio en el ara de esa necesidad hereditaria de alimento espiritual que determinó la decadencia social de *madame* de Villeparisis, había llegado a ser a su vez una *madame* de Villeparisis, en *cuya* casa las mujeres *snobs* temían encontrar a esta o a la otra, y de la que los jóvenes, comprobando el hecho cumplido sin saber lo que le precedió, creían que era una Guermantes de menor abolengo, de un año menos bueno, una Guermantes venida a menos.

Pero puesto que los mejores escritores, al acercarse la vejez o después de un exceso de producción, dejan a veces de tener talento, bien se puede disculpar que las mujeres del gran mundo, a partir de cierto momento, dejen de ser inteligentes. Swann no encontraba ya en la inteligencia dura de la duquesa de Guermantes la «ductilidad» de la joven princesa de Laumes. *Madame* de Guermantes, fatigada al menor esfuerzo, decía a destiempo

muchísimas tonterías. Cierto que, en todo momento y muchas veces en aquella misma fiesta, volvía a ser la mujer que conocí y hablaba de cosas mundanas con ingenio. Pero al lado de esto ocurría a menudo que aquella palabra chispeante bajo unos bellos ojos, y que durante tanto tiempo mantuvo bajo su cetro espiritual a los hombres más eminentes de París, centelleaba todavía, pero, por decirlo así, en el vacío. Cuando llegaba el momento de colocar una frase, se interrumpía durante el mismo número de segundos que en otro tiempo, parecía dudar, producir, pero la frase que lanzaba entonces no valía nada. ¡Y qué pocas personas lo notaban! La continuidad del procedimiento les hacía creer en la supervivencia del ingenio, como les ocurre a esas personas que, supersticiosamente apegadas a una marca de pastelería, siguen encargando las pastas a una misma casa sin darse cuenta de que ahora son detestables. Ya durante la guerra, la duquesa había dado muestras de este debilitamiento. Si alguien decía la palabra cultura, ella le detenía, sonreía, encendía su bella mirada y lanzaba: «la KKKKultura», lo que hacía reír a los amigos que creían hallar de nuevo en esto el ingenio de los Guermantes. Y desde luego el molde era el mismo, la misma entonación, la misma sonrisa que habían encantado a Bergotte, el cual, por lo demás, había conservado también sus mismos cortes de frase, sus interjecciones, sus puntos suspensivos, sus epítetos, mas para no decir nada. Pero los recién llegados se extrañaban, y a veces, si no caían un día en que estaba graciosa y «en plena posesión de sus medios», decían: «¡Qué tonta es!».

Por otra parte, la duquesa se las arreglaba para canalizar su encanallamiento y que no se extendiera a las personas de su familia que le valían una gloria aristocrática. Si, en el teatro, cumpliendo su papel de protectora de las artes, había invitado a un ministro o a un pintor y este o aquel le preguntaba ingenuamente si su cuñada o su marido estaban allí, la duquesa, timorata con las soberbias apariencias de la audacia, contestaba insolente: «No lo sé. Yo, desde que salgo de casa, ya no sé lo que hace mi familia. Para todos los hombres políticos, para todos los artistas, soy viuda». Así evitaba que el recién llegado, demasiado expresivo, se ganara

sofiones —y le valiera a ella misma reprimendas— de *madame* de Marsantes y de Basin.

—No sabe usted cómo me alegra verle. Dios mío, ¿cuándo le vi la última vez?…

—De visita en casa de *madame* d'Agrigente, donde la veía a usted a menudo.

—Claro que sí, yo iba a menudo, hijito mío, porque a Basin le gustaba en aquel momento. Siempre me reunía con él en casa de su amiguita del momento, porque me decía: «No dejes de ir a hacerle una visita». En el fondo, esto me parecía un poco inconveniente, como una especie de «visita de digestión» que me mandaba hacer una vez que él había consumido. Acabé por acostumbrarme bastante pronto. Pero lo peor es que yo tenía que conservar las relaciones después de romper él las suyas. Esto me hacía pensar siempre en el verso de Víctor Hugo:

*Emporte le bonheur et laisse-moi l'ennui*[53]

Como ocurre en la misma poesía, yo entraba a pesar de todo con una sonrisa, pero verdaderamente no era justo; Basin debía haberme dejado el derecho de ser versátil con sus queridas, pues, acumulando así todas las que él iba dejando, acabé por no tener una sola tarde para mí. De todos modos, aquel tiempo ahora me parece dulce, en comparación con el presente. Que haya vuelto a engañarme no podría sino serme grato, porque eso me rejuvenece. Pero preferiría su antigua manera. Hacía mucho tiempo que no me engañaba y ya no se acordaba de la manera de hacerlo. ¡Ah!, pero no nos llevamos mal de todas maneras, nos hablamos, y hasta nos queremos bastante —me dijo la duquesa, temiendo que yo hubiese comprendido que estaban completamente separados, y como quien dice de alguien que está muy enfermo: «Pero habla muy bien todavía, le estuve leyendo esta mañana durante una hora». Añadió—: Voy a decirle que está usted aquí, querrá verle. —Y se dirigió hacia el duque, que estaba sentado en un canapé junto a una señora, hablando con ella. Me sorprendió encontrarle lo mismo que

antes, sólo con el pelo más blanco, tan majestuoso y tan guapo como siempre. Pero al ver a su mujer, que se acercaba a hablarle, puso un gesto tan fiero que la duquesa no tuvo más remedio que retirarse—. Está ocupado, no sé lo que hace, ya le verá usted luego —me dijo *madame* de Guermantes, prefiriendo dejarme que me las arreglara solo—. Se acercó Bloch a nosotros y me preguntó de parte de su americana quién era una joven duquesa que estaba allí; le contesté que era la sobrina de *monsieur* de Bréauté, pero a Bloch no le decía nada este nombre y pidió explicaciones. ¡Ah, Bréauté! —exclamó *madame* de Guermantes dirigiéndose a mí—; se acuerda usted de eso. ¡Qué viejo, qué lejano! Era un *snob*. Una de aquellas personas que vivían cerca de casa de mi suegra. No le interesaría a usted, *monsieur* Bloch; es curioso para este pequeño, que conoció todo eso en otro tiempo a la vez que yo —añadió *madame* de Guermantes señalándome, y demostrándome con estas palabras de muchas maneras todo el tiempo que había transcurrido—. Las amistades, las opiniones de *madame* de Guermantes se habían renovado tanto desde aquella época, que consideraba retrospectivamente como un *snob* a su encantador Babal. Por otra parte, no sólo se había quedado atrás en el tiempo, sino que tenía también él —y de esto no me había dado cuenta cuando, al entrar yo en el gran mundo, le creí una de las notabilidades esenciales de París, pensando que permanecería siempre asociado a su historia mundana como Colbert a la del reinado de Luis XIV— su marca provinciana, era vecino de campo de la vieja duquesa, y como tal se había relacionado con él la princesa de Laumes. Sin embargo, este Bréauté, despojado de su ingenio, relegado a unos años tan lejanos cuya época marcaba él (lo que demostraba que, desde entonces, la duquesa le había olvidado por completo) y en los alrededores de Guermantes, era —cosa que jamás creyera yo la primera noche de la ópera cómica, cuando me pareció un dios náutico que habitaba en su antro marino— un lazo entre la duquesa y yo, porque ella recordaba que yo le había conocido, luego que yo era amigo de ella, si no procedente del mismo mundo que ella, al menos viviendo en el mismo mundo desde hacía mucho más tiempo que muchas personas presentes, que ella lo recordaba, y bastante imperfectamente sin embargo, puesto que había olvidado ciertos detalles que entonces me

parecían a mí esenciales: que yo no iba a Guermantes y no era más que un pequeño burgués de Combray en el tiempo en que ella asistía a la misa de boda de *mademoiselle* Percepied, a quien ella no invitaba, a pesar de todos los ruegos de Saint-Loup, en los años siguientes a su aparición en la ópera Cómica. A mí esto me parecía capital, pues precisamente en aquel momento la vida de la duquesa de Guermantes me parecía como un paraíso en el que yo no entraría. Pero a ella le parecía como su misma vida mediocre de siempre, y como, a partir de cierto momento, yo había comido a menudo en su casa; como, además, había sido, aun antes de aquel momento, un amigo de su tía y de su sobrino, no sabía exactamente en qué época comenzó nuestra intimidad y no se daba cuenta del formidable anacronismo que cometía poniendo el comienzo de nuestra amistad unos años antes. Pues con esto resultaba que yo habría conocido a la *madame* de Guermantes con el nombre de Guermantes, cosa imposible, que habría sido recibido en el nombre de sílabas doradas, en el Faubourg Saint-Germain, cuando no había hecho más que ir a comer a casa de una dama como otra cualquiera, y que me había invitado a veces, no a descender al reino submarino de las Nereidas, sino a pasar la velada en el palco de su prima. Si usted quiere detalles sobre Bréauté, que no valía mucho la pena —añadió dirigiéndose a Bloch—, pídaselos a este pequeño (que vale cien veces más): ha comido cincuenta veces con él en mi casa. ¿Verdad que fue en mi casa dónde le conoció? En todo caso, fue en mi casa donde conoció a Swann. —Y me sorprendió tanto que pudiera creer que yo había conocido a *monsieur* de Bréauté en otro sitio y, por consiguiente, que yo frecuentaba el gran mundo antes de conocerla, como ver que creía que había conocido en su casa a Swann. Mintiendo menos que Gilberta cuando decía de Bréauté: «Es un antiguo vecino del campo, me gusta hablar con él de Tansonville», cuando la verdad es que en otro tiempo, en Tansonville, no los trataba, habría podido decir yo de Swann: «Es un vecino del campo que venía a menudo a vernos por la noche», cuando la verdad es que Swann me recordaba en realidad algo muy distinto de los Guermantes—. No sé cómo decirle. Era un hombre que se le llenaba la boca hablando de altezas. Tenía un lote de historias bastante divertidas sobre gente de Guermantes, sobre mi suegra,

sobre *madame* de Varambon antes de estar con la princesa de Parma. Pero ¿quién sabe hoy quién era *madame* de Varambon? Sí, este pequeño ha conocido a toda esa gente, pero todo eso se acabó, es una gente de la que no queda ni el nombre y que, por lo demás, no merecía sobrevivir. —Y a pesar de que el gran mundo parece una cosa homogénea y de que, en realidad, las relaciones sociales llegan en él al máximo de concentración y todo en él se comunica, me daba cuenta de que quedan provincias, o al menos de que el Tiempo las forma, que cambian de nombre y que no son ya comprensibles para los que llegan a ellas después de cambiar su configuración.

—Era una buena señora que decía unas cosas increíblemente estúpidas —continuó la duquesa, que, insensible a esa poesía de lo incomprensible que es un efecto del tiempo, extraía de todo el elemento gracioso, asimilable a la literatura tipo Meilhac, ingenio de los Guermantes—. Durante un tiempo tuvo la manía de tragar continuamente unas pastillas que entonces daban contra la tos y que se llamaban pastillas Géraudel —añadió riéndose ella misma de un nombre tan especial, tan conocido antaño, tan desconocido hoy para las personas a quienes hablaba—. «*Madame* de Varambon (le decía mi suegra), tantas pastillas Géraudel le van a estropear el estómago». «Pero señora duquesa (contestaba *madame* de Varambon), ¿cómo quiere usted que hagan daño al estómago si van a los bronquios?». Y después decía ella: «La duquesa tiene una vaca tan hermosa, tan hermosa, que la toman siempre por un semental».

Y *madame* de Guermantes hubiera seguido con mucho gusto contando historias de *madame* de Varambon, de las que conocíamos centenares, pero nos dábamos cuenta de que aquel nombre no despertaba en la memoria ignorante de Bloch ninguna de las imágenes que surgían para nosotros en cuanto se trataba de *madame* de Varambon, de *monsieur* de Bréauté, del príncipe de Agrigente y, por esto mismo, evocaba quizá en él un prestigio que yo sabía exagerado pero que me parecía comprensible, no por haberlo experimentado yo mismo, pues nuestros propios errores y nuestras propias ridiculeces rara vez nos tornan, aun cuando nos demos cuenta de ellos, más indulgentes para los de los demás.

La realidad, insignificante por lo demás, de aquel tiempo tan lejano se había perdido de tal modo que alguien preguntó no lejos de mí si la finca de Tansonville la había heredado Gilberta de su padre *monsieur* de Forcheville, y otro contestó: «¡Nada de eso! Procede de la familia de su marido. Todo eso es de la parte de Guermantes. Tansonville está muy cerca de Guermantes. Perteneció a *madame* de Marsantes, la madre del marqués de Saint-Loup. Sólo que estaba muy hipotecada. Por eso se la dieron como dote al novio y la fortuna de *mademoiselle* de Forcheville la redimió». Otra vez, alguien a quien yo hablaba de Swann para hacerle comprender lo que era un hombre de talento, me dijo: «¡Oh, sí!, la duquesa de Guermantes me ha contado frases de él; era un señor al que usted conoció en casa de ella, ¿verdad?».

Realmente, el pasado se había transformado de tal modo en el espíritu de la duquesa (o bien las demarcaciones que existían en el mío habían estado siempre tan lejos del suyo que lo que fue acontecimiento para mí pasó inadvertido para ella) que podía suponer que yo había conocido a Swann en su casa y también a *monsieur* de Bréauté, formándome así un pasado de hombre del gran mundo que ella llevaba incluso demasiado atrás. Pues aquella noción del tiempo transcurrido que yo acababa de adquirir, la duquesa la tenía también, y es más, ella, con una ilusión inversa a la mía al creerlo más corto de lo que era, exageraba en cambio, lo hacía remontar demasiado lejos, especialmente sin tener en cuenta esa infinita línea de demarcación entre el momento en que fue para mí un nombre, después el objeto de mi amor, y el momento en que ya no fue para mí más que una mujer cualquiera del gran mundo. Ahora bien, yo no había ido a su casa hasta aquel segundo período en que ella era para mí otra persona. Pero estas diferencias escapaban a sus propios ojos, y no le habría parecido singular que yo hubiese estado en su casa dos años antes, sin saber que era otra persona, con otras alfombras, y su persona no tenía para ella misma, como para mí, ninguna discontinuidad.

Le dije:

—Eso me recuerda la primera noche que fui a casa de la princesa de Guermantes, creyendo que no estaba invitado y que me iban a poner en la

puerta; usted llevaba un vestido rojo y unos zapatos rojos.

—¡Santo Dios, qué viejo es todo eso! —exclamó la duquesa de Guermantes, acentuando así para mí la impresión del tiempo transcurrido. Miraba a lo lejos con melancolía y sin embargo insistió particularmente en el vestido rojo. Le pedí que me lo describiera, lo que hizo complaciente—. Ahora ya no se llevaría eso. Eran unos vestidos que se llevaban en aquellos tiempos.

—Pero ¿no era bonito? —le dije. La duquesa tenía siempre miedo de dar una ventaja contra ella con sus palabras, de decir algo que la disminuyera.

—Claro que sí, a mí me parecía aquello muy bonito. Ya no se lleva porque ya no se hace. Pero se volverá a llevar; todas las modas vuelven, en vestidos, en música, en pintura —añadió con fuerza, pues creía encontrar cierta originalidad en esta filosofía. Pero la tristeza de envejecer le devolvió su lasitud, que una sonrisa le disputó—. ¿Está usted seguro de que eran zapatos rojos? Yo creía que eran dorados. —Le aseguré que me acordaba perfectamente, sin decir la circunstancia que me permitía afirmarlo—. Es usted muy amable recordando eso —me dijo en un tono tierno, pues las mujeres llaman amabilidad a acordarse de su belleza, como los artistas a admirar sus obras. Por otra parte, por lejano que sea el pasado, cuando se es una mujer inteligente como era la duquesa, puede no olvidarse—. ¿Recuerda usted —me dijo en agradecimiento a mi recuerdo de su vestido y de sus zapatos— que le llevamos Basin y yo a su casa? Esperaba usted a una muchacha que iba a ir a verle después de medianoche. Basin se reía con toda el alma pensando que recibía usted visitas a tales horas. —En efecto, aquella noche fue Albertina a verme después de la fiesta de la princesa de Guermantes; lo recordaba tan bien como la duquesa, aunque Albertina me era ya tan indiferente como lo sería para *madame* de Guermantes si *madame* de Guermantes supiera que la muchacha por la que no pude entrar en su casa era Albertina. Y es que mucho tiempo después de salir de nuestro corazón los pobres muertos, su polvo indiferente sigue mezclado, sirviendo de aleación, a las circunstancias del pasado. Y, sin amarlos ya, ocurre que al evocar una habitación, una avenida, un camino, donde ellos estuvieron a

cierta hora, nos vemos obligados, para que ocupen su sitio, a aludir a ellos, aun sin echarlos de menos, aun sin nombrarlos, aun sin permitir que los identifiquen. (*Madame* de Guermantes no identificaba a la muchacha que tenía que ir a mi casa aquella noche, no supo nunca quién fue y sólo por la singularidad de la hora y de la circunstancia se refirió a ella). Tales son las formas últimas y poco envidiables de la supervivencia.

Si los juicios de la duquesa sobre Raquel eran mediocres en sí mismos, me interesaban porque, también ellos, marcaban una hora nueva en la esfera del reloj. Pues la duquesa no había perdido más que lo perdiera Raquel el recuerdo de la velada que esta pasó en su casa, pero tampoco había sido menor en la duquesa que en Raquel la transformación de aquel recuerdo.

—Debo decirle —me advirtió— que me interesa tanto más oírla, y oír aclamarla, cuanto que yo la descubrí, la valoré, la levanté, la impuse en una época en que nadie la conocía y en que todo el mundo se burlaba de ella. Sí, hijito, esto le extrañará, pero la primera casa donde la oyeron en público fue la mía. Sí, mientras que todas las personas supuestamente de vanguardia como mi nueva prima —dijo señalando irónicamente a la princesa de Guermantes, que para Oriana seguía siendo *madame* Verdurin— la habrían dejado morir de hambre sin dignarse oírla, yo la encontré interesante y mandé a ofrecerle una retribución por venir a representar a mi casa ante todo lo más encopetado. Puedo decir, con una frase un poco tonta y pretenciosa, pues en el fondo el talento no necesita a nadie, que yo la lancé. Claro que no tenía necesidad de mí. —Yo esbocé un gesto de protesta y vi que *madame* de Guermantes estaba muy dispuesta a aceptar la tesis contraria—. ¿Sí? ¿Cree usted que el talento necesita apoyo, alguien que lo descubra? En el fondo puede que tenga razón. Es curioso, dice usted precisamente lo mismo que Dumas me decía en otro tiempo. En ese caso estoy muy contenta si he servido de algo, por poco que sea, desde luego no en el talento, sino en la fama de una artista como esa. —*Madame* de Guermantes prefería abandonar su idea de que el talento revienta solo como un abceso, porque era más lisonjero para ella, pero también porque, desde hacía algún tiempo, al recibir a gente nueva, y estando además cansada, se había vuelto bastante humilde, interrogaba a los demás, les preguntaba su

opinión para formarse una—. No necesito decirle —continuó— que ese inteligente público que se llama el gran mundo no entendía nada de aquello. Protestaban, reían. Ya podía yo decirles: «Es curioso, es interesante, es una cosa que hasta ahora no se había hecho», pues no me creían, como nunca me han creído en nada. Es como lo que representaba Raquel, una cosa de Maeterlinck, que ahora es muy conocido, pero que en aquel momento todo el mundo se burlaba de él, mientras que yo lo encontraba admirable. Hasta me extraña, cuando pienso en ello, que una campesina como yo, que no ha tenido más educación que la de las muchachas de su provincia, haya apreciado desde el primer momento esas cosas. Naturalmente, no habría sabido decir por qué, pero me gustaba, me hacía tilín; mire, a Basin, que no tiene nada de sensible, le impresionó el efecto que me producía aquello. Me dijo: «No quiero que oigas esos absurdos, te ponen enferma». Y era verdad, porque me tienen por una mujer fría y en el fondo soy un manojo de nervios.

En este momento se produjo un incidente inesperado. Un criado se acercó a decir a Raquel que la hija de la Berma y su yerno querían hablar con ella. Ya hemos visto que la hija de la Berma había resistido al deseo que tenía su marido de pedir una invitación a Raquel. Pero cuando se marchó el joven invitado, el aburrimiento del joven matrimonio junto a la madre fue aún mayor; los atormentaba la idea de que otros se estaban divirtiendo: en fin, aprovechando un momento en que la Berma se retiró a su cuarto escupiendo un poco de sangre, se pusieron a toda prisa unos trajes más elegantes, mandaron a buscar un coche y se presentaron en casa de la princesa de Guermantes sin estar invitados. Raquel, sospechando lo ocurrido y secretamente halagada, adoptó un tono arrogante y dijo al criado que no podía molestarse, que le escribiesen unas palabras diciéndole el objeto de su insólito paso. El criado volvió con una tarjeta en la que la hija de la Berma había garabateado que ella y su marido no habían podido resistir al deseo de oír a Raquel y le rogaban que les permitiera entrar. Raquel se sonrió por la ingenuidad de su pretexto y por su propio triunfo. Mandó contestarles que lo sentía muchísimo, pero que ya había terminado el recital. En la antesala, donde se prolongaba la espera de la pareja, los

criados comenzaban ya a burlarse de los dos postulantes rechazados. La vergüenza de una afrenta, el recuerdo de lo poquísimo que era Raquel comparada con la Berma, incitaron a la hija de esta a proseguir hasta el fin un propósito que, al principio, sólo inició por simple necesidad de diversión. Mandó a pedir a Raquel como un favor, aunque no hubiera de oírla, permiso para estrecharle la mano. Raquel estaba hablando con un príncipe italiano, seducido, según decían, por la atracción de su gran fortuna, cuyo origen disimulaban un poco algunas relaciones mundanas; la actriz midió la inversión de las situaciones que ahora ponía a sus pies a los hijos de la ilustre Berma. Después de contar a todo el mundo de una manera divertida el incidente mandó a decir al joven matrimonio que entrara, lo que el joven matrimonio hizo sin hacerse rogar, hundiendo de golpe la posición social de la Berma como habían destruido su salud. Raquel lo comprendió y comprendió también que su amabilidad condescendiente le daría a ella en el gran mundo fama de más bondad y al joven matrimonto fama de mayor bajeza que a ella y a él les daría su negativa. En consecuencia, los recibió, abriéndoles ostentosamente los brazos, diciendo con gesto de protectora importante y que sabe olvidar su importancia:

—¡Ya lo creo, con mucho gusto! La princesa estará encantada.

Ignorando que en el teatro se creía que era ella quien invitaba, temió que, si negaba la entrada a los hijos de la Berma, estos dudaran no de su buena voluntad, lo que le tenía sin cuidado, sino de su influencia. La duquesa de Guermantes se alejó instintivamente, pues a medida que alguien parecía buscar el gran mundo, bajaba en la estimación de la duquesa. En aquel momento la sentía únicamente por la bondad de Raquel y habría vuelto la espalda a los hijos de la Berma si se los hubieran presentado. Entre tanto, Raquel iba componiendo en su cabeza la frase graciosa con que abrumaría al día siguiente a la Berma entre bastidores: «Sentí muchísimo que su hija tuviera que hacer antesala. Es que no entendí, a pesar de que me enviaba tarjetas y tarjetas». Estaba encantada de asestar a la Berma aquel golpe. Quizá de haber sabido que sería un golpe mortal habría retrocedido. A la gente le gusta causar víctimas, pero sin quedar mal, dejándolas vivir. Por otra parte, ¿en qué estaba su falta? Unos días más tarde dijo riendo: «La

cosa es gorda, quise ser más amable con sus hijos de lo que nunca fue ella para mí, y a poco me acusan de haberla asesinado. Pongo por testigo a la duquesa». Parece que todos los malos sentimientos de los actores y todo lo artificial de la vida de teatro pasan a los hijos, sin que el trabajo obstinado sea en ellos un derivativo como lo es en la madre; las grandes trágicas suelen morir víctimas de los complots domésticos tramados en torno a ellas, como tantas veces les ocurría al final de las obras que representaban.

Por lo demás, la vida de la duquesa no dejaba de ser muy desdichada, y por una razón que se traducía en un paralelo descenso social del mundo que frecuentaba *monsieur* de Guermantes. El duque, que, calmado desde hacía tiempo por su avanzada edad y que, aunque fuerte aún, había dejado de engañar a *madame* de Guermantes, se había enamorado de *madame* de Forcheville, sin que se conocieran bien los comienzos de estas relaciones[54]. Pero llegaron a tomar tales proporciones que el viejo, imitando en este último amor la manera de los antiguos, secuestraba a su amante hasta el punto de que, así como mi amor por Albertina repitió, con grandes variaciones, el amor de Swann por Odette, el amor de *monsieur* de Guermantes recordaba el mío por Albertina. Le exigía que almorzara, que comiera con él, estaba siempre en su casa; ella se aprovechaba de esto con amigos que, sin ella, jamás habrían tenido relaciones con el duque de Guermantes y que acudían por conocerle, un poco como quien va a casa de una *cocotte* por conocer a un soberano que es su amante. *Madame* de Forcheville era desde hacía tiempo una mujer del gran mundo. Pero, volviendo, a estas alturas, a sus antiguas costumbres, y con un orgulloso anciano que, después de todo, era en casa de su querida el personaje importante, se rebajaba buscando solamente los peinadores que a él le gustaban, la cocina que él prefería, halagando a sus amigos diciéndoles que le había hablado de ellos, como decía a mi tío abuelo que había hablado de él al Gran Duque que le mandaba cigarrillos; en una palabra, pese a la elevación de su posición mundana, y por la fuerza de circunstancias nuevas, tendía a ser de nuevo la Dama de rosa, tal como yo la vi en mi infancia. Claro que hacía muchos años que mi tío Adolfo había muerto. Mas la sustitución en torno nuestro de las antiguas personas por otras nuevas ¿nos

impide acaso volver a empezar la misma vida? A estas nuevas circunstancias se había prestado Odette seguramente por avaricia, también porque, bastante buscada en el gran mundo cuando tenía una hija casadera, desdeñada desde que Gilberta se casó con Saint-Loup, se dio cuenta de que el duque de Guermantes, capaz de todo por ella, le llevaría muchas duquesas quizá encantadas de jugarle una mala pasada a su amiga Oriana; acaso, en fin, incitada por el descontento de la duquesa y, por un sentimiento femenino de rivalidad, encantada de vencerla[55]. Saint-Loup, hasta su muerte, llevó a su casa fielmente a su mujer. ¿No eran los dos herederos a la vez de *monsieur* de Guermantes y de Odette, la cual, por otra parte, sería seguramente la principal heredera del duque? Además, hasta unos sobrinos Courvoisier muy difíciles, *madame* de Marsantes, la princesa de Trania, iban allí con la esperanza de la herencia, sin preocuparse de que esto pudiera contrariar a *madame* de Guermantes, de la que Odette, picada por sus desdenes, hablaba mal.

El viejo duque de Guermantes ya no salía, pues pasaba los días y las noches con ella. Pero esta vez fue un momento a verla, a pesar de lo que le contrariaba encontrar a su mujer. Yo no le había visto y seguramente no le habría reconocido si no me lo hubieran señalado claramente. Ya no era más que una ruina, pero una ruina soberbia, y menos aún que una ruina: esa bella cosa romántica que puede ser una roca en la tempestad. Azotada por todas partes por las olas de sufrimiento, de cólera de sufrir, de la marea ascendente de la muerte que la circundaba, su cara, desmoronada como un bloque, conservaba el estilo, la firmeza que siempre admiré en ella; estaba carcomida como una de esas cabezas antiguas demasiado estropeadas pero con las que tanto nos gusta decorar un despacho. Parecía solamente pertenecer a una época más antigua que la suya de antes, no sólo por lo rudo y curtido que ahora aparecía en su materia antes tan brillante, sino porque a la expresión de sagacidad y de jovialidad había sucedido una involuntaria, una inconsciente expresión, amasada por la enfermedad, de lucha contra la muerte, de resistencia, de dificultad para vivir. Las arterias, perdida toda elasticidad, habían dado a su rostro, tan abierto antes, una dureza escultural. Y, sin que el duque se diera cuenta, descubría aspectos de

nuca, de pómulo, de frente, en los que el ser, como obligado a agarrarse con encarnizamiento a cada minuto, parecía sacudido por una trágica ráfaga, mientras que los blancos mechones de su magnífica cabellera, menos espesa, venían a azotar con su espuma el invadido promontorio del rostro. Y como esos reflejos extraños, únicos, que sólo la llegada de la tormenta en que todo va a hundirse da a las rocas que hasta entonces fueran de otro color, comprendí que el gris plomo de las mejillas acartonadas y marchitas, el gris casi blanco y como lana de cordero de los mechones indómitos, la leve luz aún concedida a los ojos que apenas veían, eran tintes no irreales, al contrario, demasiado reales, pero fantásticos y tomados de la paleta, de la luz, inimitable en sus negros espantables y proféticos, de la vejez, de la proximidad de la muerte.

El duque no se quedó más que unos momentos, lo suficiente para que yo comprendiera que Odette, toda entregada a pretendientes más jóvenes, se burlaba de él. Pero, cosa curiosa, él, que en otro tiempo estaba casi ridículo cuando adoptaba las trazas de un rey de teatro, tenía ahora un aspecto verdaderamente grande, un poco como su hermano, a quien la vejez, librándole de todo lo accesorio, le hacía parecerse. Y, como su hermano, el duque, antes tan orgulloso aunque de otra manera, parecía casi respetuoso, aunque también de otra manera. Pues no había sufrido la decadencia de su hermano, reducido a saludar con una cortesía de enfermo desmemoriado a los que antes desdeñara. Pero era demasiado viejo y, cuando quiso pasar la puerta y bajar la escalera para salir, la vejez, que es después de todo el estado más mísero para los hombres y que los precipita de su pináculo de la manera más parecida a los reyes de las tragedias griegas; la vejez, obligándole a detenerse en el vía crucis en que se convierte la vida de los inválidos amenazados, a enjugarse la frente madorosa, a titubear buscando con los ojos un escalón que se escapa, porque, para sus pasos inseguros, para sus ojos empañados, necesitaría un apoyo, dándole a su pesar el aire de implorarlo de los demás dulce y tímidamente; la vejez le había hecho, más aún que augusto, suplicante.

Como no podía pasar sin Odette, como estaba siempre instalado en su casa en el mismo sillón del que, por la vejez y por la gota, le era difícil

levantarse, *monsieur* de Guermantes la dejaba recibir a unos amigos que estaban contentísimos de ser presentados al duque, de dejarle la palabra, de oírle hablar de la vieja sociedad, de la marquesa de Villeparisis, del duque de Chartres.

En consecuencia, estas posiciones aparentemente intomables del duque y de la duquesa de Guermantes, del barón de Charlus, habían perdido en el Faubourg Saint-Germain su inviolabilidad, como cambian todas las cosas en este mundo, por la acción de un principio interior en el que no se había pensado: en *monsieur* de Charlus, el amor de Charlie, que le hizo esclavo de los Verdurin, el reblandecimiento después; en *madame* de Guermantes, una afición a la novedad y al arte; en *monsieur* de Guermantes, un amor exclusivo, como había habido otros en su vida, pero que la flaqueza de la edad hacía más tiránico y a cuyas debilidades no oponía ya su mentís, su tributo mundano a la severidad del salón de la duquesa, donde el duque ya no aparecía nunca y que además apenas funcionaba ya. Así cambia la figura de las cosas de este mundo; así el centro de los imperios, y el catastro de las fortunas, y la carta de las situaciones, todo lo que parecía definitivo, se renueva perpetuamente, y los ojos de un hombre que ha vivido pueden contemplar el cambio más completo precisamente allí donde le parecía más imposible.

A veces, bajo la mirada de los cuadros antiguos reunidos por Swann en una disposición de «coleccionista» que acentuaba el carácter pasado de moda, antiguo, de la escena, con aquel duque tan «Restauración» y aquella *cocotte* tan «Segundo Imperio», en uno de aquellos peinadores que al duque le gustaban, la Dama de rosa le interrumpía con su locuacidad; el duque se paraba en seco y le clavaba una mirada feroz. Quizá se había dado cuenta de que también ella, como la duquesa, decía a veces tonterías; quizá, en una alucinación de viejo, creía que era un rasgo de ingenio intempestivo de *madame* de Guermantes que le cortaba la palabra, y se creía en el hotel de Guermantes, como esas fieras enjauladas que por un momento se figuran que están aún libres en los desiertos de África. Y alzando bruscamente la cabeza, con sus ojos pequeños, redondos y amarillos que tenían el destello de ojos de fiera, le clavaba una de aquellas miradas que en otro tiempo, en

casa de *madame* de Guermantes, cuando esta hablaba demasiado, me hicieran temblar. El duque miraba así un momento a la audaz Dama de rosa. Pero esta le hacía frente, no desviaba los ojos y, al cabo de unos instantes que parecían largos a los espectadores, el viejo león domado, recordando que estaba, no libre en casa de la duquesa, en aquel Sahara donde el felpudo del vestíbulo marcaba la entrada, sino en casa de *madame* de Forcheville, en la jaula del zoológico, hundía entre los hombros la cabeza, de la que pendía aún una espesa cabellera que no se podría decir si era rubia o blanca, y reanudaba su relato. Parecía no haber entendido lo que *madame* de Forcheville había querido decirle y que, por otra parte, no solía tener gran sentido. Le permitía invitar a amigos a comer con él; con una manía adquirida en sus antiguos amores, que no era para extrañar a Odette, habituada a ver la misma manía en Swann, y que a mí me impresionaba recordándome mi vida con Albertina, exigía que aquellas personas se retirasen temprano para ser él el último en despedirse de Odette. Inútil decir que, apenas se marchaba, Odette iba a reunirse con otros. Pero el duque no lo sospechaba o prefería aparentar que no lo sospechaba: los viejos pierden vista como pierden oído, su clarividencia se oscurece, la fatiga hace aflojar la vigilancia. Y a cierta edad es en un personaje de Moliere —ni siquiera en el olímpico amante de Alcmena, sino en un risible Geronte— en el que se transforma inevitablemente Júpiter. Además, Odette engañaba a *monsieur* de Guermantes, y también le cuidaba, sin gracia, sin grandeza. Era mediocre en este papel como en todos los demás. No es que la vida no se los hubiera ofrecido hermosos a menudo, pero no sabía representarlos.

Y, en realidad, cada vez que quise verla en lo sucesivo, no pude conseguirlo, pues *monsieur* de Guermantes, queriendo conciliar con sus celos las exigencias de su higiene, sólo le permitía las fiestas diurnas, y esto a condición de que no fueran bailes. Esta reclusión que le imponían me la confesó ella con franqueza, por diversas razones. La principal es que, aunque ya no había escrito más que artículos o publicado estudios, se imaginaba que era un autor conocido, lo que le hacía decir hasta ingenuamente, recordando el tiempo en que yo iba a la avenida de las Acacias para verla pasar, y más tarde a su casa: «¡Ah, si yo hubiera podido

adivinar que usted iba a llegar a ser un gran escritor!». Y como había oído decir que a los escritores les gusta tratar a las mujeres para documentarse, para que les cuenten historias de amor, ahora Odette, para interesarme, tornaba a ser conmigo simple *cocotte*. Me contaba: «Verá, una vez había un hombre que se enamoró de mí y al que yo amaba también perdidamente. Vivíamos una vida divina. Él tenía que hacer un viaje a América y yo tenía que ir con él. La víspera de la marcha pensé que era preferible no esperar a que disminuyera un amor que no se podía mantener siempre en aquel punto. Tuvimos una última velada en la que él estaba convencido de que yo me iba con él, fue una noche loca, yo gozaba con él deleites infinitos y tenía la desesperación de sentir que no volvería a verle. Aquella mañana había ido a dar mi billete a un viajero al que no conocía. Quería comprármelo. Le contesté: "No, me hace usted un gran favor tomándomelo; no quiero dinero"». Después, otra historia: «Un día estaba yo en los Champs-Elysées. *Monsieur* de Bréauté, al que no había visto más que una vez, se puso a mirarme con tal insistencia que me detuve y le pregunté por qué se permitía mirarme de aquel modo. Me contestó: "La miro porque lleva un sombrero ridículo". Era verdad. Era un sombrerito con pensamientos, las modas de aquel tiempo eran horribles. Pero yo estaba furiosa y le dije: "No le permito hablarme así". Empezó a llover. Le dije: "Sólo le perdonaría si tuviera un coche". "Pues precisamente tengo un coche y la voy a acompañar". "No, quiero su coche, pero no a usted". Subí al coche y él echó a andar bajo la lluvia. Pero por la noche llega a mi casa, pasamos dos años de un amor loco». «Venga una vez a tomar el té conmigo, le contaré cómo conocí a *monsieur* de Forcheville. En el fondo —dijo con aire melancólico— me he pasado la vida encerrada porque sólo he tenido grandes amores con hombres terriblemente celosos. No hablo de *monsieur* de Forcheville, pues en el fondo era un mediocre y yo nunca he podido amar de verdad más que a personas inteligentes. Pero, ya ve, *monsieur* Swann era tan celoso como este pobre duque; por este me privo de todo porque sé que no es feliz en su casa. Por *monsieur* Swann era porque le amaba locamente, y yo creo que bien se puede sacrificar el baile y el mundo y todo lo demás por dar gusto al hombre que la ama a una, aunque sólo sea por evitarle preocupaciones.

Pobre Carlos, era tan inteligente, tan seductor, exactamente el tipo de hombre que a mí me gustaba». Y quizá era verdad. Hubo un tiempo en que Swann le gustó, precisamente el tiempo en que ella no era *su tipo*. A decir verdad, no lo fue nunca. Sin embargo, al principio, la amó tanto y tan dolorosamente. Pasado el tiempo, le sorprendía esta contradicción. Si pensamos lo fuerte que es en la vida de los hombres la proporción de los sufrimientos por mujeres «que no eran su tipo», no hay tal contradicción. Quizá esto se debe a muchas causas; en primer lugar, porque esas mujeres no son «nuestro tipo» nos dejamos al principio amar sin amar nosotros, luego dejamos que nos gane una costumbre que no se hubiera producido con una mujer de «nuestro tipo» y que, sintiéndose deseada, discutiría, no nos concedería más que algunas citas, pocas, no se instalaría en nuestra vida ocupando todas nuestras horas de tal modo que, pasado el tiempo, si llega el amor y la mujer nos falta, por una riña, por un viaje en el que nos deja sin noticias, no nos arranca un solo lazo, sino mil. Después, el hábito es sentimental porque no hay gran deseo físico en su base, y si nace el amor, el cerebro trabaja mucha más: hay una novela en vez de una necesidad. No desconfiamos de las mujeres que no son «nuestro tipo», las dejamos amarnos, y si después las amamos nosotros, las amamos cien veces más que a las otras, sin tener con ellas siquiera la satisfacción del deseo cumplido. Por estas razones y otras muchas, el hecho de que sintamos nuestras mayores penas con las mujeres que no son «nuestro tipo» no depende sólo de esa ironía del destino que sólo realiza nuestra felicidad bajo la forma que menos nos place. Una mujer que es «nuestro tipo» no suele ser peligrosa, pues no le gustamos, nos contenta, nos deja pronto, no se instala en nuestra vida, y en amor lo peligroso y procreador de sufrimiento no es la mujer misma, es su presencia de todos los días, la curiosidad de lo que hace en todos los momentos; no es la mujer, es el hábito.

Tuve la cobardía de decir que aquello era gentil y noble por su parte, pero yo sabía lo falso que era aquello y que su franqueza iba trenzada con mentiras. A medida que me iba contando aventuras, yo pensaba con espanto en todo lo que Swann había ignorado, que tanto le hubiera hecho sufrir por haber puesto su sensibilidad en aquel ser, un ser al que él adivinaba con

seguridad, sólo por sus miradas cuando veía a un hombre o a una mujer desconocidos y que le gustaban. En el fondo, Odette hacía aquello sólo por darme lo que ella creía temas de novela. Se engañaba, y no es que no contribuyera en todo tiempo y abundantemente a las reservas de mi imaginación, pero de una manera más involuntaria y por un acto emanado de mí mismo que sacaba de ella, sin su intervención, las leyes de su vida.

*Monsieur* de Guermantes guardaba sus rayos y truenos sólo para la duquesa, sobre cuyas libres frecuentaciones no dejaba *madame* de Forcheville de llamar la atención irritada de *monsieur* de Guermantes. La duquesa era, pues, muy desgraciada. Verdad es que *monsieur* de Charlus, a quien hablé una vez del asunto, aseguraba que su hermano no fue el primero en delinquir, que la leyenda de pureza de la duquesa estaba hecha, en realidad, de un incalculable número de aventuras hábilmente disimuladas. Yo no había oído hablar nunca de esto. Para casi todo el mundo, *madame* de Guermantes era una mujer muy diferente. En las mentes imperaba la idea de que fue siempre irreprochable. Entre estas dos ideas yo no podía decidir cuál de ellas se ajustaba a la verdad, a esa verdad que casi siempre ignoran las tres cuartas partes de las personas. Desde luego, recordaba ciertas miradas azules y vagabundas de la duquesa de Guermantes en la nave de Combray, pero, por supuesto, aquellas miradas no refutaban verdaderamente ninguna de las dos ideas, y una y otra podían darles un sentido diferente y también aceptable. En mi locura, niño de mí, las tomé un instante por miradas de amor a mí dirigidas. Después comprendí que no eran más que las miradas benévolas de una señora feudal, como las de las vidrieras de iglesia, a sus vasallos. ¿Había que creer ahora que mi primera idea era la verdadera, y que, si más tarde la duquesa no me habló nunca de amor, es porque temía comprometerse con un amigo de su tía y de su sobrino más que con un niño desconocido encontrado por casualidad en San Hilario de Combray?

La duquesa pudo tener por un instante la alegría de sentir su pasado más consistente porque era compartido por mí, pero al hacerle yo unas preguntas sobre el provincianismo de *monsieur* de Bréauté, al que en la época yo distinguía poco de *monsieur* de Sagan o de *monsieur* de Guermantes, volvió

a su punto de vista de mujer de mundo, es decir, de vilipendiadora de la mundanidad. Mientras me hablaba, la duquesa me enseñaba el hotel. En otros salones más pequeños había algunos íntimos que preferían aislarse para escuchar la música. En un saloncito Imperio, donde unos pocos *fracs* negros escuchaban sentados en un canapé, se veía al lado de una *psyché* sostenida por una minerva una *chaise longe*, situada en forma rectilínea pero curvada interiormente como una cuna, y donde estaba tendida una mujer joven. Su postura descuidada, que ni la entrada de la duquesa le hizo alterar, contrastaba con el maravilloso esplendor de su vestido Imperio en una seda nacarada junto a la cual habrían palidecido los más rojos fucsias y en cuyo tejido nácar parecían haber estado clavadas mucho tiempo insignias y flores, pues conservaba su huella en hueco. Saludó a la duquesa inclinando ligeramente su bella cabeza morena. Aunque era pleno día, como había ordenado cerrar los cortinones, para mayor recogimiento en la música, habían encendido sobre un trípode, para que la gente no se torciera los pies, una urna donde irisaba un débil resplandor. En respuesta a mi pregunta, la duquesa de Guermantes me dijo que era *madame* de Sainte-Euverte. Entonces quise saber qué era aquella señora de la *madame* de Sainte-Euverte que yo había conocido. *Madame* de Guermantes me dijo que era la mujer de un sobrino nieto, pareció soportar la idea de que pertenecía a la familia La Rochefoucauld, pero negó que ella hubiera conocido personas de la familia Sainte-Euverte. Le recordé la velada (de la que, a decir verdad, sólo de oídas tuve noticia) donde, princesa de Laumes, encontró a Swann. *Madame* de Guermantes afirmó que nunca estuvo en aquella velada. La duquesa había sido siempre un poco mentirosa y ahora lo era más. *Madame* de Sainte-Euverte era para ella un salón —por lo demás bastante venido a menos con el tiempo— del que le gustaba renegar. No insistí.

—No, al que pudo usted entrever en mi casa, porque era inteligente, es al marido de esa señora de quien usted habla y con la que yo no me relacionaba.

—Pero si no tenía marido.

—Se lo figuró usted porque estaban separados, pero era mucho más agradable que ella.

Acabé por comprender que un hombre enorme, altísimo, muy gordo, con el pelo enteramente blanco, al que yo encontraba más o menos en todas partes y cuyo nombre no supe nunca era el marido de *madame* de Sainte-Euverte. Había muerto el año anterior. En cuanto a la sobrina ignoro si la causa de que escuchara la música en aquella postura sin moverse por nadie era una enfermedad de estómago, de los nervios, una flebitis, un parto próximo, reciente o fracasado. Lo más probable es que, orgullosa de sus bellas sedas rojas, pensara hacer en su *chaise longe* el efecto de una *madame* Récamier. No se daba cuenta de que provocaba en mí una nueva expansión de aquel nombre Sainte-Euverte, que, con tan largo intervalo, marcaba la distancia y la continuidad del Tiempo. El Tiempo es lo que ella mecía en aquella cuna donde florecían el nombre de Sainte-Euverte y el estilo Imperio en sedas de fucsias rojas. *Madame* de Guermantes declaró que había odiado siempre ese estilo Imperio; quería decir que lo detestaba ahora, y era cierto, pues seguía la moda, aunque con algún retraso. Sin complicar la cosa hablando de David, al que conocía poco, de muy joven había creído a Ingres el más aburrido de los tópicos, después, repentinamente, el más sabroso de los maestros del arte nuevo, hasta detestar a Delacroix. Poco importan los grados que la llevaron de aquel culto a la reprobación, pues son matices del gusto que el crítico de arte refleja diez años antes de la conversación de las mujeres superiores. Después de criticar el estilo Imperio se disculpó de haberme hablado de una gente tan insignificante como los Sainte-Euverte y de simplezas como el lado provinciano de Bréauté, pues estaba tan lejos de pensar por qué me interesaba aquello como lo estaba *madame* de Sainte-Euverte de La Rochefoucauld, buscando el bien de su estómago o un efecto ingresco, de sospechar que me había encantado su nombre, el de su marido, no el más glorioso de su propia familia, y que yo le atribuía, en aquella estancia llena de atributos, la función de acunar el Tiempo.

—Pero ¿por qué le he hablado de esas tonterías, cómo pueden interesarle? —exclamó la duquesa. Dijo esta frase a media voz y nadie pudo oírla. Pero un joven (que me interesó después por un nombre mucho más familiar para mí en otro tiempo que el de Sainte-Euverte) se levantó con

gesto exasperado y se fue más lejos para escuchar con más recogimiento. Estaban tocando la *Sonata de Kreutzer*, pero como se habían equivocado en el programa, creía que era un trozo de Ravel que le habían dicho que era tan hermoso como una obra de Palestrina, pero difícil de entender. En su brusco movimiento para cambiar de sitio tropezó, por la semioscuridad, con un bargueño, y esto hizo mover la cabeza a muchas personas para las que aquel ejercicio tan sencillo de mirar atrás suspendía un poco el suplicio de escuchar «religiosamente» la *Sonata de Kreutzer*. Y *madame* de Guermantes y yo, causantes de aquel pequeño escándalo, nos apresuramos a cambiar de salón.

—Sí, ¿cómo esas naderías pueden interesar a un hombre de su mérito? Es como hace un momento, cuando le estaba viendo hablar con Gilberta de Saint-Loup. No es digna de usted. Para mí esa mujer es ni más ni menos que nada, ni siquiera es una mujer, es lo más artificial y lo más burgués que conozco —pues la duquesa, hasta en su defensa de la Intelectualidad, mezclaba prejuicios de aristócrata—. Además, ¿debería usted venir a casas como esta? Todavía hoy lo comprendo, porque había ese recital de Raquel, que puede interesarle. Pero por bello que el recital haya sido, Raquel no se da ante este público. Le invitaré a almorzar solo con ella. Entonces verá usted qué persona es. Pero es cien veces superior a todo lo que hay aquí. Y después del almuerzo le recitará Verlaine. Ya verá usted[56]. Pero a estos batiburrillos como hoy, no, no debe usted ir. A menos que sea para estudiar… —añadió con un gesto de duda, de desconfianza y sin aventurar demasiado, pues no sabía muy exactamente en qué consistía el género de operaciones improbables a que se refería.

—¿No cree usted —dije a la duquesa— que será penoso para *madame* de Saint-Loup oír así, como acaba de hacerlo, a la antigua querida de su marido?

Vi formarse en el rostro de *madame* de Guermantes esa barra oblicua que, con razonamientos, enlaza lo que se acaba de oír con pensamientos poco agradables. Razonamientos inexpresados, verdad es, pero todas las cosas graves que decimos no reciben jamás respuesta verbal ni escrita. Sólo los tontos requieren en vano diez veces seguidas una respuesta a una carta

que han cometido la torpeza de escribir y que era una coladura; pues a esas cartas no se contesta nunca más que con actos, pero la comunicante a la que creemos impuntual nos dice *monsieur* cuando nos encuentra, en lugar de llamarnos por nuestro nombre de pila. Mi alusión al enredo de Saint-Loup con Raquel no era tan grave y sólo pudo desagradar durante un segundo a *madame* de Guermantes recordándole que yo había sido amigo de Roberto y quizá su confidente sobre los disgustos que le había producido a Raquel su velada en casa de la duquesa. Pero esta no persistió en sus pensamientos, la barra tempestuosa se borró y *madame* de Guermantes contestó a mi pregunta sobre *madame* de Saint-Loup:

—Le diré, creo que le importa poco, porque Gilberta no amó nunca a su marido. Es una horrible personilla. Le gustó la situación, el nombre, ser mi sobrina, salir de su fango, después de lo cual ya no pensó más que en volver a él. Le diré que me daba mucha pena por el pobre Roberto, porque aunque no era un águila, se daba muy bien cuenta, y de muchas cosas. No hay que decirlo, porque después de todo es mi sobrina, no tengo pruebas positivas de que le engañara, pero hubo un montón de historias. Le digo que sí, que lo sé, que Roberto quiso batirse con un oficial de Méséglise. Pero fue por todo esto por lo que se enroló Roberto, la guerra le parecería como una liberación de sus penas de familia; si quiere que le diga lo que pienso, no es que le mataron, es que se hizo matar. Ella no tuvo la menor pena, hasta me asombró por un raro cinismo en la ostentación de su indiferencia, y me disgustó mucho, porque yo quería bien al pobre Roberto. A usted le extrañará quizá, porque me conocen mal, pero todavía pienso a veces en él: yo no olvido a nadie. Nunca me dijo nada, pero comprendía muy bien que yo lo adivinaba todo. Vamos, si hubiera querido, por poco que fuera, a su marido, ¿cómo iba a poder soportar con esa tranquilidad estar en el mismo salón que la mujer de la que Roberto estuvo tantos años perdidamente enamorado?; puede decirse que siempre, pues tengo la seguridad de que eso no acabó nunca, ni siquiera durante la guerra. ¡Pero se le echaría al cuello! —exclamó la duquesa, olvidando que ella misma, al invitar a Raquel y al hacer posible la escena que consideraba inevitable si Gilberta hubiera

amado a Roberto, obraba quizá cruelmente—. No —concluyó—, le digo que es una cochina.

Una expresión así era posible en *madame* de Guermantes por la pendiente que ella bajaba desde el medio de los Guermantes agradables a la sociedad de los comediantes, y también porque injertaba aquello en un género siglo XVIII que ella consideraba muy verde, en fin, porque se lo creía permitido todo. Pero esta expresión se la dictaba el odio que le tenía a Gilberta, una necesidad de herirla en efigie, ya que no fuera posible materialmente. Y, al mismo tiempo, la duquesa pensaba justificar así toda su conducta con Gilberta o más bien contra Gilberta, en el mundo, en la familia, hasta en cuestión de los intereses y de la herencia de Roberto.

Pero como aveces los juicios que se hacen reciben de hechos que se ignoran y que no se han podido suponer una justificación aparente, Gilberta, que tenía sin duda un poco del ascendiente de su madre (y, desde luego, yo había contado sin darme cuenta con esta facilidad, al pedirle que me pusiera en relación con muchachas muy jóvenes), previa reflexión, sacó de la petición que le hice, y seguramente para que el beneficio no saliera de la familia, una conclusión más audaz que todas las que yo hubiera podido suponer; me dijo:

—Si me lo permite, voy a ir a buscar a mi hija para presentársela. Está allí hablando con el joven Mortemart y con otros chicuelos sin interés. Estoy segura de que será una simpática amiga para usted. —Le pregunté si Roberto estaba contento de tener una hija—. ¡Oh!, estaba muy orgulloso de ella. Pero, naturalmente, conociendo sus gustos, creo —dijo ingenuamente Gilberta— que hubiera preferido un chico.

Aquella muchacha, cuyo nombre y cuya fortuna podían hacer esperar a su madre que se casaría con un príncipe real y coronaría toda la obra ascendente de Swann y de su mujer, eligió después por marido a un hombre de letras oscuro, pues no tenía ningún *snobismo*, e hizo descender de nuevo a aquella familia a un nivel más bajo de aquel de donde saliera. Entonces fue muy difícil hacer creer a las generaciones nuevas que los padres de aquel oscuro matrimonio tuvieran una gran posición. Resucitaron milagrosamente los nombres de Swann y de Odette de Crécy para permitir a

la gente decirnos que nos engañábamos, que no eran una familia tan encopetada.

La impresión y la alegría que aquellas palabras me produjeron fueron sustituidas en seguida, mientras *madame* de Saint-Loup se encaminaba a otro salón, por esa idea del Tiempo pasado que también me devolvía, a su modo, y aun sin haberla visto todavía, *mademoiselle* de Saint-Loup. ¿No era esta, como la mayor parte de las personas, por lo demás, como son en los bosques las «estrellas» de los cruces dónde vienen a converger caminos procedentes, también en nuestra vida, desde los puntos más distintos? Para mí eran muchos los que iban a parar a *mademoiselle* de Saint-Loup y tendían sus radios en torno a ella. Y, sobre todo, iban a parar a ella los dos grandes caminos donde yo había dado tantos paseos y vivido tantos sueños —por su padre Roberto de Saint-Loup, el camino de Guermantes; por Gilberta, su madre, el camino de Méséglise, que era «el camino de Swann». Uno de ellos, por la madre de la muchacha y los Champs-Elysées, me llevaba a Swann, a mis noches de Combray, al camino de Méséglise; el otro, por su padre, a mis tardes de Balbec, donde le veía junto al mar soleado—. Ya se tendían transversales entre estos dos caminos. Pues si tuve tanto empeño en ir a aquel Balbec real donde conocí a Saint-Loup, fue en gran parte por lo que Swann me había dicho sobre las iglesias, sobre todo sobre la iglesia persa, y, por otra parte, por Roberto de Saint-Loup, sobrino de la duquesa de Guermantes, enlazaba, también en Combray, con el camino de Guermantes. Pero *mademoiselle* de Saint-Loup conducía a otros muchos puntos de mi vida, a la Dama de rosa, que era su abuela y a la que vi en casa de mi tío abuelo. Aquí otra transversal, pues el criado de aquel tío abuelo, que aquel día me introdujo y más tarde me permitió, dándome una fotografía, identificar a la Dama de rosa, era el padre del joven al que amaron no sólo *monsieur* de Charlus, sino el padre mismo de *mademoiselle* de Saint-Loup, que por él hizo desgraciada a su madre. ¿Y no fue el abuelo de *mademoiselle* de Saint-Loup, Swann, el primero que me habló de la música de Vinteuil, como fue Gilberta la primera que me habló de Albertina? Y hablando a Albertina de la música de Vinteuil descubrí quién era su gran amiga y comencé con ella aquella vida que la condujo a la

muerte y que tantas penas me causó. Y fue también el padre de *mademoiselle* de Saint-Loup quien trató de que volviera Albertina. Y[57] hasta toda mi vida mundana, ya en París, en el salón de los Swann o de los Guermantes, ya en el extremo opuesto, en casa de los Verdurin, alineándose así, junto a los dos caminos de Combray, de los Champs-Elysées, la bella terraza de la Raspeliere. Por otra parte, ¿qué seres hemos conocido que, para contar nuestra amistad con ellos, no nos obliguen a situarlos sucesivamente en los lugares más diferentes de nuestra vida? Una vida de Saint-Loup pintada por mí se desarrollaría en todas las decoraciones y afectaría a toda mi vida, hasta a las partes de esa vida a las que más ajeno fue, como mi abuela o como Albertina. Por otra parte, por opuestos que fuesen, los Verdurin estaban relacionados con Odette por el pasado de esta, con Roberto de Saint-Loup por Charlie; ¡y qué papel no había desempeñado en su casa la música de Vinteuil! Por último, Swann amó a la hermana de Legrandin, el cual conoció a *monsieur* de Charlus, cuya pupila se casó con el joven Cambremer. Desde luego, si se trata únicamente de nuestros corazones, el poeta hizo bien en hablar de los «misteriosos hilos» que la vida rompe. Pero es más cierto aún que los teje sin cesar entre los seres, entre los acontecimientos, que entrecruza sus hilos, que los dobla para reforzar la trama, de suerte que entre el menor punto de nuestro pasado y todos los demás hay una espesa red de recuerdos que sólo nos deja la elección de las comunicaciones.

Puede decirse que, si yo intentara no usarla inconscientemente, sino recordar lo que fue para mí, no había una sola de las cosas que nos servían en aquel momento que no fuera cosa viva, y viva con una vida personal para nosotros, transformada luego con nuestro uso en simple materia industrial. Mi presentación a *mademoiselle* de Saint-Loup iba a tener lugar en casa de *madame* Verdurin: ¡con qué deleite volvía yo a pensar en todos nuestros viajes con aquella Albertina —de la que yo iba a pedir a *mademoiselle* de Saint-Loup que fuera un sucedáneo— en el trenecillo, hacia Doville, para ir a casa de *madame* Verdurin, aquella misma *madame* Verdurin que había anudado y roto, antes de mi amor por Albertina, el del abuelo y la abuela de *mademoiselle* de Saint-Loup! Estábamos rodeados de

los cuadros de aquel Elstir que me presentó Albertina. Y para fundir mejor todos mis pasados, *madame* Verdurin, como Gilberta, se casó con un Guermantes.

No podríamos contar nuestras relaciones con un ser al que hemos conocido, aunque sea poco, sin hacer que se sucedan los sitios más diferentes de nuestra vida. Así, cada individuo —y yo mismo era uno de esos invididuos— medía para mí el tiempo por la revolución que realizó no sólo en torno de sí mismo, sino en torno de los demás, y especialmente por las posiciones que ocupó sucesivamente con relación a mí. Y todos esos diferentes planos con arreglo a los cuales el Tiempo, desde que yo acababa de recobrarlo en aquella fiesta, disponía mi vida, haciéndome pensar que, en un libro que se propusiera contar una, habría que emplear, en lugar de la psicología plana que se aplica generalmente, una especie de psicología del espacio, daban sin duda una belleza nueva a esas resurrecciones que mi memoria operaba mientras estaba solo en la biblioteca, porque la memoria, al introducir el pasado en el presente sin modificarlo, tal como era cuando era presente, suprime precisamente esa gran dimensión del Tiempo con arreglo a la cual se realiza la vida.

Vi acercarse a Gilberta. A mí, para quien la boda de Saint-Loup, los pensamientos que me ocupaban entonces y que eran los mismos esta mañana, eran de ayer, me extrañó ver a su lado a una muchacha de unos dieciséis años cuya elevada estatura medía aquella distancia que yo no había querido ver. El tiempo incoloro e inasible, para que yo pudiese, por decirlo así, verlo y tocarlo, se había materializado en ella y la había modelado como una obra maestra, mientras que, paralelamente, en mí, no había hecho, ¡ay!, más que su obra. Mientras tanto, *mademoiselle* de Saint-Loup estaba ante mí. Tenía los ojos profundamente hundidos y penetrantes, y también la nariz encantadora ligeramente saliente en forma de pico y curva, quizá no como la de Swann, sino como la de Saint-Loup[58]. El alma de aquel Guermantes se había esfumado; pero la encantadora cabeza de ojos penetrantes del pájaro que voló había venido a posarse sobre los hombros de *mademoiselle* de Saint-Loup, lo que hacía pensar mucho a los que habían conocido a su padre. Me pareció muy bella: llena aún de esperanzas,

reidora, formada de los mismos años que yo había perdido, parecida a mi juventud.

Además, esta idea del Tiempo tenía para mí otro valor: era un acicate, me decía que ya era hora de comenzar si quería conseguir lo que a veces sintiera en el transcurso de mi vida, en breves fogonazos, camino de Guermantes, en mis paseos en coche con *madame* de Villeparisis, y que me hizo considerar la vida como digna de ser vivida. ¡Cuánto más me lo parecía ahora que creía poder esclarecerla, esa vida que vivimos en las tinieblas, traída a la verdad de lo que era, esa vida que falseamos continuamente, por fin realizada en un libro! ¡Qué feliz sería, pensaba yo, el que pudiera escribir un libro así, qué labor ante él! Para dar una idea de esa felicidad, habría que tomar comparaciones entre las artes más elevadas y más diferentes; pues ese escritor que, por otra parte, en cada carácter presentaría las caras opuestas para mostrar su volumen, tendría que preparar su libro minuciosamente, con continuos reagrupamientos de fuerzas, como una ofensiva, soportarlo como una fatiga, aceptarlo como una regla, construirlo como una iglesia, seguirlo como un régimen, vencerlo como un obstáculo, conquistarlo como una amistad, sobrealimentarlo como a un niño, crearlo como un mundo, sin prescindir de esos misterios que probablemente sólo tienen explicación en otros mundos y cuyo presentimiento es lo que más nos conmueve en la vida y en el arte. Y en esos grandes libros hay partes que sólo han tenido tiempo de ser esbozadas y que seguramente no se terminarán nunca, por la misma amplitud del plano del arquitecto. ¡Cuántas grandes catedrales permanecen inacabadas! Se le alimenta, se fortifican sus partes débiles, se le ampara, pero luego es él quien crece, quien designa nuestra tumba, quien la protege contra los rumores y, durante algún tiempo, contra el olvido. Mas, volviendo a mí mismo, yo pensaba más modestamente en mi libro, y aún sería inexacto decir que pensaba en quienes lo leyeran, en mis lectores. Pues, a mi juicio, no serían mis lectores, sino los propios lectores de sí mismos, porque mi libro no sería más que una especie de esos cristales de aumento como los que ofrecía a un comprador el óptico de Combray; mi libro, gracias al cual les dada yo el medio de leer en sí mismos, de suerte que no les pediría que

me alabaran o me denigraran, sino sólo que me dijeran si es efectivamente esto, si las palabras que leen en ellos mismos son realmente las que yo he escrito (pues, por lo demás, las posibles divergencias a este respecto no siempre se debían a que yo me hubiera equivocado, sino a que a veces los ojos del lector no fueran los ojos que convienen a mi libro para leer bien en sí mismo). Y, cambiando a cada momento de comparación según que me representara mejor y más materialmente la tarea a la que me entregaba, pensaba que, en mi gran mesa de madera blanca, mirado por Francisca, como todos los seres sin pretensiones que viven junto a nosotros tienen cierta intuición de nuestras tareas (y yo había olvidado a Albertina lo bastante para haber perdonado a Francisca lo que hizo con ella), trabajaría junto a ella, y casi como ella (al menos como ella trabajaba antes: ahora, tan vieja ya, no veía ni gota); pues, prendiendo aquí un papel suplementario, construiría mi libro, no me atrevo a decir, ambiciosamente, como una catedral, sino simplemente como un vestido. Aunque no tuviera junto a mí todos mis papelotes, como decía Francisca, y aunque me faltara precisamente el que necesitaba, Francisca comprendería bien mi nerviosismo, siempre decía que no podía coser si no tenía el número del hilo y los botones que hacían falta. Y, además, porque, a fuerza de vivir de mi vida, Francisca había llegado a una especie de comprensión instintiva del trabajo literario, una comprensión más exacta que la de muchas personas inteligentes, y con mayor razón que la de los tontos. Así, por ejemplo, cuando, años atrás, escribí mi artículo para *Le Figaro*, mientras el viejo mayordomo, con esa especie de conmiseración que exagera siempre un poco lo que tiene de penosa una labor que no se practica, que ni siquiera se concibe, y hasta una costumbre que no se tiene, como las personas que nos dicen: «Cómo debe cansarle estornudar así», compadecía sinceramente a los escritores diciendo: «Qué rompecabezas debe de ser eso». Francisca, por el contrario, adivinaba mi felicidad y respetaba mi trabajo. Lo único que le molestaba era que yo le contase de antemano mi artículo a Bloch, temiendo que me lo pisara, y diciendo: «Toda esa gente es para desconfiar, son unos copiones». Y Bloch se preparaba, en efecto, una coartada retrospectiva diciéndome, cada vez que le esbozaba algo que le parecía

bien: «Hombre, es curioso, yo he hecho algo casi parecido, tendré que leértelo». (No habría podido leérmelo todavía, porque lo iba a escribir aquella misma noche).

A fuerza de pegar unos con otros aquellos papeles que Francisca llamaba mis papelotes, se iban rompiendo por uno u otro lado. ¿No podría Francisca, en caso necesario, ayudarme a consolidarlos, de la misma manera que ponía piezas en las partes usadas de sus vestidos, o que mientras esperaba al cristalero como yo al impresor, ponía un pedazo de periódico en el lugar del cristal roto?[59]

Por otra parte, como en un libro las individualidades (humanas o no) se componen de impresiones numerosas que, tomadas de muchas muchachas, de muchas iglesias, de muchas sonatas, sirven para hacer una sola sonata, una sola iglesia, una sola muchacha, ¿no haría yo mi libro como hacía Francisca su estofado de vaca, que le gustaba mucho a *monsieur* de Norpois, con una gelatina enriquecida con tantos y tan selectos trozos de carne? Y yo realizaría por fin lo que, en mis paseos por el camino de Guermantes, tanto deseé y creí imposible, como, al volver, me parecía imposible acostumbrarme nunca a irme a la cama sin dar un beso a mi madre, o, después, a la idea de que a Albertina le gustaban las mujeres, idea con la cual acabé por vivir sin siquiera notar su presencia; pues nuestros más grandes temores, como nuestras mayores esperanzas, no son superiores a nuestras fuerzas y podemos acabar por dominar los unos y realizar las otras.

Sí, esta idea del Tiempo que yo acababa de formarme decía que ya era hora de ponerme a la obra. Ya era hora, desde luego; pero, y esto justificaba la ansiedad que se había apoderado de mí desde que entré en el salón, cuando las muecas de los rostros me dieron la noción del tiempo perdido, ¿tenía todavía tiempo y me encontraba además en estado de hacerla? El espíritu tiene sus paisajes para cuya contemplación sólo se le da un tiempo. Yo había vivido como un pintor subiendo por un camino que bordea un lago cuya vista le oculta una cortina de roca y de árboles. De pronto, lo divisa por una brecha que le permite verlo entero, y coge los pinceles. Pero se acerca ya la noche y no puede pintar, una noche tras la cual no se levanta el

día. Al principio, como yo no había empezado nada, podía estar inquieto, aunque, por mi edad, creyese tener por delante algunos años, pues podía llegarme la hora a los pocos minutos. Había, en efecto, que partir de esto, de que tenía un cuerpo, es decir, que estaba perpetuamente amenazado por un doble peligro, exterior, interior. Además, hablaba así por comodidad de lenguaje, pues el peligro interior, como el de la hemorragia cerebral, es también exterior, puesto que es del cuerpo. Y tener un cuerpo es la gran amenaza para el espíritu, la vida humana y pensante, de la que debemos decir no precisamente que es un milagroso perfeccionamiento de la vida animal y física, sino más bien que es una imperfección, todavía tan rudimentaria como la existencia común de los protozoarios en políperos, como el cuerpo de la ballena, etc., en la organización de la vida espiritual. El cuerpo encierra al espíritu en una fortaleza; pronto la fortaleza queda sitiada por todas partes y el espíritu, al fin, tiene que rendirse.

Mas, limitándome a distinguir las dos clases de peligros que amenazan al espíritu, y comenzando por el exterior, recordaba que ya me había ocurrido a menudo en la vida, en momentos de excitación intelectual en los que alguna circunstancia había suspendido en mí toda actividad física, por ejemplo cuando salí en coche, a medios pelos, del restaurante de Rivebelle para ir a un casino próximo, sentir muy claramente en mí el objeto presente de mi pensamiento y comprender que dependía de una casualidad, no sólo que este objeto no hubiera entrado todavía en mi pensamiento, sino que fuera aniquilado con mi cuerpo mismo. Por entonces, esto me preocupaba poco. Mi animación no era prudente, no era inquieta. Me importaba poco que aquella alegría terminara al cabo de un segundo y entrara en la nada. Ahora no ocurría lo mismo; y es que la felicidad que sentía no provenía de una tensión puramente subjetiva de los nervios que los aísla del pasado, sino, por el contrario, de un ensanchamiento de mi espíritu donde se rehacía, se actualizaba aquel pasado y me daba, pero ¡ay!, momentáneamente, un valor de eternidad. Hubiera querido legar esta a los que pudiera enriquecer con mi tesoro. Desde luego lo que sentí en la biblioteca y quería proteger era todavía goce, pero ya no un goce egoísta, o al menos de un egoísmo (pues todos los altruismos fecundos de la

naturaleza se desarrollan de un modo egoísta, el altruismo humano que no es egoísta es estéril, es el altruismo del escritor que deja de trabajar para recibir a un amigo desgraciado, para aceptar una función pública, para escribir artículos de propaganda), de un egoísmo utilizable para otro. Yo no tenía ya mi indiferencia de los retornos de Rivebelle, me sentía acrecido con aquella obra que llevaba en mí (como con algo precioso y frágil que me hubieran confiado y que yo quisiera entregar intacto en las manos a que iba destinado y que no eran las mías). Ahora, sentirme portador de una obra hacía para mí más temible un accidente que me costara la vida, lo hacía hasta absurdo (en la medida en que esta obra me parecía necesaria y duradera), era contradicción con mi deseo, con el vuelo de mi pensamiento, pero no por eso menos posible, pues como los accidentes son producidos por causas materiales, pueden perfectamente tener lugar en el momento en que los hacen detestables unos deseos muy diferentes, que ellos destruyen sin conocerlos. Yo sabía muy bien que mi cerebro era una rica cuenca minera donde había una extensión inmensa y muy variada de yacimientos valiosos. Pero ¿tendría tiempo de explotarlos? Yo era la única persona capaz de hacerlo. Por dos razones: con mi muerte habría desaparecido no sólo el único obrero minero capaz de extraer esos minerales, sino hasta el yacimiento mismo; ahora bien, pasado un momento, cuando volviera a mi casa, bastaría que el auto que yo tomara chocase con otro auto para que mi cuerpo quedara destruido y mi espíritu, del que se retiraría la vida, tuviera que abandonar para siempre las ideas nuevas que en este momento, no habiendo tenido tiempo de ponerlas en mayor seguridad en un libro, apretaba ansiosamente, con su pulpa estremecida, protectora, pero frágil. Y, por una extraña coincidencia, este temor razonado del peligro nacía en mí en un momento en que, desde hacía poco, la idea de la muerte había llegado a serme indiferente. El temor de dejar de ser yo me había horrorizado antes, y me horrorizaba a cada nuevo amor que sentía (por Gilberta, por Albertina), porque no podía soportar la idea de que un día ya no existiera el ser que las amaba, lo que sería como una especie de muerte. Pero, a fuerza de renovarse, este miedo se había tornado, naturalmente, en una tranquilidad confiada.

Ni siquiera era necesario el accidente cerebral. Sus síntomas, sensibles para mí por cierto vacío en la cabeza y por un olvido de todas las cosas que ya sólo encontraba por casualidad, como cuando, al arreglar esas cosas, encontramos una que habíamos olvidado hasta que teníamos que buscarla, hacían de mí como un avaro de cuya caja fuerte, rota, se van yendo las riquezas a medida que las acumula. Durante un tiempo existió en mí un yo que deploró perder esas riquezas, y pronto me di cuenta de que la memoria, al retirarse, se llevaba también aquel yo.

Si en aquel tiempo la idea de la muerte me ensombreció el amor, como se ha visto, ahora el recuerdo del amor me ayudaba, desde hacía tiempo, a no temer la muerte. Pues comprendía que morir no era cosa nueva, sino que, por el contrario, desde mi infancia había muerto ya muchas veces. Tomando el período menos antiguo, ¿no me había importado Albertina más que mi vida? ¿Podía yo entonces concebir mi persona sin que continuara mi amor por Albertina? Ahora bien, ya no la amaba, era no el ser que la amó, sino otro diferente que no la amaba, había dejado de amarla cuando pasé a ser otro. Y no sufría por ser otro, por no amar ya a Albertina; y ciertamente llegar un día a no tener mi cuerpo no podía parecerme en modo alguno una cosa tan triste como me pareciera tiempo atrás que llegara un día en que ya no amara a Albertina. Y, sin embargo, ¡qué poco me importaba ahora no amarla ya! Esas muertes sucesivas, tan temidas por mí, a quien tenían que aniquilar, tan indiferentes, tan suaves una vez cumplidas y cuando el que las temía ya no estaba aquí para sentirlas, me habían hecho comprender desde hacía tiempo cuán insensato sería temer la muerte. Y ahora que, desde hacía poco, había llegado a serme indiferente, comenzaba de nuevo a temerla, verdad es que bajo otra forma, no por mí, sino por mi libro, para cuya eclosión era indispensable, al menos durante algún tiempo, esta vida por tantos peligros amenazada. Dice Victor Hugo:

*Il faut que l’herbe pousse et que les enfants meurent*[60].

Yo digo que la ley cruel del arte es que los seres mueran y que nosotros mismos muramos agotando todos los sufrimientos, para que nazca la hierba no del olvido, sino de la vida eterna, la hierba firme de las obras fecundas, sobre la cual vendrán las generaciones a hacer, sin preocuparse de los que duermen debajo, su «almuerzo en la hierba».

He hablado de los peligros exteriores; hay también los peligros interiores. Si me librara de un accidente venido de fuera, quién sabe si no tendría que dejar de aprovechar esa gracia por un accidente sobrevenido dentro de mí, por alguna catástrofe interna, antes de que transcurrieran los meses necesarios para escribir ese libro.

Cuando, pasado un rato, volviera a mi casa por los Champs-Elysées, ¿quién me aseguraba que no me iba a dar el mismo mal que a mi abuela, la tarde en que fue conmigo a dar aquel paseo que iba a ser para ella el último, sin que lo sospechara, con esa ignorancia, que es la nuestra, de una aguja llegada al punto, ignorado por ella, en que el resorte disparado del reloj va a dar la hora? Quizá el temor a haber recorrido ya casi todo el minuto que precede al primer golpe de la hora, cuando ya este se prepara, acaso ese miedo al golpe que está a punto de producirse en mi cerebro, ese temor era como un oscuro conocimiento de lo que iba a ocurrir, como un reflejo en la conciencia del estado precario del cerebro cuyas arterias van a ceder, lo que no es más imposible que esa repentina aceptación de la muerte que tienen algunos heridos cuando, aunque el médico y el deseo de vivir intentan engañarlos, dicen, viendo lo que va a ser: «Voy a morir, estoy dispuesto», y escriben unas letras despidiéndose de la familia.

Y, en efecto, esta cosa singular fue lo que ocurrió antes de comenzar mi libro, y ocurrió en una forma que jamás hubiera sospechado. Una noche que salí me encontraron mejor cara que otras veces, se extrañaron de que conservara todo el pelo negro. Pero estuve tres veces a punto de caer al bajar la escalera. No fue más que una salida de dos horas; pero cuando volví noté que ya no tenía ni memoria, ni pensamiento, ni fuerza, ni existencia ninguna. Ya podían haber venido a nombrarme rey, a embargarme, a detenerme, que habría dejado hacer lo que quisieran sin decir palabra, sin abrir los ojos, como esas personas mareadas que, al pasar en un barco el

mar Caspio, ni siquiera insinúan la menor resistencia si les dicen que los van a tirar al mar. Yo no tenía, propiamente hablando, ninguna enfermedad, pero me daba cuenta de que ya no era capaz de nada, como les ocurre a los viejos, muy vivaces la víspera y que, al sufrir una fractura de fémur o una indigestión, pueden llevar todavía durante algún tiempo en la cama una existencia que no es más que una preparación más o menos larga para una muerte ya ineluctable. Uno de mis *yos*, el que antaño iba a esos festines bárbaros que se llaman banquetes y donde, en los hombres de blanco[61], en las mujeres medio desnudas y empenachadas, los valores están tan alterados que si alguien no llega a comer después de haber aceptado, o simplemente no llega hasta el asado, comete un acto más culpable que los actos inmorales de que se habla ligeramente durante esa comida, igual que de las muertes recientes, y las únicas disculpas para no asistir serían la muerte o una grave enfermedad, siempre que se avisara a tiempo de que el que se disculpa se está muriendo, para poder invitar a otro que haga el número catorce, aquel que yo había conservado en mí sus escrúpulos y perdido su memoria. En cambio, el otro yo, el que concibió su obra se acordaba. Había recibido una invitación de *madame* Molé y me había enterado de que el hijo de *madame* Sazerat había muerto. Estaba decidido a emplear una de aquellas horas en las que no podía pronunciar una palabra, con la lengua trabada como mi abuela durante su agonía, o tragar leche, a enviar mis excusas a *madame* Molé y mi pésame a *madame* Sazerat. Pero a los pocos momentos olvidé que tenía que hacerlo. Feliz olvido, pues la memoria de mi obra velaba e iba a dedicarse a poner los primeros cimientos la hora de supervivencia que me era concedida. Desgraciadamente, al coger un cuaderno para escribir, resbaló a mi lado la tarjeta de invitación de *madame* Molé. Inmediatamente, el yo desmemoriado pero que tenía preeminencia sobre el otro, como ocurre con todos esos bárbaros escrupulosos que han asistido a un banquete, apartaba el cuaderno, escribía a *madame* Molé (la cual, por lo demás, me habría agradecido mucho, de haberlo sabido, que antepusiera a mis trabajos de arquitectura mi respuesta a su invitación). Bruscamente, una palabra de mi respuesta me recordaba que *madame* Sazerat había perdido a su hijo, le escribía también, luego, sacrificado un

deber real a la obligación ficticia de ser cortés y sensible, caía sin fuerzas, cerraba los ojos, y ya no podía hacer otra cosa que vegetar durante ocho días. Sin embargo, si todos mis deberes inútiles, a los que estaba dispuesto a sacrificar el verdadero, salían al cabo de unos minutos de mi cabeza, la idea de mi construcción no me abandonaba un momento. No sabía si el gran plano general sería una iglesia donde los fieles aprenderían poco a poco verdades y descubrirían armonías, o si resultaría, como un monumento druídico en la cumbre de una isla, algo que nadie frecuentaría jamás. Pero yo estaba decidido a consagrarle mis fuerzas, que se iban como a su pesar y para darme tiempo a cerrar «la puerta funeraria» una vez terminadas las paredes. Pronto pude mostrar algunos esbozos. Nadie entendió nada. Hasta los que fueron favorables a mi percepción de las verdades que quería luego grabar en el templo me felicitaron por haberles descubierto al «microscopio» —cuando la verdad es que me había servido de un telescopio— unas cosas muy pequeñas al parecer, pero porque estaban situadas a gran distancia, y que cada una de ellas era un mundo. Allí donde yo buscaba las grandes leyes, me llamaban desenterrador de detalles. Por otra parte, ¿para qué diablos hacía aquello? De joven tuve facilidad, y a Bergotte le parecieron «perfectas» mis páginas de colegial. Pero, en vez de trabajar, viví en la pereza, en la disipación de los placeres, en la enfermedad, en los cuidados, en las manías, y ahora emprendía mi obra en vísperas de morir, sin saber nada de mi oficio. Ya no me sentía con fuerzas para hacer frente a mis obligaciones con las letras, ni a mis deberes con mi pensamiento y mi obra, menos aún con ambos. En cuanto a las primeras, el olvido de las cartas que tenía que escribir, etc., simplificaba un poco mi tarea. Pero, de pronto, la asociación de ideas me traía al cabo de un mes el recuerdo de mis remordimientos, y me abrumaba el sentido de mi impotencia. Me sorprendió ser indiferente a esto, pero es que, desde el día en que las piernas me temblaron de tal modo bajando la escalera, me torné indiferente a todo, y ya no aspiraba más que al descanso, mientras llegaba el gran descanso que acabaría por venir. Mi indiferencia por los sufragios de los dilectos actuales no era porque yo aplazara para después de mi muerte la admiración que, a mi parecer, debía suscitar mi obra. Los dilectos de

después de mi muerte podían pensar lo que quisieran, tampoco esto me preocupaba. En realidad, si pensaba en mi obra y no en las cartas a las que tenía que contestar, no era porque hiciera gran diferencia de importancia entre las dos cosas, como en el tiempo de mi pereza y después en el tiempo de mi trabajo hasta el día en que tuve que agarrarme a la barandilla de la escalera. La organización de mi memoria, de mis preocupaciones, iba unida a mi obra, quizá porque, mientras que las cartas recibidas las olvidaba en seguida, la idea de mi obra permanecía en mi cabeza, siempre la misma, en perpetuo devenir. Pero también esta idea llegó a serme importuna. Era para mí como un hijo cuya madre moribunda tiene que imponerse la fatiga de ocuparse de él sin tregua, entre las inyecciones y las ventosas. Quizá le ama todavía, pero sólo lo sabe por el deber, superior a sus fuerzas, que tiene de ocuparse de él. En mí, las fuerzas del escritor no estaban ya a la altura de las exigencias egoístas de la obra. Desde el día de la escalera, nada en el mundo, ninguna alegría, viniera de la amistad de la gente, de los progresos de mi obra, de la esperanza de la gloria, llegaba ya a mí más que como un sol tan pálido que no tenía la virtud de calentarme, de hacerme vivir, de darme un deseo cualquiera; y aun era demasiado brillante, por pálido que fuera, para mis ojos que querían cerrarse, y me volvía de cara a la pared. Hasta donde podía notar el movimiento de mis labios, creo que debía de tener una sonrisita de la comisura ínfima de la boca cuando una dama me escribía: «Me ha *sorprendido mucho* no recibir respuesta a mi carta». Sin embargo, esto me recordaba aquella carta y le contestaba. Para que no me creyeran ingrato, quería poner mi amabilidad actual al nivel de la que la gente había podido tener conmigo. Y estaba abrumado de imponer a mi existencia agonizante la fatiga sobrehumana de la vida. La pérdida de la memoria me ayudaba un poco operando cortes en mis obligaciones; mi obra las reemplazaba.

Esta idea de la muerte se instaló definitivamente en mí como un amor. No es que yo amase ala muerte, la detestaba. Pero, después de pensar en ella de cuando en cuando como en una mujer a la que no amamos, ahora el pensamiento de la muerte se adhería a la capa más profunda de mi cerebro tan profundamente que no podía ocuparme de una cosa sin que esa cosa

atravesara, en primer lugar, la idea de la muerte, y aunque no me ocupara de nada y permaneciera en un reposo completo, la idea de la muerte me daba una compañía tan permanente como la idea del yo. No creo que, el día en que llegué a estar medio muerto, fueran los accidentes —la imposibilidad de bajar una escalera, de recordar un nombre, de levantarme— lo que caracterizó aquello, lo que, por un razonamiento hasta inconsciente, dio origen a la idea de la muerte, que yo estaba ya casi muerto, sino más bien lo uno y otro llegó a la vez, que inevitablemente ese gran espejo del espíritu reflejaba una realidad nueva. Sin embargo, yo no veía cómo se podía pasar, sin ser advertido, de los males que sufría a la muerte completa. Pero entonces pensaba en los demás, en todos los que mueren cada día sin que el hiato entre su enfermedad y su muerte nos parezca extraordinario. Hasta pensaba que si ciertos malestares no me parecían mortales tomados uno a uno, aunque creyese en mi muerte, era sólo (más aún que por los engaños de la esperanza) porque los veía desde el interior, lo mismo que los más convencidos de que ha llegado su fin se convencen, sin embargo, fácilmente de que si no pueden pronunciar ciertas palabras, eso no tiene nada que ver con un ataque, con la afasia, etc., sino que se debe a un cansancio de la lengua, a un estado nervioso análogo al tartamudeo, al agotamiento subsiguiente a una indigestión.

Lo que yo quería escribir era otra cosa, otra cosa más larga y para más de una persona. Más larga de escribir. Por el día, lo más que podía hacer era intentar dormir. Si trabajaba, sería sólo de noche. Pero necesitaría muchas noches, quizá cien, acaso mil. Y viviría con la ansiedad de no saber si el Arbitro de mi destino, menos indulgente que el sultán Sheriar, por la mañana, cuando interrumpiera mi relato, se dignaría aplazar la ejecución de mi sentencia de muerte y permitirme continuarlo la próxima noche. No es que yo pretendiese volver a hacer, en ningún aspecto, *Las mil y una noches*, ni tampoco las *Memorias* de Saint-Simon, escritas las dos también de noche, ni ninguno de los libros que me gustaban en mi inocencia de niño, supersticiosamente apegado a ellos, mis amores, no pudiendo imaginar sin horror una obra diferente de ellos. Pero, como Elstir Chardin, sólo renunciando a ello se puede rehacer lo que se ama[62]. Sería un libro tan

largo como *Las mil y una noches*, pero muy diferente. Desde luego, cuando estamos enamorados de una obra quisiéramos hacer algo muy parecido, pero tenemos que sacrificar nuestro amor del momento, no pensar en nuestro gusto, sino en una verdad que no nos pregunta nuestras preferencias y nos prohíbe pensar en ellas. Y solamente siguiendo esta verdad se encuentra a veces lo que se ha abandonado y se escribe, olvidándolos, los «Cuentos árabes» o las «*Memorias* de Saint-Simon» de otra época. Pero ¿me quedaría tiempo? ¿No sería demasiado tarde?

No me decía sólo: «¿Me quedará tiempo?», sino: «¿Puedo hacerlo?». La enfermedad, que, como un inexorable director de conciencia, me hacía morir para el mundo, me hizo un servicio («pues si la semilla del trigo no muere una vez sembrada, quedará sola, pero si muere dará muchos frutos»): la enfermedad que, después de haberme protegido la pereza contra la facilidad, iba quizá a protegerme contra la pereza, la enfermedad había gastado mis fuerzas y, como había observado desde hacía tiempo, especialmente cuando dejé de amar a Albertina, las fuerzas de mi memoria. Ahora bien, la recreación por la memoria de las impresiones en las que luego había que profundizar, que había que esclarecer, que transformar en equivalentes de inteligencia, ¿no era acaso una de las condiciones, casi la esencia misma de la obra de arte tal como la concibiera un momento antes en la biblioteca? ¡Ah, si yo tuviera todavía las fuerzas que estaban aún intactas en la fiesta que entonces evoqué al ver *François le Champi*! De aquella fiesta, donde mi madre abdicó, databa, con la muerte lenta de mi abuela, la declinación de mi voluntad, de mi salud. Todo se decidió en el momento en que no pudiendo ya soportar la espera hasta el día siguiente para posar los labios en el rostro de mi madre, me decidí, salté de la cama y, en camisón, me fui a instalar a la ventana por donde entraba la luz de la luna hasta que oí marcharse a *monsieur* Swann. Mis padres le habían acompañado, oí abrirse la puerta del jardín, sonar la campanilla, volver a cerrarse…

Entonces pensé de pronto que si tenía aún fuerzas para realizar mi obra, aquella fiesta que —como antaño en Combray ciertos días que influyeron sobre mí— me dio, hoy mismo, a la vez la idea de mi obra y el miedo de no

poder realizarla, marcaría ciertamente ante todo en esta la forma que antaño presentí en la iglesia de Combray, y que, habitualmente, nos es invisible, la del Tiempo.

Sin duda hay otros muchos errores de nuestros sentidos —hemos visto que diversos episodios de este relato me lo demostraron— que falsean para nosotros el aspecto real de este mundo. Pero, en fin, en la transcripción más exacta que yo me esforzaría por dar, podría, en rigor, no cambiar el lugar de los sonidos, abstenerme de separarlos de su causa, al lado de la cual la inteligencia los sitúa *a posteriori*, aunque hacer cantar dulcemente la lluvia en medio de la estancia y caer en diluvio en el patio la ebullición de nuestra tisana no debiera ser en suma más desconcertante que lo que tan a menudo hacen los pintores cuando pintan, muy cerca o muy lejos de nosotros, según las leyes de la perspectiva, la intensidad de los colores y la primera ilusión de la mirada nos los hagan ver, una vela o un pico que luego el razonamiento trasladará a distancias a veces enormes. Aunque el error sea más grave, podría continuar, como se suele hacer, poniendo trazos en el rostro de una transeúnte, cuando en el lugar de la nariz, de las mejillas y de la barbilla, no debiera haber más que un espacio vacío sobre el que jugaría cuando más el reflejo de nuestros deseos. Y aun cuando yo no tuviera tiempo de preparar, cosa ya mucho más importante, las cien máscaras que conviene poner a un mismo rostro, aunque sea según los ojos que lo ven y el sentido con que leen los rasgos, y, para los mismos ojos, según la esperanza o el miedo, o, por el contrario, según el amor y el hábito que ocultan durante treinta años las mutaciones de la edad; en fin, aun cuando no me propusiera —y mi relación con Albertina bastaba, sin embargo, para demostrarme que, sin esto, todo es ficticio y falso— representar a ciertas personas, no fuera, sino dentro de nosotros, donde sus menores actos pueden determinar trastornos mortales y hacer variar también la luz del cielo moral según las diferencias de presión de nuestra sensibilidad o cuando una nube de peligro, alterando la serenidad de nuestra certidumbre bajo la cual un objeto es tan pequeño, multiplica en un momento su magnitud; aun cuando yo no pudiera introducir estas mutaciones y otras muchas (cuya necesidad, si queremos pintar la realidad, ha podido aparecer

en el transcurso de este relato) en la transcripción de un universo que había que dibujar de nuevo todo entero, al menos no dejaría de describir en él al hombre con la largura no de su cuerpo, sino de sus años, como si hubiera de arrastrarlos con él cuando camina, tarea cada vez más enorme y que acaba por vencerle.

Por lo demás, que ocupamos un lugar que aumenta continuamente en el Tiempo lo siente todo el mundo, y esta universalidad no podía menos de alegrarme, porque lo que yo debía procurar esclarecer es la verdad, la verdad que todos sospechan. No sólo todo el mundo siente que ocupamos un lugar en el Tiempo, sino que el más simple mide este lugar aproximadamente como mediría el que ocupamos en el espacio, puesto que personas sin especial perspicacia, al ver a dos hombres que no conocen, los dos con bigote negro o afeitados, dicen que son dos hombres de unos veinte años el uno, de unos cuarenta el otro. Desde luego, solemos equivocarnos en esta evaluación, pero el hecho de haber creído que podíamos hacerla significa que considerábamos la edad como cosa medible. Al segundo hombre de bigote negro se le han sumado efectivamente veinte años más.

Si era esta noción del tiempo evaporado, de los años transcurridos no separados de nosotros, lo que ahora tenía yo la intención de poner tan fuertemente de relieve es porque en este mismo momento, en el hotel del príncipe de Guermantes, aquel ruido de los pasos de mis padres despidiendo a *monsieur* Swann, aquel tintineo repercutiente, ferruginoso, insistente, estrepitoso y fresco de la pequeña campanilla que me anunciaba que *monsieur* Swann se había ido por fin y que mamá iba a subir, volví a oírlos, eran los mismos, situados sin embargo en un pasado tan lejano. Entonces, pensando en todos los acontecimientos que se situaban forzosamente entre el momento en que los oí y la fiesta de los Guermantes, me aterró pensar que era verdaderamente aquella campanilla la que aún tintineaba en mí, sin que me fuera posible modificar en nada el tintineo de su badajo, puesto que no recordaba ya bien cómo se paraba, y, para aprenderlo de nuevo, para escucharlo bien, tuve que esforzarme por no oír el son de las conversaciones que las máscaras sostenían en torno mío. Para intentar oírlo de más cerca tenía que descender dentro de mí mismo. Luego aquel tintineo

era allí donde estaba, como estaba también, entre él y el momento presente, todo aquel pretérito indefinidamente desarrollado que yo no sabía que llevaba en mí. Cuando la campanilla sonó, yo existía ya, y desde entonces para que yo oyese aún su tintineo, era necesario que no hubiera habido discontinuidad, que yo no hubiera dejado ni un momento de existir, de pensar, de tener consciencia de mí, puesto que aquel momento antiguo estaba aún en mí, que pudiera todavía volver hasta él, con sólo descender más profundamente en mí. Y porque así contienen las horas del pasado, pueden los cuerpos humanos causar tanto daño a quienes los aman, porque guardan tantos recuerdos de alegrías y de deseos ya borrados para ellos, pero tan crueles para el que contempla y prolonga en el orden del tiempo el cuerpo querido del que está celoso, celoso hasta desear su destrucción. Pues, después de la muerte, el Tiempo se retira del cuerpo, y los recuerdos tan indiferentes, tan empalidecidos, se borran en la que ya no existe y pronto se borrarán en aquel a quien aún torturan, pero en el cual acabarán por perecer cuando deje de sustentarlo el deseo de un cuerpo vivo.

Me producía un sentimiento de fatiga y de miedo percibir que todo aquel tiempo tan largo no sólo había sido vivido, pensado, segregado por mí sin una sola interrupción, sentir que era mi vida, que era yo mismo, sino también que tenía que mantenerlo cada minuto amarrado a mí, que me sostenía, encaramado yo en su cima vertiginosa, que no podía moverme sin moverlo. La fecha en que yo oía el sonido de la campanilla del jardín de Combray, tan distante y sin embargo interior, era un punto de referencia en esta dimensión enorme que yo no me conocía. Me daba vértigo ver tantos años debajo de mí, aunque en mí, como si yo tuviera leguas de estatura.

Acababa de comprender por qué el duque de Guermantes, que, mirándole sentado en una silla, me impresionó por lo poco que había envejecido, aunque tenía debajo de sus pies tantos años más que yo, al levantarse e intentar mantenerse en pie vaciló sobre unas piernas temblonas como las de esos viejos arzobispos sobre los cuales lo único sólido es la cruz de metal y hacia los que se precipitan unos seminaristas grandullones, y avanzó, no sin temblar como una hoja, sobre la cima poco practicable de ochenta y tres años, como si los hombres fueran encaramados en unos

zancos vivos que crecen continuamente, que a veces llegan a ser más altos que campanarios, que acaban por hacerles la marcha difícil y peligrosa y de los que de pronto se derrumban[63]. Me daba miedo que mis zancos fueran ya tan altos bajo mis pasos, me parecía que no iban a conservar la fuerza suficiente para mantener mucho tiempo unido a mí aquel pasado que descendía ya tan lejos. Si me diese siquiera el tiempo suficiente para realizar mi obra, lo primero que haría sería describir en ella a los hombres ocupando un lugar sumamente grande (aunque para ello hubieran de parecer seres monstruosos), comparado con el muy restringido que se les asigna en el espacio, un lugar, por el contrario, prolongado sin límite en el Tiempo, puesto que, como gigantes sumergidos en los años, lindan simultáneamente con épocas tan distantes, entre las cuales vinieron a situarse tantos días.

MARCEL PROUST, poeta y narrador francés, nacido en París en 1871 y fallecido en su ciudad natal en 1922. Autor de una compleja producción literaria caracterizada, principalmente, por su exquisita sensibilidad (que dio lugar, entre otras repercusiones, a la acuñación del adjetivo proustiano como sinónimo de un producto artístico exquisito, decadente y refinado), está considerado como uno de los creadores más relevantes de las Letras francesas de todos los tiempos, así como uno de los escritores que mayor influencia ha ejercido en la narrativa universal contemporánea.

Nacido en el seno de una familia acomodada (su padre, Adrien, era un célebre galeno que ejercía la docencia como profesor de higiene en la facultad de Medicina de la Universidad de París), vivió desde niño envuelto por una armoniosa convivencia espiritual, forjada por las ideas religiosas de su progenitor (católico practicante) y las de su madre, Jeanne Weil (que procedía de una familia judía). Así, según la tradición espiritual materna, el joven Marcel era judío, pues descendía de hebreos; pero, por influencia del

cabeza de familia, fue educado como cristiano católico. Esta diversidad de creencias que forjó su talante espiritual desde su infancia constituyó, tal vez, el primer eslabón en la cadena de dualidades y tensiones que a la postre afloraron en la rica y compleja diversidad de su carácter y su obra. Por lo demás, el influjo de sus progenitores no se detuvo en su formación religiosa, ya que a través de su madre (por la que sentía una intensa devoción) quedaba ligado a algunas figuras señeras del espectro político y cultural francés (Jeanne Weil era, en efecto, descendiente del político Adolphe Crémieux, y guardaba relación de parentesco con la esposa del filósofo Henri Bergson).

A los nueve años de edad, el pequeño Marcel comenzó a padecer los primeros síntomas de la grave afección asmática que habría de acompañarle, a partir de entonces, hasta el final de sus días. Dada su endeble salud, pronto abandonó los juegos, entretenimientos y ocupaciones propias de los muchachos de su edad para refugiarse en una actividad intelectual compatible con su frecuentes achaques pulmonares. Así, cursó con provecho el bachillerato en el Lycée Condorcet, donde empezó a dar muestras de una acusada inclinación hacia los saberes humanísticos, lo que no fue óbice para que, una vez graduado, intentara sobreponerse a la fragilidad de su naturaleza alistándose como voluntario en la infantería francesa.

Ya por aquel entonces había cobrado fuerza en el joven Marcel Proust la firme decisión de consagrarse al cultivo de la creación literaria, aunque, por complacer la voluntad paterna, una vez licenciado de sus obligaciones militares se matriculó en la facultad de Derecho. Pronto se supo francamente desmotivado ante estos estudios de Leyes, en los que sólo descubrió contenidos dignos de su interés en las asignaturas dedicadas a la literatura y la filosofía. Así pues, acabó por abandonar las aulas de Derecho para integrarse en un grupo de jóvenes escritores y pensadores en el que, al lado de Daniel Halévy y Robert Dreyfus, sacó adelante la fundación de la revista *Le Banquet*, una publicación cultural que pronto alcanzó una considerable difusión entre los intelectuales franceses de la época. Fue sólo

el primer paso para introducirse en el ámbito del periodismo y la literatura parisinos, donde después sería sobradamente conocido merced a los artículos que, por mediación de Léon Blum, publicó en *La Revue Blanche*; además, también sentó plaza de agudo conocedor del hecho literario a través de los artículos que dejó estampados en el prestigioso rotativo *Figaro*.

Cada vez más integrado en el panorama intelectual y artístico de su tiempo, trabó amistad —entre otros— con el poeta Robert de Montesquiou, un elegante aristócrata que, en 1893, le introdujo en los salones más selectos de la nobleza parisina. Proust, que había dado muestras ya, en sus primeros escritos, de un acentuado esnobismo que le hacía sentirse deslumbrado por la exquisita artificiosidad reinante en estos ambientes, se rindió definitivamente a las formas y los modales de la sofisticada y decadente aristocracia francesa, en la que pronto habría de hallar abundante material para la construcción de sus espacios ficticios y sus personajes literarios. Consagrado con tesón a la escritura (pero vivamente interesado, al mismo tiempo, por el conocimiento de otros saberes artísticos y humanísticos), alternó sus frecuentes visitas a estos salones aristocráticos con largas horas de trabajo en su residencia parisina, hasta que dio a la imprenta el primer volumen de su prosa, *Les plaisirs et les jours* (Los placeres y los días, 1896), que apareció en los escaparates de las librerías francesas con un elogioso prólogo firmado por una de las figuras señeras de las Letras galas de finales del siglo XIX, Anatole France, que en aquel mismo año de 1896 había entrado a formar parte de la inmortal Académie Française.

Merced a la fortuna de su familia y a la íntima relación que le ligaba al citado Robert de Montesquiou, Marcel Proust encontró abiertas las puertas de todas las casas aristocráticas del París finisecular, de donde extrajo una gran cantidad de modelos reales para la construcción de *Les plaisirs et les jours*, obra que en su tiempo fue tachada de excesivamente frívola y artificiosamente sofisticada, si bien ninguno de sus críticos dejó de advertir en ella una penetrante agudeza introspectiva que permitía a Proust caracterizar de forma espléndida la psicología de sus personajes. Esta

virtud, esbozada ya con nitidez en esta opera prima, habría de convertirse a la postre en una de las principales señas de identidad de la producción literaria del autor parisino.

A pesar de estas imputaciones de diletantismo por parte de los críticos más severos, los relatos de *Les plaisirs et les jours* fueron bien recibidos en los salones señoriales que frecuentaba Proust, a los que siguió acudiendo con regularidad durante el decenio posterior a la aparición de esta obra (es decir, hasta que se agravaron sus problemas de salud), y en los que halló consuelo para dos desgracias irreparables: las pérdidas de su padre (acaecida en 1902) y de su madre (sobrevenida en 1905). La muerte de esta fue uno de los golpes más duros en la vida del escritor, ya que siempre había permanecido unido a ella por unos lazos de afectividad que, en muchas ocasiones, rebasaban el ámbito habitual del cariño materno-filial para alcanzar las cotas de una pasión casi morbosa.

No obstante, estas pérdidas no interrumpieron su tenaz dedicación a la escritura; antes bien, provocaron que esta se convirtiera en la razón principal para la existencia de Marcel Proust, quien, entre 1896 y 1904, trabajó con ardor en la elaboración de la novela *Jean Santeuil*, obra que, aunque vio la luz con carácter póstumo, constituye el esbozo inicial de su monumental legado literario publicado después bajo el título de *À la recherche du temps perdu* (En busca del tiempo perdido). Mientras seguía acudiendo con asiduidad a los salones más refinados (sobre todo, al de *madame* Straus-Bizet, el más rutilante del París de aquel tiempo), perfeccionaba sus conocimientos sobre arquitectura, pintura y escultura, creaba nuevos textos o reformaba con asombrosa minuciosidad los ya escritos, y se entregaba incluso a la lectura y traducción de algunos autores extranjeros (por aquellos años, fue notoria su admiración hacia la obra y la figura del filósofo, crítico de arte e historiador inglés John Ruskin, de quien tradujo al francés *La Biblia de Amiens* y *Sésamo y lirios*).

Hacia los treinta y cinco años de edad, coincidiendo con el dolor que seguía produciéndole la reciente pérdida de su madre, sufrió un serio agravamiento de las dolencias asmáticas que venía padeciendo desde niño, que a partir de

entonces se convirtieron en una enfermedad crónica que le acompañó hasta el final de sus días. Comenzó, entonces, a alejarse discretamente de esa vida mundana que venía llevando desde hacía más de diez años, y se recluyó en un pequeño apartamento del *boulevard* Haussmann, en donde su afán de concentrarse únicamente en la redacción de su magno proyecto literario le impulsó, incluso, a ordenar que las paredes de su habitación fueran revestidas de corcho, para lograr así un pleno aislamiento del mundo exterior. Fue entonces cuando emprendió realmente la compleja construcción de su monumental ciclo narrativo *A la recherche du temps perdu*, compuesto por siete novelas desarrolladas en un total de quince volúmenes de espléndida prosa impresionista, cuya naturaleza subjetiva y dinámica introdujo una violenta ruptura con las técnicas realistas y naturalistas vigentes hasta entonces, para elevar la memoria a la máxima categoría de conocimiento e interpretación de la realidad.

Durante más de tres lustros, Marcel Proust trabajó minuciosa y rigurosamente en la elaboración de este complejo entramado narrativo de fuertes tintes autobiográficos, cuyas últimas entregas vieron la luz entre 1923 y 1927, cuando ya había desaparecido su autor. A partir de entonces, su influencia ha cobrado una alcance universal, tanto en la propia evolución de la narrativa contemporánea como en las reflexiones que, acerca de esta, han tenido lugar en el ámbito de la teoría de la literatura. La figura de Proust cobró así la dimensión histórica y emblemática del creador que, desolado ante el vacío del mundo que le rodea, se refugia en su propia obra para perseguir, por la única vía del arte, ese anhelo de pureza absoluta que pueda dar razón de ser a su existencia.

La aparición, en 1896, de los cuentos y narraciones breves que conformaban *Les plaisirs et les jours* (Los placeres y los días) reveló no sólo la existencia de un autor dotado de una extraordinaria sensibilidad para penetrar con agudeza en los caracteres psicológicos de sus personajes, sino también la prometedora irrupción de un joven escritor que, por medio de una prosa compleja, elegante y sofisticada, pretendía —al tiempo que ponía en concordancia sus ambientes y personajes con las expresiones formales

que los reflejaban— alejarse conscientemente de las fórmulas narrativas realistas y naturalistas que, ya por aquellos años finales del siglo XIX, ofrecían sus primeros síntomas de desfase y agotamiento. Al pesar de las críticas al esnobismo y al diletantismo apreciables en esta opera prima de Marcel Proust, lo cierto es que los lectores franceses más atentos pudieron descubrir en ella no sólo las recién apuntadas virtudes estilísticas, sino también otras cualidades que, como la agudeza en el ejercicio de la crítica, la firmeza en el juicio y la originalidad en la intuición, habrían de triunfar luego plenamente en *A la recherche du temps perdu*, así como en otras obras «menores» del escritor parisino, como *Pastiches et mélanges* (Pastiches y misceláneas, 1919), las recuperaciones póstumas de *Chroniques* (Crónicas, 1927), y *Contre Sainte-Beuve* (Contra Sainte-Beuve, 1954), o sus escritos poéticos publicados bajo el título genérico de *Textes poétiques proustiens* (Textos poéticos proustianos, 1979). Pero, a pesar de los valores intrínsecos de todas estas obras, Marcel Proust no habría alcanzado nunca la categoría de escritor universal si no hubiera construido y publicado su monumental ciclo narrativo *A la recherche du temps perdu*.

***En busca del tiempo perdido.***

De los siete títulos que conforman este magno homenaje a la memoria como vía de conocimiento, el primero de ellos vio la luz en 1913 a expensas del autor, bajo el epígrafe de *Du côté de chez Swann* (Por el camino de Swann). Varios años después, ante la repercusión alcanzada por esta primera entrega, el célebre editor Gallimard se hizo cargo de la publicación y difusión de los tres episodios siguientes, aparecidos entre 1919 y 1922 bajo los títulos de *À l'ombre des jeunes filles en fleur* (A la sombra de las muchachas en flor) —obra galardonada con el prestigioso premio Goncourt —, *Le côté de Guermantes* (El mundo de Guermantes), y *Sodome et Gomorrhe* (Sodoma y Gomorra). A título póstumo, vieron la luz entre 1923 y 1927 las tres últimas entregas del ciclo, presentadas bajo los epígrafes de *La prisonnière* (La prisionera), *La fugitive* (La fugitiva), y *Le temps*

*retrouvé* (El tiempo recobrado). A modo de presentación, he aquí un sucinto esbozo argumental de cada una de estas partes del ciclo:

*Por el camino de Swann* (1913).

Esta primera entrega se abre con el pasaje más célebre de cuantos escribió Marcel Proust (y, sin duda alguna, uno de los textos más conocidos de la Literatura universal): la evocación, por medio de una asociación memorística fortuita, de la infancia del narrador en Combray. En efecto, un hecho tan nimio como la degustación de una magdalena que el narrador no había vuelto a probar desde sus días de infancia le permite recobrar las figuras de una serie de personajes que llenaron sus primeros años de existencia (su madre, su abuela, la tía Léonide, etc.), así como el espacio geográfico en el que transcurrió dicho período. Pronto cobran nitidez en la evocación del narrador las dos direcciones opuestas por las que discurrían los paseos cotidianos del niño: el camino de Méséglise (que le retrotrae, a su vez, al recuerdo de los personajes que lo poblaban, como Swann, su hija Gilberte y el músico Vinteuil), y el camino de los Guermantes (que conduce hasta un espacio habitado por unos aristócratas cuyas vidas se antojan demasiado irreales para el conocimiento del mundo que poseía aquel niño). La novela continúa con una especie de relato autónomo que, bajo el epígrafe de *Unos amores de Swann*, rememora la relación amorosa entre dicho personaje y su futura esposa, Odette de Crécy. La mala reputación de que goza esta entre la alta sociedad obliga a Swann a frecuentar otros ambientes, como la casa de los Verdurin, unos nuevos ricos que encarnan los anhelos de ascenso social, por vía del desarrollo intelectual y artístico, de la clase burguesa. En la tercera y última parte de esta primera entrega, el narrador ya se recuerda a sí mismo como ese adolescente angustiado por su pasión amorosa hacia Gilberte, la hija de Swann.

*A la sombra de las muchachas en flor* (1919).

Ha pasado algún tiempo, y el narrador, todavía en su primera juventud, ha visto cómo se desvanecía el amor que sentía por Gilberte, al tiempo que han

entrando en su vida otros personajes que amplían su visión del mundo, como el escritor Bergotte y la actriz Berna. También se hacen mayores sus referencias espaciales, que en esta segunda entrega le conducen hasta la playa de moda de Balbec, donde conoce al joven Robert de Saint-Loup, un pariente de los misteriosos Guermantes. Su nuevo amigo le introduce en los círculos aristocráticos y le presenta a su tío, el barón de Charlus; sin embargo, el joven protagonista está más impresionado por el grupito de «muchachas en flor» que acaba de conocer (Andrée, Albertine, Rosamonde, etc.).

*El mundo de Guermantes* (1920-1921).

La integración, por fin, en el anhelado espacio de los Guermantes tiene lugar en París, donde el narrador logra instalarse en una dependencia de la residencia de los aristócratas. Ahora, su inquieta pasión amorosa le ha llevado a poner los ojos en la duquesa, un ideal inalcanzable al que, pese a todo, sigue hasta su retiro de Doncieres, donde se halla prestando su servicio militar el joven Robert de Saint-Loup. A partir de aquí, los acontecimientos se suceden vertiginosamente en la memoria del narrador, que entabla amistad con la actriz Rachel (amante de Robert), pierde a su abuela materna y se enamora de Albertine, una de las «muchachas en flor». Por aquel tiempo (en el que acude con asiduidad al elegante salón de M$^{me}$ de Villeparisis), el protagonista descubre la condición de homosexual del barón de Charlus.

*Sodoma y Gomorra* (1922).

De nuevo en la refinada costa de Balbec, el ciclo narrativo continúa demorándose en el análisis de las pasiones amorosas de los personajes, ahora centradas en el amor del barón de Charlus por el violinista Morel, y en la atracción que siente el narrador hacia Albertine. Posteriormente, la trama argumental conduce a los personajes hasta la villa de los Verdurin, donde el narrador siente unas «intermitencias del corazón» que le llevan a interrogarse acerca del amor que profesa hacia Albertine. Es entonces

cuando descubre que esta ha mantenido contactos lésbicos con M$^{me}$ de Villeparisis, por lo que decide llevársela con urgencia hasta París. En esta cuarta entrega aparece por última vez Swann, afectado por una enfermedad incurable.

*La prisionera* (1923).

En París, con Albertine retenida por el narrador a la espera de poder casarse con ella, vuelven a asomar los tormentos amorosos de los protagonistas. El barón de Charlus ha sido traicionado por su amado Morel, circunstancia que acentúa los celos, la angustia y los temores del protagonista respecto a la mujer que tiene por prisionera, a la que cree seguir amando. Continúan, por otra parte, las peripecias de los distintos personajes, entre las que destacan el fallecimiento del escritor Bergotte.

*La fugitiva* (1925).

El músico Vinteuil, uno de los lejanos moradores del camino de Méséglise, se ha revelado como un auténtico genio, sobre todo a raíz de la composición de su magnífico Septeto. Mientras recuerda a Charlus cada vez más degradado por sus vicisitudes amorosas, el narrador cobra el convencimiento de que todas estas tribulaciones de la vida sólo pueden ser superadas por el ideal de absoluto que encierra en sí el arte, como queda patente en el ejemplo brindado por Vinteuil. Al hilo de estas reflexiones, advierte también que ya no siente amor hacia Albertine, por lo que se dispone a ponerla en libertad; pero la joven se fuga antes de tener noticia de su inminente liberación, circunstancia que vuelve a encender la pasión del narrador. Posteriormente, la muerte accidental de la antigua «muchacha en flor» incrementa esta pasión amorosa —ya definitivamente inútil— del protagonista. La confusión crece —tanto en los lectores como en el propio personaje— cuando el narrador se enamora de nuevo de una joven a la que en un principio no identifica, pero que resulta ser Gilberte, la hija de Swann; pero esta contrae matrimonio con Robert de Saint-Loup, con lo que a estas alturas del ciclo confluyen, por fin, los caminos de Méséglise y

Guermantes. En la línea de tantas otras sorpresas como ha recibido a lo largo de su tortuosa peripecia amorosa, el narrador tendrá pronto ocasión de conocer que Robert es homosexual, como su tío Charlus.

*El tiempo recobrado* (1927).

En la entrega final del ciclo, el narrador aparece ahora en casa de una infeliz Gilberte que sufre por culpa de las infidelidades de su marido (quien, avanzada la novela, pierde la vida). En plena Guerra Mundial, el barón de Charlus continúa buscando amantes bajo el fuego enemigo que cae sobre París, mientras el protagonista y Gilberte rememoran episodios de su infancia. El antiguo esplendor de la aristocracia ha sido desbaratado por la pujanza emergente de la alta burguesía, como queda patente en el triunfo de los Verdurin. Después de la guerra, el narrador reconoce a M$^{me}$. Verdurin como la actual princesa de Guermantes, título al que ha ascendido después de haber enviudado y contraído nuevas nupcias. En su mansión, el protagonista tarda en reconocer a sus antiguos compañeros de andadura vital, ya que el tiempo los ha ido desfigurando hasta extremos patéticos. Pero de nuevo los sucesos cotidianos (como el sonido de una cuchara sobre la vajilla) sirven para despertar en su memoria los ecos del pasado, lo que le produce una inefable sensación de bienestar. Estos recuerdos felices le impulsan definitivamente a reconstruir el pasado de todos los personajes que se han ido cruzando en su vida, en un ejercicio de elaboración artística que, como en el caso del músico Vinteuil, le sirve para encontrar un sentido a su existencia.

En apariencia, a tenor de esta apresurada radiografía de su hilo argumental, *En busca del tiempo perdido* podría considerarse como un ciclo de memorias, ya que el protagonista se expresa en primera persona y, en su reconstrucción de una vida, se identifica en numerosas ocasiones con el autor. Además, aparecen a lo largo del extenso texto numerosos personajes que no son sino el trasunto de otros sujetos reales que estuvieron presentes en la vida de Marcel Proust, como Robert de Montesquiou (disfrazado tras

el personaje del barón de Charlus), o el ya mencionado prologuista de *Les plaisirs et les jours* Anatole France (fácilmente identificable tras la figura ficticia del escritor Bergotte). Sin embargo, la clara voluntad literaria —y aún filosófica— de Proust, empecinado en elevar la memoria a categoría de conocimiento, y en consagrar la creación artística como actividad suprema del ser humano, dotan a *En busca del tiempo perdido* de una potencia creadora pocas veces alcanzada en las Letras contemporáneas. A ello conviene sumar la patente voluntad estilística del narrador francés, plasmada en un lenguaje sutil y elaborado, así como en unas complejas estructuras sintácticas que reflejan magistralmente, en el plano de la expresión, el flujo irregular (unas veces premioso, y otras desbordado) de las evocaciones y recuerdos.

Cabe incidir, por último, en la dimensión filosófica de la obra monumental de Marcel Proust, directamente relacionada con las ideas de Bergson relativas al tiempo. Según se desprende de su legado literario, sólo la memoria es capaz de ofrecer al hombre una visión compleja de los diferentes estados que el paso del tiempo ha dejado impresos en la realidad, en los acontecimientos, en los sujetos que los protagonizan e, incluso, en los sentimientos de estos (no en vano se ha identificado también esta concepción de la memoria que postula Marcel Proust con la coetánea teoría de la relatividad lanzada por Albert Einstein).

# Notas

[1] Le pregunté. Era Léa vestida de hombre. Sabía que conocía a Albertina, pero no podía decir más. Ocurre, pues, que ciertas personas se vuelven a encontrar en nuestra vida para preparar nuestros placeres y nuestros dolores. (En la edición de La Pléiade se separa a pie de página este pasaje, «que contradice el contexto», y que en el manuscrito se encuentra en un papel suplementario). (*N. de la T.*) <<

[2] Mi memoria, la memoria involuntaria misma, había perdido el amor de Albertina, mas parece ser que hay una memoria involuntaria de los miembros, pálida y estéril imitación de la otra, que vive más tiempo, como ciertos animales o vegetales ininteligentes viven más tiempo que el hombre. Las piernas, los brazos están llenos de recuerdos entumecidos.

Una vez que dejé a Gilberta bastante temprano, me desperté a media noche en el cuarto de Tansonville, y todavía medio dormido llamé: «Albertina». No es que estuviera pensando en ella, ni soñando con ella, ni que la confundiese con Gilberta: es que una reminiscencia enclavada en mi brazo me hizo buscar detrás de mí la campanilla, como en mi cuarto de París. Y, al no encontrarla, llamé: «Albertina», creyendo que mi amiga difunta estaba acostada al lado mío, como solía ocurrir por la noche, y que dormíamos juntos, calculando, al despertar, el tiempo que tardaría Francisca en llegar, para que Albertina pudiera, sin imprudencia, tirar de la campanilla que yo no encontraba. (En la edición de La Pléiade se sitúa a pie de página este fragmento, que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal, sin relación con la parte del texto donde Proust lo insertó). (*N. de la T.*) <<

[3] Por cortesía, pregunté a su hermana el apellido de Teodoro, que ahora vivía en el Midi. «¡Pero si es el que me escribió por mi artículo de Le *Figaro*!», exclamé al enterarme de que se apellidaba Sanilon. Fragmento situado a pie de página con referencia al lugar señalado, en la edición de la Pléiade). (*N. de la T.*) <<

[4] Para decidirme a casarme con ella (y ella misma renunció por mi carácter indeciso y quisquilloso): en esta forma demasiado simple juzgaba yo mi aventura con Albertina, ahora que esta aventura la veía ya sólo desde fuera. (En la edición de La Pléiade se sitúa a pie de página este pasaje, que en el manuscrito figura en un papel marginal y que no encaja en el lugar señalado). (*N. de la T.*) <<

[5] «¡Y que todo eso forme un astro en la noche!». <<

[6] Puesto que el Diario de los Goncourt me hizo descubrir que no era otro que el «*Monsieur* Tiche» que tan exasperantes discursos le había echado a Swann en casa de los Verdurin. Pero ¿qué hombre de genio no ha adoptado las irritantes maneras de hablar de los artistas de su bando, antes de llegar (como ocurrió con Elstir y como ocurre rara vez) a un buen gusto superior? Por ejemplo, ¿no están sembradas las cartas de Balzac de giros vulgares que Swann hubiera sufrido mil muertes antes que emplearlos? Y, sin embargo, es posible que Swann, tan sagaz, tan exento de todo ridículo odioso, fuera incapaz de escribir *La cousine Bette y Le curé de Tours*. (En la edición de La Pléiade se separa a pie de página este pasaje, que en el manuscrito figura en un papel marginal y que el editor juzga «imposible de insertar tal como está en el texto primitivo que Proust mantuvo»). (*N. de la T.*) <<

[7] *Grand Quartier Général*. (*N. de la T.*) <<

[8] Al hablar del *Affaire* se referían, por antonomasia, al asunto Dreyfus. (*N. de la T.*) <<

[9] En aquella época vi mucho a Andrea. No sabíamos qué decirnos, y una vez pensé en aquel nombre de Julieta que había emergido del fondo del recuerdo de Albertina como una flor misteriosa. Misteriosa entonces, pero que hoy ya no suscitaba nada: mientras que le hablaba de tantas cosas indiferentes, sobre esta me callé, no porque lo fuera más que otra, sino porque hay una especie de sobresaturación de las cosas en las que se ha pensado mucho. Quizá el período en que yo veía en aquello tantos misterios era el verdadero. Pero como estos períodos no durarán siempre, no debemos sacrificar la salud, la fortuna al descubrimiento de misterios que un día ya no nos interesarán. (En la edición de La Pléiade se destaca a pie de página este pasaje con referencia al lugar señalado). (*N. de la T.*) <<

[10] Saint-Loup venía de Balbec. Más tarde me enteré indirectamente de que había hecho intentos vanos por conquistar al director del restaurante, el cual debía su posición a lo que había heredado de *monsieur* Nissim Bernard. Pues no era otro que aquel joven criado «protegido» por el tío de Bloch. Pero con la riqueza había adquirido la virtud. De modo que fue inútil que Saint-Loup intentara seducirle. En compensación, mientras que los jóvenes virtuosos se abandonan, ya maduros, a las pasiones de las que al fin se han enterado, algunos adolescentes fáciles se convierten en hombres de principios contra los cuales se estrellan desagradablemente los Charlus que acuden fiados de antiguos cuentos, pero demasiado tarde. Todo es cuestión de cronología. (La edición de La Pléiade incluye a pie de página esta «adición marginal, inédita, que rompe la continuidad del texto»). (*N. de la T.*) <<

[11] *Décrépir*, «desconcharse». Con referencia al lugar que en el texto francés ocupa esta palabra, la edición de La Pléiade intercala en nota esta variante: «La partida de los poderes públicos para Burdeos le parecía un poco precipitada y decía que hacían mal en *décrépir* tan pronto». (*N. de la T.*) <<

[12] Pissotiere, «meadero». (*N. de la T.*) <<

[13] *Tirer des plans a la cométe*, «tratar de conseguir algo con pocos medios». (*N. de la T.*) <<

[14] Frase que en el original queda así, sin terminar, según se advierte en la edición de La Pléiade. (*N. de la T.*) <<

[15] En la edición de La Pléiade se advierte que, después de la palabra «falsa», hay en el manuscrito un desgarrón por el que desapareció el comienzo de dos líneas, lo que explica los blancos que aquí se encuentran. (*N. de la T.*) <<

[16] «de la sima prohibida a nuestras sondas, como ascienden al cielo soles de nuevo jóvenes lavados en el fondo de los mares profundos». <<

[17] Con esta palabra, cuyo significado literal es «bombero», se designa, peyorativamente, y sobre todo en arte, lo convencional, lo vulgarmente tradicional, el llamado estilo «académico». (*N. de la T.*) <<

[18] Los artículos mismos eran más inteligentes que estos ridículos títulos. Su estilo se derivaba de Bergotte, pero de una manera a la que quizá sólo yo era sensible, y he aquí por qué. Los escritos de Bergotte no habían influido nada en Morel. La fecundación se había producido de una manera muy particular y tan rara que sólo por eso la cuento aquí. Ya dije a su debido tiempo la manera tan especial que tenía Bergotte, cuando hablaba, de elegir sus palabras, de pronunciarlas. Morel, que le había tratado mucho tiempo en casa de los Saint-Loup, le imitaba remedando perfectamente su voz, usando las mismas palabras que él hubiera empleado. Pero ahora Morel, para escribir, transcribía conversaciones estilo Bergotte, pero sin introducir en ellas aquella trasposición con la que resultarían puro Bergotte escrito. Como eran pocas las personas que habían hablado con Bergotte, no se reconocía el tono, que difería del estilo. Esta fecundación oral es tan rara que he querido citarla aquí. Por lo demás, produce solamente flores estériles. (La edición de La Pléiade separa a pie de página este fragmento con la advertencia de que Proust lo había situado, por error, en un papel suplementario, más adelante). (*N. de la T.*) <<

[19] Hay que aclarar *que savoir*, en condicional (véase más adelante), equivale —como también a veces en español— a «poder»: *Je ne saurais te dire* significa «no podría decirte» o «no sabría decirte». (*N. de la T.*) <<

[20] Un restaurante económico. <<

[21] Una nota de la edición de La Pléiade advierte de que la palabra transcrita como *dernieres* («últimas») es casi ilegible en el manuscrito, y por tanto, dudosa. La frase resulta, en efecto, oscura. (*N. de la T.*) <<

[22] Recuérdese que así llamaban los franceses a sus soldados en la guerra del 14. (*N. de la T.*) <<

[23] Parigots, «parisienses» en argot. (*N. de la T.*) <<

[24] En argot, «cocaína». (*N. de la T.*) <<

[24a] «Batallón de Africa»: batallón formado con soldados que tenían antecedentes penales. (*N. de la T.*) <<

[25] Expresión de argot que designa aproximadamente al que nosotros llamaríamos «chulo». (*N. de la T.*) <<

[26] Por otra parte, las pinturas pompeyanas de la casa de Jupien eran adecuadas, en cuanto recordaban el final de la Revolución francesa, a la época, bastante parecida al Directorio, que iba a comenzar. Anticipándose ya a la paz, escondiéndose en la oscuridad para no infringir demasiado abiertamente las ordenanzas de la policía, se organizaban por doquier bailes nuevos, que se desencadenaban toda la noche. Al lado de esto circulaban ciertas opiniones artísticas, menos antigermánicas que durante los primeros años de la guerra, para devolver la respiración a las mentes asfixiadas, pero para atreverse a presentarlas hacía falta una patente de civismo. Un profesor escribía un libro notable sobre Schiller y se comentaba en los periódicos. Pero, antes de hablar del autor del libro se hacía constar, como una autorización de la censura de imprenta que había estado en el Marne, en Verdun, que había sido citado cinco veces, que había perdido dos hijos en la guerra. Consignado esto, se alababa la claridad, la profundidad de su obra sobre Schiller, que se podía calificar de gran obra con tal de decir en lugar de «ese gran alemán», «ese gran *boche*». Era la consigna para el artículo, y así pasaba fácilmente. (En la edición de La Pléiade se separa a pie de página este fragmento, haciendo notar que rompe la continuidad en el lugar señalado por Proust para el suplemento marginal en que figura). (*N. de la T.*) <<

[27] Sin embargo, si Saint-Loup se había distraído aquella noche de aquella manera, no era sino por dar tiempo, pues, asaltado por el deseo de ver a Morel, acudió a todas sus relaciones militares por saber en qué cuerpo se encontraba, con el propósito de ir a verle, y no había recibido hasta entonces más que centenares de respuestas contradictorias. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página, con referencia al lugar indicado, este fragmento, que, en el manuscrito, se encuentra en un papel suplementario). (*N. de la T.*) <<

[28] En cuanto a Francisca, su odio a los alemanes era extremado, sólo lo atemperaba el que le inspiraban nuestros ministros. Y no sé qué deseaba más ardientemente, si la muerte de Hindenburg o la de Clemenceau. (En la edición de La Pléiade se incluye a pie de página, con referencia al lugar señalado y sin nota aclaratoria, este fragmento). (*N. de la T.*) <<

[28a] La edición de La Pléiade pone aquí la siguiente nota: «Con estas palabras termina el largo pasaje pegado al pie de la página 89 del manuscrito. Pero no hay ningún signo de puntuación después de “de pronto”, y es evidente que el comentario iniciado sobre los refugiados rusos quedó sin terminar». (*N. de la T.*) <<

[29] Como mamá iba precisamente a un modesto hotel en casa de *madame* Sazerat, reunión que ella sabía de antemano que iba a ser muy aburrida, no tuve ningún escrúpulo en ir a casa de la princesa de Guermantes. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página, con referencia al lugar señalado, este fragmento que en el manuscrito figura en un papel suplementario no situado). (*N. de la T.*) <<

[30] La saludaba quizá por ignorar quién era la persona a quien saludaba (pues un ataque puede llevarse los artículos del código social como cualquier otra parte de la memoria), quizá por una falta de coordinación de movimientos que trasladaba al plano de la humildad aparente la incertidumbre, altanera sin esto, que habría tenido de la identidad de la señora que pasaba. Saludó con esa cortesía de los niños que acuden tímidamente a saludar a los mayores por indicación de la madre. Y eso se había vuelto *monsieur* de Charlus, un niño, sin el orgullo que los niños tienen. (En la edición de La Pléiade se incluye a pie de página, con referencia al lugar señalado, este pasaje) (*N. de la T.*) <<

[31] En la edición de La Pléiade se advierte que esta palabra es, en el manuscrito, de lectura dudosa. (*N. de la T.*) <<

[32] Un rayo oblicuo del sol poniente me recuerda instantáneamente un tiempo en el que nunca había vuelto a pensar y en el que, en mi primera infancia, cuando mi tía Leoncia tuvo una fiebre que el doctor Percepied temió que fuera tifoidea, me hicieron pasar una semana en la pequeña habitación que Eulalia tenía y que daba a la plaza de la iglesia, habitación en la que sólo había una estera en el suelo y en la ventana una cortina de percal, zumbando siempre en ella un sol al que yo no estaba acostumbrado. Y al ver cómo el recuerdo de aquella pequeña habitación de antigua doméstica daba de pronto a mi vida pasada una larga extensión tan diferente del resto y tan deliciosa, pensé, por contraste, en el vacío de impresiones que me habían dado en mi vida las fiestas más suntuosas en los hoteles más principescos. Lo único un poco triste en aquel cuarto de Eulalia era que por la noche, debido a la proximidad del viaducto, se oían los alaridos de los trenes. Pero como yo sabía que aquellos berridos emanaban de máquinas reglamentadas, no me asustaban como, en una época de la prehistoria, hubieran podido asustarme los mugidos lanzados por un mamut vecino en su paseo libre y desordenado. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página, con referencia al lugar señalado, este pasaje que, en el manuscrito, se encuentra en papel aparte). (*N. de la T.*) <<

[33] Y hasta para estudiar las leyes del carácter se puede hacerlo lo mismo tomando un sujeto serio que un sujeto frívolo, de la misma manera que un prospector puede estudiar las de la anatomía lo mismo en el cuerpo de un imbécil que en el de un hombre de talento, pues las grandes leyes morales, igual que las de la circulación de la sangre o de la eliminación renal, difieren poco en relación con el valor intelectual de los individuos. (En la edición de La Pléiade figura a pie de página este pasaje con referencia al lugar señalado y sin ninguna nota aclaratoria). (*N. de la T.*) <<

[34] Palabra en blanco en el manuscrito, según se advierte en la edición de La Pléiade. (*N. de la T.*) <<

[35] Toda persona que nos ha hecho sufrir puede ser comparada por nosotros con una divinidad de la que no es más que un reflejo fragmentario y el último grado, divinidad (Idea) cuya contemplación nos da en seguida un goce en lugar de la pena que teníamos. Todo el arte de vivir consiste en no servirnos de personas que nos hacen sufrir más que como de un grado que permite llegar a su forma divina y poblar así gozosamente nuestra vida de divinidades. (La edición de La Pléiade destaca a pie de página este pasaje, con referencia al lugar señalado y sin ninguna nota aclaratoria). (*N. de la T.*) <<

[36] Palabra en blanco en el manuscrito —advierte la edición de La Pléiade —, por lo que resulta oscuro todo el párrafo. (*N. de la T.*) <<

[36a] No es seguro que la imaginación y la sensibilidad no sean, para crear una obra literaria, cualidades intercambiables y que la segunda no pueda, sin gran inconveniente, sustituir a la primera, de la misma manera que una persona cuyo estómago es incapaz de digerir encomienda esta función a su intestino. Un hombre nacido sensible y sin imaginación podría a pesar de esto escribir novelas admirables. El sufrimiento que le causaran los demás, sus esfuerzos para prevenirlo, los conflictos que ese sufrimiento y la segunda persona cruel le crearían, todo esto, interpretado por la inteligencia, podría constituir la materia de un libro no sólo tan bello como si hubiera sido imaginado, inventado, sino también tan ajeno al ensueño del autor si se hubiera entregado a sí mismo y hubiera sido dichoso, tan sorprendente para él mismo, tan accidental como un capricho fortuito de la imaginación. (En la edición de La Pléiade se incluye a pie de página este pasaje con referencia al lugar señalado y sin ninguna nota aclaratoria). (*N. de la T.*) <<

[37] En amor, nuestro rival afortunado, que es tanto como decir nuestro enemigo, es nuestro bienhechor. A un ser que sólo nos suscitaba un insignificante deseo físico le da en seguida un valor inmenso, ajeno a él, pero que confundimos con él. Si no tuviéramos rivales, el placer no se transformaría en amor. Si no los tuviéramos, o si no creyéramos tenerlos. Pues no es necesario que existan realmente. Basta para nuestro bien esa vida ilusoria que dan a rivales inexistentes nuestra sospecha, nuestros celos. (En la edición de La Pléiade se destaca a pie de página este pasaje, con la advertencia de que, en el manuscrito, nada indica en qué lugar del texto había de ir). (*N. de la T.*) <<

[38] Son nuestras pasiones las que abocetan nuestros libros, el intervalo de reposo lo que los escribe. (En la edición de La Pléiade se sitúan a pie de página estas lineas, con la advertencia de que en el manuscrito figuran entre líneas y sin una clara especificación de lugar). (*N. de la T.*) <<

[39] Desde luego, ciertas cosas que seguramente escribiría las adscribía al rostro, tal como lo vi por primera vez ante el mar. En cierto sentido, tenía razón en esto, pues si no hubiera ido al malecón aquel día, si no la hubiera conocido, no se habrían desarrollado todas estas ideas (a no ser que se desarrollaran con relación a otra). Me equivocaba también, pues ese placer generador que encontramos, retrospectivamente, en un bello rostro de mujer, viene de nuestros sentidos: era muy cierto, en efecto, que esas páginas que yo escribiría, Albertina, sobre todo la Albertina de entonces, no las habría entendido. Pero precisamente por esto (y es una indicación para no vivir en una atmósfera demasiado intelectual), precisamente porque era tan distinta de mí, me fecundó con el dolor e, incluso, al principio, con el simple esfuerzo por imaginar lo que difiere de nosotros. Estas páginas, si ella hubiera sido capaz de entenderlas, por eso mismo no las habría inspirado. (En la edición de La Pléiade se inserta a pie de página este pasaje, con referencia al lugar señalado y sin ninguna aclaración). (*N. de la T.*) <<

[40] Equivalente de la «Guía de la nobleza» en España. (*N. de la T.*) <<

[41] También sus bigotes eran blancos, como si llevara en ellos el hielo del bosque de *Pulgarcito*. Parecían molestar a la boca rígida y, una vez producido el efecto, debía habérselos quitado. (La edición de La Pléiade destaca a pie de página estas líneas con referencia al lugar indicado, y advirtiendo que en el manuscrito figuran en adición marginal para insertar en medio de la frase terminada con «barba blanca»). (*N. de la T.*) <<

[42] Y ahora comprendía lo que era la vejez: la vejez, quede todas las realidades es quizá aquella de la que más tiempo conservamos una noción puramente abstracta, mirando los calendarios, fechando nuestras cartas, viendo casarse a nuestros amigos, a los hijos de nuestros amigos, sin comprender, sea por miedo, sea por pereza, lo que esto significa, hasta el día en que vemos una silueta desconocida, como la de *monsieur* d'Argencourt, la cual nos entera de que vivimos en un nuevo mundo; hasta el día en que el nieto de uno de nuestros amigos, un joven al que instintivamente trataríamos como a un camarada, sonríe como si nos burláramos de él, porque nos ha visto como a un abuelo; comprendía lo que significaban la muerte, el amor, los goces del espíritu, la utilidad del dolor, la vocación, etc. Pues así como los nombres habían perdido individualidad para mí, las palabras me descubrían todo su sentido. La belleza de las imágenes reside detrás de las cosas; la de las ideas, delante. De suerte que la primera deja de maravillarnos cuando hemos alcanzado las cosas, mientras que la segunda no se comprende hasta que las hemos rebasado. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página este pasaje, con referencia al lugar indicado). (*N. de la T.*) <<

[43] Así como algunas mujeres declaran su vejez pintándose, en cambio se manifestaba por la ausencia de afeites en algunos hombres en cuyo rostro yo no los había visto nunca expresamente, y que a pesar de esto me parecían muy cambiados desde que renunciando a intentar agradar habían dejado de usarlos. Entre estos estaba Legrandin. La supresión del rosa de sus labios y de sus mejillas, que yo nunca había sospechado que fuera artificial, daba a su cara la apariencia grisácea y también la precisión escultural de la piedra. Había perdido no sólo el valor de pintarse, de sonreír, de dar brillo a su mirada, de los parlamentos ingeniosos. Extrañaba verle tan pálido, abatido, pronunciando sólo unas pocas palabras que tenían la insignificancia de las que dicen los muertos cuando se los evoca. Se preguntaba uno qué causa le impedía ser vivaz, elocuente, encantador, como se lo pregunta ante el «doble» insignificante de un hombre brillante en vida y al que un espiritista hace preguntas que se prestarían a seductoras lucubraciones. Y se decía uno que aquella causa que había sustituido el Legrandin rosado y rápido por un pálido y triste fantasma de Legrandin era la vejez.

Algunos ni siquiera habían encanecido. Así reconocí, cuando se acercó a decir unas palabras a su amo, al viejo criado del príncipe de Guermantes. Los pelos tiesos que le erizaban las mejillas, lo mismo que el cráneo, seguían siendo de un rojo tirando a rosa, y no se podía sospechar que se tiñera como la duquesa de Guermantes. Pero no por eso parecía menos viejo. Simplemente se daba uno cuenta de que en los hombres, como en el reino vegetal de los musgos, los líquenes y tantos otros, existen especies que no cambian al llegar el invierno. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página este pasaje, con referencia al lugar señalado y advirtiendo que en el manuscrito no se especifica claramente el lugar en que debería ir). (*N. de la T.*) <<

[44] Palabra en blanco en el manuscrito, según se advierte en la edición de La Pléiade. (*N. de la T.*) <<

[45] Muchas veces aquellas rubias danzarinas no sólo se habían apropiado, con una peluca de cabello blanco, la amistad de unas duquesas a las que no conocieran antes. Como en otro tiempo no habían hecho otra cosa que bailar, el arte las había tocado como la gracia. Y así como en el siglo XVII muchas ilustres damas entraban en religión, ellas vivían en una casa llena de pinturas cubistas, un pintor cubista trabajaba sólo para ellas y ellas vivían sólo para él. (La edición de La Pléiade destaca a pie de página este pasaje, con referencia al lugar señalado por Proust pero advirtiendo que rompe la ilación). (*N. de la T.*) <<

[46] *Chéquard*: político venal que cobra «cheques» por sus servicios. (*N. de la T.*) <<

[47] Entre las personas presentes se encontraba un hombre importante que, en un proceso famoso, acababa de dar un testimonio cuyo solo valor radicaba en la moralidad del declarante, ante la cual los jueces y los abogados se inclinaron unánimemente y que determinó la condena de dos personas. Por eso cuando entró aquel hombre se produjo un movimiento de curiosidad y de deferencia. Era Morel. Quizá era yo el único que sabía que le habían mantenido al mismo tiempo Saint-Loup y un amigo de Saint-Loup. A pesar de estos recuerdos me saludó con gusto aunque con reserva. Recordaba el tiempo en que nos veíamos en Balbec, y estos recuerdos tenían para él la poesía y la melancolía de la juventud. (La edición de La Pléiade destaca a pie de página este pasaje, advirtiendo que en el lugar señalado —el que le marcó Proust— rompe la ilación). (*N. de la T.*) <<

[48] Algunas personas que, cuando yo entré en sociedad, daban grandes comidas en las que no recibían más que a la princesa de Guermantes, a la duquesa de Guermantes, a la princesa de Parma, y que ocupaban en casa de estas damas un lugar de honor, pasaban por ser la flor y nata de la sociedad de entonces y quizá lo eran, y se habían esfumado sin dejar huella. ¿Eran acaso extranjeros en misión diplomática que habían vuelto a su país? Quizá un escándalo, un suicidio, un rapto, los impidió reaparecer en el gran mundo, o tal vez eran alemanes. Pero un nombre no debía su lustre más que a su posición de entonces, y ya no lo llevaba nadie, ni siquiera se sabía a quién me refería si hablaba de ellos, y, si procuraba deletrear el nombre, creían que se trataba de *rastacueros*.

Las personas que, con arreglo al antiguo código social, no debieran estar allí, eran, con gran asombro mío, las mejores amigas de personas de alto rango, las cuales sólo por sus nuevas amigas iban a aburrirse a casa de la princesa de Guermantes. Pues lo que más caracterizaba a esta sociedad era su prodigiosa aptitud para el revoltijo de clases. (La edición de La Pléiade aísla a pie de página este pasaje, que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal, advirtiendo que no quedó bien especificado por Proust el lugar correspondiente). (*N. de la T.*) <<

[49] Si para las personas de las nuevas generaciones la duquesa de Guermantes era poca cosa porque conocía a actrices, etc., las señoras hoy viejas de la familia seguían considerándola un personaje extraordinario, por una parte porque conocían exactamente su nacimiento, su rango heráldico, sus intimidades con los que *madame* de Forcheville llamada *royalties*, pero también porque desdeñaba visitar a la familia, se aburría en ella y se sabía que no se podía nunca contar con su presencia. Sus relaciones teatrales y políticas, por otra parte mal sabidas, no hacían sino aumentar su retraimiento, y por lo tanto su prestigio. De suerte que, mientras en el mundo político y artístico la tenían por una criatura mal definida, por una especie de renegada del Faubourg Saint-Germain que frecuenta a los subsecretarios de Estado y a las estrellas, en ese mismo Faubourg Saint-Germain, si daban una gran fiesta, se decía: «¿Vale la pena invitar a Marie Sosthènes? No vendrá. En fin, la invitaremos por fórmula, pero no nos hagamos ilusiones». Y si a eso de las diez y media se presentaba Marie Sosthènes con una *toilette* deslumbradora y con sus ojos, duros para ellas, parecía despreciar a todas sus primas, deteniéndose en el umbral por una especie de majestuoso desdén, si se quedaba una hora era para la anciana gran señora que daba la fiesta un acontecimiento más grande que lo fuera en otro tiempo para un director de teatro el hecho de que Sarah Bernhardt, que había prometido vagamente una colaboración con la que no se contaba, asistiera en efecto y con una complacencia y una sencillez extraordinarias, recitara, en lugar del trozo prometido, otros veinte. La presencia de aquella Marie Sosthènes, a la que los jefes de gabinete hablaban de arriba abajo y que no por eso dejaba de procurar conocerlos (la inteligencia dirige el mundo), acababa de dar el tono a la fiesta de la anciana señora, en la que, sin embargo, no había más que mujeres sumamente elegantes, aparte y por encima de todas las demás fiestas de ancianas señoras de la misma *season* (como diría también *madame* de Forcheville), pero por las cuales no se había molestado Marie Sosthènes. (En la edición de La Pléiade se destaca a

pie de página este largo pasaje con referencia al lugar indicado). (*N. de la T.*) <<

[50] Se oía repetir ala princesa de Guermantes, en un tono exaltado y con una voz de chatarra producida por su dentadura postiza: «Sí, eso es, ¡haremos clan!, ¡haremos clan! Me gusta esta juventud tan inteligente, tan participante, ¡oh qué música es usted!». Y plantaba su grueso monóculo en su ojo redondo, medio burlón, medio disculpándose de no poder mantener la alegría mucho tiempo, pero estaba decidida hasta el fin a «participar», a «formar clan». (En la edición de La Pléiade se sitúa a pie de página este pasaje, con referencias al lugar señalado y sin ninguna aclaración). (*N. de la T.*) <<

[51] Palabra ilegible en el manuscrito, se advierte en la edición de La Pléiade. (*N. de la T.*) <<

[51a] Cortesana, mujer medio mundana, de moral relajada. Originalmente el medio castor era el sombrero de hombre, luego se aplicó a las mujeres de vida alegre a. (*N. del Editor*) <<

[52] Le dije a *madame* de Guermantes que había encontrado a *monsieur* de Charlus. Ella le encontraba peor de lo que estaba, pues las gentes del gran mundo hacen diferencias, en cuanto a inteligencia, no entre diversas personas del gran mundo en las que la inteligencia es aproximadamente la misma, sino hasta en una misma persona en diferentes momentos de su vida. Después añadió: «Siempre fue el retrato de mi suegra; pero ahora el parecido es más patente». Este parecido no tenía nada de extraordinario. Ya se sabe que ciertas mujeres se proyectan en cierto modo ellas mismas en otro ser con la mayor exactitud, sin más error que el sexo. Un error del que no se puede decir *feliz culpa*, pues el sexo actúa sobre la personalidad y en un hombre el feminismo resulta afectación, la reserva susceptibilidad, etc. No importa: en la cara, aunque tenga barba, en las mejillas, aunque estén congestionadas bajo las patillas, hay ciertas líneas superponibles a algún retrato materno. Apenas hay un viejo Charlus que no sea una ruina en el que no se reconozcan con asombro, bajo todos los empastes de la grasa y de los polvos de arroz, algunos fragmentos de una hermosa mujer en su juventud eterna. En aquel momento entró Morel; la duquesa estuvo con él de una amabilidad que me desconcertó un poco. «¡Ah!, yo no tomo partido en las cuestiones de familia —dijo—. ¿No le parecen aburridas las cuestiones de familia?». (En la edición de La Pléiade se sitúa a pie de página este pasaje, advirtiendo que en el lugar señalado —el que Proust indicó— rompe la continuidad de las ideas). (*N. de la T.*) <<

[53] «Llévate la alegría y déjame el hastío». <<

[54] Cuando se pensaba en la edad que debía de tener ahora *madame* de Forcheville, la cosa parecía extraordinaria. Pero quizá había comenzado de muy joven la vida de mujer galante. Y, además, hay mujeres que, en cada década, encontramos en una nueva encarnación, con nuevos amores, a veces cuando las creíamos muertas, siendo la desesperación de una mujer joven a la que su marido ha abandonado por ellas. (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página estas líneas, con referencia al lugar indicado y sin ninguna aclaración). (*N. de la T.*) <<

[55] Este enredo con *madame* de Forcheville, enredo que no era más que una imitación de otros más antiguos, acababa de hacer perder al duque de Guermantes, por segunda vez, la presidencia del *jockey* y un sillón de miembro libre en la Academia de Bellas Artes, como la vida de *monsieur* de Charlus, públicamente asociada a la de Jupien, le había hecho perder la presidencia de la Unión y también la de la Sociedad de Amigos del Antiguo París. De modo que los dos hermanos, tan diferentes en sus gustos, habían llegado a la desconsideración por causa de una misma pereza, de una misma falta de voluntad, falta que se observaba, pero agradablemente, en el duque de Guermantes, su abuelo, miembro de la Academia Francesa, mientras que en los dos nietos había permitido a una inclinación natural y a otra que se considera que no lo es, desocializarlos. (La edición de La Pléiade sitúa este fragmento en el lugar indicado por Proust, pero destacándolo a pie de página por estimar que rompe la ilación). (*N. de la T.*) <<

[56] Me ponderó, sobre todo, aquellas sobremesas donde estaban siempre *X* y *Z*. Pues había llegado a ese concepto de las mujeres de «salones» que despreciaba antaño (aunque ahora lo negara) y cuya gran superioridad, el signo de elección, según ella, eran tener en su casa «a todos los hombres». Si yo le decía que esta o la otra gran señora de «salones» no hablaba bien, cuando vivía, de *madame* Howland, la duquesa se echaba a reír ante mi ingenuidad: «Naturalmente, la otra tenía en su casa a todos los hombres y esta intentaba atraerlos». (La edición de La Pléiade aísla a pie de página este pasaje, advirtiendo que en el lugar señalado por Proust rompe la continuidad). (*N. de la T.*) <<

[57] En la edición de La Pléiade se da una incompleta y confusa explicación sobre cambios y entrelíneas que hay en este pasaje del manuscrito y de los que resulta la incoherencia de este párrafo. (*N. de la T.*) <<

[58] Me extrañó que su nariz, hecha como con el patrón de la de su madre y de la de su abuela, se detuviera justamente en aquella línea completamente horizontal bajo la nariz, sublime aunque no bastante corta. Un rasgo tan particular hubiera permitido reconocer una estatua entre miles aunque sólo se viera ese rasgo, y yo admiraba que la naturaleza acudiera oportunamente en la hija, como en la madre, como en la abuela, a dar como grande y original escultor, aquel poderoso y decisivo toque de cincel. (La edición de La Pléiade aísla a pie de página este pasaje, que en el manuscrito se encuentra en papel marginal sin clara especificación del lugar correspondiente). (*N. de la T.*) <<

[59] Francisca mediría, mostrándome mis cuadernos roídos como la madera en la que ha entrado un insecto: «Está todo apolillado, mire qué lástima, un pedazo de página que no es más que un encaje», y lo examinaba como un sastre: «No creo que se pueda arreglar, es cosa perdida. Qué lástima, a lo mejor estaban aquí sus mejores ideas. Como dicen en Combray, no hay peletero más entendido que las polillas. Se meten siempre en las mejores telas». (La edición de La Pléiade sitúa a pie de página este pasaje, advirtiendo que en el manuscrito se encuentra —en papel suplementario— mucho más lejos, al margen de un texto con el que no tiene ninguna relación). (*N. de la T.*) <<

[60] «Ha de nacer la yerba y han de morir los niños». <<

[61] En la edición de La Pléiade se advierte que en el manuscrito dice «en blancos» y que quizá Proust omitió una palabra. (*N. de la T.*) <<

[62] Seguramente mis libros, como mi ser de carne, acabarían también un día por morir. Pero hay que resignarse a morir. Aceptamos la idea de que dentro de diez años nosotros mismos, dentro de cien años nuestros libros, ya no existirán. Ni a los hombres ni a los libros se les promete ya la duración eterna. (La edición de La Pléiade destaca a pie de página este pasaje, esta adición marginal, que, en lugar señalado en el manuscrito, rompe la ilación). (*N. de la T.*) <<

[63] (¿Sería quizá este el motivo de que la figura de los hombres de cierta edad fuera, para los ojos del más ignorante, tan imposible de confundir con la de un joven y sólo se viera a través de la seriedad de una especie de nube?). (La edición de La Pléiade aísla a pie de página estas líneas halladas en adición marginal, advirtiendo que en el lugar señalado rompe la ilación). (*N. de la T.*) <<